

HISTORIA DE LOS PAPAS

EN LA ÉPOCA DE LA REFORMA
Y RESTAURACIÓN CATÓLICA

POR

Ludovico Pastor

VERSIÓN DE LA CUARTA EDICIÓN ALEMANA

POR EL

P. José Monserrat
de la Compañía de Jesús

Volumen XXII

FINAL DEL PAPADO DE SIXTO V;
URBANO VII, GREGORIO XIV E INOCENCIO IX
(1585-1591)

BARCELONA
GUSTAVO GILI, EDITOR
CALLE DE ENRIQUE GRANADOS, 45
MCMXLI

HISTORIA DE LOS PAPAS

DESDE FINES DE LA EDAD MEDIA

COMPUESTA UTILIZANDO EL ARCHIVO SECRETO PONTIFICIO
Y OTROS MUCHOS ARCHIVOS

POR

Ludovico Pastor

CONSEJERO REAL E IMPERIAL
PROFESOR ORDINARIO DE LA UNIVERSIDAD DE INNSBRUCK
Y DIRECTOR DEL INSTITUTO AUSTRIACO DE ROMA

Tomo X

HISTORIA DE LOS PAPAS EN LA ÉPOCA DE LA REFORMA Y
RESTAURACIÓN CATÓLICA: SIXTO V, URBANO VII, GREGORIO XIV
E INOCENCIO IX
(1585-1591)

BARCELONA
GUSTAVO GILI, EDITOR
CALLE DE ENRIQUE GRANADOS, 45
MCMXLI

100
100

NIHIL OBSTAT

El Censor,
JAIME PONS, S. J.

Barcelona, 12 de agosto de 1940.

IMPRIMASE

MIGUEL DE LOS SANTOS,
OBISPO A. A. DE BARCELONA

Por mandato de Su Excia. Rdma.
DR. LUIS URPI CARBONELL, Pbro.
CANCELLER - SECRETARIO

LIBRO PRIMERO

(Continuación)

Sixto V

(1585-1590)

12
1940

NIHIL OBSTAT

El Censor,
JAIME PONS, S. J.

Barcelona, 12 de agosto de 1940.

IMPRIMASE

**MIGUEL DE LOS SANTOS,
OBISPO A. A. DE BARCELONA**

Por mandato de Su Excia. Rdma.
DR. LUIS URPI CARBONELL, PBRO.
CANCILLER - SECRETARIO

LIBRO PRIMERO

(Continuación)

Sixto V

(1585-1590)

V. Ejecución de María Estuardo. Pérdida de la armada española

Para los católicos de Inglaterra los breves años de reinado de Sixto V forman un decisivo cambio de rumbo. Primeramente con la ejecución de María Estuardo desvaneci6se la esperanza de ver la corona inglesa sobre una cabeza cat6lica despu6s de la muerte de Isabel. La derrota de la armada espa6ola al a6o siguiente puso luego de manifiesto, que ya no hab6a que pensar en una restauraci6n de la antigua religi6n con la ayuda de una potencia extranjera.

Al subir al trono Sixto V hab6an transcurrido casi diecisiete a6os desde que la reina de Escocia hab6a buscado auxilio en Inglaterra y hallado la c6rcel. Su hermosura en otro tiempo tan celebrada hab6a palidecido, su honra iba arrastrada por el lodo, y su salud estaba tan minada, que muchas veces apenas pod6a tenerse en pie (1). Pero la compasi6n que se suele tener siempre del derecho oprimido, convert6a a la cautiva desamparada en un peligro para sus opresores cual nunca hubiera podido serlo como princesa libre. Por eso manifest6base cada vez m6s como deseo de los gobernantes ingleses el poner fin con un atentado a las infinitas amenazas de fuera y conjuraciones en el interior. Ya en 1572 hab6a Juan Knox exigido la muerte de Mar6a; sus herederos en este respecto eran los puritanos, que por medio de Leicester y Walsingham mandaban en Inglaterra. Seg6n opini6n de la secta, Isabel provocaba la ira de Dios si dejaba vivir por m6s tiempo a Mar6a, pues «¡ay del pastor que sustenta al lobo en su reba6o! ¡ay del labrador que no arroja el jabal6 de la vi6a del Se6or!» ¿Fueron quiz6 Jezabel y Atal6a, que por orden de Dios fueron castigadas con la muerte, menos culpadas que la reina de Escocia? (2). Walsingham consideraba ya por el mismo tiempo la vida de Mar6a como una constante amenaza de

(1) Kervyn de Lettenhove, *Maria Stuart*, I, 23.

(2) *Ibid.*, 56 s.

muerte contra Isabel; hasta en los despachos de Estado la designaba en 1581 como la serpiente que Inglaterra fomentaba en su seno (1).

El asesinato de Guillermo de Orange ofreció al hábil secretario de Estado en 1584 una excelente ocasión para ganar la opinión pública, así como a los políticos ingleses para un proceder decidido contra la reina de Escocia y contra los católicos en general. Si podía el rey católico poner a precio la cabeza de Orange, fácil era persuadir a los protestantes ingleses de que también a su reina podía amenazarle una cosa semejante por parte de los católicos. Los rumores de atentados contra la reina, las más de las veces fingidos, las ejecuciones de supuestos reos de haber maquinado contra la vida de Isabel aumentaban aún más la excitación; la cual subió a lo sumo en el proceso de Parry, quien parecía haber logrado que no solamente el agente de María Estuardo en París, sino también el secretario de Estado del Papa aprobasen planes de asesinato contra Isabel (2). La excitación de aquellos días ofreció a los ministros ingleses no solamente asidero para salir al cabo con las terribles leyes contra los católicos, sino también la deseada ocasión de acelerar notablemente sus planes contra María Estuardo (3). En todas partes de Inglaterra centenares de protestantes se obligaban en las iglesias a perseguir por todos los medios y hasta darle muerte a todo el que amenazase a la vida de Isabel, y a todo aquel en cuyo favor fuese amenazada. Siguióse un correspondiente proyecto de ley. Aunque la ley al fin publicada suavizaba la promesa de aquella confederación de protestantes, con todo Walsingham había alcanzado muchísimo: Inglaterra se acostumbraba a la idea de que se podía derramar también la sangre de una reina y heredera del trono (4).

Sin embargo, para poner realmente las manos sobre María Estuardo habían de existir pruebas de que se había implicado personalmente en una conjuración contra Isabel. En vista de las manifestaciones de Parry se sospechó que tales pruebas existían en los papeles de Morgan; en efecto Isabel recabó de Enrique III que éste fuese preso (5). Ahora el ardoroso e imprudente galés según toda probabilidad estaba realmente complicado en conspiraciones contra la

(1) «the bosom serpent». Cf. Pollen en *The Month*, CIX (1907), 356 s.

(2) Cf. nuestros datos del vol. XIX.

(3) Les desfiances sont sy grandes à present pardeça, que lon a subson des ombres. Castelnau en 1.º de enero de 1584, en Pollen, *Mary*, XXIV.

(4) Cf. nuestros datos del vol. XIX y Pollen, loco cit., XXIII-XXX.

(5) Kervyn de Lettenhove, I, 74-88.

vida de Isabel, aunque sin la aprobación de María (1). Pero Morgan fué avisado a tiempo antes de su prisión, y entre sus escritos nada se halló de que pudiese resultar cargo alguno contra él (2).

Así pues se había de pensar en acechar a la misma María, o también en engañarla con los artificios en que eran maestros insuperables los instrumentos de Walsingham. Un ejército de espías estaba al servicio del secretario de Estado, los cuales con cara de amigos se introducían en el trato de los que querían seducir, y ocasionalmente los incitaban también a tramar conjuraciones, para luego armar contra ellos el brazo de la justicia. Parry no es más que *un solo* ejemplo de tales sujetos. Walsingham mantenía espías en once ciudades francesas, siete flamencas, tres holandesas, seis españolas y fuera de Europa hasta en Argel y Constantinopla (3). En Roma tenía asalariado al desterrado Salomón Aldred, que gozaba de una pensión de Gregorio XIII y hacía de agente del Santo Oficio (4). Entre los católicos de Inglaterra no había ninguna familia principal, ningún personaje importante que no fuese atisbado (5). En la embajada francesa de Londres Chèrelles, sobornado por el secretario de Estado, entregó la cifra de María, pero conjuró a su comitente, que no dijese nada de ello, que por todo el oro no podría sufrir ante el mundo la vergüenza de su acción (6). El gobierno utilizaba para tales servicios de espionaje a gente que pertenecía a la escoria del humano linaje, a hombres rotos y desesperados, y no raras veces a nobles venidos a menos, que en

(1) Pollen en *The Month*, CIX (1907), 364.

(2) Kervyn de Lettenhove, I, 80. They had not only writing or letter to hurt any in the world; but after their old manner, they have forged some writings by all appearance to terrify the good people of England. Morgan en 20 de julio de 1585, *ibid.*, 81.

(3) Kervyn de Lettenhove, I, 144. Burgon (*Life and Times of Sir Thomas Gresham*, I, 95) da en parte otros números; dice que una vez tuvo asalariados al mismo tiempo cincuenta y tres espías fuera de Inglaterra y además todavía otros dieciocho, cuyas funciones no podían ser definidas oficialmente. *Dictionary of National Biography*, LIX, 238.

(4) Kervyn de Lettenhove, I, 147. Aldred decía que era mejor servir a los hombres que a Dios; pues los hombres pagaban con oro y Dios con el martirio (*ibid.*). Uno de los consejeros privados de Isabel contó a Carlos Arundel, que la reina había dado 20 000 escudos a un cardenal de Roma para descubrir los secretos de la corte y los intentos contra Inglaterra: Arundel dió cuenta de esto a Gregorio XIII. Santori, *Autobiografía*, XIII, 166; cf. *Acta consist.* (del card. Santori), 854.

(5) Kervyn de Lettenhove, I, 145.

(6) *Ibid.*, 183.

parte no se avergonzaban de participar también, cuando había ocasión, en la ganancia de bandoleros (1); pues, como el embajador inglés en París escribió a Walsingham (2), se ha de pagar a bribones para que la gente honrada venga en conocimiento de la verdad. Los más infames de estos bribones se introducían furtivamente en los seminarios ingleses del continente; fingían piedad y celo de la Iglesia, recibían los sacramentos y la ordenación sacerdotal, para poder mejor espiar y servir a su señor.

Para uno de estos espías el ganar la confianza de la reina cautiva tenía ahora ciertamente sus dificultades, pero el indiscreto agente de María, Tomás Morgan, vino en este punto contra su voluntad en ayuda de Walsingham. Su prisión en la Bastilla pudo impedir a Morgan formarse un seguro juicio sobre los visitantes que querían ser recomendados por él a María. Así sucedió, que varios iustrumentos de Walsingham, pertrechados con cartas de recomendación de Morgan, se presentaron a ella y por razón de estas cartas hallaron en ella confianza. Como Allen dijo más tarde (3), los propios servidores de María fueron los que la precipitaron a la ruina.

La «conjuración» y ejecución de Parry había ocasionado a la reina de Escocia un agravamiento de su prisión; a fines de 1585 fué llevada a Chartley, un antiguo castillo insalubre, en cuyos aposentos sin calentar faltaban en los primeros días las comodidades más ordinarias de la vida (4). Como un mal presagio consideraron los católicos el no haberse confiado ya la guarda de María a un representante de la alta nobleza, sino a un hombre de categoría bastante inferior, a Amias Poulet, el cual fuera de esto estaba penetrado de las ideas de los puritanos, enemigos mortales de la reina (5). Tres meses permaneció María en su nueva morada, separada de toda comunicación con el mundo exterior (6). Entonces se le hizo saber que por mediación de su cervecero podía recibir y enviar car-

(1) Así por ejemplo Sir Jorge Gifford; v. Pollen en *The Month*, CX (1907), 245; Kervyn de Lettenhove, I, 146 s. Cf. los rasgos distintivos que Pollen (loco cit., 243-253; Mary, XXXV ss.) da de R. Bruce, R. Poley, Jorge Gifford, N. Berden, Gilberto Gifford y Savage.

(2) en 25 de enero de 1585, en Pollen en *The Month*, CX, 244.

(3) En Pollen, loco cit., 243.

(4) Kervyn de Lettenhove, I, 120 s. Parece que María misma deseaba salir de Tutbury. Pollen, Mary, LII.

(5) Kervyn de Lettenhove, I, 118, 129. Cf. *The Letter Book of Sir Amias Poulet, keeper of Mary Queen of Scots*. ed. by John Morris, London, 1874.

(6) Kervyn de Lettenhove, I, 133; Pollen, Mary, LVI.

tas en los barriles que él traía llenos y retiraba vacíos. Así pues después de largo tiempo pudo de nuevo la reina cautiva tener el gozo de recibir demostraciones de afecto de sus amigos. Pero no barruntó que se le armaba un lazo: ninguna carta entraba en los barriles de su cervecero o salía de ellos, que no fuese presentada a Walsingham, copiada por el hábil descifrador Tomás Phelippes (1). Luego al punto el primer envío que María recibió por medio del cervecero, fué también la primera malla de la artificiosa red en que la reina se iba intrincando cada vez más; hallóse en él una carta de recomendación de Morgan para Gilberto Gifford, aquel hombre ladino, que según la expresión de Enrique III había sido encargado por los señores del consejo privado de Isabel, de perder a la reina de Escocia (2), y cumplió magistralmente este encargo.

Gilberto Gifford, procedente de una familia muy católica de Staffordshire, se había dedicado conforme al deseo de su padre a su preparación para el estado eclesiástico. El seminario de Reims de Allen cambiólo después de dos años por el Colegio Inglés de Roma; allí fué expulsado por su mala conducta, pero con su enmienda, probablemente no verdadera, alcanzó que el rector del colegio intercediese en su favor con Allen. Por respeto a la familia de Gifford Allen se dejó mover a permitir que se hiciese con él una nueva tentativa. Pero en vez de entrar ahora realmente en el seminario de Reims, anduvo Gifford vagando por París y Londres y se puso probablemente ya entonces en relación con Walsingham. Luego fué a Roma a verse con el espía Aldred, y después en Reims volvió a representar a maravilla el papel del hijo pródigo a su vuelta a la casa paterna, postrándose a los pies de Allen con lágrimas en los ojos y confesando su culpa. Allen tuvo la debilidad de dejarse ablandar, y otorgó a Gifford un acomodo, confiándole un pequeño puesto en el cuerpo de profesores de su establecimiento (3). La consecuencia

(1) Kervyn de Lettenhove, I, 190. Sobre Phelippes v. *ibid.*, 160-163 y Pollen, Mary, LIII s.

(2) Kervyn de Lettenhove, I, 176. Morgan escribe en 25 de enero de 1586, que había dado a Gifford sólo pocas líneas (*ibid.*, 180); en cambio, en la forma en que es entregada su carta de recomendación, tiene una extensión considerable (*ibid.*, 191). Por tanto había sido ampliada sin duda por Phelippes. El borrador de la carta, escrito de mano de Phelippes, está fechado al estilo antiguo (*ibid.*, 185).

(3) Kervyn de Lettenhove, I, 148-152; Pollen en *The Month*, CX (1907), 249 ss. y Mary, XLII s.; Lee en el *Dictionary of National Biography*, XXI, 302 s. Froude y Hosack hacen a Gilberto Gifford jesuita, y Kretzschmar (112) atribuye

fué una grave desdicha para el seminario de Reims: en sus estancias se tramó el plan de asesinato contra Isabel que fué en sus efectos uno de los más terribles golpes para los católicos ingleses.

Simultáneamente con Gilberto Gifford vivía en el seminario de Reims su pariente el profesor de teología Guillermo Gifford, más tarde, después de su entrada en la Orden benedictina y como arzobispo de Reims, un varón muy benemérito, pero entonces exasperado por la desunión entre los refugiados ingleses y en relación quizá no siempre irreprochable con Walsingham y sus instrumentos (1). Algunos meses del año 1581 perteneció también al colegio Juan Savage, hombre algo limitado, que se dejaba guiar como falto de voluntad por Gilberto Gifford. Después de haber prestado servicio militar primero en el ejército de Leicester, y luego en el del duque de Parma, Savage en 1583-1585 vivió de nuevo en Reims, y a lo que parece también en el seminario (2). En una conversación con los dos Giffords en el verano de 1585 sobre los intentos de asesinato contra Isabel recibió Savage la impresión de que el profesor de teología Guillermo Gifford había presentado semejantes hechos como buenos y laudables; tres semanas más tarde se resolvió a tomar a su cargo la ejecución de tales planes (3). En agosto de 1585 partió con este

de todo en todo a los jesuitas (sin prueba alguna) la culpa de toda la conspiración de Babington. Sin embargo, Gilberto Gifford era un decidido *enemigo* de los jesuitas; a instigación de Morgan compuso con Grately un escrito polémico contra ellos, que se ha perdido, pero probablemente formó la fuente de los escritos antijesuiticos de los veinte años siguientes (Pollen en *The Month*, CIII [1904], 357, nota; CXIX [1912], 302; Lee, loco cit., 303). El antagonismo de Morgan, Guillermo Gifford y otros contra los jesuitas está relacionado con la división en un partido inglés y otro galés entre los refugiados ingleses, de la cual no se puede hablar aquí más en particular. Cf. Lechat, 157 ss.

(1) Cf. la controversia sobre él entre E. C. Butler O. S. B. y J. H. Pollen en *The Month*, CIII (1904), 243 ss., 348 ss. Una carta a Walsingham de 18 de abril de 1586, hace honor a Guillermo Gifford; está impresa en Pollen, loco cit., 248.

(2) Kervyn de Lettenhove, I, 178 s.; Pollen en *The Month*, CX (1907) 250 s. y Mary, XLIII.

(3) La única fuente para estos sucesos es la confesión de Savage en su interrogatorio (Kervyn de Lettenhove, I, 306). Esta confesión sólo nos ha sido transmitida en forma diestramente modificada (*ibid.*, 308). El nombre de Gilberto está en ella suprimido de intento, como en otros documentos, para velar así su participación en las conspiraciones. Toda la culpa se echa a Guillermo Gifford; pero según todo el carácter de este varón es sumamente improbable que aprobase el asesinato de la reina. Gilberto Gifford pudo haberle propuesto cuestiones ingeniosas y explicádaslas después a Savage según su mente. Pollen (Mary, XLV; *The Month*, CX, 251) ha hallado una crítica de la confesión de

designio para Londres. Cómo y cuándo debía efectuarse el hecho, era para él mismo enteramente oscuro; entretanto vagueaba por la ciudad en espera de que la casualidad le ofreciese una favorable ocasión. Por lo demás Gilberto Gifford parece no haber tomado en serio a Savage; cuando más tarde estuvo en constante trato con Walsingham, nada muestra que hubiese temido realmente por la vida de la reina.

Después que en 23 de septiembre de 1585 se hubo dado la orden de aislar a María Estuardo en Chartley, Gilberto Gifford en 8 de octubre volvió la espalda de una vez al seminario de Reims, se procuró en París una carta de recomendación de Morgan para la reina de Escocia y se puso en Londres a disposición de Walsingham, el cual lo relacionó con el descifrador y falseador Phelippes (1). Gifford es desde ahora el que pone asechanzas para entregar a la muerte a la cautiva de Chartley (2). Él es el que se pone en comunicación con el cervecero de María y hace de intermediario en la correspondencia de la misma con el embajador francés, pero en este su oficio hace llegar primero a manos de Phelippes y Walsingham todas las cartas de María (3). La familia de Gifford nada barruntaba del vergonzoso papel que Gilberto desempeñaba; tuvo éste el descaro de pedir una recompensa no solamente a Walsingham, sino también a María (4), y más tarde en medio de su mal proceder, de hacerse conferir la ordenación sacerdotal (5), para granjearse la confianza de los católicos (6).

Las cartas de la cautiva nada contenían al principio, de que pudiese hacérsele cargo; Poulet se quejó de esto a Walsingham, y desde este momento se hallan en las cartas de María, esto es, las copias todavía existentes, que proceden todas de la mano de Phe-

Savage en la que no está omitido el nombre de Gilberto. Cf. Butler, loco cit., 254 ss.; Kervyn de Lettenhove, I, 179.

(1) Kervyn de Lettenhove, I, 181, 184.

(2) Lequel [Gifford] ne demandoit autre chose que de faire tomber la royne d'Escosse en une conjuration contre la vie de la royne d'Angleterre, laquelle estant decouverte, ils pussent inciter la dicte royne à la faire mourir. Château-neuf, embajador francés, en Kervyn de Lettenhove, I, 188.

(3) Ibid., 190, 196, 200. Con María personalmente nunca estuvo en relaciones (ibid., 214), pero sí le escribía (ibid., 198).

(4) Ibid., 196.

(5) En Reims en 14 de marzo de 1587; v. Pollen, Mary, 122; Lee, loco cit., 303.

(6) Kervyn de Lettenhove, II, 512 s.

lippines, gritos que demandan venganza de Isabel y piden auxilio a los países extranjeros (1). Sin embargo tales cosas no podían satisfacer a Walsingham, se había de implicar a María en una conjuración contra la vida de Isabel. Se trató por tanto inmediatamente de poner en curso esta conjuración, agregando a Savage, hombre demasiado insignificante, compañeros de más importancia. Según la relación del embajador francés habría sido de nuevo Gilberto Gifford el que habría dedicado también su actividad a esta incumbencia (2) y echado el ojo a Antonio Babington, un noble católico joven y muy rico de veinticuatro años, que se entregaba en Londres con camaradas de su edad a una vida de diversiones (3) que no excluía arranques temporarios de religiosidad. Como paje de Shrewsbury Babington había conocido a María Estuardo y hasta pocos meses antes del traslado de ésta a Chartley hecho de intermediario para la correspondencia de la cautiva princesa (4). Sin embargo no fué Gifford mismo el que engañó a Babington, sino otro alumno de seminario, asimismo poco ejemplar, Juan Ballard.

Éste comenzó, a lo que parece, su carrera política siendo adversario de María Estuardo. Dícese que en el año 1578 se ofreció al embajador inglés en París para espiar a Morgan y a la corte francesa, pero con la condición de que no se escatimase el dinero contante y sonante como recompensa por sus servicios (5). Pero al año siguiente entró en el seminario de Reims de Allen, ya graduado en la universidad de Cambridge, y comenzó en 1581, en Inglaterra, su actividad sacerdotal que le condujo presto a la cárcel, de la que empero se fugó después de breve tiempo (6). En la cárcel como en la huida fué compañero suyo Antonio Tyrell, sacerdote muy nervioso, que más tarde apostató cuatro veces de la Iglesia y cuatro veces volvió a ella, que ora hacía las peores declaraciones sobre algunos sacerdotes católicos, ora las retractaba (7). El celo de Ballard del cuidado de las almas tocó rápidamente a su fin después de su primera encarcelación. En el año 1584 se puso en camino para Roma.

(1) Kervyn de Lettenhove, I, 198.

(2) Ibid., 222.

(3) Ibid., 223-227.

(4) Ibid., 224. No fué paje de María misma, como puede verse en Pollen, Mary, cv, 50.

(5) Kervyn de Lettenhove, I, 76.

(6) Pollen, Mary, LXVI ss.

(7) Ibid., LXVIII ss.

Tyrell le acompañó, y más tarde, cuando hubo caído en manos del gobierno inglés, hizo las más singulares declaraciones sobre su compañero de viaje, diciendo que Ballard había desenvuelto planes para el asesinato de Isabel, en Milán hablando con Owen Lewis, en Roma conferenciando con el rector del Colegio Inglés, con el general de los jesuitas y con el mismo Gregorio XIII, en Reims tratando con Allen, y había obtenido del Papa y de los jesuitas la aprobación de los mismos. Con todo Tyrell más tarde se retractó y aseveró que en todas estas sus acusaciones no había ni una palabra de verdad (1). Pero de que Ballard se entregase con predilección a la política, podría inferirse que Tyrell en su prisión de 1586 precisamente por sus relaciones con Ballard tenía la sospecha y enojo de los gobernantes ingleses (2).

A su vuelta de Roma Ballard fué a ver en París al representante de María Estuardo, Tomás Morgan y a los amigos de éste, y bajo su influencia cada vez más se persuadía de que estaba llamado a grandes cosas y había de dirigir la revolución en favor de la reina de Escocia y de la antigua religión (3). En viajes por Inglaterra visitó ahora los castillos de los nobles que juzgaba que estaban favorablemente dispuestos para determinaciones violentas contra Isabel; por encargo de ellos se trasladó a Escocia para ir a ver a los grandes señores y explorar su disposición de ánimo; principalmente negoció allí a principios de 1586 con el más eminente entre los partidarios de la reina de Escocia, con Claudio Hamilton, que estaba emparentado con la casa real y tenía el mayor derecho a la sucesión en el trono. Conformemente a sus altivos planes, en sus viajes por Inglaterra procuraba también el trato con los nobles, se presentaba con gran fausto y derrochaba mucho dinero en festines y banquetes. Don de gentes y talentos sociales los poseía en sumo grado, y tam-

(1) Todo lo que cuenta sobre su viaje a Roma, llámalo en su retractación a long and monstrous tale, and most untrue. Neither was there ever any such speech or negotiations with the persons in any of the places named, neither would we ever have durst to have proposed any such thing unto them, if Ballard or I had been so wicked to conceive it, as I thank God we never were (Pollen, Mary, LXXVI). Si en alguna parte se puede dar fe al histórico, es en su retractación. Hizola en público púlpito ante oyentes protestantes, que esperaban lo contrario de una retractación; ésta le costó la pérdida de una lucrativa posición social que esperaba obtener, y le condujo a la cárcel (ibid., LXX s., LXXII s.). Sobre Tyrell cf. Dictionary of National Biography, LVII, 437.

(2) Pollen, Mary, LVIII.

(3) Ibid., LXXVII, LXXIX.

poco se puede dejar de apreciar su conducta posterior a vista de una muerte penosa. Pero Tyrell a pesar de su falta de seguridad en otras cosas pudo haber tenido acierto al designar como la cualidad más dominante de Ballard la ambición (1) que le hizo aspirar a desempeñar un papel que excedía a sus aptitudes. Ballard no era de ninguna manera político. Faltábale juicio moderado y discreción; lo que la tranquila reflexión hacía valer a lo sumo como débiles posibilidades, su viva imaginación lo tomaba al punto como realidad. El que considerase como lícitos o excusables los medios extremos de violencia para la ejecución de sus planes, se puede explicar de alguna manera por su permanencia en Flandes y Francia, donde en las luchas de los mendigos y hugonotes venían a vacilar en muchos los más comunes principios de derecho y de moralidad. Persons califica a Ballard de clérigo apartado de su camino (2); para entender toda su conducta, se ha de tener presente que los sacerdotes en Inglaterra no tenían sobre sí a ningún obispo u otro superior, sino que podían proceder según les pareciese.

Eran momentos fatales para los católicos ingleses, cuando Ballard a principios de 1586 se enteró de los planes de Juan Savage y tomó la resolución de ir a París, para conferenciar con Morgan y Paget sobre la ejecución de aquellos planes. Poco después entabló relaciones con Babington y sus amigos, les habló sobre la pronta entrada de ejércitos extranjeros en Inglaterra y les prometió con su manera jactanciosa altos puestos y recompensas, si pasaban el mar y se juntaban al ejército enemigo. Ballard pensaba proceder con el más profundo secreto; no sospechaba que ya se había despertado la atención de Walsingham, el cual le dió por compañero de su viaje a Francia bajo la máscara de un buen amigo uno de sus mercenarios, Bernardo Mawde. Por el mismo tiempo Gilberto Gifford hablando con Phelippes gloriábase de que pronto podría averiguar todo lo que se hacía entre los católicos (3).

Su plan de un viaje a París lo ejecutó Ballard en la primavera de 1586. Por medio del sustituto de Morgan, Paget, alcanzó tener acceso al embajador español Bernardino de Mendoza y le expuso que las circunstancias eran favorables para una empresa bélica con-

(1) Pollen, Mary, LXXVIII.

(2) Un cierto clérigo desviado (Kervyn de Lettenhove, I, 211, nota 1). Frere (244 s.) hace a Ballard jesuita.

(3) Pollen, Mary, LXXXII s.

tra Inglaterra, que un nuevo aliento animaba a los católicos ingleses, que las fuerzas militares de Inglaterra estaban ocupadas en Flandes, y que cuatro nobles se habían dado palabra de dar muerte a Isabel. Mendoza respondió a Ballard con frases generales. Pero esto ya era bastante para el entusiasta atolondrado; volvióse a Londres sin hablar por segunda vez a Mendoza (1).

El 22 de mayo de 1586 llega a Londres un capitán Foscoe con jubón de terciopelo azul y sombrero de plumas, a quien pronto conocen todas las posadas y todas las tabernas (2). Era el disfrazado Ballard, cuyo anhelo de nombradía y estimación debía poderse saciar en una fama universal, ciertamente en muy diferente sentido del que era capaz de sospechar. Pronto habló a Babington como si Mendoza le hubiese hecho promesas de la más amplia calidad y fuese segura la ejecución. Las potencias católicas según él se habían juntado en una confederación; para una expedición a Inglaterra en el próximo verano estaban tomadas disposiciones cuales el mundo no había visto todavía. El Papa estaba a la cabeza de la empresa; los franceses al mando de Guisa o Mayenne, y los españoles al mando de Parma entrarían en Inglaterra con 60 000 hombres; quien no se unía a ellos, se exponía al peligro de perder su hacienda. Babington puso primero objeciones diciendo que los príncipes extranjeros tenían atadas las manos por las turbulencias de su propio país, y que ¿de dónde sacarían los medios para levantar tan poderosos ejércitos y llevarlos allende el mar? Que en Inglaterra su invasión hallaría poco apoyo. Añadió que mientras Isabel viviese, el gobierno estaba en buenas manos. Esta observación dió ahora a Ballard un asidero para descubrir lo peor de sus planes. Respondió que se había cuidado de que la vida de la reina no fuese ningún impedimento. Que el instrumento para ello eran Savage, que se había ligado con voto para la ejecución, y algunos otros (3).

De una manera semejante habló también a los amigos de Babington, entre los cuales sus manifestaciones condujeron a vivas discusiones. Babington declaró que estaban en medio de dos peligros inminentes: que era de temer del gobierno que aniquilase a los católicos, o por una matanza o por las leyes, según las cuales tenía en su mano la vida de cualquier católico; que por otra parte era de recelar

(1) Ibid., LXXXVII s., XCIII ss.

(2) Kervyn de Lettenhove, I, 219.

(3) Primera confesión de Babington en Pollen, Mary, 52.

que el extranjero invadiese el país, lo saquease y sometiese. Que con un levantamiento se podía poner fin al desprecio con que eran mirados los católicos, e impedir la devastación de la patria; que al contrario una ulterior dilación del levantamiento era un juego peligroso. Y ¡cuál es, dijo, la situación de los católicos! Libros impresos defendían la opinión de que ningún papista puede ser un buen vasallo, de lo que se sigue necesariamente, que se ha de desear extirparlos. A qué actos empuja la desesperación, lo sabe el gobierno; por tanto, o ha de aliviar la situación de los católicos, de lo que no hay ninguna probabilidad, o extirparlos, tan pronto como se ofrezca para ello un pretexto oportuno. Opinaba Babington, que lo mejor sería salir en general de Inglaterra. Que a la muerte de la reina era de temer además una guerra civil a causa de los muchos pretendientes al trono; que el sucesor de la enferma María Estuardo no podía ser sino Jacobo de Escocia, de quien no se fiaban los amigos de Babington (1).

Pero a pesar de algunas dificultades la conjuración hacía progresos. Savage fué enterado de todo y se sometió enteramente a la dirección de Babington (2). El 7 de junio de 1586 Ballard y Babington se reunieron en el pueblo de Saint-Giles y se pusieron de acuerdo sobre el asesinato de Isabel, así como sobre la liberación de María Estuardo, que debía subir luego al trono de Inglaterra (3). No mucho después fué admitido también entre los conjurados Gilberto Gifford, el espía de Walsingham (4); por tanto el secretario de Estado podía estar seguro de que sabía lo que Babington y sus amigos trataban con el más profundo secreto. Cuando Ballard poco después de la entrevista de 7 de junio emprendió un viaje por Inglaterra para explorar la disposición de ánimo de los nobles, acompañóle asimismo un instrumento de Walsingham, Bernardo Mawde (5). Por encargo del secretario de Estado se encaminó al punto Gifford a París para espiar más de cerca a Morgan; a su vuelta el todavía indeciso Babington hízole preguntas sobre lo que juzgaban los teó-

(1) Babington, *ibid.*, 54 ss.

(2) Pollen, *CX*. Lista de dieciocho conjurados, *ibid.*, *CXVI*.

(3) Así el *Indictment* contra Babington, que hace tener parte también en la conjuración a Gilberto Gifford. Más tarde el nombre de Gilberto se omite en los pasajes correspondientes de los autos. Pollen, *CXIV*. Sobre el porqué, *ibid.*, *CXV*.

(4) *Ibid.*, *CXV*.

(5) *Ibid.*, *CXVII*.

logos franceses acerca del plan de la conjuración, y como Gifford nada supo decir sobre ello, le envió de nuevo más tarde a Francia para informarse (1).

Aunque Babington luego volvió a deliberar con sus compañeros sobre el incitamiento de las provincias a la rebelión y sobre la ejecución del plan de asesinato, no se desvanecieron las dudas ni en él ni en todos los conjurados. Uno de ellos se limitó a proponer que sólo se pudiese a Isabel presa en una plaza fuerte y se le diesen ministros católicos. Quizá sólo para encubrir su propósito, Babington solicitó de Walsingham permiso para un viaje a países extranjeros. La mala suerte quiso que invocase para esto la mediación de uno de los peores instrumentos de Walsingham, Roberto Poley, el cual en el trato con los católicos se fingía piadoso para poder mejor descubrirlos. Poley recibió a Babington tan amigablemente, que el inconsiderado joven declaró al traidor tanto sus planes como sus dudas; Poley aprovechó luego naturalmente la ocasión para calmar las inquietudes y mantener a Babington en el plan de la conjuración. Walsingham mismo admitió a su presencia tres veces al indeciso conjurado y procuró ganarle como instrumento para sus planes contra María Estuardo; con todo Babington permaneció sordo a las seducciones como a las disimuladas indicaciones y advertencias de Walsingham (2).

Como no mucho tiempo después juzgó un contemporáneo (3), el fuego de la conjuración hubiese podido apagarse con un poco de agua o antes bien había de extinguirse de suyo, luego que se reconociese como quimera lo que aquélla presuponía, esto es, el ataque franco-español que se suponía estaba proyectado. Pero Walsingham deseaba que los vacilantes conjurados perseverasen en sus planes. María misma vino a ayudarle en esto. Pues como Babington había hecho antes de intermediario para enviar a María Estuardo las cartas a ella escritas, Morgan sugirió una renovación de estas relaciones, y en vista de ello María dirigió a Babington la petición de entregar a su correo las cartas para ella que quizá todavía poseyese (4). Walsingham conoció al punto la importancia de este billete: si Babington contestaba, era muy probable que María se implicase

(1) Ibid., cxviii.

(2) Ibid., cxx-cxxx.

(3) Southwell en 1591; *ibid.*, cli.

(4) Pollen, cxxx.

en sus planes. Por eso todo estaba en avivar la conjuración ya adormecida. Esta incumbencia tomola a su cargo Gilberto Gifford. Hizo reconvencciones a Savage por su eterna irresolución, confirmó a Babington, alegando el testimonio del agente de María, Carlos Paget, todo lo que Ballard pretendía haber oído de boca de Mendoza: que antes de fines de septiembre un ejército enemigo estaría en el suelo inglés, y que ya habla sido reclutado gran número de tropas (1). Babington expresó de nuevo sus dudas; dijo que primeramente deseaba que se asegurase la completa licitud de la empresa por una autoridad de la otra parte del mar -- sin duda Allen --, que habían de ajustarse los pasos preparatorios y estar en segura perspectiva recompensas por la ejecución del plan peligroso. Que antes que todo quedase arreglado, Gifford impidiese a Savage y otros acometer a la reina; que si esto no se hacía, aseveraba y juraba que descubriría todo el asunto a la reina (2).

Quizá incitado por la carta que María le escribió, quizá también ya antes que la hubiese recibido (3), Babington a pesar de sus vacilaciones y de sus dudas envió el documento fatal, en el que explicaba a la reina de Escocia, y con esto naturalmente al secretario de Estado, todo su plan de conjuración (4). Expone cómo por lo que Ballard le había comunicado sobre los planes de los príncipes católicos, había nacido en él el deseo de consagrar sus servicios a María, y menciona luego los puntos principales de que se trataba; entre ellos se halla también el «quitar de en medio a la usurpadora del trono» (5). Por segunda vez vuelve en seguida a este punto; dicese en el escrito, que pensaba intentar, con diez nobles y otros ciento, poner en libertad a María; que por lo que tocaba a «quitar de en medio a la usurpadora del trono», seis nobles de entre sus amigos ejecutarían el hecho (6). Se pedía a María, que nombrase caudillo

(1) Pollen, cxxxv.

(2) Untill all which were don, I advised him to withholde such as were employed against the Queens person... If he did not, I protested and swore I would discover it unto the Queen. Ibid., 61.

(3) Ibid., cxxxvii. En su octava confesión dice Babington que había escrito a María, to think to move the Scottish Queen, to deale the more roundely and readilly. Ibid., 91.

(4) Ibid., 18-23, escrita tal vez el 6 (16) de julio de 1586, llegada a manos de María el 12 (22) de julio (ibid., 24).

(5) The dispatch of the usurping Competitor. Pollen, 20, n. IV.

(6) For the dispatch of the usurper... six noble gentlemen... will undertake that tragicall execution. Ibid., 21, n. VIII.

para el levantamiento y facultase a Babington para prometer recompensas correspondientes por la ejecución de la empresa «trágica».

Después de la lectura de la carta el secretario de María, Nau, le dió el consejo de dejarla sin contestación (1). En los últimos meses la reina cautiva había ya rehusado agradecida dos planes para su liberación; pero ahora, cuando no un leal a ella, aislado, quería portarse como caballero, sino que parecía existir una alianza de príncipes católicos y ser cosa resuelta una empresa contra Isabel, decidióse el 12 de julio a admitir las propuestas de Babington (2).

María no dejó de ver lo enteramente vago e imperfecto de todas estas propuestas e hizo notar (3) que primero se había de considerarlo y prepararlo todo puntualmente, hasta lo más particular. Que en primer término debía tenerse seguridad sobre la ayuda de fuera, y estar acabado todo el trabajo de preparación, que luego, y sólo después que se hubiese dado el golpe contra Isabel, se había de pensar en su propia liberación. Respecto del punto que Babington sin duda tenía ante todo muy en el corazón, se expresó María con mucha reserva. Babington había pedido facultad para asegurar recompensas a sus amigos por su golpe contra Isabel (4). Con todo en eso no se mete María (5). Promete es verdad recompensas, pero no para los seis ni por su especial empresa, sino sólo en general y por su liberación. Una facultad en virtud de su poder real no la otorga (6). Ciertamente el golpe contra Isabel no lo reprobó expresamente. Considerábase reina legítima con todas las prerrogativas y poderes de tal, y podía juzgar no ser de su incumbencia enseñar a los súbditos de una princesa extranjera sus obligaciones de ciudadanía,

(1) Pollen, Mary, 148.

(2) Ibid., cxxi.

(3) Ibid., 38-46.

(4) It resteth that... their heroical attempt maie bee honorably rewarded... and that so much I maie bee able by your Majestys authoritie to assure them. Ibid., 22.

(5) Gifford a Walsingham en 11 de julio de 1586, *ibid.*, 107.

(6) Remitting to the judgment of our principall frends ou this side with whome you have to deale herein, to ordaine (and) conclude vpon this present..., as you shall amongst you find best: and to your self in particular I refer to assure the gentlemen above mentioned of all that shal bee requisite of my part to the entier execution of their good willes. I leave also to your common resolutions etc. (Pollen, Mary, 42). I doe and will thinck my self obliged, as long as I live, towardses you for the offers you make to hazard your self as you doe for mie deliverie, and by anie meanes... I shall doe my endeavour to recognise by effects your desertes herein (*ibid.*, 45). Cf. las observaciones de Pollen, *ibid.*, 33 ss.

especialmente cuando al ejecutarse el referido atentado había de haber estallado ya la guerra en favor suyo contra Isabel. Más tarde todavía, hasta inmediatamente antes de su muerte, aseveró que no había aprobado el plan de asesinato, y según todo lo que se sabe de ella, no puede suponerse que «comparció ante el juez del cielo con una mentira en los labios» (1). Por lo demás según la intención de María su carta de entonces a Babington no debía ser la última; en el decurso de la correspondencia tenía que haber aún ocasión de descender más en particular a los pormenores de las propuestas de Babington.

Al fin de la carta Phelippes añadió todavía una posdata falsificada, en la que se exhorta a Babington a citar los nombres de los seis nobles (2). Babington apenas podía responder a esto, pues los seis nobles no estaban aún en general determinados (3).

Con esta carta se había entregado María en manos de Walsingham. El 2 de agosto preguntóle Phelippes qué debía hacerse ahora con Babington, si había de prendérsele o continuar el juego con él (4). Walsingham tardó aún más de un mes en tomar providencias. Sabía que de parte de gente como Babington y Savage no amenazaba ningún peligro real, y entretanto se podía saber algo nuevo sobre sus maquinaciones.

Por lo demás en este intermedio los conjurados habían tenido que reconocer hasta la falta de probabilidad de que saliesen bien sus planes. Algunas semanas después de la carta de María, Ballard había vuelto de su viaje por el norte; habíase convencido de que los católicos estaban muy alejados del pensamiento de una sublevación. Hablando con Babington se quejaba de que los que debían

(1) Así Bresslau en la *Revista Hist.*, LII (1884), 288.

(2) Pollen, Mary, 45. Que la posdata estaba añadida a la carta, cuando ésta llegó a manos de Babington, está puesto fuera de duda por la mención que se hace en las confesiones de Babington y Dunne. También Walsingham menciona la posdata. *Ibid.*, CLXVI.

(3) The sixe for taking awaie the Queen were never named nor sounded, nor in my owne determination resolved upon. Segunda confesión de Babington, n. 21, en Pollen, Mary, 75. — La cuestión sobre si los pasajes acerca del asesinato de Isabel en las cartas de Babington y María fueron falseados, Brosch (VI, 584) la ha calificado todavía de insoluble. Nosotros seguimos el juicio de Pollen, que considera ambas cartas como no falsificadas (Mary, CXXXVII, 31-33). La posdata falsificada se hallaba indudablemente al pie de la carta, cuando ésta llegó a manos de Babington; esto se sigue de las expresiones de Babington, Dunne y del mismo Walsingham (*Ibid.*, CLXVI).

(4) *Ibid.*, CL.

ser más ardorosos, eran los más tibios, y que aquí también se verificaba que: cuanto más viejos, tanto más fríos (1). A Gilberto Gifford le dijo que para la empresa se habían de tener poderes de la misma María Estuardo con su firma y sello; que de lo contrario nadie prestaría oídos y todo era inútil; que algunos hasta habían amenazado denunciarle (2). Como para cerrar a Ballard todas las salidas, recibió ahora también una orden de Morgan (3), de no comunicar a la reina de Escocia los pasos de la conjuración, y por tanto de no solicitar sus poderes. Ballard estuvo en la mayor perplejidad. No podía volver atrás — para esto la cosa había ido demasiado lejos —, ni tampoco ir adelante. Llorando decía que había perdido todo su crédito, que muchos miles se arruinarían por su causa, pues confiando en Mendoza y Paget se había comprometido con muchos (4).

Ballard pensaba ahora en ir a Francia y pedir informes a Mendoza. Todavía denotan más el completo atolondramiento de los conjurados los encargos que por el mismo tiempo dió Babington al traidor Gifford. Éste debía pasar el mar y alcanzar de parte autorizada información tranquilizadora sobre algunas cuestiones, las cuales se referían a la prontitud de voluntad de las potencias extranjeras para prestar auxilio y a las recompensas para los conjurados; pero en primer lugar debía Gifford traer la seguridad «de que esta empresa ¡era directamente lícita en todos conceptos!» Hasta que estas cuestiones estuviesen puestas en claro, debía Gifford impedir que se diese paso alguno contra la persona de la reina. Aseveró y juró Babington de nuevo, que si esto no se hacía, lo descubriría todo a la reina (5). Por tanto en un momento en que todo dependía de obrar rápidamente, deliberaban aún sobre la licitud o ilicitud y estaban a oscuras sobre los primeros presupuestos de toda la empresa!

Gifford solicitó en efecto permiso de Walsingham para hacer

(1) Primera confesión de Babington, *ibid.*, 56: those, that should be most forward were most slowe and the older the colder.

(2) Withoute the which, saied he, we laboure in vaine, and these men will not heare us... He complained much of Sir T. Tressom and my Cosin Talbot, for not only they woulde not heare him, but thredned to discouer him; and saiethe he, unlesse we obtain that from... [señal para María Estuardo], all is but winde. Gifford a Walsingham en 11 de julio de 1586, en Pollen, 107 s. Cf. *ibid.*, 138 la confesión de Ballard.

(3) Quizá de 3 (13) de julio, llegada a manos de Ballard quizá el 16 (26) de julio de 1586. Pollen, 112, CLIV.

(4) *Ibid.*, 112.

(5) Primera confesión de Babington, *ibid.*, 61.

un viaje. Como por alguna causa no se le dió respuesta, huyó a Francia. Sobre la causa de esta singular conducta se expresó más tarde confidencialmente: el traidor tenía todavía un resto de sentimiento de vergüenza y temía comparecer ante los ojos de su víctima en el futuro proceso contra María (1).

Entre tanto Babington y sus amigos vieron todavía algunas cosas que les causaron miedo. Así Phelippes en el papel en que descifró la carta fatal de María, había dibujado en toscas líneas una horca, y por el mensajero lleó la noticia de ello a los conjurados (2). Su miedo hubo de aumentarse aún más por el descubrimiento de que Mawde, que había acompañado anteriormente a Ballard en su viaje por Inglaterra, que estaba enterado de todos los secretos y se afanaba por mantener a los conjurados en sus planes, no era más que un espía de Walsingham (3). Al peor de sus supuestos amigos, Poley, llamaba Babington su «dulce Roberto» (4), aun entonces cuando estaba ya profundísimamente envuelto en sus redes. Cuando Babington deseó un permiso para hacer un viaje a países extranjeros, Poley le había facilitado una entrevista con Walsingham, en la cual el secretario de Estado dejó caer misteriosas indicaciones (5). Lleno de miedo consultó Babington a su «dulce Roberto» sobre si no sería mejor manifestar a Walsingham toda la conjuración. Poley le tranquilizó, naturalmente; pero Babington se dejó con todo emplear en un servicio para el secretario de Estado, por cuanto a los dos jesuitas recién llegados, Garnet y Southwell, no los descubrió como Poley quería, pero sí los espío (6). Poley supo intro-

(1) Pollen, CLVII ss. En París Gifford sonsacó al embajador Mendoza una carta con la aprobación del asesinato de la reina, la cual empero no llegó a su término (ibid., CLXXXIII ss.). Gifford trabajó en París como espía y en 1587 se hizo ordenar de sacerdote para poder espíar mejor a los católicos. Poco después fué cogido en un burdel y puesto en la cárcel episcopal, en la que murió en 1590 (ibid., 118-130).

(2) Ibid., CXLIX, CLX.

(3) Ibid., CLIII, 46.

(4) Ibid., CLXX.

(5) Cf. arriba, pág. 15.

(6) Pollen, CLXIII. A su llegada a Londres escribía Southwell el 25 de julio: en el puerto se dice que está formándose algo, que en caso de tener buen éxito significa para nosotros un exceso de padecimientos; si sale mal, todo va bien (ibid.). Al principio Southwell reprendió severamente «the wicked and illfated conspiracy»; más tarde, cuando se hubo conocido en parte la falta de probidad del gobierno, juzgó más blandamente. Pollen en *The Month*, CXIX (1912), 302.

ducirse tanto en la confianza de Babington, que éste le comunicó la carta de contestación de María y consultó con el traidor sobre la conjuración. Después de tres días de tales conferencias Babington llegó a la resolución de que Poley fuese a ver a Walsingham y le preparase para la confesión ¡que Babington quería hacer al día siguiente al secretario de Estado! También Ballard envió a ofrecer a Walsingham una franca confesión. Pero era demasiado tarde, Walsingham no quiso recibir ni al uno ni al otro (1).

La carta de María de 17 (27) de julio no llegó a manos de Babington sino doce días más tarde; su respuesta de 3 (13) de agosto comunica la funesta noticia de la traición de su supuesto compañero en la conjuración, Mawde, pero en lo demás no contiene nada notable. Walsingham puso ahora fin a su juego con los conjurados. Ballard y Babington con sus cómplices fueron presos. Hicieron extensas confesiones (2) y el 30 de septiembre y 1.º de octubre sufrieron la horrible muerte que la ley inglesa tenía destinada a los reos de alta traición (3).

La nueva del descubrimiento de la conjuración produjo en el país una enorme excitación. Ya antes del prendimiento de los culpados corrían por el pueblo vagos rumores de un sangriento día de terror, de una nueva noche de San Bartolomé que amenazaba a Inglaterra y a su reina. Se esperaba como muy inminente el desembarco de un ejército enemigo, y por la noche se encendían grandes hogueras a lo largo de la costa (4). A la ejecución de Babington afluyó tal «ejército» de espectadores, que «él solo era capaz de resistir a todos los enemigos de Inglaterra» (5). Encendiéronse fogatas en todo Londres en señal de alegría, las campanas no cesaron de tocar, y los niños hubieron de cantar salmos (6).

Para los católicos ingleses la conjuración y ejecución significaba un terrible golpe. Por católicos había sido proyectado el asesinato de la reina, un sacerdote católico, un alumno del seminario de Reims, era el principal instigador. De tales hechos se sacó provecho excelentemente contra la antigua religión, y para poder aprovecharlos bien, se hinchó inmensamente el muy pequeño peligro que ame-

(1) Pollen, Mary, CLXIII ss.

(2) Las confesiones de Babington están impresas en Pollen, 49-97.

(3) Kervyn de Lettenhove, I, 332-337.

(4) Ibid., 274 s.

(5) Ibid., 332.

(6) Ibid., 336.

nazaba por parte de las quimeras de Babington; que la gran masa de los católicos nada sabía absolutamente de los planes de asesinato (1), que no se debía juzgar por un Ballard a los demás misioneros (2), no llegó a conocerlo la mayor parte de los protestantes. Para colmo de desgracias de los que profesaban la antigua religión, un compañero de Ballard en sus anteriores viajes, Antonio Tyrell, asimismo alumno del seminario de Reims, estaba precisamente entonces en manos del gobierno, pues a causa de su sacerdocio había sido preso. A la noticia de la prisión de Ballard, el hombre nervioso salió enteramente fuera de sí, y para salvarse, hizo todas las confesiones que deseaban de él. Pretendió haber estado presente cuando Allen, el general de los jesuitas, el Papa mismo habrían recomendado el asesinato de la reina. Más tarde retractó todos estos datos como puras mentiras (3), pero entonces, y más o menos todavía en los tiempos modernos, todo fué creído. Isabel hizo expresar a Tyrell su satisfacción por sus confesiones (4).

Cuán vaporosa y huera fué toda la conjuración, no lo conoció sin duda la reina de Inglaterra; pero su irritación subió al más alto grado principalmente porque varios nobles de los que más de cerca la rodeaban, pertenecían al número de los cómplices de Babington. Ella hubiera deseado especiales tormentos para la ejecución de los conjurados, pero Burghley le hizo observar que si se aplicaba la ley a la letra, la muerte del reo de alta traición era tan terrible, que apenas era posible una agravación. Con todo ya al segundo día de las ejecuciones, en atención al descontento de los espectadores,

(1) Los más de ellos tenían el plan de asesinato por una invención de los protestantes. Pollen, Mary, CVI, nota.

(2) Meyer (130) da este juicio: «Los pocos sacerdotes que han perjudicado tan gravemente al crédito de la misión, son todos hombres que se apartan mucho del típico carácter del misionero católico de Inglaterra. Juan Ballard... vivía mundanamente y no ejercía sus funciones sacerdotales. Antonio Tyrell... con su total inconsistencia era un carácter que representa precisamente lo contrario del misionero educado para la inflexible constancia... Gilberto Gifford..., que recibió las sagradas órdenes sólo para poder mejor hacer traición a sus correligionarios católicos, no desdora a la verdad la fama de la misión, sino a lo sumo la de sus señores».

(3) V. arriba, pág. 11; Kervyn de Lettenhove, I, 300 s.; Butler en The Month, CIII (1904), 255. Sin pruebas escribe Frere (244): Ballard the jesuit [!] who had originally obtained the papal sanction [!] for the deed etc. Quizá Gilberto Gifford hizo la tentativa de envolver al Papa en la conjuración; él impulsó al conde de Westmoreland a confiar una embajada a Roma a un cierto Yardley, espía secreto. Kervyn de Lettenhove, I, 218.

(4) Kervyn de Lettenhove, I, 303.

se acortaron los tormentos de las víctimas, cosa que más tarde las relaciones impresas atribuyeron a la clemencia de Isabel (1).

Con tal disposición de ánimo del pueblo y de la reina inglesa podían ahora atreverse al atentado que desde tan largo tiempo Walsingham se esforzaba por cometer. Con la excitación de aquellos días se instruyó el proceso contra la reina de Escocia. No era cosa tan fácil a la verdad probar legalmente la culpabilidad de María. En el domicilio de Babington nada se había hallado de la carta de ella; muy probablemente la quemó no mucho después de recibirla. Por tanto debía de hacerse certificar la copia de Phelippes por Babington y por los secretarios de María, Nau y Curll; pero esto tenía sus dificultades: con la posdata falsificada no se podía presentar la carta a los secretarios, ni sin la posdata a Babington. A pesar de esto se obtuvo la firma de Babington, por cuanto se desvió la atención del ligero joven a la primera parte de la carta, y en vista de ello siguióse también el reconocimiento por parte de los dos secretarios. A Nau se le hizo creer que el texto original de la carta se había hallado entre los papeles de Babington, y a Curll se le presentó el supuesto texto original, sin duda una falsificación, que éste en su estado de consternación reconoció como escrito de su mano (2).

Con esto estaba puesto el sello a la suerte de María. El 5 de octubre entró en su última prisión, Fotheringhay, un castillo cerca de Peterborough. Allá fueron llamados para el 21 del mismo mes cuarenta y tres de los nobles más principales, para dar la sentencia sobre ella como cómplice de Babington. Los jueces estaban bajo la influencia de la ley que a impulso de la asociación de 1584 había sido publicada y dirigida contra María; por tanto no se podía esperar una sentencia imparcial. María consideró el negocio según el aspecto de que como reina independiente no estaba sujeta a las leyes de Inglaterra. Conforme a esto se negó al principio a comparecer ante los lores; con todo, cuando el astuto Hatton le hizo observar de una manera aparentemente amistosa, que su negativa se podía interpretar como confesión de culpa, mientras que con una respuesta a las acusaciones le era posible demostrar su inocencia, cayó en el lazo y se allanó a responder a las inculpaciones, protestando

(1) Ibid., 330 s.; Pollen, Mary, CLXXXI s.

(2) Pollen, CLXXXIII-CXCIII.

contra la competencia del tribunal (1). Naturalmente no se atendió a su protesta y se siguió la negociación como verdadero juicio (2). Con habilidad indicó María las enormidades del procedimiento judicial contra ella; dijo que no se le había concedido defensor (3), que Babington, que en caso de que ella hubiese tenido culpa, hubiera podido convencerla, había sido quitado de en medio (4); que ni la carta de Babington, como tampoco la suya de contestación, estaban allí en su original o en copia legalizada (5). Sus secretarios Nau y Curll no fueron presentados (6). Por lo que toca al asesinato de la reina, expresó María el modo de ver que manifiesta más en particular en una carta a Mendoza: Después de haberme afanado sin buen éxito por conseguir mi libertad por buenos medios, me vi forzada a intentarla por los medios que me ofrecieron, sin que yo asintiese a ellos, esto es, sin que los aprobase (7). Dice su secretario Nau, que en la situación en que se hallaba, no se tenía por obligada a una denuncia (8). Conforme a esto negó hasta el cadalso haber procurado o aprobado la muerte de Isabel. La sentencia, dada en Westminster y confirmada en el Parlamento, declaró a la reina presa convicta y culpada (9). En 18 de febrero de 1587 en Fotheringhay el hacha del verdugo puso fin a su vida (10).

El excelente carácter de María nunca se manifestó en más brillante luz que en sus últimos días. Como ella aquí apareció, así ha pasado su imagen a la posteridad y perdura en la memoria de

(1) Kervyn de Lettenhove, II, 22-29.

(2) Ibid., 33 ss.

(3) Ibid., 42.

(4) Opitz, II, 341.

(5) Kervyn de Lettenhove, II, 42.

(6) Ibid., 49.

(7) Labanoff, VI, 458 s.

(8) N'estimant ès termes ou elle se voyait estre obligée de la révéler. Labanoff, VII, 208; cf. Pollen, cxcvii. Sobre las expresiones de María respecto de sus relaciones con Babington v. Opitz, II, 341 s. Parece que al principio negó toda relación con él, lo cual empero no significa otra cosa en boca de la acusada, sino que echaba sobre sus adversarios el trabajo de demostrar sus acusaciones contra ella.

(9) Kervyn de Lettenhove, II, 56 ss.

(10) Ibid., 328 ss.; Maxwell Scott, *The Tragedy of Fotheringhay founded on the Journal of Dr. Bourgoing and on unpublished Mss Documents*, London, 1895. Entre las cartas de despedida que María escribió ya en noviembre de 1586, cuando tuvo por muy inminente su ejecución, se halla también una dirigida a Sixto V de 23 de noviembre de 1586. Labanoff, VI, 447 s.; cf. F. Palacky, *Viaje literario a Italia en el año 1837*, Praga, 1838, 9.

los hombres. En la tranquila serenidad, firmeza e intrepidez con que va a la muerte, aparece como glorificada por el heroísmo del dolor y del martirio, como elevada y sostenida por una consagración verdaderamente religiosa. Ya hacía mucho tiempo que estaba persuadida de que la causa por que se procuraba su muerte, no era otra que su fidelidad a la religión católica, que se quería quitarla de en medio por el peligro que amenazaba al protestantismo inglés por parte de la católica heredera del trono (1). Por eso consideraba su muerte violenta como una especie de martirio. Ante Burghley y Bromley, que la citaron en Fotheringhay ante el tribunal de los lores, declaró que nada le importaba la vida, que se defendía solamente por respeto a la propia honra, a la honra de los suyos y de la Iglesia. Que era católica y estaba dispuesta a derramar por la fe hasta la última gota de su sangre; que se tendría por dichosa, si Dios le concediese la gracia de morir por su causa (2). Repitió estas aseveraciones, cuando la víspera de la ejecución se le anunció su muerte; manifestó que recibía con agrado su fin, que no sería digna del gozo eterno, si su cuerpo no pudiese sufrir un hachazo del verdugo (3). Cuando el conde de Kent replicó que su vida sería la muerte de la religión protestante, y su muerte su vida, el gozo iluminó su semblante; «no me tengo por digna de semejante muerte, clamó, pues morir por la fe significa juntarse con los elegidos» (4). Al jesuita Samerie, que bajo el nombre de La Rue disfrazado de médico le había prestado asistencia espiritual durante algún tiempo, le hizo decir en sus cartas de despedida, que se acordase cómo le había prometido morir por la fe, y había cumplido su promesa (5).

Con este espíritu la reina ya desde hacía mucho tiempo se había hecho leer diariamente las vidas de los santos y mártires (6); decía que el ejemplo de estos últimos era su apoyo y doctrina (7). De

(1) V. abajo, pág. 26. El mensaje del Parlamento, que pide la muerte de María, afirma asimismo que María había querido matar a Isabel, no solamente para privar al país de la verdadera religión, sino también para establecer allí la dominación de la tiranía romana. Kervyn de Lettenhove, II, 64; cf. *ibid.*, 66 el discurso de Pickering delante de Isabel.

(2) Kervyn de Lettenhove, II, 27.

(3) *Ibid.*, 331, 332.

(4) *Ibid.*, 332 s.; cf. 337.

(5) Opitz, II, 369. Sobre Samerie cf. Pollen en *The Month*, CXVII (1911), 11-24, 136-149.

(6) Kervyn de Lettenhove, II, 76, 346.

(7) *Ibid.*, 81.

buena gana se detenía en el recuerdo y consideración de la Pasión de Cristo; sobre su chimenea se veían, bordadas de su propia mano, diversas escenas de la Pasión de nuestro divino Redentor (1). La víspera de su ejecución lavó los pies de sus damas, porque también Cristo había dado comienzo al camino de su Pasión lavando los pies de los apóstoles (2). Después de medianoche la valerosa mujer hizo leerse del Evangelio la historia de la Pasión; después de las palabras de Cristo al buen ladrón: «Hoy estarás conmigo en el paraíso», dió señal de parar (3). Dijo en su oración ante el cadalso, que quería exhalar su espíritu a los pies del Crucificado (4).

La persuasión de que moría por la fe, era también sin duda la fuente de la serena tranquilidad con que, como Burghley mismo atestigua, recibió la noticia de su muerte (5). Mientras sus servidores se deshacían en lágrimas, sus ojos permanecían secos; todavía ante el cadalso rezaba sin temblar con tan alta voz, que no dejaba oír al importuno deán de Peterborough (6). Nadie estuvo presente en la ejecución, a quien no hubiese llenado de admiración su conducta (7). Felipe II estuvo algún tiempo indeciso sobre si debía ordenar que se celebrase una misa de difuntos por ella, pues según su opinión había muerto como mártir y por tanto ya no necesitaba de oraciones (8). En París el pueblo estaba tan irritado contra Isabel, que el embajador inglés no podía salir de su casa sin peligro de la vida o sin exponerse a insultos públicos (9). Sixto V recibió a fines de marzo la noticia de la ejecución de María; su gran dolor por ella sólo fué mitigado por la esperanza de que Enrique III se dejaría mover a dar serios pasos contra Inglaterra por esta maldad (10). Pensó honrar a María a lo menos con solemnes exequias, pero desistió de ello, cuando se le advirtió que no era costumbre en Roma celebrar honras fúnebres por mujeres. Contentóse pues

(1) Kervyn de Lettenhove, I, 122, II, 343.

(2) Ibid., II, 345.

(3) Ibid., 346.

(4) Ibid., 372.

(5) Ibid., 333.

(6) Ibid., 373.

(7) Ibid., 375. Cf. J. Kleinpaul, Los periódicos de Fugger de la biblioteca de Viena, 1568-1605, Leipzig, 1921, 101.

(8) Carta de Lipomano a Venecia de 21 de abril de 1587, en Brown, n. 504.

(9) Dolfín a Venecia en 13 de marzo de 1587, *ibid.*, n. 483.

(10) Gritti a Venecia en 28 de marzo de 1587, *ibid.*, n. 491; Santori, Autobiografía, XIII, 180. Cf. *Revue des quest. hist.*, XXVII, 196.

con distribuir limosnas y hacer decir misas en altares privilegiados por el descanso del alma de la reina (1).

Como en aquellos días se manifiesta de la manera más impresionante el temperamento espiritual de María, lo mismo se ha de decir de su rival. Lo que caracteriza la política de Isabel, es la indiferencia en lo tocante a la moralidad y a la conciencia, que aun a la clara violencia y falsía quisiera darles color de justicia y verdad, y resistiéndose aparentemente a hacer dar prisa para que se ejecute lo que desea de todo corazón. En una princesa que está tan genialmente adornada de dotes de inteligencia, se desearía encontrar un movimiento inequívoco de magnanimidad o compasión hacia su lastimosa parienta. Pero aunque tales movimientos se hallasen en ella realmente alguna que otra vez, con todo no nos atrevemos a creer que en este caso particular los hubiese; la impresión general de que aquí se trata sólo de un atentado malamente encubierto, es demasiado subyugadora.

Jacobo I en la abadía de Westminster puso muy juntos entre sí los sepulcros de las dos reinas que en vida estuvieron tan cercanas una a otra, y no obstante nunca se vieron. Sin embargo a la memoria de Isabel hízole con esto su sucesor y venerador un mal servicio. «No hay hora del día, dice Washington Irving (2), en que (entre los muchos visitantes de la abadía) no se haga pública una expresión

(1) *Avviso de 4 de abril de 1587, Urb., 1055 p. 114^b, *Biblioteca Vatic.*

(2) Not an hour in the day but some ejaculation of pity is uttered over the fate of the latter, mingled with indignation at her oppressor. The walls of Elizabeths sepulchre continually echo with the sighs of sympathy heaved at the grave of her rival (The Sketch Book of Geoffrey Crayon [Irving], I, Paris, 1823, 361). — Muy pronto la historia de Maria Estuardo fué tratada poéticamente. Ya en 1593 el profesor de poética de Douai, Adrián Rouler, publicó una *Stuarta Tragoedia sive caedes Mariae Scotiae reginae in Anglia perpetrata* (Zeitschr. des Vereins f. Volkskunde, XXII [1912], 42; cf. Foppens, *Bibliotheca Belgica*, I, Bruselas, 1739, 19). Sobre un drama de los jesuitas de Ingolstadt de 1594 v. Aretin, Maximiliano I, 484. La tragedia «María Estuardo» de Vondel (1646) levantó en los protestantes flamencos una tempestad de iras y costó al autor ciento ochenta florines de oro de multa (A. Baumgartner, Joost van den Vondel, Friburgo, 1882, 157 ss.). La historia de los Papas ha de mencionar especialmente que el posterior Urbano VIII compuso algunos versos a María Estuardo (Maphei S. R. E. Card. nunc Urbani Papae VIII Poemata, Dillingae, 1640, 207). Un soneto a su muerte, de Julio Cortese, del año 1588, puede verse en *The Athenaeum*, 1908, núm. 4205. Cf. K. Kipka, *María Estuardo en el drama de la literatura universal*, principalmente de los siglos XVII y XVIII, Leipzig, 1907. Sobre la tragedia de Montchretien L'Ecossoise (1610) v. Petit de Julleville, *Hist. de la langue et de la littérat. française*, IV, Paris, 1897, 188.

de compasión hacia María y a la vez de indignación contra su perseguidora. Incesantemente resuena en el sepulcro de Isabel el eco de las manifestaciones de simpatía que brotan de los labios junto al lugar de descanso de su rival.»

Entre los príncipes de Europa ninguna mano se había movido seriamente para librar a María de la muerte ignominiosa (1), ninguna mano se movió para vengar tan gran maldad. María quedó desamparada de su cuñado en Francia, del rey católico, de su propio hijo en Escocia, el cual en el mayor peligro de su madre no sabía hacer ninguna cosa mejor que ordenar preces públicas en la iglesia por la conversión y enmienda de vida de la misma (2).

Sin embargo aun en los últimos años de la vida de María Estuardo no faltaron tentativas para mover a los reyes de Francia y España a un desembarco en Inglaterra. Villeroy, uno de los consejeros de Enrique III, formó un plan para ello; quería con tal empresa por una parte ocupar a los Guisas y hacer que no fuesen peligrosos para el rey, y por otra privar a los hugonotes del apoyo que tenían en la reina de Inglaterra (3). El duque de Guisa se dejó entusiasmar fácilmente por esta especie de nueva cruzada, y tampoco Enrique III fué al principio adverso a esta empresa. Sixto V, a quien Guisa había puesto en conocimiento de sus planes, le animó y prometió auxilio (4). Pero la eterna irresolución de Felipe II redujo también a la nada este plan. Villeroy por medio de Mendoza, embajador español en París, había solicitado la ayuda de don Felipe, que Guisa juzgaba por enteramente necesaria. Don Felipe nada respondió por mucho tiempo, y al fin sólo con expresiones generales (5). Entre tanto los espías ingleses habían ya averiguado todo el plan, Isabel encarceló en la Torre a los condes católicos de Arundel y Northumberland, con cuyo apoyo contaba don Felipe, y Northumberland fué en ella asesinado. Con febril apresuramiento se trabajaba

(1) Sobre los pasos que dió el embajador francés Cháteneuf y el papel afrentoso que desempeñaron Enrique III y Jacobo VI, v. Kervyn de Lettenhove, II, 145 ss., 171 ss., 208 ss., 222 ss.; Brown, XVI ss.

(2) Ordenó, to pray publiclie for his Hienes' mother, for hir conversion and amendiment of life, and if it be godis plesour to preserve hir from his present danger quhairin sche is now, that sche may heirefter be ane profitabill member in Christis Kirk (Fleming, 424).

(3) Kervyn de Lettenhove, I, 89-108.

(4) Ibid., 93.

(5) Cartas de 9 de julio (enviada el 23 de julio) y de 17 de agosto de 1585, ibid., 97, 99.

en la fortificación de la costa inglesa (1). Ya el 25 de agosto de 1585 escribía Guisa, que todo sin duda se iría en humo, y el 1.º de octubre habla de la empresa como abandonada (2). Ocho días más tarde Enrique III volvió a apartarse enteramente de los Guisas y ofreció al rey de España la devolución de la conquistada Cambray, si también él los abandonaba. Don Felipe pareció realmente inclinado a entrar en esta indigna negociación (3). Tampoco ahora se hizo nada en favor de María Estuardo. Olivares hubo de declarar al Papa, que era un absurdo querer acometer a la herejía en Inglaterra, antes que hubiese sido vencida en Francia (4). Con el amargo sentimiento de tener que acudir a la irresolución de don Felipe para hacer frente a la energía de Isabel, dijo entonces Sixto V aquella célebre sentencia de que valía más la rueda de la reina de Inglaterra que la espada del rey de España (5). Al duque de Guisa había Sixto escrito que haría por la expedición a Inglaterra todo lo que estaba en su poder. También otras veces manifestó gran celo de la liberación de María Estuardo; aseguró él, por otra parte tan parco, al embajador español, que estaba dispuesto a dar por ella un millón de florines de oro (6).

Cuánto había de pesar en la balanza para la decisión de todas las cuestiones europeas el reino del norte tan insignificante en extensión, no era ningún misterio precisamente para un hombre de la penetración y perspicacia de Sixto V. Si se decía entonces, para dibujar la importancia política de Inglaterra, que la isla británica se había convertido de repente de un paso del fin de la tierra en el centro del mundo, que España y Francia eran los dos platillos de la balanza, pero que Inglaterra era el fiel de la misma (7), el Papa fijaba sobre todo su atención en el influjo religioso de Isabel; reconocía en el reino del norte el principal foco y amparo de la herejía (8); contra la «nueva Jezabel», que apoyaba en todas partes el protestantismo y ahora también procuraba incitar a los turcos contra la

(1) *Ibid.*, 100 s.

(2) *Ibid.*, 96, 107.

(3) *Ibid.*, 102, 105.

(4) *Ibid.*, 107.

(5) Que valia mas la rueda de la reyna de Inglaterra que la spada del rey de España. *Ibid.*, 108.

(6) *Ibid.*, 93 s.

(7) *Ibid.*, 27.

(8) *Ibid.*, 93.

España católica (1), hubiera de buena gana juntado en una confederación a todos los príncipes católicos (2).

Pero la aversión a la «nueva Jezabel» no cegaba al Papa para que no viese sus grandes cualidades. Siendo él mismo un notable político, sabía apreciar muy bien su grandeza como princesa; el raro espectáculo de que una mujer hiciese frente por mar y tierra a los dos reyes más poderosos de la cristiandad, le llenaba muchas veces de admiración. Expresó que si fuese católica, le tendría mucha predilección, y en alianza con ella lo podría emprender todo y llevar a buen fin (3). El ardiente deseo de poseer una fuerza parecida para la defensa de la causa católica, condujo al hombre por otra parte tan perspicaz a un notable desconocimiento del real estado de las cosas: mientras desesperaba de la conversión de Enrique de Navarra (4), fomentó por largo tiempo la esperanza de poder reconquistar a Isabel para la fe católica. El duque de Piney, que en septiembre de 1586 le había prestado obediencia en nombre de Enrique III, volvió a su patria con el encargo de que el rey de Francia por medio de su embajador influyese sobre Isabel en este sentido; indicó el Papa, que se representase a la reina, que con su herejía provocaba contra sí constantes conjuraciones, mientras que con su vuelta a la Iglesia podía granjearse el general aprecio y amor (5). Pisany oyó con encogimiento de hombros lo que le dijo Sixto V, de que quizá Isabel se dejaría persuadir más fácilmente de lo que se pensaba. Que muchas veces se habían llegado a él con

(1) Hammer, IV, 159; Bremond, 277. Cf. Brosch en la Revista de hist. general, I (1884), 776-790.

(2) Kervyn de Lettenhove, I, 93.

(3) Bremond, 278. Questa è una gran Donna, e se fusse Cattolica saria una cosa senza esempio; e noi la stimaressimo molto. Essa non manca in alcuna cosa al governo del suo regno etc. (Juan Gritti al senado de Venecia, Roma, 12 de marzo de 1588, en Brown, n. 640). Certo che questa è una gran Regina; vorressimo solamente che essa fusse cattolica, perchè saria la nostra diletissima; vedete come si governa bene; è donna et non è padrona se non di meza Isola et si fa temer da Spagna, da Franza et dall'Imperator et da tutti; et ha arricchito il suo regno delle prede tolte a Spagnoli, oltra il tenerli l'Olanda et Zelanda (Gritti en 19 de marzo de 1588, ibid., n. 642).

(4) Bremond, 212.

(5) Ibid., 277 (cf. 204); Hübner, I, 369. En tiempo de Gregorio XIII el nuncio de España, Ormaneto, se había esforzado por ganar a Felipe II para que se hiciese una tentativa de convertir a Isabel; él a la verdad tuvo el negocio non solo per difficile, ma quasi per impossibile per la mala qualità di questa Donna, e di quel principalissimo ministro che ha seco, sed apud Deum omnia possibilia (Carini, 88).

la propuesta de dar muerte a la hereje por poco dinero, y que siempre había rechazado tal medio de lucha, que aborrecía. Pero por su encargo, como siguió contando, fué un jesuita a Londres, para ver si hallaba algún modo para convertir a la reina. El jesuita y el fin de su presencia fueron descubiertos y él mismo expulsado. Pero el canciller, de todo en todo hereje, le hizo pagar 200 escudos para el viaje de vuelta y le dió a entender, que la conversión de la reina no era tan difícil como se creía (1).

Ahora bien, semejantes manifestaciones ninguna otra cosa demuestran ciertamente sino que Sixto V en más de un respecto fué engañado por los ministros de Isabel. Las propuestas de asesinato, por lo menos en su mayor parte, habían procedido muy probablemente del mismo gobierno inglés, que quería tentar al Papa (2). Aquella expresión del canciller sobre la inclinación de Isabel a una conversión, muestra de nuevo lo que ya se sabe por otra parte, que la reina por motivos políticos quería mantener entre los católicos la opinión de que en su fuero íntimo era aún afecta a la antigua religión (3). Con todo Sixto V no quiso

(1) Pisany en 15 de noviembre de 1586, en Bremond, 277 s. Por el jesuita está entendido quizá Crichton. Fouqueray, II, 108 s.

(2) Cf. nuestros datos del vol. XIX.

(3) Cuando se trataba de su casamiento con Alençon, se expresó Isabel en este sentido hablando con el embajador francés de Lansac, de suerte que éste a su vuelta «se deshacía en elogios» de la reina. Dijo que respecto a religión no estaba la cosa tan desesperada por lo que tocaba a la reina, como generalmente se suponía. Que hablaba del Papa con grandísimo aprecio; que dijo que si él pudiese ver su corazón, no pensaría tan mal de ella; que su único deseo era la unión religiosa de los cristianos; que si el emperador y otros príncipes desearan reunir un concilio general y libre, ella tomaría parte. Que en caso de que naciesen hijos de su matrimonio, al siguiente día el reino volvería a la fe católica. Que también de otra manera podía esto fácilmente efectuarse, pues la reina tenía una disposición de ánimo muy favorable a la fe; que esto lo ocultaba sólo para no ocasionar división en el reino. Estas frases produjeron tal impresión en Lansac, que dijo a Priuli, embajador veneciano en París: «En lo íntimo de su corazón la reina es tan adicta a la herejía como lo soy yo, que quisiera morir mil veces por la fe católica» (Priuli en 14 de julio de 1581, en Brown, n. 32). Noticias parecidas se hallan de los primeros años del reinado de Isabel. Así Bernardo Pía escribe desde Roma a 15 de febrero de 1567 «nuevas estupendas» de Inglaterra notificando que la reina había permitido la misa; que si se efectuase su matrimonio con el archiduque Carlos, cada día se podría esperar más (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Posteriormente espera también Clemente VIII la conversión de Isabel, por cuanto ella había recibido de buen grado las amonestaciones de un ermitaño católico, mientras que por el contrario sólo con dificultad se resolvía a oír las pláticas de sus propios predicadores (Mocénigo en 26 de junio de 1598, en Brown, Calendar, IX [1592-1603], n. 703). Todavía a la muerte

darse por engañado ni aun por el hecho de que Isabel no respondió para nada a sus propuestas de conversión (1). Todavía en el último año de su vida fomentó la esperanza de ver volver a la Iglesia a la reina de Inglaterra (2) y a su reino (3). Dijo al embajador veneciano, que Isabel había enviado un negociador, cuyo mensajero había entrado en la Ciudad Eterna (4). Sobre esto a la verdad nada más se dice, pero en cambio parece que un enviado secreto de Sixto V penetró realmente en la corte inglesa. Cuando llegó a Roma la noticia de haber zarpado la armada, dijo el Papa al embajador veneciano, que había hecho todo lo posible para sugerir a la reina la vuelta a la fe católica; que a pesar de la bula de deposición de Pío V había ofrecido investirla de nuevo con su reino y nombrar los obispos de su elección. Isabel respondió, en son de mofa, que el Papa haría bien en darle algo de su dinero (5).

Aunque Sixto V tuvo por posible hasta el fin una pacífica reconquista de Inglaterra por el camino de la conversión, sin embargo no omitió instar siempre de nuevo por sus nuncios de Francia y España a una intervención armada (6). En Francia Enrique III estaba ciertamente aliado con Isabel, pero en el duque de Guisa semejante idea pudo hallar completa inteligencia. En 17 de julio de 1586 escribió Guisa a Mendoza, que estaba resuelto a la empresa contra Inglaterra, para la cual contaba con el auxilio de Felipe II. A fines de septiembre declaró al rey, que con él o sin él se arriesgaría al intento de un desembarco en Inglaterra. Ya a fines de 1585 se había ajustado con la nobleza escocesa un tratado secreto para este fin, y en mayo de 1586 se renovó la promesa. El rumor sobre tales planes causó tanta inquietud, que en agosto los mercaderes ingleses pensaban ya salir de Francia y se fortificaron los puertos

de Isabel escribe el embajador veneciano Scaramelli, que algunos católicos de la corte pensaban que Isabel por sus sentimientos interiores no había estado lejos de una reconciliación con la verdadera fe católica (Scaramelli en 7 de abril de 1603, *ibid.*, n. 1169).

(1) Hübner, I, 371.

(2) Badoer en 24 de febrero y 5 de mayo de 1590, en Brown, n. 915, 928. El 26 de marzo de 1590 habla Sixto en el consistorio «de reductione Reginae Angliae et Ducis Saxoniae». **Actas consistoriales del cardenal Santori, en el Cod. Barb., XXXVI, 5, III, p. 63, Biblioteca Vaticana.*

(3) Badoer en 23 de junio de 1590, en Brown, n. 942.

(4) Badoer en 14 y 21 de abril y 5 de mayo de 1590, *ibid.*, n. 923, 924, 928; *Brumani en 14 de abril de 1590, *Archivio Gonzaga de Mantua.*

(5) Gritti en 2 de julio de 1588, en Brown, n. 679.

(6) Kervyn de Lettenhove, I, 339 s.

de Inglaterra. Sin embargo a fines de 1586 las revueltas de Francia habían hecho imposible la ejecución de la empresa (1). Pero Guisa mantuvo su entusiasmo por la nueva cruzada. Escribió a Alejandro Farnesio, que se juzgaría feliz de poder tener parte en una tan hermosa y santa expedición con la pica en la mano como soldado ordinario bajo la dirección de Farnesio (2).

Las continuas punzadas con que Isabel irritaba al monarca español parecían agotar poco a poco aún la paciencia de éste: los grandes planes tanto tiempo por él preparados se acercaban ahora realmente a la ejecución. A fines de 1584 Felipe II puso la dirección del asunto de Inglaterra en manos de Farnesio (3), el cual estaba enteramente apasionado por el plan de un desembarco. Opinaba Farnesio que Inglaterra era la cabeza, Holanda y Zelandia eran el cuello y los brazos, que se podía resolver de un golpe la cuestión inglesa y la flamenca, si se hería ante todo la cabeza (4). La misma opinión defendía Felipe Segá en una memoria entregada a Sixto V en 1586 (5). El 20 de abril de 1586 Farnesio presentó al rey su plan de ataque (6), y en vista de ello don Felipe envió la orden de salir la expedición primeramente a Mendoza, el cual debía transmitirla al gobernador de Flandes (7). Pero también ahora se impidió de nuevo la ejecución. El genio maligno de María Estuardo, Gilberto Gifford, se presentó a Mendoza; comunicóle el apoyo que un ejército español de desembarco hallaría entre los católicos ingleses, y la conjuración de Babington (8). Mendoza tuvo ahora por conveniente, con asentimiento de Felipe II (9), aguardar primero el éxito de la conjuración; cuando poco después se descubrió el plan de Babington, ya no se habló de un envío de la carta a Farnesio (10). María Estuardo quedó ahora enteramente desamparada. El 10 de abril le había escrito todavía Paget, que sólo le quedaba como único apoyo el rey de Escocia (11). Ahora se

(1) Ibid., 341-343.

(2) Ibid., 344 s.

(3) Lechat, 143.

(4) Kervyn de Lettenhove, I, 346.

(5) V. Brom, Archivaria, I, 596 s.

(6) Lechat, 147.

(7) Kervyn de Lettenhove, I, 346.

(8) Ibid.

(9) Ibid., 350 s.

(10) Ibid., 350 s.

(11) Ibid., 352.

desvaneció también esta última esperanza; el joven de veinte años no cumplidos Jacobo VI compuso un soneto a Isabel y pensó seriamente en casarse con la reina que tenía treinta y dos años más (1). En 5 de julio de 1586 se unió estrechamente a Isabel por medio de un tratado (2). Los carceleros de María pudieron ya a fines de 1585 entregarse al gozo bárbaro de hablar a la madre de la traición de su hijo único (3).

Que a principios de 1585 parecía tomarse en serio el desembarco en Inglaterra, lo había sabido María Estuardo por Allen que estaba en Reims, el cual el 3 de enero de este año expresó también su gozo por ello hablando con Farnesio (4). En el noviembre siguiente fué Allen a Roma, ante todo sin duda para procurar remedio para la necesidad del seminario de Reims, al cual el nuevo Papa ya no continuaba pagando las subvenciones de Gregorio XIII (5). Que Allen en su viaje pretendía también otros fines, muéstralo una memoria sobre el desembarco en Inglaterra, que luego al punto presentó al Papa (6). Allen quiere demostrar que la empresa era fácil, pues los ingleses en su mayor parte, por lo menos interiormente, eran todavía católicos; pero que el desembarco debía efectuarse en nombre del Papa, porque muchos en Inglaterra nada querían saber de los españoles. Que se había de renovar la bula de excomunión

(1) Kervyn de Lettenhove, I, 354.

(2) Ibid., 358.

(3) Ibid., 354 s.

(4) Lechat, 143.

(5) Bonhomini a Rusticucci, Aquisgrán, 12 de septiembre de 1585, en Ehse-Meister, Nunciatura de Colonia, I, 141. Pope Gregory granted him large supports, but these ceased on the change of the Pontiffs. Allen se hizo dar recomendaciones de Gritti para el territorio veneciano y recogió allí por sus agentes varios centenares de ducados para su seminario. Gritti en 7 de agosto de 1587, en Brown, n. 565.

(6) De praesentis rerum statu in Anglia brevis annotatio, en Theiner, Annal. 1583, n. 90, p. 480-483. La fecha del escrito, no puesta en su debido lugar por Theiner, se saca de la pág. 481: al conde de Northumberland († 21 de junio de 1585) haeretici hoc ipso anno in carcere crudelissime trucidarunt; además, según el autor de la memoria, el levantamiento de 1569 efectuóse hace ahora dieciséis años (ibid., 481, n. 2); Status ecclesiae temporalis... per felicissima novi Pontificis auspicio subito tranquillitati et securitati sit restitutus (ibid., 483); Flandes ha sido sometido de nuevo casi enteramente al rey de España (ibid.). El autor del escrito mora hic in Urbe (ibid., 482, n. 7); «jampridem» (quizá ya para la proyectada invasión de 1583 ?) ha compuesto un folleto inglés de modo procedendi et movendi catholicos, quando ventum erit ad executionem rei [del desembarco] (ibid.). Por este folleto puede significarse el escrito caracterizado por Meyer (280).

contra Isabel, para que los príncipes extranjeros rompiesen el trato con ella y las relaciones comerciales con Inglaterra. Que para sujetar la isla bastarían quizá de 10 000 a 16 000 hombres, pero que se procediese lo más rápidamente posible, para que los católicos nobles no perdiesen poco a poco todo el ánimo, y María Estuardo no fuese asesinada o muriese. Que también la vida de Isabel podía tener fin antes de tiempo, y entonces subiría un hereje al trono, y la cosa sería desesperada.

Cuando Allen escribía de esta manera, tenía ante los ojos la situación que reinaba en Inglaterra antes de su destierro; no reparó que entretanto se habían cambiado muchísimas cosas en su patria. Todavía podía valer el juicio de que las fuerzas de tierra de Inglaterra no podían medirse con las escogidas tropas españolas. Mas para que fuese posible atacar y aniquilar aquellas fuerzas, tenía que ser batida primeramente la escuadra inglesa, antes, no había que pensar en un desembarco en el reino insular. Pero durante los largos años en que Allen no había vuelto a ver a su patria, la escuadra inglesa había sido enteramente transformada, y toda Inglaterra podía considerarse ahora como una sola fortaleza casi inexpugnable.

La base del desenvolvimiento de la marina británica la habían puesto ya los dos primeros Tudors. La reina María después de su casamiento con Felipe II había atendido diligentemente a la reparación de los buques antiguos y a la construcción de nuevos. Isabel en el primer decenio de su reinado había dejado decaer de nuevo la escuadra (1), pero entretanto se había despertado en Inglaterra la afición a grandes empresas mercantiles; el deseo de conducir fabulosas riquezas de las Indias a su patria a ejemplo de los españoles y portugueses penetró en todas las clases del pueblo subiendo hasta la reina, y así el espíritu de empresa de las personas particulares suplió lo que se había descuidado en los primeros años del reinado de Isabel. Fundáronse sociedades comerciales y emprendié-

(1) Julian Corbett, *Drake and the Tudor Navy. With a History of the Rise of England's Naval Power*, London 1898 (cf. *Hojas hist.-pol.*, LXXIV [1899], 74 ss.); Cesáreo Fernández Duro, *La Armada invencible*, 2 tomos, Madrid, 1884, 1885; *State Papers relating to the Defeat of the Spanish Armada Anno 1588*, ed. by John Knox Laughton (Navy Records Society), London, 1894; Froude, *Spanish Story of the Armada*, London, 1892; Guillermo Federico Tilton, *La catástrofe de la armada española*, 31 de julio hasta 8 de agosto de 1588 (disertación), Friburgo de Brisgovia, 1894.

ronse viajes de exploración. A fin de obtener un camino para la India, se intentó el viaje terrestre por Rusia, así como la travesía por el Mar Glacial en el norte de Asia o América (1). Estas tentativas pudieron a la verdad no tener buen éxito, pero los ingleses supieron aún sin la posesión de colonias propias asegurarse los provechos de ellas: apoderábanse del lucrativo comercio entre las potencias coloniales del sur y las demás naciones; saqueaban como piratas las mal defendidas posesiones hispano-portuguesas de las Indias Occidentales; acechaban los navíos mercantes que de allí volvían, y declaraban el rico cargamento por de buena presa. Los primeros almirantes ingleses: los Hawkins, Frobisher, Drake, no son otra cosa que piratas, pero piratas de un arrojo que tiene en sí algo de grandioso. Cuando a Drake después de su expedición de saqueo al Perú le atajaron la vuelta por el estrecho de Magallanes, al fin volvió a Inglaterra atravesando el Océano Pacífico (2), y así, lo mismo que poco más tarde Tomás Cavendish (3), dió la vuelta a la tierra contra su voluntad; volvió a su patria con uno solo de sus cinco navíos, pero éste regresaba con un cargamento de 800 000 libras esterlinas. Por lo demás estos fundadores de la marina inglesa son hombres violentos e incendiarios sin conciencia. Hawkins se enriqueció con participación de la reina de Inglaterra por medio del comercio de esclavos (4). Drake puso una vez fuego a un monasterio de monjas y no dejó salir a nadie del edificio hasta que estuvo todo quemado (5); en general las iglesias y monasterios no podían contar con su indulgencia (6).

Las experiencias adquiridas por los piratas en sus viajes y luchas fueron también de provecho a la marina de guerra de Inglaterra en el curso del séptimo decenio de aquel siglo (7). El buque de combate de los tiempos pasados había sido la galera, que se movía principalmente por medio de remeros; en las batallas navales procuraban acercarse al buque enemigo y abordarlo, después de lo cual

(1) Lingard, VIII, 258.

(2) Lingard, VIII, 260; Brosch, VI, 600.

(3) Lingard, VIII, 262.

(4) Ibid., 259.

(5) Haveva tra le altre cose messo fuoco in un monasterio di monache, abbrugiandole dentro di esso, senza permetter che alcuna uscisse viva di là. Carta de Gradenigo y Lipomano a Venecia de 25 de junio de 1586, en Brown, n. 371.

(6) Brown, n. 321, 354, 358, etc.

(7) Meyer, 216 s.

las guarniciones de las dos naves se acometían unas a otras con espada, lanza y arcabuz y reñían un combate regular, lo mismo que en el continente. Los cañones, dispuestos en una elevada altura en ambos extremos del buque, sólo eran usados en segundo término. Todavía la batalla de Lepanto de esta manera había sido dada y ganada para las potencias cristianas, pues para el Mar Mediterráneo, relativamente tranquilo, bastaba la galera de remos; ni tampoco los turcos poseían otra clase de naves (1).

De otro modo estaban las cosas en el océano tempestuoso. En la lucha con los vientos y las olas pronto conocieron los ingleses, que aquí no era a propósito el movimiento por medio de los remos. Por eso se dedicaron a perfeccionar el buque de vela. El flanco de los navíos, que antes estaba ocupado por los remos, quedó ahora libre y pudo ser utilizado para colocar los cañones. Para las batallas navales se renunció al aferramiento y abordaje y al combate cuerpo a cuerpo con la guarnición enemiga, y en vez de esto se procuró inhabilitar el navío del adversario desde lejos por medio de los cañones (2).

El progreso a que se dió comienzo con estas reformas, quizá apenas fué menor que más tarde el otro progreso por el que se pasó del buque de vela al buque de vapor (3). En Inglaterra se tenía el pleno conocimiento de que ahora eran superiores a la marina española. En 1579 en un consejo de ministros celebrado en Greenwich se declaró que las fuerzas navales del rey de España no eran importantes, que sólo poseía galeras que no servían para los mares del norte (4); en una instrucción dada al enviado a Guillermo de Orange se dice que Inglaterra era tan fuerte, que con sus propias fuerzas podía defenderse contra el rey de España como contra todo otro príncipe (5).

Muy diferentemente se juzgó muchas veces en los países extran-

(1) Por lo demás en el océano nunca había sido de uso general la galera del tipo de la del Mar Mediterráneo; «los buques en la batalla que se dió en 1217 a la altura de Sandwich o en 1340 junto a Sluys, eran en su mayor parte buques de vela, que utilizaban también juntamente la fuerza de los remos». J. K. Laughton en la *Eng. Hist. Review*, XIII (1898), 581.

(2) Meyer, 216.

(3) Ibid. Laughton da este juicio (loco cit., 582): «Apenas se ha dicho demasiado, que el paso de los buques de 1500 a los buques del combate contra la Armada fué mayor que el paso de éstos a los buques de la batalla de Trafalgar».

(4) Meyer, 217.

(5) V. *ibid.*, 218.

jeros. Mendoza siendo embajador en Londres escribía en el año 1580, que la flota británica no podía resistir a la cuarta parte de las fuerzas navales españolas (1). Los refugiados ingleses, que en tantos negocios eran consultados así en Madrid como en Roma, expresaban opiniones parecidas (2). Pero muchas veces se tenían las más exageradas ideas del poder de España (3). Tampoco Sixto V quedó libre a lo menos bastante tiempo de semejante concepto erróneo; también él en alguna ocasión hablando con el embajador veneciano expresó casi de un modo despectivo, que al fin Inglaterra no era más que media isla, que anteriormente había sido ya conquistada muchas veces por los bretones y los sajones (4).

Las falsas opiniones de este género fueron pronto rebatidas por los hechos. Convencida de su fuerza resolvióse Inglaterra en 1585 a no aguardar la acometida del rey de España que se preparaba con lentitud, sino aun a acometer. Leicester fué enviado paladinamente con un ejército a socorrer a los rebeldes Países Bajos, y en junio del mismo año Drake recibió la orden de armar una escuadra contra don Felipe. Al mismo tiempo los políticos ingleses utilizaron sus relaciones con la Puerta turca entabladas en 1579 (5), para mover al enemigo hereditario de la cristiandad a una acometida a España (6). Drake envió en 1586 al capitán bajá turco vasos de plata como presente (7). Para poder mantener una poderosa flota contra los españoles en el Mar Rojo, pensaron entonces los turcos en restaurar el canal que habían establecido los reyes de Egipto de Damietta a Suez, o también en abrir una vía navegable entre el Nilo y el Mar Rojo (8).

Los turcos tenían atadas las manos por una guerra con Persia; tampoco el inhábil Leicester ejecutó nada en los Países Bajos. Pero Drake con sus excursiones de piratería causó notable daño a los

(1) Meyer, 249.

(2) Ibid., 239.

(3) Ibid., 240.

(4) Gritti en 10 de enero de 1587, en Brown, n. 451.

(5) Cf. Brown, XXX-XLVI; Pears en la English Hist. Review, VIII (1893), 439-467; Brosch en la Revista de historia general, I (1884), 776-790.

(6) Brown, XXXIX s.

(7) Lorenzo Bernardo, embajador veneciano en Constantinopla, en 2 de abril de 1586, en Brown, n. 332.

(8) Bernardo en 23 de julio de 1586, *ibid.*, n. 385.

españoles (1). Primeramente saqueó en la costa de Galicia, se apoderó en aguas portuguesas de 26 naves con 300 000 ducados (2), tomó la almiranta de la flota peruana con 400 000 coronas (3) y saqueó de nuevo en las islas de Cabo Verde (4). Después dirigió su rumbo por el océano a las Indias Occidentales; San Juan de Puerto Rico, Santo Domingo en Haití (5), Puerto Caballos en Honduras, Cartagena y la Florida (6) le ofrecieron la más abundante presa. En el mar no halló en ninguna parte resistencia, era sencillamente «señor del mar» (7). Si por el contrario desembarcaba y los habitantes se esforzaban a resistir, llevaba la peor parte; así sucedió en Tenerife, donde «las tropas con los frailes y sacerdotes, que se animaban a la defensa y a morir por la fe de Cristo», impidieron el desembarco, hundieron uno de los buques con la tripulación y dejaron tan malparadas la nave del comandante y todavía otra, que tuvieron que ser remolcadas por las demás (8). Pero la mayoría de las veces no se atrevían a hacer resistencia. Cuando Drake con 800 ingleses acometió a la ciudad de Santo Domingo en Haití, los habitantes huyeron a las montañas, «los padres abandonaron a sus hijos, las hijas a sus madres, los frailes y monjas huyeron en abigarrada confusión, y los ingleses se apoderaron de toda la isla sin derramar una gota de sangre»; millón y medio en oro dicen haber sido el valor del botín (9). Drake pensaba establecerse en Haití, por cuanto construyó algunos fuertes; pero en un ataque a la Habana fué rechazado con pérdida de tres buques; cuando el gobernador de Haití a la cabeza de 4 000 hombres se volvió contra él, los negros, con que contaba el inglés, se negaron a apostatar de la fe católica, además las enfermedades aclaraban las filas de los piratas, cuando Drake

(1) Julian S. Corbett, *Papers relating to the Navy during the Spanish War 1585/87*, London, 1898.

(2) Gradenigo en 25 de octubre de 1585, en Brown, n. 290.

(3) Gradenigo en 21 de diciembre de 1585, *ibid.*, n. 300.

(4) Relación sobre esto, *ibid.*, n. 321.

(5) Carta del gobernador de la Habana de 6 de febrero de 1586, *ibid.*, n. 334.

(6) Relación sobre esto, *ibid.*, n. 416.

(7) *Draco è patrone del mare, ne ha impedimento alcuno onde puo designare et essequire tutto il desiderio suo*. Gradenigo en 10 de enero de 1586, *ibid.*, n. 304.

(8) A fines de noviembre de 1585; relación de 11 de enero de 1586, *ibid.*, n. 308.

(9) Carta del gobernador de la Habana de 6 de febrero de 1586, en Brown, n. 334. Cf. la relación de 24 de febrero *ibid.*, n. 358.

se vió obligado a tomar la vuelta (1). De los 1 300 hombres con que había salido, sólo volvieron 400 (2). Pero al año siguiente el atrevido pirata se hizo de nuevo a la vela hacia España, quemó en el puerto de Cádiz más de veinte naves españolas (3) y con un osado ataque repentino conquistó el fuerte de Sagrez junto al cabo de San Vicente (4). Como en las Indias Occidentales y en las costas españolas, así también en el Mar Mediterráneo padecieron los españoles sensibles pérdidas. En el verano de 1586 la escuadra siciliana de Felipe II, que constaba de 13 navíos, fué enteramente batida por cinco buques mercantes ingleses en un combate de cinco horas junto a la isla de Pantelaria. Los navíos españoles quebrantados con cañonazos hubieron de huir, y los ingleses pretenden haber tenido sólo dos muertos y un herido (5).

El orgullo nacional español quedó ahora en extremo irritado. Si el embajador veneciano en Madrid juzgaba (6) que los franceses pensaban demasiado poco y por eso muchas veces no llegaban al fin que pretendían, y los españoles pensaban demasiado y por eso descuidaban las ocasiones favorables, también ahora los españoles mismos expresaban (7), que su rey meditaba y negociaba, pero que Isabel obraba y ejecutaba de veras. Corrió la voz por toda España, de que había que tomar la cosa en serio y hacer cualquier sacrificio, que Isabel y Drake arrastraban por el lodo la grandeza del rey y la fama del valor español. La ciudad de Sevilla se ofreció a armar a su costa 24 navíos y mantenerlos en pie por un año (8). La provincia de Valencia a pesar de su pobreza prometió 200 000 coronas (9).

Ya desde bastante tiempo se estaban haciendo preparativos para una grande expedición militar, debían reclutarse tropas en

(1) Gradenigo en 14 de mayo de 1586, *ibid.*, n. 351; cf. n. 358.

(2) Juan Dolfín, embajador veneciano en París, en 12 de septiembre de 1586, *ibid.*, n. 407.

(3) Relación sobre esto, *ibid.*, n. 513.

(4) Relación de 21 de mayo de 1587, en Brown, n. 522.

(5) Meyer, 263 s.

(6) Lipomano en 3 de diciembre de 1586, en Brown, n. 439.

(7) Spagnuoli dicono che il Re pensa et negotia, et la Regina d'Inghilterra opera et fa da vero. Lipomano en 21 de mayo de 1587, *ibid.*, n. 518.

(8) Par che tutta la Spagna si lasci intendere di voler far dovero et dar ogni aiuto, dicendo che questa Regina d'Inghilterra et Draco vanno oscurando la grandezza di questo Serenissimo Re, et il valor della nation Spagnuola. Lipomano en 16 de mayo de 1587, *ibid.*, n. 514.

(9) Lipomano en 24 de mayo de 1587, *ibid.*, n. 518.

España e Italia, y tenerse preparados 40 navíos; se pretendía saber, que con ello se trataba en efecto de la empresa contra Inglaterra generalmente anhelada. Algunos observadores advertidos opinaban ciertamente, que semejante expedición era imposible, mientras no se sujetase a Flandes y el Papa no concediese los subsidios acostumbrados (1), y que este socorro de dinero debía ser no pequeño. El mayor general de la mar de España, el hábil almirante Santa Cruz juzgaba (2), que para acometer a Inglaterra se necesitaban 300 naves con 70 000 hombres y tres millones de oro.

Ya pronto no hubo duda alguna de que los preparativos iban en efecto dirigidos contra Inglaterra; desde España y bajo la dirección de Farnesio desde Flandes, debía lanzarse un ejército a la isla. Sin embargo, para desesperación de políticos inteligentes los preparativos bélicos adelantaban con extremada lentitud. Decía el embajador veneciano en Madrid, que era realmente increíble cómo don Felipe con la ayuda de su larga experiencia y prudencia podía gobernar la inmensa máquina del Estado sin Consejo de Estado y por decirlo así sin ministros (3); que diariamente escribía muchas páginas enteras de a folio y firmaba a veces en un día dos mil órdenes (4). Pero la resolución del rey de verlo y conocerlo todo por sí mismo y de hacerse presentar cada pormenor, era fuente de constantes dilaciones (5). Además Felipe II a pesar de todos los preparativos de guerra casi hasta el último momento no renunció a la esperanza de llegar todavía a un ajustamiento de paz con Isabel, y ésta consintió en las negociaciones; a lo que parece, accedió a esto de veras, porque también ella temía la prepotencia española (6).

Nadie expresó más veces ni con mayor fuerza su descontento

(1) Gradenigo en 10 de agosto de 1585, *ibid.*, n. 280.

(2) *Santa Cruz stimava necessaria 300 navi per la impresa d'Inghilterra et 70 m. fanti et tre milioni d'oro per hora. Gritti en 14 de junio de 1586, *Archivio público de Venecia*. Cf. Brown, n. 364. El número de los buques y soldados al pasarse revista el 19 de abril de 1588, *ibid.*, n. 657. Los números según la revista de 9 y 14 de mayo en Tilton, 24 s. En un dictamen de marzo de 1588 pedía Santa Cruz 356 navíos, entre ellos 150 grandes buques de guerra, de 77 250 toneladas en conjunto, y 94 222 soldados (Duro en Tilton, 2).

(3) Lipomano en 12 de enero de 1587, en Brown, n. 453.

(4) Lipomano en 14 de abril de 1587, *ibid.*, n. 501.

(5) Gradenigo en 10 de enero de 1586, *ibid.*, n. 304.

(6) Lingard, VIII, 277 s.; Brosch, VI, 606; Kervyn de Lettenhove, I, 344. Lipomano escribe todavía en 27 de mayo de 1588 acerca de mandati amplissimi para Farnesio, per che possa concludere quando li deputati della Regina acconsentino alla libera restitutione di Holanda et Zelanda. Brown, n. 670.

por la lentitud del rey que Sixto V. Antes de las Navidades de 1585 don Felipe con gran gozo suyo tenía en sus manos la concesión pontificia por la cual se le confirmaban o nuevamente concedían para siete años todos los ingresos provenientes de la bula de la Cruzada (1). Pero después de este grandioso presente, que rentaba 1 800 000 coronas al año (2), quería el Papa ver ahora también obras de parte del rey; no cesaba de amonestarle e instarle, y se quejaba con frecuencia amargamente de que se le remitía siempre de nuevo a lo futuro. Manifestó al embajador veneciano, que él había predicho los buenos éxitos de Drake; que el rey don Felipe haría mejor en tomar de antemano sus providencias, en vez de dejarse destruir su comercio y conquistar sus colonias por el enemigo, y sólo después prestar atención al asunto. Que así lo había dicho también al embajador español (3). Otra vez reprobó el que Santa Cruz se hiciese a la vela contra Drake; dijo que hubiera debido dar un golpe directamente contra Inglaterra, y que luego todas las tropas inglesas hubieran sido enteramente de suyo mandadas volver; que además Inglaterra no estaba preparada y todas sus fuerzas militares se hallaban desparramadas entre las Indias y Flandes. Juntamente hizo notar Sixto V su liberalidad con España; manifestó que había caído en la cuenta del subsidio que Paulo III concedió para Carlos V, Julio III con motivo de Parma, Paulo IV, cuando trajo a los franceses a Italia, y últimamente todavía Pío V para la Liga. «Y Nos queremos otorgar de buen grado al rey de España por cuarta vez, digo por cuarta vez, otro tanto como auxilio contra Inglaterra» (4). Hasta la salida de la armada y más allá estuvo el Papa sin confianza y seguridad respecto de la empresa. En vista de las noticias de los buenos éxitos de Drake cambió también poco a poco su opinión del principio, de que un ataque a Inglaterra era fácil de ejecutar; al contrario en Roma se tenía la empresa por llena de dificultades (5). Entre tanto Sixto V no hizo pagar nada más en subsidios, pero a mediados de 1586 estaba dispuesto a otorgar un millón de escudos del tesoro pontificio, y dos millones

(1) Gradenigo en Brown, n. 304, p. 130.

(2) Ibid.

(3) Gritti en 10 de mayo de 1586, *ibid.*, n. 349.

(4) Gritti en 31 de mayo de 1586, *ibid.*, n. 359.

(5) *L'impresa era stimata piena di molte difficoltà*. Gritti en 5 de julio de 1586, *ibid.*, n. 376.

de las rentas del clero español, si don Felipe contribuía con otros dos millones (1).

En Roma se conocía que la lentitud de don Felipe no era la única dificultad en la empresa contra Inglaterra. Juzgaba el nuncio español, que si Sixto V hubiese estado tan bien informado como el Papa Gregorio, quizá habría tenido por imposibles de ejecutar los dos deseos de su corazón, la acometida contra Ginebra y la dirigida contra Inglaterra. Pues ¿quién, dice, debe ser señor y dueño en aquel reino, si es conquistado? Don Felipe hará valer sus pretensiones, pero ni el Papa ni otro príncipe puede dar su asenso a semejante engrandecimiento de España (2). Si Felipe II agregaba también el reino de Inglaterra a su inmenso imperio, había el peligro de que el Papa no fuese más que un capellán del rey de España. Lo que pensaban los otros príncipes de un ulterior acrecentamiento de poder de la monarquía española, pudo conocerlo Sixto V, cuando hizo inquirir de Enrique III cuál era su actitud respecto a la expedición contra Inglaterra. El rey contestó (3) que ciertamente más quisiera que Inglaterra estuviese en otras manos que en las de Isabel, pero que nunca se avendría a ver el país en poder de España. A la réplica de que el país conquistado debía venir a parar a Jacobo VI, que fácilmente se podía convertir, siguióse la respuesta de que si vencía el rey de España, nadie esperaría que devolviese su conquista; que los españoles no eran frailes y no habían de renunciar a los frutos de sus hazañas por obedecer a un mandato pontificio.

Sixto V consideraba naturalmente el estado de las cosas en el aspecto religioso; deseaba la conquista de Inglaterra como una condición previa para la reducción del país a la antigua fe. En cambio para Felipe II la empresa era en primer término política; para él se trataba de la defensa de sus actuales posesiones y de la adquisición de un nuevo reino; primeramente quiso que el Papa le otorgase en feudo el reino de Inglaterra, y cuando Sixto V no accedió a ello, lo quiso para su hija Isabel Clara Eugenia (4). Muchos contemporáneos pusieron en duda la religiosidad de don Felipe en gene-

(1) Ibid.

(2) Gradenigo en 22 de febrero de 1586, en Brown, n. 322. Hübner (I, 315, edición alemana) hace observar acerca de esto: «Cómo parecen enteramente modernas estas consideraciones del diplomático pontificio; cómo se halla ya desenvuelta la doctrina del equilibrio europeo!»

(3) Gritti en 14 de junio de 1586, en Brown, n. 364; cf. n. 337.

(4) Pollen en *The Month*, CI (1903), 561; Bellesheim, Allen, 161.

ral y creyeron que obraba según el consejo de Maquiavelo, de que el príncipe ha de ser religioso más según la apariencia exterior que en realidad (1). Esto parece ciertamente demasiado extremado, las intromisiones del rey en asuntos eclesiásticos no bastan para fundamentar semejante inculpación. Pero en sus planes contra Isabel los motivos religiosos sólo estaban en segundo término; por eso Sixto V tenía desconfianza en la pureza de sus intenciones, y a Olivares le costaba bastante trabajo desviarle de esta opinión (2). El embajador veneciano expresa varias veces la sospecha de que los preparativos contra Inglaterra eran sólo una apariencia para engañar al Papa y sacarle dinero (3). Sixto V mismo dijo una vez: «Hemos concedido bienes eclesiásticos al rey de España, y creemos que este dinero es causa de toda desgracia, por no haber sido empleado en su verdadero fin» (4).

Pero a pesar de todos los reparos el Papa se vió al fin obligado a aceptar los servicios de don Felipe. El 29 de julio de 1587 se ajustó un tratado formal (5). En él prometió Sixto V como subsidio un millón de escudos; la mitad del cual debía ser pagadero después del desembarco de las tropas españolas en Inglaterra, y la otra mitad pagarse por partes cada dos meses. La promesa pontificia estaba ante todo ligada a la condición de que la escuadra española se hiciese a la vela todavía en el año 1587. Designáronse también como esenciales otras condiciones, a cuya observancia se había de obligar

(1) *Al'incontro non mancano infinite e gravi persone che tengono, che quella santimonia e devotione non sia sopra pietosa radice e christiana base fondata, ma su quella politica regola che la religione in un principe debba più apparire che esservi et che solo a simile esteriorità nenon con grande arte dirizzate le cose sopradette.* Relazione di Spagna (de Camilo Guidi ?), en C. Bratli, 189.

(2) V. su carta de 24 de febrero de 1586 en Bellesheim, loco cit., 157.

(3) Gradenigo en 10 de agosto y 18 de octubre de 1585, en Brown, n. 280, 288.

(4) Gritti en 28 de noviembre de 1587, *ibid.*, n. 604. Quizá se explica por esta sospecha el tono áspero de una carta autógrafa del Papa a Felipe II de 25 de julio de 1588, en la cual Sixto puntualiza su posición en el asunto de los subsidios. Arch. Rom., XIV (1891), 172 s.; Meyer, 273, nota 1; Herre, 385, nota.

(5) Impreso por Meyer, 454-457. *L'anno passato di luglio sottoscrissero i capitoli S. St^a et il conte Olivares, per questa impresa d'Inghilterra, et vi era il capitolo che al settembre si andasse all'impresa. Brumani en 27 de agosto de 1588, *Archivo Gonzaga de Mantua*. En 27 de junio de 1587 escribe Gritti que el Papa había prometido pagar 600 000 coronas inmediatamente después del desembarco en Inglaterra y luego 70 000 coronas mensualmente mientras durase la guerra; con todo Inglaterra debe quedar siendo feudo pontificio y el Papa nombrar el rey. Brown, n. 537.

don Felipe con su palabra real por escrito en un documento público. Estas condiciones eran que después de la conquista debía nombrar un rey para Inglaterra, del cual se pudiese esperar con seguridad el restablecimiento y conservación de la religión católica, y el nombrado había de ser acepto a la Silla Apostólica y recibir de ella la infeudación. Que a la Sede pontificia debían devolverse todos sus derechos y rentas, y a las iglesias, monasterios y obras pías todas sus anteriores posesiones. Firmó el tratado de parte del Papa el cardenal Carafa, y de parte del rey Olivares. Por lo demás tratóse el negocio muy en secreto; sólo a fines de junio de 1588 comunicó Sixto V la alianza a algunos pocos cardenales, especialmente al cardenal Mattei (1).

Si el convenio con don Felipe se mantuvo secreto, con todo Sixto V dió también una señal pública de su aproximación al rey de España. Ya desde hacía mucho tiempo los desterrados ingleses que estaban en el continente, habían procurado alcanzar por mediación de Felipe II la elevación de Allen al cardenalato (2). Se trataba de dar a los católicos ingleses una cabeza y un centro alrededor del cual pudiesen agruparse, pues lo que significaba la falta de semejante cabeza, hartó claramente se podía ver en Escocia (3). Don Felipe agenció el nombramiento de Allen principalmente porque el nuevo cardenal debía acompañar como legado pontificio al ejército español en la expedición a Inglaterra, y después de la conquista del país interponer su autoridad para el ordenamiento de los asuntos eclesiásticos y los políticos (4). Pero a pesar de todos los esfuerzos llegó al fin el año 1586, sin que en el adviento, tiempo reservado por Sixto V para los nombramientos de cardenales, se hubiesen visto cumplidos los deseos del rey (5). Entonces el 7 de agosto de 1587

(1) *Noverit V. S., SSMum D. N. pepigisse fedus ante aliquot menses cum rege Hispaniae adversus reginam Angliae; quod quidem adeo hucusque occultavit, ut nec unus ex cardinalibus a S. S^{te} cognoscere potuit. Detegit tamen ante 4 dies uni vel alteri cardinali et praesertim cardinali Matteo Romano. Sporeno en 25 de junio de 1588, *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*. Cf. Santori, *Autobiografía*, XIII, 180.

(2) Mendoza a Felipe II en 6 de abril de 1581, en la corresp. de Felipe II, tomo V, 565 s.

(3) Carta de 1.º de noviembre de 1582, *ibid.*, VI, 421; memoria de Olivares para el Papa de 14 de marzo de 1587, en Bellesheim, Allen, 165. Morgan y el partido galés trabajaban ciertamente contra Allen y deseaban elevar en su lugar a su paisano Owen Lewis. Lechat, 161 s.

(4) Olivares en 24 de febrero de 1586, en Bellesheim, Allen, 158.

(5) Sólo un nuevo cardenal protector había sido destinado para Ingla-

el Papa sorprendió a todo el mundo, por cuanto fuera del término establecido y después que todavía poco antes se había expresado en tono severo contra Felipe II, al fin de un consistorio propuso a Allen para la sagrada púrpura; dijo que la necesidad de dar por cabeza un inglés a los ingleses justificaba la excepción de la ley dictada hacía poco. Los cardenales asintieron; sólo dos de ellos señalaron como candidato digno a un arzobispo escocés. En vista de ello el cardenal Carafa propuso a Allen al Papa y a los cardenales. Al día siguiente recibió Allen el título de cardenal de Inglaterra (1). Se creyó que el nombramiento se había efectuado para apaciguar a Felipe II a causa de las palabras duras que el Papa había usado contra él (2). En efecto Sixto V escribió aún el mismo día al rey, diciéndole que para complacerle había elevado a Allen (3); y añadió que en toda Roma se había interpretado el suceso como anuncio de la expedición contra Inglaterra, aunque él había indicado un motivo libre de toda segunda intención para el nombramiento. Sixto V tomó de ahí ocasión para instar de nuevo a acelerar el negocio, pero al mismo tiempo también para hablar seriamente a la conciencia del omnipotente monarca: «Pues como vuestra majestad ha de acometer esta empresa militar, cuide de reconciliarse con Dios, porque los pecados de los príncipes son la desdicha de los vasallos y arruinan los reinos. Pero ningún pecado atrae más la ira de Dios que los atentados a la jurisdicción eclesiástica, como se deduce de la Historia sagrada y la profana». Sixto V trata esto más detenidamente y amonesta a don Felipe que haga penitencia, que de

terra: Sisto V crea il cardinale Enrico Gaetani protettore d'Inghilterra, 30 de junio de 1586. Noticia del *Archivio Gaetani de Roma*.

(1) Tum S^{mus} proposuit promotionem Gugl. Alani Angli in cardinalem, et hoc quia cum Maria regina Scotiae, in qua Angli et catholici omnes illarum partium spes suas posuerant, expectantes illius successionem in regni Angliae, et finem tandem imponi tot calamitatibus, persecutionibus et miseriis, defuncta sit, ne regnante impiissima Iezabele catholici et fideles omnino desperent, cogitavit illum in cardinalium coetum aggregare... Acta consist. en el Cód. Barb. XXXVI, 5, II, p. 238^b, *Bibl. Vaticana*, impresas en las Anal. juris Pontif., XI.^a serie, 1872, 852. Cf. Gritti en 8 de agosto de 1587, en Brown, n. 565. Extractos de las actas consistoriales en Laemmer, Melet., 232; Bellesheim, Allen, 176. Ritter (Historia de Alemania, II, 40) hace a Allen jesuita! ✦

(2) Demás de esto a confusione di quella sclerata et indegna regina d'Inghilterra. Pero Allen es «creatura di Farnese», y de ahí el descontento de los cardenales no farnesianos. Así *Malegnani en 8 de agosto de 1587, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(3) La carta se halla en Bellesheim, Allen, 176. Cf. Brom-Hensen, Rom. Bronnen, Haag, 1922, 671.

lo contrario podría venir sobre él un gran castigo (1). Por lo demás parece que el Papa, aun prescindiendo de la consideración respecto a Felipe II, estaba resuelto a la elevación de Allen: cuando Pisany se quejó de que Francia había sido de nuevo preterida, Sixto le remitió al próximo adviento; díjole que el nombramiento de Allen no se había decidido por consideración a España, que ya se vería para qué servía (2). En Madrid se recibió con gran satisfacción la elevación de Allen (3), y también en Roma estaban concordes en alabar al recién nombrado (4).

Todavía en otro punto condescendió Sixto V con los deseos de España: dió su aprobación para que un manifiesto de los católicos ingleses anunciase solemnemente la renovación de la sentencia pontificia de excomunión y deposición acerca de Isabel. La proclama se imprimió como hoja volante en Amberes y debía difundirse entre los católicos después del desembarco en Inglaterra (5). Allen, de cuya pluma procedía el documento, añadió al mismo una declaración, en la que con las más severas expresiones se enumeraban las fechorías de Isabel en su vida privada y en la pública (6).

Cuando al fin parecía tomarse en serio la leva de la armada, publicóse el 30 de marzo de 1588 el anuncio impreso de un gran jubileo, que se celebró en toda Italia con gran concurso, con mucha devoción y muchas limosnas. Había declarado el Papa, que después de Pascua indicaría la causa por que se había publicado el jubileo (7). También en España se rogó mucho al cielo por la victoria. Oraciones en cada misa y en cada iglesia (8), en Madrid la función de las cuarenta horas repetida cuarenta veces en cuarenta iglesias (9), diariamente en una iglesia determinada exposición del Santísimo Sacramento y misa cantada (10), en los días festivos procesiones muy

(1) Cf. vol. XXI, cap. IV, pág. 243.

(2) Bremond, 259.

(3) Speciani en Bellesheim, Allen, 177; Meyer, 275.

(4) *Malegnani, loco cit., dice de él que era muy digno; como bello d'aspetto, persona humanissima lo designa el *Avviso de 8 de agosto de 1587, Urb., 1055, p. 307, *Biblioteca Vaticana*. Cf. Gritti, loco cit.

(5) Meyer, 277-279.

(6) Lingard, VIII, 279, 442-446.

(7) *Avvisi de 30 de marzo, 13 y 30 de abril de 1588, Urb., 1056, p. 121, 136, 170, *Biblioteca Vaticana*.

(8) Lipomano en 5 de julio de 1587, en Brown, n. 543.

(9) Ibid.

(10) Lipomano en 31 de octubre de 1587, *ibid.*, n. 592.

concurridas (1): todo esto se ofrecía por el buen éxito de la armada y siempre de nuevo se ordenaba de dos en dos meses la continuación de estas oraciones (2); el rey mismo permanecía arrodillado diariamente de dos a tres horas delante del Santísimo y, como se refería, se levantaba de noche a hacer oración (3). Cuando la escuadra hubo zarpado, estuvo cuatro horas de rodillas en el desnudo suelo con las manos juntas y levantadas y el príncipe heredero de la corona hubo de ayudar la misa que oyó don Felipe (4). De esto se obtiene también la impresión de que el rey estaba vivamente penetrado de la insuficiencia de sus preparativos: los medios naturales que son condición esencial del buen éxito debían suplirse con los sobrenaturales, los cuales, sin embargo, no están destinados sin más para tal compensación. A lo que parece, Felipe II dió también importancia a las supuestas visiones y promesas de una engañadora que se vendía por estigmatizada (5). Otras «visionarias» profetizaron ciertamente mala suerte para España (6). El santo agustino Alonso de Orozco predijo que la empresa tendría mal éxito «por nuestros pecados» (7).

Los que juzgaban prudentemente, dudaban asimismo de un buen suceso de las armas españolas. Alonso de Leiva ciertamente daba al rey grandes esperanzas de que Isabel ni por mar ni por tierra podría resistir a tan enormes fuerzas de combate (8). Pero en París se decía ya en abril de 1588 (9), que don Felipe no se abalanzaría a tan descomunal empresa, ni haría depender la tranquilidad y libertad de sus Estados del éxito dudoso de una batalla; que se sabía demasiado bien cuán poderosa era la escuadra inglesa, y cuán superiores eran los ingleses en la guerra por mar. Escriben acordes los

(1) Lipomano en 5 de mayo de 1588, *ibid.*, n. 656.

(2) Lipomano en 19 de septiembre y 31 de octubre de 1587, *ibid.*, n. 583, 628.

(3) Lipomano en 30 de abril y 5 de mayo de 1588, *ibid.*, n. 653, 656; Speciani en 30 de abril y 11 de julio de 1588, en Meyer, 267 s.

(4) Speciani en 11 de julio de 1588, en Meyer, 268.

(5) Le escribió de su mano y prometió visitarla; más tarde se descubrió que había recibido 40 000 coronas en joyas y oro. Lipomano en 31 de diciembre de 1588, en Brown, n. 794. El fallo judicial sobre ella, *ibid.*, n. 795. También Santa Cruz la visitó; el mismo Luis de Granada se dejó engañar por ella, *ibid.*, n. 628.

(6) Speciani en Meyer, 267.

(7) V. T. Cámara, Vida del b. A. de Orozco, Valladolid, 1882, 321 s.

(8) Lipomano en 6 de febrero de 1588 en Brown, n. 625.

(9) Mocenigo en 8 de abril de 1588, *ibid.*, n. 648.

venecianos Mocenigo y Gritti desde París y Roma, que aun en el caso de una victoria la armada española quedaría tan maltrecha, que no se podría pensar en un desembarco en Inglaterra (1). Por eso se esperaba todavía a última hora, que se ajustaría la paz entre Inglaterra y España (2); pero precisamente de esta esperanza se volvió a tomar ocasión en España para trabajar con menos ardor en acabar de construir la armada. Es el nuncio pontificio en Madrid quien así lo refiere (3); pero su colega de Venecia notifica que según la opinión allí muy extendida la escuadra española no se podía medir con la inglesa: que los buques eran malos, y la tripulación estaba sin experiencia y disciplina militar (4). De una manera semejante describió también el embajador francés Pisany al Papa el estado de la armada y del ejército de Felipe II; dijo que el rey nada emprendería contra Inglaterra, porque nada podía emprender (5). El mismo Sixto V manifestó al embajador veneciano (6), que el rey había ciertamente preparado su armada, pero que era tan lento en sus resoluciones, que «no tenemos ningún barrunto de cuándo ejecutará su plan. Tampoco vemos qué es lo que podrá efectuar, pues Isabel posee 140 buques en el mar, goza de muy grandes socorros de dinero de Dinamarca y Sajonia, se ha asegurado y pudo hacerlo con toda tranquilidad. En cambio el rey perdió 20 000 hombres por mala alimentación y mala economía. No sabemos lo que vendrá.» Añadió que el rey tenía ciertamente de su parte la justicia y misericordia de Dios, y así él, el Papa, no abandonaba la esperanza. Pisany hablando con Sixto V se expresó de la manera más dura acerca del rey de España (7). Cuando estaba solo con su secretario, derramaba abundantes lágrimas, luego que pensaba en la leva de la armada (8).

(1) Mocenigo en 8 de abril, Gritti en 7 de mayo de 1588, en Brown, n. 648, 660.

(2) Gritti, *ibid.*

(3) Speciani en 18 de enero de 1588, en Meyer, 285.

(4) Matteucci en 11 de mayo de 1588, *ibid.*

(5) En 24 de agosto de 1587, en Bremond, 284.

(6) Gritti en 12 de marzo de 1588, en Brown, n. 640.

(7) Pisany a Enrique III en 13 de abril de 1588, en Bremond, 286.

(8) Se l'armata del re Cattolico fosse uscita il Settembre et Ottobre passato, N. S. haveva certa fiducia, che dovesse ottenere vittoria. Hora è tanto disconfidato di se stesso, che non si puo indurre a credere, che habbia a sortire buon fine. Et ogni volta che si ricorda, che habbia ad uscire, non puo tenere le lagrime, che li piocono largamente da gl'occhi. Et nel leggere la cifra de V. S., se bene la tiene per vanità, non si ha potuto contenere, che non pianga meco, et

Para temores y cuidados había bastante motivo. Según una cuenta contemporánea (1), don Felipe había juntado 153 navíos, 8 041 marineros, 19 747 soldados, 916 voluntarios y 2 460 cañones. El armamento hizo muchas veces que lo suministrasen asentistas protestantes de Alemania y Dinamarca (2). Isabel al principio fué negligente en armar a su vez su escuadra; pero al fin la flota inglesa poseía tantos buques grandes aproximadamente como la armada española y pequeños muchos más, mientras que para la lucha con artillería los ingleses eran tres veces superiores a sus inexpertos adversarios (3). Además los españoles poco antes de salir del puerto la armada padecieron una pérdida irreparable con la muerte de su hábil almirante Santa Cruz, el vencedor de Don Antonio junto a las Azores (4). Reemplazóle el duque de Medina Sidonia, el cual debió su elección para un puesto de tanta responsabilidad solamente a su elevado nacimiento. Completóse la desdicha con la instrucción para el nuevo almirante. Pues aunque el número considerable de casi 2 500 cañones que había en la flota, parecía indicar que se quería abandonar los usos medioevales de la guerra naval y resistir a la artillería inglesa con iguales armas en su propio terreno, a pesar de esto la instrucción (5) para Medina Sidonia contenía la orden de que procurara acercarse a los buques enemigos y abordarlos. Con tales medios no podían seguramente apoderarse de la flota inglesa.

Después que a últimos de mayo la armada hubo partido al fin del puerto de Lisboa, por varios meses se quedaron en Roma sin

tanto dirottamente che ha indotto me ancora in piangere. Ma questo sia tra lei e me. El secretario Juan Andrea, obispo de Bertinoro, al nuncio español Speciani, 2 de abril de 1588, en Brom-Hensen, Rom. Bronnen, Haag, 1922, 673, n. 856.

(1) Brown, n. 671. Por lo demás los datos no concuerdan. Otros números hay en Meyer, 284 y Brosch, VI, 608. Cf. las relaciones del embajador de Este en Ricci, Silingardi, II, 39 s., 41.

(2) Algunos de los buques mayores se compraron en las ciudades alemanas del ansa; para la construcción y la dotación de los demás lo que no se podía hallar en el propio país en madera, maromas, aparejo, pez, alquitrán, vituallas y artillería, recibiólo España en gran parte de Hamburgo, Lübeck, Danzig y Wismar. La protesta de Inglaterra y el apresamiento de algunos buques tuvo ciertamente la consecuencia de que después el auxilio para las empresas españolas contra Inglaterra se llevase a los puertos españoles por las Islas Orcadas, haciéndose con esto un gran rodeo. Edward P. Cheyney en la Engl. Hist. Review, XX (1905), 662-670.

(3) Meyer, 284; Tilton, 29 s.

(4) Muerto el 29 de febrero de 1588; v. Brown, n. 628.

(5) Tilton, 3-5; Meyer, 284.

segura noticia sobre su suerte. A principios de julio expresó el Papa su penosa extrañeza acerca de esto; dijo que en vez de dejar tiempo a la reina inglesa para armar su flota, hubiera debido don Felipe seguir el consejo pontificio y al punto en septiembre del año transcurrido acometer a Inglaterra. Pero que el rey era viejo y no podía ya cambiar su natural, que se le había de tomar como era (1). A fines de agosto corrió la voz por Roma de que los españoles habían vencido; muchos cardenales y numeroso pueblo fueron a la iglesia de Santiago de los Españoles para dar gracias y celebráronse fiestas de regocijo (2). El Papa sin embargo perseveraba en su desconfianza; hizo observar por este tiempo, que la empresa inglesa tan difícil nunca le había gustado (3). Unos quince días más tarde se expresó de nuevo Sixto V de la manera acostumbrada sobre la astucia de Isabel y la lentitud de don Felipe y concluyó manifestando su temor de que la armada nada conseguiría, si Dios no hacía un milagro. Dijo que Jacobo VI había prometido a un obispo que le visitó disfrazado, el reconocimiento de la Santa Sede y un puerto para refugio de la armada, pero la tardanza de don Felipe dejó tiempo a Isabel para hacer mudar de opinión al joven rey. El cardenal Morosini escribió desde París a Roma, que un puerto francés de refugio para la escuadra española era incondicionalmente necesario, y que en vista de sus propuestas el rey de Francia había estado inclinado a otorgarlo, pero cuando el Papa presentó al embajador español la carta respectiva, éste se rió y no dió ninguna importancia a la cosa (4).

(1) Gritti en 9 de julio de 1588, en Brown, n. 686. Lleva la fecha de 6 de julio de 1588 la **Descrittione dei porti e fortezze d'Inghilterra*, compuesta por Fr. V. Bonardo, maestro del sacro palacio, en las *Varia polit.*, LXX, 106 ss., *Archivio segreto pontificio*. Ibid., LXXXVI, 172 ss. hay un **dictamen* semejante dirigido a Felipe Pigafetta, en el cual es propuesto como general el duque de Parma.

(2) **Avviso* de 24 de agosto de 1588, Urb., 1056, p. 363, *Bibl. Vaticana*. Tales noticias sobre la victoria fueron difundidas en otras partes, principalmente por Mendoza; cf. Duro, I, 175-200.

(3) **La guerra di Inghilterra non piaque mai alla S. S^{ta}, ma sì quella d'Alghieri, prima perchè quella è più difficile, secondo non è tanto dannosa Inghilterra alle anime cristiane, come che non praticano se non volontariamente, come Alghieri che van depredando sempre i nostri mari*. Brumani a Mantua en 27 de agosto de 1588, *Archivio Gonzaga de Mantua*. Cf. el núm. 19 del apéndice del volumen XXI.

(4) Por lo demás don Felipe se había puesto en relación con el duque de Aumale, para que éste le cediese el puerto de Boulogne; Aumale con todo fué rechazado (Fornerón, *Les Ducs de Guise*, II, 294 s.). En una instrucción secreta Felipe II indicaba al almirante Medina Sidonia, que si el desembarco

También otras veces fueron despreciados los consejos pontificios, aunque Sixto había prometido mayores subsidios que sus predecesores (1).

Entre tanto había pasado hacía tiempo en Roma el gozo de fines de agosto por la victoria. El 24 de septiembre escribe el embajador mantuano Brumani, que se esperaban con ansia noticias más exactas de la armada; en 1.º de octubre refiere que el cardenal Joyeuse había recibido malas nuevas (2). A mediados de octubre reinaba todavía incertidumbre; en Santiago de los Españoles se celebró entonces la función de las Cuarenta horas por la victoria de la flota hacía tiempo batida, a cuyo solemne final asistió el mismo

en Inglaterra no salía bien inmediatamente, se apoderasen de la isla de Wight como de un puerto (Tilton, 7).

(1) *S. Stà mi ragionò dell'armata, et sta con dubbioso pensiero del successo, vedendo così traversati principii. Il duca di Parma sbarcò la sua gente, per questo ponto secreto, perchè havea presentito nella Fiandra sollevatione cagionata si crede per industria della regina d'Inghilterra per divertirlo a non unirsi con l'armata spagnola il che gli è successo. Lodò qui S. Stà l'astutia per ragion di stato, di questa donna, mi disse che la tardanza ha cagionato et cagionerà ogni male perchè il re di Scotia havea promesso due cose col mezzo d'un vescovo vestito da laico, con licenza de S. Stà, una di mandare a riconoscere la S. Stà come vero Vicario, la 2ª porto principale per tutta l'armata spagnuola, ma tardando l'armata, la regina ha fatto tanto que l'ha dissuaso et indotto alla sua devotione, inducendolo a far tagliar il capo ad un principale che lo tenea nella devotione christiana. Mi ha detto di più che il Morosino hora card^{le} scrisse a S. Stà a mesi passati che non sapea como l'armata non dovesse haver bisogno di porto per la riviera Francesa in occasione di fortuna et che a ragionamento largo havea cavato dal re di Francia buona inclinatione a tal comodità, N. S. [comunicò] questo capitolo di lettera al conte Olivares, il quale se ne rise e lo sprezzò. Pensa mo' V. A. che dica hora S. Stà in veder l'armata andar in traversia senza haver porto. Mi ha detto di più haver dimandata l'armata sopra le spalle sue con promessa de pagar ogni legno che si perderà et pagar il nollo de legni che stanno a nollo in quest'armata et lassare che S. Stà faccia guidare da chi gli piace quest'impresa, ma non la vogliono intendere. Mi ha detto anco che quando si capitulò l'anno passato volea mandar gente sua si come fece sempre Paolo III in tutti gli aiuti che diede a Carlo V, et Pio V nell'aiuto di Francia et nella lega contro il Turco, ma i Spagnuoli non la volsero intendere et S. Stà condescese acciò di lui non si potessero mai lamentare, che per sua causa non si fosse fatta l'impresa. Quanto al denaro gli protestò, che niun Papa secondo le scritture di Castello non diede mai più che 100^m ducati a l'anno, et che S. Stà promettea un milione d'oro, cioè 500 milia, sbarcata la gente per far l'impresa e poi cento milia al mese, et con tutte queste cose va dubitando che non si farà impresa, se la M^{te} de Dio non fa miracoli. Questo in sostantia ho cavato a longhi ragguonamenti dalla S. Stà. Brumani en 10 de septiembre de 1588, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Las dos *cartas se hallan en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. la relación de Gritti de 24 de septiembre de 1588, en Brown, n. 744.

Papa (1). Pero en general la conducta de Sixto V en aquellos días se mostró tan poco confiada y afable con España, que Olivares dió cuenta de ello a Madrid en tono sumamente irritado, diciendo que el Papa no manifestaba ninguna alegría con las buenas noticias, sino lo contrario, con las malas una indiferencia que casi causaba escándalo (2). Sixto V mismo hubo de defenderse contra el reproche de poca afabilidad con España; dijo que no podía dar a don Felipe ninguna mayor señal de afecto, que diciéndole francamente su opinión (3).

Tampoco España misma tuvo completa certidumbre acerca de la suerte de su armada sino cuando a principios de octubre llegaron a la patria los lastimosos restos de la poderosa escuadra con el residuo de las tropas medio hambrientas (4). Un mes más tarde todavía no había vuelto la mitad de las naves (5). No habían acaareado el viento ni las olas la desgracia de la armada, de cuyo buen éxito parecía a muchos depender la suerte de la cristiandad (6), sino antes bien la superior velocidad de los buques ingleses, la mayor experiencia de sus capitanes, y el fuego más eficaz de sus cañones de largo alcance fueron los que en los primeros combates desde el 30 de julio y después de la nocturna dispersión de los navíos por efecto de los proyectiles ingleses en la decisiva acción de 8 de agosto obligaron a los buques españoles a la retirada. Fué una dicha para los vencidos el que después de la batalla el viento reinante noroeste mudase súbitamente de dirección, pues de lo contrario hubiese hecho que las naves desamparadas diesen al través contra la costa de Zelandia; otra segunda dicha fué el haber faltado las municiones a los enemigos que les perseguían, pues de lo contrario hubiese sido dado a Inglaterra triunfar en la batalla con entero aniquilamiento de sus adversarios. Las naves que en su viaje de vuelta con un gran rodeo por el norte de Inglaterra se hundieron por efecto de las tempestades o fueron arrojadas a la costa irlandesa, no eran sino restos de la antigua armada (7).

(1) *Aviso de 19 de octubre de 1588, Urb., 1056, p. 475, *Bibl. Vaticana*.

(2) Olivares en 26 de septiembre de 1588, en Hübner, III, apéndice, 39; Bremond, 287.

(3) Gritti en 9 de julio de 1588, en Brown, n. 686.

(4) Meyer, 286.

(5) Lipomano en 1.º de noviembre de 1588, en Brown, n. 770.

(6) V. la carta de Frangipani al rector del colegio de los jesuitas de Tréveris de 23 de agosto de 1588, en Brom-Hensen, Rom. Bronnen, 675.

(7) Meyer, 286 s.; Tilton, Catástrofe de la armada española, Friburgo, 1894,

Numerosas hojas volantes difundieron la noticia de este extraordinario suceso por todos los países de Europa (1). La impresión fué en todas partes grandísima, y tampoco pudo faltar la reacción política; en Italia oprimida por los españoles se mostró en el cambio de proceder de Venecia y Toscana (2). Sixto V estaba inclinado a seguir el ejemplo de estos dos Estados, cuando el asesinato de los Guisas le hizo procurar de nuevo una aproximación a España (3). El Papa negó que le cupiese parte alguna en la responsabilidad por la desgraciada expedición; dijo que sólo había asentido con repugnancia, para que no pareciese que se sustraía a una empresa contra los enemigos de la fe (4). Negóse a socorrer la penuria de dinero del rey de España, pues sólo había hecho promesas para el caso de un desembarco en Inglaterra. Por enfado a causa de esto don Felipe durante algún tiempo sólo trató por escrito con el nuncio español (5). Por lo demás el Papa antes no había querido tocar tampoco su tesoro del castillo de San Ángel; cuando la armada levó anclas, llamó a sí a los conservadores romanos y les pidió

con una ojeada sobre las fuentes, p. 35-44. Cf. la relación de Pedro Coco de Calderón, Participantes en la expedición, en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, I, Madrid, 1897; Hugh Allingham, Captain Cuellar's Adventures in Connacht and Ulster, A. D. 1588, London, 1897; relación del duque de Parma de 12 de agosto de 1588, en Brown, n. 728 (cf. 734, 746); Los naufragos de la Armada Española en Irlanda, en el Boletín de la R. Acad. de la historia, XVI (1890), 225 ss.

(1) Una hoja volante de éstas: «Choque de las armadas española e inglesa, cómo hubo un encuentro entre ellas en el Mar Británico. Anno 1588, 9. Augusti», en J. V. Adrian, Comunicaciones de manuscritos y documentos raros, Francfort, 1846, 364 ss. Otra hoja volante lleva este título: «Ein new Lied / von der Spanischen Ar / mada und Kriegsrüstung auf / Meer under dem befelch des Her / zogs von Medina Sidonia auss Portugal / wie dise nach Engellandt abgeschifft aber / durch die Engelländer durch vilfaltige Schar / mützel und Schlachten Sämlich erschlagen / verbrenndt, gefangen, zum Teil durch un / glückhafte Wind auf dem Meer / verwähret worden sind etc. / In der Weiss, wie man die Schlacht / aus Frankreich singt oder in s Linden / schmids Thon zu singen. / Gedruckt zu Nider Wesel bey Nicolaus Schreiber, 1588, 3 hojas, en 8.º menor; ejemplar de la biblioteca de J. v. Görres, bondadosamente comunicado por Frl. S. Görres.

(2) Herre, 391 s.

(3) Ibid.

(4) Badoer en 29 de abril de 1589, en Hübner, II, 481. A fines de septiembre de 1588 Sixto se declaró ciertamente dispuesto a anticipar 800 000 ducados, pero exigía seguridad para el reembolso, si la expedición contra Inglaterra no se efectuaba. Brown, n. 743.

(5) Bremond, 288; Badoer en 6 de julio de 1589, en Brown, n. 861. Cf. Ricci, Silingardi, I, 52.

su ayuda para hallar en otra parte un millón de ducados (1).

Felipe II quedó grandísimamente apenado por estos sucesos. Exteriormente conservó su tranquilidad al recibir la nueva de la terrible desgracia, así como durante las penosas semanas cuando todo el mundo en España estaba fluctuando entre el temor y la esperanza (2). Ya después de las primeras noticias desfavorables, que se ocultaron cuidadosamente al pueblo, se retrajo aún más que antes de parecer en público. A nadie admitía a su presencia; el rey renovó su testamento y permanecía largas horas a solas con su confesor (3). Un religioso le dijo con toda libertad que Dios había dado oídos a otras voces que a las oraciones y procesiones dispuestas por el rey: es a saber, a las voces de los pobres oprimidos que en su necesidad acudían a la corte sin ser oídos ni socorridos (4). La desdicha del monarca gravemente probado subió a lo sumo, cuando a principios de 1589 a los padecimientos morales de rey se agregaron todavía los de padre. El único hijo que le había quedado, estaba entonces fluctuando entre la muerte y la vida. También ahora procuró don Felipe ocultar su dolor, pero no lo consiguió. Estaba sentado en su escritorio, firmaba decretos y despachaba los negocios corrientes, en cambio no se resolvía a visitar a su hijo al parecer moribundo (5). No abandonó la idea de enviar una nueva escuadra contra Inglaterra (6); dijo que vendería las lámparas de su mesa de trabajo, si era necesario, para hallar dinero. Por lo demás las ciudades de España competían entre sí en ofrecer auxilio al rey (7).

Como España estaba llena de tristeza, así Inglaterra, como se deja entender, se hallaba fuera de sí de gozo por los acontecimientos. Dispusieron fuegos artificiales y diversiones, y el pueblo alborozado aclamaba a su reina cuando sobre blanco corcel, con el bastón de general en la mano, revistó en Tilbury las filas de sus tropas el día después de la batalla (8). Las fiestas tuvieron también un lado religioso; celebráronse funciones de acción de gracias, y

(1) Pisany en 28 de junio de 1588, en Bremond, 288.

(2) Meyer, 291.

(3) Lipomano en 6 de septiembre de 1588, en Brown, n. 732.

(4) Lipomano en 1.º de octubre de 1588, *ibid.*, n. 747.

(5) Lipomano en 27 de febrero de 1589, en Brown, n. 821.

(6) Lipomano en 29 de septiembre, 12 y 24 de octubre y 1.º de noviembre de 1588, *ibid.*, n. 745, 754, 768, 770.

(7) *Ibid.*, n. 770. Cf. Speciani a Montalto en 24 de septiembre de 1588, en Meyer, 291; Brosch, VI, 656, nota 3.

(8) Lingard, VIII, 285, 290.

ávidamente se aprovechó la ocasión para presentar la victoria sobre la Armada española como un juicio de Dios, en el cual el Omnipotente se había declarado en favor del protestantismo contra la Iglesia católica. Para hacer creíble y evidente esta interpretación, se desfiguraron enteramente los hechos históricos (1). En la leyenda que se formó y ejerce su influencia hasta en las más recientes obras de historia, no son la superior experiencia del mar y mejor armamento los que ocasionan la victoria, sino la inmediata intervención de Dios, que confunde a los enemigos. Por eso se pinta con los más exagerados colores lo poderoso de la armada española, Isabel nada igual puede oponer a ella, Inglaterra parece estar perdida. Pero el Omnipotente pelea por los suyos, envía contra los españoles una tempestad: «Sopló Dios todopoderoso, y la armada voló hacia todos los vientos» (2). A los mismos fines había de servir la invención de que Felipe II había tenido su armada por «invencible» y así la había llamado de antemano. En las fuentes españolas no se halla esta expresión (3).

Gravemente habían de pagar los católicos de Inglaterra la acometida y la derrota de los españoles. Cuando en 1586 estaba próxima la acometida de España, el Consejo privado de la reina había concedido la primera mitigación de la persecución que padecían los católicos; desde el 23 de febrero de este año los partidarios de la antigua religión, que estaban dispuestos a entrar en el cuerpo de la caballería ligera, por un indulto fueron eximidos de pagar las multas que ordinariamente se les imponían por no ir a la iglesia, etc. En noviembre de 1586 se hace valer por primera vez el conocimiento

(1) «Es cosa sin igual en la historia de las guerras modernas el que una gran decisión por las armas se olvide por la fantasía popular y se supla con la imagen de destructoras fuerzas de la naturaleza, el que al tronar de los cañones reemplace la furia de la tempestad y se atribuya al viento y a las olas lo que ha hecho la superior habilidad guerrera de una flota.» Meyer, 190.

(2) También entre los católicos se hacían consideraciones de índole religiosa sobre el grande acontecimiento. Así dice Maffei: *Haec tanta tamque inopinata Hispanorum clades haereticis interim exultandi, Catholicis moderandi animos, rerumque humanarum imbecillitatem agnoscendi, cunctis divina iudicia cum timore ac tremore pensandi, satis amplam in multis annos materiam prae-buit; ac simul dilati sapienter a Sixto subsidii, vel iniquis et obrectatoribus apertam confessionem expressit* (Hist., 44). Cf. Meyer, 293.

(3) It is clear from the despatches, that the Spaniards never regarded their Armada as invincible; it sailed amid fears and prayers rather than amid popular exaltation. Juicio de Armstrong en un artículo publicado en la Engl. Hist. Review, XII (1897), 667.

de que las constantes condenaciones perjudicaban al crédito del mismo gobierno; se comienza a sacar a los sacerdotes de las cárceles de las grandes ciudades y trasladarlos a castillos solitarios, donde llamaban menos la atención (1). Pero en el año 1588 vuélvese a cambiar en mal la situación. A principios del año varios consejeros reales propusieron fraguar una especie de noche de San Bartolomé entre los católicos. Isabel rechazó la propuesta, pero una multitud de católicos de toda categoría, así hombres como mujeres, fueron echados a la cárcel, y desde los púlpitos se tronó contra la tiranía del Papa y la traición de los papistas (2). Mas a pesar de esto la fidelidad de los así tratados se mantuvo firme, y los católicos mostraron el mismo amor a la patria que sus conciudadanos protestantes (3). Burghley mismo después de la victoria sobre la armada dió testimonio de ello en un opúsculo que compuso con el título de «Carta a Mendoza», editó como obra supuesta de un católico inglés e hizo difundir en diversas lenguas (4). Alaba principalmente al vizconde Montague, el cual con su hijo y nieto se presentó a la reina para proteger su persona. Continúa narrando, que en la cárcel de Ely

(1) Pollen en *The Month*, CV (1905), 274 s.

(2) Lingard, VIII, 276 s. Descripción de aquella jornada de terror por el jesuita Weston en Spillmann, III, 154.

(3) Ibid. Los emigrantes ingleses del continente, que esperaban de la armada su vuelta a la patria, estaban ciertamente en su mayor número de parte de don Felipe. La lista de los oficiales y nobles de la armada contiene unos 20-25 nombres ingleses o irlandeses; según Camden unos setecientos ingleses sirvieron en el ejército de invasión de Farnesio. Pero también entre los emigrantes varios se negaron a tomar las armas contra su patria. Tomás Denyce, ferviente católico y que gozaba del favor de los inquisidores, dió parte hasta a Isabel de los planes españoles. Lechat, 145.

(4) El opúsculo hace tiempo que está reconocido como falsificación por Persons, Lingard (VIII, 277, nota), y sir Walter Scott, el cual en su reimpresión en los Somers Tracts (1809) advierte de antemano: It is hardly necessary to add that the letter is supposititious. La demostración de que Burghley es el autor, fué dada por Pollen; además de varias razones intrínsecas, habla en favor de ello el existir todavía el borrador del opúsculo escrito de mano de Burghley; v. *The Month*, CXVII (1911), 300-304, 531-532. Con todo para los hechos alegados en el texto se podrá utilizar con Lingard (VIII, 277, nota) la carta a Mendoza. Como éste después de la derrota de los españoles propalaba aún noticias sobre su victoria, Burghley en aquella carta se burla irónicamente de la conducta del embajador, deplorando en la persona de un católico la desdicha que la armada ha acarreado a los católicos ingleses, desaprobando la bula de excomunión contra Isabel y la explicación de la misma dada por Allen y hablando de la aversión de los católicos ingleses a que se introdujese de nuevo violentamente la antigua religión. Sobre la edición francesa del opúsculo cf. Stübel en las Comunicaciones del Instituto austr., XX (1899), 627 s.

los presos por causa de la religión habían firmado una declaración de que estaban dispuestos a defender a la reina contra todo el mundo hasta morir. Francisco Englefield, decidido amigo de los españoles, escribía el 3 de febrero de 1589, que no había ninguna esperanza de un inmediato retorno de Inglaterra a la antigua Iglesia, pues los mismos católicos ingleses estaban resueltos a resistir a España (1). Marino Cavalli, embajador veneciano en París, escribía en 1602, que al tiempo que la escuadra española dirigió su ataque a Inglaterra, todos los católicos habían permanecido fieles a la reina (2).

Pero su lealtad no protegió a los católicos de la desgracia de que Isabel tomase venganza en ellos de la acometida del rey católico. Ya durante los combates con la armada fueron ejecutados el 24 de julio de 1588 tres sacerdotes por causa de su fe católica (3). Después que hubo pasado el peligro, siguiéronles en la muerte sangrienta, hacia el día de San Bartolomé, en sola una semana catorce sacerdotes y legos, y desde el 28 de agosto hasta el 29 de noviembre no menos de 20 sacerdotes, 10 legos y 3 mujeres. En los años 1589 y 1590 subieron al cadalso 19 católicos, y diez años enteros duró luego la tempestad de la persecución (4).

Con pleno convencimiento de la superioridad el Parlamento hizo la petición a Isabel de responder al ataque a Inglaterra con un desembarco en España. Drake en efecto juntó una escuadra de 180 buques y 21 000 hombres, con los cuales el 18 de abril de 1589 zarpó de Plymouth. En el ataque al puerto español de la Coruña cosechó algunos buenos éxitos; pero cuando se dirigió luego contra Lisboa para introducir a don Antonio como a rey, fué rechazado por las hábiles disposiciones del cardenal Alberto. Toda la empresa tuvo un fin lastimoso (5).

(1) Pollen en *The Month*, IC (1902), 411. Es dudoso que el almirante británico lord Howard de Effingham hubiese sido católico (*ibid.*).

(2) El arcipreste trabajaba según los deseos de los españoles. I am told that it is impossible to foresee what will happen, for the last time the Spanish fleet attacked England the Catholics all remained loyal to the Queen. Cavalli en 7 de enero de 1602, en Brown, *Venetian Calendar*, IX (1592-1603), n. 1043. La expresión conserva su valor, aunque Cavalli hubiese tenido ante los ojos el ataque de la escuadra del año 1596.

(3) Spillmann, III (1905), 161.

(4) *Ibid.*, 166 ss.; Meyer, 298 s.

(5) Brosch, VI, 641 s. En el consistorio de 30 de agosto se lee la carta del cardenal-archiduque sobre la expulsión de don Antonio y de Drake. El Papa ordena que para dar gracias a Dios los cardenales el viernes siguiente se trasla-

En general Isabel con la victoria sobre la armada llegó al punto culminante de su vida; desde ahora comienza su estrella a hundirse (1). Su popularidad se disminuye, el Parlamento hasta entonces tan dócil se atreve poco a poco a tener una opinión propia. Los antiguos consejeros de la reina van muriendo, y ella queda cada vez más aislada. En la política exterior ya no se pueden apuntar éxitos especialmente brillantes. Tampoco sobre España alcanzó la reina del mar a pesar de la instigación de los turcos (2) otras grandes victorias. Las colonias de las Indias Occidentales permanecieron unidas a la metrópoli, y bajo el cetro español llevaron una vida de ningún modo infortunada. Contra los piratas ingleses se aprendió poco a poco a defenderse. En este concepto ni con mucho llegó a ser todo realidad lo que la derrota de la armada parecía amenazar.

En general es falsa la opinión que ha reinado mucho tiempo, según la cual parece como si la ruina de la armada hubiese herido ya mortalmente el inmenso poderío español y salvado el protestantismo (3). Felipe II poseía aún suficientes medios para enviar de nuevo en 1596 y 1597 una armada contra Inglaterra, que constantemente le provocaba. En ambos casos fueron ciertamente en realidad tempestades del mar las que en 1596 obligaron a la armada ya salida del puerto a volver tras graves pérdidas, y en 1597 dispersaron las dos escuadras, de modo que ni los ingleses ni los españoles cosecharon gloria alguna (4). En cambio es cierto que con el victorioso rechazamiento del ataque español de 1588 en el Canal de la Mancha «se consiguió el poderío universal inglés de los tiempos venideros, pues este notabilísimo choque quedó siendo eficaz y llevó frutos inmediatamente en la guerra continuada contra España» (5). Un punto vulnerable de Inglaterra siguió siendo como antes Irlanda,

den de Santa María de la Minerva a Santiago de los Españoles (*Actas consistoriales del cardenal Santori en el Cód. Barb., XXXVI, 5, III, p. 42, *Bibl. Vaticana*). En efecto el 1.º de septiembre el Papa con treinta y seis cardenales y la corte fueron a pie en procesión de la Minerva a Santiago. Acabada la misa cantáronse allí un salmo y algunas oraciones compuestas por el mismo Papa, mientras los cardenales estaban en pie. Después fueron a San Antonio de los Portugueses; v. **Diarium P. Alaeonis*, p. 475^b, Cód. Barb. lat., 2814, y **Avviso* de 2 de septiembre de 1589, Urb., 1057, p. 539, *Biblioteca Vaticana*.

(1) Brosch, VI, 640-684; A. Zimmermann en el *Anuario Hist.*, XXV (1904), 199-215; J. Corbett, *The Successors of Drake*, London, 1900.

(2) Cf. la relación en Schweizer, *Relaciones de nunciatura*, III, 114.

(3) V. Lindner, *Historia universal*, V, Stuttgart, 1907, 266.

(4) Cf. Brosch, VI, 657.

(5) Lindner, loco cit.

donde Isabel no podía dominar las constantes revueltas. Hasta el último año de la vida de la reina se sostuvo allí el caudillo de los insurrectos, el conde de Throne, educado en Inglaterra. Si España le hubiese apoyado más enérgicamente, apenas es dudoso que Irlanda se habría perdido para la dominación inglesa (1).

(1) Brosch, VI, 669; Juan B. Kelso, *Los españoles en Irlanda* (1588-1603), Leipzig, 1902 (Disertación).

VI. Conatos de reforma y restauración católica en el Imperio alemán, en los Países Bajos y Suiza

I

Gracias al cuidado pastoral de Gregorio XIII la Santa Sede al tiempo de la elevación de Sixto V, además de la nunciatura de la corte imperial, poseía también representaciones permanentes en Colonia y en Graz. El puesto más importante y honroso (1) seguía siendo como antes el establecido cerca de la cabeza suprema del Imperio, donde además de los negocios interiores de la Iglesia se tenía cuenta también de los puramente políticos. Aunque el nuncio de Colonia era del todo independiente en su gran distrito del oeste de Alemania, sin embargo todos sus negocios pasaban por las manos del emperador y por tanto caían también bajo la jurisdicción del nuncio acreditado en la corte imperial, quien, fuera de eso atendía a los asuntos eclesiásticos de Bohemia, donde residía Rodolfo II, a los de Hungría y de los demás países austríacos, así como a los del sur de Alemania. En este concepto era el representante de la Santa Sede para todo el Imperio romano alemán (2).

Al tiempo de la elevación de Sixto V era poseedor de la nunciatura de Praga Germánico Malaspina, mientras que la nunciatura de Colonia era administrada por Juan Francisco Bonhómini, y la de Graz por Juan Andrés Caligari (3).

La complicada situación política del Imperio hubo de seguir causando también inquietud por lo que tocaba a la causa católica. Los buenos éxitos alcanzados en la guerra de Colonia fueron puestos

(1) Cf. la carta del cardenal Aldobrandini de 10 de enero de 1597, en las *Carte Strozzi*, I, 2, 268.

(2) V. Ehses en la *Revista trimestral romana*, XIX, 96.

(3) Cf. nuestros datos del vol. XX.

donde Isabel no podía dominar las constantes revueltas. Hasta el último año de la vida de la reina se sostuvo allí el caudillo de los insurrectos, el conde de Throne, educado en Inglaterra. Si España le hubiese apoyado más enérgicamente, apenas es dudoso que Irlanda se habría perdido para la dominación inglesa (1).

(1) Brosch, VI, 669; Juan B. Kelso, *Los españoles en Irlanda* (1588-1603), Leipzig, 1902 (Disertación).

VI. Conatos de reforma y restauración católica en el Imperio alemán, en los Países Bajos y Suiza

I

Gracias al cuidado pastoral de Gregorio XIII la Santa Sede al tiempo de la elevación de Sixto V, además de la nunciatura de la corte imperial, poseía también representaciones permanentes en Colonia y en Graz. El puesto más importante y honroso (1) seguía siendo como antes el establecido cerca de la cabeza suprema del Imperio, donde además de los negocios interiores de la Iglesia se tenía cuenta también de los puramente políticos. Aunque el nuncio de Colonia era del todo independiente en su gran distrito del oeste de Alemania, sin embargo todos sus negocios pasaban por las manos del emperador y por tanto caían también bajo la jurisdicción del nuncio acreditado en la corte imperial, quien, fuera de eso atendía a los asuntos eclesiásticos de Bohemia, donde residía Rodolfo II, a los de Hungría y de los demás países austríacos, así como a los del sur de Alemania. En este concepto era el representante de la Santa Sede para todo el Imperio romano alemán (2).

Al tiempo de la elevación de Sixto V era poseedor de la nunciatura de Praga Germánico Malaspina, mientras que la nunciatura de Colonia era administrada por Juan Francisco Bonhómini, y la de Graz por Juan Andrés Caligari (3).

La complicada situación política del Imperio hubo de seguir causando también inquietud por lo que tocaba a la causa católica. Los buenos éxitos alcanzados en la guerra de Colonia fueron puestos

(1) Cf. la carta del cardenal Aldobrandini de 10 de enero de 1597, en las *Carte Strozzi*, I, 2, 268.

(2) V. Ehses en la *Revista trimestral romana*, XIX, 96.

(3) Cf. nuestros datos del vol. XX.

en contingencia precisamente al principio del reinado de Sixto V por los partidarios del arzobispo Gebardo Truchsess, depuesto por su apostasía de la Iglesia, mientras al mismo tiempo importantes obispos del norte de Alemania corrían peligro de quedar enteramente perdidos para la Iglesia. Este estado de cosas demandaba la intervención tanto del nuncio de Colonia, como del que lo era en la corte imperial. A este último cabíale el papel directivo lo mismo en la conservación de lo que poseía la religión católica, como en los conatos para ejecutar una reforma católica en las partes del Imperio que habían permanecido fieles a la Iglesia. En este respecto había aún muchísimo que hacer, a pesar del especial cuidado con que había atendido Gregorio XIII a las cosas de Alemania. Profundos daños morales mostrábanse en todas partes; las leyes tridentinas de reforma habían penetrado poco todavía, y en muchos sitios ni siquiera se habían publicado los decretos conciliares (1). Sólo prelados aislados, como sobre todo el enérgico Julio Echter de Wurzburg, eran enteramente fieles a los deberes que les incumbían. Incansablemente trabajaba este insigne varón por la reforma del clero, así como por la reducción de sus súbditos de Franconia a la antigua fe. Pero a muchos otros obispos les faltaba el celo necesario. Así Sixto V luego en sus primeros años de reinado hubo de dirigir cartas de reprensión a los prelados de Espira y Estrasburgo, porque no cumplían su obligación de mantener la disciplina entre el clero, principalmente respecto de la extirpación del concubinato (2).

El estado de la corte imperial no era nada favorable al buen éxito de los conatos de reforma católica. El emperador Rodolfo II tenía ciertamente buena voluntad de salir en defensa de la conservación de la religión católica en sus países hereditarios y en el Imperio, pero le faltaba valor y resolución; también era ya huraño y estaba oprimido de grave falta de dinero, de modo que las más de las veces dejaba que siguiesen su curso las cosas (3). Su actividad en favor de los católicos era también entorpecida, porque tenía muchas veces tirantez de relaciones con Felipe II (4), mientras que

(1) V. Reichenberger, I, xvi s.

(2) V. Ehes-Meister, I, 81 s. En cambio el obispo de Wurzburg era honrado con breves laudatorios y el cabildo exhortado a apoyarle. Reichenberger, I, 300 s.

(3) V. Janssen-Pastor, V, 82. Cf. Hübner, I, 454.

(4) Cf. Bezold, Rodolfo II y la Liga santa, en las Disertaciones de la Academia de Munich, sección hist., XVII, 356 s.

los poderosos electores protestantes de Sajonia y Brandeburgo ejercían en él grande influencia. Los esfuerzos de Malaspina por que en esto se hiciese mudanza, fueron infructuosos (1).

Fatal era también el que los que rodeaban al emperador se retrajesen de todas las disposiciones decisivas. Del viced Canciller Vieheuser se tenía en Roma la persuasión de que era enteramente adverso a la Santa Sede (2). La verdad era que en muchos sitios de los países hereditarios imperiales se toleraba el culto protestante, mientras los príncipes protestantes del Imperio, sin excepción, no permitían en su territorio a los católicos ningún ejercicio de religión. Varias veces en las comisiones imperiales se empleaban junto con católicos también protestantes, lo cual traía consigo un notable perjuicio de los intereses católicos.

El Imperio romano alemán pareció a Malaspina, semejante a un grande edificio que estaba próximo a derrumbarse (3). Para precaver su completa ruina instaba a que además de mantener buenas relaciones con la Santa Sede, ante todo se resistiese decididamente al movimiento protestante de libre elección de religión, el cual tenía por fin suprimir el Reservatum ecclesiasticum y reconocer como estatuto del Imperio la declaración de Fernando I tocante al libre ejercicio de la religión de los súbditos de los Estados eclesiásticos (4).

Malaspina vió claramente como un gran mal, que debería ser alejado, que tanto en Austria como en el Imperio estuviese muy descuidada la educación de la nobleza. Como casi sólo nobles eran admitidos a los obispados, dependía de su educación la calidad de los prelados eclesiásticos. Con razón reprendía Malaspina el que, mientras los herejes hacían grandes esfuerzos para ganar a la nobleza, no se pensase en la Alemania católica en educar a ésta como era debido científica y moralmente (5).

Malaspina no tan sólo lamentaba la debilidad del emperador contra los luteranos, sino todavía más la misma conducta respecto de los calvinistas mucho más radicales, cuya audacia era fomentada

(1) V. la relación de Malaspina de 15 de octubre de 1585, en Reichenberger, I, 182 s.

(2) V. Bezold, loco cit., 362, nota 1.

(3) Un grand edificio minacciant d'ogni parte rovina. Información de Malaspina para Sixto V, en Reichenberger, I, 211.

(4) Cf. nuestros datos del vol. XX.

(5) V. la Información de Malaspina para Sixto V, loco cit., 213.

por el conde palatino Juan Casimiro. Felizmente las instancias de este príncipe en apoyar a los hugonotes tropezaron con la resistencia de Sajonia, aun después que allí en febrero de 1586 había reemplazado al elector Augusto su hijo Cristián I (1). Aunque también los demás príncipes protestantes se retrajeron, Juan Casimiro llevó al cabo la expedición de un ejército de soldados mercenarios a Francia, la cual ciertamente debía tener un éxito lastimoso (2).

Mucho más que del emperador había de esperar la causa católica de los archiduques Ernesto y Fernando de sentimientos rigurosamente eclesiásticos. El primero continuaba trabajando en el sentido de la restauración y reforma católica en Austria, que administraba en nombre del emperador, apoyado por Klesl, vicario general del obispo de Passau para el Austria inferior, y el jesuita Guillermo Scherer. En algunas comarcas, como en el condado de Hauseck, se efectuaba sin dificultad la conversión de los habitantes a la fe católica (3). En otros sitios al contrario oponían los novadores tan vio-

(1) Muchos católicos sintieron la muerte del príncipe elector Augusto (cf. la *Lettera del Sig. Giov. Cobenzl a Msgr. di Bertinoro [Caligari], fechada en Worms a 14 de abril de 1586, en el Cód. N. 19 de la *Biblioteca Vallicelliana de Roma*). Con el fallecimiento de Augusto (21 de febrero de 1586) extinguióse también la pequeña esperanza de reducir a este príncipe a la Iglesia católica, que había renacido en el otoño de 1585 después de la muerte de su esposa y sido fomentada con calor por Sixto V; v. Ehses-Meister, I, LXXII s., donde en la p. 271 s. está publicado entero el Discorso de Minucio Minucci sopra le cose del duca di Sassonia, de 25 de noviembre de 1585, el cual desde entonces también se ha impreso en los Documentos para la hist. eclesiástica de Sajonia, X (1895), 295 s. Fuera de esto v. Bezold en las Gött. Gel. Anz., 1897, núm. 4, p. 319 s. Cf. ibid., 1900, núm. 7, p. 555 s. sobre la embajada a Italia, que pretendía fines relativos al electorado de Sajonia y antiespañoles. Según Bezold esta embajada no llegó a Roma, como se había esperado, sino que a la falsa noticia de un cambio de la política pontificia en favor de Felipe II desde Florencia se volvió a Alemania. Con todo, según la *relación de Badoer de 21 de julio de 1590 (*Archivo público de Venecia*), un mensajero sajón llegó a Roma, donde Sixto V le declaró que sólo negociaría con él sobre una vuelta de Sajonia a la Iglesia, pero no sobre otras cosas. Cf. todavía Bezold en las Relaciones de sesiones de la Acad. de Munich, sección hist., 1882, II, 158.

(2) V. Janssen-Pastor, V, 86 s. Un estudiante de la Sorbona de París compuso *Canticum in equitum peditumque Germanorum aciem eorumque repetitam cladem 1587, que se halla en el Cód. Barb., LX, 31, p. 83, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. G. Scherer, Ursachen d. Bekehrung der Herrschaft Ober und Nieder-Hausseck im Ertzhertzogthumb Oesterreich vnder der Enns / so vom Lutherthum / darinnen sie vber 26 Jahr leider gesteckt / widerumb zum vhralten allein-seligmachenden Cathol. Glauben... gebracht worden, Ingolstadt, 1586. Cf. Duhr, I, 802.

lenta resistencia, que había de emplearse la fuerza (1). Esto no fué necesario en el Tirol, donde el archiduque Fernando pretendía con celo el mismo fin (2). Las dificultades procedían aquí más del descuido del clero católico, en el cual sólo lentamente podía conseguirse una transformación interior. Ofrecía una compensación la actividad incansable de los jesuitas como predicadores, maestros de religión, educadores y confesores. Con todo para daño de la causa católica presentóse como adversario de la Compañía de Jesús un varón por otra parte muy benemérito, el franciscano Juan Nas; enfriáronse también las relaciones de Fernando con los jesuitas, a lo que contribuyó su tirantez de relaciones con Baviera (3), cuyo duque Guillermo V era considerado con razón como el más firme apoyo de la Iglesia en Alemania.

Guillermo V no sólo mantuvo rigurosamente en la antigua Iglesia a sus propios vasallos (4), sino también instó con el emperador y los príncipes católicos a ajustar una alianza defensiva de los Estados católicos que debía oponer un dique al deseo de acometer de los protestantes. Sin embargo a tales planes hizo resistencia la envidia del emperador; como también los electores de Maguncia y Tréveris se retrajeron llenos de temor, las negociaciones no pasaron más allá de conferencias preparatorias (5). El vicescanciller imperial Vieheuser declaró abiertamente al duque de Baviera, que Rodolfo II nunca entraría en una alianza defensiva de todos los católicos. Quejóse Guillermo al arzobispo de Salzburgo, que entre los consejeros imperiales reinaba siempre la mayor desunión, que uno odiaba al otro, que algunos personalmente no eran desafectos a las novedades

(1) V. Wiedemann, III, 73 s., IV, 198 s. Cf. Huber, IV, 294 s.; Duhr, I, 803; Bibl en las Comunicaciones del Instit. austr., suplemento, tomo VI, 589 s. y en el Anuario de geografía del Austria inferior, nueva serie, VIII (1909), 151 s.

(2) Según la *relación de Sporeno de 10 de agosto de 1585, alabó Sixto V la celosa labor de Fernando contra los herejes. *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*.

(3) V. especialmente Hirn, I, 160 s., 210 s. y Duhr, I, 841. Huber (IV, 314, nota 3) con su tendencia que no se puede desconocer de presentar los buenos éxitos de la restauración católica como puramente exteriores, se deja inducir a utilizar como demostración de ello una circunstancia que atestigua precisamente lo contrario: el gran número de los que se confesaban y comulgaban citado por los jesuitas. Que éstos en su actividad de la dirección de las almas de ninguna manera se contentaban con apariencias exteriores, muéstralo Duhr de un modo convincente (I, 495).

(4) Cf. nuestros datos del vol. XX.

(5) V. Ritter, II, 12 s., 15.

religiosas, pero que los mejor intencionados tenían un miedo extremado. Que aun en la casa imperial faltaba unión, que los archiduques contendían entre sí sobre la sucesión en el imperio (1).

La impotencia de Rodolfo II mostróse claramente cuando dos partidarios de Gebardo Truchsess, el conde de Neuenahr y el coronel Martín Schenk de Niedeggen, apoyados por los Estados generales de los Países Bajos, abrieron una campaña de exterminio contra el arzobispado de Colonia y el obispado de Münster. Después que Neuenahr hubo logrado el 9 de mayo de 1585 apoderarse de un punto tan importante como era la ciudad fuerte de Neuss, el elector Ernesto de Colonia invocó el auxilio del Imperio; pero Rodolfo II observó una reserva medrosa por consideración a los protestantes, especialmente al elector de Sajonia (2). Tampoco Sixto V, que estaba enojado con el elector Ernesto por su conducta poco sacerdotal, otorgó el subsidio pedido, pero intercedió con Felipe II y con su gobernador de los Países Bajos, el duque Alejandro Farnesio. Malaspina y Bonhómini trabajaron con buen éxito en la misma dirección (3).

Malaspina ya no era nuncio cuando en 26 de julio de 1586 lograron los españoles reconquistar a Neuss (4). En cambio tuvo la satisfacción de que todavía mientras administraba su cargo, varios importantes obispados se proveyesen con varones de la restauración católica y con esto se conservasen para la Iglesia.

Poco después de la elección de Sixto V había muerto muy inesperadamente a consecuencia de una caída del caballo Enrique

(1) V. Janssen-Pastor, V, 82. Cf. Hübner, I, 451 s. 

(2) V. Reichenberger, I, xxviii. Sobre la importancia de Neuss v. Ehses-Meister, I, 77 s., 82 s.

(3) V. Reichenberger, I, 101 s.; Ehses-Meister, I, 80, 86, 201 ss.; Hübner, II, 22 s. Cuán infundada es la afirmación de Ranke (Los Papas, II³, 78), repetida por Sieve (Politik I 330), de que Sixto V se había guardado de hacer notar a Ernesto que tenía noticia de sus desórdenes, se ve claro por las severas expresiones del cardenal secretario de Estado Azzolini a Bonhómini de 4 de julio de 1586, en Ehses-Meister, V, 203.

(4) La noticia llegó a Roma el 20 de agosto. El Papa se alegró grandemente y la comunicó al punto a los que le rodeaban; al día siguiente se trasladó con veinte cardenales para dar gracias a Santiago de los Españoles y a Santa María del Anima, donde se cantó un *tedéum* (cf. Schmidlin, 433 s.). El breve gratulatorio a Alejandro Farnesio en Ehses-Meister, I, 209 s. El 1.º de agosto se había efectuado la entrega del sombrero y espada bendecidos al victorioso general; v. Lossen, II, 628. Cf. también *Vita Sixti V ips. manu emend.*, *Archivio segreto pontificio*.

de Sajonia-Lauenburgo, que sin confirmación pontificia poseía el obispado de Brema y los obispados de Osnabrück y Paderborn. Este poderoso príncipe ya en 1575, cuando todavía fingía ser católico ante el Papa, había contraído matrimonio con el mayor secreto. Cuando el rumor de esto llegó finalmente también a Roma, desde allí se indicó al nuncio imperial, que caso que el hecho fuese verdad, había de procederse contra este arzobispo, que manifiestamente quería andar por los caminos de Gebardo Truchsess (1). Esto fué ahora superfluo. Tanto más necesario parecía que se tuviese cuidado de los obispados vacantes, para lo cual Malaspina y Bonhómini dieron al punto pasos apropiados (2).

Una consecuencia mediata de la muerte de Enrique de Sajonia-Lauenburgo fué la provisión católica del obispado de Münster. Desde hacía tiempo la pretendía el elector Ernesto de Colonia, apoyado muy arduosamente por Malaspina. Su principal adversario era Enrique de Sajonia-Lauenburgo. Como ahora ya no eran de temer sus intrigas, efectuóse ya el 18 de mayo de 1585 la unánime elección del elector de Colonia para obispo de Münster. La capitulación electoral obligaba al nuevo prelado a promover la religión católica y a luchar contra todas las sectas y novedades sediciosas del obispado de Münster (3).

El excelente prelado que había conseguido la elección del elector de Colonia, fué el deán Godofredo de Raesfeld, que trabajaba sin descanso por el restablecimiento de la Iglesia católica en Münster (4). Antes de su muerte acaecida en 28 de octubre de 1586 legó Raesfeld 30 000 escudos para la erección de un colegio de jesuitas en la antigua capital de Vestfalia. Las negociaciones sobre esto se prolongaron dos años: hasta el otoño de 1588 no quedó arreglado el negocio; los jesuitas recibieron la iglesia de San Nicolás y la dirección de la antigua escuela episcopal, el llamado Gimnasio Paulino. Su posición fué al principio muy espinosa. En la burguesía como en el cabildo, en parte de ideas protestantes, tuvieron acerbos enemigos. También el clero indisciplinado se mostró enteramente adverso a la corrección moral que era de esperar de los nuevos religiosos. Pero el nuevo rector, Pedro Michael apellidado Brillmacher,

(1) V. Reichenberger, I, XXI; Ehses-Meister, I, 80, nota 4.

(2) V. Reichenberger, I, 100, 104; Ehses-Meister, I, XLVIII s.

(3) V. Keller, I, 342; Lossen, II, 596 s.

(4) Cf. H. Degering, G. de Raesfeld, Münster, 1906.

natural de Colonia, que ya antes había desplegado muchas veces, especialmente en la corte del duque de Cléveris, una actividad sumamente beneficiosa, supo vencer todas las dificultades. Su cuidado principal iba dirigido al Gimnasio Paulino. El número de los estudiantes de este establecimiento subió de 300 a 700 a pesar de la peste, y después de tres años a 1 000. Para el desenvolvimiento del gimnasio fué de grande importancia el que el rector, enérgico a pesar de todos los impedimentos, ya pronto diese principio a la construcción de un nuevo edificio y una iglesia. También en otros ministerios trabajaba Pedro Michael incansablemente. Predicaba en la catedral y compuso una breve exposición de las verdades de la Iglesia católica y de las doctrinas controvertidas. El nuncio de Colonia se sirvió repetidas veces de este insigne varón para la ejecución de difíciles encargos (1).

El príncipe Ernesto, como príncipe bávaro de suyo muy bondadoso con la Compañía de Jesús, favorecióla también en Münster. Después que desde fines de 1588 hubo obtenido allí mayor participación en el gobierno, comenzaron a darse disposiciones para el restablecimiento de la religión católica. Para avivar este negocio presentóse Ernesto personalmente en Münster por febrero de 1590 y con el cabildo y los gobernadores fijó las líneas directivas para la ejecución de la restauración católica (2).

Poco después de la elección del elector de Colonia para obispo de Münster, también Paderborn, el segundo principado eclesiástico de Vestfalia, recibió el 5 de junio de 1585 un excelente prelado de sentimientos sinceramente católicos, en la persona del preboste Dietrich de Fürstenberg. El nuncio de Colonia, Bonhómini, había contribuido a este feliz resultado (3).

La situación eclesiástica del obispado de Paderborn era aún más triste que la de Münster. Las novedades religiosas habían hecho presa poderosamente en la soberbia nobleza de provincias, en la población urbana y en la rural, mientras que una parte del clero estaba desmoralizada y era rebelde a toda disciplina. Para

(1) V. Sacchini, V, 8, n. 83-91; Reiffenberg, I; Sökeland, Noticias históricas sobre el gimnasio de Münster (1821), 60 s.; Keller, II, 268 ss., 276 s.; Duhr, I, 144 s., 149 s. Ibid., 640 s. sobre la iglesia de los jesuitas de San Pedro de Münster, notable por su construcción, estilo y estética.

(2) Daránse más pormenores sobre esto en el vol. XXIII, cap. VI.

(3) V. Keller, I, 558, II, 421 s.; Lossen, II, 594 s.; Ehses-Meister, I, XLIX, 81, 95 s., 100 s.

cambiar este estado de cosas, se requería extraordinaria energía, pero también gran prudencia. Entrambas las poseía Dietrich de Fürstenberg en alto grado. Con qué cautela y fría reflexión procedió, muéstralo la reserva que guardó al principio respecto de los jesuitas, en los cuales halló más tarde sus mejores auxiliares. Durante la sede vacante, en 1.º de mayo de 1585, habíase confiado a éstos el gimnasio de Paderborn. El número de los estudiantes, que llegaba a 140, a fines de este año había ya subido a 300, y en 1586 a 400. Pero luego sobrevino un retroceso: en 1590 el número de estudiantes había bajado a 268. Estaba esto relacionado con la agitación de los adversarios, entre los cuales se señalaba por su furor contra las «negras zorras con piel de oveja» el párroco de la iglesia de San Martín, Tunneken, que a pesar del juramento prestado había apostatado de la antigua fe. «Es un grande y áspero trabajo, lamentase el analista del colegio de Paderborn el año 1589, sembrar en este campo de Paderborn, sea por la aridez del suelo, sea porque la semilla es ahogada por las espinas.» Se había llegado entonces a tal punto, que hasta entre el escaso número de los católicos sólo pocos querían ser tenidos por amigos de los jesuitas, y aun éstos tenían miedo de presentarse como tales. A qué minoría habían bajado los católicos, se ve claro por el dato de que en 1588 en Paderborn sólo 750 personas iban a recibir los santos sacramentos y en este número estaban incluidos los alumnos de los jesuitas. Necesitábase todavía un duro trabajo de largos años hasta que mejorase el estado de cosas. La decisiva mudanza se produjo más tarde por la energía de Dietrich de Fürstenberg, que estaba en plena virilidad (1).

Dietrich de Fürstenberg al principio había tenido también en Osnabrück muchas probabilidades de ser elegido. Con todo fué preferido al fin en 20 de julio de 1585 el deán Guillermo de Schenking. La pronta muerte de este prelado, a quien Bonhómini alaba como al miembro más católico del cabildo, fué una pérdida tanto mayor, cuanto el partido antirromano logró el 25 de octubre de 1585 dar al difunto un sucesor en la persona del conde Bernardo de Waldeck, cuyas ideas religiosas eran dudosas. Para conseguir la confirmación pontificia Bernardo pronunció la profesión de fe tridentina, pero ya pronto se mostró que eran muy justificados los

(1) Cf. v. Löhner, *Historia de la lucha por Paderborn*, Berlín, 1874, 32 s.; Richter, *Historia de los jesuitas de Paderborn*, I, Paderborn, 1892, 4, 16 s., 21 s., 27 s., 29 s.; Schmidlin, 579 s.; Duhr, I, 140 s.

temores que tenía Bonhómini a causa de la conducta del conde (1).

Como el cabildo de Brema estaba todo proveído en calvinistas, no podía contarse de antemano con un buen éxito en el sentido católico. En las circunstancias de entonces Bonhómini ya estaba contento con que se hubiese elegido para sucesor del arzobispo Enrique un miembro de la casa de Holstein-Gottorp, la cual estaba en armonía con el rey de España y su gobernador de los Países Bajos, el joven duque Juan Adolfo, que a la verdad era protestante, pero tenido por probo y amante de la paz. La obligación de procurar para su hijo la confirmación pontificia fué reconocida por el duque Adolfo de Holstein; por eso se dirigió a Guillermo de Baviera pidiéndole su mediación. De Roma se respondió a éste, que moviese al duque de Holstein a enviar a su hijo primero a Ingolstad y después a Roma. Este plan ciertamente no prosperó, y Brema quedó perdida para la Iglesia (2).

El año 1585 con la muerte de Martín de Gerstmann había traído todavía la vacante de otro obispado, la gran diócesis de Breslau. La nueva provisión significó aquí igualmente un decidido triunfo de la restauración católica. En 1.º de julio de 1585 fué elegido el preboste apoyado por Malaspina, Andrés de Jerin, el cual había recibido una excelente formación en el Colegio Germánico de Roma y se contaba entre los eclesiásticos más eminentes de la Alemania oriental (3). Las buenas esperanzas que el nuncio puso en él, cumplieronse enteramente. Era Jerin modelo de todas las virtudes, y cuidaba celosísimamente de propagar la fe, de extirpar las herejías, así como de restablecer la disciplina eclesiástica y elevar el culto en su obispado (4). A pesar de los celosos trabajos de restauración de su predecesor reinaba allí todavía un estado de cosas muy peligroso. Jerin procuró ante todo preparar un porvenir mejor levantando la enseñanza católica. Tampoco él ciertamente consiguió la fundación de un colegio para los jesuitas llamados a Breslau por su prede-

(1) V. Ehses-Meister, I, 173 s.; Lossen, II, 595. Sobre Bernardo de Waldeck cf. A. Falkmann en el *Pickschen Monatschrift*, III, 273 s.

(2) V. Ehses-Meister, I, 81, 114; Lossen, II, 593; Schmidlin, 595.

(3) V. Reichenberger, I, 113, 122, 132, 135.

(4) Cf. Jungnitz, Los germánicos de Breslau, 10, 13, 15; Schmidlin, *Actividad de restauración de los príncipes obispos de Breslau*, 12 s., *Situación eclesiástica*, 533; Naegele, A. de Jerin, en *El católico*, XCI (1911), 23 ss., 110 ss., 280 ss., 358 ss. (tirada aparte ampliada, Maguncia, 1911).

cesor (1); en cambio amplió el seminario clerical de Neisse y erigió con fondos propios en la mencionada ciudad un colegio para jóvenes nobles, a fin de remediar la falta de altos funcionarios católicos. Por ello la Congregación del Concilio dió justamente los mayores plácemes a este celoso obispo (2).

Mientras Malaspina veía establecerse la restauración católica en Breslau, Münster y Paderborn, hubo de averiguar con amargura que sus afanes por conservar los obispados de Halberstadt y Lübeck no prometían ningún resultado. Fuera de esto demandaban aún la atención del nuncio las luchas religiosas que había en Estrasburgo, Aquisgrán y Augsburgo, así como la desagradable contienda sobre la soberanía, que no había aún terminado, entre el príncipe obispo de Wurzburg y el príncipe abad de Fulda. Con certera mirada conoció Malaspina en sus conatos para promover la reforma católica en las partes del Imperio que permanecían aún fieles a la Iglesia, que ante todo había de remediarse la falta extraordinariamente grande de sacerdotes. Por eso llamó la atención de Sixto V de un modo especial sobre el auxilio que se había de prestar a los seminarios pontificios, lo cual era tanto más necesario, cuanto éstos en la curia se hacían sospechosos. Sin embargo, como los alumnos de estos establecimientos no eran suficientes, recomendó Malaspina la formación de jóvenes nobles en Roma, la erección de nuevas casas de educación para las Ordenes regulares y la ampliación de los Seminaria Pauperum para la provisión de las parroquias rurales (3).

Muy especialmente ocupaba a Malaspina, como era natural, la complicada situación de Bohemia, donde hacían progresos las novedades religiosas. El nuncio no pudo conseguir la ejecución del edicto publicado en 1584 contra los picardos de allí; en cambio logró a principios de mayo de 1585 ganar al monarca para una visita general del estado de las cosas eclesiásticas en Bohemia, a la que se debía juntar otra para los demás países de los Habsburgos. Sin embargo con su celo bien intencionado aceptó un decreto imperial que él mismo conocía muy bien cuán poco conforme era a las prescripciones eclesiásticas. No es maravilla, que en Roma el proceder de Malaspina se recibiese de un modo desfavorable. Un dictamen allí exten-

(1) V. Jungnitz, Gerstmann, 210, 285 s.; Revista para la historia de Silesia, XVIII, 68 s.; Duhr, I, 170 s.

(2) V. Schmidlin, Situación eclesiástica, 534 s.; Naeglele, loco cit., 122 s.

(3) V. Reichenberger, I, xxxi, 116 s., 148.

dido exigía que el mismo nuncio que había aceptado el decreto imperial, había de cuidar de que se revocase o modificase. Ya entonces se decía que Malaspina sería mandado volver. No sin gran dificultad logró arreglar el negocio con el emperador, que se mostró ofendido por los reparos puestos en Roma, cuando la invasión de la peste trajo una inesperada dilación (1). Pero entretanto dióse a Malaspina la orden de volver. La causa verdadera de esta disposición no es enteramente clara; tal vez fué en ella decisiva la posición muchas veces opuesta de Sixto V respecto de su predecesor (2).

El emperador Rodolfo II, con quien Malaspina gozaba de gran favor, procuró inútilmente hacer mudar al Papa de resolución (3). En Roma se condescendió en otro punto, la revocación del diezmo de toda la renta eclesiástica de Alemania otorgado por Gregorio XIII para auxiliar al elector de Colonia. El emperador había protestado contra esta disposición, porque por ella se despertaba entre los protestantes la sospecha de que se trataba de una liga contra ellos. Pero ahora estaba descontento de que el Papa en su carta al duque de Baviera hubiese alegado esta razón (4). Tampoco habían estado acordes en la corte imperial con la forma del breve de 21 de septiembre de 1585, que disuadía a Rodolfo II de apoyar a los hugonotes. En él para refutar los rumores de que la Santa Sede quería proceder contra los electores protestantes de un modo semejante como contra Navarra, con la deposición, se había hecho notar que no se intentaba tal cosa; pero las palabras: «No los incomodaremos», no parecieron a los ministros imperiales bastante precisas (5).

Cuán grande era muchas veces en los católicos el miedo a los protestantes, mostróse también en el nombramiento de un sucesor para Malaspina. El Papa intentó al principio enviar un nuncio extraordinario a Alemania para impulsar a todos los príncipes cató-

(1) En lo sucesivo cesó enteramente la visita. V. Reichenberger, I, 85 s., 88, 90 s., 125 s., 140 s., 144 s., 153 s., 160 s., 199 s.

(2) Hirn al tratar sobre Reichenberger en la Allg. Literaturblatt der österr. Leo-Gesellschaft, XVII, 621, duda de que el hacer volver a Malaspina fuese provocado por su aceptación del decreto imperial sobre la visita, y opina que las excitaciones del nuncio a que se otorgase a Rodolfo la subvención pontificia, le habían minado el terreno.

(3) V. los Avvisi en Reichenberger, I, 134, nota 1.

(4) V. Ehses-Meister, I, 145 s.; Reichenberger, I, XXIX, 137, 142, 193.

(5) En vez de Non incommodaremus quería Rodolfo II la expresión más determinada Non incommodabimus; v. Hübner, I, 449. Cf. Reichenberger, I, XXVII, 169 s., 189 s.

licos a que auxiliasen al elector de Colonia en la reconquista de Neuss. Contra esto protestó el duque Guillermo de Baviera, porque con ello se excitaba gran sospecha en los protestantes. A consecuencia de ello cedió el Papa, disponiendo que Felipe Segá fuese enviado no como nuncio extraordinario, sino como ordinario. El 18 de enero de 1586 se extendió para Segá la carta credencial. Sin embargo como éste ya antes había sido empleado en negociaciones de alianza, temió el emperador que su persona despertaría la sospecha de que se tuviese intención de formar una liga católica (1). Sin embargo en Roma no se tuvo cuenta con estas representaciones en contra.

Segá, cuya partida se retrasó por una fuerte nevada (2), no arribó a Innsbruck hasta fines de marzo de 1586, desde donde se trasladó por Viena a Praga. Llegó allí el 17 de abril. En Innsbruck fué informado Segá más en particular sobre las cosas de Alemania por el archiduque Fernando, y en Viena por el archiduque Ernesto (3). Demás de esto recibió todavía de su predecesor una instrucción especial (4). Malaspina había compuesto para el Papa una extensa información, en la cual trazó un cuadro del estado de cosas que había encontrado, de los principios que le habían servido de norma, y un programa formal para la política de restauración católica en Alemania (5).

El cardenal secretario de Estado, Azzolini, había encargado a Segá, que con grande conato y en toda ocasión incitase a Rodolfo II tanto a promover la restauración católica, como principalmente a obtener su ayuda para reprimir a los partidarios de Gebardo Truchsess en el territorio de Colonia. Pues allí era «de temer un gran incendio», y por eso principalmente enviaba el Papa un nuncio (6).

(1) V. Reichenberger, I, 219 s., 223, nota 3.

(2) Según la *relación de C. Capilupi de 18 de enero de 1586, Segá estaba ya entonces dispuesto para el viaje. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) V. Reichenberger, I, 220 s. Galesino (*Annales, 99^b, *Bibl. Vaticana*) alaba a Segá como vir in rebus gerendis industrius.

(4) Conservada en parte (*Instructione de rebus Germanicis) en Borghese, IV, 274, p. 132-140, *Archivo secreto pontificio*. Sobre si su autor fué Malaspina v. Ehses en la Revista trimestral romana, XIX, 96 s.

(5) V. Reichenberger, I, 211-216.

(6) La instrucción, que falta en Reichenberger, la hallé yo en su redacción original en el *Archivo Graziani de Città di Castello*, Istruzioni, I, 134 s.: *Instruttione per Mons. di Piacenza, firmada por el cardenal Azzolini, sin fecha, y que comienza con las palabras: Continuando le turbulenze di Colonia.

Sega debía ante todo representar los peligros que habían de seguirse para el imperio de una intervención de Inglaterra en estas turbulencias. A los obispos que, como Julio Echter de Wurzburg y Juan de Schöenberg en Tréveris, promovían sin descanso la causa católica, debía expresar el nuncio el especial reconocimiento del Papa.

La posición de Sega en la corte imperial se hizo desde el principio dificultosa por haberse visto muy de mala gana partir a su predecesor. El nuevo nuncio no pudo vencer la desconfianza originada de la creencia de que había sido enviado para concertar una liga o para diligenciar un proceder contra los electores protestantes (1). Empeoró él su situación, publicando la bula «In cena Domini» sin ponerse antes en inteligencia con el emperador. El disgusto que por ello mostró Rodolfo, provenía tanto de su morboso sentimiento del honor, como del congojoso miramiento que tenía a los protestantes. Al principio denegó al nuncio una audiencia, y hasta quería pedir que se le mandase volver. Con todo Sega logró obtener una audiencia el 14 de junio de 1586 y componer el incidente. La culpa de todo la atribuyó al vicedanciller Vieheuser (2). Pero como no era posible hablar al emperador sino raras veces, no podía prescindirse de este hombre influyente para el trato de los negocios corrientes. Desgraciadamente Sega no supo llegar a una buena inteligencia con él. La consecuencia fué que no pudo ni ejercitar una fructuosa actividad, ni ganar grande autoridad. A esto se añadió, que en oposición al prudente diplomático Malaspina tanto más disgustaba la conducta de Sega, que propendía fácilmente a aspereza y severidad (3).

En estas circunstancias no puede causar maravilla el que Sega

(1) V. Reichenberger, I, xxxviii, 224. Cf. *ibid.*, 170, nota 1, sobre las intenciones de la curia contra los electores protestantes creídas también en Roma (cf. Bezold, II, 300), que Sixto V negó decididamente. Así *escribe Sporen en 2 de enero de 1586, que el Papa había dicho, nunquam se cogitasse de depositione electorum haereticorum (cf. Hirn, II, 133, nota 3). V. también las *relaciones de Sporen de 4 de enero y 1.º de marzo de 1586, *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*. Este rumor se difundió de nuevo en el otoño de 1589; v. Droysen, *Oratio legati Lotharingici ad Sixtum P. M., Ienae, 1856*. Cf. Stieve en las *Disertaciones de la Academia de Munich*, XV, 1, 13 s.; v. Bezold en las *Gött. Gel. Anz.*, 1900, n. 7, p. 541, nota; Schweizer, III, 76 s.; sin embargo a todos los tres investigadores se les ha pasado por alto el escrito de Droysen, *Schweizer reimprimió la Oratio legati Lotharingici ad Sixtum P. M.*

(2) Reichenberger, I, 248 s., 253 s., 256 s., 262 s., 282 s., 284 s.

(3) Cf. Hirn en la *Allg. Literaturblatt der österr. Leo-Gesellschaft*, XVII, 620 s. V. también Bezold, *Cartas de Juan Casimiro*, II, 370 s.

representase la situación de una manera todavía mucho más sombría que su predecesor ciertamente no optimista (1). Amargamente se quejaba de lo inaccesible que era el emperador, de su dependencia de sus consejeros y de las múltiples usurpaciones que hacían éstos de los bienes de la Iglesia. Respecto de la difusión de las nuevas doctrinas se engañó Segá muchas veces; acertadamente reconoció que la causa principal de las mismas era la inmoralidad introducida en el clero y la impotencia del emperador. A pesar de esto no se desalentó. Su principal esperanza de un mejoramiento púsole desde el principio en la labor callada, pero perseverante de los jesuitas y de los alumnos de los seminarios pontificios (2).

Para la actividad del nuncio en la corte imperial fué funesta la circunstancia de que las relaciones de Rodolfo II con Sixto V iban empeorando cada vez más. En qué grado esto se hacía, mostróse claramente cuando al fin llegó a Roma por el verano de 1586 la acostumbrada embajada imperial de obediencia. En su respuesta habló el Papa de la sucesión en el Imperio, lamentó el grande influjo de los electores de Sajonia y Brandeburgo, exhortó a proceder contra los novadores, especialmente contra los calvinistas, exigió que no se concediese ningún indulto feudal sin confirmación pontificia, recomendó que se amparasen los negocios católicos de Colonia, Aquisgrán y Estrasburgo y se extendió también sobre la contienda respecto del feudo imperial del conde Landi, Val di Taro, del que se había apoderado el duque de Parma, la que ya había ocupado muchas veces a Malaspina. Especialmente este último negocio lo tenía el emperador muy en el corazón. La propuesta de arreglo que hizo el Papa, desagradó tanto a sus embajadores exasperados también por su mal éxito respecto a procurar dineros para la guerra contra los turcos, que se negaron a aceptar el breve fechado a 13 de agosto. Por eso envióse a Segá sólo una copia del mismo (3).

(1) Las descripciones generales de la situación de Alemania por parte de los nuncios, así como las relaciones venecianas contienen inexactitudes y también contradicciones. Así dice Malaspina en su relación a Sixto V, los nobili del Tirolo e di Baviera sono heretici o inclinati all'heresia, mientras Segá escribe: le manco infette de tutte [provincie] sono il contado di Tirolo e la Baviera. Reichenberger, I, 215 y 244.

(2) V. Reichenberger, I, 224, 240 s., 243 s., 264 s.

(3) V. Reichenberger, I, XL s., 227, nota 1, 236, nota 3, 284, nota 1, 301 s., 309 s., 324, nota 3; Hübner, II, 18 s. Las relaciones entre el emperador y el Papa, que al principio habían sido mejores (v. Priuli, 314), empeoraron también por

El descontento del emperador hizo extraordinariamente más dificultosa la posición del nuncio acreditado cerca de él, que se veía cada vez más aislado, y le impidió ejercer aquel influjo en el curso de los negocios eclesiásticos que era de desear. Cuando Seg a principios de 1587 incitó al emperador a dar los pasos apropiados para salvar el obispado de Lübeck, que estaba vacante lo mismo que Verden por la muerte de Everardo de Holle, que se había hecho protestante, no tenía él mismo ninguna esperanza. Perdida también estaba Halberstadt, cuyo administrador Enrique Julio de Brunswick se había casado y procuraba alcanzar también a la fuerza el obispado de Minden. Seg aconsejó que se apoyasen los esfuerzos del arzobispo de Colonia por obtener este obispado. El nuncio consiguió en marzo de 1587 la elección y reconocimiento de un católico, el conde Antonio de Schaumburg, quien con todo no satisfizo las esperanzas que en él se habían puesto. Seg se afanó también contra la concesión de regalías al obispo protestante de Osnabrück y en las contiendas de Augsburgo en favor de los católicos; en ambos negocios halló condescendencia en el emperador (1).

Seg puso su mira principal, lo mismo que su predecesor, en las circunstancias eclesiásticas de los países bohemios y austriacos, que se hallaban en el más triste estado. Las causas fundamentales las vió Seg en la negligencia del gobierno, que incitaba lisa y llanamente a los protestantes a hacer usurpaciones, y en el antiguo mal de la ingerencia de los funcionarios civiles en la jurisdicción eclesiástica. Explicó esto en un dictamen especial que el archiduque Ernesto presentó al emperador, que promovía en todas partes los conatos de restauración católica y por eso fué honrado en 1587 por Sixto V con el envío de una espada bendecida (2). En este documento se solicitaba ante todo una transformación del Consejo eclesiástico que había en Austria. Sin embargo no alcanzó Seg semejante decisiva disposición; con todo consiguió que este tribunal se completase con algunos miembros muy católicos. En cambio no tuvieron buen suceso sus afanes para que se ejecutase el edicto

otros sucesos; v. Gritti, 341, Häberlin, XV, 164 s. y especialmente Zöchbaur, Rodolfo II y la cuestión de la sucesión, I, Urfahr, 1899, 31 s., 35 s.

(1) V. Reichenberger, I, XLV s. y Ehses-Meister, I, 220 s. Sobre la suerte de los obispados de Halberstadt, Lübeck, Minden y Osnabrück cf. Schmidlin, Situación eclesiástica, 581 s., 584 s., 589 s., 596 s.

(2) V. el Anuario de la colección de arte de la casa imperial de Austria, XXII, 137.

publicado ya hacía tanto tiempo contra los picardos de Bohemia (1). Había allí un estado de cosas muy desordenado. El arzobispo Medek de Praga estaba en tirantez de relaciones con Segá, como lo había estado con Malaspina. Notificaba Segá, que Medek odiaba a los nuncios y a los jesuitas, y que todo el país se alegraría, si fuese citado a Roma (2).

Con grandes dificultades tenía también que luchar el nuncio de Graz, Caligari. Sixto V le encargó que trabajase en aquella corte en el sentido de que para consejeros privados del archiduque Carlos se tomasen sólo católicos y se despidiesen los herejes, así como que cuidase de que en Graz y en todas las ciudades sujetas a este príncipe se prohibiese el ejercicio de la Confesión de Augsburgo. Finalmente debía el nuncio ejecutar también por visitas, amonestaciones y castigos una reforma de los prelados y religiosos (3). Caligari no dejó de tener celo en cumplir estas instrucciones. Para la reforma del estado de las cosas eclesiásticas fué de grandísima importancia el que luego al principio del reinado de Sixto V se hubiese logrado con la ayuda del nuncio traer a las sedes episcopales vacantes de Lavant y Seckau dos prelados que pronto debían ser los más ardorosos campeones de la reforma y restauración católica en el Austria interior. Eran éstos Jorge Stobeo, alumno del Colegio Germánico de Roma (4), y Martín Brenner, que ya en 1585 practicó una extensa

(1) V. Reichenberger, I, XLVI s., 239, 264, 267, 286 s., 310, 341, 343, 347.

(2) V. *ibid.*, I, XLVII, 356, 367. Cf. Kröss, 580. Como en otras partes se refieren de Medek cosas dignas de elogio (v. Schmidlin, 150), debería tener que limitarse el juicio de Segá.

(3) V. Schuster, El príncipe obispo M. Brenner, 644. Con esta monografía fundada sobre extensas investigaciones de los archivos y escrita en lenguaje clásico y sereno se cubre muchas veces la narración de Lóserth: Reforma y contrarreforma en los países del Austria interior en el siglo XVI, Stuttgart, 1898, que asimismo toma el material de numerosas fuentes de los archivos, pero de ninguna manera es siempre objetiva ni domina suficientemente la materia. Cf. la crítica de entrambas obras por el Dr. Starzer, que como miembro del Instituto Histórico Austríaco de Roma se ocupó por menudo en la época de que se trata, en el Anuario Hist., XXI, 531 s. Lóserth llama al nuncio pertinazmente (p. 505, 521, 599, 600) «obispo de Britonoria», designación que se repite también en los documentos y correspondencias varias veces (p. XXXI y 563)! Ha de decir: Bricinorium (Bertinoro).

(4) Cf. Stepischnegg en el Archivo para las fuentes de la historia de Austria, XV, 73 s.; Mayr-Deisinger en la Revista de Historia universal, IV (1887), 124 s.; Robitsch, Hist. del Protest. en la Estiria, 181 s.; Steinhuber, I², 337 s.; Reichenberger, I, 444; Schmidlin, 104 s. Stobeo merecía una monografía, como la ha obtenido Benner por Schuster, pues el trabajo de Stepischnegg no basta, y todavía menos el de Mayr-Deisinger.

visita pastoral de su diócesis (1). Como Caligari halló también un firme apoyo en el obispo de Laibach, Juan Tautscher, que desde 1584 residía en Graz con permiso de la Santa Sede como gobernador y presidente del gobierno (2), así como en los jesuitas de allí (3), se podía esperar un gradual mejoramiento del estado de las cosas, que todavía era muy peligroso, pues casi toda la nobleza y la burguesía de las ciudades estaban adheridas a las novedades religiosas. Esto sucedía no solamente en toda la Estiria, sino también en Carintia y Carniola. Sólo la mayoría de los aldeanos había permanecido casi en todas partes católica (4).

El archiduque Carlos demostró indudablemente la mejor voluntad de oponerse en sus tierras al protestantismo y desterrarlo enteramente, si fuese posible. Pero los consejeros archiduciales a excepción del canciller mostraron poco interés por el restablecimiento de la fe católica. Muchos de ellos eran abiertamente inclinados a la herejía, o procuraban fomentarla en secreto, como el mariscal de la corte conde Ambrosio de Thurn. El archiduque, bondadoso y falto de independencia, repetidas veces dejó de manifestar la suficiente decisión contra estas influencias (5). Por efecto de esto Caligari en su lucha contra el movimiento protestante no pudo alcanzar aquellos triunfos que su ardiente celo esperaba. Más satisfechos quedaron sus afanes por levantar la vida religiosa entre los católicos de Graz. En el año 1585 el nuncio con gran concurrencia confirió en la iglesia de los dominicos el sacramento de la confirmación, cuya administración había caído casi en desuso. En el mismo año aumentáronse los sermones en la capital de Estiria, hizose de nuevo solemnemente la procesión de Corpus y celebróse brillantemente el jubileo publicado por Sixto V a su advenimiento al trono. También respecto de la urgente reforma del clero secular y regular obtuviéronse resultados no despreciables (6).

(1) V. Schuster, M. Brenner, 197 ss., 247 s.

(2) V. Schmidlin, 33 s.

(3) V. Reichenberger, I, 436.

(4) V. la relación de Caligari, de 20 de mayo de 1586 en Reichenberger, I, 464.

(5) V. Reichenberger, I, 441 s., 460. Los sentimientos del archiduque Carlos eran buenos, pero sus ministros eran en su mayor parte herejes, como refiere Priuli en un *despacho, fechado en Roma a 24 de agosto de 1585, *Archivo público de Venecia*.

(6) V. Reichenberger, I, 449 s., 455 s. Cf. Schuster, M. Brenner, 647 s. La amonestación de Caligari al archiduque Carlos respecto de los prebostes

De gran importancia para la conservación y restablecimiento de la religión católica fué la fundación efectuada por Sixto V el 1.º de enero de 1586, de una universidad en Graz confiada a los jesuitas, en la cual debían formarse decididos hombres católicos, de que podría servirse el archiduque para el bien del país, y especialmente para la conservación de la heredada religión católica (1). Un año más tarde un decreto archiducal renovó la prohibición ya antes ordenada de estudiar en otras escuelas (2).

La actividad de la universidad de Graz no pudo mostrarse sino poco a poco. Caligari, que con su gran celo anhelaba rápidos buenos sucesos, parece haber desapreciado la importancia del establecimiento. Tenía sin duda conexión con esto el haberse cambiado su comunicación amistosa con los jesuitas en lo contrario. Las causas de ello no han sido suficientemente puestas en claro (3). La posición del nuncio se hizo todavía más difícil porque también sus anteriores buenas relaciones con el archiduque se pusieron tirantes. Influyó en esto seguramente la reserva de Sixto V respecto de la erección de un nuevo obispado en Görz y de la concesión de subsidios para la guerra contra los turcos. El nuncio por su parte tenía que quejarse cada vez más de la debilidad del archiduque influido por los que le rodeaban, el cual no accedió repetidas veces a las demandas eclesiásticas del representante de la Santa Sede. En estas circunstancias el fogoso Caligari perdió tanto el ánimo, que en 1587 pidió ser exonerado de su cargo, lo que se le otorgó (4). La manera de obrar de Caligari fué muy precipitada, pues precisamente entonces el gobierno de Graz comenzó a trabajar metódicamente en arrojar de allí el protestantismo (5).

En el mismo año 1587 obtuvo Segá su sustitución ya reiteradamente indignos de Stainz y Vorau, publicada por Loserth en el Archivo para la hist. de Austria, LXXXIV, 344 s., ya estaba publicada hacía tiempo por Sugenheim (Bayerns Volkszustände, 539 s.).

(1) V. Peinlich, Programa de Graz, 1870, 29 s.; Krones, 605 s.; Loserth, Reforma, 482 s.; el mismo, Documentos y correspondencias para la hist. de la Contrarreforma en el Austria interior, XXXI s.; el mismo, Las escuelas protest. en Estiria, Berlín, 1916, 79; Schuster, M. Brenner, 218 s.; Duhr, I, 166 s.

(2) V. Reichenberger, I, 453 s., 467; Duhr, I, 842; Loserth, Documentos y correspondencias, 590 s.

(3) También aquí se advierte muy desagradablemente que los documentos de la nunciatura de Caligari en Graz sólo en parte se han conservado.

(4) V. Reichenberger, I, 448 s., 457 s. La vuelta de Caligari a Roma notifica Gritti en su *despacho de 2 de mayo de 1587, *Archivio público de Venecia*.

(5) Cf. Loserth en la Gaceta general, 1897, suplemento, núms. 28 y 31.

mente solicitada; durante los últimos meses de su permanencia en Praga ocupáronle sobre todos los sucesos que se relacionaron con el cambio de monarca en Polonia (1).

II

Como las nunciaturas de Praga y Graz, así también la de Colonia fué nuevamente provista en el año 1587, pero aquí efectuóse el cambio por haber muerto en 25 de febrero de 1587 el poseedor del puesto Juan Francisco Bonhómini. Este excelente varón, amigo de San Carlos Borromeo y de sus mismos sentimientos, había desplegado una copiosa actividad y gozado también de gran crédito con Sixto V (2).

El verse amenazado el arzobispo de Colonia por la conquista de Neuss fué ocasión de que Bonhómini el 20 de mayo de 1585 se trasladase a los Países Bajos para recabar ayuda del gobernador español Alejandro Farnesio. Permaneció allí primero dos meses, principalmente para dar comienzo a la necesaria reforma de la situación eclesiástica con la celebración de un sínodo provincial. El estado de las cosas era allí más favorable para esto que en el Rin, donde anticipadamente no podía pensarse en la celebración de sínodos, en el territorio de Colonia por la caída de Neuss, en Tréveris por las guerras francesas, y en Maguncia por la flojedad del arzobispo Wolfango de Dalberg. Apoyado por el vicario general de Lieja, Levino Torrencio, logró Bonhómini fijar la reunión de un sínodo para el 3 de octubre y dar principio a la reforma del clero, especialmente al apartamiento de los concubinarios. Fuera de eso Bonhómini incoó el proceso contra el indigno abad del monasterio de benedictinos de San Lorenzo de Lieja y anunció en la mencionada ciudad el jubileo publicado por Sixto V al principio de su reinado. Lo mismo hizo más tarde en el Rin, persuadido de que con ello despertaría de nuevo la vida religiosa y la participación de los reme-

(1) Sobre esto cf. abajo, capítulo VII.

(2) Por breve de 12 de octubre de 1585 Sixto V no sólo confirmó las facultades concedidas a Bonhómini por Gregorio XIII, sino que las aumentó aún considerablemente; v. Mergentheim, I, 270. Además de nuestros datos sobre Bonhómini del vol. XX cf. todavía Bijdrag v. d. geschied. v. het bisdom Haarlem, XXXIV (1912), 231 s. y Arch. d. Soc. Vercell., XII (1920), 73 ss.

dios medicinales de la Iglesia. En Colonia, donde Bonhómini pasó las tres primeras semanas de agosto, se afanó por el cumplimiento de la obligación de residencia de los canónigos y contra la difusión del protestantismo. También a los duques de Juliers-Cléveris, padre e hijo, a quienes visitó en Siegburg el incansable nuncio, se afanó por inducirlos a que alejasen a los predicantes y funcionarios herejes. Sus dolores de gota obligaron a Bonhómini en septiembre a buscar su curación en los célebres baños de Aquisgrán; pero empeoró su estado de salud, pues durante su cura se esforzó demasiado administrando la confirmación y cuidando de otros modos de los católicos de esta población (1).

A pesar de su dolencia Bonhómini en la última semana de septiembre del año 1585 se trasladó a Lieja, donde le esperaban graves luchas, pues la introducción de los decretos conciliares de Trento significaba para el clero la renuncia a muchos privilegios y exenciones y el obispo Ernesto temía que con la limitación del fuero eclesiástico se disminuirían sus ingresos. Con firmeza, pero también con prudente condescendencia logró Bonhómini vencer todas las dificultades. Su gozo fué grande, cuando el sínodo diocesano celebrado del 3 al 5 de octubre de 1585 en Lieja para la publicación de los decretos del concilio tridentino transcurrió bien y con esto se puso la piedra fundamental esencial de una reforma duradera (2). Cuánta necesidad había de disposiciones para la elevación moral del clero, mostrólo el proceso contra el abad de San Lorenzo, en cuya deposición y castigo al fin impuesto no olvidó Bonhómini aquel espíritu de benignidad que convenía al representante del pastor supremo. Tampoco durante el tiempo de su ausencia Bonhómini perdió de vista a Colonia; no descansó hasta que el concejo expulsó de la ciudad a los tumultuosos calvinistas y les fué prohibida la entrada para lo futuro. Terminado el sínodo el celoso nuncio a pesar de su flaca salud practicó personalmente la visita de casi todas las iglesias

(1) V. Ehses-Meister, I, L-LX, 102, 104 s., 107, 109 s., III s., 114, 116 s., 122 s., 143.

(2) Ehses-Meister, I, LV, 150, 152 s., 161 s., 166, nota 1; Ehses en la revista *Pastor bonus*, VI (1894), 236 s.; A. v. Hove, *Les statuts synodaux liégeois de 1585*, en los *Anal. p. s. à l'hist. ecclés. de la Belgique*, XXXIII (1907), 5 ss.; Pirenne, IV, 529. Al sínodo de Lieja se refiere también una *carta de Bonhómini al canciller de Tréveris, Juan Wimpfeling, fechada VI Cal. Oct. (26 de septiembre) de 1585, en el Cód. 107, vol. II, n. 31 de la *Biblioteca del gimnasio de Colonia*.

y monasterios de la diócesis de Lieja, para completar y consolidar así la obra de la reforma (1).

En la primavera de 1586 se detuvo Bonhómini otra vez en los Países Bajos, a fin de preparar un sínodo provincial para la Provincia eclesiástica de Cambray. Éste se celebró en Mons en octubre de 1586 bajo su presidencia y la del arzobispo de Cambray, Luis de Berlaymont. Los decretos mostraron en todas sus partes la más estrecha adhesión a las reformas del concilio tridentino; diferenciábase con todo de los publicados en Lieja en que no como allí se anunció simplemente el tridentino y se aclaró con decretos del nuncio, sino que todo el campo de la vida eclesiástica, del círculo de acción episcopal y pastoral se reunió en veinticuatro capítulos y se reguló por numerosos cánones (2). Cuán duradero fué el efecto del impulso dado por Bonhómini, muéstralo el hecho de que en el año 1589 el nuevo e insigne obispo de Tournai, Juan Vendeville, siguió su ejemplo y asimismo celebró un sínodo diocesano (3). El incansable nuncio, que cayó enfermo en Mons, no dejó perder la ocasión, apenas restablecido, de recorrer también la arquidiócesis de Cambray, para dirigir allí todavía por sí mismo la ejecución de los decretos sinodales. La consecuencia fué una radical transformación de las costumbres del clero. Reformóse entonces también el célebre monasterio de Lobbes (4).

De aquí fué a ver Bonhómini al arzobispo de Tréveris, Juan de Schöenberg, íntimo amigo suyo y de sus mismas ideas, con quien ya en 1585 había negociado sobre la celebración de un sínodo diocesano. El viaje fué para el hombre enfermizo y acostumbrado al suave clima de Italia, tanto más fatigoso, cuanto que le condujo en medio del invierno, que fué extraordinariamente riguroso, por el inhospitalario bosque de las Ardenas. Él dió el último golpe al cuerpo quebrantado del nuncio. Cuando Bonhómini a principios de diciembre llegó de vuelta a Lieja, su predilecta morada, estaba enfermo de muerte. Como un soldado fiel al deber, así escribe Ilevino Torrencio, no ha perdonado a su vida ni tenido consigo miramiento alguno, cuando podía ser útil al pueblo cristiano. Aunque estaban

(1) V. Chapeville, III, 540; Ehses-Meister, I, LV, 168 s., 170 s., 175 s., 186, 190.

(2) Hartzheim, VII, 991 s.; Ehses-Meister, I, LVII. Cf. Gousset, *Les actes de la province ecclési. de Reims*, III, Reims, 1844, 542 s.

(3) Hartzheim, VII, 1036 s.

(4) V. Ehses, II, 521 s. Cf. Pirenne, IV, 487.

agotadas las fuerzas corporales de Bonhómini, no así su gusto de trabajar. Mientras preparaba la impresión de los decretos del sínodo de Lieja, el Señor tomó para sí a su fiel siervo (25 de febrero de 1587). Los últimos días de Bonhómini fueron tan edificativos como toda su vida. Refiere su biógrafo, que estando enfermo de gravedad, a pesar de las instancias de los médicos, no quiso dejar la rigurosa observancia de los preceptos del ayuno. Antes de su fallecimiento pronunció de nuevo solemnemente la profesión de fe tridentina (1).

Sixto V, que había tomado el más caluroso interés en los trabajos de Bonhómini, intentó conceder la sagrada púrpura a este varón, cuyo nombre está unido inseparablemente con el victorioso rechazamiento de la más peligrosa acometida protestante a los países católicos del Rin. En el consistorio de 6 de abril de 1587 lamentó la muerte de este prelado de sólo cincuenta años, que consumido del celo de la salud de las almas, no había rehuído ningún sacrificio en hacienda y salud, y trabajado tan incansablemente por el bien del pueblo católico, que le queda asegurado para todos los tiempos un lugar de honor entre los nuncios alemanes. Con razón se ha indicado qué felices resultados hubiera podido alcanzar la reforma y restauración católica en Alemania, si en vez de un Ernesto de Baviera y un Wolfango de Dalberg se hubiesen sentado en las sillas arzobispales de Colonia y Maguncia varones como San Carlos Borromeo o Bonhómini (2).

III

Con una abnegación que delata al discípulo y partidario de San Carlos Borromeo, se había dedicado Bonhómini a la tarea reformatoria, que la nunciatura de Colonia tenía por fin en primer término, hasta que la muerte le cortó los pasos. Halló en Octavio Mirto Frangipani, obispo de Cajazzo, un sucesor, que, por más que fuese diferente su índole diplomática, se esforzaba con todo por conseguir el mismo fin: la renovación de la vida eclesiástica en el clero y en los legos. Su nombramiento efectuóse el 13 de junio de 1587. Probablemente sólo provisto de instrucciones orales, en

(1) V. *Compte rendu de l'Acad. de Bruxelles*, III, 11 (1870), 212; *Ehsemeister*, I, LIX s.; *Ehse*, II, 522 s.

(2) V. *Ehsemeister*, I, LIX s. Cf. Colombo, *Bonomi*, 86 s., 102 s.

julio emprendió su viaje, para llegar a Colonia el 25 de agosto (1).

Las cosas de Alemania habían sido enteramente extrañas hasta ahora al napolitano Frangipani. Sin embargo acreditóse de todo en todo la elección del nuncio, la cual probablemente procedió del mismo Papa, en tales negocios muy independiente. El talento diplomático de Frangipani vino muy a propósito dado el estado de tirantez que reinaba en el Rin inferior. En tiempo relativamente corto supo familiarizarse bien con la complicada situación e intervenir en ella decididamente con toda cautela y serenidad. En oposición a la costumbre de su predecesor residía casi constantemente en la metrópoli renana, salvo la ausencia de varios meses en los Países Bajos, ocasionada por una controversia teológica en la universidad de Lovaina (2). Aun después de vencida la crisis provocada por Gebardo Truchsess, el estado de cosas en Colonia era tal, que parecía muy necesaria la presencia del nuncio. Mientras Rheinsberg se hallaba aún en manos de los partidarios de Gebardo, la situación de los países renanos a pesar del trabajo preparatorio de reforma de Bonhómini ofrecía todavía aspectos poco satisfactorios, aunque no faltaban lados luminosos. El buen pueblo renano en su mayor parte había conservado la fe de sus padres; frecuentaba asidua y devotamente las iglesias y cumplía a conciencia sus obligaciones pascuales. También del clero que tenía cura de almas, recibió pronto Frangipani la mejor impresión; alaba su celo y su aptitud. Con especial gozo observó entre los católicos de Colonia una viva actividad científica. Al lado de historiadores y eruditos como Miguel Eyzinger, Pedro Suffridio, Miguel ab Isselt y Jorge Braun, trabajaban allí también eminentes controversistas, como Cornelio Schulting-Steinweg, Juan Nopel y Gaspar Ulenberg. El ayuntamiento se mostraba sinceramente adicto a la antigua Iglesia, aunque en algunas ocasiones por amor a los intereses económicos era tolerante respecto de los herejes flamencos. El culto solemne de la catedral tenía que padecer todavía por la negligencia de los canónigos nobles. Sin embargo en general se podía estar contento del estado de Colonia

(1) V. Ehses, Relaciones de nunciatura, II, XVI, XX, 4 s. *G. Gritti, que en 18 de abril de 1587 había participado el rumor del envío de un cardenal legado para la dieta, notifica el 13 de junio el nombramiento de Frangipani (*Archivo público de Venecia*). Sobre los poderes de Frangipani v. Megenthien, I, 273 s.; sobre su vida L. v. der Essen, Corresp. d'Ottavio Mirto Frangipani, Roma, 1924, XLVII s.

(2) Cf. vol. XXI, cap. III, pág. 176.

gracias al trabajo preparatorio de Bonhómini. En cambio bastante mal andaban las cosas en Vestfalia, adonde la apostasía de Gebardo Truchsess había atraído un número de gente incomparablemente mayor; reinaba allí en muchas partes ignorancia e indisciplina en el clero (1).

Frangipani tenía la mejor voluntad de cumplir con las obligaciones de su posición. Ya muy pronto concibió el plan de practicar una sólida visita de toda la arquidiócesis de Colonia. En Roma se aprobaron enteramente sus intentos, pero se instó a la mayor armonía posible con el arzobispo, el clero y el ayuntamiento de Colonia (2). El mayor impedimento para los intentos de reforma eclesiástica de Frangipani constituyólo desgraciadamente el arzobispo y príncipe elector Ernesto de Baviera. Habiendo entrado sin vocación en el estado eclesiástico, este joven Wittelsbach, que además de su arzobispado poseía aún cinco obispados, era toda otra cosa antes que un príncipe de la Iglesia según el espíritu de la restauración católica (3). Enteramente aseglarado, desempeñaba el príncipe bávaro tan poco las funciones eclesiásticas, que Frangipani reconoció muy pronto la necesidad de obispos auxiliares idóneos. El príncipe elector no iba a Colonia sino raras veces, generalmente moraba en Vestfalia o en Lieja. Aunque se mantenía libre de los deseos de secularización de su predecesor, sin embargo no sólo gustaba de banquetes y de cazar, sino también daba grande escándalo con su conducta inmoral. Sixto V juzgaba con razón sobre él muy severamente (4).

Frangipani visitó por primera vez por el otoño de 1587 en Bona al príncipe elector de Colonia, hombre de grandes prendas, pero ligero, y en nombre del Papa le hizo serias representaciones con libertad de ánimo, pero sin embargo con mucho amor. Aunque el nuncio las repitió todavía más tarde, y tampoco Sixto V ocultó su gran descontento, Ernesto no cambió su vida escandalosa. La renuncia al obispado de Frisinga exigida por Sixto V recusóla hacer decididamente, y en ello hasta se dejó arrastrar a proferir amenazas. En

(1) V. Ehses, II, XXXIII s., 15, 29 s., 104, 137, 148, 477, 481, 498. Sobre G. Braun cf. ahora el Anuario de la asociación de historia de Colonia, III (1916).

(2) V. Ehses, II, 9 s., 24, 28. Cf. *ibid.*, 35 s. la determinación de que se había de prescindir de un cambio de los estatutos del cabildo respecto de la nobleza.

(3) Juicio de Bezold en su valiosa crítica de las Relaciones de nunciatura de Ehses en las *Gött. Gel. Anz.*, 1900, núm. 7, pág. 518.

(4) Cf. Ehses, I, 43, 77, 87, nota 1; Bezold, *loco cit.*

estas circunstancias Frangipani creyó deber recomendar tanto más un tratamiento indulgente, cuanto que sin la buena voluntad del príncipe elector su actividad reformadora habría de quedar tan sin resultado como la labor textoria de Penélope (1). Con su prudente conducta alcanzó Frangipani ya en aquella primera conversación de Bona, que Ernesto le concediese ilimitados poderes para visitar la arquidiócesis. Por eso el nuncio hizo al punto extensos preparativos y esperaba poder dar comienzo ya a fines de 1587 a su obra tan saludable, cuando la toma repentina de la residencia electoral de Bona, efectuada en la noche del 22 al 23 de diciembre por el merodeador Martín Schenk de Niedeggen, partidario de Gebardo Truchsess, ocasionó una dilación sumamente desagradable (2). Logróse a la verdad recobrar a Bona el 29 de septiembre de 1588 con la ayuda de Alejandro Farnesio, que por las estrechas relaciones entre los Países Bajos y el Rin inferior estaba muy interesado en que se asegurase la posición del catolicismo en Colonia (3), pero este resultado obtenido en buena parte por el celo y la tenacidad de Frangipani tenía el lado desventajoso de que las tropas españolas debían tener ocupadas a Bona, Neuss y Kaiserswerth. Mostróse pronto también, que el ligero elector Ernesto era tan descuidado en la administración civil de su arzobispado duramente devastado por las turbulencias bélicas de los Países Bajos, como en la eclesiástica.

El principado de Colonia había venido a parar a tal desconcierto en el terreno de la administración política y de la hacienda, que se aproximaba a una quiebra. Frangipani hubo de resolverse a intervenir. Emprendió esta tarea enredada e ingrata con el conocimiento de que, mientras no quedase saneado este estado de cosas, tampoco su actividad eclesiástica podría obtener resultados duraderos. Como la fuerza principal de Frangipani era reclamada por el trabajo inútil de ordenar la administración y la hacienda del arzobispado de Colonia (4), no podía desplegar un trabajo de reforma metódico y seguido. Todo lleva aquí un camino torcido, se quejó una vez (5). A pesar de eso se afanó el nuncio por hacer en el respecto

(1) V. Ehses, II, 22, 41 s.

(2) V. Ehses, II, 51, 60 s., 77. Sobre cuánto lamentó el Papa la pérdida de Bona hablando con el agente del duque de Baviera, cf. la *relación de Critti, de 6 de febrero de 1588, *Archivo público de Venecia*.

(3) V. Ehses, II, 184 s. y Bezold, loco cit., 520.

(4) V. la luminosa exposición de Ehses, II, xxxi s.

(5) V. *ibid.*, 233.

reformatorio lo que en aquellas circunstancias era posible. En Colonia logró restablecer el culto solemne en la catedral, impedir la admisión del duque protestante de Sajonia-Lauenburg en el cabildo, introducir los franciscanos observantes y cuidar de que hubiese buenas escuelas primarias católicas. Como una publicación de los decretos tridentinos en su totalidad no era posible, comenzó Frangipani a introducirlos paso a paso, obligando primero al clero de toda condición y categoría a hacer la profesión de fe tridentina, y luego poniendo en vigor los cánones sobre la administración de los sacramentos (1). Sus mejores auxiliares los halló Frangipani en los jesuitas, cuya labor benéfica en la escuela y en la dirección de las almas le llenaba de tal entusiasmo, que en todos los sitios de alguna mayor importancia deseaba ver fundadas residencias de jesuitas (2).

Al empleo de los medios principales de reforma eclesiástica, la visita general y el sínodo provincial, se oponían por desgracia de un modo duradero obstáculos invencibles, de suerte que Frangipani hubo de contentarse con intervenir corrigiendo en materias aisladas. Ante todo puso mano en desterrar dos males principales del clero, el concubinato y la simonía. Ninguna dificultad pudo en esto arrearle. Contra los quebrantadores notorios del celibato procedió con grandísimo rigor. Severidad unida con blandura mostró en la visita del monasterio de Kerpen (3). También en la parte vestfaliana de la arquidiócesis, que corría gran peligro, lograron los afanes de Frangipani, bien apoyados aquí por el príncipe elector, conseguir un mejoramiento del estado de las cosas eclesiásticas (4). En Colonia quedó asegurada de un modo duradero según la previsión humana la religión católica (5). Bien considerado se puede decir que Frangipani hizo todo lo que era posible para mejorar la situación eclesiástica de la arquidiócesis de Colonia. En Roma se tributó la merecida alabanza a la circunspección y solicitud que en ello desplegó, así como a su constancia. Muchas cosas que el nuncio intentaba

(1) V. *ibid.*, XLIII s., 50, 72, 76 s., 123 s., 200 s., 280 s., 313 s., 449.

(2) V. Ehses, II, XLIV, 197, 212, 253 s., 433, 440. Cf. Duhr, I, 416, 846 s. Respecto de la conducta de los jesuitas de Colonia cf. Pfülf en las Voces de Maria-Laach, LVIII, 89 s., donde están utilizadas las comunicaciones del tomo IV del «Libro Weinsberg».

(3) V. Ehses, II, XLVI, 187, 249, 282, 316.

(4) V. *ibid.*, XLIX, 291, 326, 435. Cf. Pieler, Fürstenberg, 137; Kamp-schulte, El protestantismo en Vestfalia, 323 s., 337 s.

(5) Así lo refiere Frangipani en 5 de julio de 1590 a Roma; v. Ehses, I, 487.

hacer, como, por ejemplo, la erección de seminarios en Bona y Neuss, tuvieron mal éxito por lo desfavorable de las circunstancias (1).

Uno de los impedimentos principales que se oponían a la visita general, estaba en la resistencia de los consejeros del decrepito duque de Juliers-Cléveris, Guillermo IV, que en gran parte eran católicos tibios e inseguros. Sin embargo, en oposición a su padre, el príncipe heredero Juan Guillermo, casado con la sobrina de Alberto de Baviera, Jacoba de Baden, promovía celosamente la causa católica con gozo de Sixto V. A pesar de su buena voluntad faltábale a Juan Guillermo por desgracia el necesario dominio de sí mismo, de modo que excitaba la envidia y el enojo de su padre (2). El Papa procuraba inútilmente, siguiendo el consejo de Frangipani, que entrambos se reconciasen (3). Pero todavía fué peor el que el príncipe heredero, a consecuencia de la miseria que había en sus tierras por efecto de la guerra, amenazase hacer fuerte oposición a España, así como también el que en parte a consecuencia de las excitaciones producidas en él por los consejeros de su padre, se le hubiesen notado desde el verano de 1589 las huellas de una incipiente enfermedad mental. Juan Guillermo estaba sin descendencia. Por eso el mayor peligro era que después de su muerte el gobierno fuese a parar a una de sus tres hermanas, que estaban casadas con protestantes. Frangipani inquiría diligentemente todos los medios por los cuales se podía obviar este peligro (4).

Además del aseguramiento de la Iglesia en los países de Juliers-Cléveris extraordinariamente importantes por su situación (5), tomó también muy a pechos Frangipani la protección de los católicos de

(1) V. Ehses, II, 276, 283, 289, 311, 316, 340, 375, 505.

(2) V. *ibid.*, XXVI, 339, 351, 353. *Ibid.*, 254 s. la relación de Frangipani sobre el uso de la comunión bajo ambas especies en las tierras de Juliers-Cléveris; como no se podía suprimir este abuso, se toleró en Roma (v. *ibid.*, 270; cf. Tempesti, I, 635 ss.). Sobre el estado de las cosas en la corte del duque de Juliers-Cléveris, donde el jesuita Pedro Michael trabajó con buen éxito de 1585 a 1587, v. también Duhr, I, 151 y para completar la disertación de Stieve sobre la duquesa Jacoba en la revista de la Asociación para la historia de Berg, el artículo de Unkel en los Anales de la Asociación Hist. para el Rin inferior, LIV, 98 s., donde se han utilizado también varias relaciones de Frangipani.

(3) V. Schweizer, II, 179, 193, 261; Hildebrandt en las Fuentes e investigaciones, XV, 286.

(4) V. Ehses, II, LIV s., 228, 250, 306, 310, 319, 329, 335, 337, 348, 382, 389, 420, 467, 471.

(5) V. Hildebrandt, loco cit., 284 s.

Aquisgrán. Como aquí le ayudó el príncipe elector Ernesto, pudo conseguirse un notable mejoramiento (1).

Vigorouso apoyo halló Frangipani por parte del príncipe elector Ernesto en sus conatos de reforma en la diócesis de Lieja, donde principalmente fué de importancia la fundación de seminarios en la capital del obispado y en Saint-Trond (2). El nuncio puso también la mira en Holanda, donde a pesar de la dificultad de la situación ya en tiempo de Gregorio XIII el catolicismo había recibido un satisfactorio impulso en el arzobispado de Utrecht (3). En junio de 1589 refirió Frangipani a Roma, que en Holanda muchos católicos habían conservado la fe, pero que por la intolerancia de los rebeldes sólo en secreto se les podía atender espiritualmente; que también allí muchos habían vuelto ya a la antigua Iglesia, y la causa católica haría aún ulteriores progresos, si se volviesen a proveer los obispados de Groninga y Deventer. Esta ciudad obtuvo en 1589 un obispo, pero por efecto de la preponderancia de los rebeldes quedó perdida para la Iglesia, lo mismo que Groninga (4). Igualmente estaban entonces sin proveer el obispado de Saint-Omer y el arzobispado de Malinas, en cuanto que allí el cardenal Allen no podía tomar posesión de su cargo (5). Gante fué de nuevo proveída en 1588 en un varón eminente, el célebre escritor Guillermo Lindano, el cual empero murió ya el 2 de noviembre de este año y no recibió sucesor hasta 1590. En el mismo año 1588 ocupó la sede de Tournai el excelente Juan Vendeville (6). En Amberes halló obstáculos la restauración católica por la circunstancia de que al obispo de allí, Levino Torrencio, se le pusieron las mayores dificultades por parte del cabildo. Éste, cuando la ciudad pertenecía aún a la diócesis de Cambrai, había alcanzado de los Papas Alejandro VI, León X y Adriano VI muy extensas exenciones; sostenía su continuación, aunque Amberes había sido elevada por Paulo IV a obispado, y el cabildo mismo a cabildo de

(1) Cf. Ehses, II, XLIX, 48, 68, 211, 281, 355, 364, 376, 434, 444 s., 469, 479, 516 s.

(2) V. Chapeauville, III, 541 s.; Ehses, II, XXXI, XLVIII, 196 s., 404, 419; Pirenne, IV, 428 s.

(3) Cf. Fruin, De werder opluiking van het Catholicisme in Noord-Nederland, en Verspreide Geschriften, III, 249 s.; Blok, III, 377 s.

(4) V. Ehses, II, 291.

(5) V. Bellesheim, Allen, 183 s. Sobre Saint-Omer v. Ehses, II, 425.

(6) V. Gams, 248, 251. Sobre Lindano cf. los vols. XIX y XX. Una muy deseable monografía sobre el primer obispo de Roermond prepara G. Schmetz, profesor de religión en Koesfeld.

catedral, al paso que Torrencio conforme a las determinaciones tridentinas reclamaba su plena jurisdicción como obispo. A fines de 1588 logró Frangipani mover a ambas partes a dejar la decisión a la Congregación del Concilio de Roma. Ésta se declaró en favor del obispo, sin que el cabildo se allanase, en vista de lo cual Gregorio XIV repitió la decisión tomada en tiempo de su predecesor y suprimió para siempre los respectivos privilegios del cabildo de Amberes. En favor de Torrencio se había empeñado en Roma celosamente el duque Alejandro Farnesio, que también otras veces favorecía los intereses eclesiásticos donde podía (1). En una relación de junio de 1590 hace notar Frangipani, que en Holanda y Zelandia el restablecimiento de la antigua Iglesia dependía de que volviesen a estar sometidas a la dominación española. Continuaba refiriendo, que la conversión de apóstatas que se efectuaba en Delft y en otras partes, se debía a los sacerdotes que allá había él enviado, los cuales sin embargo sólo podían trabajar ocultamente (2).

Sumamente fructíferas fueron las relaciones que Frangipani había entablado con el excelente arzobispo de Tréveris, Juan VII de Schönenberg, lleno del espíritu de la restauración católica. Apreciaba de tal suerte a este prelado, que para el examen y nombramiento de pretendientes a beneficios eclesiásticos en territorios así protestantes como católicos, casi siempre ponía los ojos en él (3). Repetidas veces ocuparon también a Frangipani las desdichadas revueltas en la contienda sobre la soberanía entre Fulda y Wurzburg, la nueva provisión de la abadía de Hersfeld, amenazada gravemente en su existencia, así como la administración de la concesión de beneficios pontificios y del derecho de regalías imperiales en los territorios protestantes del Imperio (4). Los sesgos que t maba

(1) V. Ehses, II, 190 s., 213 s., 226.

(2) V. Ehses, II, 483, 487. Según la *relación de Lauro Dubliul al duque de Parma, fechada en Roma a 29 de febrero de 1589, Sixto V alabó la intención de erigir en Bruselas y Groninga colegios de los jesuitas. Négot. de Rome, I, *Archivio público de Bruselas*. Ibid. hay una *carta del cardenal Pellevé al duque de Parma, fechada en Roma a 12 de septiembre de 1589, en la que se dice: *La S^{ta} di N. S. et questi miei ill. signori della congregatione sopra la riforma et negotii dei vescovi hanno inteso con molto piacere la domanda che vien fatta dal senato di Gruninga per haver un collegio de padri Gesuiti*.

(3) V. Ehses, II, xxv, 11, 59. Sobre los trabajos de restauración de Juan de Schönenberg cf. Honthelm, *Hist. Trev.*, III, 49, 146, 165, 170, 174, 180, 185; Stieve, IV, 143, 183; Schmidlin, 133; Pastor bonus, 1894, núm. 9.

(4) V. Ehses, II, xlix s., lII s., 58 s., 360. Cf. Winter en el *Manual Hist.*, 1890, 136 s. De los documentos aquí citados se saca que la tentativa de obtener

la larga contienda del cabildo de Estrasburgo, siguiólos Frangipani con tan grande atención como su predecesor Bonhómini. Las propuestas que hizo en este negocio, son una nueva prueba de su prudencia diplomática (1).

IV

La lucha que hubo en Estrasburgo entre los canónigos católicos y los protestantes, aunque Estrasburgo pertenecía a la nunciatura de Colonia, sin embargo por efecto de las circunstancias cayó más bajo la jurisdicción del nuncio de la corte imperial. También aquí en el año 1587 efectuóse un cambio de personas, por cuanto reemplazó a Segá el arzobispo de Bari, Antonio Púteo. Provisto de las facultades usuales, partió éste de Roma el 21 de marzo y el 15 de mayo llegó a Praga (2). Segá le declaró de palabra sus experiencias y demás de esto compuso todavía una instrucción por escrito, en la cual exponía los principios generales para la administración de la nunciatura y trataba de todos los negocios que quedaban aún por despachar.

En este interesante documento (3) designa Segá como incumbencia principal del nuncio la conservación en la antigua fe de todas las partes del Imperio que habían aún permanecido católicas. Para satisfacer a esta incumbencia recomienda a su sucesor mandar exactas relaciones a Roma, en lo cual podrían ayudarle especialmente los jesuitas, buena inteligencia con el emperador y sus consejeros así como con todos los príncipes y prelados católicos, dignidad y circunspección en la conducta y tener cuenta con las costumbres de los países alemanes tan diferentes de las italianas. Dice que no se ha de buscar el trato con los protestantes, pero tampoco evitarlo, en lo cual no se les debe mostrar odio alguno, sino interés paternal. Declara Segá, que al emperador se le había de manifestar sobre todo, cuánto habían de prevalecer entre los protestantes las tenden-

por astucia la confirmación pontificia para Krafft de Weissenbach, elevado a abad de Hersfeld el 9 de septiembre de 1588, mediante la ocultación de sus sentimientos protestantes, se frustró por la vigilancia de Sixto V. Sin embargo doce años más tarde logróse la incorporación de la venerable abadía al Estado de Hesse-Kassel.

(1) V. Ehses-Meister, I, LXXXII.

(2) Schweizer, II, CXL s., 8, 533.

(3) Publicado por Reichenberger, I, 411 s.

cias radicales con los progresos del calvinismo respecto al luteranismo, así como que a pesar de la llamada Paz religiosa de 1555 se trabajaba para aniquilar completamente la confesión católica en el Imperio. Que en esto podía prestar buenos servicios el tratado «De autonomía» publicado en 1586 por Andrés Erstenberger, el cual contra las pretensiones protestantes de todas direcciones somete la cuestión de la libertad religiosa a un profundo examen no sólo teológico, sino también principalmente jurídico (1). Como al peor enemigo de los católicos designa Segá al conde palatino Juan Casimiro, que estaba en relaciones con Isabel de Inglaterra y los calvinistas de Francia y los Países Bajos, y se esforzaba por desarraigar enteramente la religión católica de Alemania (2). Respecto de la situación de Austria dirigió Segá la atención de su sucesor especialmente a los insoportables atentados de los funcionarios imperiales al derecho de los bienes eclesiásticos, al fomento de la reforma y restauración católica en Bohemia, a la protección de los católicos en Glogau y a la provisión de los obispados húngaros vacantes.

Fuera de los negocios de Austria trata Segá de la contienda sobre la soberanía entre Wurzburg y Fulda y especialmente del decreto de proscripción del Imperio contra Gebardo Truchsess, así como de la protección de los católicos en Aquisgrán, Estrasburgo y Augsburgo. Opina Segá, que donde se ofrecía ocasión de ejecutar los decretos del concilio de Trento, había de ser aprovechada. Con energía se extiende también sobre la cuestión de la falta de sacerdotes. Dice que este mal se hallaba no solamente en Polonia y los países del norte, sino también en toda Alemania y Hungría. Que la mies era mucha, pero que los operarios eran pocos. Que el mejor remedio lo ofrecían los seminarios fundados por los jesuitas, cuya importancia quería hacer ver también personalmente al Papa. Sólo brevemente se tocan en la instrucción las pretensiones de Austria a la corona de Polonia, pues sobre esto Púteo había sido informado suficientemente en Roma. Precisamente este negocio debía reclamar una gran parte de su actividad durante los dos años que fué nuncio (3). A esto se añadieron contiendas sobre territorios italianos y pleitos

(1) Sobre el contenido y la importancia de la obra de Erstenberger cf. Janssen-Pastor, V, 461 ss., donde están anotadas las obras especiales. El juicio de Segá en Reichenberger, I, 353.

(2) Sobre cómo Juan Casimiro desde hacía años seguía siendo amigo de los Estados calvinistas, cf. Janssen-Pastor, V, 3 s.

(3) Cf. abajo, capítulo VII.

de enfeudación (1), así como la difícil cuestión de la provisión de los obispados vacantes de Hungría. Reinaba allí un estado de cosas indeciblemente triste. Una parte del país estaba ocupada por los turcos, y el resto amenazado por estos exasperados enemigos de la fe cristiana. Para colmo de desdichas, casi en todas partes — sólo formaba una honrosa excepción la diócesis de Agram en Esclavonia, donde en general florecía la vida eclesiástica (2) — se habían difundido en gran manera las novedades religiosas. Esto se había facilitado por el hecho de que muchos obispos húngaros ejercían al mismo tiempo importantes cargos civiles y descuidaban los intereses eclesiásticos más que los políticos. La situación llegó a ser enteramente insoportable cuando el emperador en sus apuros económicos que iban siempre en aumento, no hizo ningunos nombramientos para las sedes episcopales vacantes, a fin de poder disponer de sus rentas. Ya Malaspina y luego Segá habían llamado la atención de la Santa Sede sobre este mal (3), que había de conducir a la ruina de la cura de almas. También Púteo se interesó por este negocio con grandísimo celo. En ello se esforzó al mismo tiempo por conseguir una mudanza en la manera de proveer los obispados. En Hungría había la costumbre de que el rey o el emperador hiciese la concesión de las regalías antes de la confirmación pontificia (4). Sin embargo la Santa Sede deseaba con razón, que lo mismo que en Alemania la confirmación pontificia precediese a la enfeudación imperial. Púteo se afanó según sus fuerzas en este sentido, pero inútilmente. En cambio todavía en el decurso del año 1587 alcanzó el nombramiento imperial para los obispados vacantes de Raab, Neutra, Waitzen, Pecs, Veszprim, Csanad, Agram, Sirmium, Zengg y Knin. Después que la Santa Sede con exacta observancia de las prescripciones canónicas hubo tomado los necesarios informes, efectuóse la confirmación pontificia para todas las sedes a excepción de la de Veszprim, donde el nombrado no tenía aún la edad necesaria (5).

La provisión de los obispados húngaros vacantes se consideró en Roma como un gran triunfo de Sixto V. Con gran razón pudieron

(1) Por ejemplo, en 1589 especialmente la larga contienda sobre Novel-lara; v. Schweizer, II, 209, 358, 367, 383 s., 395 s., 432 s., 449 s., 517 s.

(2) V. *ibid.*, cxxxiv.

(3) V. Reichenberger, I, 147, 237, 421.

(4) V. Fraknói, *A magyar királyi kegyúri jog*, Budapest, 1895, 71 s.; Schweizer, II, cxxxix.

(5) V. Schweizer, II, cxxxix s.

los biógrafos atribuir al Papa enérgico el mérito de haber preservado de la ruina los obispados húngaros (1). Con la provisión de las sedes en obispos idóneos se había dado el primer paso para un mejoramiento de la situación eclesiástica. Púteo en la instrucción para su sucesor indicó lo que ahora se había de hacer además para la consolidación de la Iglesia católica: inmediata celebración de un sínodo provincial, publicación de los decretos del concilio de Trento y su ejecución con ayuda del emperador, celebración de una visita general, que debía ponerse en manos del arzobispo de Kalocsa, el cardenal Jorge Draskovich. Éste murió por desgracia el 31 de enero de 1587, y también el emperador tenía dificultades (2). Debían pasar todavía muchos años, hasta que también Hungría fuese participante de los beneficios de la reforma y restauración católica. También allí tuvieron parte en ello de un modo relevante los jesuitas (3).

Mientras Púteo obtuvo buenos resultados en la provisión de los obispados húngaros, sólo poco llevó adelante las demás cuestiones que en Austria y en el Imperio estaban pendientes. Sobre ellas informa muy en particular la instrucción escrita por él para su sucesor Alfonso Visconti, llegado a Praga el 4 de julio de 1589. En este documento de igual calidad que las relaciones finales venecianas traza una muy clara descripción del estado de las cosas y une con ella advertencias prácticas para la continuación de la restauración católica (4).

Los pocos buenos éxitos de Púteo se explican en parte por su personalidad, que no era a propósito para ejercer notable influencia (5). Pero fué decisiva la conducta medrosa del emperador, el cual se retraía de tomar disposiciones radicales, mas con su conducta vacilante no satisfacía ni a protestantes ni a católicos. Muy clara-

(1) V. Tempesti, I, 665.

(2) V. Schweizer, II, 504. Por la muerte del obispo de Raab, Pedro Heresinski, que fué canceller húngaro, acaecida en junio de 1590, se originó una nueva sede vacante, cuya provisión fué muy difícil de hacer y no se llevó a efecto hasta 1592; v. Schweizer, III, 178.

(3) Un breve resumen sobre la difusión de los jesuitas en Hungría da Krones, Historia de Austria, III, Berlín, 1878, 372 s.

(4) Este interesante documento, que representa una especie de relación final sobre el cual ha sido Ehses (II, 511 s.) el primero en llamar la atención, está ahora publicado íntegramente en Schweizer, II, 447-526. Por él se ve que los nuncios componían ahora casi regularmente tales miradas retrospectivas de conjunto para sus sucesores. Sobre el cambio de nunciatura v. Schweizer, II, 440, 472, 474, III, XVI s.

(5) V. Schweizer, II, CXLI.

mente se mostró esto en las revueltas de Estrasburgo, donde el depuesto arzobispo de Colonia, Gebardo Truchsess, y los canónigos protestantes de Colonia, que como éste habían sido expresamente excomulgados, defendieron sus prebendas con las armas y obligaron a los canónigos católicos a trasladarse a Saverna, donde estaba su obispo (1). En esta contienda se trataba para los protestantes no sólo de las personas de los canónigos interesados, sino también del principio de la «libertad religiosa». La nobleza protestante quería conservar su participación en los cabildos como sitios cómodos y lucrativos donde colocar a sus hijos menores. Por eso los canónigos protestantes de Estrasburgo hallaron también en todas partes solícito apoyo en los nobles y príncipes adictos a las novedades religiosas; pero el emperador se mostró muy congojoso y débil para proteger el derecho de los católicos y procurar que se obedeciesen sus mandatos (2). La importancia de la contienda aumentóse todavía por la situación geográfica de Estrasburgo. El obispo de allí y el duque Guillermo de Baviera recomendaron en Roma decididas precauciones contra las acometidas de Gebardo Truchsess y sus partidarios. A lo que parece, Sixto V no conoció toda la importancia de esta contienda (3), pues las revueltas de Francia, de cuyo éxito dependía la subsistencia de la Iglesia católica en la Europa occidental, demandaban enteramente su atención. La verdad es que se contentó con la influencia de sus nuncios de Praga, Colonia y Lucerna, sin otorgar el subsidio solicitado por el obispo. Fué causa determinante de ello, además de su conocida economía, sin duda también la consideración de que esperaba todavía un buen éxito mediante la ejecución del destierro, mientras que un proceder bélico del obispo, sólo posible por donativos pecuniarios, era una empresa atrevida (4).

En Bohemia Púteo casi ningún buen resultado pudo alcanzar. El nuncio tuvo gran trabajo en mover al arzobispo Medek de Praga a hacer relación a Roma del estado de su diócesis. Éste mismo trazó un cuadro que no correspondía a la verdad (5). Púteo se queja repe-

(1) V. Janssen-Pastor, V, 114 s.

(2) Cf. Ehses-Meister, I, LXXXIII s.

(3) Esto lo hace resaltar mucho G. Wolf en su disertación sobre el tomo I de la Nunciatura de Colonia, publicada en las *Mittel. aus der hist. Lit.*, XXVI, 345.

(4) V. Ehses-Meister, I, LXXVII y Schmidlin, 403 s.

(5) Éste no pudo conocerlo Schmidlin (150 s.), porque entonces no estaban aún publicadas las relaciones de Púteo.

tidas veces de la negligencia del prelado de Praga en el gobierno de su iglesia, especialmente por lo que tocaba a las visitas pastorales y a su indiferencia respecto de los novadores y los husitas. La conducta del emperador y de sus consejeros impidió el mejoramiento anhelado por Púteo. También durante su nunciatura la restauración católica en el Austria inferior hizo sólo lentos progresos a pesar de los afanes del archiduque Ernesto y Klesl, principalmente porque faltaban buenos sacerdotes para reemplazar a los predicantes herejes expulsados. La resistencia de parte de la nobleza y de las ciudades era aquí más pasiva. Pero en el Austria superior se llegó a serias perturbaciones de los campesinos, las cuales ciertamente no radicaban puramente en las circunstancias religiosas. La actitud de la población de allí fué tan amenazadora, que el gobierno cedió (1).

A Púteo pertenece el mérito de haber apoyado los conatos de restauración católica del excelente obispo de Passau, Urbano de Trennbach (2). Qué dificultades encontró también en la Alemania del sur la restauración católica, experimentólo el duque Guillermo de Baviera en sus afanes por fundar un colegio de jesuitas en Ratisbona. Tuvo en ello que luchar no solamente con el ayuntamiento protestante, sino también con los administradores y el cabildo. Con todo Sixto V ayudó tan enérgicamente al duque, que éste consiguió su fin (3). Notables servicios le prestó en ello un alumno del Colegio Germánico, el predicador de la catedral doctor Jacobo Miller. Sixto nombró a este insigne sacerdote visitador pontificio para toda la diócesis de Ratisbona, incluso los monasterios exentos (4).

En el primer tiempo de la nunciatura del sucesor de Púteo, Visconti, cae el nombramiento de Klesl para reformador general, hecho por Rodolfo II el 28 de febrero de 1590, señal importante de que también en la corte imperial se tuvo al fin por oportuno un proceder decidido contra la propaganda protestante. De este tiempo procede una memoria de Klesl para el gobernador archiducal del Austria inferior sobre la manera de proceder ulteriormente contra el protestantismo en Viena y en las poblaciones rurales. También aquí se muestra Klesl como la verdadera alma de los conatos de res-

(1) V. Schweizer, II, 262, 266 s., 269, 305, 405, 432, 461; Huber, IV, 293 s.

(2) V. Schweizer, II, 8, 13. Sobre el obispo Urbano de Trennbach v. Schmidlin, 191 s.

(3) V. Duhr, I, 206 s. Cf. Reichenberger, I, 332; Schweizer, II, 157 s., 269 s.

(4) V. Schweizer, II, 346 s.

tauración en la región central de la monarquía de los Habsburgos; según sus dictámenes pensados con gran prudencia se han regido en el tiempo siguiente (1).

La posición de Alfonso Visconti, que llegó a Praga el 4 de julio de 1589, pareció al principio ser difícil, porque el cambio en la nunciatura de la corte imperial fué desagradable. También otras muchas veces se habían enturbiado las relaciones entre Rodolfo II y Sixto V; sin embargo el pleito feudal a causa de Novellara, que ocasionaba mucha perturbación, terminóse felizmente por condescendencia del Papa. En cambio Visconti hubo de oír de los ministros imperiales, que en la interminable contienda sobre la soberanía entre Wurzburg y Fulda el Papa se había hecho culpable de una injusta ingerencia. El nuevo litigio sobre la sal originado entre el duque de Baviera y el arzobispo de Salzburgo renovó en la corte imperial las llagas de las desavenencias sobre jurisdicción entre la curia y la audiencia imperial. Las más de estas controversias se tocaban en la instrucción que recibió Vito de Dornberg al tomar posesión de su cargo de embajador en Roma el 3 de septiembre de 1589 (2). En su respuesta de 2 de diciembre de 1589 a la llegada de Vito creyó el Papa haber de hacer la observación de que le hubiese sido más agradable que el embajador se hubiera presentado más a tiempo (3). Un breve pontificio de 13 de septiembre de 1589 había exhortado a ordenar la sucesión en el Imperio y la elección real del archiduque Ernesto enteramente católico, pero esta amonestación quedó sin resultado (4).

Como sus predecesores, así también Visconti desplegó una viva actividad en el terreno eclesiástico. Ya en su viaje a Praga había trabajado en este respecto en Munich y Salzburgo. De allí podía referir cosas buenas (5). En la corte imperial, conforme a las instrucciones del cardenal secretario de Estado se interesó ante todo por los negocios de los católicos de Aquisgrán y Salzburgo. Declaróse también contra la concesión de la investidura de Halberstadt al duque Julio de Brunswick, protestante. Desde Roma se le encargó encarescidamente, que, sin aguardar otras órdenes, favoreciese cerca del

(1) V. Bibl en el Jahrb. f. Landeskunde von Niederösterreich, nueva serie, VIII (1909), 157 s.

(2) V. Rudolphi II Epist., 82 s.

(3) V. Schweizer, III, XX s., XXVIII, 30, 130.

(4) V. Schweizer, III, XXXI, 48. El breve se halla en el Archivo para la historia de Austria, XV, 213.

(5) Cf. Schweizer, III, 4 s., 41.

emperador a los canónigos católicos de Halberstadt, para que se consiguiese la elección de un obispo católico (1).

Muchos cuidados y trabajos ocasionó a Visconti el triste estado de cosas de Bohemia, donde la muerte del arzobispo Medek, acaecida el 2 de febrero de 1590, suscitó la difícil cuestión de la provisión de la sede de Praga. De ella dependía la ejecución de la visita, así como el ganar a los husitas, lo que esperaba Visconti (2).

Con celo apoyó Visconti la labor reformatoria de Klesl en el Austria inferior. A fines de 1589 Klesl debía visitar también el monasterio de San Emmeram en Ratisbona, sujeto inmediatamente a la Santa Sede (3). La visita y reforma de los relajados monasterios benedictinos de Melk y Göttweih fué confiada a Visconti (4).

La aparición de una nueva secta en Silesia y las exigencias de los novadores en Estiria, Carintia y Carniola llenaron al nuncio de un serio temor. Acrecentáronse allí los peligros para la fe católica con la muerte del archiduque Carlos, acontecida el 10 de julio de 1590; el Papa encomendó el cuidado de estas regiones a los vecinos católicos y dió esperanzas de volver a proveer la nunciatura de Graz (5). En todos estos asuntos Visconti, que no tenía a su disposición ningunos medios de fuerza, estuvo dependiente de la buena voluntad del emperador; tanto más dolorosamente sintió el que en la corte de Praga el curso de los negocios siguiese tan lánguido como antes (6). Es característica la circunspección con que procedía aun en asuntos urgentes. Antes de dar un paso esperaba siempre una indicación de Roma; así lo hizo hasta en la cuestión de la sucesión en el ducado de Juliers-Cléveris, donde los protestantes procuraban establecerse de todas maneras (7).

V

Entre los obstáculos que se oponían a que la reforma y restauración católica penetrase en Alemania, era uno de los más principales,

(1) V. Schweizer, **XXIX**, 23, 72 s., 79, 93, nota, 104, 121, nota, 135, 147, 169, 171.

(2) V. *ibid.*, 56, 140 s., 152, 186, 191.

(3) El breve, de 13 de diciembre de 1589, *ibid.*, 53.

(4) V. *ibid.*, 137 s., donde está impreso el breve de 10 de febrero de 1590.

(5) V. *ibid.*, 48, 90, 132, 193, 198 s.

(6) V. *ibid.*, **XXXI**, 130.

(7) V. *ibid.*, **XXIX**, 147 s.

como ya se había conocido en tiempo de Gregorio XIII (1), la falta de contacto con la Santa Sede y la insuficiente información de ésta acerca de la situación de Alemania. Penetrado de la convicción de que en este respecto no bastaba la sola actividad de los nuncios, el gran reorganizador eclesiástico Sixto V por su bula de 20 de diciembre de 1585 obligó severamente a todos los obispos a que en determinados espacios de tiempo visitasen o personalmente o por representantes apropiados los «umbrales de los Príncipes de los apóstoles», los «Limina Apostolorum», como suena la expresión oficial, para dar cuenta al jerarca supremo de la Iglesia de todas sus obligaciones pastorales y de todo lo que atañía a las iglesias a ellos sujetas, de la disciplina del clero y del pueblo, y finalmente de la salud de las almas encomendadas a su fidelidad, y recibir conforme a esto los mandatos apostólicos. Los obispos alemanes tenían que cumplir esta obligación cada cuatro años (2).

El recibimiento, examen y despacho de las relaciones sobre las diversas diócesis remitiólo el Papa el 19 de febrero de 1587 a la Congregación del Concilio por él reorganizada, cuyo cardenal prefecto tenía que oír a los obispos o a sus representantes y darles las órdenes correspondientes. Todavía antes de haberse tomado esta disposición, presentóse en Roma como primero de los obispos del Imperio romano-alemán el enérgico prelado de Trieste, Nicolás de Coret, muy celoso de la reforma (1588) (3). Siguió su glorioso ejemplo en lo más fuerte del verano de 1587 el obispo de Gurk, Cristóbal Andrés de Spaur (4). Al año siguiente, además del obispo de Coira, fueron también a Roma los prelados de Salzburgo y Brixen; el obispo de esta ciudad, Juan Tomás de Spaur, que desde hacía años trabajaba en la reforma de su diócesis, envió a su vicario general (5), mientras el metropolitano de Salzburgo, Wolf Dietrich de Raitenau, elegido el 2 de marzo de 1587 a la edad de veintiocho años no cumplidos, se presentó personalmente. Aunque no fué requerido a hacer relación del estado de su diócesis, quiso el nuevo arzobispo prestar homenaje al Papa y recibir su bendición. Esto, así como su conducta, hubo de producir la mejor impresión en la curia. Para evitar la pompa usual, llegó muy

(1) Cf. los dictámenes de 1573 en Schwarz, I s., 20, 23, 39, 42 s., 48, 57.

(2) Cf. vol. XXI, cap. III, pág. 132 s.

(3) V. Schmidlin, 23.

(4) V. ibid., 96 s.

(5) V. ibid., 66, 101 s.

inesperadamente al arochecer del 20 de mayo a la Ciudad Eterna, donde se hospedó en casa de su tío, el cardenal Altemps (1). Cuando los acompañantes del arzobispo suscitaron la cuestión sobre si éste como primado de Alemania debía estar en pie o sentado durante la audiencia con el Papa, Wolf Dietrich cortó todas las ulteriores discusiones con la declaración de que él era de opinión de que con las demostraciones de la mayor veneración al vicario de Cristo y sucesor de san Pedro no podía sino granjearse honor y gloria, y que por eso en la audiencia quería estar arrodillado y no levantarse hasta una orden reiterada del Papa. Así lo hizo también el arzobispo, cuando el 21 de mayo se acercó al Papa por primera vez. Contra la opinión de sus acompañantes Wolf Dietrich estuvo también enteramente contento de que en las solemnidades pontificias no se le asignase ningún lugar más elevado que el que estaba sobre los patriarcas y prelados asistentes. Lo que en la curia se oyó decir de la conducta y de los intentos del primado de la iglesia alemana, fué tan favorable, que se veía en el fogoso joven príncipe de la Iglesia un verdadero paladín de la causa de Dios (2). El gozo de Sixto V subió de punto cuando supo el propósito de Wolf Dietrich de oponerse enérgicamente a la herejía, que de los países vecinos había penetrado en su diócesis, especialmente en las ciudades ricas. Conforme a esto el arzobispo a su vuelta, acaecida el 9 de julio, publicó un severo edicto, según el cual en la ciudad de su residencia todos los que no querían ser católicos, habían de abandonar dentro de pocas semanas la ciudad y el campo.

Aunque Wolf Dietrich promovía de una manera semejante la restauración católica en los territorios de los Habsburgos sujetos a él en lo espiritual, sin embargo en su propio país no se atrevía a proseguir el camino tan decididamente emprendido, si con ello peligraban sus ingresos, como en las regiones mineras. Mostróse aquí, que en él el príncipe temporal tenía preponderancia sobre el pastor espiritual (3).

(1) Para lo que sigue cf. los importantes documentos de Martin en las *Mittel. f. Salzburger Landeskunde*, LI (1911), 254 s., 329.

(2) *Utinam Germania multos huius mentis ac ingenii praelatos et pastores haberet, quibus adiutoribus et facile et brevi ad suam germanam fidem redire posset*, se dice en la memoria comunicada por Martin, loco cit.

(3) V. Erben en las *Mittel. f. Salzburger Landeskunde*, XLII, 56 s. y Widmann, *Historia de Salzburgo*, III, 157. Cf. ahora también F. Martin, *Wolf Dietrich de Raitenau*, arzobispo de Salzburgo, Viena, 1926.

Sixto V por su secretario de Estado y los nuncios hizo recordar muy a tiempo a los obispos alemanes sus obligaciones señaladas por la bula de 20 de diciembre de 1585 (1). A estas instancias se debió el que ya en el decurso del año 1589, a cuyo fin terminaba el primer plazo, no menos de diez obispos hubiesen dado cuenta en Roma del estado de sus diócesis. Por efecto de la triste situación de Alemania, de las no pequeñas dificultades del viaje y de los gastos del mismo todos los demás excepto el obispo de Laibach, Juan Tautscher (2), enviaron sus representantes: así Andrés Jerin de Breslau, Martín Medek de Praga, Estanislao Pawlowski de Olmütz, Ernesto Mengersdorf de Bamberg, Marquard de Berg de Augsburgo, Martín de Schaumberg de Eichstätt, Cristóbal Blarer de Wartensee de Basilea, el conde Juan de Manderscheid de Estrasburgo y Wolfango de Dalberg de Maguncia (3). Algo retardados cumplieron también en 1590 la obligación de dar cuenta de sus diócesis Julio Echter de Wurzburg, Ludovico Madruzzo de Trento, el patriarca de Aquilea, Grimani, Jorge de Schönenberg de Worms, Juan de Schönenberg de Tréveris, el obispo de Trieste y finalmente también el príncipe elector de Colonia, Ernesto de Baviera (4). Sixto, que había amonestado reiteradamente a este último, ya no vio la llegada de los representantes de Colonia (5). De los obispos húngaros no pudo el Papa alcanzar que satisficieran personalmente a la obligación de su viaje ad limina o enviasen a uno de entre ellos; hubo de contentarse con la relación de su procurador en Roma, Diotalevi (6).

Por las relaciones de los obispos conoció el Papa muy por menudo con qué espíritu y extensión entendían las obligaciones de su cargo. Supo también pormenores de la situación y del desenvolvimiento de las diócesis. Las relaciones describían la capital del obispado y sus iglesias, las colegiatas, monasterios y otros establecimientos, la división y las parroquias de la diócesis, la condición moral y religiosa del pueblo y del clero, la actividad de los prelados, sus reformas, visitas pastorales y sínodos, el estado de la cura de almas y del culto divino, los seminarios y escuelas, finalmente tam-

(1) Cf. Ehses, II, 47.

(2) V. Schmidlin, 36.

(3) V. Schmidlin, 150, 176 s., 224, 267, 331, 404 s., 422, 469 s., 534; Schweizer, II, 394.

(4) V. Schmidlin, 23, 59 s., 313 s., 457 s., 491 s., 498.

(5) V. Ehses, II, 71, 124 s., 285 s., 418 s., 439, 442, 488; Schmidlin, 499 s.

(6) V. Schweizer, III, XXII, 60 s., 70, 105 s.

bién la situación económica (1). Por razón de estas relaciones la curia estaba en disposición de ordenar los necesarios remedios. A todas partes daba el prefecto de la Congregación del Concilio, cardenal Carafa, los más útiles consejos respecto a la reforma moral, especialmente tocante a la ejecución de los decretos tridentinos, a la erección de seminarios, a la celebración de sínodos y a la extirpación de la herejía (2). Fácil cosa es de ver cuán beneficiosa había de ser para la iglesia alemana esta comunicación con el centro de la unidad, pues casi en todas partes era necesario oponerse al ocaso moral y religioso y a la decadencia de la fe. Donde por efecto de una intervención enérgica de los obispos había motivo para elogios, el Papa no dejaba de tributarlos. Especial gozo produjo a él y a la Congregación del Concilio la relación del obispo de Wurzburg sobre la reducción de 100 000 almas a la antigua fe.

En la respuesta de la Congregación, fechada a 23 de mayo de 1590, se hacía el mayor elogio a la piedad del prelado de Wurzburg, a su celo en la extirpación de la herejía, a su solicitud por la

(1) V. Schmidlin, XXXIV s. El método que de acuerdo conmigo ha elegido el autor en el utilizar las relaciones de los obispos, que enriquecen no solamente la historia de la Iglesia, sino también la de la civilización y la del derecho, guarda un camino medio entre edición y disertación. Este procedimiento no solamente estaba condicionado por la admisión en las «Ilustraciones», sino también era necesario, porque para una publicación del texto *completo*, como lo hizo F. Dengel en 1907 para algunas diócesis de Austria, faltaban los medios necesarios. Contra algunas impugnaciones inconsistentes que ha dirigido principalmente Loserth, se ha defendido Schmidlin suficientemente en las Hojas hist.-pol., CXLIV, 375-393; cf. también su escrito: La reforma eclesiástica en Austria en tiempo de la llamada contrarreforma a la luz de las relaciones episcopales a Roma, Salzburgo, 1910. Los obispos que hacían relación, estaban bastante próximos a la tentación de exagerar por ambos lados; por esto se impone una severa crítica; pero seguramente no se deben apreciar tan bajamente las relaciones, como lo hace Loserth. La recta norma para un juicio fiel a la verdad se saca de la consideración crítica comparativa de otras fuentes. Al número de éstas pertenecen no solamente las relaciones de nunciatura, las que ya indicó Dengel en 1907 en las Investigaciones y comunicaciones para la historia del Tirol, IV, 313, sino también los especiales documentos de los archivos de cada uno de los obispados, que ciertamente todavía no han sido muchas veces utilizados. Sólo cuando la investigación especial los haya beneficiado, podrá trazarse un cuadro completo por todos lados de la situación eclesiástica de Alemania en aquel tiempo. Cf. también las excelentes observaciones de G. E. Schwarz en el Suplemento científico al periódico «Germania» de Berlín, 1907, núm. 1 y 1910, núm. 14, el cual, lo mismo que numerosos otros críticos, alaba calurosamente el «mérito imperecedero» de Schmidlin «en haber abierto esta nueva fuente para la historia eclesiástica de Alemania y héchola utilizable al mundo científico».

(2) Cf. Schmidlin, 37, 97, 226, 268, 333.

propagación de la religión católica y a su fiel adhesión a la Santa Sede, y es presentado Julio Echter a los demás obispos alemanes como modelo digno de imitación (1).

Cuán viva atención se prestaba en Roma en tiempo de Sixto V a las cosas de Alemania, muéstranlo también las memorias compuestas en 1588 por Minucio Minucci. En una de ellas este diplomático romano, entonces en la curia indudablemente el mejor conocedor de las circunstancias de Alemania (2), da una ojeada muy circunstanciada sobre la situación eclesiástica de todas las diócesis alemanas (3), y en la otra discute el estado general de la Iglesia católica en el Imperio y los medios para restablecerla enteramente en su antiguo esplendor (4). Contra el pesimismo de algunos italianos muestra Minucci un optimismo que alegra el corazón. En atención al todavía muy grande número de los católicos alemanes y a su «vivo e interior sentimiento de fe afirmado en las tentaciones y persecuciones», comparte la opinión de los que a pesar de toda la presente desgracia tienen la esperanza de que «de esta santa semilla saldrán aún tales flores y frutos, que al fin ningún otro país cristiano dará al cielo mayor cosecha».

Pero tampoco se le ocultan a Minucci las enormes dificultades que se oponían a la penetración de la reforma y restauración católica en Alemania. En su consideración preliminar advierte, que el médico que quiere curar con buen éxito, ha de conocer ante todo el organismo precisamente aquí muy complicado, si quiere suministrar medicamentos que por lo menos no maten al enfermo, y evitando su empeoramiento, le mantengan en vida con buen régimen alimenticio hasta tanto que las fuerzas robustecidas de la naturaleza en unión con la gracia divina efectúen lentamente la curación en circunstancias más favorables. El medio principal para un mejora-

(1) V. Schmidlin, 324. Sobre la actividad de restauración que Echter de Mespelbrunn, apoyado celosamente por los jesuitas, desplegó señaladamente en los años 1585, 1586 y 1587, no retrayéndose ni aun de duras disposiciones, v. Janssen-Pastor, V, 235 s. y Duhr, I, 486 s.

(2) V. Hansen, Relaciones de nunciatura, I, 737.

(3) *Matricula in qua descripti sunt archiepiscopatus et episcopatus Germaniae, Urb., 838, p. 177-294, *Bibl. Vaticana*, en copias también designada como *Commentarius ecclesiarum Germaniae*, compuesto en 1588 (no en 1586, como Hansen [743] supone); v. Schmidlin, *XLI*, donde se habla más en particular sobre los manuscritos.

(4) *Stato della religione in Alemagna, pericoli che soprastanno et rimedii*, escrito editado por Hansen, Relaciones de nunciatura, I, 744-785.

miento de la situación religiosa de Alemania veíalo Minucci no en el empleo de la fuerza, sino en la renovación interior de la antigua Iglesia y en el uso prudente de las facultades pertenecientes a la Santa Sede, en lo cual no deja de censurar anteriores yerros. Respecto de los muchos príncipes seculares y eclesiásticos que desde la entrada de la herejía habían vuelto la espalda a la antigua Iglesia, hace observar con libertad de ánimo, que la culpa de ello no se debía atribuir solamente a las causas materiales conocidas, sino también a la negligencia de los católicos. Que en vez de intimidar oportunamente a los vacilantes, no se había procedido a la excomunión y deposición sino hasta después de consumada la apostasía. Que había que emplear grandísima solícitud y todo el amor posible para mantener en la antigua fe a los príncipes católicos eclesiásticos y a los pocos seculares. Denota bien el optimismo de Minucci el que tuviese por posible volver a ganar a algunos príncipes y señores protestantes, como al conde palatino Felipe Luis de Neuburg, al landgrave Guillermo de Hesse y al holsaciano (de Holstein) Enrique Rantzau. Con claro conocimiento de la inseguridad de tales esperanzas habla sin embargo Minucci de ellas sólo incidentalmente. Pone los ojos de un modo principal en los buenos éxitos que hasta entonces habían conseguido los protestantes en Alemania, para averiguar siguiendo su ejemplo con qué medios se podría trabajar con fruto contra la ulterior apostasía y cómo sería posible atajarla.

Minucci distingue dos maneras de proceder que usaban los protestantes para suprimir a los católicos en Alemania. Indica que esto se hacía de una manera pacífica, apropiándose los obispados, iglesias y beneficios, reforzando su partido en los tribunales del Imperio, especialmente en el supremo, y dirigiendo sus intentos a la llamada libre elección de religión, por efecto de la cual debía hacerse posible aun a los luteranos, calvinistas y otros sectarios la obtención de los cargos de la Iglesia católica. Pero que no menos el protestantismo había alcanzado desde el principio grandes éxitos a viva fuerza: que en numerosas ciudades la minoría novadora había intentado la completa supresión de la mayoría católica, como lo habían mostrado aún recientemente los sucesos de Aquisgrán, Colmar y Glogau. Dice Minucci, que no se hallaría fin, si se quisiese enumerar las iglesias, conventos y abadías que habían sido arrebatadas a los católicos por fuerza, si se quisiese nombrar los frailes y monjas que, expulsados de sus posesiones, tenían que andar errantes por el mundo. Que

contra todo esto los católicos se habían limitado principalmente a la defensa. Que muchas veces parecía como si los príncipes católicos estuviesen resueltos a abandonarlo todo. Que en las ciudades imperiales se trabajaba para suprimir enteramente la antigua fe tanto como en los territorios de los príncipes protestantes, donde los católicos no podían ni celebrar los actos de su culto ni educar católicamente a sus hijos. Que apoyadas en el derecho del «Cujus regio, ejus religio» (De quien es la región, de él es la religión), las autoridades protestantes disponían libremente de las conciencias de sus súbditos en tal grado, que en el Palatinado había gente que por cinco veces se había visto forzada a mudar de religión.

Dando una mirada retrospectiva a las pérdidas de la Iglesia en Alemania, indica Minucci, que de los obispados del Imperio ya doce habían sido convertidos en principados hereditarios, siete estaban en manos de notorios protestantes, y otros en poder de católicos, sólo de nombre. Que un final de este desenvolvimiento no podía verse aún, pues además de la cobardía de muchos príncipes católicos, se aumentaba todavía el peligro por otros motivos, principalmente por la corrupción de los cabildos, cuyos miembros o tenían ideas protestantes o estaban desmoralizados y por eso preferían obispos de iguales sentimientos. Que no era maravilla, que en oposición a tiempos anteriores ya no se mirase a la idoneidad, virtud y conducta del que se había de elegir, sino a su prudencia política y económica; que con frecuencia se dejaban dirigir también por la esperanza de que dejaría vivir a cada cual a su manera. Que los pretendientes de las sedes episcopales no pensaban en la necesidad del celibato o de otra virtud del estado eclesiástico, ni en regir sus diócesis como verdaderos pastores, sino en gozar de las rentas y derechos de príncipes. Que a esto se añadía, que en las pocas casas de príncipes que habían permanecido católicas, casi no se hallaban personas que fuesen apropiadas para llegar a poseer arzobispados. Que así el cardenal Andrés de Austria como hijo de Filipina Welser no podía resistir la prueba de nobleza, mientras el cardenal Alberto más se ocupaba en negocios españoles que en alemanes. Que a consecuencia de esto casi únicamente los príncipes bávaros eran los aptos para el cargo de arzobispo. Que influían también desfavorablemente las dificultades que ponían en Roma para la reunión de varios obispados en *una sola* mano, así como la compra de votos empleada desvergonzadamente por los protestantes entre los canónigos.

De grande interés son las declaraciones de Minucci sobre los obstáculos que hallaba la reforma y restauración católica hasta en las diócesis del sur de Alemania, cuyos obispos habían permanecido todavía católicos. «En algunas, dice, provienen los impedimentos de los príncipes vecinos, en otras de la condición de los súbditos, en otras de la frialdad de los propios obispos, y en otras finalmente de los cabildos mismos, los cuales después de haber atado la autoridad episcopal con una injusta capitulación electoral, nada quieren oír de reformas y para ninguna obra buena están acordes con su cabeza. Para la primera categoría pueden servir de ejemplo Espira, Worms y Basilea, donde a pesar de la excelencia de los obispos y cabildos el poder y audacia de los condes palatinos allí, y de los suizos herejes aquí es tan grande, que hay que guardarse de toda novedad para no darles ocasión de arrebatarse lo poco que todavía queda de territorio o de poder eclesiástico en estas diócesis. La condición de los súbditos impide el buen suceso principalmente en los obispados de Franconia, donde los prelados, porque la nobleza es comúnmente del todo hereje, no se atreven muchas veces a emprender planes que serían muy útiles para el servicio de Dios; si el obispo de Wurzburg ha visitado últimamente con tan buen éxito su Estado, en cambio no se puede decir que haya convertido ni siquiera a un solo noble». «La flojedad y flaqueza de los obispos, prosigue Minucci, se puede observar en los de Colonia, Maguncia, Augsburgo y muchos otros, aunque cuanto al primero a causa de sus continuas guerras todavía no era posible demostrar lo que puede ejecutar en tiempo de paz. Las desavenencias entre los obispos y los cabildos y la disminución del poder episcopal por ilícitos arreglos se observan en casi todas las diócesis de Alemania, y más que en otras partes quizá en Salzburgo, Ratisbona y Passau; la cosa ha ido tan lejos en muchos sitios, que los cabildos han venido a ser obispos y los obispos no más que canónigos. Con todo hay que hacer observar, que muchas, y hasta las más de las diócesis de Alemania padecen simultáneamente todos los mencionados impedimentos, esto es, que los príncipes vecinos herejes las mantienen en temor, los vasallos nobles se oponen a todo buen orden en favor del servicio divino y de la religión católica, los obispos curan poco de su cargo, y este pequeño cuidado viene a desaparecer por la aversión de los canónigos y la disminución del poder episcopal en los perniciosos artículos electorales».

No se puede decir que este cuadro sombrío que traza aquí el

diplomático romano, es exagerado. A pesar de esto no duda de la posibilidad de evitar ulteriores pérdidas y recobrar los obispados perdidos, para devolver así poco a poco a la antigua iglesia de Alemania su primitivo esplendor. Los más diversos medios interiores y exteriores propónense para ello. Dice Minucci, que mucho se habría ya ganado, si se quitase el abuso de conceder el emperador las regalías antes de la confirmación por parte de la Santa Sede. Que también fuera de esto poseía el emperador varios medios para influir en buenas elecciones episcopales. Enérgicamente hace notar Minucci, que la Santa Sede había de prestar la mayor atención especialmente por sus nuncios a la nueva provisión de las diócesis y tener siempre a mano una lista de candidatos apropiados, en lo cual se había de tener especial consideración a los alumnos del Colegio Germánico. Que como los más de los obispos salían de los cabildos, sólo se podía suministrar un remedio mediante la reforma de estas corporaciones. Que esto era obra ciertamente de muchos años. Para los daños que se seguían, de que los cabildos se hubiesen convertido en dominio de la alta y baja nobleza, Minucci no está ciego. Discute cómo se podría poner remedio a esto, pero en ello rehusa prudentemente excluir del todo a la nobleza, porque con disposición tan radical se arruinaría humanamente hablando la religión católica en Alemania.

Su esperanza principal la pone Minucci en una sólida reforma de los cabildos nobles, en lo cual había de cooperar la Santa Sede, exigiendo que se pronunciase la profesión de fe tridentina y usando de cautela en la concesión de beneficios e indultos. También aquí habla Minucci con libertad de ánimo de las faltas hasta entonces cometidas por efecto del desconocimiento de las personas y circunstancias, y para evitarlas hace propuestas tan circunstanciadas como prudentemente ponderadas. Así dice que en Roma se había de destinar un datario especial para Alemania, que poseyese una lista de los católicos nobles apropiados, la cual se podía obtener fácilmente por medio de los nuncios y jesuitas, y con arreglo a ella se habían de ejecutar inmediatamente los nombramientos. Que este datario había de mostrar su amor a la nación alemana, honrarla y sobre todo no oprimirla con impuestos. Como conocedor de la situación de Alemania disuade Minucci al Papa del plan de no tolerar tampoco más en los cabildos alemanes la acumulación de prebendas no permitida en Italia y España. Dice que semejante disposición no podía sino producir muy perjudiciales efectos en Alemania, donde las cosas se

hallaban en muy diferente estado que en los mencionados países. Que al contrario la Santa Sede tenía otros medios para llevar al cabo la reforma moral de los obispos y canónigos alemanes. Que en primer término había de poner la mira en la formación de una juventud inteligente, ante todo con la elevación de las universidades católicas; que las más, como las de Colonia, Friburgo, Viena, Tréveris, Maguncia y Erfurt estaban enteramente empobrecidas; que únicamente Ingolstadio disponía de medios suficientes por la liberalidad de los príncipes bávaros. Que una dotación parecida había de caer en suerte también a las demás escuelas superiores, especialmente a la universidad recién erigida en Wurzburg por el enérgico Julio Echter, y a la de Erfurt tan importante para el norte de Alemania. Minucci inculca también la determinación tridentina respecto al doctorado de los obispos, lo que obligaría a los nobles a estudiar en las escuelas superiores católicas.

Con claro conocimiento de cuánto importa en general la elevación de la enseñanza, se extiende Minucci muy en particular sobre los seminarios y colegios fundados bajo el pontificado de Gregorio XIII en Roma y en las diversas regiones de Alemania. Recomienda muy especialmente su fomento a Sixto V, que también en este punto se mostró parco (1). Declara que el Germánico de Roma debía servir más para la formación de la nobleza, y los establecimientos alemanes para la sencilla clase de los pastores de almas, en la cual es de menos importancia una gran erudición que unos buenos y hábiles párrocos. Que para proveer las parroquias rurales faltas de bienes habían también de mantenerse en pie las escuelas de pobres. Respecto de los colegios de jesuitas, que tan beneficiosa labor ejercitaban, aconseja Minucci favorecerlos especialmente en aquellas regiones que, como Baviera y el arzobispado de Tréveris, se han mantenido exentas de herejías, para desde allí poder proveer de eclesiásticos aptos los países amenazados por el protestantismo.

Denota bien la perspicacia de Minucci su consejo de que se atendiese también a la formación de altos funcionarios muy católicos, pues es evidente cuán decisivo influjo ejercían ellos en los negocios de gobierno. Exhorta encarecidamente a continuar las ordenaciones dictadas por Gregorio XIII en este respecto. En el capítulo siguiente

(1) Sobre Sixto V y los seminarios cf. Ehses, II, 245, nota 1, 344, nota 1. Sobre los sentimientos benévolos de Sixto V para el Colegio Germánico v. Steinhuber, I, 183 s.

dirige Minucci la atención a la importancia de la cámara imperial. Dice que si aquí penetraba el protestantismo todavía más, los católicos nunca podrían conseguir que se reconociese su derecho. Para conservar en este tribunal el elemento católico hace Minucci circunstancias propuestas: los asesores procedentes de los países católicos deben ser obligados a pronunciar la profesión de fe tridentina y a todos lo que hubieren de ser colocados de nuevo, se les ha de tomar juramento de no cambiar su religión, o caso que lo hiciesen, de renunciar a su puesto. Como se deja de suyo entender, trata también Minucci del movimiento peligroso de la libre elección de religión, que iba dirigido principalmente contra el *Reservatum ecclesiasticum*. Aquí llama la atención sobre el importante escrito del secretario del Consejo áulico del Imperio, Andrés Erstenberger (1), publicado en 1586, el cual había de ser trasladado al latín.

Como otros que dieron su juicio sobre la situación, pone también Minucci no pequeña esperanza en un aprovechamiento de la división que reinaba en el campo protestante, pero dice que se podía sacar mayor utilidad del afianzamiento de una sólida unión de los católicos que de esta desunión. Que la misma unión habían de procurar conseguir los nuncios por todos los medios. Que era especialmente importante que se mantuviesen buenas relaciones entre Austria y Baviera.

Al fin de su memoria vuelve Minucci otra vez sobre cuánto depende la restauración católica de la conducta del emperador. Dice que la cabeza suprema del Imperio había de ser estimulada a mover con su autoridad y su ejemplo en los Estados hereditarios a los otros príncipes católicos a que en sus dominios no tolerasen súbditos de diferente religión más de lo que se hace en los territorios protestantes. Que especialmente los obispos podían intentar con buen éxito el empleo del derecho de reforma que les competía por la paz de Augsburgo, como lo mostraba el ejemplo del de Wurzburg. Que asimismo podían prevenir las pesadumbres de los católicos en las ciudades imperiales y cuidar de la seguridad de los eclesiásticos y religiosos, que luego el poder de la verdad, tenido sujeto violentamente por respetos mundanos, se abriría victoriosamente camino. Que había de precaverse el peligro inminente de un proceder común violento de los protestantes, que eran muy superiores a los católicos en fuerza material, procurando robustecer la alianza de Landsberg

(1) Cf. Janssen-Pastor, V¹⁵⁻¹⁶, 461 s.

con la entrada en ella del archiduque Fernando, de los príncipes electores renanos y del duque de Cléveris, y atraer también a los duques de Lorena y Saboya así como a los suizos católicos a esta liga de defensa.

Clara y precisamente diseñadas estaban así las líneas directivas para la restauración católica en Alemania. De su seguimiento dependía el porvenir religioso de esta nación.

VI

No menos diligente cuidado que a los negocios eclesiásticos de Alemania dedicó Sixto V a los de Suiza. Ya el 29 de mayo de 1585 dirigió al obispo de Coira, Pedro Rascher, una exhortación a llevar una conducta digna (1). Exigían ante todo remedio los graves inconvenientes que se seguían de la casi continua ausencia del obispo de Constanza, el cardenal Altemps, a cuya diócesis pertenecía la mayor parte de Suiza (2). Por eso el Papa estaba dispuesto a volver a proveer la nunciatura de Suiza, vacante desde el año 1581, pero en atención a los sucesos ocurridos en tiempo de Gregorio XIII (3) exigía que los suizos católicos se lo pidiesen. Esto se efectuó por la mayoría de los cinco cantones en una dieta de 26 de febrero de 1586. Sixto V estaba tanto más inclinado a la renovación de la nunciatura de Suiza, cuanto que también las revueltas de la vecina Francia hacían parecer necesaria la presencia de un representante de la Santa Sede en Suiza. Pero fué causa determinante en primer término, como lo hizo notar en un consistorio refutando los rumores de que se pretendían fines bélicos, la intención de cuidar de la conservación y afianzamiento de los suizos en la fe católica. La restauración eclesiástica, estancada por efecto de estar vacante la nunciatura, debía continuarse (4). Como el Papa no gustaba de disposiciones a medias, resolvió erigir una representación diplomática *permanente* de la Santa Sede en Suiza, poniendo en ejecución un deseo expresado ya por San Carlos Borromeo.

(1) V. Archivo para la historia de Suiza, XXI, 426. Cf. Mayer, Historia del obispado de Coira, II, 183. En el año 1589 Montalto dirigió de nuevo la atención de Frangipani al obispado de Coira; v. Ehses, II, 376.

(2) V. Tempesti, I, 444. Cf. Segesser, Pfyffer, III, 1, 285.

(3) Cf. nuestros datos del vol. XX.

(4) V. Tempesti, I, 442; Ehses-Meister, I, 227, nota 2.

El 17 de agosto de 1587 Sixto V acreditó a su Maestro di Casa Juan Bautista Santoni como nuncio *ordinario* cerca de los siete cantones católicos. Santoni, que fué dotado de plenos poderes episcopales para los cantones de Lucerna, Zug, Uri, Schwyz y Unterwalden pertenecientes al obispado de Constanza, tenía que ocuparse en asuntos preferentemente reformatorios, como Bonhómini en Colonia. Debía reducir el clero secular y regular a la pureza de costumbres y al orden, renovar en todas partes en el pueblo la vida católica, y también restituir los derechos y posesiones eclesiásticas de las manos de los legos y gobiernos cantonales a las autoridades eclesiásticas. En este último respecto se le recomendó especial circunspección, lo cual era tanto más necesario, cuanto que como procedente del sur de Italia, a pesar de sus otras buenas cualidades poseía el temperamento fogoso y colérico de sus paisanos (1).

Santoni salió de Roma el 24 de agosto de 1586, visitó en Milán el colegio suizo fundado por San Carlos Borromeo, y luego por el Gotardo, en cuya altura fué a ver el hospicio habitado por dos capuchinos, hizo el viaje a Lucerna, adonde llegó a fines de septiembre precisamente todavía muy a tiempo para ser testigo de un importante suceso. Era éste la fundación de la «Alianza cristiana», a la que se dió más tarde el nombre de Liga Áurea por las iniciales doradas del documento (2). El 5 de octubre dió Santoni la sagrada comunión en la iglesia parroquial de Lucerna a los representantes de todos los siete cantones: Lucerna, Uri, Schwyz, Unterwalden, Zug, Friburgo y Soleura, después de lo cual los sobredichos juraron la nueva liga (3). Los siete cantones se asociaron entre sí como fieles y caros confederados, conciudadanos y paisanos y como seguidores de la misma antigua religión católica romana, y obligaron a sí y a sus descendientes a perseverar perfecta, constante y firmemente en la verdadera e indubitada fe antigua apostólica, romana, católica y cristiana, y a vivir y morir en ella. A causa de las confederaciones cada

(1) V. Ehses-Meister, I, LXV s., 227.

(2) V. *ibid.*, LXVII. La opinión anterior, todavía sostenida por Ranke (Los Papas, II⁸, 103), de que el ajustamiento de la Liga Áurea se relacionaba íntimamente con la nunciatura de Lucerna, es enteramente falsa; v. Segesser, Pfyffer, III, 1, 148. El nombre de «Liga Borromelca» no se formó probablemente hasta 1655, después que los siete cantones hubieron elegido por patrón a San Carlos Borromeo canonizado en este intermedio; v. Dändliker, II³, 661.

(3) V. Actas de las dietas de Suiza, IV, 2, 955 s.; Segesser, Historia del derecho de Lucerna, IV, 525.

vez más amplias de sus adversarios concertóse todavía especialmente, que si uno de los siete cantones — lo que Dios no permitiese — quería apostatar de la fe católica, los otros debían impedirlo con todo su poder y castigar a los incitadores a semejante apostasía. Que si un miembro de la liga fuese acometido repentinamente o perjudicado de otra manera por un enemigo que no fuese de su fe — nadie absolutamente quedaba excluido —, por causa de la religión o bajo algún otro pretexto, los demás tenían que ayudar inmediatamente con todo su poder al acometido, hasta que estuviese libre de todo peligro. Ninguna liga más antigua o más nueva debe impedir esta protección mutua (1).

Era natural que por una carta especial se comunicase al Papa esta unión de todos los cantones católicos para la conservación de la antigua fe, y que Sixto expresase por un breve su alegría por este acontecimiento, al cual había estado presente su nuncio (2). La afirmación de que los siete cantones católicos por su liga habían reconocido al Papa como a su príncipe soberano, es tan inexacta como la de que Sixto o Santoni habían efectuado el ajustamiento de la unión. Ésta procedió antes bien únicamente de la situación de entonces de los cinco cantones, para los cuales era un deber de propia conservación incitar a un proceder político común a Soleura y Friburgo en atención a los conflictos que eran de temer del tratado defensivo franco-bernés en favor de Ginebra, desligarlos de sus obligaciones con Berna y asegurarse su auxilio para todos los casos (3).

Completóse el sistema de defensa interior de los cantones católicos con la liga defensiva concertada con España el 12 de mayo de 1587 respecto a prestarse mutuo auxilio para el caso de que fuesen acometidos por causa de la religión o bajo otro pretexto. Con esto se puso un contrapeso duradero al influjo hasta entonces casi únicamente francés en Suiza (4).

(1) V. Actas de las dietas de Suiza, IV, 2, 1590 s.; Segesser, Pfyffer, III, I, 144 s.

(2) Actas de las dietas de Suiza, V, 1, 3; Archivo para la hist. de la Reforma en Suiza, II, 67 s.

(3) V. Segesser, Pfyffer, III, 1, 138 s. Cf. Meyer v. Knonau en la Revista Hist., XIII, 196 s.; Hürbin, II, 271 s.; Anz. f. schweiz. Gesch., 1909, núm. 1, p. 44.

(4) V. Segesser, Pfyffer, III, 1, 151 y Hürbin, II, 272 s. Cf. Archivo para la historia de la Reforma en Suiza, I, 669 s. Si Dierauer (III, 376) hace observar en son de queja: «Desde el ajustamiento de la Liga Áurea y del tratado español había dos confederaciones separadas, una católica y otra reformada, con inte-

Ambas ligas eran obra del alcalde y señor de mesnada íntegramente católico Luis Pfyffer de Lucerna, el cual por la superioridad de su talento y carácter había alcanzado una posición en gran manera influyente, en la cual sin embargo se había guardado cuidadosamente de quebrantar las formas republicanas. Este gran estadista suizo merece también una honrosa mención en la historia de los Papas a causa de su incesante solicitud por los negocios eclesiásticos, por la reforma del clero, la elevación del culto, la erección de un colegio de jesuitas y una escuela superior para el clero y los legos en Lucerna (1).

Luis Pfyffer ya a fines de 1586 había expuesto de un modo enérgico al nuncio pontificio los daños religiosos que se seguían para los cantones que estaban junto al lago de Constanza, de que el obispo de esta ciudad, cardenal Altemps, morase lejos de su diócesis. Santoni estuvo acorde con el estadista de Lucerna en que se había de poner remedio a esto. Opinaba que para ello lo mejor sería que el cardenal Altemps para cada uno de los cantones católicos de Suiza nombrase un vicario especial con las necesarias facultades para poder proceder eficazmente contra los males eclesiásticos. Para Constanza veía Santoni la salud en la erección de un seminario y una residencia de capuchinos, que daban un acreditado ejemplo de pobreza sacerdotal (2). El cardenal Altemps, celoso de sus derechos, hizo todo lo posible para impedir la proyectada reorganización de las cosas eclesiásticas. Sixto V creyó haber de tener la correspondiente consideración al cardenal, cuyo achacoso estado de salud ponía en perspectiva una pronta nueva provisión del obispado de Constanza. Por eso se mantuvo en el encargo dado a Santoni en un principio, de oponerse a los abusos con una especial actividad de reforma. El nuncio se dedicó a esta incumbencia con tanto celo como buen éxito (3). Por lo demás ya entonces se entablaron negociaciones, que condujeron en 1589 a que el cardenal Andrés de Austria fuese nombrado obispo de Constanza en vez de Altemps, con lo cual pudo luego emprenderse reses contrarios y opuesta política, hay con todo que advertir acerca de esto, que ello era una consecuencia de la conducta de los herejes, no de los hombres que querían permanecer en la antigua fe de sus padres. Cf. el *Manual Hist.*, XXVIII, 624.

(1) V. Segesser, Pfyffer, II, 96 s., IV, 291 s., 297 s. Cf. El amigo de la historia, VII, 213 s.; Duhr, I, 211, 215 s., 231, nota 1, 622.

(2) V. las relaciones de Santoni de 20 de diciembre de 1586 y 16 de enero de 1587, en Ehses-Meister, I, 235 s.

(3) V. Ehses-Meister, I, LVIII s., 236 s., 238.

el trabajo de reforma (1). Santoni había ya preparado diligentemente el terreno. Visitó parroquias, reformó monasterios y dictó buen número de saludables ordenaciones para la corrección del clero secular. La activa abnegación del nuncio en ejercitar los ministerios espirituales con todas las clases del pueblo, su celo en inculcar el celibato en el clero y la clausura en los monasterios, así como sus eficaces ordenaciones para la formación de un buen sacerdocio se elogian justamente (2). Además de los jesuitas favoreció especialmente a los capuchinos. De grandes consecuencias fué principalmente su introducción en el país de Appenzell (1587), donde el Padre Luis, un convertido procedente del antiguo linaje sajón de los señores de Einsiedel, que había recibido una sólida formación teológica en el colegio de los jesuitas de Lucerna (3), obtuvo extraordinarios éxitos con su fogosa elocuencia. Mientras por Pascua de 1587 sólo de 40 a 50 hombres habían confesado y comulgado, por Navidad ya lo habían hecho más de 300. También muchos apóstatas de la fe católica habían vuelto a la Iglesia (4). El Padre Luis predicaba con preferencia sobre la Pasión de Cristo, para expiar con ello el haberse burlado en otro tiempo de la procesión de viernes santo cuando era estudiante retozón (5).

Sirvieron mediatamente para la reforma católica los afanes de Santoni por facilitar un ajustamiento entre el obispo basiliense Jacobo Cristóbal Blarer de Wartensee y la ciudad y cantón de Basilea. Con la terminación de estas contiendas obtuvo el excelente Blarer libertad de acción para una fructuosa labor eclesiástica en su diócesis (6).

(1) Hirn, II, 395 s.; Schmidlin, 361 s.; Mayer, I, 91 s.

(2) V. Ehse-Meister, I, LXXIX; Mayer, I, 297 s., II, 99, 236.

(3) V. Chronica prov. Helv. ord. Capuc., 20 s., 50 s. Cf. Ritter, La división del país de Appenzell, Trogen, 1897, apéndice, II s.; Scheiwiler en la Revista de hist. eclesiástica suiza, X, 241 s.

(4) V. Mayer, II, 223. Reclamaron también la atención de Santoni los disturbios de la ciudad de Mülhausen conocidos con el nombre de pendencia de Finninger. La circunstancia de que la oposición de allí procuraba su apoyo en los cantones católicos, despertó la esperanza de reducir esta ciudad a la Iglesia. Para este caso prometió Sixto V a los cantones católicos la más vigorosa ayuda y tuvo dispuestos 100 000 escudos. Pero todos estos planes se frustraron por la conquista de la ciudad de Mülhausen por los cantones protestantes, efectuada en la noche del 24 al 25 de junio de 1587. Cf. Tempesti, I, 602 s.; Segesser, Pfyffer, III, 1, 193 s.; Ehse-Meister, Relaciones de nunciatura, I, LXXIX, 253 s., 275, 263; Dierauer, III, 278 s.; Hürbin, II, 268, 274.

(5) V. la carta de L. v. Gennep en Janssen-Pastor, V, 222.

(6) V. Ehse-Meister, I, LXVIII, 225 s., 229, 239 s., 243 s., 249 s.; Mayer,

Santoni en sus conatos reformatorios había hallado activo apoyo en los gobiernos cantonales, los cuales aprobaron enteramente sus severas disposiciones para el restablecimiento de la disciplina del clero (1). En cambio encontró violenta resistencia singularmente en Lucerna en su tentativa de quitar al poder civil el nombramiento y confirmación de los beneficiados y párrocos, el ejercicio de juzgar al clero y del derecho de imponerle tributos. El apasionado italiano del sur, que, lleno de santo celo, quería poner *al punto* en vigor las determinaciones canónicas contra la costumbre abusiva, pero explicable por la larga ausencia del obispo, no era el hombre a propósito para ordenar este espinoso estado de cosas. El alcalde de Lucerna Fleckenstein se le opuso con igual violencia. Manifestó Fleckenstein, que deseaba que el demonio volviese al nuncio de donde había venido. Con grandísima obstinación persistió el concejo de Lucerna en imponer al cabildo de allí un impuesto que le despojaba de la parte principal de sus rentas. En vista de esto el nuncio citó al concejo a la iglesia de los jesuitas y le amenazó con la excomunión ante el Santísimo Sacramento expuesto. No puede causar maravilla, que semejante proceder causase indignación. El concejo se dirigió al punto directamente al Papa con una carta de quejas. Éste, que sabía bien cuán poco se podía alcanzar de los suizos por fuerza, conoció que la posición de su nuncio se había hecho insostenible. El 15 de agosto de 1587 dió a Santoni la orden de volver, la cual se fundaba en su ancianidad a la que se quería tener consideración, y en lo perjudicial del clima de Suiza (2).

El 19 de septiembre de 1587 nombró Sixto V sucesor de Santoni (3) al obispo de Alejandría, Octavio Paravicini, discípulo del docto Baronio (4). Pocas veces se ha visto una elección tan acreditada como esta. A pesar del profundo disgusto que halló el nuncio hasta en un varón tan fielmente católico como Luis Pfyffer, su talento diplomático logró en tiempo extraordinariamente breve res-

I, 97 s., 294 s., y K. Gauss en la Revista de Basilea de historia, XXI (1923). Sobre Blarer cf. nuestros datos del vol. XX.

(1) V. Segesser, Historia del derecho de Lucerna, IV, 467 s.

(2) Cf. Tempesti, I, 541 ss.; Riedweg, Hist. de la colegiata de Beromünster, Lucerna, 1881, 321 s.; Segesser, Pfyffer, II, 101 s.; III, 1, 287; Ehses-Meister, I, LXXI, 266 s.; Mayer, I, 304.

(3) El breve de 19 de septiembre de 1587 se halla en el Archivo para la hist. de la Reforma en Suiza, II, 69. Cf. la carta de Montalto en Ehses-Meister, I, 270 y los documentos publicados por Wirz, 427 s., 432.

(4) Cf. Mayer, I, 309, nota 3.

tablecer enteramente las relaciones perturbadas. Por ambas partes se reconoció claramente, que el fin común, la conservación de la antigua fe, no se podía alcanzar sino mediante la mayor concordia posible. Procurando reconciliarse mutuamente con toda sinceridad, se formó pronto una perfecta confianza, que produjo los más hermosos frutos. El tan influyente Pfyffer fué el mejor amigo de Paravicini; le enteraba de todos sus planes. Como suizo amante de la libertad se expresó Pfyffer sin reserva aun sobre la conducta del Papa, pero mostró siempre en ello su inquebrantable adhesión a la Santa Sede y a la causa de la fe católica. Por efecto de su extensa correspondencia estaba Pfyffer en activa comunicación no solamente con toda Suiza, sino también con Francia y Alemania; con esto podía facilitar al nuncio las noticias más heterogéneas. También mantenía Paravicini activo trato con Melchor Lussi, de Stans, que junto con Pfyffer era el más notable representante de la Suiza católica. Después de las dietas católicas el nuncio invitaba a su mesa a los diputados, lo cual produjo tan buenos resultados, que se recomendó esto a todos sus sucesores (1).

Como acabado diplomático Paravicini tenía por máxima oír siempre más que hablar. Muy circunspecto en hacer valer sus propias opiniones, sabía con todo defender la política de su señor con tanta prudencia como habilidad. Esto se mostró particularmente cuando en los años 1588 y 1589 la actitud prudentemente expectante del Papa respecto de los negocios de Francia excitó graves malas inteligencias entre los suizos enteramente adictos a la Liga. Entonces fué cuando Pfyffer se dirigió directamente al Papa. Con libertad de ánimo le expuso las perjudiciales consecuencias que traería en pos de sí su negativa a pagar el sueldo prometido por el cardenal legado Caetani para los regimientos suizos llamados en auxilio de la Liga (2).

Paravicini había sido provisto por Sixto V de extensas facultades para la reforma del clero secular y regular de su nunciatura (3). Su mira principal púsole desde el principio en un mejoramiento de

(1) V. Segesser, Pfyffer, III, 1, 289 s., donde se han utilizado las relaciones de nunciatura de Paravicini, que se hallan en el *Archivio segreto pontificio*. La afirmación tomada por Segesser de Ranke respecto a la nunciatura de Suiza como puesto de observación, según Ehres-Meister (I, LXXXIX) no es exacta para el tiempo de Paravicini. Cf. también los extractos de las relaciones de Paravicini comunicados por Mossmann (Un échec de Henri IV en Alsace, 43 s.).

(2) V. Segesser, Pfyffer, III, 1, 293 s., IV, 86 s.; Mayer, I, 324 s.

(3) V. Wirz, 427 s.

la disciplina eclesiástica en Suiza, cuyo estado de cosas llegó a conocer tan a fondo en todo respecto, aun en el material, que al leer sus informaciones (1), vienen a la memoria las célebres relaciones de los embajadores venecianos. La actividad reformatoria desplegada de esta manera por Paravicini fué muy extensa. Intervenia donde podía, no sólo en Suiza, sino también en Constanza. Visitaba parroquias y monasterios, instaba al apartamiento del concubinato y a la observancia de la clausura. También trabajaba ejercitando los ministerios espirituales con los prójimos. Repetidas veces distribuyó por sí mismo la sagrada comunión, en Baden y más tarde en Lucerna administró a muchos centenares el sacramento de la confirmación (2). Tomó muy a pechos Paravicini apoyar la actividad de los jesuitas y capuchinos en Suiza. Los jesuitas, de que se sirvió también el nuncio para la reforma de algunos conventos de monjas, desplegaron en Lucerna en la cura de almas una actividad sumamente fructuosa, que extendieron también a los pueblos y cantones circunvecinos (3). El desenvolvimiento de su colegio fué desgraciadamente atajado, pues el concejo impidió la libre disposición en la admisión, especialmente de extranjeros (4). Paravicini en el año 1588 puso personalmente la primera piedra de la nueva iglesia de los jesuitas en Lucerna, cuyos gastos de edificación había tomado sobre sí enteramente Luis Pfyffer (5). A los sermones de los jesuitas y a sus catecismos en Lucerna acudía muy extraordinaria muchedumbre de gente. Para la administración de los sacramentos no era suficiente el número de los Padres (6). No menos fructuosamente trabajaban los capuchinos, de lo cual Paravicini daba cuenta a Roma con frecuencia. El 16 de octubre de 1588 consagró Paravicini la nueva iglesia de los capuchinos, edificada sobre el Wesemlin junto a Lucerna, la cual se ha hecho célebre como lugar de peregrinaciones, y al año siguiente los Padres

(1) Cf. la relación sobre la potencia económica de los diversos cantones suizos en Segesser, Pfyffer, III, 1, 292, nota 3.

(2) V. Mayer, I, 122 s., 310 s., 313 s., 316 s., 318 s., II, 27 s., 53, 56, 74, 162, 181, 237 s.

(3) V. Duhr, I, 216 s., 483. Paravicini aconsejó también al obispo de Basilea servirse de los jesuitas en Laufen; v. su carta en J. Burckhardt, La contrarreforma en las antiguas baillías de Zwingen, Pfefflingen y Birseck, Basilea, 1855, 138 s.

(4) V. Grütter, El colegio de Lucerna bajo el gobierno del primer rector P. M. Leubenstein (1905), 56.

(5) V. Duhr, I, 622.

(6) V. *ibid.*, 217.

pasaron a habitar el convento contiguo. En 1588 los capuchinos habían ido también a Soleura. Allí como en Appenzell y Baden el nuncio promovió según sus fuerzas la construcción de los conventos de capuchinos. En todas sus iglesias erigieron los capuchinos en 1589 cofradías del santo Rosario. En junio del mismo año se juntaron en Lucerna los superiores y delegados de los siete conventos ya subsistentes en Suiza (Altdorf, Stans, Lucerna, Schwyz, Appenzell, Soleura y Baden), eligieron un provincial con tres definidores y constituyeron así la *Provincia suiza de los capuchinos* (1).

Paravicini vió todavía muchas veces los frutos de su actividad. Cuando en la primavera de 1589 se hizo en los cantones católicos la «grande oración» por las propias necesidades y las de los católicos de otros países, mostró el pueblo la mayor devoción. El nuncio refiere a Roma, que en ninguna parte había visto todavía semejante fervor (2). Esto lo confirman también las noticias de los jesuitas. Mientras en el año 1575 el número de los que se acercaron a la sagrada mesa en las parroquias fuera del tiempo pascual se indica haber sido aproximadamente 300, en 1588 subió a más de 10 000, y en 1589 a más de 12 000 (3). De la mudanza de toda la vida pública en Lucerna, que se debió en gran parte a los jesuitas, da cuenta el escribano de aquel ayuntamiento Renward Cysat: «En las diversiones mundanas se ha efectuado una considerable reforma, y se ha visto evitar el beber, bailar, jugar y cosas semejantes, se ha alejado de la calle a la gente bribona y ruin, prohibido los cantos, la escandalosa algazara y estruendo de noche, suprimido el ir enmascarado y con lujosos atavíos, y vedado los alborotos nocturnos. Se han desterrado las malas mujeres, y en cambio muchas han hecho «Vota Castitatis»; el adulterio, que era tan manifiesto, y el concubinato tan deshonesto, que era tan común, que se lo tenía más por costumbre que por pecado, todo esto ha quedado ahora en gran manera prohibido. Los domingos y días de fiesta se predicán tres sermones durante todo el año, muchas veces también en otros días. ¿Qué se ha de decir de los excelentes frutos que esto ha producido, que son de tal suerte que

(1) V. Chronica prov. Helv. ord. Capuc., 26 s.; Mayer, I, 321, II, 222 s., 225, 237 s., 240 s.; Revista de hist. eclesiástica de Suiza, X, 270 s.

(2) V. Mayer, I, 320. Sobre la «grande oración» cf. Lütolf en el Amigo de la historia de Suiza, XXII (1867), 99 s. y Ringholz en la Revista de hist. eclesiástica de Suiza, XI, 2.

(3) V. Fleischlin, De los anales del gimnasio de Lucerna, en las Rosas mensuales de Lucerna, XXVI, 135.

en la vida pública de los hombres de superior e inferior categoría se advierte una maravillosa mudanza? Algunos feroces y malvados se han vuelto temerosos de Dios, como de lobos corderitos, a los cuales sin embargo antes ni los superiores civiles ni eclesiásticos podían sujetar. Así parece a cada uno, que sólo ahora ha tenido juicio, y al comparar su anterior modo de ser se le figura haber despertado del sueño y estar en otro mundo (1).

En las cuestiones político-eclesiásticas, en cuya solución Santoni había tenido mal éxito, mostraba Paravicini la mayor condescendencia en la forma, al paso que sabía eludir hábilmente concesiones materiales. Atendiendo muy cuidadosamente a evitar todo conflicto con el poder civil y a allanar las escabrosidades existentes, logró hallar el justo medio y conseguir un proceder concorde con la autoridad civil. Al llegar a ser de esta manera hasta amistosas sus relaciones con los gobiernos, ganó también importante influencia en los negocios políticos (2).

La prudente conducta de Paravicini favoreció extraordinariamente a su labor reformatoria. Las autoridades con sus leyes apoyaban de buen grado en sus territorios las prescripciones de reforma del concilio de Trento, a cuya ejecución instaba en todas partes Paravicini. Es notable la circunspección que observaba aun en este negocio que tenía tan en el corazón. Cuando Lussi le propuso que en una dieta general se tratase sobre la publicación y ejecución de los decretos tridentinos aun para las baillías generales, recusólo, porque la resistencia que era de esperar en semejante proceder podía traer consigo dificultades imprevistas (3).

Gran atención prestó Paravicini a los sucesos de Appenzell. El conato de los herejes iba dirigido en este cantón a penetrar también en las partes interiores que habían permanecido católicas, especialmente en la capital, contra el decreto de la asamblea general de la nación de 1524, confirmado en marzo de 1587, el cual había dejado la decisión sobre la religión en las parroquias del país al juicio de la mayoría de los feligreses. Con todo los católicos, inte-

(1) V. Troxter, *El gimnasio de Lucerna y Lucerna* (1823), 38 s.; Segesser, *Historia del derecho de Lucerna*, IV, 572, nota 1.

(2) V. Segesser, *Historia del derecho de Lucerna*, IV, 480 s. y Pfyffer, III, 1, 288 s. Cf. también Mayer, II, 118 s., 142 s.

(3) V. Segesser, Pfyffer, III, 1, 289. Cf. también Mayer, I, 319 sobre la circunspección de Paravicini respecto de una intervención reformatoria en el obispado de Basilea.

riormente fortalecidos por la actividad del prudente y perspicaz capuchino Luis de Sajonia (1), se mostraron resueltos a mantener su unidad religiosa, en lo cual fueron confirmados por el nuncio y los cantones católicos. Sabían muy bien, que si seguían propagándose las nuevas doctrinas, era inminente la completa supresión de la antigua fe. Los protestantes de Appenzell dirigiéronse en 1588 a sus correligionarios de los distritos exteriores (Ausserrhoden), y éstos parecieron querer acudir en su ayuda. Sin embargo como los de Zurich no quisieron intervenir, muchos reformados de Appenzell hubieron de emigrar a la parte extrema del cantón. La excitación al fin creció tanto, que el 11 de abril ambas partes del país tomaron las armas. El 23 de abril se celebró una asamblea general de la nación, a la cual asistieron diputados de todos los cantones confederados. Al día siguiente se llegó a un convenio que renovó el estatuto de 1524. Conforme a esto los reformados que todavía quedaban en Appenzell, hubieron de mudar de religión o emigrar (2).

Paravicini en este ajustamiento, que aseguraba al país interior de Appenzell la unidad religiosa, vió con razón un importante buen éxito. La conversión de uno de los alcaldes del país le llenó de confianza de que todo el cantón volvería a la antigua Iglesia (3). Sixto V compartió las esperanzas de su nuncio; en un consistorio de 20 de junio de 1588 dió cuenta a los cardenales del restablecimiento de la antigua Iglesia en los montes de Appenzell (4). En 31 de julio del año siguiente indicó, asimismo en un consistorio, los progresos de la fe católica en Suiza, en lo cual veía una visible demostración de que Dios no desampara a su Iglesia (5). Repetidas veces Sixto V habló también en los consistorios de la actividad de restauración del obispo de Basilea, Blarer de Wartensee (6). El Papa pudo referir el 29 de noviembre de 1589, que este hombre enérgico había vuelto a la Iglesia en Laufen cinco mil

(1) Cf. Revista de historia eclesiástica suiza, X, 270.

(2) V. Segesser, Pfyffer, III, 1, 307 s.; Ritter, División del país de Appenzell, 26-38.

(3) V. la carta de Paravicini en Ritter, loco cit., apéndice, XVI s. Cf. Mayer, II, 277 s.

(4) V. *Acta consist. en el *Archivo consistorial del Vaticano*.

(5) V. *ibid*.

(6) Sobre esto cf. Burckhardt, Contrarreforma (v. arriba, p. 117, nota 3); Vautrey, Hist. des évêques de Bâle, II, 135 s. V. también las monografías citadas por Dierauer, III, 354, nota 2, entre las cuales con todo falta Mayer (II, 211, 282 s.).

almas (1). El 30 de abril de 1590 volvió el Papa de nuevo sobre los progresos de los católicos en Appenzell y en los territorios del obispado de Basilea (2).

Confirmáronse en sus esperanzas el Papa y su nuncio, cuando en el año 1590 el hábil margrave Jacobo III de Baden-Hochberg aceptó la fe católica (3). El 18 de julio este príncipe eminente por su formación científica como por su pureza de costumbres comunicó al nuncio de Suiza su vuelta pública a la Iglesia católica efectuada tres días antes, y su resolución de hacer uso del derecho de reforma otorgado por la paz religiosa de Augsburgo, el cual le hacía posible traer de nuevo también a sus súbditos a la antigua fe (4).

La conversión del margrave Jacobo de Baden, que no se efectuó como en Enrique IV por política y a causa de un trono, sino por pura convicción alcanzada tras largas luchas (5), tuvo tanta mayor resonancia en toda Alemania y Suiza, cuanto era el primer ejemplo de este género desde que estalló la escisión religiosa. Tuvo parte esencial en este feliz suceso, además del docto Juan Pistorio, Paravicini y el duque de Baviera, Guillermo V, el incausablemente activo guardián de los capuchinos de Appenzell, Padre Luis (6). Sixto V comunicó a los cardenales este importante suceso en un consistorio de 13 de agosto de 1590, y dispuso que el 18 se cantase un solemne tedéum en la iglesia nacional alemana del Anima (7). Como Paravicini, así también él enlazó con tal acaecimiento muy vastas esperanzas para el progreso de la religión católica en los países de los margraves, como también para una favorable repercusión en la situación religiosa de Suiza. Sin embargo todas las esperanzas de este género se desvanecieron, cuando Jacobo III murió súbitamente el 17 de agosto y su sucesor y hermano Ernesto Federico expulsó al

(1) V. Acta consist., 869 (en vez de Zuichem léase Zwingen). Cf. Mayer, II, 211, así como también la *relación del embajador veneciano de 11 de noviembre de 1589, en el *Archivio público de Venecia* y la *Relatione della conversione della città di Laufen, Thiengen [Zwingen] con 5 altri luoghi 1589, en las *Miscell. Franciae*, I, 22, p. 306 s., *Archivio segreto pontificio*.

(2) V. Acta consist., 872.

(3) Cf. Janssen-Pastor, V, 418 s., donde están utilizadas las copiosas obras especiales.

(4) V. Ehses, II, 490 s.

(5) V. Ehses, II, LXI.

(6) Cf. Weech en la Revista para la hist. del Rin superior, nueva serie, VII (1892), 663 s.

(7) V. las fuentes citadas por Schmidlin, *Anima*, 437 s. Cf. también la *carta de Badoer de 18 de agosto de 1590, *Archivio público de Venecia*.

punto a los sacerdotes católicos, introdujo de nuevo la religión protestante, y a pesar del testamento del difunto hizo educar a los hijos de éste de un modo protestante (1). La buena suerte preservó de experimentar este desengaño a Sixto V que por un breve de 18 de agosto había expresado a Jacobo III su extraordinaria alegría por la vuelta del mismo a la Iglesia (2).

(1) Cf. Janssen-Pastor, V, 424 s.

(2) V. Archivo diocesano de Friburgo, IV, III s. Cf. Ehses, II, 492, nota.

VII. Planes de cruzada de Sixto V. Sus relaciones con Venecia y con Esteban Batori. La doble elección en Polonia. Muerte del Papa

I

Un Papa que como Sixto V tenía siempre ante los ojos en tan alto grado los intereses generales de la cristiandad, no podía permanecer indiferente a vista del peligro de los turcos. La idea de la lucha de la cruz contra la Media Luna, que inspiró versos inmortales a su contemporáneo Tasso, fuéle infundida especialmente por las tradiciones de su Orden, cuyos miembros después de la conquista de Palestina fueron los únicos que mantuvieron allí valerosamente su puesto, y con sacrificada abnegación quedaron siendo la guardia del Santo Sepulcro.

Por eso no puede causar maravilla que entre los grandes proyectos que ocuparon a Sixto V después de su elección, se hallase también el plan de una cruzada contra los turcos. Cuán desfavorable era para semejante empresa toda la situación política de Europa, sólo poco a poco llegó a conocerlo, pues en este terreno era todavía nuevo e inexperto. Primeramente sólo vió un impedimento: el estado dificultoso de la hacienda pontificia. Manifestó a los comienzos de su reinado, que si tuviera el dinero necesario, daría principio a una grande empresa contra los turcos. Habló sobre esto con tanto fuego, que muchos creyeron, que un día imitaría el ejemplo de Pío II, poniéndose en persona al frente de una cruzada, para arrastrar consigo de esta manera a los otros príncipes cristianos (1).

(1) V. Priuli, *Relazione*, 308 s. Cf. las *cartas de Priuli de 30 de noviembre y 28 de diciembre de 1585, *Archivio público de Venecia*; además Mutinelli, I, 171 s.

punto a los sacerdotes católicos, introdujo de nuevo la religión protestante, y a pesar del testamento del difunto hizo educar a los hijos de éste de un modo protestante (1). La buena suerte preservó de experimentar este desengaño a Sixto V que por un breve de 18 de agosto había expresado a Jacobo III su extraordinaria alegría por la vuelta del mismo a la Iglesia (2).

(1) Cf. Janssen-Pastor, V, 424 s.

(2) V. Archivo diocesano de Friburgo, IV, 111 s. Cf. Ehses, II, 492, nota.

VII. Planes de cruzada de Sixto V. Sus relaciones con Venecia y con Esteban Batori. La doble elección en Polonia. Muerte del Papa

I

Un Papa que como Sixto V tenía siempre ante los ojos en tan alto grado los intereses generales de la cristiandad, no podía permanecer indiferente a vista del peligro de los turcos. La idea de la lucha de la cruz contra la Media Luna, que inspiró versos inmortales a su contemporáneo Tasso, fuéle infundida especialmente por las tradiciones de su Orden, cuyos miembros después de la conquista de Palestina fueron los únicos que mantuvieron allí valerosamente su puesto, y con sacrificada abnegación quedaron siendo la guardia del Santo Sepulcro.

Por eso no puede causar maravilla que entre los grandes proyectos que ocuparon a Sixto V después de su elección, se hallase también el plan de una cruzada contra los turcos. Cuán desfavorable era para semejante empresa toda la situación política de Europa, sólo poco a poco llegó a conocerlo, pues en este terreno era todavía nuevo e inexperto. Primeramente sólo vió un impedimento: el estado dificultoso de la hacienda pontificia. Manifestó a los comienzos de su reinado, que si tuviera el dinero necesario, daría principio a una grande empresa contra los turcos. Habló sobre esto con tanto fuego, que muchos creyeron, que un día imitaría el ejemplo de Pío II, poniéndose en persona al frente de una cruzada, para arrastrar consigo de esta manera a los otros príncipes cristianos (1).

(1) V. Priuli, *Relazione*, 308 s. Cf. las *cartas de Priuli de 30 de noviembre y 28 de diciembre de 1585, *Archivio público de Venecia*; además Mutinelli, I, 171 s.

Cuando el Papa a principios de junio de 1585 expuso al embajador veneciano Priuli la gravedad de los peligros que amenazaban por parte de los turcos, hizo notar su designio de dedicar especial atención a este negocio. Contó juntamente, que había enviado un mensajero al sha de Persia, que estaba en guerra con los turcos, y que intentaba ponerse también en relación con los tártaros de Crimea (1).

El arzobispo de Capua, César Costa, nombrado nuncio de Venecia el 22 de junio de 1585, al presentar sus cartas credenciales hizo una alocución al dux que de una manera elocuente pasó los límites del lenguaje oficial. «Si fuese permitido, dijo, a nuestro Padre Santo, expresar por sí mismo sus sentimientos, reconoceríais en sus palabras, en su semblante y ademanes el amor paternal que os tiene, sus calurosos deseos de la grandeza, la prosperidad y el esplendor de vuestra república. Siempre os colmará de demostraciones de su amistad, y pedirá que desciendan sobre vos las bendiciones del cielo. Con vivo dolor, con la tierna solicitud de un padre os ve rodeado de poderosos enemigos. Como está siempre dispuesto a vuestra defensa, de buena gana os abrirá los tesoros de la Iglesia, os ofrecerá las rentas de la Santa Sede, y hasta la propia vida contra las irrupciones de los bárbaros y contra las acometidas de los infieles. Como don recíproco espera de vuestra Alteza Serenísima el amor filial y el celo de la religión, la cual no ha de medirse por las reglas de la prudencia política, sino aceptarse con ánimo sencillo y alma creyente. Pues ella permanece siempre la misma, y ni los acontecimientos, ni la voluntad del hombre la pueden cambiar. A la obediente sujeción a la Santa Sede, y a la fiel observancia de las prescripciones canónicas debe la esclarecida república, que tuvo tan pequeños comienzos, su grandeza actual, su poder y su gloria. La estrecha unión a la Santa Sede es para ella la fianza de la conservación de la tranquilidad en el interior y de la guarda de su crédito en Italia» (2).

El dux en su respuesta expresó con calor su gozo por el ánimo

(1) V. la *carta de Priuli de 1.º de junio de 1585, *Archivo público de Venecia*. Sobre la misión a Persia, a la que no llegó respuesta hasta 1589, v. Charrière, IV, 571. Cf. también Reichenberger, I, 313 s. y Orbaan, Sixtine Rome, 57. También se entablaron negociaciones con el soberano de Georgia sobre una guerra contra los turcos; v. Serrano, Arch. de la Embajada de España, I, Roma, 1915, 54.

(2) V. Hübner, I, 409 s. El *breve de nombramiento de Costa, fechado a 22 de junio de 1585, se halla en el Arm. 44, t. 30, *Archivo secreto pontificio*.

benévolo del nuevo Papa, que produjo una impresión tanto más agradable comparado con la conducta de Gregorio XIII. A esta comunicación de sentimientos amistosos correspondieron pronto también obras, concesiones del Papa, que alegraron extraordinariamente al gobierno veneciano (1). Sólo una cosa lo llenaba de cuidado: el Papa volvía siempre a hablar del peligro de los turcos (2). Sus expresiones sobre esto maravillaban tanto, que se temía en Venecia, que el fogoso anciano que se sentaba en la Silla de San Pedro, requiriría a la república para una empresa contra el poderoso vecino del Oriente. Por eso la Señoría aguardaba con cierta inquietud el recibimiento de su embajada de obediencia en Roma. Compúsola de manera, que perteneciesen a ella los políticos más importantes de que podía disponer: el antiguo embajador Leonardo Donato, el docto y lleno de gusto por las artes Marco Antonio Bárbaro, Jacobo Foscarini y Marino Grimani. Felipe Pigafetta, que se hallaba en el séquito de la misma, ha descrito por menudo la pompa que desplegó la embajada extraordinaria (3).

La tributación de obediencia se efectuó en un consistorio público celebrado el 10 de octubre de 1585 en la Sala Regia. El discurso que pronunció en esta ocasión el Néstor de la diplomacia veneciana, Leonardo Donato, conmovió al Papa hasta hacerle derramar lágrimas (4). Prometió a la república tres diezmos y le otorgó una auditoría en la Rota (5). Después de la solemnidad del 10 de octubre los embajadores de obediencia fueron todavía repetidas veces recibidos en audiencia. Entonces se vino a tratar también de la cuestión de

(1) Así la supresión del derecho de asilo concedida para tres años; v. el *breve al dux fechado a 20 de septiembre de 1585, cuyo original se halla en el *Archivio público de Venecia*, Bolle.

(2) V. la *relación de Priuli de 21 de septiembre de 1585, *Archivio público de Venecia*. *Il Papa, refiere un Aviso de 28 de septiembre de 1585, ha tuttavia gran voglia di fare una lega di tutti principi cattolici contra tutti li diavoli terrestri. Urb., 1053, p. 424, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Descrizione della comitiva e pompa con cui andò e fu ricevuta l'ambasceria dei Veneziani al p. Sisto V l'a. 1585 fatta da F. Pigafetta, gentiluomo al seguito, p. p. Giov. da Schio, Padova, 1854 (publicación de bodas). Sobre Marco Antonio Bárbaro v. el libro lujoso de Ch. Iriarte: *La vie d'un patricien de Venise au 16^e siècle*, Paris, 1884. Sobre la entrada de la embajada de obediencia en Roma v. también la *relación de C. Capilupi de 9 de octubre de 1585, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(4) V. *Acta consist. en el *Archivio consistorial del Vaticano* y la *relación de C. Capilupi de 12 de octubre de 1585, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(5) V. Gualterio, *Ephemerides, 49, *Biblioteca Victor Manuel de Roma*.

los turcos además de los negocios de Italia. Con gran satisfacción suya oyeron de Sixto los embajadores la expresa aseveración de que no quería exponer a ningún peligro «a la serenísima república». «Nos sabemos, dijo, que procura estar bien con el sultán, porque no puede hacer sola la guerra con él. Ahora nos deja en paz, porque tiene que habérselas con los persas. Pero aprovechaos del tiempo que os deja. Preparaos en secreto, esperad hasta que Nos estemos prontos para salir a campaña. Desgraciadamente los otros príncipes sólo piensan en satisfacer su ambición y en cosas todavía peores. De buena gana pierden un ojo, si pueden arrancar entrambos a otro. Mutuamente se impiden obrar el bien, y sus enemistades entre sí favorecen al enemigo común. Por tanto, conténgase la Señoría, apóyenos en secreto, pero espere hasta que los otros príncipes arremetan contra el turco. Entonces agréguese ella. Ésta era ya nuestra opinión, cuando éramos cardenal, pero no se nos dió oídos. Por tanto aconsejamos a la Señoría prudencia. Demasiado frecuentemente cometen violencias los navegantes venecianos en Levante. En tales casos, para dar satisfacción a los turcos, debería la Señoría castigar a los culpados, pero no con excesiva severidad, por ejemplo, nunca cortar la cabeza a un cristiano por causa de los musulmanes. Éste era también el parecer de los buenos senadores antiguos a quienes Nos oímos hablar con frecuencia sobre esto durante nuestra permanencia en Venecia».

Pasando a los negocios italianos, hizo notar el Papa la necesidad de la concordia entre los diversos Estados, la cual aseguraba la tranquilidad de Italia. Recomendó sobre todo estar en buena inteligencia con el gran duque de Toscana. Opinaba que en general todos los príncipes italianos debían estar fielmente unidos, pero sin concertar alianzas, sin ajustar ligas (1). Se ve con qué prudencia instaba Sixto V a una unión de los Estados de Italia, sin desear una alianza demasiado estrecha entre ellos, la cual podía fácilmente dominar al soberano del Estado de la Iglesia.

Los embajadores venecianos de obediencia antes de su partida fueron por Sixto V armados caballeros y dotados de privilegios. Quedaron tan contentos como el Papa (2). Su fin principal, el afirmar

(1) V. Hübner, I, 411 5.

(2) Por *breve de 22 de octubre dió gracias Sixto V al dux, Pascual Cicogna, por la tributación de obediencia: *Fuit nobis eorum adventus actioque ipsa longe iucundissima. Multa etiam apud nos privatim egerunt magna cum testifi-*

la amistad con la nueva cabeza suprema de la Iglesia, lo habían podido conseguir tanto más fácilmente, cuanto que Sixto V a causa de su posición en Italia y en atención a la prepotencia de España daba la mayor importancia a las buenas relaciones con la república de San Marcos (1). Olvidó con magnanimidad la conducta hostil que se le había mostrado en otro tiempo en Venecia cuando era inquisidor (2). Como atendía en todas partes a estar en buena inteligencia con los gobiernos, especialmente con los de Italia (3), no le pasó por el pensamiento hacer una excepción con Venecia. Su intento era antes bien unirse lo más estrechamente posible con aquel Estado que era el único que después de la Santa Sede había mantenido su completa independencia en Italia.

Añadíase a esto todavía otro motivo: como antiguo inquisidor Sixto V ponía especial atención en atajar el peligro de que invadiesen a Italia las novedades religiosas. Como por esta causa apoyó los esfuerzos ambiciosos del duque Carlos Manuel de Saboya por conquistar a Saluzzo y a Ginebra, sitios de refugio de muchos protestantes italianos, así también veía en la república de Venecia un baluarte contra la penetración de opiniones luteranas en Italia (4).

catione pietatis, prudentiae eximiarumque virtutum tuarum. El original se halla en el *Archivo público de Venecia*.

(1) V. Charrière, IV, 402 ss. Cf. Balzani, Sisto V, p. 36.

(2) Sobre esto cf. nuestros datos del vol. XVI.

(3) Cf. Priuli, 317 s.; Gritti, 345 s.; Brosch, I, 295. Sobre las relaciones con el gran duque de Toscana v. Reumont, Toscana, I, 327 s., 380. Cf. Hübnér, II, 62 s.

(4) V. Balzani, Sisto V, p. 36 ss. Sobre Saluzzo v. arriba, p. 57, nota 1. Sixto V de suyo era favorable a los planes del duque de Saboya contra Ginebra, quel maledetto nido d'heresia (v. Fuentes para la historia de Suiza, XXI, 432 s.). Ya en mayo de 1585 se declaró dispuesto a ayudar en ello (v. Raulich, Carlo Emanuele, I, 244), y permaneció firme en esto a pesar de todos los afanes contrarios de Francia; sólo para una pequeña dilación se dejó ganar en marzo de 1586 (ibid., 256). Cuando la empresa se hizo imposible, quejóse en junio de 1586 de la lenta conducta de Felipe II (ibid., 275). A principios de 1589 volvió el duque de Saboya sobre el ataque contra Ginebra; el Papa sin embargo, que entonces estaba ocupado enteramente en la pacificación de Francia, tuvo ahora la empresa por inoportuna (v. ibid., II, 59). Por *carta de 8 de mayo de 1589 representó vivamente al duque el peligro a que se exponía (orig. en el *Archivo público de Turín*); con *carta de 6 de junio prometió 100 000 escudos, si Ginebra se conquistaba; ¡en el año que corral (Ibid.) En agosto de 1589 la consideración a la acometida de Felipe II contra Inglaterra influyó para que Sixto V recusase su apoyo (Raulich, II, 70). Por carta de 12 de octubre de 1589 Sixto V advirtió de nuevo al duque que anduviese con precaución, perche le cose fatte con poco consiglio tolgono l'honor, la roba et alle volte la vita (*Archivo público de Turín*). La consideración a Francia, que todo lo dominaba, condujo luego desde marzo

En estas circunstancias fué fácil al embajador ordinario de la república de San Marcos, Lorenzo Priuli, mantener las mejores relaciones con la Santa Sede. Pero todavía más que esto: se granjeó la completa confianza del nuevo Papa. Tanto había éste olvidado las anteriores desavenencias, que Priuli derivaba los sentimientos favorables del mismo de su larga permanencia en el territorio de la república. Durante este tiempo, así lo refirió, parafraseando evidentemente expresiones pontificias, Sixto ha podido conocer la grandeza de la república, su notable sistema de gobierno, la piedad de sus habitantes, su grande historia y su amistad tradicional con Roma. Así ha sucedido que ningún Papa anterior ha dado a los venecianos en breve tiempo tantas muestras de amor ni tantas mercedes como Sixto V. Repetidas veces ha concedido éste más de lo que se le suplicaba, y todo esto con palabras tan benévolas y a pesar del parecer discrepante de la mayor parte de los cardenales, que se conoce claramente cuánto apreciaba a Venecia (1).

Como principal demostración de favor, además de la provisión de obispados y abadías, cita Priuli sobre todo la prudente composición de la contienda con el patriarca de Aquilea, la cual había suscitado tantas dificultades en tiempo de Gregorio XIII, y el extraordinario permiso de comprender a los religiosos en los diezmos del clero (2), el cual fué otorgado en atención al peligro que corrían Creta y Corfú por parte de los turcos. En la bula por la que Venecia obtuvo un auditor especial en la Rota, mencionanse singularmente los servicios que la república había prestado en otro tiempo como baluarte contra la Media Luna (3). Las valiosas concesiones políticas y económicas que Sixto hizo a los venecianos (4), fueron tan grandes, que repetidas veces Priuli se propuso la cuestión sobre qué es lo que desearía el Papa de la república como don recíproco. Halló solamente uno: una empresa contra los turcos; pero como advirtió en su relación final, esto no podía *al momento* tomarse en conside-

de 1590 a que Sixto V, para desviar al duque de la Provenza, le animase de nuevo a la empresa contra Ginebra (v. Raulich, II, 138, 156).

(1) V. Priuli, 319 s. Cf. *ibid.*, 324 s. sobre la actitud de los cardenales respecto de Venecia.

(2) V. Priuli, 320. Cf. Cecchetti, I, 340. El arreglo que halló Sixto V en el litigio de Aquilea, fué así, que ni los intereses pontificios, ni los venecianos, ni los imperiales y austriacos quedasen menoscabados. Cf. Le Bret, Venecia, IV, 30.

(3) V. I libri commemor. d. republ. di Venezia, VII, Venezia, 1907, 38 s.

(4) La bula de los diezmos de 27 de febrero de 1586, *ibid.*, 39.

ración, pues el Papa había expresado repetidas veces, que en este respecto tendría el mayor miramiento a la situación de Venecia, pues sabía que la república por sus posesiones estaba expuesta de manera muy especial a las acometidas de la Sublime Puerta, y por eso no podía empeñarse como primera y única potencia en una guerra con los turcos (1).

El gobierno veneciano estaba asimismo por su parte solícitamente afanoso por dar gusto al Papa. Ya en el otoño de 1585 los nepotes de Sixto V habían recibido el título de nobles venecianos (2). Lo que más impresión hizo en Sixto V, fué la buena conducta de la república en el asunto de la lucha contra los bandidos, en que tanto se ocupaba la cabeza suprema del Estado de la Iglesia (3).

Siguiendo el consejo de Priuli, también los embajadores posteriores tomaron con especial empeño el mantener buenas relaciones con la Santa Sede. Así primeramente Juan Gritti, que en abril de 1586 obtuvo el cargo de embajador en Roma (4), el cual ejerció por espacio de tres años. Repetidas veces tuvo que dar cuenta de mercedes y concesiones del Papa (5). Pero también la república se mostró agradecida. Apenas hubo oído hablar del intento del Papa, de comprar un palacio propio tanto para el nuncio de Nápoles como también para el de Venecia, a fin de levantar el crédito de la Silla Apostólica, cuando adquirió de los herederos del dux Andrés Gritti por 25 000 ducados el edificio situado en el Campo Francisco de la Viña, habitado hasta entonces en alquiler por los nuncios venecianos, y el 30 de agosto de 1586 lo regaló al Papa en señal de afecto y veneración (6).

Sin embargo, en vista de las tendencias regalistas de los venecianos, el tiempo en que Gritti administró su cargo no pudo transcurrir enteramente sereno. Primeramente, en la primavera de 1587, a causa del derecho reclamado por la Señoría de nombrar al abad de

(1) V. Priuli, 320 s.; cf. 309.

(2) V. el *breve de acción de gracias al dux, fechado a 13 de noviembre de 1585, original en el *Archivio público de Venecia*.

(3) V. Priuli, 321. Cf. Vol. XXI, cap. II, pág. 84.

(4) En su *breve de 24 de abril de 1586 al dux elogió Sixto V a L. Priuli y expresó su persuasión de que asimismo J. Gritti se portaría bien. Original en el *Archivio público de Venecia*.

(5) V. Gritti, 344. Caracteriza bien la predilección de Sixto V por Venecia su conducta en la contienda del duque de Parma con la república a causa de la navegación en el Adriático; cf. la relación de Gritti de 20 de diciembre de 1586, en Brosch, *El Papa Julio II*, 346.

(6) V. Acta consist., 844, 847; Dengel, *Palacio de Venecia*, 110 s.

San Cipriano en Murano, parecía hasta que se llegaría a un serio conflicto. Con todo, el ánimo pacífico del Papa logró hallar un arreglo satisfactorio (1). A los deseos de la Señoría de conservar el Calendario Juliano en sus posesiones levantinas condescendió Sixto tanto más fácilmente, cuanto por manera incomprensible desconoció enteramente la importancia y la utilidad de la mudanza ejecutada por su predecesor (2). Jerónimo Matteucci, arzobispo de Ragusa (3), nombrado nuncio en noviembre de 1587 para reemplazar a Costa, era un personaje sumamente acepto a la república (4). La embajada romana fué nuevamente proveída en abril de 1589 en Alberto Badoer (5). Este diplomático superior en todo respecto a su predecesor pronto se granjeó la confianza del Papa en tan alta medida como la había poseído Priuli. Él y Donato lograron también a fines de 1589 componer de un modo satisfactorio el conflicto a causa del reconocimiento de Navarra por Venecia, agravado por la precipitación de Matteucci (6).

(1) V. Gritti, 344; además Acta consist., 850 y Tempesti, I, 674 s. Cf. la *carta de Malegnani de 28 de febrero de 1587, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) El cardenal Santori anota al 16 de julio de 1590: *Pedí para Pera, Quio y Albania el uso del antiguo calendario. S. S. se ne contentò, dicendo molto male del nuovo, et che tutti se possano servire del vecchio in quelle parti, come anco havrebbe concesso in queste, se ne fusse stato ricerca dall'Imp^{re} o da qualche re, et per questo così concesse in Candia ad instantia de' Venetiani, et che io li scriva, che S. S. ce lo concede. *Diarium audient. card. S. Severinae, Archivo secreto pontificio*, LII, 19.

(3) En el *breve al dux en que se comunicaba el nombramiento, fechado a 16 de noviembre de 1587, se dice: *Iam dudum perspectam habemus praestantem fidem, prudentiam, integritatem ven. fratris Hieronymi archiep. Ragusini, cuius etiam opera gravissimis in rebus usi sumus*. Original en el *Archivo público de Venecia*. Ibid. el *breve al dux de 8 de enero de 1590: Matteucci es llamado a Roma, y en su lugar se nombra nuncio ordinario a Marcellus [Aquaviva] archiep. Hydruntinus; el *breve de nombramiento para éste, de 8 de enero de 1590, en Arm. 44, t. 29, *Archivo secreto pontificio*.

(4) En 5 de diciembre de 1587 escribía Sixto V al dux: *Gaudemus ita evenisse ut volebamus omne scilicet ex pacto (quod ex tuis litteris cognovimus) satisfactum esse nobilitati tuae in ven. fratre Caesare archiep. Capuano quo apud te nuncio usi sumus. Quae tibi reipublicaeque tuae sunt iucunda, nobis accidunt iucundissima. Prudentiam tuam plurimi facimus, pietatem unice diligimus, tibi reipublicaeque tuae summa omnia a Domino precamur. Original en el *Archivo público de Venecia*.

(5) V. el *breve al dux de 10 de abril de 1589, original en el *Archivo público de Venecia*.

(6) Cf. Vol. XXI, cap. IV, pág. 294 s. Sobre un conflicto tocante a los monasterios de Venecia v. la relación de Badoer de 17 de mayo de 1590, en Mutinelli, I, 184 s.

De mayor importancia fué para Venecia el haber tenido cuenta el Papa con la peculiar posición de la república respecto de los turcos en tan alto grado como ninguno de sus predecesores. No instó en lo más mínimo a la república a la guerra contra los turcos, aunque para el caso de ella le prometió su copiosa ayuda (1). Pero por eso el Papa de ninguna manera había renunciado a una lucha contra los infieles. Como antes seguía ocupándole este negocio. De diversas partes hicieronle propuestas para esto en escritos especiales (2).

Mientras Sixto V pensaba al principio en una empresa contra Argel, a la que con todo no mostraba Felipe II ninguna inclinación (3), fuéle presentado en el otoño de 1585 un plan sumamente atrevido por el belicoso rey de Polonia, Esteban Batori. Ya en el último tiempo de Gregorio XIII las relaciones de este monarca con la Puerta cada vez se habían hecho más tirantes a consecuencia de la muerte dada a su caballerizo Podlodowski junto a Andrinópolis. Batori concibió el plan de aprovechar la confusión sobrevenida en Rusia a la muerte de Iván IV, para someter este imperio y luego con las fuerzas polaco-rusas unidas acometer a los turcos. La importancia de este grandioso propósito no fué comprendida ni por el nuncio Bolognetti, ni por Gregorio XIII (4). De un hombre tan emprendedor como Sixto V podía esperar el rey de Polonia, que querría contribuir a la realización de este plan gigantesco para la solución de la cuestión oriental.

Un noble romano que estaba al servicio de Batori, Virgilio Crescenzi, notificó que Sixto en una conversación con el cardenal Médicis había discutido el plan de una liga contra los turcos y declarándose dispuesto a remitir anualmente subsidios a Batori por valor de un millón, si éste se ponía al frente. En vista de esto Batori se adelantó

(1) V. Gritti, 346.

(2) Sólo pocos de estos escritos, como G. Picca, *Oratione per la guerra contro Turchi a Sisto V P. M.*, Roma, 1589, y S. Ammirato, *Orazione al beat. et sant. padre et signor nostro Sisto Quinto intorno i preparamenti che havrebbono a farsi contra la potenza del Turco*, Firenze, 1594, se han impreso. De los inéditos anoté yo: Vat. 3614: *Julii Castellani Faventini *Oratio ad Sixtum V de bello adversus Turcos gerendo*; Vat. 5518: con dedicatoria a Sisto V; Vat. 5521: Agostino Quintio, vesc. di Corzola, **Discorso sopra una lega contra il Turco*, y Amelio Marinata, **Ragionamenti in proposito della lega contra infideli*, ambos dedicados a Sixto V; Vat. 5535: Giov. Belippi, **Esortatione a principi christiani contra il Turco et altri in lode di Sisto V. Biblioteca Vaticana.*

(3) V. Hübner, I, 364 (cf. II, 474 s.); Philippson, *Granvela*, 449.

(4) V. Boratynski, *St. Batory*, 330 s.

a obrar. En 15 de octubre de 1585 envió al cardenal secretario de Estado, Rusticucci, copias de todos los documentos sobre las negociaciones entabladas en los últimos años de Gregorio XIII respecto de la liga contra los turcos (1).

A fines de marzo de 1586 Batori mandó a Roma a su hermano, el cardenal Andrés; éste debía explicar al Papa su grandioso plan de ir por Moscú a Constantinopla para ceñir su cabeza con una «corona más que real» y librar definitivamente a Europa del peligro de los turcos. La instrucción que sobre esto recibió el cardenal, mantúvola él mismo enteramente oculta a su compañero, el arzobispo de Lemberg, Solikowski, que debía prestar obediencia al nuevo Papa en nombre de Polonia, y aun al cardenal Radziwill (2). El cardenal Andrés llegó a Roma el 2 de junio de 1586 (3). A consecuencia de sus representaciones, como es evidente, el cardenal Azzolini escribió a Batori el 24 de junio por encargo del Papa, que el jesuita Antonio Possevino enterado de los planes del rey de Polonia, era muy grato en Roma. Sin aguardar la aprobación de su general, el hombre fogoso se puso inmediatamente en camino para la Ciudad Eterna, a la que arribó a principios de septiembre de 1586 (4).

Possevino presentó las perspectivas de Polonia respecto de Rusia como sumamente favorables. Dijo que en Rusia había muchos que estaban descontentos de ser mandados por un príncipe que no era dueño de sí mismo. Que estos descontentos se mostraban dispuestos a tener por señor al rey de Polonia. Que no menos favorecían también a la empresa polaca la semejanza del lenguaje y costumbres y otras circunstancias, sobre todo el ánimo guerrero del atrevido Batori. Así lo refiere Juan Gritti (5).

Aunque sobre las negociaciones de Possevino con Sixto V seguidas sólo de palabra, como es evidente, no existen documentos, con todo los más modernos biógrafos del célebre jesuita creen poder deducir de una serie de otros testimonios, que hubo un completo acuerdo sobre el plan gigantesco de una gran guerra contra los turcos que

(1) V. Pierling, II, 287; Karttunen, Possevino, 219.

(2) V. Pierling, *Le St. Siège, la Pologne et Moscou*, 160 s.; Kolberg, Documentos para la historia del card. A. Batori, 24.

(3) V. *ibid.* El breve pontificio de acción de gracias por la tributación de obediencia en Theiner, *Mon. Pol.*, III, 2. Radziwill recibió el capelo el 4 de julio de 1586; v. *Acta consist.*, 846.

(4) V. Pierling, II, 295 s.; Karttunen, Possevino, 221 s.

(5) V. Hassencamp, *Política polaca de Sixto V*, 52 s. Cf. Pierling, II, 302 s.

había de dirigir Batori, en la que debía prestar su cooperación principalmente Persia en la cual ciertamente, a los ojos del Papa, una empresa contra Moscú sólo estaba en segundo término (1). Las expresiones de Sixto V después de la muerte de Batori, así como el haber estado él dispuesto a dar considerables sumas de dinero (2) muestran que semejante deducción debía de ser legítima. Dos motivos fueron los que determinaron a Sixto V a otorgar su apoyo al rey de Polonia contra Rusia. El que Batori había descrito a la curia la situación de tal manera como si sólo hubiese dos cosas para elegir, o que Rusia sucumbiera vencida por los turcos, lo cual ponía el sello a la ruina de Europa, o que se hiciera polaca, movió al Papa a adherirse a los proyectos del rey de Polonia. Añadióse como segundo motivo la esperanza de conseguir por este camino la sujeción de los cismáticos rusos, lo cual no había sido posible realizar hasta entonces por la vía diplomática (3).

Si esto no es más conocido, depende de que las negociaciones se mantuvieron muy secretas. Esto se mostró también cuando Possevino a principios de diciembre fué enviado de nuevo a Batori en compañía del nuevo nuncio Anibal de Capua, arzobispo de Nápoles, destinado para Polonia. En las cartas oficiales que el incansable jesuita llevó consigo al ponerse en camino, se le da primeramente sólo el encargo de agenciar la paz entre Polonia y Rusia tocante a las contiendas sobre la posesión de los territorios de Smolensk, Nowgorod y Pskow, que Batori pensaba en caso necesario arrebatar hasta por las armas. Pero fuera de esto Possevino tenía también el encargo de promover la restauración católica, y en especial de atender al interés de los colegios de jesuitas que allí había (4).

(1) V. Pierling, II, 307 s.; Karttunen, Possevino, 222 s. Santori, a quien Sixto V contó su plan de combatir a los turcos con Batori y Persia, desgraciadamente no ha anotado particularidades sobre esto; v. Autobiografía, XIII, 186. Es importante la narración publicada por Reichenberger (I, 351, nota 1) que se halla en la **Vita Sixti V ips. manu emend. (Archivo secreto pontificio)*.

(2) V. Hassencamp, 53. Cf. Pierling, II, 312; v. también Reichenberger, I, 351, nota 1.

(3) V. Uebersberger, Austria y Rusia, I, Viena, 1906, 502.

(4) V. Schweizer, Possevino, en la Revista trimestral romana, XXIII, 173 s. A los breves aquí utilizados hay que añadir todavía para la misión de Anibal de Capua la carta a Batori de 15 de noviembre de 1586, en Theiner, Mon. Pol., III, 3 s. Al dux se enviaron dos breves: el *primero, de 15 de noviembre de 1586, anunciaba la llegada de Anibal (original en el *Archivo público de Venecia*, Bolle), el segundo se refiere a Possevino y está impreso en Schweizer, loco cit., 186 según la minuta del Archivo secreto pontificio; la fecha 125 de noviem-

Possevino y Aníbal de Capua hicieron el viaje juntos desde Roma a Venecia, de donde el nuncio se trasladó a Viena, mientras Possevino por el Tirol se encaminó a Munich. A la altura del Brenner supo la aterradora noticia de que Esteban Batori, después de breve enfermedad, había muerto sin hijos el 12 de diciembre. En Innsbruck recibió la confirmación de la nueva (1), la cual puso fin a todos los vastos y atrevidos planes, cuyo buen éxito hubiese significado un cambio histórico en la situación de Oriente.

También el Papa Sixto V se conmovió profundamente por la inesperada muerte de Batori. En un consistorio de 7 de enero de 1587 habló con lágrimas en los ojos de esta dolorosa pérdida, alabó la magnanimidad, valentía y sentimientos católicos del finado e hizo resaltar el daño inmenso que se originaba de la muerte del rey de sólo 54 años a los planes para la lucha contra los turcos. «Nos habíamos puesto en él grandes esperanzas y le habíamos enviado ya dineros para apoyar su empresa de ir por Rusia contra el Sultán y juntamente dar la mano a los tártaros y persas. Atribuimos este golpe a nuestros pecados, pero no perdemos el ánimo, pues tenemos la promesa de que Cristo no nos desampará» (2). Con solemnes exequias en la Sixtina honró el Papa la memoria del valeroso monarca (3).

Lo que impedía una enérgica lucha contra los turcos, sabíalo muy bien Sixto V. En el año 1587 expresó sobre esto en una conversación con el embajador veneciano Gritti. «Los turcos, dijo entonces, en todas sus empresas no tienen que consultar sino con sus propios intereses; los cristianos por el contrario tienen tantos y tan diversos intereses, que uno impide al otro. Francia teme el engrandecimiento de España; ésta no desea que Venecia sea más poderosa; Venecia tiene los mismos sentimientos para con todas las otras potencias. Por efecto de ello las pasiones y enemistades individuales tienen la preponderancia sobre los intereses del bien común, y el enemigo triunfa» (4). Estas palabras, que son un excelente comentario a los

bre es falsa; el original, que se halla en el *Archivo público de Venecia*, está fechado claramente a 20 de noviembre. A Aníbal de Capua se le había comunicado ya a 6 de septiembre de 1586 su nombramiento de nuncio; v. Biaudet, *Nonciat.*, 299.

(1) V. Karttunen, Possevino, 223. Sobre la muerte de Batori v. Pierling, II, 314 s.

(2) V. Acta consist., 848; Gritti en Pierling, II, 315 s. Cf. Reichenberger, I, 359, nota 3.

(3) El 12 de enero de 1587; v. **Diarium P. Alaleonis*, Barb. 2814, p. 294, *Bibl. Vaticana*. Cf. el **Avviso* de 14 de enero de 1587, Urb., 1054, p. 11^b, *ibid.*

(4) V. Brown, *Cal. of State Papers Venet.*, 1581/91, p. 265.

hechos ocurridos desde la batalla de Lepanto (1), explican el que el Papa tuviese que darse por contento con empresas particulares. Entonces renacieron en él especialmente los anteriores intentos de una lucha contra los berberiscos en el norte de África. Con todo, planes de este género le venían muy mal a Felipe II, el cual en vista de la gran tirantez con Inglaterra no quiso meterse en otras empresas, y creyó haber de conservar amistosas relaciones aun con Turquía (2). Fuera de esto el rey de España no se fiaba del Papa que procedía con tanta independencia, y además su atención estaba reclamada más que nunca por las cosas de Francia.

En la empresa contra el norte de África Sixto V había procurado interesar ya en 1586 al gran duque Francisco de Toscana (3). Pensaba entonces nada menos que en una conquista de Egipto, con tal que hubiese tenido el dinero necesario, como lo dijo al embajador veneciano al discutirse este atrevido pensamiento (4). En febrero de 1587 corrió la voz de que se había hecho al Papa la propuesta de comprar a los turcos el Santo Sepulcro (5). Cuando el año siguiente habló sobre esto con el embajador veneciano Gritti, presentó a éste un dibujo del santuario, haciendo observar que no pensaba en una

(1) Juicio de Brosch, *Historia de tres grandes visires*, Gotha, 1899, 21.

(2) Además de las relaciones utilizadas por Hübner, I, 365 s., v. también la carta de C. Camberini de 10 de mayo de 1586, *Scelta di curiosità lett.*, CXCVIII, 218, y la *carta de Brumani de 22 de agosto de 1588, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(3) Además de Priuli, 317, cf. también Hübner, II, 475 s.

(4) V. la *relación de Gritti de 9 de agosto de 1586, *Archivio público de Venecia*, y su relación de 30 de agosto de 1586, publicada por Narducci en los *Atti dell'Accad. dei Lincei*, IV, 1, Roma, 1885, 302. La carta de Gritti de 23 de agosto de 1587, que cita Ranke, II⁸, 136, nota 1, y de la que dice que el Papa había proyectado según ella la comunicación del Mar Rojo con el Mediterráneo, no existe en el Archivo público de Venecia según las investigaciones de Narducci, nueva prueba de cuán frecuentemente extravían las indicaciones de los archivos que hace Ranke. Éste (p. 135) habla de planes «fantásticos» de Sixto V, contra lo cual hace observar Hase (*Lecciones sobre historia eclesiástica*, III, 1, Leipzig, 1891, 372) muy acertadamente: «No raras veces son intentadas cosas fantásticas por aquellos que ejecutan realmente cosas grandes, y lo real, si no lo hubiesen ejecutado, nos parecería también fantástico». Por lo demás de la discreción de Sixto V da testimonio precisamente su conducta con Venecia en la cuestión de los turcos, por cuanto no exigió a la Señoría ninguna intempestiva alteración de su comercio con Levante.

(5) *Si va dicendo, che'l Pontefice ha un pensiero gloriosissimo di volere, cioè redimere di mano del Turco il santo sepolcro et servirsi in questo traffico delli più onnipotenti mezzi, senza riguardo di qual si voglia somma di denari, che la Porta di Costantinopoli adimandi, et di quali si voglia eccessiva spesa, che ci vada per havere quel felicissimo sasso, che fu arca del nostro Redentore. Aviso de 18 de febrero de 1587, Urb., 1055, p. 56, *Biblioteca Vaticana*.

compra, porque no quería difundir la creencia de que no era poderoso para conquistar por fuerza el Santo Sepulcro. «En tiempo de Nuestra vida, añadió, esto es ciertamente imposible; también temíamos cometer un pecado, si quisiéramos traer el sepulcro a Roma, porque fué voluntad de Dios nacer en Belén». Luego el Papa expresó su dolor de que los peregrinos que iban a visitar el Santo Sepulcro, fuesen maltratados tan frecuentemente por los turcos. «Hemos de tener paciencia, hizo observar al decir esto, hasta que plegue a Dios enviar un hombre que conquiste la Tierra Prometida para honra de la divina Majestad». Dijo que el rey de España poseía para esto los medios suficientes, pero no la voluntad. Que faltaba a la cristiandad un príncipe como Constantino, pero que no quería perder la esperanza de que algún día apareciese; que para él tenía entonces preparados tres millones. Con amargura se expresó luego Sixto V sobre la lentitud de don Felipe en los preparativos contra Inglaterra. Que ya se habían empleado en ello trece millones y todavía no se había hecho nada. Pero a pesar de todas las reconvenciones Sixto apreciaba la importancia del rey de España. «Tiene, dijo, setenta y tres años, y aunque no quiere parecer enfermizo, estálo sin embargo, Dios conserve su vida tan preciosa en estos tiempos» (1).

Por una conversación que tuvo Mateo Brumani con Sixto V a fines de agosto de 1588, se vé claramente, que el Papa en vez de la empresa contra Inglaterra hubiera preferido una contra Argel. Como quiera que sea, quería una expedición semejante, después que la dirigida contra Isabel hubiese tenido buen suceso (2). En vez de esto la grande Armada padeció un lastimoso mal éxito. Después vino la crisis en los negocios de Francia. Mientras éstos reclamaban casi toda la atención de Sixto V, llegó finalmente la respuesta del sha de Persia al breve que a principios del pontificado había sido enviado a este monarca. El Papa comunicó el documento a los cardenales en un consistorio de 26 de junio de 1589, e intimando el secreto hizo leer la traducción de su respuesta (3). Ésta fué la última vez que se

(1) V. la relación de Gritti de 20 de agosto de 1588 en Hübner, I, 389 s. Según la *relación de Gritti de 13 de junio de 1588, el Papa habló entonces de un viaje a Loreto y Padua, et soggiunse che vorria far anco un altro viaggio al santissimo sepokro (*Archivo público de Venecia*). Entonces Sixto V envió un subsidio a los franciscanos de Jerusalén; v. Artaud de Montor, Hist. des Souv. Pontifes, IV, París, 1847, 478.

(2) V. en el núm. 19 del apéndice del vol. XXI, la relación de Brumani de 27 de agosto de 1588, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Acta consist., 867. Cf. Santori, Autobiografía, XIII, 186.

ocupó Sixto V en el asunto de la guerra contra los turcos. El asesinato de Enrique III y los ambiciosos conatos de Felipe II por aprovecharse de las revueltas de Francia para sus fines, dirigieron en el tiempo siguiente sus miradas más que nunca a la Europa occidental (1). Mas en la Europa oriental las complicaciones que tuvo por consecuencia la muerte de Batori, dejaron enteramente en segundo término el pensamiento de una empresa contra los turcos de esta parte.

II

El temprano fallecimiento de un príncipe tan insigne como Esteban Batori fué una grave pérdida para Polonia, porque con él sobrevino un aciago interregno y se encendió una apasionada lucha electoral. Los protestantes polacos políticamente todavía poderosos utilizaron al punto el interregno para renovar la Confederación de Varsovia (2). De esta manera manifestóse en seguida la repercusión perjudicial para la causa católica de la muerte de Batori (3).

Qué atractivo ejercía la corona real polaca, mostrólo el gran número de príncipes que la pretendían. El nuncio de Praga, Segá, enuméralos en su relación de 30 de diciembre de 1586; eran: Enrique III de Francia, que ya anteriormente había poseído el trono polaco, la viuda de Batori, Ana, el príncipe heredero de Suecia, Segismundo, hijo de Catalina Jaguelona, el voivoda Segismundo de Pensilvania como sobrino del difunto rey, el duque de Parma, el margrave Jorge Federico de Brandeburgo como administrador de Prusia, el gran príncipe ruso Teodoro, el duque Alfonso de Ferrara, Guillermo de Rosenberg-Orsini, un piasta polaco indígena y finalmente de la casa de Habsburgo los archiduques Ernesto, Maximiliano, Matías y Fernando del Tirol (4). Según Horacio Spannocchi, secretario del cardenal Bolognetti muerto en 1585, se había de contar además con la pretensión del emperador Rodolfo II, de Guillermo V de Baviera, del cardenal Andrés Batori, del duque de Guisa, de un príncipe

(1) Cf. Vol. XXI, cap. IV, pág. 283 s.

(2) V. Berga, Skarga, 212, 215.

(3) Especialmente perjudicial fué la repercusión en Transilvania, donde la nobleza adherida en gran parte a las novedades religiosas se levantó contra los jesuitas y en 1588 consiguió su expulsión; v. Sacchini, V, 1, 373 s.; Ehes, II, 270, nota 1.

(4) V. Reichenberger, I, 363 s.

sajón, del rey de Dinamarca y todavía de otros príncipes protestantes. También el canciller mayor polaco Juan Zamoiski aspiraba a la corona, aunque no se presentó como candidato declarado (1).

Muchas de las candidaturas mencionadas estribaban sólo en conjeturas de los diplomáticos. Como pretendiente en realidad serio, además de los Habsburgos y el gran príncipe ruso, presentóse sobre todo el príncipe heredero de la corona de Suecia, Segismundo, el cual en medio de un país protestante había permanecido fiel a la religión católica (2); en favor de él su tía, la reina viuda Ana Jaguelona, había puesto en la balanza su influjo y su dinero. Por Segismundo se decidió pronto también el prudente y enérgico canciller mayor Zamoiski, mientras el partido de la soberbia y poderosa familia Zborowski, que se había desavenido enteramente con Batori y su canciller, intervino en favor de los Habsburgos. Por éstos se declararon también los protestantes polacos, que aborrecían a Segismundo como a «alumno de los jesuitas» (3). Desfavorable fué con todo para los Habsburgos la división de la dinastía, que hizo posible que cuatro archiduques a la vez anunciassen su candidatura (4).

Sixto con entero conocimiento de los peligros a que estaban expuestas tanto la tranquilidad de Polonia como la situación eclesiástica de este país después de la muerte de Batori, había instituído al punto en el consistorio de 7 de enero de 1587 una congregación especial para tratar los negocios de Polonia, a la que pertenecían los

(1) V. Schweizer, Relaciones de nunciatura, II, xrv s. Cf. Relayce Nunc. Apost., I, 459 s.

(2) Cf. nuestros datos del vol. XX.

(3) Cf. Berga, Skarga, 216.

(4) Los acontecimientos que siguieron a la muerte de Batori han sido tratados recientemente muchas veces. El escrito de Caro: El interregno de Polonia en el año 1587 y las luchas de partido entre las casas Zborowski y Zamoiski (Gotha, 1861), poco después de su publicación fué caracterizado como una obra del todo insuficiente (v. Hojas hist.-pol., LI, 957 s.) y más tarde corregido y refutado por Sieniański (El interregno y la elección de rey en Polonia en el año 1587, Breslau, 1869) en numerosos puntos (cf. Revista Hist., XXV, 440, donde hay también un buen resumen de las fuentes, a las que todavía recientemente se añaden los Diarios publicados por Sokolowski en los Script. rer. Pol., XI [Cracovia, 1887], a la verdad [v. Anuario Hist., X, 249] no de un modo suficiente). Trae valioso material E. v. Mayer, Viaje de embajada del arzobispo de Olmütz, Estanislao Pawlowski, a Polonia con motivo de la elección de rey, Krenzier, 1861. Agréganse a esto las buenas narraciones documentadas de Hirn (El archiduque Fernando, II, 263 s.) y principalmente de Schweizer (Relaciones de nunciatura, II, xrv-cxxviii).

cardenales Farnesio, Laureo, Radziwill y Azzolini (1). A ella se presentó un dictamen de Graziani, encargado de los asuntos de Polonia (2). Atendiendo a los consejos que en él se daban, decidióse Sixto V a exhortar a los más notables dignatarios eclesiásticos y seculares de Polonia en los breves a ellos enviados el 10 de enero, solamente a la concordia y a la elección de un rey católico sin hacer resaltar un candidato especial. Lo demás debía comunicarlo Anibal de Capua, sucesor de Jerónimo Bovio en la nunciatura polaca. A los obispos polacos se les amonestó aún especialmente, que procurasen que en el juramento del nuevo rey se alejase la confirmación de la libertad de religión para los protestantes (3).

A la instrucción dada al nuncio polaco por el cardenal Azzolini igualmente el 10 de enero de 1587, en que se le ordenaba que trabajase sobre todo por la elección de un rey católico, se añadía aún la observación de que en su actividad respecto de los candidatos católicos observase completa neutralidad. Como Anibal de Capua era conocido como partidario de Austria, esto significaba, que tampoco debía dar rienda suelta a su solicitud por los Habsburgos (4). Esta actitud del Papa era motivada de todo en todo por intereses religiosos. Si le era de antemano inaceptable el gran príncipe de Rusia cismático, parecíanle igualmente gratos Maximiliano y Segismundo, los cuales encarecían su adhesión a la Iglesia católica. Con todo la actitud enteramente neutral de la Santa Sede respecto de los dos candidatos a la larga no pudo mantenerse.

Los cardenales Madruzzo y Médicis así como Olivares desplegaron de todas maneras en la curia una ardorosa actividad en favor de los pretendientes austríacos. Sus esfuerzos unidos tuvieron seguramente parte en que al fin se lograra mover al Papa a una decidida preferencia por los Habsburgos. El 21 de marzo de 1587 Anibal de Capua recibió el encargo de favorecer a un archiduque austríaco, y a la verdad a aquel por el cual se declarasen la mayor parte de los polacos. El 6 de abril Anibal de Capua fué exhortado de nuevo en

(1) V. Schweizer, Relaciones de nunciatura, II, xx.

(2) Impreso en Biaudet, Nonciat., 300 s. Cf. Revista trimestral rom., XXIV, 209.

(3) V. los breves en Relayce Nunc. Apost., I, 455 s., 457 s. y Theiner, Mon. Pol., III, 4 s. Cf. Schweizer en la Revista trimestral rom., XXIII, 177; A. Przewdziecki, Listy Annibala y Kapui, Varsovia, 1852, apéndice, p. 259 s. Sobre J. Bovio v. Ehses en la Revista trimestral rom., IX, 332.

(4) V. Biaudet, Sixte-Quint, 13 s.

un despacho cifrado, a concentrar todos sus esfuerzos en procurar la elección de un Habsburgo (1). Al mismo tiempo Madruzzo y Médicis notificaron también al emperador esta mudanza (2). Sixto V intervino especialmente en favor del ferviente católico archiduque Ernesto, dispuso el honroso llamamiento a Roma de Possevino, que Rodolfo II expresamente había demandado, y envió a su camarero Lelio Orsini al sobredicho archiduque para entregarle el sombrero y espada bendecidos y conferenciar con él de palabra. Sólo se recusó el apoyo económico deseado por la corte imperial (3).

Lo que motivó este cambio importante de la política pontificia, por el cual quedó excluido Segismundo de Suecia, fué el respeto a la guerra contra los turcos (4). Siendo un Habsburgo rey de Polonia, podía contar en esta lucha con el apoyo del emperador y Felipe II, mientras Segismundo sólo disponía de las pequeñas fuerzas militares de Suecia. Por estas razones se declaró Sixto V contra la candidatura de Segismundo y desamparó a Possevino (5).

El Papa sabía muy bien, que uno de los impedimentos principales del buen éxito de los planes austríacos estaba en la desunión de los archiduques. Por eso el nuncio de Praga, Antonio Púteo, se afanó celosamente por moverlos a ir juntos de un modo concorde, al principio ciertamente sin resultado (6). Cuando luego finalmente se llegó al acuerdo de presentar juntos a Maximiliano, el más hábil de los hijos de Rodolfo II, era demasiado tarde. El 19 de agosto de 1587 en la dieta electoral reunida ya el 30 de junio, en la llanura de Wolo junto a Varsovia, el arzobispo primado de Gniezno, Estanislao Karnkowski, junto con Zamoski proclamaron rey de Polonia al príncipe heredero de la corona de Suecia, Segismundo. El nuncio pontificio Aníbal de Capua, conforme al encargo del Papa, se había mantenido fiel al partido de Zborowski, amigo de Austria, cuando se presentó el orador más importante del mismo, el obispo de Olmütz, Estanislao Pawlowoski, y en su alocución oficial a los estamentos sólo hizo notar que se había de elegir a un príncipe muy

(1) V. Biaudet, *Sixte-Quint*, 13 s.

(2) V. la carta de Médicis en Schweizer, II, **xxi**, nota 4.

(3) V. Schweizer, II, **xxv**, 3 s., 24. Cf. Paolo Viti Mariani, *L'arciduca Ernesto d'Austria e la S. Sede*, Roma, 1898, apéndice, p. 36 s.

(4) V. Reichenberger, I, 400, nota 3. Cf. *Revista trimestral rom.*, **XXIII**, 177.

(5) V. Biaudet, loco cit., 17 s.

(6) V. Schweizer, II, **xxv**, 9 s., 15 s.

católico (1). A la elevación de Segismundo respondieron la tarde del 22 de agosto los afectos a Austria con la proclamación del archiduque Maximiliano por el obispo de Kiew (2).

Así tenía Polonia dos reyes, y al fin las armas hubieron de decidir. La fortuna se inclinó de antemano hacia el lado de Segismundo, el cual a los ojos de los polacos poseía la ventaja de descender por parte de madre de la venerada y antigua casa real de los Jaguelones. Un ataque que con fuerzas insuficientes emprendió Maximiliano el 23 de noviembre a la fuerte Cracovia, fué rechazado por Zamoiski. El archiduque, abandonado casi de todas partes, hubo de retirarse a la frontera de Silesia, mientras su rival el 27 de diciembre de 1587 recibió en Cracovia la corona de manos del arzobispo de Gniezno. El 24 de enero de 1588 logró Zamoiski derrotar de una manera decisiva al archiduque junto a Pitschen, obligarle a rendirse y llevarlo prisionero a Polonia (3).

Ambos partidos se habían dirigido inmediatamente al Papa, Zamoiski ya el 26 de agosto de 1587 (4). El rey Segismundo en marzo de 1588 envió a Roma una circunstanciada relación sobre la doble elección, la derrota y prisión de su adversario, mientras Maximiliano no se resolvió a dar el mismo paso hasta el 28 de abril (5). Sixto V en 27 de febrero había escrito al emperador una carta de pésame por la prisión de Maximiliano y ofrecido su mediación, pero juntamente indicando que ya desde algún tiempo no había en la curia ningún embajador imperial, y el cardenal Madruzzo no podía ofrecerse a hacer las veces de tal a causa de hallarse muchas veces impedido por enfermedad (6).

Después de la coronación de Segismundo el Papa hubo de tener

(1) V. Mayer, 312 s.

(2) Ibid., 46 s., 61 s.; Sieniewski, 26 s. 50 s.; Schweizer, II, xxxv s.

(3) Cf. Karge, La empresa de Austria en Polonia y la batalla junto a Pitschen, en la Revista para la historia de Silesia, XXII, 119 s.; Grünhagen, Historia de Silesia, II, 112; C. v. Jerin-Gesess, El obispo Andrés de Jerin, en las Relaciones de la Sociedad científica «Philomatie» de Neisse, XXX (1900); Naeglele, El príncipe obispo de Breslau, A. Jerin, Maguncia, 1911, 43 s. V. también la monografía polaca de Górski: O Korone, Varsovia, 1888 (con diseño). Sobre la coronación de Segismundo v. Theiner, Mon. Pol., III, 11 s.

(4) V. Mencken, Sigismundi Augusti Pol. regis epistolae, Lipsiae, 1703. 558 ss. La petición del partido austriaco está mencionada en el Rerum Poloniae liber singularis, ed. Ciampi, Florentiae, 1827, 44 s. Cf. Hassencamp, 61 s.

(5) V. Theiner, Mon. Pol., III, 28 s., 32 s. La respuesta de Sixto V a Maximiliano en Schweizer, II, 270.

(6) V. Schweizer, II, 212 s.

cuenta con el estado real de las cosas. Hizo esto a su manera pronta y decididamente. Sin cuidarse de que se incomodaría la corte imperial, el 12 de marzo encargó al nuncio Aníbal de Capua, que fuese a ver a Segismundo y le reconociese como a rey. Esta ordenación se repitió con energía el 9 de abril y el 7 de mayo (1). Es casi seguro, que Sixto V al tomar esta posición se guió también por la esperanza de que Segismundo promovería también la unión de Suecia con la Iglesia (2). Fué de mucha importancia el haber llegado a la Ciudad Eterna precisamente entonces (8 de mayo) un enviado especial de Segismundo, Estanislao Reszka, el antiguo secretario íntegramente católico del cardenal Hosio (3). El Papa le concedió dos veces audiencia privada y recibió de su mano una carta de Segismundo. Por lo demás intercedió con este último por la liberación de Maximiliano (4).

En vista del empeño del emperador y de Felipe II en que se enviase un legado general a Polonia Sixto V se declaró dispuesto a negociar allí la paz y conseguir la liberación de Maximiliano. Era con todo difícil hallar un personaje apropiado. Se pensó en el cardenal Gonzaga el joven, en Caetani, en Pinelli o Mattei. También al cardenal Farnesio se ofreció esta difícil misión (5).

La elección del Papa, que solía tomar tales resoluciones con entera independencia (6), recayó al fin con gran admiración de la curia (7) en el cardenal Hipólito Aldobrandini, que era acepto a entrambas partes. El 23 de mayo de 1588 efectuóse en un consistorio

(1) V. Schweizer, LXXIV, 252, nota. Cf. Mayer, 141; Hassencamp, 64 s.

(2) Cf. Gejer, II, 268. V. también Theiner, Suecia, II, 40; Hanisch, Historia de Polonia, 223 s.

(3) J. Czubek ha publicado recientemente el diario de Est. Reszka, el cual trae nuevas noticias importantes: St. Rescii Diarium 1583-89, Cracovia, 1916.

(4) Además de Schweizer, II, LXXIII, 243 s., v. también Voltolini-Mathaus, 298. Sporeno notifica en 14 de mayo de 1588: *Huc appulit quidam Resca Polonus a rege Poloniae privatim ad S. D. N. missus (*Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*). Cf. Cód. 159, p. 160 s. de la *Biblioteca de la universidad jaguelona de Cracovia*: St. Rescii acta legationis apud Sixtum V.

(5) V. Voltolini-Mathaus, 299; Hübner, I, 461. Sporeno opina en su *relación de 21 de mayo de 1588, que Caetani o Mattei obtendría la legación. *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*.

(6) V. la *relación de Sporeno de 14 de mayo de 1588, *ibid*.

(7) *Fu fatto legato Aldobrandini con maraviglia della corte ch'ispettava Caetano come ricco, grato di presenza, affabile di conversazione, di casa illustrissima, atto al bere et mangiare per compagnia come ricerca il paese ove vanno, escribe Brumani en 28 de mayo de 1588, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Según la *relación de Hércules Tassoni de 18 de mayo de 1588, se había ya en este día esperado el nombramiento. *Archivo público de Módena*.

secreto su nombramiento de cardenal legado en Polonia con la permanencia en su puesto del nuncio de allí (1). El cardenal Aldobrandini se puso al punto en comunicación tanto con Madruzzo como con Reszka (2). Recibió cartas credenciales para negociar con todos los partidos a fin de que se restableciese la paz en Polonia (3). El 27 de mayo se le entregó la cruz de legado con las solemnidades acostumbradas (4). Breves especiales y cartas del cardenal secretario de Estado daban a conocer su misión a las cortes y nuncios. El Papa puso en conocimiento del rey de España el nombramiento de Aldobrandini por una carta autógrafa, en la que hace notar que éste era apropiado en todo respecto para la mediación de paz, pues por espacio de muchos años había sido auditor de la Rota, ya tenía más de cincuenta años, se señalaba por su juicio y experiencia y era un personaje enteramente imparcial (5).

Como acompañantes agregáronse a Aldobrandini cierto número de personajes eminentes, entre otros monseñor Bastone como datario, monseñor Lorenzo Bianchetti como auditor, monseñor Tolesani como abreviador y Andrés de Grandi como prelado (6). Después que el cardenal legado hubo hecho el 30 de mayo una visita a las siete

(1) V. Acta consist. en Korzeniowski, 132; Maffei Hist., 28; Tempesti, II, 239 s. Voltolini-Mathaus (298) pone el consistorio equivocadamente en el 22 de mayo. La justificación de Sixto V respecto a dejar al nuncio en Polonia en Schweizer, II, 257 s.

(2) V. Schweizer, II, LXXV.

(3) V. la *relación de Gritti de 28 de mayo de 1588, *Archivo público de Venecia*. Cf. Hübner, I, 461; Hassencamp, 64. Sobre las cuestiones secundarias que Aldobrandini tenía que resolver, v. Schweizer, II, CXLIV s. Un trabajo especial sobre la legación de Aldobrandini prepara el antiguo miembro del Instituto Histórico Austriaco de Roma, doctor Nanke.

(4) V. Acta consist. en Korzeniowski, 132.

(5) V. Schweizer, II, LXXV s., 253; Mayer, 146, nota 3 (en vez de Bunnapadulus léase Buccapadulus). El *original del breve al duque Vicente de Mantua, fechado a 25 de mayo de 1588, se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. El *original del breve al dux, con la misma fecha, está en el *Archivo público de Venecia*, Bolle. Dícese aquí: *Quod omnino praestari a Nobis posset in rebus Polonicis, de quibus semper fuimus anxii, in tanta voluntatum consillorumque varietate certum habere nunquam potuimus. Nunc autem quoniam spes aliqua ostenditur, posse aliquid profici nostra auctoritate atque opera, mittimus eo legatum a latere dll. fil. Hippolytum s. Pancratii presbyterum card. Aldobrandinum.

(6) V. Voltolini-Mathaus, 298. La participación de Possevino fué denegada por el general de los jesuitas, Aquaviva; v. Rostowski-Martinow, *Lituanicarum Soc. Iesu hist. libri X*, Parisiis, 1877, 155. Cf. *Revista trimestral rom.*, XXXIII, 182 s.

iglesias principales de Roma y pasado la tarde en casa del cardenal Madruzzo, fué acompañado el día siguiente por el Sacro Colegio hasta la Puerta Angélica. El 1.º de junio emprendió su viaje. Enca-minóse primeramente a Loreto, donde regaló al santuario 500 escudos, luego por Florencia, Bolonia, Venecia, Padua, Verona y el Brenner a Innsbruck, adonde llegó el 28 de junio y fué recibido conforme a su dignidad por el archiduque Fernando (1).

En Linz el cardenal legado tuvo una conferencia con el archiduque Matías, y en Viena, adonde llegó el 7 de julio, con el archiduque Ernesto. El recibimiento exterior fué también aquí y en todas partes muy honorífico. Para no infundir sospecha alguna a los polacos, renunció Aldobrandini a una visita al emperador en Praga, lo cual también se lo aconsejó el archiduque Ernesto. Por eso el legado fué directamente por Olmütz a Cracovia. Cuando el 27 de julio hizo su solemne entrada en la ciudad de la coronación, el rey Segismundo con gran séquito militar vestido con magnífico traje nacional le salió a recibir a caballo a dos millas de distancia (2).

Aldobrandini conoció pronto, que el canceller Zamoiski era más poderoso que el rey. Zamoiski, que en general vió de mala gana el envío de un legado pontificio, suscitaba dificultades sobre dificultades. La incondicional liberación de Maximiliano fué denegada. Aunque el nuncio Anibal de Capua, sabiendo bien que también el Papa deseaba esta liberación, unió sus esfuerzos con los del legado, nada entrambos consiguieron. Aun los grandes polacos que estaban

(1) V. Voltolini-Matthaus, 299 s.; Schweizer, II, LXXV; Hirn, El archiduque Fernando, II, passim. A estos investigadores se les ha pasado por alto el *Diario del viaje de Aldobrandini, que se conserva en el Cód. N. XXXIV, p. 220 ss. de la *Biblioteca Vallicelliana de Roma*, aunque Rycaszewski en las *Relayce Nunc. Apost.*, II, 4 s., 20 s. ha comunicado extractos en traducción polaca que se refieren al viaje por Polonia. Con todo el Diario comienza ya por la partida del cardenal de Trento en 20 de junio de 1588 y describe también el viaje y lo que acaeció al legado en el Tirol, Austria, Moravia y Silesia. Llega hasta el 8 de marzo de 1589. Rycaszewski imprimió también, asimismo en traducción polaca, la descripción de la situación de Polonia que se halla en una carta de Anibal de Capua al P. Guillermo de S. Clemente, según el Cód. Urb. 1113, p. 164 s. de la *Bibl. Vaticana*. Vat. 3661 contiene: Ant. Martinelli *De Hipp. Aldobrandini card. legati Cracoviam Pragamque adventu introituque narratio, ibid. *Relaciones de Aldobrandini en Theiner*, Mon. Pol., III, 65-82, 124-129. Ibid., 52-65 y 129-150 una parte de las relaciones del nuncio polaco. Son de esperar ediciones más completas de parte de la Academia de Cracovia y del Instituto Histórico Finlandés de Roma.

(2) Además de las fuentes indicadas en la nota anterior cf. también la buena descripción que se halla en Maffei Hist., 28 y en Tempesti, II, 240 s.

enemistados con el canciller, convinieron con él en que la completa renuncia de Maximiliano y la restitución debían ser condición indispensable de las negociaciones de paz. Cuando monseñor Tolesani, auditor de Aldobrandini, notificó esto a la corte imperial, recibió una respuesta negativa (1).

Como las dificultades se iban acumulando cada vez más, resolvió el cardenal a visitar personalmente al emperador en Praga. El 7 de diciembre de 1588 hizo allí su entrada solemne. En repetidas audiencias expuso a Rodolfo II el estado del asunto y alcanzó un ajustamiento, según el cual en la frontera polaco-silesiana debía tener sesiones una comisión de diez polacos y diez austríacos bajo su presidencia para entablar las negociaciones de paz. Los miembros de la comisión polaca debían juntarse en Bedzin, los austríacos en Beuthen, y el cardenal legado tenía que morar en Olkusch. Aldobrandini acudió allí puntualmente, pero los miembros de la comisión se hicieron aún esperar mucho tiempo. Cuando finalmente pudieron abrirse las negociaciones, mostráronse tales dificultades, que el cardenal legado temió repetidas veces el completo mal éxito de su acción de paz. A pesar de esto trabajaba incansablemente. Negociaba sin cesar con ambos partidos (2). Su constancia debía al fin verse coronada de buen suceso.

El 10 de marzo de 1589 pudo Aldobrandini notificar a Roma, donde estaban ya muy abatidos, la alegre nueva de que el día anterior se había efectuado bajo su presidencia la conclusión de los preliminares de paz. Las condiciones significaban una victoria de los polacos sobre los austríacos, los cuales podían tener razón para estar descontentos, pero en las circunstancias dadas ni aun el más experto diplomático hubiera podido conseguir otro resultado (3). La mediación del Papa fué reconocida con gratitud. El archiduque debía ser puesto en libertad allí donde fué hecho prisionero, pero había de devolver Lublo a los polacos y renunciar al título de rey así como a todos los derechos sobre Polonia, lo cual debía confirmar con juramento en la frontera. También el emperador debía jurar el tratado, el cual entre otras cosas contenía la cláusula de no contraer en futuras negociaciones con los turcos obligaciones algunas desfavorables

(1) V. Hassencamp, 65; Voltolini-Mathaus, 304; Schweizer, II, XC1 s.

(2) V. Mayer, 157 s., 164 s.; Voltolini-Mathaus, 306; Schweizer, II, c s., 340 s., 344 s., 351 s., 362 s., 371 s., 373 s., 379 s., 381 s.

(3) Juicio de Schweizer (II, CXLV).

para Polonia. Una promesa semejante fué también impuesta a Segismundo (1). El sobrino del cardenal legado, Cincio Aldobrandini, fué enviado a Praga y luego a Roma para comunicar esta noticia, al paso que el mismo cardenal se trasladó a Viena, adonde llegó el 23 de marzo de 1589, y fué huésped del archiduque Ernesto (2).

La aceptación de los convenios de Beuthen no tropezó con ningunas dificultades en Polonia como de suyo se deja entender. El rey envió su secretario al cardenal legado y luego al Papa para darles las gracias de palabra y de obra. Con todo, el emperador, sin duda estimulado por el archiduque Maximiliano, se negó a aceptar el tratado; desagradábale especialmente el que hubiera de atarse en la cuestión turca. Por eso Aldobrandini hubo de interrumpir su viaje de vuelta a Roma y retirarse entretanto a la abadía de Admont. Mas al fin logróse tranquilizar al emperador, en vista de lo cual el cardenal prosiguió su viaje. El 12 de mayo de 1589 llegó a Padua, desde donde se encaminó a Roma para hacer relación de todo al Papa (3).

El 29 de marzo de 1589 había llegado a Roma Cincio Aldobrandini con la nueva de la conclusión de la paz. Dos días más tarde comunicó el Papa el resultado a los cardenales. Dijo que aunque no era lícito gozarse de la alegre noticia en aquel día — era viernes santo —, con todo era día de paz y de reconciliación entre el linaje humano y el Padre celestial. Que por eso no tenía ningún reparo en poner en conocimiento de los cardenales, que la mediación de Aldobrandini había sido coronada de feliz éxito. Leyéronse al punto la relación del legado y el texto del tratado (4). Después que el Papa el 5 y 12 de mayo hubo dado cuenta nuevamente del importante suceso (5), el cardenal Aldobrandini hizo el 27 de mayo su solemne entrada en Roma. A la puerta de la ciudad recibióle el colegio cardenalicio; llena de júbilo le saludó la muchedumbre del pueblo. Al día siguiente tuvo audiencia con el Papa, que mostró la mayor satisfacción por el buen éxito que había alcanzado (6). El 30 de

(1) V. Mayer, 450 s. La carta de Aldobrandini de 10 de marzo de 1589, en Schweizer, II, 402 s.

(2) V. Voltolini-Mathaus, 308; Schweizer, II, CXXI, 402, 409 s., 412 s.

(3) V. Voltolini-Mathaus, 309; Schweizer, II, CXXIII s., 428 s., 434 s.

(4) V. Acta consist., 863; Hübner, I, 465 s.

(5) V. Acta consist., 865. Cf. Korzeniowski, 133.

(6) V. el *Avviso de 31 de mayo de 1589, Urb., 1057, p. 318, *Biblioteca Vaticana*.

mayo en un consistorio, que se celebró en Letrán, efectuóse el solemne recibimiento de Aldobrandini. Éste después en otro consistorio de 5 de junio dió cuenta por menudo de su misión, en la que mencionó con elogio la prudencia del Papa y el apoyo de sus compañeros, pero sólo breve y modestamente se expresó sobre su propia actividad. Sixto V hizo de él y de sus compañeros la mayor alabanza. Como el emperador y Maximiliano no habían jurado aún el tratado, difirióse entretanto una solemnidad eclesiástica (1). Esta providencia estaba enteramente justificada. Rodolfo II prestó es verdad el juramento el 10 de julio, pero el archiduque Maximiliano se negó a hacer lo mismo, luego que se halló con seguridad en territorio austríaco. Sólo el 8 de mayo de 1598 cumplió su obligación para facilitar el ajustamiento de una alianza entre el emperador y Polonia contra la Sublime Puerta (2).

Semejante confederación de los dos Estados vecinos contra el turco la habían ya tenido ante los ojos Sixto V y su legado al concertarse el tratado de Benthén. Pero fuera de esto los conatos del celoso Papa se habían dirigido al punto a promover la reforma católica en Polonia (3). Sixto ya en abril había dirigido al rey la exhortación de no tomar por esposa sino a una católica (4). Segismundo III lo prometió (5). Pero el plan agenciado desde Roma del casamiento del rey con una archiduquesa austríaca frustróse sobre todo por la pertinacia con que Maximiliano se negaba a prestar el juramento. A pesar de esto Sixto V podía ver con satisfacción la mediación diplomática de paz de su legado. Si se engrandeció ésta como un hecho glorioso de su reinado (6), esto se hallaba tanto más justificado, cuanto Segis-

(1) V. las Acta consist. en Korzeniowski, 133 s.; Maffei Hist., 34; Orbaan, Documenti, 425 s.

(2) Cf. Hirn en las Comunicaciones del Instit. austr., 4.º tomo suplementario, p. 248 s. y: El archiduque Maximiliano, gran maestro de la Orden Teutónica, I, Innsbruck, 1915, 28 s.

(3) El 19 de agosto de 1589 se dió a Aníbal de Capua la orden de celebrar un concilio provincial y reformar la disciplina claustral; v. Theiner, Mon. Pol., III, 109 s. En el concilio provincial de Petrikau se resolvió, entre otras cosas, que en lo futuro sólo debía elegirse por rey de Polonia a aquel que fuese vere catholicus, etc. Sixto V confirmó los decretos del concilio; v. Bull., IX, 140 s. (con fecha de 1589 sine die, pero no se ha de poner la bula en enero, como Hassencamp [66] supone, sino antes bien a fines del año).

(4) V. Theiner, Mon. Pol., III, 99 s. Breves parecidos se enviaron a Zamoiski y a otros, asimismo todavía más tarde; v. Schweizer, II, cxxiv.

(5) V. las Actas consist. en Korzeniowski, 134.

(6) V. la carta de Aldobrandini a Montalto en Schweizer, II, 402.

mundo se acreditó en Polonia de ser fiel hijo de la Iglesia y celoso promovedor de la reforma y restauración católica. Significativo es en este respecto el favor que otorgó a los jesuitas; a uno de los más excelentes miembros de la Compañía de Jesús, el célebre Pedro Skarga, le nombró al punto predicador de su corte (1). El 7 de julio de 1590 su embajador Bernardo Maciejowski prestó obediencia a la Santa Sede (2). Con esta ocasión dió las gracias de nuevo por la mediación pontificia de paz, hizo resaltar los sentimientos católicos de su rey y recomendó a Sixto V el reino de Polonia como el antemural de la verdadera fe en el Oriente. Marcelo Vestrio respondió en nombre del Papa, que Segismundo prosiguiese, como había empezado, en hacerse benemérito de la fe, se declarase contra los herejes y se acreditase de paladín contra los tártaros y turcos, y que la Santa Sede le ayudaría en esto (3).

El consistorio en que se pronunció este discurso, fué uno de los últimos actos oficiales de Sixto V. Representó un rápido y pasajero resplandor en los oscuros días en que las fuerzas del anciano Papa eran consumidas por las revueltas de Francia y las amenazas de España.

III

El estado de salud de Sixto V había sido excelente en todo respecto hasta el último año de su reinado. Enorme esfuerzo había exigido a su buena constitución; trabajando durante todo el día hasta altas horas de la noche, el Papa animado de celo de la Iglesia no se concedía ningún descanso. A pesar de esto los embajadores podían referir de año en año, que Su Santidad se hallaba muy bien.

Sólo en la primavera de 1590 bajo la perniciosa influencia de las terribles excitaciones que Olivares causaba al Papa, sobrevino un cambio en mal sentido. El exceso de trabajo y cuidados que

(1) V. Berga, Skarga, 217.

(2) V. las Acta consist. en Korzeniowski, 136. Cf. la *relación de Brumani de 7 de julio de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Una *carta del rey Segismundo al cardenal Montalto, fechada en Reval a 19 de septiembre de 1589, contiene junto con la petición de que tomase a su cargo el protectorado de Polonia vacante por la muerte del cardenal Farnesio, la otra petición de que le disculpase con el Papa el no haber enviado hasta entonces ningún embajador para que le prestase homenaje, porque le había reclamado enteramente la guerra contra los turcos y tártaros. Nunz. di Francia, 20, p. 60, *Archivo secreto pontificio*.

(3) Theiner, Mon. Pol., III, 172 s.

pesaba sobre el Papa, había de minar con el tiempo aun la constitución más robusta. A fines de abril de 1590 tuvo una fiebre intermitente originada por un enfriamiento, al que al principio no se prestó atención (1). Sixto V procuró combatirla por los medios ordinarios; tomó también más vino de lo que acostumbraba, lo cual en Italia es todavía hoy usual entre el pueblo en semejantes casos (2). La confianza de los que rodeaban al Papa, en su robusta naturaleza pareció justificarse por una mejora sobrevenida a fines de mayo. Sin embargo observadores más perspicaces notaron con recelo el mal aspecto y el profundo decaimiento de Sixto V (3), que con férrea energía se mantenía aún en pie y lo mismo que antes cumplía todas las obligaciones de su cargo. Cuando en la fiesta de la Ascensión (31 de mayo) celebraba la misa mayor, se advirtió que estaba con calentura (4).

El verano del año 1590 se caracterizó por un grandísimo calor. Mucha gente en Roma enfermó (5). Aunque Sixto se había ido al aireado Quirinal, padecía mucho bajo la extraordinaria temperatura (6). El 6 de julio hubieron de acortarse las audiencias de los embajadores, pues el Papa la noche anterior había sido molestado de fiebre y vómito. A pesar de esto el 7 de julio tuvo un consistorio público para la recepción del embajador polaco de obediencia (7). Cuatro días más tarde esparcióse en Roma el rumor de que el Papa había muerto. En vista de esto, los judíos, que precisamente tenían su mercado del miércoles en la Plaza Navona, empaquetaron a toda prisa sus mercancías, temiendo un saqueo (8). Con todo se supo pronto, que el Papa, aunque muy enfermo, vivía todavía. La constante excitación por los asuntos de Francia, las amenazas de los españoles y las noticias sobre la reaparición de los bandi-

(1) Cf. Vol. XXI, cap. IV, pág. 316.

(2) Cf. Hübner, II, 364, donde se han utilizado numerosas relaciones contemporáneas. V. además todavía las *cartas de Brumani de 12 de mayo y 2 de junio de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Cf. Santori, Autobiografía, XIII, 194.

(4) V. Hübner, II, 364.

(5) Cf. el *Avviso de 25 de agosto de 1590, Urb., 1058, p. 428, *Biblioteca Vaticana*.

(6) V. el *Avviso de 11 de agosto de 1590, *ibid.*, p. 407.

(7) V. la *relación de Brumani de 7 de julio de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(8) V. el *Avviso de 14 de julio de 1590, Urb., 1058, p. 363, *Biblioteca Vaticana*.

dos (1), no podían sino influir desfavorablemente en su salud (2).

Sixto V había expresado muchas veces, que un príncipe había de morir en medio de los negocios de su cargo (3). Como nunca había sido indulgente consigo mismo, tampoco ahora el Pastor supremo, anciano y debilitado por la fiebre, los cuidados y las excitaciones tuvo la más mínima consideración a su salud. Así no se dejó desviar del intento de asistir el 18 de agosto a pie a la procesión a la iglesia nacional alemana de Santa María del Ánima, en la cual se habían de dar gracias a Dios por la vuelta del margrave Jacobo de Baden a la antigua fe (4). Con esto cogió un resfriado (5). Después que al día siguiente se hubo llegado a un excitadísimo altercado con el embajador español, padeció el Papa el 20 de agosto un muy violento acceso de fiebre, a pesar de lo cual asistió el 21 a la congregación francesa (6). Un nuevo grave acceso de fiebre que le sobrevino después, puso a los que rodeaban a Sixto V, en justificada excitación. Se llamó al punto a los médicos y al cardenal Montalto, y más tarde también al datario. Los médicos permanecieron por la noche en el Quirinal (7). Sixto V había sido siempre un enfermo muy indócil. Como poseía algunos conocimientos de medicina, gustaba de conversar con los médicos sobre su salud, en lo cual solía dar su juicio sobre los remedios de ellos, y citar pasajes de Hipócrates, Galeno y Avicena. Nunca había estado acostumbrado a seguir los consejos que le daban. Así lo hacía también ahora. El 22 de agosto se levantó de la cama, comió melón y bebió vino refrescado con nieve, mientras negociaba con el datario y firmaba súplicas. También el 23 de agosto el Papa ya enfermo de gravedad despachó todavía negocios

(1) Cf. Vol. XXI, cap. II, pág. 97.

(2) El bien informado Maffei dice en sus *Historiae* (64) que Sixto V había muerto non tam senio morbove consumptus quam animi angore curisque ob suscepta recens cum Philippo rege certamina. Cf. también la carta de van Winghen de 1.º de septiembre de 1590 en Orbaan, *Sixtine Rome*, 275.

(3) V. Cicarella, *Vita Sixti V*.

(4) V. *ibid.* Cf. Ehses, II, 497, nota 1.

(5) V. Weech en la *Revista para la historia del Rin superior*, nueva serie, VII, 662, nota 1.

(6) Cf. Vol. XXI, cap. IV, pág. 326.

(7) V. la relación de Badoer de 25 de agosto de 1590, en Mutinelli, I, 185 s., que se le ha pasado por alto a Hübner (III, 514 s.). La narración de Badoer describe junto con Cicarella (loco cit.) auténticamente la enfermedad mortal de Sixto V. Sobre los médicos de Sixto V, además de Marini, I, 462 s., v. todavía G. Pinto, *Sisto V e l'igiene in Roma*, Roma, 1880, 6, nota 4.

de su cargo. Sus íntimos se asombraron cuando le hallaron libre de fiebre la tarde de este día.

Sixto V creyó ahora evidentemente haber vencido el peligro, y esto tanto más, cuanto que en la mañana del 24 de agosto se sintió mejor. Dejó la cama, y manifestó el deseo de oír la santa misa, recibir a los cardenales y presidir la sesión de la Inquisición que se solía tener en este día. De ello no se podía ciertamente hablar, pero faltó de consideración consigo mismo como siempre, no pudo impedírsele de trabajar cuatro horas enteras (1). A mediodía no sintió apetito, pero sí fuerte sed, que procuró apagar con agua fría. Luego firmó con el datario varias súplicas, después de lo cual volvió la fiebre. Sólo ahora consintió renunciar a las audiencias (2).

La fiebre ya no dejó al Papa; todo el día siguiente estuvo molestado por ella (3). A pesar de esto se levantó y tampoco observó las ordenaciones de los médicos respecto a su régimen, comiendo fruta. El 26 padeció de inapetencia. Cuatro accesos de fiebre le debilitaron en gran manera. La noche del 26 al 27 fué sumamente intranquila (4). Por la mañana hizo decir la santa misa en su aposento; sólo con ayuda de su camarero Sangalietto pudo incorporarse en el lecho durante la consagración (5). El enfermo, cuya inflexible fuerza de voluntad había luchado tanto tiempo con la muerte, no conoció hasta ahora que su fin se acercaba. Confesóse y recibió la extremaunción. No se le pudo dar la sagrada comunión por su fuerte catarro. Falleció al anochecer mientras se desencadenaba una furiosa tempestad sobre Roma. El cardenal Montalto estuvo hasta el último momento junto al lecho de muerte de su tío (6).

(1) Badoer (loco cit.) refiere esto expresamente. La mejora comunicóla al punto el cardenal D. Pinelli al dux el 24 de agosto de 1590: *N. S. ha havuto et ha tuttavia un poco di alterazione di febre; però si netta et con il buon governo si spera in Dio che non sarà altro et se bene è in 69 anni ha però robusta et buona complessione. Le SS. VV. ill^{me} faccino fare orazione a Dio per la salute di S. Beatitudine come si conviene ad ogni principe cristiano. *Archivio público de Génova*, Lettere cardinali, mazzo XII.

(2) Cf. el *Avviso de 25 de agosto de 1590, Urb., 1058, p. 431, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Badoer, loco cit. *La febre del Papa gli è venuta hoggi due hore prima del solito, refiere el embajador de Urbino en 25 de agosto de 1590, Urb., 1058, p. 428, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. Badoer en Mutinelli, I, 187. Cf. Cicarella, loco cit. y la relación que hay en Tempesti, II, 535.

(5) Relación de Sangalietto de 27 de agosto de 1590, en Hübner, II, 369.

(6) V. la relación en Tempesti, II, 536. A Celli (Storia d. Malaria nell'

La muerte de Sixto V, que había llegado a la edad de 69 años, fué para sus enemigos la señal para dar estallidos de odio salvaje. El rigor de la justicia y el aumento de los impuestos habían producido gran descontento. Pronto la chusma se amotinó en las calles, y se hizo la tentativa de derribar la estatua de mármol del Papa, obra del florentino Tadeo Landini, erigida por el senado en el palacio de los conservadores en agradecimiento por los muchos beneficios hechos a la Ciudad Eterna. Se afirmó que también los españoles habían tenido en ello su parte. Este dato parece creíble, si se leen las calumnias afrentosas que refirieron en Madrid los representantes de Felipe II, Olivares y Sesa. Decíase en estas relaciones contrariamente a la verdad, que el Papa había fallecido sin haberse confesado (1). Entre la necia multitud corrió este insensato rumor; los escritores de Avisos, que no habían olvidado el proceder de Sixto V

Agro Romano, Città di Castello, 1925, 335) halla en la enfermedad de Sixto V todas las señales de una terciana.

(1) Contra Brosch, que (I, 299) afirma que Sixto había muerto sin confesarse, ya Vast ha hecho valer en la *Revue critique*, 1880, 326 s., que de ello no existen pruebas suficientes. Brosch repite sencillamente la calumnia de los embajadores españoles (v. Hübner, III, 517), la cual se halla también en un despacho por lo demás no citado por él con todo pormenor, del marqués Muti, que como embajador del duque de Saboya juzga tan parcialmente como los embajadores de Felipe II, y concluye enfáticamente: «El Papa indudablemente mayor que ha tenido la Iglesia desde casi trescientos años y visto el mundo desde este tiempo, ha muerto in suprema impenitentia». Con todo, que Sixto V realmente se confesó, consta por la *relación de Brumani a Julio Petrozani, fechada en Roma a 27 de agosto de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cuán a conciencia lo refirió Brumani se ve claro por lo que sigue: Como había también notificado, que el Papa había comulgado, se apresuró en corregir esto en su *carta de 1.º de septiembre de 1590 al duque de Mantua. En esta carta toca también Brumani los rumores esparcidos por los enemigos del Papa sobre sus últimas horas, respecto de los cuales hace notar: *La verità è che si confessò et me lo giura Aldobrandino* [penitenciario mayor], *ma per il catarro non si puote comunicare* et in un tempo perse li sentimenti onde viene *calunniato*, etc. (*Archivo Gonzaga de Mantua*). También una relación que se halla ahora en el *Archivo capitular de Módena*, notifica que Sixto V no pudo recibir la sagrada comunión rispetto al molto catarro che in un tratto gli soprabondò. Por lo demás el dato ya de suyo enteramente improbable de la impenitencia de Sixto V no se atreve a repetirlo ni el mismo autor tan enemigo suyo de los *Anales de Sixto V, que se hallan en el Cód. K. 6 de la *Biblioteca Vaticelliana de Roma*.— Asimismo es cierto que el rumor que pronto corrió (v. la indicación de Maisse en la *Revue des quest. hist.*, XL, 42), de que el Papa había sido envenenado por los españoles, era falso. Aunque ya Hübner (III, 517) había dado esto por averiguado, Robiquet repitió aún el dato como verdadero. Lewin (Los venenos en la historia universal, Berlín, 1920) al contrario lo rechaza (p. 514); cree que el Papa sucumbió de una encefalitis.

contra su clase profesional, lo difundieron en los países extranjeros (1).

Los esfuerzos del condestable Colonna y de Mario Sforza, a quienes el colegio cardenalicio había encargado apaciguar la población, lograron salvar la estatua del palacio de los conservadores y evitar mayores desórdenes. Túvose cuenta con la excitada disposición de los ánimos, sustrayendo a las miradas el monumento con una cubierta de tablas. Demás de esto un decreto del senado dispuso que en lo futuro no se erigiesen más estatuas a los Papas durante su vida (2).

El cadáver de Sixto V había sido conducido en la noche que siguió a su muerte desde el Quirinal a San Pedro, donde fué sepultado provisionalmente (3). El corazón fué llevado a la iglesia de los Santos Vicente y Anastasio, situada no lejos del Quirinal (4), costumbre que se observó desde entonces en todos los Papas posteriores, excepto León XIII. La oración fúnebre en las exequias de Sixto V pronuncióla Baldo Cataneo (5).

Un año más tarde, el 26 de agosto de 1591, Montalto hizo trasladar con procesión solemne el cadáver de su tío al sepulcro (6) que éste ya en vida se había edificado en la capilla del Pesebre en la basílica de Santa María la Mayor (7). El monumento de Sixto V se levanta

(1) V. el *Avviso de 29 de agosto de 1590, que comienza con estas palabras: *Placatus est Dominus ne faceret malum et miseriam est populo suo!* (Urb., 1058, p. 437, *Bibl. Vaticana*). Cf. además Hübner, II, 377, nota. El mismo escritor de Avisos refiere aún en 5 de septiembre de 1590: *Si dice hora che Sisto V avesse un spirito domestico chiamato Dante et che da quello sia stato ingannato circa il tempo che doveva vivere in Pontificato! (Urb., 1058, p. 450). El rumor de los romanos lo repite el relator del duque de Urbino, Gracioso Grattiosi, en su *carta de 29 de agosto de 1590, *Archivo público de Florencia*, Urbino, p. 145.

(2) V. el texto en Cicarella, *Vita Sixti V*. Cf. Rodocanachi, *Capitole*, 112; Steinmann, *Las estatuas de los Papas en el Capitolio*, Roma, 1924, 13. La desaparición posterior de la estatua todavía no ha sido puesta en claro; v. Sobotka en el *Anuario de la colección prusiana de arte*, XXXIII, 265, el cual sin embargo, alegando a Ranke, II⁸, 144, se inclina al falso supuesto de que la estatua fué destrozada durante las turbulencias acaecidas a la muerte de Sixto V. Cicarella lo contradice expresamente, diciendo: *statuam Sixti in Capitolio erectam evertere voluerunt*.

(3) *Al lato della capella di S. Andrea; v. *Avviso de 1.º de septiembre de 1590*, Urb., 1058, p. 443, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. Forcella, IX, 281.

(5) Baldi Catanei *Oratio in funere Sixti V P. M., Romae*, 1590.

(6) V. P. Alaleone en Gatticus, 482 s.

(7) Además del *Diario de Pablo de Alaleone (Barb. 2815, p. 187^b s., *Bibl. Vaticana*), v. Baldo Catani, *La pompa funerale fatta dall'ill. card. Mont-*

de un modo oportuno precisamente delante del que él había erigido a su bienhechor y amigo San Pío V. Muestra la misma forma de un antiguo arco triunfal que aparece por primera vez en los sepulcros de los Papas Médicis. Cuatro preciosas columnas de Verde antiguo sostienen el ática, coronada por el escudo del Papa, la cual adornan tres relieves. En el nicho de en medio se halla la gran estatua de mármol del Papa labrada por Juan Antonio Paraca llamado Valsoldo; vestido de capa pluvial, está orando de rodillas con la cabeza algo inclinada hacia delante y las manos juntas; la tiara está a la izquierda junto a él en el suelo. La sencilla inscripción dice solamente, que aquí descansa el Papa Sixto, de la Orden de los menores y su sobrino Alejandro Peretti erigió el monumento. Al lado de la estatua están colocados dos relieves. El de la izquierda del espectador, asimismo obra de Valsoldo, se refiere a la solicitud del Papa por los pobres de Roma, alabada también por Silvio Antoniano (1), y las construcciones de la Ciudad, y el de la derecha con las escenas de combate y los hombres que llevan cabezas cortadas de bandidos, a la severa e inexorable administración de justicia y al demás cuidado del bien de la Ciudad Eterna. De los relieves del ático, que como los otros se ilustran con inscripciones (2), el de en medio representa la coronación del Papa, el de la izquierda la canonización del franciscano San Diego y el de la derecha la mediación de paz entre los Habsburgos y Segismundo de Polonia.

En la estatua del Papa llena de vida y expresión muéstrase Valsoldo hábil realista. En cambio los relieves que proceden de Egidio della Riviera (Hans van den Vliete) y de Nicolás Pippi de Arrás (3), con su superabundancia de figuras son poco agradables; manifiestan con demasiada claridad cuánto se había agotado la plástica al fin de aquel siglo (4). Son también trabajos mediocres las estatuas de

alto nella transport. dell'ossa di P. Sisto V, Roma, 1591. Cf. Tempesti, II, 545 s. El catafalco levantado en Santa María la Mayor lo dibujó Fontana, la pintura fué ejecutada por Juan Guerra de Módena y los relieves por Próspero Bresciano; v. Disegno del catafalco per l'essequie di P. Sisto V a S. Maria Maggiore... inventione del cav. Fontana il 27 d'Agosto 1591, lámina contemporánea. Cf. Muñoz, Roma barroca, 24 s. Sobre el catafalco v. también Baglione, 317.

(1) Quaeris cur tota non sit mendicus in urbe?

Tecta parat Sixtus suppeditatque cibos.

(2) V. Ciacconio, IV, 126, donde hay también una copia ciertamente insuficiente del monumento.

(3) Cf. Tempesti, II, 590 y Brinckmann, Escultura barroca, II, 216.

(4) Además de Kraus-Sauer, 622, v. también Sobotka en el Anuario de

los santos de la Orden a que Sixto había pertenecido: San Francisco de Asís, de Flaminio Vacca, y San Antonio de Padua, de Pedro Olivieri. El tipo del sepulcro en tanto se relaciona estrechamente con los sepulcros de los Médicis de Miguel Ángel, en cuanto que él como una segunda pared cubre casi enteramente el muro de la capilla (1). El cambio de dirección del gusto se muestra en el empleo de mármol de diversos colores, el cual, cuando el sol ilumina todo el conjunto, llega a producir la más maravillosa impresión.

Cuando Lelio Pellegrini en las exequias celebradas con motivo de la traslación del cadáver a Santa María la Mayor, en presencia del artístico catafalco describió con palabras elocuentes los profundos sentimientos religiosos del difunto, su pureza de vida, su gobierno sumamente severo, pero excelente, su incesante cuidado de Roma y del Estado de la Iglesia, sus grandiosas construcciones, sus afanes por Francia y sus felices éxitos político-eclesiásticos en Polonia, Alemania y Suiza (2), un movimiento imposible de desconocer invadió al auditorio, entre el cual se hallaban treinta y nueve cardenales. Refiérese que ahora aun los romanos conocieron todo el mérito de Sixto V y lamentaron sinceramente haber perdido semejante rey (3).

Cuán profundamente se grabó en la memoria y en la fantasía del pueblo la personalidad singular y enteramente extraordinaria del encumbrado de la casa de un pobre labriego a la suprema dignidad, muéstralo el hecho de que muy pronto se tejió una leyenda alrededor de su carrera y de sus hechos. Todavía hoy continúa viviendo «el Papa Sixto» en el pueblo romano en numerosas anécdotas (4). Cuando se trata de su reinado, que no duró más que cinco años y cuatro meses, se habla comúnmente del castigo sin compasión de los bandidos, luego de los Montes de piedad y el tesoro, de las Congregaciones y del Obelisco Vaticano. Con esto la tradición designa adecuadamente las diversas ramas de la actividad de su gobierno

la colección prusiana de arte, XXXIII, 271 y R. Cecchetelli Ippoliti, *La tomba di P. Sisto V*, Roma, 1923.

(1) V. Escher, 105 s.

(2) V. Ciaconio, IV, 141 s.; Tempesti, II, 553 s.

(3) El *Avviso de 28 de agosto de 1581 habla de popolo dolente del perso et non conosciuto Pontefice. Urb., 1060, II, 457, *Biblioteca Vaticana*.

(4) Cf. Zanazzo, *Tradizioni popolari Romane*, Roma, 1907. De ningún Papa se cuentan tantas anécdotas; v. Moroni, LXVIII, 92 s. Además de Sixto V, se han conservado vivos en la memoria de los romanos sólo León X, Benedito XIV, Pío IX y Pío X.

interior: administración de justicia, reorganización de la hacienda, reforma del gobierno eclesiástico y ornamentación monumental de Roma.

Las antiguas narraciones históricas se han detenido principalmente en esta parte de su actividad. Sólo la moderna investigación histórico-crítica ha separado la verdad de la ficción en la vida de este Papa genial, y además de su actividad eclesiástica ha hecho también justicia a sus relaciones políticas extranjeras, principalmente a su conducta tan prudente como llena de consecuencias respecto de las guerras civiles de Francia. Cuantas más relaciones diplomáticas se han sacado de la oscuridad de los archivos, tanto más claramente se ha conocido qué rara claridad de inteligencia, cuán vasta y profunda mirada y grandiosos pensamientos (1), qué fuerza de voluntad y qué intrepidez eran propias de Sixto V.

Se cree, así lo había notificado luego después de la elección de Sixto V el secretario de la embajada toscana, Vinta, que el nuevo Papa ni será español, ni francés, sino que conservará su libertad para bien de la cristiandad y de la Santa Sede (2). En efecto, la norma de Sixto V fué como padre común tomar su posición sobre todas las potencias seculares lo más imparcialmente posible (3). El bien de la Iglesia y la dignidad de la Santa Sede estaban para él sobre todo (4). Libre de tutela secular quería emplear todas sus fuerzas en guardar y aumentar la fe que había tan celosamente anunciado como franciscano y protegido como inquisidor. Éste era el pensamiento fundamental de su política (5). Como su favorecedor y campeón de la fe San Pío V, tomó siempre en primer término por regla de su obrar

(1) Esto lo reconoce también un escritor tan hostil a los Papas como Brosch; v. *Historias de la vida de tres grandes visires*, Gotha, 1899, 21.

(2) Relación de 24 de abril de 1585, en Galluzzi, IV, 19.

(3) Cuán altamente pensaba Sixto V de su posición de Papa, muéstralo el haber dado a entender a Rodolfo II el 12 de octubre de 1589 a vista de las revueltas de Francia, que él, el Papa, y no el emperador, había de dirigir en Francia (v. Schwiczer, III, 71). Cuando corrió el rumor de la concesión del título de rey al gran duque de Toscana, se encargó al nuncio de Praga, Visconti, el 24 de marzo de 1590, que hiciese saber a Rodolfo II que la concesión de esta dignidad pertenecía al Papa y no al emperador, pues era claro que el Imperio estaba sujeto al Pontificado (v. *ibid.*, 151 s.).

(4) V. las sentencias de Sixto V en Desjardins, V, 13, 17.

(5) Además de Hübner (II, 37), recientemente ha hecho resaltar esto muy bien Herre (375, 380). La inscripción de 1586 que está en la iglesia de los Santos Apóstoles alaba a Sixto V como *justitiae vindex*, *propagator religionis*; v. Forcella, II, 247.

el provecho de la religión, ora se tratase de los negocios de Francia, Inglaterra, Alemania o Polonia.

De importancia histórica fué su actitud respecto de la gran crisis de Francia. A pesar de algunos desaciertos logró aquí preparar ya la solución que debía ejecutarse en tiempo de Clemente VIII: la reconciliación de Enrique IV con la Iglesia, la preservación de Francia tanto de las novedades religiosas como de graves luchas interiores y de la sujeción por la monarquía universal española. Sixto V, no solamente al conservar al pueblo francés la fe católica, sino también al librarlo de que fuese subyugado por un dominador extranjero, salvó al mismo tiempo la libertad de la Santa Sede de la tutela cada día más insoportable que sobre ella ejercía el rey de España (1).

En la apreciación de la actividad de Sixto V como rey temporal el juicio imparcial ha de corregir exageraciones anteriores. En este terreno se ha conquistado indudablemente los más diversos méritos; su grandiosa solicitud por el bien de sus vasallos, y sus trabajos de utilidad pública le aseguran un lugar entre los mejores gobernantes. Pero muchas cosas que se le atribuyeron, no resisten la crítica. Así no puede hablarse de una *completa* extirpación de los bandidos (2); mas sus disposiciones quebrantaron de tal manera las relaciones de los bandidos con los señores feudales, que éstas por nada fué posible restablecerlas en su antiguo vigor (3). Asimismo sólo condicionalmente puede tratarse de una actividad reformatoria de Sixto V en lo tocante a la hacienda pública y a la administración política de los Estados pontificios. En este respecto se ha hecho resaltar con verdad, que aquí sólo en tanto fué un reformador, en cuanto que tomó la vida en el punto en que estaba madura para una incipiente formación (4). También en el terreno eclesiástico muchas veces condujo a su término el precedente desenvolvimiento (5). Pero por esto no queda disminuído el mérito que adquirió preparando con su constitución de 20 de diciembre de 1585 una más estrecha unión de toda la Iglesia con Roma, llevando adelante poderosamente la reforma y restauración católica y dando forma fija y definitiva al colegio

(1) Cf. Vol. XXI, introducción y cap. IV.

(2) Cf. Vol. XXI, cap. IV, pág. 326.

(3) V. Brosch, I, 238.

(4) V. *ibid.*, 284 s., 293.

(5) Ahincadamente hace resaltar esto Karttunen (Gregoire XIII, p. 65 s.).

cardenalicio y a las Congregaciones. Aquí se acreditó de grande organizador. La reforma de administración, que halló su expresión en la institución de las Congregaciones, reguló aquel gobierno universal tranquilo, callado y central de la Santa Sede cuya grandiosidad es admirada aun por sus mortales enemigos. Sus predecesores habían preparado aquí igualmente los caminos a Sixto V, sus sucesores han añadido algunas cosas; pero todo lo esencial de la organización que dió a las comisiones de los consistorios, fué establecido por él de manera, que el nuevo orden pudo sostenerse inalterado durante siglos. Sus rasgos esenciales siguen subsistiendo todavía hoy aun después de la transformación por la cual el inolvidable Pío X, salido del pueblo al igual que Sixto V, tuvo cuenta con el moderno desenvolvimiento.

De una manera semejante el reinado de este Papa nacido para monarca fué de gran importancia para la transformación y ornamentación monumental de la Ciudad Eterna, la cual en algunas partes sólo por Sixto V conservó su forma actual y aun después de las violentas destrucciones de los últimos tiempos deja ver todavía en muchas cosas el sello que le dió Sixto. Si pensamos cómo Sixto V hizo ejecutar todo esto en Roma en un reinado de sólo cinco años, nos llenamos de admiración del gran talento y extraordinaria energía del Papa, que supo imprimir a todas sus empresas el sello de una grandeza genuinamente romana. El sentido dirigido a lo real de este Papa genial muéstrase también en este terreno: todas sus empresas arquitectónicas tuvieron siempre un carácter práctico o sirvieron para la glorificación de la fe (1).

(1) Juicio de Gregorovius, *Los sepulcros de los Papas*², Leipzig, 1881, 151.

VIII. Fomento de la ciencia y el arte. Actividad arquitectónica en Roma; transformación y embellecimiento de la Ciudad Eterna

Aunque Sixto V gobernó con parsimonia su casa, con todo para la ciencia y el arte tuvo las manos abiertas. Como no era de esperar otra cosa, en ello estaban enteramente en primer término los puntos de vista eclesiásticos (1). Muy claramente se expresa esto en los escritos que se dedicaron al Papa. Son en su mayor parte sobre materias teológicas. Pero entre ellos se hallan también cierto número de trabajos de género profano (2). El más importante entre

(1) V. v. Sickel, «Biblioteca Sixtina y Leonina», en la «Wiener Zeitung», 1892, núm. 269, y D. Frey, Documentos para la historia de la arquitectura barroca romana (tirada aparte del Anuario vienés para la historia del arte, III, 1924), 43.

(2) V. Ciaconio, IV, 131. Los más se conservan en la *Bibl. Vaticana*, entre ellos todavía muchos inéditos. Mencionemos aquí: Iulii Ferretti (Ravenatis) *Defensorium fidei, Vat. 8485; Petri Ocariz (clerici Tirasonensis) *De immaculata virginis Deiparae Mariae conceptione, Vat. 5563, p. 97-110; Annib. de Grassis (episc. Pavent.), De iurisdictione univ. s. Pontificis in temporalibus, Vat. 5434 (impreso en Rocaberti, IV, 21 s.); Frat. Alfonsi Giaconi *Preces sacrae in morem Rom. Eccles. pro navigantibus, Vat. 5681; Consalvi Ponce, *Animadversiones in latinam versionem Epiphaniae, Vat. 5505; Franc. Soares (iuriscons.), *Panegyricus dicatus ad Sixtum V (especialmente sobre la extirpación de los bandidos), Vat. 5542; Fra. Lucantonio Veneruccio (Min. conv.), *Il magistrato christiano, Vat. 5473; Discorso del principato e della repubblica et del buon governo della chiesa (anónimo), Vat. 5476; Aurelio Marinati (Dr. da Ravenna), *Terzo ragionamento in proposito d. s. lega che dovria farsi fra principi christiani contra infedeli e nemici d. s. chiesa, Vat. 5531, p. 38 s.; Hieronymi Manfredi, *Tactatus contra Ugonottas, Vat. 5498; *De summo Pontificatu dialogus ad Sixtum V Picentino auctore, en el Cód. Q. 6. 26 de la *Biblioteca Angelica de Roma*. Sobre una obra dedicada por el jesuita alemán C. Schulting v. Ehses-Meister, I, 188. El cardenal Valiero dedicó a Sixto V los Sermones S. Zenonis, Veronae, 1589. Sobre los escritos que dedicó al Papa P. Galesini, v. el número 38, 4 del apéndice del vol. XXI. Sobre el comentario a San Juan del jesuita Toledo v. Astráin, IV, 47. Según F. Ladelei (Storia d. botanica in Roma, Roma, 1884, 10) el botánico Juan Fabro fué favorecido por Sixto V. Sobre las

cardenalicio y a las Congregaciones. Aquí se acreditó de grande organizador. La reforma de administración, que halló su expresión en la institución de las Congregaciones, reguló aquel gobierno universal tranquilo, callado y central de la Santa Sede cuya grandiosidad es admirada aun por sus mortales enemigos. Sus predecesores habían preparado aquí igualmente los caminos a Sixto V, sus sucesores han añadido algunas cosas; pero todo lo esencial de la organización que dió a las comisiones de los consistorios, fué establecido por él de manera, que el nuevo orden pudo sostenerse inalterado durante siglos. Sus rasgos esenciales siguen subsistiendo todavía hoy aun después de la transformación por la cual el inolvidable Pío X, salido del pueblo al igual que Sixto V, tuvo cuenta con el moderno desenvolvimiento.

De una manera semejante el reinado de este Papa nacido para monarca fué de gran importancia para la transformación y ornamentación monumental de la Ciudad Eterna, la cual en algunas partes sólo por Sixto V conservó su forma actual y aun después de las violentas destrucciones de los últimos tiempos deja ver todavía en muchas cosas el sello que le dió Sixto. Si pensamos cómo Sixto V hizo ejecutar todo esto en Roma en un reinado de sólo cinco años, nos llenamos de admiración del gran talento y extraordinaria energía del Papa, que supo imprimir a todas sus empresas el sello de una grandeza genuinamente romana. El sentido dirigido a lo real de este Papa genial muéstrase también en este terreno: todas sus empresas arquitectónicas tuvieron siempre un carácter práctico o sirvieron para la glorificación de la fe (1).

(1) Juicio de Gregorovius, *Los sepulcros de los Papas*², Leipzig, 1881, 151.

VIII. Fomento de la ciencia y el arte. Actividad arquitectónica en Roma; transformación y embellecimiento de la Ciudad Eterna

Aunque Sixto V gobernó con parsimonia su casa, con todo para la ciencia y el arte tuvo las manos abiertas. Como no era de esperar otra cosa, en ello estaban enteramente en primer término los puntos de vista eclesiásticos (1). Muy claramente se expresa esto en los escritos que se dedicaron al Papa. Son en su mayor parte sobre materias teológicas. Pero entre ellos se hallan también cierto número de trabajos de género profano (2). El más importante entre

(1) V. v. Sickel, «Biblioteca Sixtina y Leonina», en la «Wiener Zeitung», 1892, núm. 269, y D. Frey, Documentos para la historia de la arquitectura barroca romana (tirada aparte del Anuario vienés para la historia del arte, III, 1924), 43.

(2) V. Ciaconio, IV, 131. Los más se conservan en la *Bibl. Vaticana*, entre ellos todavía muchos inéditos. Mencionemos aquí: Iulii Ferretti (Ravenatis) *Defensorium fidei, Vat. 8485; Petri Ocariz (clerici Tirasonensis) *De immaculata virginis Deiparae Mariae conceptione, Vat. 5563, p. 97-110; Annib. de Grassis (episc. Pavent.), De iurisdictione univ. s. Pontificis in temporalibus, Vat. 5434 (impreso en Rocaberti, IV, 21 s.); Frat. Alfonsi Giaconi *Preces sacrae in morem Rom. Eccles. pro navigantibus, Vat. 5681; Consalvi Ponce, *Animadversiones in latinam versionem Epiphaniae, Vat. 5505; Franc. Soares (iuriscons.), *Panegyricus dicatus ad Sixtum V (especialmente sobre la extirpación de los bandidos), Vat. 5542; Fra. Lucantonio Veneruccio (Min. conv.), *Il magistrato christiano, Vat. 5473; Discorso del principato e della repubblica et del buon governo della chiesa (anónimo), Vat. 5476; Aurelio Marinati (Dr. da Ravenna), *Terzo ragionamento in proposito d. s. lega che dovria farsi fra principi christiani contra infedeli e nemici d. s. chiesa, Vat. 5531, p. 38 s.; Hieronymi Manfredi, *Tactatus contra Ugonottas, Vat. 5498; *De summo Pontificatu dialogus ad Sixtum V Picentino auctore, en el Cód. Q. 6. 26 de la *Biblioteca Angelica de Roma*. Sobre una obra dedicada por el jesuita alemán C. Schulting v. Ehses-Meister, I, 188. El cardenal Valiero dedicó a Sixto V los Sermones S. Zenonis, Veronae, 1589. Sobre los escritos que dedicó al Papa P. Galesini, v. el número 38, 4 del apéndice del vol. XXI. Sobre el comentario a San Juan del jesuita Toledo v. Astráin, IV, 47. Según F. Ladelei (Storia d. botanica in Roma, Roma, 1884, 10) el botánico Juan Fabro fué favorecido por Sixto V. Sobre las

éstos es el docto escrito de su médico de cabecera, Andrés Bacci, sobre las fuentes y baños calientes de todos los países y tiempos (1). Entre las obras históricas cuya dedicatoria aceptó el Papa, están en primera línea el primero y segundo tomo de los célebres Anales eclesiásticos de Baronio (2). El docto oratoriano había dedicado ya antes a Sixto V sus notas al Martirologio Romano (3). Sixto para favorecer la obra de los Anales, en que trabajaba Baronio desde hacía veinte años, asignóle después una pensión anual de 400 escudos, a cuya aceptación hubo de ser obligado el docto escritor (4). Fuera de esto hizo el Papa venir para Baronio manuscritos y libros hasta de España (5). En mayo de 1587 puso a su disposición seis prensas para imprimir su obra y le dió un ayudante perito, que le descargó del trabajo de corregir las pruebas (6). Después de la presentación del primer tomo le envió un donativo en dinero (7).

En la carta en que dedicaba los Anales al Papa, cuenta Baronio el origen de esta obra gigantesca, impulsada e incansablemente promovida por San Felipe Neri, y menciona también el apoyo que se le otorgó, por cuanto el cardenal bibliotecario Antonio Carafa puso a su disposición los incomparables tesoros de manuscritos de la Biblioteca Vaticana para que los utilizase sin limitación alguna. Los cardenales Carafa, Silvio Antoniano y Paleotto, que habían leído los

Prelezioni anatomiche del médico Piccolomini dedicadas al Papa v. Curatolo, L'arte di Juno Lucina in Roma, Roma, 1901, 127. La colección tocante a ciencias naturales formada por Miguel Mercati hizola colocar Sixto V en una sala especial de la Biblioteca Vaticana; v. Lais en los Atti dei nuovi Lincei, 1879; Rossi en los Studi e docum., V, 370.

(1) Andr. Baccii Elpidiani, De thermis libri septem, Venetiis, 1588. De otras obras de género profano que se dedicaron a Sixto V, cito todavía algunas inéditas; en la *Bibl. Vaticana*: Giov. Batt. Scaglia, *Modo proposto a P. Sisto V di far una republica di principi christiani, Vat. 5505; El mismo, *Dichiaratione sopra una supplica data a Sisto V per l'unione de principi sotto nome di repubblica christiana, Vat. 5537; Ant. Numaio, *Della lode della historia, Vat. 5530; en el Cód. E. VIII, 258 de la *Biblioteca Chigi de Roma*: Bart. Guidotti (Brix., can. s. Georgii in Alga), *Trattato d'arte militare si per terra come per mare. Gnoli (15) menciona la declaración de Teofrasto, de F. Accoramboni.

(2) Sobre los Anales cf. nuestros datos del vol. XIX. Sobre la dedicatoria v. Calenzio, Baronio, 261 s. Ibid., XLVIII ss. sobre las ediciones de los Anales.

(3) V. Calenzio, 222 s. Cf. el vol. XXI.

(4) V. Calenzio, 227 s. Los dos breves de Sixto V a Baronio se hallan en el App. in Annales C. Baronii, Lucae, 1740, 409.

(5) V. Mercati en el escrito de circunstancias Per Ces. Baronio. Scritti vari nel terzo centenario d. sua morte, Roma, 1907, 140, nota.

(6) V. Baumgarten, Nueva noticia, 299.

(7) V. Calenzio, 265.

pliegos impresos, tributaron a Baronio las mayores alabanzas. Pero él pensó modestamente, que aquéllos hacían un aprecio demasiado elevado de su mérito; que la gloria pertenecía a Dios nuestro Señor (1). Ya en 1589 Plantin publicó en Amberes una nueva edición de los Anales, y un año más tarde el obispo de Asti, Panigarola, dispuso un extracto en lengua italiana, que dedicó al cardenal Alejandro Montalto. Marcos de Fugger hizo emprender una traducción alemana, pues dijo que de todas las Historias eclesiásticas hasta entonces salidas a luz los Anales eran la mejor, y que prestarían buenos servicios en Alemania contra los centuriadores de Magdeburgo (2). Baronio había prescindido de una polémica directa; a la caricatura de las centurias opuso la historia verdadera y auténtica. También varios investigadores que no comparten sus ideas católicas, han apreciado el «extraordinario servicio» que prestó Baronio a la historiografía, suministrando en manera grandiosa, en cuanto era posible con los medios de entonces, un cronicón de historia eclesiástica, que todavía hoy ha de designarse como una «mina» para la historia eclesiástica de la edad media (3).

Entre otras obras históricas que se dedicaron a Sixto V, mencionemos aún: la vida del cardenal Hosio, de Estanislao Reszka, dos escritos relativos al desenvolvimiento de la Orden franciscana (4), un nuevo escrito documentado sobre Gregorio IX (5) y las vidas de los Papas Nicolás IV y San Pío V (6), por las que Sixto se interesó vivamente. El sentido práctico del Papa mostróse en su interés por la colección de las decretales y constituciones de sus predecesores (7).

(1) V. *ibid.*, 236.

(2) V. *ibid.*, 250 s., 253 s., 265.

(3) V. Reuter y Mirbt en la *Enciclopedia de Herzog*, II³, 416 s. Sobre la admiración tributada a Baronio por J. Fr. Böhmer v. mi comunicación en el escrito de circunstancias. Per Ces. Baronio, 15 s.

(4) P. Ridolfi, *Hist. religionis* (v. Holzapfel, 579); Fr. Gonzaga, *De origine seraph. religionis Francisc. eiusque progressibus, Romae*, 1587. Cf. Marcelino da Civezza, *Bibliografía*, 215 s.

(5) V. Baumgarten, *Nueva noticia*, 134, donde también se habla de otros trabajos comenzados por G. Voss por deseo del Papa. *Ibid.*, 340 sobre el interés de Sixto V por la impresión de las obras de O. Panvinio.

(6) Hieron. Rubel, **Vita Nicolai IV*, Barb. XXXIII, 136, *Bibl. Vaticana*. Sobre la vida de San Pío V, de Catena, v. nuestros datos del vol. XVIII. De muy poca importancia es el *trabajo de Nic. Vicente Bonaventura (Barolitanus, Minorita), dedicado a Sixto V en 1585, el cual se halla en el Vat. 5531, p. 77 s., *Bibloteca Vaticana*.

(7) V. vol. XXI.

Entre los trabajos dedicados a Sixto V que se refieren a Roma (1), además de la colección de poesías del oratoriano Juan Francisco Bordini (2), uno produjo en el Papa especial alegría: es éste el tomo en folio compuesto por su arquitecto Domingo Fontana sobre la traslación del Obelisco Vaticano y las otras construcciones emprendidas en Roma. La gran portada de esta obra ilustrada ricamente con imágenes (3) representa un frontispicio de templo sostenido por columnas; en el friso está la dedicatoria al Papa, cuyo escudo sostienen arriba dos ángeles, en el medio se halla el retrato de Fontana, que tiene en las manos un modelo del obelisco y una medalla pontificia con la imagen de su favorecedor. La dedicatoria alaba con toda razón a Sixto V como al autor de la transformación arquitectónica de Roma. Con más luz que todos los elogios ilumina esta propia relación de Fontana el genio de gobierno del Papa, que se manifiesta en todos sus actos. Sixto V, así se reconoce claramente, habiendo trazado grandiosos planes, dirige toda la actividad arquitectónica. Nunca se pierde en pequeñeces y sabe dar al talento el justo lugar (4).

La traslación del Obelisco Vaticano a la plaza de San Pedro ofreció igualmente ocasión al docto poeta Pedro Ángel Bargeo para

(1) *Lettera [di Catervo Foglietta] di ragguaglio delle chiese di Roma et opere fatte da Sisto V S. P. con riflessioni morali, en el Ottob. 568 (dedicatoria fechada a 10 de mayo de 1587); Federici et Marini Rainaldorum, *Epistola nuncupat. ad Sixtum V in librum de imagine Delparae ad S. Mariam Mai., en el Reg. 2023, p. 288 s. (también en el Vat. 3921, p. 72 s. y Vat. 5539). *Biblioteca Vaticana*. En el Cód. S. 6. 6 de la *Biblioteca Angelica de Roma* hay varias poesías a la nueva capilla de Santa María la Mayor. Cf. Narducci, 498. Sobre el libro de José Castalio acerca de la columna de Antonino Pío o Marco Aurelio, dedicado a Sixto V, v. I. Nicii Erythraei Pinacotheca, I, 167. Numerosas son las poesías a la erección del obelisco (cf. abajo, p. 215). Un *epigrama perteneciente a este asunto de Dominic. Berzerra Ispalen. se halla en el Ottob. 695, p. 43-44, *Biblioteca Vaticana*.

(2) De rebus praeclare gestis a Sixto V Io. Franc. Bordini Carminum liber I, Romae, Iac. Tornerius, 1588 (sumamente raro y no existente ni siquiera en la misma Biblioteca Vaticana). Las trece láminas en madera que hay en él, dan vistas en parte interesantes de las construcciones de Sixto V en Roma (cf. Orban, Documenti, 422 s.). Un trabajo semejante, pero de poca importancia son los *Epigrammata Iulii Roscii Hortani, que están en el Vat. 5531, *Biblioteca Vaticana*. Ibid. *Ad Xystum V P. M. de restaurando Hortano ponte antiquissimo Iulii Roscii Hortani narratio. A este lugar pertenece también Vinc. Robardi Sixti V gesta quinquennalia, Romae, 1590.

(3) Della trasportazione dell'obelisco Vaticano et delle fabbriche di N. S. P. Sisto V, Roma, 1590.

(4) V. S. Brunner, Italia, II, 10 s.

un escrito que en unión con esto celebra también al Papa como gobernante (1). Bargeo dedicó a Sixto V todavía otra obra, la epopeya «Syrias», que en versos latinos trata el mismo asunto que el célebre poema de Torcuato Tasso «La Jerusalén libertada» (2). En atención a los planes de cruzada que concibió el Papa al principio de su reinado, esperaba ofrecer un presente apropiado; en la composición de su obra atúvose estrictamente al intento que se hace notar en la dedicatoria, crear un «poema cristiano».

Enteramente lleno de las mismas ideas estaba Tasso, el cual en sus «Disquisiciones sobre la poesía y en especial sobre el poema heroico», publicadas en 1587, defendía la opinión de que «las acciones de los paganos no ofrecen materia apropiada para formar de ellas una epopeya perfecta», pues, así añade explicándolo, «o en tales poemas hacemos intervenir los dioses que adoraban los paganos, o no; si no los hacemos intervenir, nos falta lo maravilloso, pero si los hacemos intervenir, el poema carecerá en aquellas partes de verisimilitud» (3).

El escrito que desenvuelve estas ideas, está dedicado al patriarca titular de Jerusalén, Escipión Gonzaga, que en 10 de diciembre de 1587 obtuvo la sagrada púrpura. Desde fines de octubre del mismo año Tasso fué huésped de este príncipe de la Iglesia (4), en cuyo palacio situado en la Via della Scrofa una inscripción menciona la estancia en él del célebre poeta.

Sixto V había protegido con buen éxito la libertad personal de Tasso contra el duque de Ferrara e intervenido enérgicamente por el poeta contra sus parientes en Nápoles (5). Pero a pesar de los inspirados versos que Tasso dedicó a las empresas arquitectónicas del Papa (6), la esperanza del poeta de alcanzar una

(1) *Commentarius de obelisco, Romae*, 1586. Cf. Rüdiger en los *Nuevos anuarios para la antigüedad clásica*, I² (1898), 505 s.

(2) *Petri Angeli Bargaei Syriados libri sex priores, Romae*, 1585. Cf. Tiraboschi, VII, 3, Roma, 1785, 297; Rüdiger, loco cit., 498 s.; Belloni, *Gli epigoni di Tasso*, Padova, 1895 (cf. *Giorn. stor. d. lett. ital.*, XXVII, 170); Manacorda en los *Annali d. Scuola norm. sup. di Pisa*, XVIII (1903).

(3) *V. Discorsi dell'arte poetica*, en las *Opere*, ed. Rosini, XII, 197 s.; Baumgartner, VI, 399.

(4) V. la carta de Tasso al duque de Mantua de 7 de noviembre de 1587 en las *Lettere ined. di alcuni illustri Italiani*, Milano, 1856, 45.

(5) V. Solerti, I, 576, 605; Cian. en el *Giorn. stor. d. lett. ital.*, XXVI, 414 s.

(6) V. *Opere* (Firenze, 1724), II, 560 s., 588 s. (sobre la Capilla del Pesebre, poesía dedicada a Sixto V). Un soneto hasta ahora desconocido de Tasso a Sixto V

colocación en Roma no debía cumplirse. No obtuvo ninguna audiencia, porque se temía que el morbosamente excitado molestaría al Papa (1).

También otros numerosos poetas dedicaron al Papa sus creaciones (2). Al ya mencionado oratoriano Bordini se agrega Tomás Bosio, de la misma Congregación (3). El romano Aurelio Orso cantó la Villa Montalto (4), Juan Bautista Stella y Antonio Quarenghi la escuadra recién fundada (5). A pesar de su gran carga de trabajo Sixto V se interesaba vivamente por los ofrecimientos literarios de este género. Así se refiere que cuando Lelio Zanchi de Verona le presentó su poema sobre la ira de Dios, estuvo conversando con él una hora sobre esto. Entre otras cosas trátase aquí de que la ira de Dios está justificada contra aquellos que echan a perder sus almas, así como también contra un príncipe tiránico (6). Bartolomé Ugolini fué recompensado generosamente por su libro sobre los santos sacra-

comunica Vatasso, tomándolo del Vat. 9880, en el *Albo offerto dagli Arcadi a Pio X*, Roma, 1909, 31. V. también Tasso, *Rime ined.* p. p. Vatasso, I, Roma, 1915, 69.

(1) V. Solerti, I, 591. Cf. Baumgartner, VI, 384.

(2) I. A. Peretti, *Sixti V P. M. creatio*. Carmen, Romae, sin año; Lauro Badoero, *Al S. ed O. Pontefice Sisto V. Canzone*, Roma, 1589; Felice Panne-macher, *Sonetto a Sisto V, en el Vat. 9020, p. 96, *Bibl. Vaticana*; Girol. Sorboli (theol. e medico di Bagnacavallo), *Canzone in lode di Sisto V P.*, Ferrara-Verona, 1585; *De Sixto V... elogium Angeli Rocchensis Augustiniani a Camerino, en el Cód. 6, 6, p. 134 de la *Biblioteca Angelica de Roma*; Fratrís Leandri Dulciani Placent. (ord. monast. s. Alexii) *Hymni varii ad Deum et sanctos, Vat. 5482; Ioh. Matth. Jamundi, *De morte D. N. Iesu Christi, Vat. 5486; Frat. Nicol. Vincentii Bonaventurae, *De quinque Sixtis summis pontificibus partim carmine, partim soluta oratione, Vat. 5531, *Bibl. Vaticana*; Feliciano Cotogni (da Foligno), *Del sant. parto della b. Vergine libri 3, en el Cód. C., II, 8 de la *Biblioteca del seminario de Foligno*. La notable poesía de un Padre jesuita a Sixto V sobre su curación por la bendición pontificia ha sido publicada por Baumgarten en la Revista trimestral romana, XX, 200 s. Antonio Costantini dispuso una colección de poesías en alabanza de Sixto V (*Rime in lode di Sisto V*, Mantova, 1611); v. Mazzuchelli, II, 1, 35. Cf. *ibid.*, II, 3, 1393 y 1595 sobre poesías todavía inéditas pertenecientes a este lugar. Sobre las poesías del obispo de Grasse Guillermo le Blanc, dedicadas al Papa, v. Massimo, *Notizie*, 98, 149.

(3) Cf. Villarosa, Scritt. Filippini, 74 s.; Capececiaturo, F. Neri, II², 692 s.

(4) V. Massimo, *Notizie*, 230 s., donde el poema está nuevamente publicado. Una segunda reimpression Romae, 1837; la edición original de 1588 está en la Biblioteca Vatic.

(5) V. Guglielmotti, Squadra, 28.

(6) V. el *Avviso* de 25 de noviembre de 1589 en Orbaan, *Avvisi*, 310. El *Tractatus de ira Dei poema ad Sixtum V de Lelio Zanchi lo hallé en el Vat. 5673, *Biblioteca Vaticana*.

mentos (1). También el célebre literato Fulvio Orsini recibió una abundante ayuda de costa (2).

Denota bien la cambiada disposición de los espíritus respecto de las cosas antiguas el que Orsini, cuando dedicó al Papa el escrito de su amigo Pedro Chacón (Ciaconio) sobre los convites de los antiguos romanos, creyese haber de disculpar en una larga explicación el tratar de antigüedades paganas mediante la indicación de la utilidad que resulta de ahí para la inteligencia de la Sagrada Escritura (3).

Generoso se mostró también Sixto V con la universidad romana, en la que en otro tiempo él mismo había enseñado (4). No solamente pagó sus deudas, que subían a 22 000 escudos, sino también continuó la nueva construcción del establecimiento comenzada por su predecesor (5). En el otoño de 1586 se efectuó una renovación del claustro profesoral y a la vez se aumentaron las rentas (6). La comisión cardenalicia para lo relativo a los estudios constituida ya por Julio III (7), fué transformada en la gran reforma de administración del año 1588 en una Congregación de cardenales. Pertenecían a ella Próspero Santa Croce, Antonio María Salviati, Escipión Lancellotti, Enrique Caetani y Alejandro Peretti (8). La administración de la universidad confiála el Papa en 1588 al colegio de los abogados consistoriales, de entre los cuales se había de tomar el rector (9). A la facultad de teología llamó en el mismo año al franciscano Octaviano de Ravena y al dominico español Bartolomé de Miranda (10). Cuando se trató de dar un sucesor al célebre Muret, Sixto V deseó primeramente el llamamiento de Bargeo; efectuóse con todo la colocación de Aldo Manucio, hijo de Pablo, quien empero no se acreditó (11). Muy feliz

(1) V. Iani Nicii Erythraei Pinacotheca, I, Coloniae Agripp., 1645, 201.

(2) V. Nollac, F. Orsini, 29.

(3) P. Ciaconius, De triclinio Romano. Fulvii Ursini appendix, Romae, 1588.

(4) V. Renazzi, II, 171 s.

(5) Cf. ibid., III, 3 s., 5 s.

(6) Cf. *Avviso de 27 de octubre de 1586, Urb., 1054, *Biblioteca Vaticana*, y Dejob, 318.

(7) V. nuestros datos del vol. XIII.

(8) V. Renazzi, III, 16.

(9) V. Bull., VIII, 897. Cf. Renazzi, III s.; Curatolo, L'arte di Juno Lucina in Roma (1901), 124.

(10) V. Renazzi, III, 29. El intento de llamar a un franciscano y a un dominico, ya existía en 1585; v. el *Avviso de 17 de septiembre de 1585, Urb., 1053, *Biblioteca Vaticana*.

(11) V. la *carta de J. A. Papio a Aldo Manucio, fechada en Roma a 24 de

elección fué la del romano Pomponio Ugonio, que en 1587 fué nombrado profesor de las lenguas francesa e italiana. Los discursos de Ugonio pertenecen al número de los mejores trabajos literarios de aquel tiempo (1). Posee imperecedero valor su obra sobre las iglesias de Roma en que se celebraba estación, dedicada a la hermana de Sixto V Camila Peretti (2). Con toda independencia está aquí utilizada la antigua literatura y empleada con crítica; son especialmente de gran valor las muy claras descripciones del estado de cada una de las iglesias y de las alteraciones que entonces padecieron. Fuera de esto Ugonio juntó material para una grande obra sobre los monumentos paganos y cristianos de la Ciudad Eterna (3). Para ello visitó también las catacumbas, donde en las de Santa Priscila se lee aún su nombre (4).

Tres universidades, la de Fermo (5), Graz (6) y Quito (7), debieron a Sixto V su origen. También la fundación del colegio Montalto de Bolonia (8) y el colegio de San Buenaventura de Roma (9) merecen mención en esta serie.

Correspondió al sentido práctico de Sixto V el que respecto a la Biblioteca Vaticana atendiese menos a que se enriqueciese (10)

septiembre de 1586; su original está en la *Biblioteca de Montpellier*. Cf. Baumgarten, Nueva noticia, 142.

(1) V. Renazzi, III, 45. Cf. Schott, *Iter Ital.*, ed. 1625, 363; *Bibliografia Rom.*, I (1880), 236 ss.; Schudt, Giulio Mancini, *viaggio per Roma*, Leipzig, 1923, 33 ss.

(2) *Historia delle stationi di Roma che si celebrano nella quaresima alla ecc. sig. Camilla Peretti*, dove oltre le vite de santi alle chiese de' quali è statione si tratta della origine, fondatione, siti, ristaurationi, ornamenti, reliquie et memorie de esse chiese antiche et moderne, Roma, 1588. Cf. v. Schlosser, *Literatura de arte*, 526.

(3) **Theatrum urbis Romae*, Barb. 1994, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. Rossi, *Roma sott.*, I, 15.

(5) Cf. Bull., VIII, 593 s.; Cursi, *L'università di Fermo*, Ancona, 1880, 135; Denifle, *Universidades*, 633 s. Sobre el favor que prestó el Papa a la universidad de Perusa, v. De Perugini auditori d. Rota Rom., Perugia, 1786, 112 s.; Rizzatti, Perugia, Bologna, 1911, 150, a la universidad de Valencia, Bull., VIII, 609, y a la de Bolonia, *ibid.*, 721 s. Cf. *ibid.*, 571 respecto a Pont-à-Mousson.

(6) Bull., VIII, 563 s.

(7) *Ibid.*, 733 s.

(8) V. **Sixtus V P. M.*, 91 s., *Archivo secreto pontificio*. Cf. Bull., VIII, 771 s.

(9) V. Bull., VIII, 978. Cf. D. Sparacius, *Seraph. D. Bonaventurae de urbe collegii a Sixto V fundati Synopsis historica*, Romae, 1923.

(10) Sixto V hizo llevar las obras manuscritas de Panvinio del palacio del cardenal Savelli al Vaticano; v. *Spicilegio Vatic.*, I, Roma, 1890, 87. La biblio-

que a que se asegurase y utilizase esta preciosa colección (1) para la ciencia católica. De la manera grandiosa que le era propia, cuidó el Papa de esto, haciendo levantar un nuevo edificio magnífico para la Biblioteca Vaticana, y erigiendo unida a ella como excelente complemento la Imprenta Vaticana del Estado. La bula de 27 de abril de 1587 (2), que cimentó económicamente esta fundación, circunscribe también más en particular sus fines. «Entre las más principales de las muchas obligaciones de nuestro cargo, así se dice en la introducción de este documento, contamos siempre el descubrimiento y refutación de los errores religiosos de los herejes y el fomento de la fe cristiana». Añádese que como los protestantes se servían con buen éxito de la imprenta para la propagación de su falsa doctrina, había que oponerse a ellos de igual manera, pero que de la misma manera había que procurar también a los pueblos lejanos la luz de la fe con escritos apropiados. Que para estos fines debía servir una imprenta de mucho rendimiento erigida en el Vaticano, en la cual se hiciesen ediciones correctas de la biblia, de los Santos Padres, de las vidas de los santos, de las decretales y otros libros religiosos no solamente en las lenguas latina e italiana, sino también en idiomas extranjeros. Que así debía el establecimiento servir con la mayor amplitud a la salvación de las almas, editando obras para la defensa y propagación de la religión católica, apropiadas para salvar a los que habían padecido naufragio en la fe, para afirmar a los vacilantes y enseñar a los ignorantes.

A la cabeza de la empresa fué puesto un experto impresor de Venecia, Domingo Basa, la superintendencia recibíola una de las quince congregaciones de cardenales, a la que pertenecía el cardenal Antonio Carafa, nombrado a la muerte de Sirleto bibliotecario de la Iglesia romana. Las costas subieron en total a 40000 escudos (3).

teca del cardenal Sirleto dejó de ser adquirida, sobre lo cual v. Mercati, *Per la storia d. Bibl. Apost.*, Perugia, 1910, 66, nota 2.

(1) Quedaron de conservadores Federico y Marino Rainaldi; v. *Rotolo di Sisto V, Vat. 7956, *Bibl. Vaticana*. Sobre el catálogo formado en tiempo de Sixto V v. Cat. Codic. Palat. lat., I, cxi. Cf. Carini, *Bibl. Vaticana*, Roma, 1892, 65 ss. V. también Baumgarten, Nueva noticia, 109 s.; Brom-Hensen, *Rommische Bronnen* (1922), 678.

(2) Bull., VIII, 841 s.

(3) V. Rocca, *De bibl. Vatic.*, Romae, 1591, 414; Bonanni, I, 432 s.; Baumgarten, *Vulgata Sixtina*, 9 s., 16 s. y Nueva noticia, 104, 109. Cf. Stevenson, 3; Ehrle, *La grande veduta Maggi-Mascardi del tempio e palazzo Vatic.*, 17. La *Bulla Sixti V qua Paulo Blado typographiae cameralis nova erectio ad vitam

Cuán homogéneas consideraba el Papa la imprenta y la biblioteca, se ve claro por el hecho de que quiso nombrar para ambos establecimientos los mismos correctores: dos naturales de cada una de estas cuatro naciones, Italia, Alemania, Francia y España, los cuales habían de ser teólogos o canonistas y saber bien las respectivas lenguas (1).

Lo mismo que la mayor parte de las otras creaciones de Sixto V también el pensamiento de la Imprenta Vaticana remonta su origen al tiempo de su cardenalato. Entonces se había ocupado con ardor en la edición de las obras de San Ambrosio, cuyo primer tomo salió a luz en 1580 (2). Junto con la continuación de esta edición comenzó también a publicarse en la Imprenta Vaticana la edición de las obras completas de San Gregorio Magno, preparada por Pedro de Tossignano (3). Ya ha sido descrito cuánto trabajo ocasionó al Papa el establecer un buen texto de la Vulgata (4). Fuera de esto Sixto V dió principio todavía a otra empresa, que consideró como una de las incumbencias principales de la nueva Imprenta Vaticana. Tratábase nada menos que de la publicación de las obras completas del gran teólogo franciscano medioeval San Buenaventura. La bula fechada a 14 de marzo de 1588 que declaraba doctor de la Iglesia a este celebrísimo representante de la escolástica al lado de Santo Tomás, y recomendaba urgentemente el estudio de sus obras a todos los teólogos (5), sirvió de introducción al primer tomo de la nueva edición, que en 1588 salió de la prensa vaticana y fué dedicada al Papa por

conceditur, fechada en 1589 Non. Cal. Febr.; se halla en los Bandi, V, 70, p. 180; *Archivo secreto pontificio*.

(1) V. Ehses, *Relaciones de nunciatura*, II, 283, 293, 333 s. (llamamiento de Enrique Gravio); Schweizer, II, 459, III, 12, 30. Cf. el *Avviso* en Baumgarten, loco cit., 13 s. V. también *Bulletin de l'Institut. Hist. Belge à Rome*, I (1919), 261; Brom-Hensen, *Rom. Bronnen*, 345 s., 359 s., 362 s., 678 s.

(2) Cf. vol. XXI. La aparición de un nuevo tomo de la edición de San Ambrosio, el cual costaba diez escudos, la menciona el **Avviso* de 17 de julio de 1585 Urb., 1053, p. 316, *Bibl. Vaticana*. Las **Ephemerides* de Gualterio refieren al 27 de abril de 1587: S. Ambrosii opera ab ipso Pontifice multorum annorum spatio incredibili cura et diligentia ante Pontificatum recognita et emendata pristinoque candori imprimi cepta sunt. Illud enim opus suscepit et absolvit. *Biblioteca Victor Manuel de Roma*.

(3) La dedicatoria alaba a Sixto V como a fundador de la Imprenta Vaticana. Cf. Tiraboschi, VII, 1, 195.

(4) Cf. el vol. XXI.

(5) Cf. el vol. XXI. V. también los breves de Sixto V en S. Bonaventurae O. Min. *Breviloquium... opera et studio Antonii Mariae a Vicentia*, ed. 2, *Friburgi Brisg.*, 1881, XI.

el cardenal Sarnano (1). Sixto V no vió el fin de esta publicación sumamente digna de agradecerse, para la cual hizo venir a Roma manuscritos de países extranjeros, como, por ejemplo, de Colonia (2), como ni tampoco la terminación de la edición de San Ambrosio y San Gregorio Magno. Tampoco se llegó a la impresión intentada por el Papa de las obras numerosas del agustino Onofre Parvinio (3). Para la ejecución de tan extensas empresas científicas como también para la realización de los planes de Sixto V respecto a centralizar los archivos eclesiásticos de Italia (4) hubiera sido necesario un pontificado más largo que el que le fué concedido.

Pero la brevedad del reinado de Sixto V no impidió que la transformación arquitectónica de Roma se promoviese de una manera, que nadie hubiera tenido por posible. Más todavía que en otros terrenos la seguridad, consecuencia, energía y prontitud con que aquí el Papa procedió, obligan a aprobar la opinión de su más reciente biógrafo, el cual hace al cardenal trazar planes para lo futuro durante su involuntario retiro en tiempo de Gregorio XIII (5).

Sixto V ya siendo cardenal había satisfecho su apasionada predilección por empresas arquitectónicas de grande envergadura. Testigo de ello fué la villa que hizo fabricar en el terreno bajo que separa el Viminal del Esquilino, y en las alturas contiguas. Sirvióse para ello de Domingo Fontana, nacido en 1543 en Mili junto al lago de Como, el cual lo mismo que su señor se había encumbrado desde la más baja condición — en tiempo de Pío IV había ido a Roma como estuquista (6).

(1) Cf. Mazzuchelli, II, 4, 2360; Baumgarten, Nueva noticia, 328 s.

(2) V. Ehses, Relaciones de nunciatura, I s., 9, 18, 29; Brom-Hensen, Rom. Bronnen, 325, 348. Cf. Mazzuchelli, II, 4, 1957. También de Munich hizo venir a Roma Sixto V un manuscrito; v. Hartig, Fundación de la bibl. palatina de Munich, 249, 277.

(3) V. Orbaan, Avvisi, 302. Cf. Spicil. Vatic., I, 87. En 1589 se imprimió el tratado de Parvinio De primatu Petri.

(4) Cf. los *Avvisi de 28 de febrero y 8 de julio de 1587, Urb., 1055, *Biblioteca Vaticana*. V. también la *relación de A. Malegnani de 11 de marzo de 1587, *Archivio Gonzaga de Mantua*, y Bull. Casin., Venecia, 1650, 247. La ordenación de Sixto V para la seguridad de las bibliotecas de los conventos franciscanos se halla en el Bull., VII, 928 s.

(5) V. Reumont en la Hoja de literatura teológica, V, 650, el cual asiente a la opinión de Hübner.

(6) V. Baglione, 79. Todavía en los primeros meses del reinado de Sixto V es designado Fontana como albañil (Orbaan, Avvisi, 290, nota 1), más tarde fué arquitecto general del Papa (v. Fontana, II, 1^b). Sobre su vida orienta un artículo de Escher en Thieme, XII, 174 s., donde asimismo está bien reunida la

La villa Montalto, como se llamaba por el lugar del nacimiento de su edificador, estaba situada en suelo clásico. En tiempo de Augusto se hallaban allí los huertos de la tan rica como suntuosa Lolia Paulina, empujada a la muerte por envidia de Agripina (1). En la cumbre del Esquilino se conservaban aún los grandes restos de la fortificación serviana que constaba de un ancho muro. Delante de esta altura, el punto más alto dentro de los muros de la ciudad, compró el cardenal Peretti en 2 de junio de 1576 a un médico natural de Luca una viña perteneciente en otro tiempo a los Rangoni de Módena y poco después otras dos, para edificar allí una villa (2). Manifiestamente la magnífica situación fué la que le atrajo: al norte la colosal construcción de las termas de Diocleciano, y al sur la antiquísima iglesia predilecta del cardenal, Santa María la Mayor. Incomparable era la vista que se abría sobre una gran parte de la ciudad, la dilatada Campaña y la corona de montes que la circunda. En el plano de Roma de Du Pérac-Lafréry del año 1577 no se ha podido descubrir todavía huella alguna de la villa Montalto. Por tanto después de este año debe de haberse comenzado la fundación (3). Formaba el centro el Palazetto Felice, una elegante casa de campo con hermosa logia de entrada, edificada por Fontana. Éste trazó también los planos para el extenso jardín y parque, dispuesto geométricamente. Las plantaciones las dirigía el cardenal personalmente (4), trabajo que le transportaba al tiempo de su primera juventud, cuando ayudaba a su padre en su huerta de Grottammare.

La villa Montalto sólo en 1581 estuvo acabada hasta tal punto que el cardenal pudo habitarla (5). En 1655 pasó por herencia de los literatura especial. Cf. también Orbaan, *Sixtine Rome*, 130 s.; A. Cametti, *Una divisione di beni tra i fratelli Giovanni, Domenico e Marsilio Fontana (dall Boll. d'arte)*, Roma, 1918; Orbaan, *La defensa de sí mismo de D. Fontana*, en el *Repert. para la ciencia del arte*, XLVI, 177 s.

(1) Cf. R. Corsetti, *Il passato topografico e storico dell'Istituto Massimo alle Terme*, Roma, 1898, 20.

(2) V. Massimo, *Notizie stor. d. Villa Massimo alle Terme Diocleziane*, Roma, 1836, 23 s. En esta obra, fundada en sólidas investigaciones de los archivos, del príncipe Víctor Camilo Massimo, muerto casi septuagenario el 6 de abril de 1873, que también en otros conceptos se ha hecho benemérito de la historia de Roma (cf. Reumont en la *Allg. Zeitung*, 1873, núm. 140), están reunidas todas las noticias sobre la villa.

(3) Escher (en el *Léxico artístico de Thieme*, XII, 175) pone la construcción demasiado temprano.

(4) V. G. Gualteno, *Vita Sixti V*, en Massimo, *Notizie*, 26.

(5) Cf. Fontana, *Trasportazione*, I, 31^b, donde se halla un dibujo y un plano del Palazetto antes de la subida de Sixto V al trono.

Peretti a los Savelli y en 1696 fué adquirida por el cardenal Negroni; era una de las más magníficas de toda Roma, célebre sobre todo por sus hermosos grupos de árboles. Después que ya desde la adquisición por Negroni hubo perdido mucho de su hermosura (1), fué sellada su mala suerte, cuando en 1784 la adquirió el codicioso comerciante toscano José Staderini. Vendióse ahora la mayor parte de las estatuas, y cortáronse los magníficos árboles. Sólo la severa alameda de cipreses, a cuya sombra se paseaba en otro tiempo el cardenal Peretti, quedó perdonada por el hacha del leñador. A la progresiva ruina no se puso término sino cuando en 1789 adquirió la villa el príncipe Camilo Massimo. Mutilada y sin cultivo alguno, quedó siendo aun en este estado hermosa y venerable (2) y transportaba vivamente al visitante al tiempo de Sixto V, cuyo escudo se repite en todas partes en las fuentes como en los frescos del pórtico, de las escaleras y estancias. Aproximóse el fin de la villa, cuando a principios del séptimo decenio del siglo pasado se construyó en sus cercanías la estación principal del ferrocarril.

Hoy la quinta ha desaparecido completamente en el mar de casas de la gran ciudad que se extiende sin parar; sólo algunos cipreses recuerdan al viajero conocedor de la historia la magnificencia de otro tiempo (3). Ésta se manifestaba antes al visitante que venía de Santa María la Mayor tan pronto como había atravesado la puerta de entrada (4). Deteníase maravillado: ante él se abrían tres pasæos divergentes de magníficos cipreses, que en sus delanteros puntos de unión eran juntados «como con dos broches» por dos fuentes de leones adornadas con estatuas antiguas. Ricamente decorado con estatuas, relieves y otras antiguas piezas de mármol estaba también el paseo de en medio, que conducía a la casa de campo de tres pisos,

(1) V. Keyssler, *Viaje*, II, 143. Keyssler vió todavía en un pequeño almacén del Palacio de las Termas el caballo atestado de borra sobre el que solía cabalgar Sixto V.

(2) V. Burckhardt, *Cicerone*, II, 2^a, 859.

(3) Los cipreses están aún junto al Instituto Massimo, el cual conserva numerosos recuerdos de la villa, entre los cuales una parte de los frescos del Palazzo, que representan obras de Fontana. Cf. las reproducciones en Pastor, Sixto V, tav. 6, 7, 14, 18. Las antigüedades de la villa ya antes se habían diseminado por todo el mundo por efecto del repetido cambio de dueño. Sobre la portada de la villa v. Nueva Antología, CXXXVI (1908), 413 e Inventario, 1908-12, v.

(4) V. los grabados de Greuter (Lanciani, IV, 128), Falda (Giardin, 17 y 18; Fontane, III, 18 y 19) y Percier-Fontaine (*Les plus célèbres maisons de plaisance de Rome*, 27-29), y después Gothein, *Arte de hortelano*, I, 320 s., donde no se ha reparado por desgracia en la importante obra de Massimo.

a cuyos lados a la mitad de la altura del primer piso había colocados pequeños jardines privados (*giardini segreti*). De la parte posterior de la casa, que como las viñas florentinas estaba coronada de una pequeña torre con logia de perspectiva, partía de nuevo un paseo de cipreses; cruzábase con otro que venía de la segunda portada, situada junto a las Termas de Diocleciano. Ambos paseos continuaban fuera del jardín de la villa en el parque contiguo; terminaban en unos altos dominados por estatuas, en cuyo pedestal estaba colocado el escudo de los Peretti, un león que lleva en las garras tres peras. El más alto de estos collados, que se elevaba a 75 metros sobre el mar, gustaba a Sixto V especialmente; sobre un banco de piedra solía allí gozar del panorama de su querida Roma (1). Su plan de construir allí un palacio (2), no llegó a realizarse; más tarde su nepote el cardenal Alejandro Montalto hizo erigir sobre este punto único por su belleza, en medio de laureles y cipreses, una figura antigua colosal (3). Por esta estatua se llamó la altura Monte de la Justicia. De allí salía un camino de 900 metros de largo por la cima del collado. Esta obra de tan encantadoras vistas fué una novedad de Fontana, la cual junto con las maravillosas perspectivas que se abrían en todas partes, era característica en la villa Montalto (4).

La grande admiración que causó la villa con su grandiosidad, se refleja en una anécdota. Según ésta Gregorio XIII había expresado su disgusto porque un cardenal pobre levantaba una villa tan magnífica, y había sustraído a Peretti la subvención hasta entonces otorgada; pero la inminente suspensión de la obra había sido impedida por Fontana, por cuanto puso sus ahorros a disposición del cardenal. Con todo, Fontana no hubiese podido poseer semejantes medios; fuera de esto consta que el gran duque de Toscana resarció al cardenal Peretti de la pensión suspendida por el Papa (5). El verdadero fondo de la anécdota es el haber caído el cardenal en desgracia de Gregorio XIII. Durante este largo tiempo Peretti tuvo ocasión desahogada para trazar planes con Fontana en la soledad de su villa, los cuales primeramente fueron sólo imágenes de fantasía, pero con

(1) El banco recibió el nombre de *Canapé di Sisto V*; v. Massimo, *Notizie*, 141.

(2) V. Fontana, *Trasportazione*, 37.

(3) V. Massimo, loco cit. La estatua de *Roma* se halla ahora en la villa Massimo de Arsoli.

(4) V. Gothein, I, 324. Cf. H. Rose, *Barroco posterior*, 36 s.

(5) Cf. Hübner, I, 199.

su elevación a la suprema dignidad recibieron de una vez forma palpable (1).

Cuán cara era al nuevo Papa su creación del Esquilino, cuya grandiosidad respondía a su modo de ser, mostrólo en 5 de mayo de 1585 con ocasión de la toma de posesión de Letrán. Esta gran solemnidad había terminado hasta entonces con un banquete; en vez de esto, despidió Sixto V a los cardenales, para irse a su villa, donde tomó una comida frugal con sus antiguos servidores. El tiempo restante del día lo ocupó paseando en medio de las plantaciones que él mismo había hecho. Sólo cuando empezó a anochecer, volvióse al Vaticano, saludado con grandísimo alborozo por el pueblo, y acompañado de los cardenales, que habían aguardado en las viñas vecinas (2).

También en lo sucesivo mostró el Papa amoroso interés por la villa Montalto. Ensanchóla parte con compras, parte con donaciones que le hizo el cardenal Antonio María Salviati. Rodeaba todo el conjunto un gran muro (3). Como el Palazzetto era demasiado pequeño para la corte del Papa, principalmente en verano, cuando allí moraba (4), erigióse junto a él a la entrada de las Termas de Diocleciano el Palacio de las Termas, enorme edificio, que constaba de dos pisos (5). Sixto bajo la dirección de Juan Guerra y César Nebbia hizo adornarlo con frescos, que cuanto al estilo y al contenido son afines a los de la Biblioteca Vaticana. En la sala principal se representaron las más notables empresas arquitectónicas de Sixto V, que fueron ilustradas con versos de Guillermo Bianco (6). En el año 1586 donó el Papa toda la quinta, la mayor en su género de la Ciudad Eterna, a su querida hermana Camila, la cual ya antes había adquirido una viña propia al lado de la casa de campo comprada por su hermano (7).

En la villa Montalto había recordado constantemente el cardenal

(1) Cf. *ibid.*, II, 156 s.

(2) V. el **Avviso* de 8 de mayo de 1585 (*passando il giorno fra quelle piante da lui inserte et più volte purgate con le proprie mani*), Urb., 1053, p. 199, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Orbaan, *Conti di Fontana*, VIII, 61 s., 70.

(4) V. Fontana, *Trasportazione*, I, 31^b.

(5) Cf. Massimo, *Notizie*, 118 s.

(6) Los frescos conservados ahora en el Instituto Massimo fueron exactamente descritos por Massimo (*Notizie*, 125 s.) y reproducidos por Orbaan (*Conti di Fontana*, VII, 420, 421, VIII, 62, 65, 69 y *Pastor* (v. arriba, p. 171, nota 3).

(7) V. Corsetti (arriba, pág. 170, nota 1), 51 s.

Peretti, que todo este paraje, adornado en tiempo del emperador Augusto con magníficos jardines y edificios, había quedado enteramente desierto sobre todo porque desde la destrucción de los grandiosos acueductos antiguos por el ostrogodo Vitiges (537), faltaba el elemento del agua, que da vida. En el jardín, cuyas plantaciones padecían gravemente por falta de agua, se levantaban aún restos del depósito de que se alimentaban las Termas de Diocleciano. Cuando el cardenal en las últimas horas de la tarde gozaba desde su galería de la puesta del sol y las ruinas de las próximas termas y acueductos resplandecían con luz rojiza, sus ojos vagorosos se dirigían con anhelo hacia las montañas brillantes con encantador juego de colores de las que en otro tiempo catorce grandes acueductos habían conducido diariamente agua preciosa en copiosísima abundancia a la capital del mundo (1). Para devolver a la residencia pontificia una parte a lo menos de esta riqueza, eran necesarios difíciles y costosos trabajos, que ya Gregorio XIII había proyectado (2).

Denota bien la osadía de Sixto V el haber dirigido su atención luego al principio de su pontificado a esta obra gigantesca. Ya el día de la toma de posesión de Letrán hizo pública su resolución de erigir de nuevo el Agua Alejandrina edificada por el emperador Alejandro Severo (222-235), en gran parte destruida (3). El manantial de donde tomaba el agua este acueducto, se hallaba en una hacienda de los Colonnas, los Colli delle Pantanelle, en las cercanías de Palestrina. El Papa compró en 28 de mayo de 1585 las abundantes fuentes a Marcio Colonna, hermano del cardenal, por 25 000 escudos y en junio señaló un total de 36 000 escudos para los gastos de la construcción, en la cual debía utilizarse una parte del antiguo acueducto (4). Instituyóse una Congregación especial presidida por el cardenal Médicis para deliberar sobre esta empresa (5), por la cual Sixto V pensaba

(1) V. A. Betocchi, *Le acque e gli acquedotti di Roma*, Roma, 1879, 26. Para todas las particularidades v. Lanciani, *I commentarii di Frontino intorno le acque e gli acquedotti* (tirada aparte de un artículo de los *Atti dell'Accad. dei Lincei*, Cl. di sc. 3. Serie IV, 215-614), Roma, 1880, el cual se refiere también muchas veces al tiempo posterior.

(2) Cf. nuestros datos del vol. XX.

(3) V. Fontana, *Trasportazione*, I, 43, Ranke (I⁸, 310) indica equivocadamente que Sixto V renovó el Agua Marcia, siendo así que este acueducto no se terminó hasta 1870.

(4) Cf. Fea, *Storia d. Acque*, 98 s. y *Avviso de 8 de junio de 1585, Urb., 1053, p. 243, *Biblioteca Vaticana*.

(5) Cf. *Avviso de 24 de agosto de 1585, Urb., 1053, p. 380, *Biblioteca Vaticana*.

abastecer del agua necesaria no solamente las alturas del Esquilino, Viminal y Quirinal, sino también otras partes de la ciudad (1). El trazar los planos exigió algún tiempo, pero en otoño pudieron comenzarse los trabajos bajo la dirección de Mateo Bertolini da Castello. Creyóse que los gastos serían muy considerables; evaluáronse en 300 000 escudos (2). Pero esto no fué ningún impedimento. Determinó que el nuevo acueducto se llamase por su nombre de pila «Agua Félix» (3).

Esta empresa tan grandiosa como difícil no tuvo probabilidades de buen éxito sino cuando Sixto V reemplazó a Mateo Bertolini da Castello por el hábil Domingo Fontana, a quien ayudó su hermano Juan (4). Si ya los trabajos en el terreno del manantial habían sido muy difíciles (5), mucho más lo fueron los efectuados en la construcción del acueducto por la Campaña. La altura de junto a Palestrina distaba de Roma 16 millas; por efecto de las dificultades del terreno este número se elevó a 22. El acueducto en la Campaña había de ponerse en gran parte debajo de tierra, para lo cual habían de partirse por medio elevaciones peñascosas del suelo (6). Los trabajos se activaban con ardor febril (7). Constantemente estaban ocupados 2 000 hombres, y a veces hasta de 3 a 4 000. Muchos de ellos enfermaban en el verano por la malaria; pero los vacíos pronto se volvían a llenar. Para impedir cualquiera interrupción, en agosto de 1586 prohibió el Papa la acostumbrada quema de los rastrojos en la Campaña (8). Como Sixto V quería ver resultados palpables lo más pronto posible y los gastos eran muy importantes, se llegó

(1) *[Il Papa] ha parimente risoluto di far condurre in Roma un capo d'acqua tanto grosso che potrà servire non solo a Monte Cavallo, dove disegna condurvela, ma in molti altri luoghi della città, et questi sono li trattenimenti con quali S. S^{ta} si va sollevando dalle cure gravi che passano, mostrando in tutte le sue attioni grandezza d'anima. Avviso de 28 de septiembre de 1585, Urb., 1053, p. 420, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. las *relaciones de Capilupi de 16 de septiembre y 12 de octubre de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Gritti en su *relación de 10 de mayo de 1586 (*Archivo público de Venecia*) calcula los gastos en 200 000 escudos.

(3) V. *Avviso de 5 de octubre de 1585, Urb., 1053, p. 429, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. Baglione, 123.

(5) V. Fontana, *Trasportazione*, I, 43.

(6) V. *ibid*.

(7) V. *Avviso de 1.º de marzo de 1586, Urb., 1054, p. 79, *Biblioteca Vaticana*.

(8) V. el *Avviso de 16 de agosto de 1586, *ibid.*, p. 350.

repetidas veces a desavenencias con el cardenal Médicis, que tenía la superintendencia de la empresa. Con todo el cardenal logró apaciguar al Papa, pero declaró ser necesario que se añadiesen 60 000 escudos a los dineros señalados y se ensanchasen los alrededores del manantial (1).

Indica bien el celo de Sixto V el haber intervenido repetidas veces personalmente. En mayo de 1586 se trasladó a Zagarola, acompañado de algunos cardenales confidentes suyos, para inspeccionar los trabajos. Marcio Colonna recibió al Papa espléndidamente; éste dirigió palabras de aliento a los capataces, animándoles a que no aflojasen hasta que el agua saltase a borbotones en el Quirinal (2).

Sixto hubiera visto con gusto que ya el día de San Juan de 1586 se hiciese una prueba para ver si el agua subía hasta el Quirinal (3). Sin embargo esto no era posible sino después de utilizar nuevas fuentes (4). Con grandísimo ardor se trabajó todo el verano. En agosto la hermana del Papa trajo a éste una botella de la nueva agua, con lo cual se manifestó que en bondad era inferior al Agua Virgen (5).

Un día de gozo fué para Sixto V, cuando finalmente a fines de octubre de 1586 se cumplió su esperanza de ver surtir el agua en la villa Montalto (6). Hacia fin del año funcionaba el acueducto hasta la Strada Pia, bien que al principio todavía débilmente (7).

Los gastos permanecieron también en el año siguiente, 1587,

(1) Cf. los *Avvisi de 16, 19, 26 y 30 de julio de 1586, Urb., 1054, p. 288^b, 295, 302, 307, 313, *Bibl. Vaticana*. V. también la *relación de Olivo de 23 de julio de 1586, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. *Diarium P. Alaleonis al 12 de mayo de 1586, *Bibl. Vaticana*, y el *Avviso de 14 de mayo de 1586, Urb., 1054, p. 168 s., *ibid.*, en parte en Orbaan, *Avvisi*, 287. V. también Mutinelli, I, 177.

(3) Cf. el *Avviso de 31 de mayo de 1586, Urb., 1054, p. 200, *Biblioteca Vaticana*.

(4) Cf. el *Avviso de 23 de agosto de 1586, *ibid.*, p. 355.

(5) V. el Aviso de 27 de agosto de 1586 en Orbaan, Roma, 289. Sobre la cantidad de agua del Agua Félix cf. Pinto, Sisto V e l'igiene in Roma, 103.

(6) Cf. los *Avvisi de 25 y 27 de octubre de 1586, Urb., 1054, p. 460, 467, *Bibl. Vaticana*, y la *relación de Atilio Malegnani de 22 de octubre de 1586, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(7) V. el Aviso de 22 de diciembre de 1586 en Lanciani, IV, 159. El *Avviso de 31 de diciembre de 1586 notifica: L'Acqua della Marana sarà divisa in quell'istesso luogo [strada Pia] et tripartita alli compratori et sboccherà in quel sito come fa quella di Trevio da tre aperture. Urb., 1054, p. 540^b, *Biblioteca Vaticana*.

todavía muy altos (1). Pero todo lo compensaba el buen éxito decisivo de la empresa, inequívoco desde la primavera. La abundancia de agua que suministraba el acueducto, hizo posible no solamente construir fuentes y artificios hidráulicos, sino también dar todavía agua al cardenal Médicis para su célebre villa del Pincio (2). La visita que hizo el Papa a principios de junio en Zagarola, tuvo por consecuencia un ensanchamiento de los alrededores del manantial. Sixto V, que inspeccionó por menudo todas las obras, después de una ausencia de cinco días volvió a su residencia (3). Por agosto dió al arcipreste de Santa María la Mayor, cardenal Azzolini, el agua necesaria para su villa (4). Ahora resolvieron también los romanos aprovecharse del nuevo acueducto; sin embargo, de las fuentes proyectadas sólo llegaron a ejecutarse inmediatamente por dificultades económicas las de Santa María de los Montes, del Campo Vaccino, de Araceli y de la Plaza Montanara (5). Ya en la primavera el Papa, además de la erección de un surtidor ante el Quirinal (6), había ordenado dar principio a otro en la plaza que hay junto a Santa Susana (7). En marzo de 1588 asistió personalmente a una prueba, por la cual se examinó el funcionamiento del acueducto hasta los colosos de los Domadores de caballos, situados en el Quirinal (8). Los resultados obtenidos hasta entonces fueron tan satisfactorios, que Sixto V a fines de mayo en una excursión a Civita-vecchia consideró atentamente en Bracciano el plan trazado ya un

(1) Cf. la relación de A. Malegnani de 24 de enero de 1587, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. las *relaciones de Malegnani de 1.º y 8 de abril de 1587, *ibid.*

(3) Cf. el *Avviso de 6 de junio de 1587, Urb., 1055, p. 204, *Biblioteca Vaticana*; la *carta de A. Malegnani de 3 y 6 de junio de 1587, *Archivio Gonzaga de Mantua*; la relación de Gritti de 16 de junio de 1587 en Hübner, II, 497 s.

(4) V. el Avviso de 22 de julio de 1587 en Orbaan, Roma, 299.

(5) V. Lanciani, IV, 159. La fuente de la Plaza de Araceli ha pasado aquí inadvertida; muestra todavía hoy los emblemas de Sixto V (cabezas de león y tres montes de los cuales brota el surtidor). Cf. Parasacchi, *Raccolta d. principali fontane di Roma*, Roma, 1647, lámina 16. *Ibid.*, lámina 35, la Fontana de Catecumeni alla Madonna delli Monti. V. también *Inventario*, I, 15. Cómo el Papa instó la terminación de las fuentes de Araceli, cuéntalo el *Avviso de 3 de septiembre de 1588, Urb., 1056, p. 391, *Biblioteca Vaticana*.

(6) Cf. el *Avviso de 9 de abril de 1588, Urb., 1056, p. 134, *Biblioteca Vaticana*.

(7) V. el pasaje de Galesini en Lanciani, IV, 159, nota 1.

(8) V. el *Avviso de 23 de marzo de 1588, Urb., 1056, p. 134, *Biblioteca Vaticana*.

año antes de proveer de agua también desde allí a la ribera derecha del Tíber (1).

La completa apertura del Agua Félix efectuóse en 1589 en la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora. En este día, que Sixto V había elegido como devoto que era de la Madre de Dios, se dió el agua por primera vez a todas las fuentes (2). Este momento lleno de importancia lo ha ensalzado poéticamente Torcuato Tasso con magníficos versos, en los cuales describe cómo el agua desde la profunda oscuridad sube por caminos ocultos a la luz del sol, para ver la Roma dominadora del mundo, como la contempló en otro tiempo Augusto (3).

En el corto tiempo de tres años había Sixto terminado una obra que competía con las de los Césares y le aseguraba para todos los tiempos una memoria gloriosa en la Ciudad Eterna (4). Todavía hoy goza Roma el beneficio del gran Papa. El Agua Félix da diariamente 21 000 metros cúbicos y alimenta 27 fuentes (5). Bajando de las alturas de Palestrina, cruza, en gran parte debajo tierra, la Campaña, para pasar por encima de la carretera que lleva a Frascati, junto a la llamada Puerta Furba, una construcción enteramente peculiar, que propiamente ni es arco ni puerta (6); junto a Santa Cruz desemboca en el Muro Aureliano, el cual lleva su canal por encima de la Puerta de San Lorenzo. Aquí en grandes arcos pasa la carretera y sigue el curso de las antiguas Agua Marcia, Tépula y Julia. Los restos del curso común de estos tres acueductos se utilizaron en éste. Después que el Agua Félix ha vuelto a hacerse subterránea en la villa Montalto, alimenta la fuente que hay junto a Santa Susana, y abastece con su agua no solamente las alturas de Letrán hasta el Pincio, sino también las otras partes de la ciudad hasta el Capitolio (7).

(1) V. los *Avvisi de 26 de septiembre de 1587 y 1.º de junio de 1588, Urb., 1055, p. 370, 1056, p. 222, *Biblioteca Vaticana*.

(2) *Hierì per il giorno della Madonna fu data l'acqua Felice a tutte le fontane di Roma, che erano preparate a riceverla, facendo bellissima riuscita per la gran calata che evi et si condurrà anco in Trastevere. Avviso de 9 de septiembre de 1589, Urb., 1057, p. 549^b, *Biblioteca Vaticana*.

(3) Tasso, Opere, II, 560.

(4) Juicio de Ranke (I⁸, 310). Cf. Gotheim, I, 312. Gualterio (*Ephemerides, *Biblioteca Victor Manuel de Roma*) llama al acueducto un opus paene immensum.

(5) V. Ranke, loco cit.

(6) V. Orbaan, Sixtine Rome, 15. Cf. Tomassetti, I, 85 s. y Pastor, Sisto V, lámina 3.

(7) Cf. Fulvio-Ferrucci, 86.

Lo que significaba el Agua Félix lo resumió Fontana con palabras entusiastas. Dice que las partes altas de Roma están ahora igualadas a las bajas respecto del agua. Que con grandísima generosidad el Papa ha puesto a disposición de los conventos, de los cardenales y de los nobles, para sus viñas y huertos el agua necesaria. Que en los parajes hasta entonces abandonados se comienza ahora a edificar, de suerte que allí nace una nueva Roma, en cuyos jardines la corte, los cardenales, los nobles y el pueblo podían tener lugar de veraneo (1).

Si animó a Sixto V un gran sentimiento de su dignidad para conseguir llevar a feliz término una obra tan difícil y útil, es esto muy comprensible, pues el recobro de los collados era para Roma una de las mayores conquistas desde la antigüedad, un triunfo del papado (2). Durante siglos la actividad arquitectónica se había limitado a los terrenos bajos de la orilla del Tíber, porque a las partes altas de Roma faltaba lo más importante, el agua. Ahora por primera vez podían los romanos utilizar las ventajas de estas alturas: aire puro y fresco y perspectivas magníficas. Mientras se concedía a la ciudad una ulterior posibilidad de extenderse, recibió también sus grandiosos jardines, que le dieron una belleza enteramente peculiar hasta las destrucciones del siglo XIX (3). Los sentimientos que llenaban al Papa después de la terminación del Agua Félix, se expresan en las inscripciones todavía hoy visibles, cuyo estilo lapidario no es inferior al de las del tiempo de los emperadores (4). En la Puerta Furba dos tablas, entre las cuales está colocada una cabeza de león, el animal del escudo del Papa, anuncian a los que van a Roma y a los que salen de la ciudad, cómo Sixto V para volver a dar vida a los collados desiertos y por eso insalubres (5) había juntado las aguas y llevádaslas en parte bajo tierra, las cuales ahora, conducidas por encima de estos arcos, afluyen a su residencia. Dentro de los muros, junto a la puerta de San Lorenzo, una gran inscripción hace resaltar que el acueducto corre siete millas por la superficie de la tierra sobre arcos y trece millas por debajo de tierra, y que fué

(1) Fontana, I, 436.

(2) V. Orbaan, loco cit., 15, 19.

(3) Cf. Gotheim, I, 312. Más en particular se hablará de esto al tratar de Paulo V.

(4) Cf. Tomassetti, Quinto centenario dei Marmorarii di Roma, Roma, 1906, 18.

(5) Cf. Arch. Rom., XXXVI, 137, nota 1.

erigido a costa de Sixto V (1). Todavía son más características las inscripciones y declaraciones que se leen en el gran depósito de agua que el Papa hizo construir en la plaza que hay junto a Santa Susana (2).

Mientras las fuentes romanas anteriores muestran el tipo elegante de las fuentes en forma de cáliz o cántaro (*cantharus*, copa, con asas de bastante altura y profundidad), Fontana emprendió aquí perfeccionar de una manera grandiosa la fuente mural. Correspondía por entero al espíritu de su comitente el que en esta construcción dedicada ante todo al bien de la vecindad recordase al mismo tiempo la significación eclesiástico-simbólica del agua y erigiese el depósito en forma de una gran fachada de iglesia o, si se quiere, de un enorme altar (3). Cuatro columnas jónicas antiguas dividen la pared de travertino en tres nichos; en el de en medio está la figura poderosa, pero por desgracia demasiado reducida de Moisés, el cual tocando la roca con su vara, hace salir a sus pies la fuente que brota agua en abundancia. Cuando Baglione cuenta en sus vidas de artistas, que el autor de esta estatua, Próspero Antichi, murió de pena por el defecto de su obra (4), no se conforma con la verdad, pues Antichi vivió todavía hasta enero de 1592 (5). La estatua de Moisés, que dió su nombre a la fuente, denota bien la cambiada dirección del tiempo: en el Renacimiento se habría elegido un Neptuno. A ella corresponden en los nichos laterales dos altorrelieves con escenas del Antiguo Testamento: «Aarón lleva al pueblo sediento a la fuente que nace milagrosamente en el desierto», de Juan Bautista della Porta, y: «Gedeón escoge sus soldados cuando bebían agua», de Flaminio Vacca (6). Las tres corrientes de agua que salen del zócalo de estas esculturas, se precipitan a otros tantos pilones.

(1) Las inscripciones en Fontana, I, 43^b-44. Los gastos según Fontana (I, 43) subieron a 270 000 escudos (cf. Bertolotti, *Artisti Suizzeri*, Roma, 1886, 13 ss.). Concuerdar con esto la *relación de Gritti de 16 de junio de 1587, según la cual se gastaron hasta entonces 250 000 escudos (*Archivo público de Venecia*). Los datos más altos, hasta un millón, son exageraciones.

(2) V. Letarouilly, II, 231; Magni, *Barocco in Roma*, 17.

(3) Cf. H. Semper, *Sobre fuentes monumentales y fontanas en la Zeitschr. des bayr. Kunstgewerbevereins*, 1891, 57, 65. V. también Riegl, *Arte barroco*, 131; Guidi, *Fontane*, Zurigo, 1917, 67 ss.

(4) Baglione, 41. Cf. *ibid.*, 86 sobre la parte que tuvo Leonardo da Sarsana en la estatua. El plan de la estatua es mencionado en julio de 1587; v. Orbaan, *Avvisi*, 299. Fué pagada en septiembre de 1588; v. *Arch. Rom.*, II, 232.

(5) V. Thieme, I, 555.

(6) Baglione, 68; *Arch. Rom.*, II, 232; Bertolotti, *Artisti Lomb.*, I, 220.

Éstos están separados por leones que arrojan agua por la boca: los dos egipcios se tomaron del Panteón, y los otros dos, medioevales, de Letrán (1).

La impresión de las finas dimensiones de esta construcción es perjudicada por desgracia por el ático demasiado pesado (2), cuya parte media corona el escudo del Papa sostenido por ángeles y sobre él la cruz que se levanta sobre tres pequeños montes, mientras que a cada uno de los lados está colocado un pequeño obelisco. Como el león se refiere al escudo de Sixto V, así los tres montes a su lugar de nacimiento Montalto. La inscripción del ático da en breves rasgos la historia de la obra; dice que el Papa Sixto de la Marca de Ancona había reunido las abundantes fuentes del territorio de los Colonnas sito a la izquierda de la carretera de Preneste y conduciéndolas por medio de un acueducto sinuoso en una extensión de 22 millas desde el nacimiento de las mismas y 20 millas desde el embalse. Que el acueducto llamado por su nombre de pila se había comenzado en el primer año de su pontificado y terminado en el tercero (3).

La conservación del Agua Félix ocupó a Sixto V todavía en los últimos años de su vida. El 19 de febrero de 1590 propuso a los cardenales reunidos en consistorio una bula que obtuvo general aprobación (4). En este notable documento da el Papa por decirlo así una justificación de su empresa, calificada por los unos de imposible, y por los otros de excesivamente costosa (5). Fúndase en el principio de que Roma, el asiento del Papa, el centro de la religión cristiana, la patria común de los fieles y el seguro amparo de los suyos de todas las naciones, había de gozar de ventajas no sólo espirituales, sino también temporales. Dice que por eso desde el comienzo de su pontificado había cuidado de las necesidades de los habitantes y procurado levantar la ciudad con restauraciones y

(1) Cf. Lanciani, IV, 158.

(2) V. Escher en el *Léxico artístico* de Thieme, XII, 176.

(3) V. Fontana, I, 45. Cf. *Arch. Rom.*, II, 231. Varias medallas conmemorativas de la fuente Félix pueden verse en Bonanni, I, 402 s. Debajo de la pintura de la fuente Félix en la Villa Montalto estaban estos hermosos versos:

Currite felices felici principe fontes,
Nulla Quirinali notior unda jugo.

V. Massimo, *Notizie*, 130.

(4) V. **Acta consist.* en el *Cód. Barb.*, XXXVI, 5, III, *Biblioteca Vatic.*

(5) La bula, *Supremi cura regiminis*, en el *Bull. Rom.*, IX, 177 s.

nuevas construcciones para gloria de Dios y de la Santa Sede. A continuación se explica cómo las partes altas de la ciudad habían estado en la antigüedad llenas de palacios, teatros y termas espléndidas y maravillosos acueductos y honradas más tarde en la época cristiana con basílicas e iglesias, pero que luego, después que los acueductos en parte fueron destruidos por los bárbaros, y en parte se hundieron por efecto de la antigüedad y de los temporales, habían quedado enteramente desiertas. Prosigue diciendo Sixto V, que este estado de cosas, que perduraba ya desde hacía siglos, le había excitado tanto más su atención, cuanto las partes bajas de la ciudad densamente pobladas eran poco sanas y estaban expuestas a frecuentes inundaciones del Tíber. Que para hacer de nuevo habitable el paraje de los collados, notable por su excelente aire y hermosa situación, había sido necesario traer agua suficiente. Que ni la dificultad de la empresa, ni la cuantía de los gastos le habían podido retraer de ello.

La bula como para explicar las inscripciones, cuyas expresiones se repiten literalmente, da luego una historia circunstanciada de la fundación del Agua Félix. Después de esta introducción danse ordenaciones para la conservación de esta grande obra. Confíase el cuidado de la misma a la Congregación de cardenales instituida en 1587 para los negocios de las aguas, caminos y puentes, a la cual se le conceden todas las facultades necesarias y se le asignan también fondos correspondientes. Fuera de esto, determinó el Papa, que cada año se han de elegir dos ciudadanos de Roma, los cuales cada trimestre tienen que someter a un menudo reconocimiento las fuentes y acueductos. El resultado debe comunicarse a la Congregación de cardenales y por ésta al Papa. Siguen una serie de particulares prescripciones para conservar y resguardar el Agua Félix de todo perjuicio o ensuciamiento, finalmente el señalamiento de graves penas contra todos los contraventores.

La bula sobre el Agua Félix menciona también los trazados de nuevas calles ideados por Sixto V, los cuales debían servir en parte para el mismo fin de volver a dar vida a las partes altas de la ciudad que estaban desiertas.

Sin embargo eran principalmente motivos religiosos los que guiaban al Papa en su radical mudanza de la forma urbana de Roma: quería facilitar a los peregrinos el acceso a las célebres basílicas y otras iglesias situadas fuera del terreno poblado. La visita

a las siete iglesias principales había recibido nuevo impulso principalmente por la actividad de San Felipe Neri; practicábase muy frecuentemente no sólo por los forasteros, sino también por los romanos (1). Para fomentar esta devoción dió Sixto V un paso importante. Por bula de 13 de febrero de 1586 ordenó ante todo que las solemnidades conocidas con el nombre de Estación (2), en que tenía parte la capilla pontificia, descuidadas enteramente desde el siglo xiv, las cuales sólo se practicaban todavía en San Pedro, se renovasen también para las otras seis iglesias principales, para lo cual la iglesia de San Sebastián demasiado apartada en la Vía Apia se reemplazó por Santa María del Pueblo. En la bula dice el Papa expresamente, que para facilitar la ida a la venerable basílica había ya abierto calles anchas directas (3). Un fresco de la Biblioteca Vaticana (4) muestra la nueva Roma a vista de pájaro. Aquí se reconoce claramente la idea que dominaba la regulación urbana de Sixto V: «Una enorme red de calles, que une entre sí las antiguas y venerables iglesias principales de Roma con perspectivas visibles desde lejos, se extiende sobre toda la ciudad, y señálanse los puntos de enlace de una manera intuitiva con la erección de obeliscos. Es el pensamiento de dar a Roma la forma del más grandioso lugar de peregrinación de toda la cristiandad el que constituye la base del amplio programa arquitectónico relativo a la ciudad» (5).

El espíritu de la restauración católica, que se manifestaba en todos los terrenos, fué el que dió el impulso a esta gran transformación de la *Roma aeterna*, la cual ahora se presentaba exterior-

(1) Cf. nuestros datos del vol. XIX.

(2) Se entienden bajo este nombre las procesiones de rogativas dispuestas en otro tiempo más en particular por San Gregorio Magno, las cuales en ciertos días se dirigían a determinadas iglesias, en las cuales se celebraba luego una misa solemne.

(3) V. Bull. Rom., VIII, 663 s. Cf. también Gualterio, *Ephemerides, Biblioteca Víctor Manuel de Roma. La bula de 13 de febrero de 1586 se publicó el 15; cf. *Diarium P. Alaleonis, donde se hace notar como res nova, que el Papa en este día había anunciado: Dominica proxima, quae prima erit in quadragesima, sacram stationem celebrabimus apud S. Mariam de Populo, ut quae pia devotione precamur, eiusdem Dei Genitricis suffragantibus meritis et intercessionibus impetrare valeamus (Barb. 2814, Bibl. Vaticana). Cf. la oración panegírica de Panigarola característica en aquel tiempo sobre la renovación de las Estaciones en Berthier, S. Sabine, Roma, 1910, 89 s.

(4) Cf. más abajo, p. 189, nota 4.

(5) D. Frey en la p. 43 del tratado citado arriba, p. 159, nota 1.

mente, la tercera vez en el curso de su larga historia, como la capital de un mundo (1).

Ha de designarse como una fortuna especial el que el Papa para la ejecución de sus vastos planes en orden a dar un nuevo aspecto a Roma pudiese poner a su servicio a un hombre de tan extensos conocimientos como Domingo Fontana. Éste ya en la construcción de la Villa Montalto se había mostrado maestro en la creación por su punto de término o de partida de perspectivas amplias y causadoras de impresión. Lo que había ejecutado en aquella quinta en pequeña medida, podía ahora probarlo en cosas mayores. El mérito del Papa está en haber admitido lleno de inteligencia todos los planos de su consejero nombrado arquitecto general (2) y hecho posible con su pasmosa energía su ejecución en el breve tiempo de cinco años.

Roma en lo esencial había sido hasta entonces una ciudad medioeval, de planta irregular, con calles muy tortuosas, que se dividían formando grandes esquinas, y por lo común estrechas, a las que faltaban aire y sol (3). Este carácter medioeval se había conservado en lo esencial todavía hasta la mitad del siglo XVI, como lo muestra el célebre Panorama del flamenco Marten van Heemskerck del año 1536 (4). Torres de castillo cuadradas, dotadas de troneas y coronadas de almenas, como se dejaban ver en otro tiempo en todas las moradas de los aristócratas, especialmente de los cardenales, se elevaban al cielo en muchos sitios. La mayor parte de las iglesias tenía aún sus campanarios medioevales. Las pocas cúpulas del tiempo de Sixto IV a causa de lo bajas que eran, apenas sobresalían. También las más de las casas eran de poca altura; pero entre ellas se elevaban ya en todas partes los palacios del Renacimiento, y delante de todos el nuevo Vaticano y la Cancelaría. En la construcción de muchos palacios romanos los arquitectos habían de contentarse con solares oblicuos y sinuosos; pero sabían vencer las dificultades y en terrenos estrechos e irregulares erigir obras nobles y monumentales. Un brillante ejemplo de cómo puede utilizarse la tortuo-

(1) Juicio de Ranke (I⁸, 307). Cf. ahora también Orbaan, Documenti, XVIII.

(2) Architetto generale; v. Fontana, II, 16.

(3) Cf. el interesante artículo de A. Moroni: *Vici, voci e viandanti della vecchia Roma*, en la N. Rassegna, 1894, I, 407 s.

(4) V. láminas 1-2 en v. Pastor, *Roma al fin del Renacimiento* 4-6, Friburgo, 1925.

sidad de una calle para un motivo de sumo atractivo, ofreciólo Baltasar Peruzzi en la edificación del Palacio Massimi. El tipo del palacio romano propiamente dicho no se formó sino poco a poco; hasta el quinto decenio del siglo XVI Roma permaneció siendo el «mayor teatro de cambios de ideas arquitectónicas». De influencia importante fué el Palacio Farnesio empezado en 1534; si se quiere hablar de un tipo de palacio romano, lo es antes que ninguno el aquí expresado. Su patio competía con el más hermoso de la ciudad, el de la Cancelaría; su escalera es la primera enteramente cómoda y ancha, cual correspondía a la ciudad de las ceremonias (1).

Una propiedad de la forma de la ciudad de Roma necesita aún que se haga resaltar de un modo especial. En todas las ciudades de la Europa de entonces su recinto se hallaba determinado por los muros que la rodeaban; dentro de este cerco protector estaban las casas, comúnmente estrechas y densamente apiñadas. Muy diferentemente en Roma. Del muy extenso terreno que abarcaba el enorme circuito de los Muros Aurelianos todavía mantenidos en pie como fortificación, dos terceras partes se hallaban del todo inhabitadas. La ciudad propiamente dicha se apiñaba en un espacio relativamente muy pequeño, en la parte baja que hay entre el Tíber, el Pincio y el Capitolio (2). La causa por que las viviendas se arribaban lo más posible al río, estaba en que el Tíber entonces no solamente formaba un importante vehículo de comunicación, sino también suministraba a la población el agua necesaria (3). La ciudad propiamente dicha se extendía a la orilla izquierda del Tíber; a la derecha estaban el Trastévere y la ciudad leonina con la iglesia de San Pedro y la residencia del Papa.

Al tiempo del Renacimiento ya no satisfacía la forma medieval de Roma. Por medio de los humanistas los hombres se habían familiarizado con los diseños urbanos regulares de los antiguos. Como todo lo que se conocía de la antigüedad, también esta forma pareció ser un modelo digno de procurarse con todo esfuerzo. Quizá todavía fué más importante el que toda la dirección de la nueva manera de edificar del Renacimiento siguiese lo regular y por eso también precisamente exigiese calles que se cortasen en forma rectangular y plazas correspondientes. Pero la rectitud parecía

(1) V. Burckhardt, *Historia del Renacimiento*³, 199 s., 201 s., 205 s., 207.

(2) V. v. Pastor, *Roma a fines del Renacimiento*, 88 s.

(3) V. *ibid.*, 90 s.

impuesta no sólo por motivos de belleza, sino también de conveniencia. Por eso durante todo el siglo xv se advierte en las más importantes ciudades de Italia un ardoroso conato de ensanchar y enderezar las calles estrechas y tortuosas, así como de abrir nuevas plazas o agrandar las existentes. En relación con la nivelación de las calles estuvo el comienzo de su empedramiento (1).

La Ciudad Eterna por efecto del destierro de los Papas en Aviñón y de las revueltas anejas al gran cisma siguió relativamente tarde este movimiento. También el cambio de los pontificados y la brevedad de muchos de ellos formaron un impedimento para ello. Así quedó sin ejecutar el grandioso plan que concibió Nicolás V, de una completa reconstrucción de la ciudad leonina según el espíritu del Renacimiento, por la que fuese convertida en una residencia monumental (2). Sólo a Sixto IV, con quien comienza en general una nueva época, fué concedido dar comienzo a la transformación de la Ciudad Eterna y traer de nuevo luz y aire y con esto mejores condiciones de salubridad al laberinto de calles de la Roma medieval como ahilada. Él hizo empedrar y ensanchar las calles más importantes quitando los salidizos y las casas que estaban más afuera que las otras. Además de la calle del Peregrino, que llevaba al Campo de las Flores, en la ciudad leonina a las dos calles antiguas juntó todavía una tercera, que primitivamente llevó su nombre, la cual se extendía desde los fosos del castillo de San Ángel hasta la gran puerta del palacio pontificio (hoy Borgo San Ángel) (3). Como tampoco esta vía pública era suficiente para la enorme afluencia de gente que iba al Vaticano y a la iglesia de San Pedro, Alejandro VI añadió todavía una cuarta calle paralela, la Via Alejandrina, hoy Borgo Nuevo (4). Julio II terminó esta vía pública, que ha seguido siendo hasta el presente la arteria principal de la circulación en esta parte de la ciudad. El grande Róvere mejoró también otras calles y plazas de la ciudad propiamente dicha, donde todavía hoy una magnífica inscripción alaba su actividad en suprimir las calles demasiado estrechas e irregulares (5). Pero su hecho principal

(1) V. G. Weisbach, *Arquitectura urbana en los Anuarios prus.*, CLVII, 81 s.; Burckhardt, loco cit., 299 ss. y Weisbach, *La ciudad italiana del Renacimiento*, Leipzig [1923].

(2) Cf. nuestros datos del vol. II.

(3) Cf. nuestros datos del vol. IV.

(4) V. nuestros datos del vol. VI.

(5) V. v. Pastor, *Roma a fines del Renacimiento*, 26 s.

fué la construcción de la Via Julia, que partiendo del Puente Sixto se prolongaba en rigurosa línea recta paralelamente al Tíber, al cual llegaba junto a las ruinas del antiguo Puente Triunfal. Por esta comunicación de la antigua ciudad con la iglesia de San Pedro y el Vaticano recibió la residencia de los Papas la primera gran calle del Renacimiento, cuya dignidad debía hallar su expresión en nuevas construcciones monumentales (1).

León X, que renovó las ordenaciones de Sixto IV sobre la supresión de los salidizos, comenzó en la parte norte del Campo Marcio la apertura de las tres calles que llevaban a la Plaza del Pueblo, las cuales terminó Clemente VII (2). De una manera semejante Paulo III después de curar los daños del saco de 1527, además de la única gran vía de comunicación que existía anteriormente desde el Puente de San Ángel hasta el interior de la ciudad, abrió todavía otras dos, la Via di Panico y la Via Paula que desembocaba en la Via Julia, de modo que también desde este sitio tres calles iban a parar al cuerpo de la ciudad. La ulterior actividad de Paulo III y de su consejero Latino Juvenal de' Manetti para la regulación de las calles de Roma, especialmente la Via Triumphalis, construída en el año 1535 con ocasión de la visita de Carlos V, desde la Puerta de San Sebastián por el Foro y desde allí a la Plaza de San Marcos, era aún más importante que las empresas de Sixto IV (3). En el pontificado del Papa Farnesio cae también la transformación del Capitolio, hasta entonces todavía enteramente medioeval, llevada a cabo por Miguel Ángel, la cual tenía una importancia ejemplar aun en lo tocante a arquitectura urbana (4). Debido al estrecho entendimiento de los conservadores romanos frustróse por desgracia la completa ejecución del diseño de Miguel Ángel, en el cual para asegurar una impresión enteramente armónica todos los miembros del conjunto están puestos en relación entre sí y trabados unos con otros de la más diversa manera, teniéndose cuenta con el terreno, las perspectivas y sus faltas de orden y los efectos de luz y sombra. La gradería de entrada, introducida en el edificio general, del cual formaba parte, da paso al mismo tiempo a los contor-

(1) V. nuestros datos del vol. VIII. Cf. también H. Volkmann, Construcciones de calles en Roma desde el Renacimiento, en la revista «La construcción de ciudades», Berlín, 1907, 87.

(2) Cf. nuestros datos del vol. VII y del vol. X.

(3) Cf. nuestros datos del vol. XII. V. también Lanciani, II, 236.

(4) V. nuestros datos del vol. XII. Cf. Bergner, La Roma barroca, 40.

nos* (1). Esta subida principal, la Cordonata, fué ejecutada en tiempo de Pío IV. Gregorio XIII dió al palacio del senado el esbelto companario (2).

Miguel Ángel, que trazó dibujos también para muchas puertas de Roma, aumentó la importancia de ellos para el final de calle en la Puerta Pía construida en tiempo de Pío IV, diseñando asimismo ricamente la parte interior de la misma. Respecto de la corrección de calles el pontificado de Pío IV fué igualmente de grande importancia. La Via Pía, llamada así por el nombre del Papa, que llevaba del Quirinal a la Puerta Pía, era una de las vías de comunicación más magníficas de toda la ciudad (3). A Gregorio XIII debió Roma un nuevo estatuto fundamental respecto a los edificios (4) y las correcciones de muchas calles, entre las cuales sobresale la Via Merulana, que va casi en línea recta de Santa María la Mayor a Letrán (5).

Lo que comenzaron sus predecesores respecto a la apertura de calles y plazas, lo terminó y completó enteramente el enérgico Sixto V. Él fué quien puso la arquitectura urbana del barroco al servicio de sus vastos planes de transformar a Roma, y ejecutó el genial pensamiento de unir las alturas del Esquilino, del Viminal y Quirinal con la ciudad inferior de junto al Tíber, y con esto dar nueva vida a este paraje abandonado desde su devastación por las huestes de Roberto Guiscardo y sólo muy escasa y aisladamente cubierto de edificios aun en la segunda mitad del siglo XVI (6). Salido de una Orden mendicante al igual que Sixto IV y Julio II, fué Sixto V el tercer Papa franciscano que emprendió de una manera grandiosa propia suya el embellecimiento de la ciudad de las siete colinas. Para centro de la nueva Roma escogió su iglesia predilecta

(1) V. Weisbach, *Arquitectura urbana*, 82, quien además hace notar: «La invención está en el tránsito del Renacimiento al barroco. Barroco es el pensamiento de hacer parecer mayor la plaza por la construcción en perspectiva de los frentes del palacio que han de divergir hacia atrás, y de no construir un cuerpo de edificio agrupado en todas partes igualmente en el eje central, sino ejecutar conforme a éste una simetría ideal». Cf. también Michaelis en la *Revista de arte plástico*, nueva serie, II (1891), 190 s.

(2) Cf. nuestros datos del vol. XVI. El fresco de la Biblioteca Vaticana que representa la plaza del Capitolio, en Pastor, Sisto V, tav. 9.

(3) Cf. nuestros datos del vol. XVI.

(4) Cf. nuestros datos del vol. XX.

(5) Cf. nuestros datos del vol. XX.

(6) Cf. las explicaciones de Orbaan, *Sistine Rome*, 180 s., que se apoyan en los planos urbanos.

de Santa María la Mayor, en la que quería un día descansar. Ella debía formar el punto de partida de las calles que abrió, todas de grandes distancias, las cuales calles ofrecían amplias perspectivas hacia sus términos adornados de una manera monumental (1). Tenía en ello ante los ojos una construcción central en forma de estrella, de un modo semejante a la ciudad ideal de la obra arquitectónica de Maggi publicada en 1564 (2). Procede también de Maggi el dibujo que hay en la colección de las poesías de Juan Francisco Bordini (3), que, así como la gran vista de pájaro del fresco de la Biblioteca Vaticana (4), representa la sobredicha iglesia de Nuestra Señora como centro (5) del cual parten cinco calles en forma de rayos: hacia la Puerta de San Lorenzo, hacia Santa Cruz de Jerusalén, hacia Letrán, hacia la columna de Trajano y finalmente hacia la Santísima Trinidad de los Montes. Sólo una de estas vías de comunicación, la Merulana, que lleva a Letrán, procede del tiempo de Gregorio XIII, todas las otras son obra de Sixto V y de su arquitecto Fontana.

Los trabajos comenzaron en el verano de 1585 y se prolongaron por todo el pontificado (6). Fué la gran calle de comunicación entre el Esquilino y el Pincio a la que primero se dió principio, y con tal ardor se llevó adelante, que ya en marzo de 1586 pudo utilizarse a pesar de las dificultades del terreno (7). En el otoño efectuóse la apertura para la circulación general (8). La nueva vía pública conducía de allí donde las casas terminaban (de ahí Via Capo le

(1) Cf. Wiesbach, *Architectura urbana*, 82.

(2) Della fortificatione. Cf. Brinckmann, *Architectura*, 164.

(3) Bordini, *Carmina*, 51: De viis amplissimis quas Sixtus V P. M. ab Esquilino monte in syderis formam ad loca diversa aperuit et stravit, con copia del plano de las calles, que ha sido reproducido recientemente por Muñoz (Roma barroca, 15). La representación en la medalla con la leyenda: Cura pontificia salió mal; v. Artaud de Montor, IV, 490. Cf. Bonanni, I, 426.

(4) V. Stevenson, *Topografía* tav. IV, n. 1; *Mél. d'archéol.*, XX, 297; Orbaan, *Documenti*, LXVIII s.; Pastor, Sixto V, tav. 5. En el fresco finamente ejecutado está indicada todavía una sexta calle a San Pedro ad vincula y al coliseo, la cual fué proyectada, pero no ejecutada. Cf. también Ferrucci en Fulvio, *Antichità*, 27 s.

(5) En el poema de Bordini se dice: ut centrum residet dirigitque vias.

(6) Cf. las noticias de los pormenores citadas en lo que sigue, tomadas de los **Avvisi* (*Bibl. Vaticana*), en el apéndice. V. también Lanciani, IV, 129 s.; Pansa, 79; *Inventari*, I, 347.

(7) V. el **Avviso* de 29 de marzo de 1586, Urb., 1054, *Biblioteca Vatic.*

(8) V. el *Avviso* en Orbaan, Roma, 290. Cf. Fulvio-Ferrucci, 171 s.

case), hacia la ciudad inferior (1). Llamábase en su primera parte Via Sixtina, y en la segunda Via Felice. En brevísimo tiempo se levantaron en la nueva calle muchas casas y algunos palacios, como el de Mucio Mattei (más tarde Massimo, Albani, Del Drago). En abril de 1587 creía el embajador mantuano, que en tres años se poblaría todo aquel paraje (2). Para avivar el celo de edificar los dueños de las casas de la Via Felice y de la Via Pía recibieron en el otoño de dicho año especiales privilegios (3). A pesar de esto la erección de casas no se efectuaba sino lentamente, pero con todo se había dado otro paso importante para la remoción del centro de gravedad en la vida de la ciudad, la cual remoción se iba haciendo perceptible desde la mitad del siglo XVI (4) y halló pronto su expresión por la traslación de las principales posadas desde el paraje de los Bancos y del Campo de las Flores hacia la Plaza de España (5). Donde la Via Felice llega a la altura de la colina del Quirinal, se hizo resaltar el lugar en que se cruzaba con la Via Pía, que llevaba de la Puerta Pía al Quirinal, con las cuatro fuentes murales comenzadas en el año 1587 en los ángulos (6), las cuales recibían su agua del Agua Félix. Las amplias perspectivas que aquí se abren, produjeron general admiración (7); en efecto, en diverso tiempo del día y en cualquier cambio de iluminación ofrecen siempre nuevos atractivos; son de las más hermosas de la Ciudad Eterna. Hacia el norte se

(1) V. Fulvio-Ferrucci, 172. Que el Papa para unir su nueva calle con la ciudad inferior hizo también el principio de la llamada Escalera Española, se apoya en una traducción enteramente equivocada de un pasaje de Gualterio, publicado por Ranke, I⁸, 310. Gualterio escribe: *scalasque ad templum illud ab utroque portae latere commodas perpulcrasque admodum extruxit*. Esto se refiere no a la escalera de la Plaza de España, sino a la grande escalera que se extiende inmediatamente delante de la iglesia; la llamada Escalera Española Sixto V no hizo más que proyectarla. Cf. en los núms. 7 y 8 del apéndice los *Avvisi de 30 de julio y 1.º de octubre de 1586, *Bibl. Vaticana*; Orbaan, Conti di Fontana, VIII, 64; L'Arte, XVI (1913), 93 s. V. también las *relaciones de Capi-lupi de 28 de septiembre de 1585 y de Malegnani de 8 de julio de 1587, impresas en los núms. 2 y 17 del apéndice, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(2) V. en el núm. 12 del apéndice la *relación de Malegnani de 29 de abril de 1587, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(3) V. Bull., VIII, 914 s. y Studi e docum., II, 145, nota 3. Cf. los *Avvisi de 7 y 10 de octubre de 1587, Urb., 1055, p. 376, 388, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. nuestros datos del vol. XIII.

(5) Cf. Cerasoli en los Studi e docum., XIV, 398.

(6) Cf. Lanciani, IV, 132. Cf. M. Guidi, *Le fontane barocche di Roma*, Zurich, 1917.

(7) V. la *Lettera de C. Foglietta en el Ottob., 568, *Biblioteca Vaticana*.

ve más allá de la calle que se hunde y de nuevo se levanta, la iglesia de la Trinidad de los Montes, y forma el fondo el monte Mario coronado de pinos. Hacia el sur se contempla más allá del Viminal la altura del Esquilino, donde cierra el horizonte de una manera grandiosa la basílica de Santa María la Mayor con su alto campanario. Hacia el este el poderoso grupo de los Domadores de caballos erigido en el Quirinal forma un remate que produce grande impresión, en dirección al oriente la grandiosa Puerta Pía (1). La obra de las fuentes en este punto magnífico, que ofrecía un cuadro urbano cual entonces sólo en Roma se podía gozar (2), pertenece en el diseño y en parte también en la ejecución a Fontana. Sobre cada una de las fuentes se levanta un sencillo nicho mural. Sirven de adorno rocas y figuras yacentes de tamaño natural cinceladas en travertino, que representan la fidelidad, con el perro como símbolo, la fortaleza, que se apoya en un león, así como el Tíber y el Anio. Por estas Quattro Fontane se llamó más tarde la parte media de esta gran vía de comunicación, la cual halló su continuación detrás de Santa María la Mayor hasta Santa Cruz de Jerusalén (3).

Enteramente rectas eran también las calles que se construyeron de Santa María la Mayor por una parte a Letrán, y por otra al foro Trajano (Via Panisperna) (4), y la que iba de Letrán al coliseo. El Papa visitó personalmente estas obras después de su comienzo a principios de marzo de 1588. Del coliseo nuevas calles debían llevar al Capitolio (5) y del foro Trajano a San Pedro (6). También la vía pública que une el coliseo con el Quirinal, debe su origen a Sixto V (7).

Fuera de estas grandes vías de comunicación, abriéronse aún otras numerosas, así la calle desde la Puerta de San Lorenzo a Santa

(1) Un fresco de la sala consistorial de Letrán representa la vista del Quirinal desde la Puerta Pía; v. Pastor, Sisto V, tav. 10.

(2) Las Cuatro Fuentes romanas se imitaron en 1611 en Palermo en los Quattro Canti.

(3) Cf. Ferrucci en Fulvio, *Antichità*, 25. Las fuentes fueron transformadas en tiempo de Clemente IX; v. Bellori, I, 165. Cf. Magni, *Barocco a Roma*, 28.

(4) V. Ferrucci, loco cit.

(5) V. en el núm. 23 del apéndice el *Avviso de 2 de marzo de 1588, *Biblioteca Vaticana*.

(6) V. Pansa, 79, quien advierte: e percio furono buttate molte case a terra, ma non si vede pero fin'hora [marzo de 1590] altra mutatione. Pansa comunica también las inscripciones de la nueva calle.

(7) V. el Avviso en Orbaan, *Avvisi*, 304.

María de los Ángeles, desde la Plaza dei Cerchi a Santa Sabina, desde el Capitolio a Santa María de la Consolación, desde la Puerta Pia a la Puerta Salaria y desde la Puerta Septimana en el Trastevere a Ripa Grande. En las más de estas calles el intento del Papa era hacer más cómodo el acceso a las iglesias (1). Menciónanse además nuevas calles junto a San Pedro Montorio, junto al foro de Trajano y junto a San Silvestre (2). También en el Borgo efectuáronse reformas de calles y proyectáronse todavía otras (3). Esta parte de la ciudad, que hasta entonces había tenido una especial administración municipal, fué añadida a los otros trece distritos de Roma como décimocuarto cuartel (rione) y honrado con la concesión del escudo de familia del Papa (4).

El maestro de ceremonias de Sixto V cuenta cómo el Papa frecuentemente de madrugada saliendo del Quirinal daba una vuelta por la ciudad, para asistir a misa hoy en esta iglesia, mañana en aquélla, y cómo en estos giros inspeccionaba incansablemente las construcciones nacientes y proyectaba nuevas calles (5). Repetidas veces dan cuenta los contemporáneos de tales planes. Así debían abrirse nuevas calles desde Letrán a Santa Cruz de Jerusalén y a San Pablo extramuros, desde la Puerta Mayor a San Lorenzo, desde la Plaza de las Termas a San Vital, desde San Andrés delle Fratte a la Scrofa, desde San Pedro ad víncula a Santa María la Mayor y a la Puerta de San Pablo, desde el arco de Constantino a Santa

(1) V. Fontana, I, 89 y la *Lettera de C. Foglietta en el Ottob. 568, *Biblioteca Vaticana*. Cf. también las inscripciones en Pansa, 79 y los *Avvisi de 14 de enero de 1587 y 30 de enero de 1588 en los núms. 10 y 22 del apéndice, *Biblioteca Vaticana*.

(2) Cf. Lanciani, II, 126 s., IV, 136 s. y el *Avviso del núm. 26 del apéndice *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. los Conti di Fontana en Lanciani, IV, 136 y la inscripción en el Inventario, I, 326. Cf. Arch. Rom., V, 656 y el *Avviso de 4 de junio de 1586 (*Biblioteca Vaticana*) en el núm. 6 del apéndice.

(4) La antigua división de la ciudad en catorce regiones o distritos hecha por Augusto se había conservado pura hasta el siglo XI; más tarde aparecen doce barrios, y desde principios del siglo XIV trece (cf. C. Re en los Studi e docum., X, 349 s.). La bula sobre la erección del Borgo como 14.º distrito está fechada a 1.º de diciembre de 1586; v. Bull., VIII, 807 s. Cf. también Rocchi, Piante, 97 y Baracconi, I Rioni di Roma, Città di Castello, 1889.

(5) V. *Diarium P. Alaleonis (*Bibl. Vaticana*) en el núm. 30 del apéndice. Cf. ibid., núm. 32 el *Avviso de 22 de marzo de 1589, *Bibl. Vaticana* V. también la *relación de Malegnani de 5 de septiembre de 1587, *Archivio Gonzaga de Mantua*. El hospicio de los mendigos lo visitó Sixto V dos veces en 1587; v. los *Avvisi de 30 de mayo y 31 de octubre de 1587, Urb., 1055, p. 197, 415, *Biblioteca Vaticana*.

María la Mayor, desde Santa Balbina a Letrán, y finalmente desde San Pedro Montorio al Puente Sixto (1). Todavía a principios de 1590 proyectó el Papa nuevas construcciones de calles junto a la Cancellería, para lo cual debían derribarse varias casas de valor de más de 100 000 escudos (2). En las cercanías del pequeño puerto de la Ripetta se proyectó la construcción de un puente sobre el Tíber, de donde debía partir una calle hacia el Belvedere (3).

Aunque estos planes no todos llegaron a realizarse, sin embargo lo que Sixto ejecutó en construcciones de calles durante su corto pontificado, es asombroso. Se ha calculado que la longitud de las vías de comunicación por él abiertas subió a más de 10 000 metros (4). La Via Felice con su continuación tiene de largo 2 787 metros; es la reina de las calles nuevas y hasta ahora no ha sido sobrepujada en Roma por ninguna vía de comunicación. Es admirable cómo todas estas construcciones hicieron con tal prudencia y previsión de las futuras circunstancias, que todavía hoy forman las arterias principales de la circulación. Estaba enteramente justificado el que la ciudad hubiese de participar en las costas (5).

La nueva red de calles dió un importante impulso a la circulación de carruajes (6); antes comúnmente se cabalgaba o se servían de la litera. De la conservación de las calles tenía Sixto solícito cuidado. Testigo de ello es no solamente la Congregación de cardenales instituida en 1587 para los asuntos de las aguas, calles y fuen-

(1) Cf. Fontana, II, 20, Pansa, 80 y los datos de los *Avvisi en los núms. 6, 27 y 31 del apéndice, *Biblioteca Vaticana*.

(2) *Ordinò appresso due strade dalla porta grande di essa Cancelleria a drittura fino in piazza degli Altieri et dalla porta piccola di S. Lorenzo in Damaso alla Pace importando la rovina delle case più di 100 000 scudi. Avviso de 27 de enero de 1590, Urb., 1058, p. 33, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. en el núm. 27 del apéndice el *Avviso de 12 de octubre de 1588. Un *Avviso de 26 de octubre de 1588 notifica: La fabrica del nuovo ponte a Ripetta sta sospesa per esser stato posto in consideratione a N. S. che questo sarebbe un levare la franchigia a castello S. Angelo et un render facile la ispugnatione di questa mole in tempo di guerra che Iddio guarda. Si parla in oltre che N. S. habbia commesso che si faccia altre strade nuove dentro Roma (Urb., 1056, p. 488, *Bibl. Vaticana*). Fr. Tromba en una *carta al cardenal Rusticucci de 17 de diciembre de 1588 propone la construcción de un puente junto al hospital del Espíritu Santo, con el cual debía descargarse el puente de San Ángel. Miscell., XV, 37, *Archivio segreto pontificio*.

(4) V. Lanciani, IV, 129.

(5) V. ibid., 131 s.

(6) Cf. el Aviso de 7 de marzo de 1580 en Beltrami, Roma, 22. V. también Wölfflin, Renacimiento y barroco, 100.

tes (1), sino también el aumento de los intendentes de calles. Hasta entonces este cargo lo habían ejercido a la vez dos personas. Sixto V les añadió doce, de modo que ahora cada uno de los catorce distritos de Roma recibió un particular intendente de calles (2). Reparáronse la Via Flaminia ante la Puerta del Pueblo y la comunicación del Quirinal con la Puerta Pía. Recibieron nuevo empedrado muchas calles (3). Respecto del empedramiento el Papa había seguido el ejemplo de su predecesor. Cuando el empleo de guijarros no dió buen resultado, quitáronse éstos y sustituyéronse por ladrillos. En febrero de 1588 resolvióse ejecutar este trabajo en toda la Via Felice (4). De qué manera tan grandiosa procedió también aquí Sixto V, vese claro por el hecho de que en la primera mitad del año 1587 se empedraron no menos de 121 calles (5).

También atendió Sixto V a embellecer la ciudad de Roma con plazas. Ya en el otoño de 1585 le ocupó el ensanchamiento de la plaza que hay junto a la columna de Trajano (6). Tres años más tarde se pensó en dejar espacio libre a la columna de Marco Aurelio de la Plaza Colonna (7) y en el agrandamiento de la Plaza Navona (8).

(1) Cf. arriba, pág. 182.

(2) Los datos de Moroni, *XL I*, 224 son demasiado generales. Da información exacta la *Ordenación de 7 de marzo de 1588: *Erectio magistratus 14 magistrorum viarum Urbis*, en los *Editti*, V, 74, p. 67-68^b, *Archivio segreto pontificio*. Las obras especiales sobre el cargo de la construcción de calles (*Magistri viarum*) pueden verse en Lanciani, I, 47.

(3) V. Pansa, 80.

(4) V. los *Avvisi* publicados por Orbaan, *Avvisi*, 292, 303. Cf. Lanciani, IV, 136; Orbaan, *Sistine Rome*, 110, 153. V. también el *Discorso del mattonato* o *selicato di Roma* de Guido Baldo Foglietta en el *Arch. Roma*, I, 371 s.

(5) V. Cerasoli en el *Bullett. d. Commiss. Archeol. Comun. di Roma*, XXVIII (1900), 342 s. El beneficio de los enladrillados lo hace resaltar Franc. Tromba en una *carta al cardenal Rusticucci, fechada Di casa 19 Dicembre 1588, pues per li mali tempi non se potea se non con grandissima difficoltà et lordura praticare per la città (*Miscell. Arm.*, XV, 37, *Archivio segreto pontificio*). Tromba hace aquí la propuesta de unir la ciudad leonina con la Roma propiamente dicha por un nuevo puente junto al Hospital del Espíritu Santo; dice que con él se facilitaría el acceso a San Pedro especialmente para los años de jubileo y se aseguraría el castillo de San Ángel. pues entonces por la noche se podría cerrar enteramente el puente de San Ángel. Que ya Julio II y Pío IV habían pensado en semejante puente nuevo. Los gastos evaluados en cien mil escudos no dejaron que se llevase a efecto el proyecto, el cual sólo en tiempos modernos ha llegado a ejecutarse.

(6) Cf. el *Avviso de 12 de octubre de 1585, Urb., 1053, p. 442^b, *Biblioteca Vaticana*.

(7) V. el *Avviso* que trae Orbaan, *Roma*, 307.

(8) *Si parla per ampliare piazza Agone di buttare a terra tutte le case

La plaza del puente de San Ángel y la que hay delante del Quirinal, se pusieron en mejor estado, y se ensanchó la de delante de la iglesia de San Lorenzo extramuros (1). También junto a Santa María la Mayor abrióse una plaza espaciosa (2) y otra junto a las termas de Diocleciano y allí se erigieron grandes pilones de fuente (3). Esta misma última plaza debía servir por una parte para el general mercado semanal, y por otra para la feria celebrada hasta entonces junto a la antigua abadía benedictina de Farfa (4). El Papa tenía todavía otro plan, que sin embargo tampoco llegó a efectuarse. Según él debía estar en esta plaza el depósito en el que había de desembocar el gran canal que estaba destinado para conducir las aguas del Anio desde Tívoli a Roma. La ejecución de esta obra gigantesca hubiera facilitado extraordinariamente el transporte del travertino y la cal necesaria para las construcciones y suministrado agua para las fábricas (5).

Ocupaban al Papa todavía otros grandiosos planes de construcciones hidráulicas. En el puerto de Ripetta debía desviarse un brazo del Tíber, seguir adelante por detrás del castillo de San Ángel e introducirse de nuevo en el río delante del hospital del Espíritu Santo. Sixto V intentaba con esto aumentar la seguridad de la sobredicha fortificación y del tesoro allí conservado y a la vez poner

che sono di mezzo tra detta piazza et il palazzo di Altemps. Avviso de 5 de noviembre de 1588, Urb., 1056, p. 506, *Biblioteca Vaticana*.

(1) El *Avviso de 23 de marzo de 1588 notifica: El domingo el Papa con treinta y ocho cardenales tuvo capilla en San Lorenzo extra muros, ordenando S. Stà all'uscire che fosse ampliata la piazza dinanzi a quella chiesa per commodità della corte sicome fa hora quella di ponte S. Angelo riducendosi per i contorni di essa piazza tutti quei bottegari e rivenditori d'herbe, frutti, pane et similil come disegnò parimente di tirarsi ramo d'acqua Felice. Urb., 1056, p. 113. Cf. *ibid.*, 134 y 143 el *Avviso de 2 de abril de 1588: S'abbassa la somità della piazza di Montecavallo di ordine del Papa per tirarsi un ramo d'acqua Felice et farsi una bellissima fontana facendo nettare d'ogni intorno quelle scabrosità che rendevano quel bel sito inornato. *Bibl. Vaticana*. Cf. Orbaan, Roma, 304.

(2) Cf. *Lettera di C. Foglietta, Ottob., 568, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. el fresco de la villa Massimo en Pastor, Sisto V, tav. 6.

(4) V. Mercati, Obelisch, 259; Arch. d. Soc. Rom., III, 376; Platner, III, 2, 346; Orbaan, Avvisi, 288, 303. Cf. en el núm. 5 del apéndice el *Avviso de 29 de marzo de 1586, *Biblioteca Vaticana*, y Lanciani, IV, 127.

(5) V. Fontana, I, 88^b; *Avvisi de 3 de mayo y 19 de octubre de 1588, Urb., 1057, *Biblioteca Vaticana* (cf. el núm. 25 del apéndice del vol. XXI); Moroni, LXVII, 96 y el breve al ingeniero Pompilio Eusebi de Perusa en Massimo, Notizie, 249 s. Cf. C. Borgnana, Dell'Aniene e del breve Sistino «Cum sicut accipimus», Roma, 1861; Rossi Scotti, Pompili Eusebi da Perugia e Sisto P. V, Perugia, 1893.

fin a las inundaciones del Tíber (1). Otro plan meditó el Papa después de la inundación del Tíber de principios de noviembre de 1589. Por efecto de este proyecto más abajo del Ponte Molle hubiera debido abrirse un profundo y ancho foso, que desde el Tíber fuese a la Valle dell'Inferno, y desde allí por las colinas de nuevo al Tíber. La inundación debía entonces regularse con diques (2). Un presupuesto dió por resultado, que la construcción costaría cerca de 200 000 florines de oro (3).

Si estos planes no llegaron a ejecutarse, con todo Sixto V salió al cabo felizmente con otra grande obra: el mejoramiento de las vías de comunicación de la Ciudad Eterna. Esto sólo era posible por una enérgica intervención. Que un natural como Sixto V no dejó de emplearla, se ve claro por los poderes dados a Fontana, que le facultaban para derribar sin compasión todo lo que fuese obstáculo a los planes del Papa (4). No se perdonó más a las casas, iglesias y monasterios pequeños que a los valiosos restos de la antigüedad (5). Un fresco de la Biblioteca Vaticana muestra las enormes demoliciones por las cuales se llevó al cabo la unión de la Via Felice con la Via Gregoriana, que conducía de Santa María la Mayor a Letrán (6). Por eso desde el principio no faltaron censuras (7); pero las personas inteligentes reconocieron que eran superiores las ventajas obtenidas. Los poetas ensalzaron el que la ciudad se duplicase por decirlo así e investigase de nuevo sus antiguas viviendas (8). En 1587 Panigarola en un sermón cuaresmal tributó al Papa grandes elogios, no solamente por sus muchas construcciones, sino también porque

(1) Cf. el interesante artículo de P. M. Baumgarten, apoyado en los *Avvisi*, Roma como puerto de mar, en la Gaceta popular de Colonia, 1909, núm. 707.

(2) Cf. los **Avvisi* de 4 y 5 de noviembre de 1589, Urb., 1057, *Biblioteca Vaticana*, la *relación del embajador veneciano de 4 de noviembre de 1589, *Archivio público de Venecia*, y la *carta de Brumani del mismo día, *Archivio Gonsaga de Mantua*.

(3) Cf. Baumgarten, loco cit. Un **Discorso sopra la inundatione del Tevere del presente a. 1589* (Instr. miscell., núm. 4586 del *Archivio segreto pontificio*) espera que se pondrá remedio por medio de Sixto V.

(4) Cf. Ademollo, *L'opera edilizia di Sisto V*, en la *Rassegna Settiman.*, 1879, núm. 80, p. 31.

(5) Numerosos datos en Lanciani, IV, pássim. Cf. también Arch. Rom., II, 229 s. y en el núm. 11 del apéndice la *relación de Malegnani de 15 de abril de 1587, *Archivio Gonsaga de Mantua*.

(6) V. el dibujo en Biasiotti, La basilica Esquilina, Roma, 1911, 31-32.

(7) Cf. el **Avviso* de 17 de agosto de 1585, Urb., 1053, *Bibl. Vaticana*.

(8) Ranke, I⁸, 310.

con sus calles había facilitado la visita de las siete iglesias (1). También ahora hubo aún ciertamente críticos envidiosos. Al número de ellos pertenece el relator del gran duque de Toscana, que en mayo de 1587 se quejaba de que por efecto de la apertura de nuevas calles desaparecieran casas y hasta sitios venerandos de oración. «Aquí son tan vejados los edificios como los hombres, se dice en la relación; sólo el castillo de San Ángel triunfa, por cuanto cambia piedras por oro» (2). Esta venenosa observación se refiere a que Sixto V para adquirir los fondos necesarios muchas veces vendía terrenos que estaban despoblados por falta de agua, o por hallarse cubiertos de escombros y ruinas. Ninguna persona inteligente puede estar conforme con este reproche, antes bien merece Sixto grande alabanza por haber sabido de esta manera sufragar los gastos de sus empresas de común utilidad (3). Asimismo sólo la irreflexión puede hacer cargo al Papa de su dureza de proceder, inevitable en las aperturas de calles (4). En cambio está justificada la crítica de su inconsiderado procedimiento contra los monumentos antiguos, en lo cual sin embargo se han de tener presentes las ideas de aquel tiempo.

Aun mientras estaba floreciente el Renacimiento, el exaltado entusiasmo por la antigüedad no había podido impedir que el vandalismo contra los monumentos medioevales difundido por todas partes se extendiese también a los antiguos, con los cuales sólo poco a poco se fué despertando la piedad (5). Si todos los Papas del Renacimiento sacaron sin reparo de las ruinas de la antigua Roma los materiales (travertino, mármol) y columnas necesarias para las nuevas construcciones y destruyeron restos venerandos aun de los pasados siglos cristianos (6), no podemos maravillarnos del mismo proceder de Sixto V (7). Para la ulterior disculpa bastaba al Papa el que tampoco su arquitecto Fontana, lo mismo que en otro tiempo Bramante, hallase inconveniente alguno en la destrucción

(1) V. la *relación de Malegnani de 11 de febrero de 1587, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) V. Ademollo, loco cit., 32. Cf. Hübner, II, 134 s.

(3) V. Hübner, II, 166 s.

(4) Cf. Ademollo, loco cit., 31 ss.

(5) Cf. Kraus-Sauer, II, 2, 688 s.

(6) Cf. nuestros datos de los vols. II, III, VI, VIII, X, XII.

(7) Cf. las numerosas pruebas en Lanciani, IV, pássim; v. también II, 145 s., III, 12 s.

de los restos de la antigüedad. Esto lo denota bien un pasaje de la descripción de las construcciones sixtinas hecha por Fontana. El célebre arquitecto no duda aquí en citar también entre las meritisimas obras de su señor el derribo de importantes restos de las termas de Diocleciano que le mandó Sixto V, porque impedían el acceso a Santa María de los Ángeles (1). En la misma obra Fontana con toda tranquilidad, como si se tratase de una cosa enteramente justificada, desenvuelve el plan de transformar el coliseo en una fábrica de paños de lana. «El Papa, así añade, intentaba con ello no sólo fomentar la industria sino también procurar a los mendigos viviendas gratuitas; si Sixto hubiese vivido todavía un año, ¡habría ejecutado esta útil empresa!» (2).

La indiferencia para con las ruinas antiguas en los artistas de entonces relacionábase también sin duda con la exagerada conciencia de su propio valer (3). Tampoco fueron en modo alguno los artistas, sino los conservadores romanos los que se interesaron por algunos monumentos antiguos a los que amenazaba el ardor de construir de Sixto V. Se resolvió dirigirse primero al cardenal Santori, alegando la bula expedida por Pío II para la protección de los monumentos antiguos (4). Dicho cardenal refiere en su autobiografía, que en el año 1588 se presentaron en su casa varios delegados y en nombre del pueblo romano propusieron la petición de que disuadiese al Papa de la intentada destrucción del Septizonio, del arco de Jano y del sepulcro de Cecilia Metela. Santori accedió a esta petición; acompañado del cardenal Colonna fué a ver a Sixto V. Su respuesta fué que intentaba quitar las antigüedades faltas de belleza y hacer restaurar las demás donde fuese necesario (5). Más

(1) V. Fontana, *Trasportazione*, I, 88⁸. Cf. además el *Avviso que hay en el núm. 26 del apéndice, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. *ibid.*, II, 18 s., donde Fontana ilustra con un dibujo un plan completo de la transformación del coliseo. Cf. Orbaan, *Avvisi*, 311; Jordán-Hülssen, *Topografía*, I, 3, 286; Clementi, *Il Colosseo*, Roma, 1912, 196 s. En el último año de su gobierno Sixto V hizo quitar los escombros que se habían amontonado alrededor del Coliseo; v. Bullett. d. Commiss. Archeol. Comun., XXX (1902), 305 s.; Rodocanachi, *Les monuments antiques de Rome encore existants*, París, 1920, 127.

(3) Cf. Wölfflin, *Renacimiento y barroco*, 12.

(4) Cf. Lanciani, III, 12.

(5) Santori, *Autobiografía*, XIII, 181. Nada hay aquí de que, como se indica comúnmente siguiendo el ejemplo de Papencordt (*Hist. de la ciudad de Roma en la edad media*, Paderborn, 1857, 356), el sepulcro de Cecilia Metela sirviese de guarida de bandidos.

todavía que la apreciación estética era decisiva en esta intercesión la circunstancia de que los romanos se consideraban aún los inmediatos descendientes y herederos del *Senatus populusque Romanus*. La excitación que se apoderó de los representantes de la Ciudad Eterna, movió a Sixto V a no tocar un monumento tan popular como el sepulcro de Cecilia Metela. Pero no perdonó a los restos del Septizonio erigido por el emperador Septimio Severo en el ángulo sudoeste del Palatino, cuando se desplomaron algunas columnas del pórtico de tres pisos. Las preciosas especies de mármol y granito de la llamada por el pueblo Escuela de Virgilio, ruinas tan pintorescas como singulares, empleáronse en nuevas construcciones (1). Está atestiguado expresamente, que en general se sintió en la Ciudad Eterna la desaparición de los restos de este monumento ya antes del siglo VIII caído en ruina, porque se recordaba que Bramante había manifestado en otro tiempo, que no había mejores modelos para los arquitectos que el Septizonio y el Coliseo (2).

Que Sixto V no era un absoluto despreciador de los restos de la antigua Roma, muéstralo el hecho de que poco después de su ascensión al trono nombró en la persona de Horacio Boari un enérgico comisario para la guarda de las antigüedades (3). En pro de algunos monumentos antiguos ha adquirido el Papa hasta «méritos imperecederos» (4). Él fué quien dedicó su solicitud a las dos colosales columnas de triunfo de los emperadores Trajano y Marco Aurelio, dejando espacio libre a aquélla, salvando a ésta de una ruina cierta por medio de la restauración de Fontana y proveyéndola de un nuevo pedestal (5). Designa por manera extraordinaria las ideas

(1) Cf. Hülsen, *El Septizonio de Sept. Severo*, Berlín, 1886; Jordán-Hülsen, *Topografía*, I, 3, 100; Stevenson en el *Bullett. Com.*, XVI (1888), 268 s.; Bertolotti, *Art. Lomb.*, I, 87 s.; Bartoli en el *Bollett. d'arte*, III (1909); Petersen en las *Comunicaciones romanas*, XXV (1910), 56 s.; Lanciani, IV, 137 s.; Hülsen en la *Revista para la historia de la arquitectura*, V, 1 ss.; aquí, p. 23 s. hay un ejemplar comparado repetidas veces con el manuscrito del *Archivio segreto pontificio*, de la *Misura et stima della disfatura de tutta la fabrica della Scuola di Vergilio over Settizonio*, que D. Fontana y Próspero Rocchi presentaron el 15 de mayo de 1589 a la Cámara Apostólica. V. además T. Dombart, *El Septizonio Palatino de Roma*, Munich, 1922, 14, 57.

(2) V. el *Avviso* de 14 de septiembre de 1588 en Orbaan, Roma, 305 s.

(3) V. Lanciani, IV, 123.

(4) Juicio de O. Richter (*Topografía de la ciudad de Roma*², Munich, 1901, 76). Sin la energía de Sixto V, dice Lanciani (III, 146), la columna de Marco Aurelio se hubiese hundido.

(5) V. Fontana, I, 86; Lanciani, II, 127 s., III, 146 s.; Orbaan, *Sixtine*

de Sixto V el haber emprendido a la vez cristianizar en cierto modo estos dos grandiosos monumentos, que debieron su origen a la deificación de entrambos emperadores. Fontana en su descripción de las empresas arquitectónicas de Sixto V explica cómo el Papa, atento a la glorificación de la cruz, había querido borrar también los recuerdos paganos. Dice que por eso había sido destinada la estatua del príncipe de los Apóstoles, San Pedro, para la columna de Trajano, que en otro tiempo había sostenido la estatua del mayor y mejor de los emperadores paganos, y la estatua de San Pablo para la que formaba juego con aquélla. La colocación dirigida por Fontana de las doradas estatuas de bronce de los príncipes de los apóstoles fué especialmente difícil en la columna de Marco Aurelio. Los modelos para las estatuas trazólos Tomás della Porta; en la estatua de San Pedro tuvo también parte Leonardo Sormani de Sarzana, y en la de San Pablo Constantino de' Servi (1).

Sixto V miraba los monumentos de la antigüedad con ojos muy diferentes que los hombres del Renacimiento; al contemplarlos tenía siempre ante la vista como Tasso (2), que el reino de Cristo había vencido y sujetado al paganismo. Por eso según su determinación las columnas de Trajano y Marco Aurelio debían en lo futuro no sólo dar testimonio del vano triunfo de la antigua Roma (3) sobre los dacios y marcomanos, sino ser transformados ellos mismos en monumentos elocuentes de la victoria del cristianismo. De ahí provino el que las imágenes de los emperadores con que en otro tiempo estuvieron coronadas ambas columnas, se reemplazasen por las estatuas de los actuales dominadores espirituales de Roma, los príncipes de los apóstoles. Sobre la cima de la columna de Trajano

Rome, 267 s. Diseño de la columna de Trajano según un fresco de la villa Massimo en Pastor, Sixto V, tav. 7. Ibid., tav. 8 hay un diseño de la columna de Marco Aurelio según un fresco de la Biblioteca Vaticana.

(1) Cf. Fontana, I, 86; Baglione, 144; Gaye, III, 473 s.; Bonanni, I, 393 s.; Fea, Miscell., II, 9; Bertolotti, Art. Lomb., I, 75, 80 s., 201, 219; Art. Bol., 79; Stevenson, 18, 23; Bullett. d. Commiss. Archeol. Comun., XXIV (1896), 179 s.; Lanciani, II, 128, III, 147 s., IV, 153 s.; Orbaan, Avvisi, 299 s., 305, 306 y Conti di Fontana, VII, 423 s.; Cerrati, 18; L'Arte, X (1907), 136; Anuario de la colección prusiana de arte, XXXIII, 270; Bartoli, Cento vedute di Roma antica, Firenze, 1911, 39. El *Avviso de 29 de agosto de 1589 notifica: El lunes visitó el Papa quella mole Antoniana restaurata di commissione della S. S. così bene con le sue inscrittione [v. Forcella, XIII, 129] nella base et in cima, che rende maraviglia et stupore ad ognuno. Urb., 1057, p. 535, Biblioteca Vaticana.

(2) Cf. Tasso, Opere, II, Firenze, 1724, 480.

(3) Cf. la colección de poesías de J. Fr. Bordini dedicada a Sixto V, p. 25.

se colocó el 28 de septiembre de 1587 la estatua del apóstol San Pedro (1); aquel emperador que más había extendido las fronteras del Imperio romano, cedía el campo al pobre pescador de Galilea, cuyo dominio espiritual ya en el siglo V había avanzado más que cualquier ejército romano victorioso (2), y cuyo sucesor todavía poco antes había recibido los homenajes de costas y pueblos, cuya existencia apenas barruntó el tiempo de Trajano (3). Un año más tarde, en 27 de octubre de 1588, la estatua de Marco Aurelio, violento perseguidor de los cristianos, fué sustituida en la cima de la columna a él consagrada, por la del apóstol San Pablo (4); también en realidad ya hacía tiempo que el perseguidor había tenido que ceder al mártir, y el medio olvidado escritor Marco Aurelio (5) con las vanas contemplaciones de sí mismo propias de su filosofía al apóstol, que también por la fuerza de la palabra escrita había sido un verdadero maestro de los pueblos, un sol en el reino de las inteligencias (6). Después de una misa cantada en San Lorenzo in Lucina ejecutóse entre solemnes ceremonias la bendición de la columna de Trajano por el patriarca Gonzaga de Jerusalén, y la de la columna de Marco Aurelio por el patriarca Camilo Caetani de Alejandría. Por la transformación de los monumentos paganos en cristianos

(1) **Diarium P. Alaleonis*, p. 339^b, *Biblioteca Vaticana*.

(2) Prosper Aq., *De ingratia*, I, 40 s. (Migne, *Patr. lat.*, LI, 97):

Sedes Roma Petri; quae pastoralis honoris

Facta caput mundo, quidquid non possidet armis,

Religione tenet.

Cf. *De vocat. omnium gentium* 2, 16 (Migne, loco cit., 704). Al mismo pensamiento se alude también en las preces litúrgicas para bendecir la columna de Trajano (con las palabras de San León Magno, *Serm.* 82, c. 1, en Migne, LIV, 423): *Praesta, ...ut sicut per sacram b. Petri Sedem dissolutis terrenae sapientiae vanitatibus eiectisque daemonum cultibus Urbem hanc caput orbis effici, ac latius tua religione, quam dominatione terrena praesidere voluisti, ita nullis eam permittas perturbationibus concuti etc.* (**Diarium P. Alaleonis*, p. 341, loco cit.). Cf. también el raro escrito compuesto por P. Galesino y dedicado a César Speciani: *Dedicatio columnae cochlidis Traiani Caes. Augusti ad honorem s. Petri, Romae, 1587*. Al final está aquí impreso el *Ordo dedicationis in honorem s. Petri*.

(3) La embajada japonesa partió de Roma el 3 de junio de 1585; cf. el vol. XXI.

(4) **Diarium P. Alaleonis*, p. 408 ss., loco cit.

(5) Entonces se tenía su columna por la de Antonino Pio.

(6) Cf. las preces para la bendición de la columna de Marco Aurelio: **Concede, ...ut Urbem istam, quam olim vanitatum errorumque magistram coelestis eloquii sui radiis b. Paulus illustravit, discipulamque veritatis effecit etc.* [Cf. San León Magno, loco cit.: *quae eras magistra erroris, facta es discipula veritatis*]. *Diarium P. Alaleonis*, p. 410, loco cit.

queda patente y como personificado ante los ojos de todo el mundo un profundo pensamiento del humanismo cristiano: que bajo la dirección de la divina Providencia todos los hechos de la antigüedad clásica en paz y en guerra, en la ciencia y en el arte sólo habían servido para formar el zócalo sobre el que se levantó el edificio del cristianismo, y que todos los productos de las fuerzas humanas son en conclusión propiedad del Criador y Dios de los cristianos y han de servir al cristianismo y con esto obtener una honra mayor (1).

En las preces con que las dos columnas se consagraron a su nuevo destino, aparece aún otro pensamiento, que demuestra qué cambio se había efectuado en la apreciación de las antigüedades con la restauración católica. Cuando estaba floreciente la época de los humanistas, casi se morían de admiración a vista de las obras de Grecia y de la antigua Roma; se veían en ellas solamente las manifestaciones asombrosas de un despliegue de fuerza conquistador del mundo, y de un arte y civilización llegados a una altura insuperable. Ahora se dirigía también la atención al reverso; para conocerlo, basta sólo considerar que los suntuosos edificios de la antigüedad debían su magnificencia al trabajo de las manos de los esclavos. Su brillante vestido está tejido, como dice San Jerónimo, escritor predilecto de Sixto V (2), de los padecimientos de infelices y del trabajo penal de condenados; cuelgan lágrimas y quizá sangre de las brillantes gemas y camafeos, de los artísticos capiteles, frisos y estatuas. Además no podremos sustraernos al pensamiento de que todo aquel fausto se desplegaba al servicio de la soberbia, de la bruta fuerza bélica y de la sensualidad y por tanto al servicio de poderes enemigos de Dios. Pero como según las ideas cristianas el hombre por el pecado se envilece hasta convertirse en esclavo de Satanás (3), así también la criatura de Dios de que usa para pecar, se mancha por decirlo así con el abuso y cae en cierta esclavitud (4). Por eso antes que las dos columnas fuesen tenidas por dignas de

(1) Debajo la pintura de la columna de Trajano adornada con la estatua de San Pedro, que se hallaba en la villa Montalto, estaban estos versos:

Quid Traiane doles quod te Petrus aeneus urget?

Desine nobilior hinc tibi surgit honor.

Massimo, *Notizie*, 130.

(2) *Domus miserorum poenis et damnatorum labore vestitae*. *Epist.*, 46 (Paulae et Eustochii ad Marcellam), n. 10, en el *Corp. script. eccl. lat.*, LIV, 341.

(3) Hieron., *In ep. ad Rom.*, VIII, 34.

(4) *Ibid.*, VIII, 19.

sostener las estatuas de bronce bendecidas de los príncipes de los apóstoles, efectuóse en ellas el exorcismo, la conjuración de los malos espíritus. «Yo te conjuro, se dice en las preces de la bendición, piedra criada por Dios, en el nombre del Padre todopoderoso, en el nombre de Jesucristo, su Hijo, Señor nuestro, y en la virtud del Espíritu Santo, para que estés purificada, a fin de sostener la imagen del príncipe de los apóstoles, y quedes libre de toda mancha del paganismo y de todo embate de la malicia diabólica» (1).

Cuán común se había hecho el espíritu de la restauración católica, que se expresaba en estas manifestaciones, muéstranlo numerosos dichos de los contemporáneos, que hablan con entusiasmo de la transformación de monumentos paganos en cristianos efectuada por Sixto V (2). Al número de los poetas que se declararon en este sentido (3), pertenece también Torcuato Tasso; entusiasmado celebró la cruz, que se levantaba ahora sobre el obelisco de ante San Juan de Letrán, como la señal que venció a la muerte (4). Sentimientos de este género se ofrecen en todas partes al cristiano contemplador de la Ciudad Eterna, y quizá más notablemente cuando desde las ruinas de los palacios de los emperadores dirige la mirada a la cúpula de San Pedro y a las demás iglesias numerosas de Roma: aquí la muerte, allí la vida. Quien no está en el punto de vista cristiano, apenas ciertamente podrá apreciar como es debido el proceder de Sixto V, pero tal vez reconocerá que apenas quedaba otro camino.

(1) Semejantes exorcismos se habían practicado en la Iglesia desde el principio del cristianismo sobre la base del Evangelio (Marc., XVI, 17).

(2) Además del pasaje de Galesino, comunicado en el núm. 38, 4 del apéndice del vol. XXI, cf. el pasaje de la *Relatione* al Papa Sisto V en Ranke, III, 77* (sin indicación del lugar donde se halla), los pasajes de Tempesti, I, 411 y Maffei, *Hist. ab excessu Gregorii XIII*, ed. 1753, 3. C. Foglietta advierte en su *Lettera citada arriba, pág. 162, nota 1: Et era dovere che Roma già ricettatrice di tutti gl'errori del mondo fatta poi maestra de la verità non ritenesse più memoria di quel male, anzi da quel male ne cavasse Sisto V questo bene d'honorare Dio con quello che quelli lo dishonoravano. Ottob., 563, *Biblioteca Vaticana*.

(3) En el escrito de P. Galesino, mencionado arriba, pág. 201, nota 2, hay impresas poesías a la consagración de la columna de Trajano a honor de San Pedro, de Guillermo Blanco (*Smi cubiculi intimus*), de Silvio Antoniano, Jerónimo Badesio (*Romanus*) y P. Angel Camers a Roccha. Cf. las poesías de P. A. Borgeo en Ciaconio, IV, 118. También la colección de poesías de J. Fr. Bordini (arriba, pág. 162, nota 2) respiran enteramente este espíritu; cf. principalmente las poesías al obelisco vaticano (19), al colocado junto a Santa María la Mayor (23) y a la estatua de San Pedro de la columna de Trajano (25).

(4) Tasso, *Opere*, II, 466. Una idea parecida expresa J. Fr. Bordini (*Carmina*, I, 23) en su poesía al obelisco de junto a Santa María la Mayor.

Pues es cosa cierta que los monumentos que recuerdan un suceso determinado o a personas particulares, comúnmente caen en ruina sin salvación posible, cuando ya no existen aquellos para los que estaban destinados y que tenían interés en su conservación. Si las memorias en general son la expresión monumental de ideas determinadas, con cuya caída también ellas han de derrumbarse, apenas hay otro camino para conservarlas, que despojarlas de su carácter primitivo y ponerlas en consonancia con las ideas reinantes (1). Esto lo hizo Sixto V también otras veces. En el Capitolio pudo en esto seguir el ejemplo de su bienhechor San Pío V, el cual con una muy significativa inscripción había consagrado al verdadero Dios este lugar quizá el más importante de la historia universal (2). No estuvo en armonía con esto el proceder del senado, que en tiempo de Gregorio XIII hizo colocar en la nueva torre del Capitolio (3) una antigua estatua de Júpiter entre Minerva y Apolo. Ya siendo cardenal había Sixto V hallado inconveniente en esto; hecho Papa, dió a entender con palabras severas a las autoridades de la ciudad de Roma, que no quería tolerar que permaneciesen en pie estas estatuas, que recuerdan grandemente el paganismo y su idolatría. Júpiter y Apolo hubieron de ser retirados; sólo Minerva pudo permanecer después que su enorme lanza se hubo cambiado por una poderosa cruz de bronce. Sixto quiso mostrar con esto, que en la Ciudad Eterna sólo *uno* reinaba: el Hombre Dios y Redentor nuestro Jesucristo (4).

Cuán escrupulosamente se atendía entonces al carácter cristiano de Roma, muéstranlo también las deliberaciones respecto de la supresión de sobrenombres paganos en los títulos de algunas iglesias de cardenales, como, por ejemplo, Santa María sopra Minerva, lo cual sin embargo no aprobó Sixto V (5). Como no se debía

(1) V. Riegl, *El moderno culto a los monumentos*, Viena, 1903.

(2) Cf. nuestros datos del vol. XVII.

(3) Cf. nuestros datos del vol. XX.

(4) V. *Vita Sixti V ips. manu emend.*, en Platner, *Descripción de Roma*, I, 702; Galesino, **Annales Sixti V*, Vat. 5438, p. 85, *Bibl. Vaticana*; Gualterio, **Ephemerides, Biblioteca Víctor Manuel de Roma*; la **Lettera* de C. Foglietta en el *Ottob.* 568, *Bibl. Vaticana*. Cf. *Riv. Europ.*, XXII (1880), 385; Orbaan, *Avvisi*, 283 s. Sobre monedas análogas v. Martinori, 11 s. Los Trofeos de Mario se trasladaron en 1590 al Capitolio; v. Rodocanachi, *Capitole*, 83. Cf. *ibid.*, 92 s. sobre la construcción de una fuente en el Capitolio y p. 105 sobre el mejoramiento de las cárceles de allí.

(5) En el **Diarium audient. card. S. Severinae* se dice al 18 de marzo

mezclar lo sagrado con lo profano, deseó en cambio que se mudase el nombre de la calle Spoglia Christi situada junto al Macello de' Corvi. También quiso que se diese otro nombre a la Plaza Sciarra, porque recordaba a Sciarra Colonna, el opresor de Bonifacio VIII (1). Pertenece además a este lugar la supresión de una inscripción que había en una antigua estatua situada delante de San Clemente, la cual, falsamente entendida, había dado motivo a la formación de la leyenda de la papisa Juana (2).

No hay que figurarse a Sixto V como enemigo absoluto de la antigüedad. Siendo simple franciscano había poseído el libro de Marliano sobre las antigüedades romanas, y siendo Papa tenía trato con el docto Fulvio Orsini y aceptó que le dedicase una obra sobre monumentos antiguos (3). En efecto Sixto V sabía apreciar obras artísticas antiguas, aun como tales, cuando no recordaban especialmente el paganismo. Así las estatuas de Posidipo y Menandro halladas junto a San Lorenzo in Panisperna las hizo llevar a su villa del Esquilino, de donde en tiempo de Pío VI fueron a parar al Museo Vaticano (4). Todavía es más notable el cuidado que mostró

de 1587: In audientia consistoriali: De tollendis nominibus gentilitatis in aliquibus titulis ut S. Maria supra Minervam et similibus: Quod videtur difficile propter designationem certam et substitit ac non visum est ei hoc probare. *Archivio segreto pontificio*, LII, 19.

(1) *S. S. aborrisce anco quel nome della contrada sopra Macello de Corvi detta Spoglia Christi per non miscere sacra profanis et parimenti il nome di piazza di Sciarra perche Sciarra Colonna fece prigionie Papa... et pero si dice che S. S. imporrà a questi luoghi nuovi nomi. Avviso de 27 de enero de 1588, Urb., 1056, p. 36, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. Döllinger, Las fábulas sobre los Papas en la edad media², Munich, 1863, 27 s.; Tomassetti en el Bullett. d. Commiss., Archcol. Comun., 1907; Orbaan, Sixtine Rome, 247. Cf. también R. Engelmann, La papisa Juana, en el Suplemento del domingo de la Voss. Zeitung, 1907, núm. 607, y Lanciani, Wanderings through ancient Roman Churches, Boston, 1924, 189.

(3) V. Orbaan, Sixtine Rome, 248 s., 250, donde hay pormenores sobre la obra Gallus Romae hospes, dedicada al Papa por Demontiosius (Luis de Montoise).

(4) V. Massimo, Notizie, 172 s. Michaelis escribe en su artículo por otra parte tan esmerado sobre el patio de las estatuas del Belvedere (Anuario del Instit. Arqueol. Alemán, V, 48): «Sixto V meditaba nada menos que el plan de no tolerar por más tiempo en el Vaticano el Laoconte y el Apolo con las otras estatuas paganas», y alega para ello a Ranke, Los Papas, I⁸, 312, quien por su parte cita un pasaje de la *Vita Sixti V ips. manu emend., que está impreso en Platner, I, 702 s. Pero allí no se dice una palabra de las estatuas del Belvedere. En cambio refiere un Avviso de 10 de febrero de 1588 (en Orbaan, Avvisi, 303): Si dice che si tramutaranno in luogo di miglior vista quelle belle statue che sono in cima alli corritori di Belvedere di marmo.

de las dos estatuas de mármol de los Domadores de caballos, que una inscripción posterior atribuyó a Fidias y Praxiteles. Esta obra artística que respira toda la nobleza de la antigüedad, había dado al Quirinal su nombre Monte Cavallo: allí estaba sobre una basa, no muy antigua, tosca y baja. Sixto V mandó la restauración de los magníficos caballos por los escultores Vacca, Flamini, Leonardo Sormani y Pedro Pablo Olivieri y la traslación del grupo a la plaza del Quirinal por él construída, donde sobre un pedestal más alto, vueltos paralelamente a la Puerta Pía, hallaron una digna colocación (1).

La idea del triunfo del cristianismo sobre el paganismo, a la que debió su origen la coronación de las columnas de Trajano y Marco Aurelio por las estatuas de los príncipes de los apóstoles, fué también junto con los motivos estéticos, la causa determinante de la colocación de los cuatro obeliscos y de su coronación por la señal victoriosa del Gólgota. Con ello Sixto V dió a Roma un ornato, cual ninguna ciudad del mundo poseía (2).

De las numerosas altas columnas cuadrangulares apuntadas que terminaban en una pequeña pirámide, de los antiguos egipcios, traídas a Roma en tiempo de los emperadores, a las que los romanos llamaban obeliscos (3) y la edad media agujas (4), sólo una había permanecido en su sitio primitivo: el esbelto monolito de granito rojo de 25,5 metros de altura, que Calígula había hecho venir de Heliópolis a Roma, y ordenado que se erigiese en medio de la esquina del circo por él comenzado y terminado por Nerón. Una baldosa de piedra en el suelo delante del primer pasillo que conduce de San

(1) V. Arch. Rom., II, 232; Bertolotti, Art. Suizzeri, Bellinzona, 1886, 19 y Art. Lomb., I, 77; Bullett. d. Istit. Germ., XIII, 260 s., XXVI, 318 s.; Bullett. d. Commiss. Archeol. Comun., XXIV (1896), 186; Bonnani, I, 421; Lanciani, IV, 155 s. Las inscripciones en Fontana, I, 87 s. Cf. el fresco del palacio lateranense en Pastor, Sisto V, tav. 10.

(2) V. en el núm. 38, 4 del apéndice del vol. XXI el pasaje de Galesino, *Anales, Bibl. Vaticana. Que la colocación de la cruz fué la idea más peculiar de Sixto V, dícelo expresamente Fulvio-Ferrucci (172). El mérito de Sixto V en haber reconocido el valor del obelisco como adorno de la ciudad, lo alaba C. Foglietta en su *Lettera citada arriba, pág. 162, nota 1, que se halla en el Ottob. 568, Biblioteca Vaticana.

(3) Cf. Mercati, Degli obelisch di Roma, Roma, 1589; Gorringer, Egyptian Obelisks, London, 1885; O. Marucchi, Obelisch egiziani di Roma, Roma, 1898.

(4) El nombre Aguglia o Guglia, que el romano usa todavía hoy para designar el obelisco vaticano, está relacionado sin duda con el francés aiguille (aguja).

Pedro a la sacristía, designa el lugar donde este notable monumento, lleno de leyendas, al que en otro tiempo daban la vuelta en las corridas los caballos con sus carros, bastante oculto, en parte cubierto de escombros, a la sombra de San Pedro dominaba las pequeñas casas que se habían pegado a la poderosa basílica como nidos de golondrinas (1).

Ya el primer Papa del Renacimiento, Nicolás V, había concebido el plan de colocar el obelisco vaticano en medio de la plaza de San Pedro, ante el gran templo del príncipe de los apóstoles, entre las colosales estatuas de bronce de los evangelistas y coronar su cima con una estatua del Salvador con una cruz de oro en la mano derecha (2). Pero ni él ni sus sucesores Paulo II, Paulo III, ni últimamente Gregorio XIII, que había tenido el pensamiento de trasladar el obelisco (3), se habían atrevido a intentar esta difícil empresa. Era necesario un hombre como Sixto V para acoger de nuevo el plan y ejecutarlo.

Cuán difícil era levantar de su sitio un tan enorme coloso de piedra de más de 25 metros de altura, bajarlo, llevarlo a otro lugar y erigirlo allí de nuevo, esto se sabía por las indicaciones de Plinio sobre el transporte del obelisco vaticano y por la relación de Amiano Marcelino sobre la erección del obelisco en el Circo Máximo por Constancio. Desde más de mil años a ningún arquitecto se había encargado semejante incumbencia; tampoco en parte alguna se podían hallar proyectos circunstanciados para el mecanismo que se había de emplear en esta obra. Por efecto de lo cual los más célebres arquitectos del Renacimiento, Miguel Ángel y Sangallo, habían declarado imposible la ejecución del plan. Pero para Sixto V ninguna cosa era imposible. Persistió en la ejecución tanto más, cuanto que, como se dice en su vida corregida por él mismo, deseaba ver los monumentos del paganismo sometidos a la cruz en el mismo lugar en que en otro tiempo los cristianos habían sido puestos en cruz (4). Sólo cuatro meses habían transcurrido desde que fué investido de la suprema dignidad, cuando los romanos vieron en medio

(1) La inscripción dice: Sito dell'obelisco sino all'anno 1586. Cuán profundamente hincado en la tierra estaba el obelisco, muéstralo el dibujo de Dosio-Cavalleri de 1569, reproducido por Ersilia Caetani-Lovatelli en Roma, *Rassegna illustr. dell'Esposiz.* del 1911, núm. 5, p. 16.

(2) V. nuestros datos del vol. II.

(3) Cf. nuestros datos de los vols. III y XX.

(4) V. el pasaje en el núm. 40 del apéndice del vol. XXI.

de la plaza de San Pedro un modelo en madera del obelisco (1). Por el mismo tiempo corrió la voz de que el Papa había instituido una comisión especial para la empresa, que constaba de los cardenales Cesi, Guastavillani, Médicis y Sforza, cuatro altos prelados, entre los cuales el tesorero mayor Benito Giustiniani, algunos conservadores y seis peritos (2). La comisión consultó a arquitectos, ingenieros y matemáticos y no ocultó al Papa las nuevas dificultades. Indicó con energía el peso y tamaño del obelisco y que la empresa no tenía ejemplo. Como el Papa perseveró en su plan, abrióse un concurso, con ocasión del cual se presentaron numerosos proyectos del más diverso género, que defendieron sus autores parte por escrito, parte personalmente con exhibición de modelos (3). Las opiniones fueron muy divergentes. Según las ideas fundamentales pudieron establecerse tres grupos principales: los unos — y éstos eran la mayor parte — opinaban que la traslación del obelisco podía efectuarse sin derribarlo; los otros afirmaban que se le había de derribar y luego se le podría levantar de nuevo; otros a su vez decían que lo mejor sería que el obelisco se bajase en un ángulo de 45° , fuese apoyado y continuase así sostenido para luego ser erigido otra vez enteramente. Fontana estuvo por la bajada, la continuación del sostenimiento y la nueva erección y explicó esto por un modelo ingenioso, en el cual estaban representados el obelisco por plomo, la máquina por madera y las cuerdas por hilos. El cardenal Médicis se declaró por otro plan explicado por el arquitecto Francisco Tri-

(1) *Hanno eretto una piramide di legno nell'istesso luogo su la piazza di S. Pietro, ove ha da esser condotta e posta quella di marmo [sic], che è dietro la sacrestia dell'istessa chiesa, nella sommità della quale dentro un pallone di metallo stanno rinchiusi le ceneri di Cesare primo imperatore. Avviso de 24 de agosto de 1585, Urb., 1053, p. 380, *Biblioteca Vaticana*. Cf. también la *relación de Capilupi de 28 de agosto de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) V. Fontana, *Trasportazione*, I, 5. Esta gran obra es la fuente principal de la exposición que sigue. Cf. además Fulvio-Ferrucci, *Antichità*, 216 s.; Cancellieri, *De secret.*, II, 925, III, 1101, 1115 y láminas 3-5, el cual en la pág. 20 s. enumera aún otros escritores contemporáneos; Hübner, II, 127 s.; Bruner, *Italia*, II, 10 s.; Lanciani, IV, 144 s.; Orbaan, *Sixtine Rome*, 144 s. Nada nuevo ofrecen los escritos de A. Mazzoni (*Sisto V e l'innalzamento dell'obelisco Vatic.*, Roma, 1886) y A. Busiri (*L'obelisco Vatic.*, Roma, 1886).

(3) El dato de Fontana (I, 6), de que se habían presentado proyectos de quinientos arquitectos es tan exagerado como el que en el concurso habían tenido parte ingenieros no sólo de Italia, sino también de Rodas y Grecia. Que la obra aun con nuestra técnica adelantada mediante la ayuda de máquinas de vapor y de electricidad sería difícil, lo hace notar Durm, *Architectura del Renacimiento*, Stuttgart, 1903, 46.

baldesi asimismo por medio de un modelo (1); el Papa sin embargo se decidió por el plan de Fontana. La comisión se ajustó a la orden de Sixto V, pero condescendió tanto con los numerosos envidiosos de Fontana, que confió la ejecución a un maestro de más edad, Bartolomé Ammanati, como al más experto (2). Ocho días más tarde habló Sixto V con Fontana sobre el negocio, en cuya ocasión hizo éste resaltar, que propiamente nadie podía ejecutar mejor un plan, que aquel en cuya cabeza había nacido. El Papa halló justa esta observación y puso únicamente en las manos de Fontana tan difícil obra. Esta decisión efectuóse el miércoles, 25 de septiembre de 1585.

Fontana, a quien se dió por auxiliar a su hermano mayor Juan (3), se puso inmediatamente al trabajo e hizo excavar el fundamento en medio de la plaza de San Pedro. Tropezó con una dificultad inesperada, de suerte que no se podía pensar en que el obelisco llegase ya a estar en pie en su nuevo sitio por Navidad, como deseaba el Papa impaciente (4): el terreno abundante en arcilla se mostró muy pantanoso, el agua lo calaba. Por efecto de lo cual hubiéronse de labrar maderos de encina y castaño y unirlos con tablas. Para las piedras metidas dentro se empleó un mortero cuidadosamente preparado con puzolana. En este fundamento se depositaron dos cajitas con medallas de Sixto V.

La primera tarea de Fontana consistió en un cuidadoso reconocimiento del obelisco y en disponer el andamio para elevar la piedra colosal hasta tal punto que pudiese asentarse sobre la rastra de madera. Mostróse que en Roma no se podían adquirir los materiales necesarios para esto. De nuevo intervino Sixto V, otorgando a su arquitecto en 5 de octubre amplios poderes, por razón de los cuales podía apoderarse rápidamente en el Estado de la Iglesia de toda la madera de construcción y de todo el hierro que hubiese, después de su valoración y pago. En vista de ello Fontana envió a todas partes sus emisarios. De Foligno hizo venir el cáñamo para

(1) Este dato hasta ahora desconocido lo saco de la *carta de Capilupi, impresa en el núm. 2 del apéndice de 28 de septiembre de 1585, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(2) V. Bertolotti en el Arch. stor. Sicil., N. S., IV (1879), 145 s. Cf. también Bertolotti, Art. in relaz. coi Gonzaga, Modena, 1885, 22. *

(3) V. Bertolotti, Art. Suizzeri [Bellinzona, 1886], 12; Hübner, II, 128.

(4) Cf. el *Avviso de 25 de septiembre de 1585, Urb., 1053, *Biblioteca Vaticana*.

las 44 maromas, que se torcieron en Roma, todas ellas de cien varas de largo. De los bosques de Campo Morto en la Campaña de Roma trajo maderos de encina de tan enorme magnitud, que el transporte de cada uno de ellos exigía un tiro de catorce búfalos. Terracina suministró los tablones y otras maderas fueron prontadas por Santa Severa. Para labrar los objetos de hierro no bastaron todas las fraguas de Roma; se hubo de acudir a las de Ronciglione y Subiaco. Cuando se acercó la primavera, derribáronse los edificios que se levantaban en las proximidades del obelisco, a fin de que hubiese el lugar necesario para el andamio, que se podía considerar como un castillo formal—así lo llama Fontana en su descripción. El obelisco fué revestido primero de esteras de paja y tablones, y luego de fuertes aros de hierro, se sujetó a él una multitud de poleas de hierro y se pesó exactamente la envoltura y demás mecanismo. Como la resistencia de las maromas gruesas como el brazo y del andamio había de estar en consonancia con el peso del obelisco, Fontana lo había calculado también de un modo ingenioso. Halló que subía a casi un millón de libras romanas. En su descripción explica su procedimiento en muchas páginas en folio. Muestra aquí también en numerosos grabados el andamio para alzar el obelisco derribado, la rastra sobre la cual debía ser conducido, y los 40 cabrestantes que estaban destinados para las maromas a fin de levantar y bajar el coloso (1).

Finalmente después de un trabajo de seis meses estaba todo preparado, de suerte que pudo fijarse la elevación del obelisco para el 30 de abril de 1586. Para contener la multitud de curiosos que se presumía sería grande, se vedó bajo pena de muerte la entrada en el lugar donde se trabajaba, y se tuvo preparada policía para ejecutar al punto esta prohibición (2).

Fontana había hecho todo lo que podía excogitar la prudencia humana, para asegurar el buen éxito de la obra. Con espíritu genuinamente cristiano encomendóla ahora, cuando se acercaba el día decisivo, a la poderosa protección de Dios. Él como todos los que tuvieron parte en la empresa, recibieron el día antes la sagrada comunión. Fuera de esto en la madrugada del 30 de abril hizo decir todavía tres misas del Espíritu Santo.

(1) Fontana, I, 18-20. Dos de las poleas entonces usadas se conservan en el museo nuevo de San Pedro.

(2) Así se explica el origen de la leyenda posterior, de que junto al andamio se habían levantado horcas.

La empresa fué favorecida por el tiempo más magnífico. Amaneció un espléndido día de primavera, y el cielo romano desplegó toda su azul magnificencia. Una gran parte de la población de Roma y muchos forasteros de toda Italia habían afluído a la plaza de San Pedro, todas las ventanas y tejados estaban ocupados por espectadores. En las calles contiguas agitábanse como olas tan grandes muchedumbres, que la guardia suiza y los caballos ligeros a duras penas podían mantener el orden. Para el cardenal Montalto y otros miembros del Sacro Colegio, para el gobernador del Borgo, Miguel Peretti, para la hermana del Papa, Camila Peretti, para la nobleza de Roma y para los embajadores se habían erigido tribunas especiales.

En medio del sitio del trabajo cerrado por barreras estaba preparado para Fontana un asiento elevado, desde el cual podía verlo todo. Él y sus trabajadores rezaron una breve oración, y luego un toque de trompeta dió la señal, a cuyo son los cuarenta cabrestantes se pusieron en movimiento. Reinaba un silencio de muerte, que era sólo interrumpido por las órdenes de Fontana y el crujido y chirrido de las máquinas y del andamio de madera. Con grandísima expectación, sin respirar apenas, seguían todos el nuevo y asombroso espectáculo. Luego al primer tirón se mostró que todo funcionaba admirablemente. Con gozoso pasmo de todos se elevó el enorme coloso de su base, en la que había descansado desde hacía mil quinientos años. A la duodécima tirada estaba levantado dos palmos y tres cuartos, esto es, tanto como era necesario para poder ponerlo sobre una rastra de madera, a fin de arrastrarlo a la plaza de San Pedro.

A las cinco de la tarde quedaba terminado el trabajo. Al punto cañonazos del castillo de San Ángel en señal de regocijo anunciaron el acontecimiento a toda la ciudad. Fontana fué en seguida todavía a sacar los cuatro dados de metal por medio de los cuales el obelisco descansaba sobre su pedestal. Dos de ellos no estaban sujetos; Fontana hizo llevar uno al Papa gozosamente conmovido (1) como primer resultado del trabajo. Los otros dos estaban tan firmemente metidos en la piedra con remaches en forma de cola de golondrina, que se necesitaron cuatro días y cuatro noches para sacarlos. La bola hueca de bronce del remate ya la había hecho quitar Fontana

(1) Cf. la relación de Gritti en Mutinelli, I, 176.

el día anterior. En el examen que hizo de la misma, reconoció lo insostenible de la opinión difundida desde la edad media, de que en ella estaban contenidas las cenizas de César (1); pues la bola no presentaba ninguna abertura y estaba enteramente vacía. En los pequeños agujeros existentes creyó reconocer huellas de balas de los soldados imperiales, los cuales el año 1527 en el saco de Roma habían penetrado en la ciudad por las cercanías del obelisco (2).

El trabajo todavía más difícil de tender en el suelo el empinado coloso de piedra ejecutóse el 7 de mayo asimismo de la mejor manera imaginable. Los romanos estaban llenos de júbilo. En el triunfo Fontana fué acompañado a su morada con tamboriles y trompetas. El Papa se hallaba altamente satisfecho.

Como el lugar donde estaba colocado el obelisco era más alto que la plaza de San Pedro, hubo de erigirse un terraplén (3), sobre el cual el 13 de junio por medio de rodillos se comenzó a transportar el coloso al sitio donde debía levantarse de nuevo. A causa de la entrada del verano se difirió para el otoño esta parte mayor y más difícil de la empresa. Al quedar terminado el fundamento, que constaba de bloques de travertino, se metieron en él, además de la primera piedra con el nombre de Sixto V, no solamente medallas suyas, sino también de San Pío V. Se ve cuán fácilmente el Papa hacía mención de su bienhechor, que fué para él al mismo tiempo un gran modelo.

El curso de la empresa hasta el momento presente había confundido todas las dudas y temores (4). Sixto V no más se había cuidado de las expresiones de este género que de las agudezas picantes de Pasquino (5), pues estaba firmemente persuadido de que Dios bendeciría la obra emprendida por su honra.

Para levantar de nuevo el obelisco hubo de erigirse otra vez

(1) Sobre ésta y otras leyendas, que iban enlazadas con el obelisco, además de Platner, II, 1, 39 s., 157, v. las circunstanciadas comunicaciones de Ersilia Caetani-Lovatelli en Roma, *Rassegna illustr. dell'Esposiz. del 1911*, núm. 5, p. 17 s. V. también De Waal, *El Campo Santo de los alemanes*, 93 s.

(2) El remate se halla ahora en la Sala de los Bronces del Museo Capitolino, donde C. Maes ha sido el primero en identificarlo; v. Romana Tellus, I (1912), 158.

(3) El dibujo en Fontana, I, 22.

(4) Cf. Bremond, Jean de Vivonne, 201; Mutinelli, I, 176.

(5) Sobre esto cf. el *Aviso de 16 de noviembre de 1585, Urb., 1053, p. 491, *Biblioteca Vaticana*.

un descomunal andamio de madera (1). El Papa persistió en que a pesar del calor del verano se continuasen los trabajos con grandísimo ardor (2). Para la nueva erección fijóse el 10 de septiembre. También aquí aparece nuevamente la idea dominante religiosa que guiaba a Sixto V en la empresa: el 14 de septiembre era la fiesta de la Exaltación de la santa cruz, a la que debía dedicarse el obelisco. Todavía otra circunstancia era juntamente determinante para la elección del día. Juan de Vivonne debía volver a admitir su embajada interrumpida, mientras al mismo tiempo era anunciado el duque de Luxemburgo como embajador de Enrique III para prestar obediencia. Cuando el Papa vió al primero, que al principio se había presentado de incógnito, en una solemnidad en Santa María del Pueblo, nació en él la idea de hacer a los dos representantes de Francia testigos de su triunfo, del triunfo de su fuerza de voluntad y del arrojo y habilidad del arquitecto que había escogido. Por eso el maestro de ceremonias recibió al punto la orden de que, apartándose del uso ordinario, los embajadores hiciesen su entrada no por la Puerta del Pueblo, sino por la Puerta Angélica, que conducía directamente a la plaza de San Pedro (3).

Fontana y sus trabajadores recibieron de nuevo la víspera la sagrada comunión, así como también hicieron decir dos misas en a madrugada del 10 de septiembre. Antes de que fuesen a sus puestos, rezaron todavía una oración especial para que Dios bendijese la obra. Los ojos de todos se dirigieron al andamio. Finalmente Fontana da la señal para empezar. Al punto los 40 cabrestantes son puestos en movimiento por 800 hombres y 140 caballos. Muévase con lentitud el coloso de piedra y se eleva majestuosamente. Hacia mediodía estaba terminada la gran obra en su mitad. Con toda paz tomaron los trabajadores su comida y continuaron luego su trabajo. Entretanto se presentaron los embajadores franceses en la plaza de San Pedro, donde por un rato se juntaron a la inmensa multitud de los espectadores. Muchos de éstos habían renunciado a comer y beber, y perseverado todo el día en sus puestos.

Cincuenta y dos veces hubo de tirarse con las cuerdas, hasta

(1) Dibujo en Fontana, I, 24.

(2) *Dicesi hora che'l Papa non partirà da Palazzo fin'a tanto che l'obelisco di Cesare non sia eretto sopra la sua base già al loro luogo collocata che sarà per tutto Agosto lavorandosi a furia intorno a questa impresa. Avviso de 5 de julio de 1586; Urb., 1054, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Hübner, II, 131 s. y Bremond, loco cit., 202.

que el obelisco con sus misteriosas inscripciones (1), dorado por los rayos del sol poniente, estuvo colocado felizmente sobre su pedestal (2). En este momento se levantó un enorme grito de aclamación de la multitud reunida, con el que pronto se mezclaron los cañonazos de alegría del castillo de San Ángel. Fontana vino a ser el hombre más popular de Roma; todos los trompetas de la ciudad al anochecer dieron una serenata al director de toda la obra coronado de gloria.

Al Papa, que había costeadado con fondos propios los gastos, que subían a 37 975 escudos (3), dieron noticia de la feliz terminación de la empresa las salvas del castillo de San Ángel, cuando viniendo del Quirinal, iba en coche por la Via de los Bancos al Vaticano. Allí debía efectuarse el recibimiento de los embajadores. La satisfacción que sintió Sixto era tan grande como justificada, y la expresó paladinamente. Fontana fué colmado de favores. El Papa le nombró caballero de la espuela de oro y ciudadano romano, le dió una cadena de oro, diez prebendas lauretanas, que le rentaban muchos miles de escudos, y además una pensión de 2000 escudos de los bienes eclesiásticos, que, aunque casado, podía gozar en virtud del privilegio de los caballeros de Loreto. A esto añadió Sixto V todavía otro valioso regalo, cediendo a Fontana el material empleado en los trabajos (4). Más importante todavía fué el crédito que Fontana

(1) M. Mercati en su obra *Degli obelischii di Roma* (Roma, 1589) intentó inútilmente descifrar los jeroglíficos; cf. Volkmann, *La escritura jeroglífica del renacimiento*, Leipzig, 1913, 111.

(2) La anécdota repetida aún por Hübner (II, 130) como «histórica», de que súbitamente la máquina de elevación había fallado y el obelisco amenazaba caer, lo que había impedido el marinero Bresca de San Remo con el grito: ¡Acqua alle funi! ¡Agua a las cuerdas!), y que Sixto V por ello había concedido a los Brescas el privilegio de ofrecer a los Papas la palma del domingo de ramos artísticamente tejida, no se menciona en la descripción de Fontana. Sin embargo esto solo no hacía sospechosa la narración; más gravemente pesa el que ni los *Avvisi* ni ningún contemporáneo refiera semejante cosa. Cf. Orbaan, *Sixtine Rome*, 165 y Hulsén en la revista *Roma*, I (1923), 412 s.

(3) No estaban incluidos en ellos los gastos de la cruz del remate, los cuales costó la Cámara Apostólica; v. Fontana, I, 31. Cf. Bertolotti, *Art. Lomb.*, I, 75.

(4) V. la relación de Gritti de 4 de octubre de 1586, en Mutinelli, I, 177, y el *Avviso* en Orbaan, *Avvisi*, 289 s. Un honor especial fué también el que Sixto hiciese colocar en la base más baja del obelisco esta inscripción: *Domenicus Fontana ex pago Milis Novocomensis transtulit et erexit*. Los trabajos no estuvieron enteramente terminados hasta fines de octubre: «La guglia è finita e netta che fa una bella vista, notifica A. Malegnani en 1.º de noviembre de 1586, *Ar-*

alcanzó en Roma y con el Papa: el «Caballero del obelisco» (Cavaliere della guglia) fué el hombre del día. Sixto V puso en sus manos todas las empresas arquitectónicas (1). Sin embargo dada la multiplicidad de estos trabajos es imposible considerar a Fontana en todas sus partes como arquitecto ejecutor. Era ya una obra casi sobrehumana el que suministrase los planos y dirigiese e inspeccionase en conjunto las empresas. Un fiel auxiliar fué en esto para él su hermano Juan (2). En Fontana el técnico era superior al artista; a su talento organizador han tributado incondicional alabanza aun los críticos más severos (3).

Como ya en la antigüedad, según la relación de Plinio, el transporte del obelisco vaticano a Roma excitó la mayor admiración en todo el mundo civilizado (4), así también ahora su colocación en la plaza de San Pedro. Testigos de ello son las relaciones de los contemporáneos sobre esta hazaña de la ingeniería de entonces (5) y las cartas de los diplomáticos, los cuales en su mayor parte enviaron todavía diseños del mecanismo empleado por Fontana (6). Sumamente grande fué el número de las poesías sobre este asunto, una de las cuales está impresa en forma de obelisco. También Tasso dedicó versos al obelisco. En los diseños y planos gráficos de la ciudad publicados para uso de los extranjeros, así como en las guías de Roma y en las descripciones de viajes representa un gran papel el obelisco, cuyas dimensiones se exageraron todavía (7). La nueva erección del

chivo Gonzaga de Mantua. El obelisco estaba rodeado de una balaustrada, como se deduce del fresco del Palacio Máximo (v. la copia en L'Istituto Massimo, Roma, 1904, 11) y del de la Biblioteca Vaticana (cf. Pastor, Sisto V, tav. 13).

(1) Cf. Baglione, 80.

(2) Cf. *ibid.*, 123 y Thieme, XII, 175, 179.

(3) V. Kallab en el Anuario de colección histórico-artística de la casa imperial de Austria, XXVI, 276. Cf. el juicio de Reumont, III, 2, 735.

(4) V. Plinio, Hist. nat., XVI, 201.

(5) V. *Familiaris quaedam epistola G. P. Petro Vallejo e Roma in Hispaniam missa, in qua quid actum sit in translatione obelisci explicatur. Brevis item rerum in hoc primo anno a S. D. N. gestarum enumeratio, Romae, 1586* (hay un ejemplar en la biblioteca pública de Munich). Otros escritos en Cancellieri, II Mercato, Roma, 1811, 175.

(6) Cf. la *relación de Sporeno de 19 de julio de 1586, *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*. Sporeno envió probablemente el gran grabado en cobre de Bonifacio de Sebenico.

(7) Cf. Lanciani, IV, 147 y Orbaan, Sixtine Rome, 166 s. V. también Hülsen en las Collect. I. Olschi oblata (1921), 137. Numerosas poesías publicó P. Galesino con el título *Obeliscus Vaticanus Sixti V*, Roma, 1586-87. V. además J. B. Aguilar, *Epigrammata in dedicat. Obelisci Vatic., Romae, 1586*; *Epigram-*

coloso de piedra unida con tan grandes dificultades se tuvo por tan importante, que se perpetuó no sólo con medallas, sino también con un fresco en la Biblioteca Vaticana (1). Junto con una poesía de Pompeyo Ugonio (2) merece especial mención un pequeño escrito de Pedro Ángel Bargeo (3). En éste elógiánse con palabras entusiasmadas la energía y circunspección de la cabeza suprema de la Iglesia en quitar todo aquello que recordaba aún el tiempo pagano. En oposición al culto que había promovido el Renacimiento con la erección de estatuas antiguas, pone Bargeo ante los ojos el proceder del Papa como alto ejemplo de emulación. Esta alabanza se refería a la solemnidad celebrada el 26 de septiembre, a la que se dió comienzo con una misa que dijo el obispo Ferratini en San Pedro a honra de la santa Cruz. Después de ésta el Papa con todo el clero de la iglesia de San Pedro se dirigió en solemne procesión a un altar levantado de intento ante el obelisco, donde Ferratini bendijo la gran cruz de bronce dorado que según la ordenación de Sixto V debía coronar el remate del obelisco. Siguióse después la celebración de un rito que parecía necesario, porque el obelisco había servido para el culto del emperador pagano. Para sustraerlo a todas las influencias diabólicas, procedióse ahora a purificarlo y exorcizarlo. A fin de indicar para qué había de servir en adelante el obelisco, elevóse después al canto de los himnos «O crux, ave spes unica» y «Vexilla regis prodeunt» la cruz que debía coronar la cima en vez de la bola de bronce. La concesión de una indulgencia y un tedéum pusieron fin a las ceremonias, después de las cuales los suizos dispararon sus arcabuces, mientras los cañones del castillo de San Ángel contribuían,

mata Gugl. *Blanci in obeliscum, Romae*, 1586; *Poemata ad Sixtum V, Parisiis* 1588. Sobre la fama universal del obelisco v. especialmente las *Deliciae urbis Romae*, Aug. Vindel. 1600. Sobre los planos de la ciudad cf. Hülsen, *Saggio di bibliografia d. piante di Roma*, Roma, 1915, 18 s. Entre las guías de Roma la más difundida fué la de fray Santos de San Agustín: *Le cose maravigliose dell' alma città di Roma col movimento delle Guglie e gli Acquedotti, le strade fatte da Sisto V e le chiese rappresentate in disegno da Girolamo Francino*, Venezia, 1588 y Roma, 1595, que se tradujo también al español. Las cosas maravillosas de la S. Ciudad de Roma etc., Roma, 1589. Cf. también los *Viajes de S. Klechel*, editados por Hassler, Stuttgart, 1866, 167 s.

(1) Las medallas en Bonanni, I, 412 s. Cf. Frey, *Estudios de Miguel Ángel*, 118. Reproducción del fresco en el artículo de Ersilia Caetani-Lovatelli, p. 18, citado arriba, p. 212, nota 1, y en Pastor, Sisto V, tav. 12.

(2) De cruce obelisci Vaticani, Romae, 1587.

(3) *Commentarius de obelisco*, Romae, 1586. Cf. *Nuevo anuario de la antigüedad clásica*, II, 50 s.

con sus estampidos a la general alegría. Un decreto de Sixto V otorgó una indulgencia especial a todos los que tributasen veneración a esta cruz y rogasen por la Iglesia y el Papa (1).

Quizá todavía más claramente que por esta solemnidad prescrita con todos sus pormenores por el mismo Sixto V (2) se caracteriza su intento al erigir el obelisco vaticano por las magistrales inscripciones que hizo colocar en el pedestal de granito. Estas inscripciones, que son del número de las más magníficas de la Roma cristiana, refiérense todas al signo de la redención, que sobre el escudo de Sixto V, los tres montes y la estrella, corona la cima (3). En el fuste del obelisco (4), hizo dejar el Papa la antigua inscripción, por la cual Calígula había dedicado el monumento a sus predecesores imperiales, «el divino Augusto» y «el divino Tiberio» (5). Pero sobre ella en el lado que mira a San Pedro, mandó grabar con grandes letras de oro visibles desde lejos, que él había arrebatado el obelisco a estos emperadores y dedicándolo a la santísima Cruz (6). La misma idea del vencimiento del paganismo por el cristianismo se expresa de nuevo por las inscripciones que hay en el pedestal inferior del zócalo. En el lado norte y sur se anuncia en breves palabras la traslación hecha por Sixto V y la mejor y más feliz consagración del monumento dedicado en otro tiempo al culto pagano, y ahora purificado de toda impura superstición en el segundo año de su pontificado. En este lado se leen estas hermosas palabras:

¡Mirad a la cruz del Señor!

¡Atrás, potestades enemigas!

¡Ha vencido el León de la tribu de Judá!

(1) Además de Fontana, I, 28^b s., v. P. Calesino, *Ordo dedicationis obelisci* etc., Romae, 1586, la relación del rector del Colegio Germánico, M. Loredano, en la Revista trimestral romana, 1897, 461 s., el **Diarium P. Alaleonis, Biblioteca Vaticana*, y el *diario de un familiar del cardenal Aldobrandini en Borghese, IV, 145, *Archivo segreto pontificio*.

(2) En el **Diarium P. Alaleonis* (loco cit.) está anotado: *Ordo [dedicationis] a Pontifice visus, correctus et approbatus*.

(3) Cf. la colección de poesías de J. Fr. Bordini dedicada a Sixto V, p. 19.

(4) El fuste se levanta sobre cuatro dados ocultos por otros tantos leones de bronce. Los modelos para los leones, que se refieren igualmente al escudo de Sixto V, fueron trazados según Baglione (40) por Próspero Bresciano. Cf. Orbaan, Conti di Fontana, VIII, 65 s.

(5) V. *Corpus inscript. lat.*, VI, n. 882.

(6) Estas inscripciones y las que siguen se hallan ya en Fontana, I, 31 y luego en casi todas las guías de Roma; en Forcella, XIII, 123 ss. Que las letras eran de oro, dícelo la descripción de Roma publicada por Lanciani en el *Arch. Rom.*, VI, 495.

La inscripción del lado oeste, famosa en todo el mundo, expresa, causando aún mayor impresión, el triunfo sobre el paganismo; dice así:

Cristo vence,
Cristo reina,
Cristo impera,
Cristo guarda a su pueblo de todo mal (1).

Pocos sitios hay en la Ciudad Eterna en que el conocedor de la historia es asaltado por tan poderosas impresiones como ante el obelisco de la plaza de San Pedro. Si en alguna parte hablan las piedras, sucede esto aquí. Llevado a Roma, capital del mundo, desde el maravilloso Egipto por el emperador Calígula como signo triunfal de un poder terreno victorioso, había contemplado el obelisco los primeros mártires romanos, cuando Nerón en el circo vaticano dirigía su cuadriga por las filas de las antorchas vivientes llameantes y humeantes. No lejos de él padeció martirio el príncipe de los apóstoles, San Pedro. No tocado por el tiempo y las luchas de los hombres, este coloso de piedra fué mudo testigo de los más importantes acontecimientos de la historia del mundo. Vió el hundimiento de la Roma imperial con sus brillantes palacios y dorados templos de los dioses, la lenta transformación de la ciudad pagana en cristiana, la dedicación por Constantino de la iglesia donde se halla el sepulcro del príncipe de los apóstoles, el encumbramiento de la cruz al dominio del Imperio romano destruído por los bárbaros, el desenvolvimiento del primado de Roma, el origen del Estado de la Iglesia, la coronación del emperador Carlomagno, la anarquía de la nobleza del siglo x, el abatimiento del papado y su nuevo levantamiento por San Gregorio VII, las luchas llenas de vicisitudes entre el sacerdocio y el Imperio, el apogeo del papado medioeval en tiempo de Inocencio III, la celebración del primer año jubilar por Bonifacio VIII, la soledad de la residencia pontificia durante el destierro

(1) La inscripción: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*, está sacada, como hace observar Wymann en el Anuario histórico, XXVII, 79, de los cantos en forma de letanía usuales en Roma en la coronación de los emperadores. En el asíndeton de tres miembros vigoroso y lleno de majestad, realizado todavía por la repetición del sujeto, ve Wymann un indicio de que el texto se compuso imitando un modelo más antiguo. Cree hallar este modelo en un pasaje de Quintiliano. Además Wymann rechaza justamente la rara opinión de Hauck (Historia eclesiástica de Alemania, II³·4, 798), de que en la enunciación de las palabras se declara el concepto específicamente germánico de Jesús. Cf. también Höfler, Los Papas alemanes, I, 285.

de Aviñón y el cisma, la última coronación imperial por Nicolás V y la colocación de la primera piedra de la nueva construcción de San Pedro por Julio II. El obelisco vió también al destructor de la unidad religiosa en Occidente y las hordas salvajes del Saco de Roma, finalmente a los santos de la reforma y restauración católica. El gran tiempo de la conciencia católica renovada y consolidada, del vigor y rejuvenecimiento de la antigua Iglesia imprimió ahora también al obelisco su señal, hizo que él, en el que se había perpetuado el antiguo culto de los emperadores, estuviese sujeto a la cruz del Galileo, y lo elevó a símbolo de la victoria de la Iglesia, que excede en duración a todos los embates del tiempo. Porque Cristo permanece siempre vencedor, rey y dominador, su Iglesia no puede perecer.

Cuán profundamente penetrado estaba Sixto V de esta verdad, lo manifestó repetidas veces en sus alocuciones consistoriales. Así el 23 de enero de 1587 en la canonización del español Diego de Alcalá alabó con palabras ardorosas la gracia y misericordia divina, que dió santos a la Iglesia oprimida por los herejes e infieles y que a los ojos humanos parece abandonada (1). En otra alocución consistorial indicó con energía la Providencia divina, que todo lo dirige y otorga siempre a la Iglesia su protección (2).

Si se leen estos discursos, se entienden bien las inscripciones del obelisco sobre el perpetuo señorío victorioso de Cristo, cuya cruz se eleva al aire azul en la cima de este monumento como señal del triunfo sobre todos los poderes enemigos. Todos los que iban en peregrinación al sepulcro del primer Papa, debían verla ya desde lejos. Por eso Sixto V concibió el grandioso plan de prolongar la plaza de San Pedro hasta el Tíber (3).

Como la basílica del príncipe de los apóstoles tenía su obelisco, así también resolvió Sixto V conceder el mismo ornato a las otras seis iglesias principales de Roma (4). Como mensajeros triunfales del Crucificado debían los obeliscos disponer a la oración y devoción los corazones de los peregrinos que iban a estos santuarios. En todos los sitios principales de Roma debía erigirse la señal de la

(1) V. *Acta consist. en el Barb. XXXVI, 5, II, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. ibid. al 25 de octubre de 1589.

(3) Cf. en el núm. 6 del apéndice el *Avviso de 4 de junio de 1586, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. la *relación de A. Malegnani de 22 de julio de 1587 (*Archivio Gonzaga de Mantua*), en el núm. 18 del apéndice.

redención, a la que debía la Ciudad Eterna su nueva posición de capital del mundo cristiano (1).

Inmediatamente después de la erección del obelisco vaticano dió Sixto V la orden de desenterrar el obelisco que el emperador Constancio había hecho levantar en otro tiempo en la espina del Circo Máximo (2). En febrero del año siguiente (1587) este monumento estaba enteramente puesto al descubierto. En abril en el Circo Máximo, que entonces servía de huerta, se desenterró también el obelisco levantado allí por Augusto, cuya base ya en tiempo de Gregorio XIII se había puesto a la vista. Destinóse a ser erigido delante de Santa Cruz de Jerusalén, mientras el otro, mayor, debía adornar la plaza que hay delante de la Basílica de Letrán (3). Para la plaza de Santa María la Mayor allanada con importantes gastos destinó el Papa el obelisco que procedía del mausoleo de Augusto, y que, roto en dos pedazos, estaba en el desembarcadero de la madera junto al puerto de Ripetta (4). En marzo de 1587 se abrieron ya las zanjas para el fundamento (5). Sixto persistió en que el monumento había de componerse rápidamente y estar erigido para la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora. A pesar del gran calor del verano hubieron de continuarse los trabajos dirigidos de nuevo por Fontana. En agosto se trabajaba día y noche (6). Así el 11 de este mes pudo fijarse sobre este obelisco la cruz vencedora del mundo (7). En la fiesta de la Santísima Virgen María efectuóse la bendición (8).

(1) *Consentaneum enim arbitratus est, ut cuius virtute Roma caput est universae rei christianae publicae et arx divinae religionis et lux totius christiani orbis terrarum et domus christianarum virtutum, illius signum fere ubique in ipsa urbe praesertim in locis celebrioribus excitaretur. Galesino, *Annales Sixti V*, Vat. 5438, p. 83, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. el *Avviso* de 17 de septiembre de 1586 en Orbaan, *Avvisi*, 289.

(3) V. *ibid.* 292. Cf. Fulvio-Ferrucci, 140; Lanciani, IV, 148. En la colección de poesías de J. Fr. Bordini está diseñado el obelisco de junto a Santa Cruz con esta observación: ante aedem S. Crucis in Hierusalem propediem erigendum (p. 63).

(4) V. Fontana, I, 67.

(5) V. Orbaan, *Avvisi*, 293. Cf. Massimo, *Notizie*, 86 s.

(6) V. las *relaciones de Malegnani de 1.º, 5 y 13 de agosto de 1587, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. el núm. 16 del apéndice.

(7) *Relación de Malegnani de 12 de agosto de 1587, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. también Bertolotti, *Art. Lomb.*, I, 92, *Art. Bologn.*, 30 y las cuentas en Massimo, *Notizie*, 242 s. El fresco de la villa Montalto, publicado por Pastor, Sisto V. tav. 14, muestra el estado de entonces de la plaza.

(8) *Relación de Malegnani de 15 de agosto de 1587, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

Las inscripciones colocadas en el pedestal expresan también aquí la virtud de Dios, que había alcanzado la victoria del cristianismo sobre el paganismo. En ellas se hace referencia por manera ingeniosa al pesebre, conservado en Santa María la Mayor, del Salvador del mundo, nacido en la paz que hubo imperando Augusto. También se menciona la leyenda relacionada con la interpretación de la égloga cuarta de Virgilio, de que Augusto había adorado a Cristo Niño aparecido a él en una visión y el emperador no había querido llamarse más en adelante señor (1).

Fontana había hecho levantar el obelisco de tal manera ante el ábside de Santa María la Mayor, que se produjese una perspectiva llena de impresión para la gran calle que conducía en línea recta a la Trinidad de los Montes (2). También el obelisco destinado para el lado norte de la basílica lateranense debía formar el término de la larga calle que desembocaba allí desde Santa María la Mayor. Este obelisco parecía especialmente digno para el ornato del templo que llevaba el título de: «Madre de todas las Iglesias», pues entre todos los obeliscos romanos era no solamente el mayor, sino también el más antiguo y llevaba rico adorno de jeroglíficos. Los faraones Tutmosis III y Tutmosis IV habían hecho levantar este monumento de 32 metros de altura en el siglo xv antes de Cristo en el templo de Amón de Tebas. Ya Augusto quiso hacer llevar este obelisco a Roma, pero se desanimó por las dificultades de la empresa. El emperador Constantino acogió el plan, que luego Constancio ejecutó. Para ello hubo de construirse un buque servido por 300 remeros. El transporte y la erección los ha descrito Amiano Marcelino en su historia de los emperadores (3). Cuándo el obelisco se derrumbó, no es conocido. Su excavación fué difícil, pues estaba a 26 pies de profundidad bajo los escombros de la arena del circo, roto en tres pedazos y en suelo pantanoso (4). A fines de otoño de 1587 Fontana había terminado felizmente el transporte a la plaza de Letrán (5). Logró también unir los pedazos. En la erección en el sitio donde hasta entonces

(1) V. Fontana, I, 67^b-68.

(2) Cf. en el núm. 20 del apéndice el *Avviso de 19 de septiembre de 1587, *Biblioteca Vaticana*.

(3) 17, 4, 12. Sobre los jeroglíficos del obelisco lateranense trató recientemente G. Farina en la revista *Bessarione*, 1906.

(4) V. Fontana, I, 60^b; Fulvio-Ferrucci, 139^b s.

(5) V. el *Avviso* en Orbaan, *Avvisi*, 301. Cf. Conti di Fontana, VIII, 64.

había estado la llamada torre de los Annibaldis (1), sobre una nueva base en vez de la destruida, que a causa de su inscripción se puso por orden del Papa en la colección del Belvedere (2), Fontana empleó el mismo procedimiento que en el obelisco vaticano. De un modo enteramente semejante efectuóse también la bendición el día de San Lorenzo, 10 de agosto de 1588 (3). De suyo se entendía que este monumento recibió igualmente la diadema de la cruz como símbolo de la triunfante Iglesia de Cristo (4). También en las inscripciones del pedestal se hace referencia a esto. En el lado sur se lee: «Constantino, vencedor por la cruz, bautizado aquí por San Silvestre, difundió la gloria de la señal de la redención» (5).

El otro obelisco excavado en el Circo Máximo, que lleva jero-glíficos del tiempo de Setí I y Ramsés II, el faraón de la opresión de los judíos, y que Augusto había sacado de Heliópolis para llevarlo a Roma, destinólo Sixto V para la Plaza del Pueblo. Allí fué erigido y coronado con la cruz en la primavera de 1589. En la víspera de la Anunciación de Nuestra Señora, 24 de marzo, efectuóse la ceremonia de su purificación y bendición (6). A la antigua inscripción de Augusto añadió Sixto V dos nuevas; la una refiere las vicisitudes del monumento y su dedicación a la santa Cruz, la otra hace referencia a que Augusto había consagrado el monumento al sol. Dice así: «Más magnífica y felizmente me levanto ante la iglesia de Aquella de cuyo seno virginal nació en tiempo de Augusto el Sol de la justicia» (7). Fontana refiere expresamente que el designio del Papa en la erección de este monumento fué en primer término procurar un ornato para la iglesia de Santa María del Pueblo, la cual no solamente había elevado al título de cardenal, sino también admitido en el número de las siete iglesias principales en vez de San Sebastián (8). Junto con esto también pesó ciertamente en la balanza el ser la

(1) Cf. la carta de un contemporáneo en Lauer, 324, nota 2.

(2) V. Fulvio-Ferrucci, 141^b.

(3) V. Fontana, I, 61; Orbaan, Avvisi, 304. Cf. Pastor, Sisto V, tav. 15.

(4) Debajo del escudo de Sixto V están colocados en este obelisco todavía cuatro leones.

(5) V. Fontana, I, 63^b s.

(6) V. los Avvisi en Orbaan, Avvisi, 309 y el **Diarium P. Alaleonis* al 24 de marzo de 1589, *Bibl. Vaticana*. Cf. también en el núm. 33 del apéndice el **Avviso* de 26 de abril de 1589, *ibid*.

(7) V. Fontana, I, 65 s. Cf. Bonanni, I, 418.

(8) V. Panciroli, *Tesori nascosti*, 452.

Puerta del Pueblo la principal puerta de entrada para todos los peregrinos que van a Roma, y el desembocar allí las tres «calles más hermosas, más largas y más rectas» de la ciudad inferior (1). Al obelisco se unió todavía una hermosa fuente trazada por Fontana (2), y así Roma recibió una puerta de acceso que no conocía igual en majestad (3). La ejecución del otro plan, de adornar también con obeliscos la Plaza Navona (4) y las plazas de San Pablo extramuros (5) y Santa María de los Ángeles (6), impidiólo la muerte demasiado temprana del Papa.

La maravillosa decoración arquitectónica de plazas con los obeliscos que recibió la Ciudad Eterna reinando Sixto V, se perpetuó con razón por medio de medallas conmemorativas (7), pues representa una novedad artística sumamente notable, que es característica en la época del barroco (8). En la edad media, como lo demuestran las dos columnas de granito erigidas ya en 1180 en la Plazuela en Venecia, se habían contentado con la erección de semejantes columnas antiguas. También la época del Renacimiento se limitó a esto. Así el duque Cosme en 1573 hizo conducir una columna de granito de los baños de Caracala para la plaza de la Santísima Trinidad de Florencia. Roma poseía ya semejante decoración de plaza en sus grandes columnas de emperadores. Ahora recibió la Ciudad Eterna en los obeliscos un adorno sumamente peculiar, que se despliega enteramente en el espacio. Como los maestros de aquel tiempo estudiaban de la manera más exacta las impresiones de perspectiva, los obeliscos de Sixto V se adaptan muy excelentemente como término al perfil de las calles. Dan a los ojos un apoyo para las distancias reales y para la medida de la grandeza de los edificios. Los obeliscos situados delante de Santa María la Mayor y de Letrán forman cada uno el término de una vía de comunicación, y el obe-

(1) V. Fontana, I, 65^b.

(2) Diseño en Falda, Fontane, I, tav. 14. Cf. Wölfflin, Renacimiento y barroco, 118.

(3) V. el fresco de la Biblioteca Vatic. en Pastor, Sisto V, tav. 16.

(4) Esta plaza debía recibir dos obeliscos según el Aviso que trae Orbaan, Avvisi, 309.

(5) Sobre este proyecto del Papa mencionado también por Gritti (en Hübner, II, 496) cf. en el núm. 18 del apéndice la *relación de Maleguani de 22 de julio de 1587, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(6) Lanciani (IV, 127) cita para esto a Mercati, Obelischi, 259.

(7) Cf. Bonanni, I, 412 s., 417, 419.

(8) V. Brinckmann, *Architectura*, 163.

lisco de la Plaza del Pueblo, de tres calles. Por eso la impresión aquí producida es grandísima (1).

Qué impulso recibió también fuera de esto la arquitectura urbana con el barroco, que seguía desenvolviendo las ideas del Renacimiento (2), muéstranlo aún otras obras de Sixto V, por las cuales se contaba con el espacio de las calles para la erección de un edificio monumental. Así la Via Pía se allanó en toda su extensión y según el plano de Fontana se levantó de suerte, que desde la plaza del Quirinal se podía ver la puerta de la ciudad que lleva el mismo nombre, distante una milla (3). A este lugar pertenece también la portada que Sixto V después del nombramiento de su nepote Montalto para vicescanciller hizo poner por Fontana de una manera adicional antes de la entrada de la Cancellaría (4), porque el gusto del barroco exigía para la calle que aquí desembocaba una resonancia en la forma del edificio. De un modo semejante para la gran calle que iba de Santa María la Mayor a Letrán se hizo por Fontana en 1586-88 la hermosa logia de la bendición en San Juan de Letrán, de dos pisos con su arcada de cinco arcos en cada uno de ellos, de color oscuro, que producían efecto a lo lejos, y sus columnas abajo dóricas y arriba corintias (5).

(1) V. Brinckmann, *Arquitectura*, 163, 165, quien hace observar sobre la Plaza del Pueblo: «La forma ascendente del obelisco parece arrojar a la altura las corrientes de fuerzas de la llanura circundante, que va subiendo suavemente hacia él, dando con esto nueva intensidad al lugar que se tiende a su alrededor. El cuerpo que se eleva al espacio y el cuerpo plástico concurren a producir un aumentado efecto de unidad. Al mismo tiempo su forma delgada no impide el movimiento del espacio a lo profundo, pues desaparece al lado de la arquitectura dominante». Cf. también Röse, *Época posterior del barroco*, 96, quien con todo atribuye falsamente a Sixto V el obelisco de la Trinidad de los Montes.

(2) En este respecto puede recordarse ante todo el gran proyecto de Miguel Ángel de que habla Vasari. Según él en un pórtico de la parte de detrás del palacio de Farnesio debía colocarse como fuente el llamado toro farnesino de tal suerte que se hubiera podido ver desde el pórtico de entrada y además desde allí también, más allá del río, la altura del Trastévere; v. Vasari, VII, 223 s. Cf. nuestros datos del vol. XII.

(3) V. Fontana, I, 87^b. Cf. el fresco del palacio de Letrán en Pastor, Sisto V, tav. 10.

(4) V. Lavagnino, *Il Palazzo della Cancellaria*, Roma, 1925, 32.

(5) Fontana, 46 s., 89. La inscripción en el grabado de Fontana: 1588 A° IV, no corresponde a la que existe realmente: 1586 A. II (v. Forcella, VIII, 44). Cf. todavía Egger en los Documentos para la historia del arte, artículo dedicado a Wickhoff (1903), 155; Gurlitt, *Estilo barroco*, 213; Nohl, 186; Brinckmann, *Arquitectura*, 132. V. también Sitte, *La construcción de ciudades según sus principios artísticos*², Viena, 1889, 84 s.

La erección de la noble logia de la bendición, adornada en el interior con pinturas (1), estaba relacionada con el derribo y destrucción del extenso y enmarañado conjunto de edificios que desde el siglo IV se había formado junto a la basílica de Letrán (2).

Si viniendo del coliseo, se entraba en la plaza de Letrán, se veía a la derecha el baptisterio constantiniano rodeado de capillas, principalmente de los oratorios de la Santa Cruz y de San Venancio, y derechamente la fachada lateral de la basílica, dirigida al norte. Ésta, colocada delante del brazo derecho del crucero, había sido adornada por Gregorio XI con una portada gótica de mármol. Aquí se hallaba la entrada lateral de la iglesia, a cuyos lados estaban aquellos dos leones antiguos de mármol que Sixto V hizo trasladar a su fuente de la plaza que hay junto a Santa Susana. Sobre la fachada lateral se levantaban dos pequeños campanarios, que habían sido transformados por Pío IV. A la izquierda de la fachada, adelantándose en ángulo recto, se juntaba la antigua residencia de los Papas, el llamado *Patriarchium Lateranense*. Lo mismo que el Vaticano era un agregado de edificios de los más diversos siglos, y todos sin embargo estaban unidos entre sí. Primeramente, con el frente dirigido hacia el oeste, la gran sala de los concilios, que también se había usado para las coronaciones de los emperadores, con sus tres puertas, sacadas, como se supone, del pretorio de Jerusalén. Seguía a ésta, adelantándose hacia el norte, la logia de la bendición erigida por Bonifacio VIII en el año jubilar de 1300. Con esta elegante construcción gótica de mármol, que adornó Giotto con tres pinturas (3), estaba unido, formando igualmente un ángulo recto, un gran corredor provisto de portada, a cuyo fin se hallaban el oratorio de San Silvestre y más allá la Escala Santa. A la izquierda de estos santuarios se veían la entrada, la escalera y el pórtico del antiguo palacio pontificio, el atrio de la capilla *Sancta Sanctorum* y este notable santuario. El local más importante de la extrema

(1) Cf. el mandato en el Arch. Rom., II, 230.

(2) Para lo que sigue cf. la descripción de Reumont, III, 1, 15 s. y las grandes obras de Rohault y Lauer. Éste da numerosos diseños y las descripciones del antiguo palacio patriarcal por Hortensio de Fabris (p. 325 s.) y P. Ugonio (p. 576 s.). V. también el fresco de la Biblioteca Vatic. en Pastor, Sisto V, tav. 17.

(3) Una de ellas, la publicación del año jubilar por Bonifacio VIII, se halla actualmente en el lado posterior del primer pilar de la nave central de la iglesia lateranense.

parte oriental del palacio del Papa formábalo el gran triclinio, que había edificado León III (795-816), para ejercitar aquí la hospitalidad apostólica según la antiquísima hermosa costumbre de los Papas. La parte sur del Patriarchium, cuyo centro lo formaba un gran patio cuadrado, se juntaba con el término derecho del pórtico de la fachada principal de la Basílica Lateranense.

Desde fines del siglo XIII el antiguo palacio de Letrán ya no lo habitó ningún Papa por largo tiempo. Durante el destierro de Aviñón cayó en completa ruina. El incendio de la iglesia de Letrán en el año 1308 perjudicó también al palacio, que apenas fué restaurado. Su triste estado fué la causa de que los Papas a su vuelta tomaran por morada el Vaticano. Por efecto del aire insalubre de aquel paraje entonces casi despoblado, de todos los Papas del tiempo del Renacimiento sólo Sixto IV pensó seriamente en la restauración de la antigua residencia de los sucesores de San Pedro. León X habitó aquí todavía algunos días después de su toma de posesión de la iglesia; como Julio II, así también él celebró el concilio de Letrán en el Patriarchium. Pero luego el palacio se fué arruinando más y más. Sólo algunos doctos, como Panvinio, se interesaron todavía por el gran terreno lleno de edificios y ruinas, con el que se enlazaban los recuerdos de once siglos. Cuán poco gusto había en tiempo de Sixto V por las esculturas, mosaicos, inscripciones y otros monumentos de todo género que allí había aún en abundancia, muéstranlo con espantosa claridad las palabras con que Fontana da principio a su relación sobre la nueva construcción del palacio de Letrán. Dice que Sixto V en atención a la posición de San Juan de Letrán como catedral propiamente dicha del obispo de Roma, había resuelto construir una nueva logia de la bendición y un nuevo palacio, no solamente para proveer allí a los Papas de un cómodo alojamiento, sino también para el adorno de aquel paraje, que estaba cubierto de «edificios antiguos de poco valor». Que la mayor parte amenazaban ruina, no ofrecían ninguna comodidad, eran tan oscuros y estaban tan sucios, que el conjunto no decía bien con un lugar tan santo. En oposición a esto alaba Fontana el palacio erigido por él como el más magnífico de todos los existentes en Roma (1).

(1) Fontana, I, 48. Catervo Foglietta escribe en su *Lettera citada arriba, pág. 162, nota 1, que Sixto había hecho quitar alcune casette e cappellette tanto vecchie che piu tosto erano occasione agli impij che senza rispetto alcuno entrano le case di Dio di far male (Ottob. 568, *Bibl. Vaticana*). Guido Gualterio en sus

La nueva construcción fué ordenada por Sixto V poco después de su elección y fundamentada con las palabras de que era indigno que el obispo no poseyese junto a su catedral una morada cual correspondía. Los trabajos estaban en pleno curso por junio de 1585 (1). Primeramente se terminó la logia de la bendición. Aunque no se había acabado de adornarla con pinturas, Sixto V por Pascua de 1587 dió desde allí la bendición (2).

El número de los trabajadores para el nuevo palacio se dobló en mayo de 1587 (3). La falta de miramiento con que se procedió contra los monumentos de más valor de los siglos pasados en el derribo del antiguo Patriarchium, es sumamente lamentable (4). Cuando se pasó también a echar abajo en el baptisterio la capilla de la Santa Cruz fundada por el Papa San Hilario (461-468), protestó el cabildo de Letrán, pero inútilmente (5). El oratorio adornado con mosaicos magníficos, ciertamente ya deteriorado, constituía un impedimento para la nueva calle en dirección a San Pablo; fué sacrificado lo mismo que los oratorios que debían su origen a los Papas San Silvestre, Teodoro I y Adriano I (6). Fué una fortuna el

*Ephemerides (p. 127^b, *Biblioteca Victor Manuel de Roma*; v. el núm. 38, 3 del apéndice del vol. XXI) tampoco dice una palabra del sentimiento por la demolición de la sala de los concilios del antiguo palacio lateranense. Pero que sin embargo también él como muchos otros sintieron el trastorno de semejante destrucción, se ve claro por la expresión comunicada por Ranke (III⁸, 75*) de la Vita Sixti V de Guido Gualterio y por la relación de Ugonio sobre el dolor general que provocó la destrucción del oratorio de la Santa Cruz; v. Wilpert, Los mosaicos y pinturas romanas, II, Friburgo, 1917, 727.

(1) V. en el núm. 1 del apéndice el *Avviso de 8 de junio de 1585, *Biblioteca Vaticana*, y el de 28 de junio de 1585 en Orbaan, *Avvisi*, 283.

(2) V. la relación de Malegnani de 1.º de abril de 1587, *Archivo Gonsaga de Mantua*. Una descripción de las pinturas da Fontana (I, 46). Cf. S. Ortolani, S. Giovanni in Laterano, Roma, 1925, 100.

(3) V. en el núm. 14 del apéndice el *Avviso de 13 de mayo de 1587, *Biblioteca Vaticana*.

(4) Cf. las severas expresiones de Rohault (273 s.) y Lauer (319 s.). En Lauer (643 s.) están también las cuentas sobre los trabajos del derribo. V. Vannutelli (Mem. sacre Lateranensi, Roma, 1900, 46) procura disculpar a Sixto V, pues el antiguo palacio estaba hecho una ruina, que ya no se podía salvar.

(5) V. en el núm. 13 del apéndice el *Avviso de 9 de mayo de 1587, *Biblioteca Vaticana*. Sobre el oratorio lateranense de la Santa Cruz v. Grisar en la Civ. Catt., 1895, III, 727 s. e Historia de Roma, I, 333 s. Cf. Egger, Catálogo de la colección de dibujos arquitectónicos de la bibl. palatina, I, Viena, 1903, 36.

(6) V. Stevenson, 25; Lanciani, IV, 140. Ibid., 139 s. sobre las monedas de oro halladas en los fundamentos del Patriarchium. Cf. también la *relación de Malegnani de 27 de junio de 1587 (*Archivo Gonsaga de Mantua*), a la que se refiere la bula de 1.º de diciembre de 1587 (Bull., VIII, 966 s.). Una de las mo-

haberse valido Sixto V del docto Fulvio Orsini en los trabajos de Letrán, de suerte que por lo menos se salvaron algunas piezas valiosas, como principalmente el célebre fresco de Giotto «La publicación del primer año jubilar por Bonifacio VIII» (1).

Denotan bien la impaciencia del Papa sus repetidas visitas al lugar de la construcción. En la última semana de julio del año 1587 se presentó allí para estimular a la aceleración de los trabajos (2). Un mes más tarde se repitió la visita; esta vez fueron reprendidos fuertemente los capataces por su lentitud. En el camino de vuelta, Sixto pasó a ver el obelisco excavado en el Circo Máximo, y ordenó la apertura de una calle desde el Capitolio a Letrán (3). Asombrábase del frescor juvenil del Papa, cuando a fines de octubre de 1587 inspeccionó por menudo todas las partes del nuevo edificio (4). En abril de 1588 dió la bendición desde la nueva logia con voz claramente perceptible (5). En junio de 1588 reconoció de nuevo todo el palacio (6), el cual a pesar de los trabajos proseguídos con toda priesa (7) no se acercaron a su fin sino en el verano del año siguiente (8). Entonces asignáronse estancias en el palacio para la Rota y la Cámara Apostólica (9). El poderoso edificio, en que debían recibir aposentos todos los cardenales de la curia (10), no quedó enteramente terminado hasta fines de agosto de 1589 (11); sin embargo ya el 30 de mayo de este año había podido celebrarse

nedas la regaló el Papa al coleccionador boloñés Tomás Cospi, el cual la legó a la iglesia de San Petronio, donde está todavía; v. A. Gatti, *Catálogo del Museo di S. Petronio*, Bologna, 1893, 36.

(1) V. Nolhac, F. Orsini, 24.

(2) V. la *relación de Malegnani de 22 de julio de 1587, *Archivo Gonzaga de Mantua*, y el *Avviso de 22 de julio de 1587, Urb., 1055, p. 273^b, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. el Aviso en Orbaan, *Avvisi*, 293.

(4) V. el Aviso, *ibid.*, 301.

(5) V. en el núm. 18 del apéndice del vol. XXI el *Avviso de 20 de abril de 1588, *Biblioteca Vaticana*.

(6) V. en el núm. 24 del apéndice el *Avviso de 18 de junio de 1588.

(7) Cf. Ugonio, *Stationi* (1588), 44.

(8) V. en el núm. 36 del apéndice el *Avviso de 26 de julio de 1589, *Biblioteca Vaticana*.

(9) V. el *Avviso de 3 de junio de 1589, Urb., 1057, p. 322, *Biblioteca Vaticana*.

(10) V. el *Avviso de 24 de febrero de 1590, Urb., 1058, p. 76, *Biblioteca Vaticana*.

(11) V. el *Avviso de 29 de agosto de 1589 (*Biblioteca Vaticana*) en el núm. 26 del apéndice del vol. XXI y el de 30 de agosto de 1589 en el *Bull. d. Commiss. Archéol. Commun.*, XXXVII (1909), 14.

en él un consistorio público (1). Los gastos subieron a 172 884 escudos (2).

El palacio lateranense de Sixto V con sus tres pisos infunde respeto por su grande masa; su altura corresponde a las nuevas construcciones de seis pisos recientemente levantadas en sus proximidades. Pero es un edificio sobrio. Las tres fachadas son uniformes, pero llenas de majestad. «Las grandiosas dimensiones, la regia tranquilidad, no interrumpida por ningún salidizo, de las grandes líneas de la cornisa, y la seguridad con que se ordenaron en serie no interrumpida las ventanas, que sólo en los pisos superiores alternan con remate angular y arqueado, dicen al punto al que contempla esta obra, que está en la Roma de Bramante y Peruzzi. La cornisa principal perfilada ricamente es magnífica» (3). Tres portadas conducen a este lugar, dos a la basílica. La ventana sobre la entrada principal muestra arriba el nombre del que mandó levantar el edificio, y su escudo con el león (4). El gran patio interior cuadrado tiene en cada lado siete arcos abiertos en dos pisos, abajo pilastras dóricas, y arriba corintias. Alrededor de este gran patio, que está imitado del del Palacio Farnesio, se agrupan en tres lados los aposentos, y en el cuarto se halla la escalera principal de notable extensión, pertenece al número de las mayores de Roma y tiene de anchura más de siete metros, de modo que por ella podía el Papa bajar cómodamente con toda su corte a su iglesia episcopal. Para facilitar la comunicación sirven aún otras escaleras; una de caracol lleva desde el piso bajo hasta la airosa logia que corona el tejado.

Los claustros y los aposentos del piso bajo se abovedaron. Las grandes salas del primer piso recibieron techos de madera dorada y pintada. Las escaleras así como los claustros y todas las estancias del primer piso hízolas pintar Sixto V con arabescos, paisajes y otras representaciones y adornar ricamente con estuco dorado. La idea de la decoración procede del modenés Juan Guerra, los dibujos trazólos César Nebbia, de Orvieto; otros pintores, como César Santarelli y el flamenco Pablo Bril, los ejecutaron (5). Todo el conjunto

(1) V. Bonanni, I, 315.

(2) Lanciani, IV, 139. Cf. Bonanni, I, 244 s. La inscripción de la fachada: Sixtus V. Anno IV (1589) se halla en el Inventario, I, 14.

(3) G. Gurlitt, *Estilo barroco*, 216 s.; Letarouilly, *Édifices*, I, 224 s. Cf. además Bergner, *La Roma barroca*, 28 s.; Brinckmann, *Arquitectura*, 56 s., 67.

(4) Cf. Orbaan, *Sixtine Rome*, 30 s.

(5) Cf. Baglione, 110, 151; Mayer, Bril, 2, 23 s.; Gerstenberg, *La pintura*

es un adorno que, aunque menos brillante, hace correspondencia con la ornamentación de la Biblioteca Vaticana.

La sala principal del primer piso con magnífico artesonado dorado, fuera de dos grandes frescos que se refieren a la fundación del primado, muestra las figuras sentadas de diecinueve Papas de los primeros siglos ilustradas con inscripciones. Una serie de otros frescos declarados igualmente con inscripciones glorifican en esta sala los hechos de Sixto V. La represión de los bandoleros, el cuidado del abastecimiento de Roma y la seguridad de los Estados pontificios, la colocación del tesoro en el castillo de San Ángel están no menos representados que la Biblioteca Vaticana, los puertos de Terracina y Civitavecchia, las ciudades de Loreto y Montalto, el Agua Félix con la fuente de la plaza junto a Santa Susana y el palacio del Quirinal que se hallaba aún en construcción (1) con la vista a la Puerta Pía. Los dos últimos frescos descuellan entre los demás por su magnitud.

A la grande sala pontificia destinada para la celebración de consistorios está contigua la sala imperial (2) con los retratos de aquellos catorce emperadores cuyas monedas se habían hallado al construir el palacio (3). Un fresco especial celebra aquí la veneración que tuvieron a la Iglesia los emperadores cristianos. Sigue una sala más pequeña con representaciones del Antiguo Testamento, la cual conduce a la capilla privada del Papa, que está adornada con escenas de la historia del Salvador. Las cuatro estancias restantes dejan ver asimismo frescos que ilustran de nuevo varias relaciones del Antiguo Testamento. También están todos ellos provistos de inscripciones. El primer piso contiene además todavía dos grandes salas: la una con representaciones de la historia del emperador Constantino (4),

de paisajes ideales, Halle, 1923, 72 s. Las pinturas descritas por Fontana (I, 48) han caído casi en completo olvido por efecto del muy dificultado acceso a la mayor parte de las estancias del palacio. Aunque artísticamente son poco importantes (más favorablemente las juzga aún Nohl, Libro de esbozos, 179 s.), con todo son de interés para el conocimiento de las corrientes espirituales en la corte de Sixto V.

(1) V. Pastor, Sisto V, tav. 10.

(2) Lleva oficialmente el nombre *del Concilio*, manifiestamente en recuerdo de la Sala del Concilio del antiguo palacio lateranense.

(3) Cf. arriba, pág. 227, nota 6.

(4) En esta sala ahora únicamente accesible está encajado en el suelo el antiguo gran mosaico de los atletas que se descubrió en 1824 en las termas de Caracalla.

la otra, la Sala de los Paramentos, con imágenes de los Hechos de los Apóstoles. También los techos y las logias del nuevo palacio de Letrán y el corredor que lleva a la basílica (1), están decorados con representaciones de la Sagrada Escritura, con paisajes y figuras alegóricas. Las inscripciones mencionan el cuarto año de pontificado.

En todas estas estancias se observan muchas veces escudos y divisas de Sixto V, así como numerosas figuras alegóricas, las cuales están todas enteramente vestidas. También en esto se muestra el severo franciscano, que nada quería saber del culto al desnudo, que se había hecho usual durante el tiempo del Renacimiento y continuaba en las cortes seculares (2). Entre las cuentas se halla también un pago para César Nebbia y compañeros por haber cubierto las desnudeces que había en las figuras de la Logia de la Cosmografía procedente del tiempo de Pío IV (3).

En el derribo del antiguo palacio de Letrán, además del triclinio de León III, quedó también intacta la capilla doméstica pontificia Sancta Sanctorum, que junto con reliquias sumamente preciosas encerraba una imagen muy venerada del Salvador (4). A los dos lados de este notable santuario, que había tenido que padecer mucho en el Saco de Roma, hizo Sixto V erigir otras dos capillas y levantar por Fontana ante el santuario un pórtico de dos pisos con arcos. A este lugar trasladó después la escalera de en medio, de las cinco por las cuales se llega a estas tres capillas, la Escala Santa, caída casi en olvido y por tanto muy descuidada. En su ornamentación con frescos tuvieron parte Ferratú Fenzoni de Faenza y el antuerpiense Pablo Bril (5), cuyos trabajos aquí como en el palacio de Letrán libres todavía enteramente del influjo italiano, son de todo punto flamencos en su sentimiento. La inscripción de la fachada (6) dice que Sixto había edificado el pórtico y llevado la Escala Santa a un

(1) En la erección del Museo Lateranense Cristiano por Pío IX destinóse este corredor para los sarcófagos.

(2) Un pintor fué azotado por causa de representaciones deshonestas; v. Repertorio para la ciencia del arte, XXXVII, 36.

(3) V. Bertolotti, *Art. Mod.*, 32; Lanciani, IV, 163.

(4) Cf. Grisar, *La capilla romana Sancta Sanctorum y su tesoro*, Friburgo, 1908, y Wilpert, *Mosaicos y pinturas romanas*, II, 1101 s.

(5) V. Mayer, *Bril*, 27 s.

(6) Los diversos dibujos para la fachada aparecen en los frescos de la Biblioteca Vatic.; v. Lauer, pl. 26-27.

lugar más sagrado (1). Con la nueva construcción quería también el Papa conseguir que fuese de nuevo mas honrado el antiguo y venerable santuario de la capilla Sancta Sanctorum, que desde el pillaje durante el Saco de Roma había quedado desierta. Pero la devoción de los fieles fué más atraída por la Escala Santa, que desde la edad media se tenía por la subida por el Salvador en su pasión, que por la capilla situada en el fondo, cuyos tesoros de reliquias cayeron en tal olvido, que la reciente investigación ha tenido que volverlas a poner de manifiesto formalmente (2). En el último año de su reinado confió Sixto V la custodia de la Escala Santa y de la capilla Sancta Sanctorum a cuatro capellanes (3).

Fué fortuna que la basílica de Letrán quedase entonces intacta (4), pues las otras transformaciones de antiguas iglesias efectuadas en tiempo de Sixto V fueron fatales para las antigüedades así paganas como cristianas. Además de la indiferencia ampliamente difundida respecto de tales restos, concurrió a ello todavía una circunstancia especial. En las solemnidades litúrgicas renovadas por el Papa que celebraba éste en días especiales con los cardenales en determinadas iglesias, debía la vista poder llegar sin obstáculo hasta los asientos del ábside. A esta aspiración fueron sacrificadas en la basílica de San Pablo extramuros, cuyo crucero recibió un nuevo

(1) V. Fontana, I, 60, II, 2 s., donde hay también un plano y una copia. El nombre de Sixto V con breve inscripción en la fachada (v. *ibid.*) y también sobre las puertas de las capillas laterales. Cf. Pastor, Sixto V, tav. 18; Barbier de Montault, I, 507 s.; L. Mazzucconi, *Mem. d. Scala Santa*, Roma, 1840; Leta-rouilly, *Édifices*, I, 197 s.; Grisar, *loco cit.*, 12, 16; Lauer, 321 s. V. también en los núms. 3, 4 y 29 del apéndice los *Avvisi de 1.º y 15 de marzo de 1586 y de 26 de octubre de 1588, *Bibl. Vaticana*. En la pintura de la nueva capilla trabajó también Juan Baglione, autor de las *Vite de' pittori*; v. Thieme, II, 356. Sobre Fenzoni y Brill cf. Voss, II, 506, 534. Los frescos se restauraron en 1922.

(2) Cf. Grisar, *loco cit.*, 26.

(3) V. la *bula Dat. in monte Quirinali Non. Iun. 1590. La capilla Sancta Sanctorum designase aquí como illa insignis ac praecipua sanctitatis toto terrarum orbe inter omnia Urbis et orbis sanctiora loca celeberrima. Dicese a continuación que por eso él, el Papa, había mandado llevar allí la Escala Santa, que se había hallado antes propter temporum iniurias, Urbis excidia, direptiones et alias calamitates quodammodo in loco abiecto, situ et squalore ac sordibus obsito, vetustate pene collapsa. Arm. 44, t. 29, *Archivo secreto pontificio*.

(4) Respecto del baptisterio da cuenta un *Avviso de 9 de noviembre de 1588 sobre la visita de Sixto V el domingo pasado: Ordinò, come giunse alla basil. Lat. che si reducesse in isola S. Giovanni in Fonte et si trasportasse la effigie della gloriosa vergine dalla cappella contigua che va gittata in terra in una delle cappellette che sono dentro quel oratorio di S. Giovanni. Urb., 1056, *Biblioteca Vaticana*.

techo de madera (1), las columnas que se hallaban entre el altar y el ábside, en su mayor parte de pórfido, las cuales eran un recuerdo de la anterior basílica constantiniana (2).

Cuán poco se sentía la pérdida de tales recuerdos, muéstralo la descripción por Pompeyo Ugonio en su obra sobre las iglesias romanas en que se celebraba la estación. Aquí las transformaciones sin miramiento por las cuales la basílica de San Pablo debía hacerse más espaciosa, se atribuyen al Papa ¡hasta como alabanza! (3). La supresión de los coros altos de Eugenio II y de los ambores de Alejandro III en Santa Sabina elógiala asimismo Ugonio, haciendo observar que por Sixto V la iglesia había recobrado aquella grandeza y aquel esplendor que había presentado en tiempo de su predecesor en el nombre, Sixto III (4). También la antigua cripta fué destruída. En cambio se conservaron felizmente las formas principales de esta basílica hasta tal punto, que recientemente ha podido ser restaurada de tal manera que ofrece el aspecto que tuvo en el siglo IX (5). Destruyéronse enteramente algunas iglesias pequeñas, como San Andrés della Colonna (6) y San Gregorio in Palatio junto al Campo Santo alemán (7).

Por lamentables que sean las destrucciones mencionadas, con todo ha de hacerse resaltar con elogio el que en tiempo de Sixto V otros templos de Roma necesitados de restauración fuesen preservados de la ruina. Citaremos las iglesias de los Santos Apóstoles (8),

(1) C. Foglietta en la *Lettera, citada en la pág. 162, nota 1, alaba su riqueza y su hermosura. Ottob., 568, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. Grisar, Historia de Roma, I, 362 y Studi Rom., I, Roma, 1913, 409. Cf. también en los núms. 9 y 19 del apéndice los *Avvisi de 22 de noviembre de 1586 y 2 de septiembre de 1587, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Ugonio, Stationi, 8 s.

(4) V. *ibid.*, 10^b. Cf. Berthier, S. Sabine, Rome, 1910, 89 s., donde también está comunicado el pomposo discurso de Panigarola. V. además Arch. dell' arte, 1896, 195 s.; Orbaan, Avvisi, 287, Conti di Fontana, VIII, 60; Grisar, I, 374; Lanciani, IV, 167 s. La inscripción de 1588 sobre la restauración se halla en Forcella, VII, 306.

(5) Cf. Styger en la Revista trimestral romana, 1915, parte arqueológica, p. 24; Muñoz, S. Sabina, Roma, 1919, 13 s.; Muñoz, L'Église de S. Sabine à Rome, Rome, 1924, 16 s.; Taurisano, S. Sabina, Roma, sin año, 10 s.

(6) V. Lanciani, IV, 169.

(7) V. de Waal, El Campo Santo de los alemanes, 26, 28 s.

(8) Cf. en el núm. 10 del apéndice el *Avviso de 17 de enero de 1587, *Biblioteca Vaticana*. Sobre el convento de los Santos Apóstoles y la fuente de los leones de Sixto V que allí había, v. Fr. Santilli, La basilica dei SS. Apostoli, Roma, 1925, 23 s.

donde se ensanchó el convento contiguo habitado en otro tiempo por Sixto V (1), San Juan in Capite junto a San Silvestre, San Juan in Ayno en la calle de Montserrat, San Pelegrín junto al Vaticano (2), y los Santos Nereo y Aquileo (3). En la nueva construcción de San Andrés della Valle cuidó el Papa de que se conservase la memoria de la pequeña iglesia de San Sebastián de Via Papae, que allí había (4). Entre los cardenales compitió con el Papa sobre todos Farnesio, cuya generosidad experimentaron San Lorenzo in Dámaso y el Jesús de los jesuitas (5). El cardenal Carafa restauró los Santos Juan y Pablo, el cardenal Caetani Santa Pudenciana (6), el cardenal Azzolini San Mateo in Merulana (7) y el cardenal Joyeuse embelleció la iglesia nacional francesa de San Luis (8). En Santa María de Trastévere el cardenal Marcos Sittich hizo adornar con pinturas por Pascual Cati la capilla que había edificado a la izquierda junto al ábside (9). Camila Peretti, hermana del Papa, edificó en Santa Susana una capilla dedicada a San Lorenzo (10).

Parecióse a una nueva construcción la restauración de la iglesia nacional de los esclavones dedicada a San Jerónimo, situada no lejos del puerto de la Ripetta, en la cual trabajó Martín Lunghi el

(1) Cf. los *Avvisi de 30 de abril y 5 de octubre de 1588 y de 5 de julio de 1589, Urb., 1056 y 1057, *Bibl. Vaticana*. V. también Letarouilly, *Édifices*, I, 363 s., 366 s.

(2) V. Lanciani, IV, 171. Cf. Forcella, VI, 251.

(3) V. Santori, Autobiografía, XIII, 177. Cf. también **Diarium audient. card. S. Severinae* al 11 de marzo de 1587, *Archivo secreto pontificio*, LII, 19, y el Aviso publicado por Orbaan, *Avvisi*, 308 sobre el interés de Sixto V por San Marcos.

(4) V. Lanciani, IV, 171. Cf. el *Aviso de 8 de noviembre de 1586 (*Bibl. Vaticana*) en el núm. 10 del apéndice del vol. XXI.

(5) Cf. los *Avvisi de 8 de abril y 12 de agosto de 1587 y de 4 de marzo de 1589, *Bibl. Vaticana* (v. el núm. 21 del apéndice del vol. XXI; cf. el núm. 25 del apéndice del presente vol.), y la *relación de Malegnani de 13 de agosto de 1587, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(6) V. Platner, III, 1, 488 s.; III, 2, 257 s., 261.

(7) V. Armellini, 465.

(8) V. el *Aviso di Roma de 14 de octubre de 1589 en el *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*, Ferd., 83, cuaderno 3.

(9) Cf. el *convenio ajustado el 30 de enero de 1588 por Quirino Zurla cremonense como representante del cardenal Marcos Sittich con Pascual Cati pintor en los Atti orig., 162, p. 397 s. del *Archivo Notarial Municipal de Roma*. La inscripción sobre la terminación de la capilla, de 1589, en Forcella, II, 349; diseño de los frescos en Muñoz, *Roma barroca*, 28.

(10) V. Angeli, *Chiese*, 578. Una *Descrizione di tutte le chiese di Roma con l'inventario delle reliquie de 1586 se halla en el Cód. 131 de la *Biblioteca Cívica de Padua*.

viejo. Sixto V, especial venerador del mencionado Padre de la Iglesia (1), en 1588 hizo edificar de nuevo desde sus cimientos en forma más amplia por Martín Lunghi este templo ruinoso, que en otro tiempo había sido su iglesia titular, y adornarlo con frescos por Juan Guerra y otros (2). La fachada de la iglesia terminada ya en julio de 1589 y ricamente dotada muestra aún el sencillo esquema severo, cual aparece en Santa Catalina de' Funari, en el Espíritu Santo, el Jesús y en Santa María de los Montes; la época posterior sólo se hace notar en los adornos de las ventanas y puertas (3). El interior en forma de cruz latina tiene una sola nave con tres capillas a cada lado y un ábside cuadrangular. La torre tiene semejanza con la del Capitolio. El amor a su antigua iglesia titular movió a Sixto V a erigir allí una colegiata; constaba de un arcipreste, seis canónigos y cuatro vicarios; el patronato lo obtuvo el nepote Miguel Peretti (4).

Sixto V, que era fervoroso devoto de la Santísima Virgen, entre todas las iglesias de la Ciudad Eterna a ninguna tenía tanto amor como a la Basílica Liberiana de Santa María la Mayor, asentada en el monte Esquilmo, en la cual ya siendo cardenal había hecho erigir por Alejandro Cioli un sepulcro de mármol a su paisano Nicolás IV (1288-1292), que procedía asimismo de la Orden franciscana (5).

Esta iglesia, la mayor y más principal del mundo de las dedicadas a Nuestra Señora, según una inscripción todavía conservada, ya desde el siglo VI se llamaba Santa María del pesebre (ad prae-sepe), porque poseía una imitación de la cueva de Belén, cuyo origen

(1) Bardenhewer, *Patrologia*, Friburgo, 1901, 400 y abajo, p. 238.

(2) Cf. Baglione, 34; Arch. Rom., II, 231; Bertolotti, *Art. Lomb.*, I, 69; G. Biasiotti e J. Butkovic, S. Girolamo degli Schiavoni in Roma, Roma, 1925. Cf. también los *Avvisi de 4 de julio de 1587, de 6 de julio y 12 de octubre de 1588, de 26 de abril, 3 y 14 de junio, 29 de julio, 30 de septiembre y 7 de octubre de 1589 (*Bibl. Vaticana*); v. los núms. 16, 27, 33, 34, 37, 38 y 39 del apéndice. Sobre las pinturas cf. Titi, *Descriz. d. pitture in Roma*, Roma, 1763, 396 s. V. además Giovannoni en *L'Arte*, XVI (1913), 98 s. y Posse en el Anuario de la colección prusiana de arte, XL (1919), 140, nota 1. El Vat. 5440 contiene el ejemplar original adornado con miniaturas del *Liber bonorum hospitalis... et ecclesiae S. Hieronymi Illiric. a Sixto V extructae; aquí p. 7: Robba donata da N. S. Sisto V quando era cardinale (paramentos, palio di altare). *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Gurlitt, *Estilo barroco*, 194; Brinckmann, *Architectura*, 64, 160; Pastor, *Sisto V*, tav. 19.

(4) V. la bula en [Ivancic], *La questione di S. Girolamo de'Schiavoni in Roma*², Roma, 1901, 98 s. Cf. Ratti, *Sforza*, 355, 363.

(5) Baglione, 86; Escher, *Barroco*, 104; Lanciani en *Ausonia*, I (1906), 96 s.

se remonta probablemente a Sixto III (432-440). Este pequeño oratorio se hallaba detrás del coro principal de la basílica, donde hay ahora una grandiosa escalinata para bajar de la Colina Esquilina; en él solían los Papas celebrar la misa mayor la noche de Navidad. San Gregorio VII en el año 1075 había sido acometido repentinamente y preso en esta solemnidad. Por efecto de las mudanzas que mandó efectuar Nicolás IV en el ábside de la basílica, edificada por Sixto III, la capilla del pesebre hubo de ser trasladada; con esta ocasión recibió esculturas marmóreas labradas por Arnolfo di Cambio, cuyos restos todavía se conservan (1).

Entre los muchos amigos de este antiguo y venerable oratorio, el cual, como se puede demostrar, ha contenido desde el siglo XII reliquias del pesebre de Cristo, y donde el fundador de los teatinos San Cayetano de Tiene, dijo su primera misa en el año 1516, Sixto V fué uno de los más fervientes. Tres meses antes de su elección para Papa había hecho comenzar a la izquierda del altar mayor junto a la nave lateral la construcción de una nueva capilla de tan grandes dimensiones, que parecía una espaciosa iglesia (2). Después de su elevación a la silla de San Pedro mandó en seguida la continuación de este trabajo en la iglesia para él tan cara y por él también otras veces honrada (3), a la cual Jerónimo Catena llama lisa y llanamente la basílica de Sixto V (4). Su interés por la nueva capilla fué grande; visitó la construcción en septiembre y en octubre de 1585 (5). Por Navidad de 1586 persistió en celebrar en la nueva iglesia la misa solemne, aunque en ella estaban aún los andamios en todas partes (6). Al año siguiente recibió la capilla un preboste propio y cuatro capellanes (7).

(1) V. Grisar, *Archeologia del «Presepio» in Roma*, en la *Civ. Catt.*, 1903, IV, 703 s. Cf. también Adinolfi, *Roma nell'età di mezzo*, II, 185 s.

(2) V. Fontana, I, 33. Cf. la **Lettera* di C. Foglietta, Ottob. 568, *Biblioteca Vaticana*.

(3) Ya en junio de 1585 Sixto V tuvo capilla papal en Santa María la Mayor, lo cual hacía treinta y cinco años que no se había efectuado; v. la **relación* de Malegnani de 15 de junio de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Catena, *Lettere*, 7.

(5) V. los **Avvisi* de 21 de septiembre y 5 de octubre de 1585, Urb., 1053, *Biblioteca Vaticana*.

(6) V. el *Avviso* en Orbaan, *Avvisi*, 291 y Conti di Fontana, VIII, 63. Cf. la **relación* de Malegnani de 24 de diciembre de 1586, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(7) Cf. los **Avvisi* de 24 de junio y 19 de agosto de 1587, Urb., 1055, p. 227, 323, *Bibl. Vaticana*; Taccone-Gallucci, *S. Maria Maggiore*, Roma, 1911, 122 s.;

En la edificación del nuevo templo, que recibió de su fundador el nombre de Capilla Sixtina, se había empleado precioso material de antiguas construcciones y sobre todo del anterior palacio de Letrán (1). La piedad con los restos de los siglos pasados, que también en esta ocasión se echó de menos en Sixto, mostróla felizmente en alto grado con el antiguo oratorio del pesebre. «Para conservar la veneración y la memoria de él», persistió en que se trasladase a la nueva capilla manteniéndose los muros primitivos y toda la construcción, y allí se depositase debajo de un altar erigido en medio. Fontana dió también solución a este problema, que en su género era aún más difícil que la traslación de los obeliscos: pues la capilla constaba de muchas piezas; sus muros antiquísimos eran en muchas partes quebradizos y estaban interrumpidos por una ventana y el mármoleo arco de entrada. Con justificado sentimiento de su valer describe Fontana el mecanismo por él inventado, por el cual salvó el santuario a la posteridad. La capilla fué revestida firmemente con una envoltura de tablones y hierro y también por dentro atiesada tan hábilmente con madera, que formaba como un bloque compacto. Entonces se la separó de su fundamento y sobre rodillos se la trasladó a 17 metros de distancia a su nuevo sitio. Allí primeramente fué levantada y luego bajada y asentada sobre su nuevo fundamento (2).

La Capilla Sixtina, que como el brazo de un crucero rompe la serie de las magníficas columnas antiguas de la nave central de la Basilica Liberiana y su cornisamento por un arco intercalado, recuerda a primera vista la forma de las suntuosas capillas de la primera época del Renacimiento, pero si se la contempla más detenidamente, no se puede desconocer que muestra el influjo de las nuevas ideas arquitectónicas del barroco primitivo (3). Forma una cruz griega perfecta. La cúpula coronada de un claro tambor presenta tal aumento del desenvolvimiento de altura, que domina enteramente todo el conjunto y los cuatro brazos cortos con sus bóvedas cilíndricas no hacen más que servirle como puntos de apoyo. A ambos lados de la

P. M. di Lucia, *L'abbadia di S. Giovanni a Siro unita da Sisto V alla cappella del Presepe*, Roma, 1700.

(1) V. Lanciani, IV, 164 s.

(2) V. Fontana, I, 40 s. y los diseños que allí se exhiben. Cf. además el diseño publicado por Ciacconio, IV, 144. V. también Orbaan, *Conti di Fontana*, VIII, 63 y Pastor, *Sisto V*, tav. 20.

(3) V. Gurlitt, *Estilo barroco*, 210; Brinckmann, *Arquitectura*, 39.

entrada están en los ángulos dos capillitas cuadrangulares; a la de la derecha trasladó Sixto V, bajo el altar dedicado a Santa Lucía, reliquias de los santos Niños Inocentes de un antiguo sarcófago cristiano que se halla ahora en el museo de Letrán; las reliquias y el sarcófago los quitó de San Pablo extramuros (1). La capilla izquierda se dedicó a San Jerónimo, cuyos restos mortales sepultados a lo que se cree no lejos del antiguo oratorio del pesebre, inútilmente los buscó Sixto V (2).

En el exterior de la Capilla Sixtina (3) se admiran las finas y armónicas proporciones, que recuerdan el tiempo del Renacimiento. Éstas permanecen también en el interior a pesar de la gran profusión de adornos que en todas partes se pueden ver fácilmente. Adondequiera que se mire, brillan preciosas especies de mármol de todos los colores (4), alabastro, jaspe, brechas, estuco dorado y pinturas de color claro. Los ornatos dejan ver, raras veces en el exterior, con más frecuencia en el interior, el escudo y la empresa del fundador (5), mientras las pinturas ejecutadas por Paris Nogari, Andrés Lilio y otros (6) se refieren por lo común al misterio de la Encarnación (7). El altar, que se levanta en medio bajo la cúpula y sobre la capilla del pesebre, adórnalo un tabernáculo de bronce dorado destinado para conservar el Santísimo Sacramento. Esta obra de Sebastián Torrigiani y Luis del Duca tiene la forma de la capilla que adorna; es sostenida por cuatro ángeles, que tienen en las izquierdas cornucopias, de las cuales se levantan cirios (8). Desde este altar

(1) V. Studi rom., I, Roma, 1913, 406 s. La traslación de las reliquias describela el *Diarium P. Alealeonis al 1.º de noviembre de 1586, *Bibl. Vaticana*. Sixto V veneraba especialmente a Santa Lucía, porque había nacido en su fiesta; v. Catena, Lettere, 9.

(2) V. el Avviso en Orbaan, Avvisi, 291. Cf. Mél. d'archéol., XXXV (1915), 29, nota 2. V. también Biasiotti en las Miscell. Geronimiana, Roma, 1920, 242.

(3) Ugonio (Stationi, 69) en 1588 describe el primero el santuario, mientras se hallaba en construcción. Una segunda descripción se halla en Benci, De sacello Esquilano a Sixto V condito, Romae, 1592. Recientemente lo ha descrito Jozzi: Storia di S. Maria Maggiore, Roma, 1904, 4 ss.

(4) Sobre esta novedad v. Muñoz, Roma, 10.

(5) Cf. Orbaan, Sixtine Rome, 32.

(6) V. Baglione, 36 s., 83. Entre los pintores se halla también el veneciano Salvador Fontana; v. Thieme, XII, 187.

(7) Cf. Catena, Lettere, 9. Andrés Lilio ejecutó los frescos del plafón con los cuatro evangelistas en la nave lateral delante de la capilla; v. Voss, II, 503, 504.

(8) V. Bertolotti, Art. Bologn., 78; Kraus-Sauer, III, 2, 680; Sobotka en

una doble escalera conduce abajo a la capilla del pesebre. En los nichos laterales de la pared de detrás Sixto V mandó colocar las estatuas de mármol de los príncipes de los apóstoles San Pedro y San Pablo, ejecutadas por Leonardo de Sarzana, según un modelo de Próspero Bresciano (1). Junto a la pared del brazo izquierdo de la capilla erigió el Papa un suntuoso sepulcro a su muy venerado amigo y bienhechor San Pío V, mientras que ya en el año 1587, con admiración de los que le rodeaban, mandó prepararse enfrente su propio lugar de descanso (2). La pared principal se destinó a la colocación del trono pontificio, al cual conducen gradas de mármol.

Cuando Sixto V en el verano de 1586 dió el encargo de construir el sepulcro de San Pío V, destinó para ello no menos de 25 000 escudos (3). Así pudo formarse una obra de tres pisos de grandes dimensiones, la cual como segunda pared digámoslo así, cubre enteramente una gran parte del muro. La construcción presenta un tipo que en los pontificados siguientes fué dominante para los sepulcros de los Papas. La relación con los sepulcros de los Médicis de Miguel Ángel es claramente perceptible. Ésta se muestra también en que las partes laterales tienen la misma anchura y altura que el nicho central, el cual ciertamente se ha hecho resaltar algo por un elevado coronamiento. Juntamente se observan todavía otras diferencias que son características del arte barroco. El zócalo es bajo «pues no ha de servir ya de pared posterior para un sarcófago con estatuas yacentes; por efecto de esto el piso principal ha sido muy rebajado y acercado al espectador; del ático se ha hecho un segundo piso con tableros de relieves, cariátides y un cornisamento muy resaltado y adornado; los relieves llenan también los nichos laterales de abajo, y para que hubiese igualdad en las proporciones los artistas hubieron de recurrir todavía a tablas de mármol de diversos colores» (4).

La estatua sentada de San Pío V, que da la bendición con la

el Anuario de la colección prusiana de arte, XXXIII, 269 s.; Braun, El altar, II, 640.

(1) V. Baglione, 986.

(2) Cf. Orbaan, Sixtine Rome, 43.

(3) V. el Aviso de 16 de julio de 1586 en Orbaan, Roma, 289, donde con todo hay que leer Luglio en vez de Giugno. El mismo Aviso, con la fecha de 19 de julio de 1586, se halla en el *Archivo público de Bruselas*, Négot. de Rome, I.

(4) V. Escher, Barroco, 106. Cf. Burckhardt, Cicerone, II, 598 s. y *Revista de arte plástica*, nueva serie, XXV (1914), 230. Un diseño en Orbaan, Sixtine Rome, 47 y Pastor, Sisto V, tav. 21-22.

diestra levantada, es obra de Leonardo de Sarzana (1), notable por la semejanza del retrato con dicho Papa, así como por los pliegues plásticos, que recuerdan la antigüedad de las vestiduras del pontífice representado con todos los ornamentos pontificales. Sixto V dió una vista a esta estatua, destinada para el nicho de en medio, en el taller del maestro a fines de septiembre de 1586 (2) y asistió también a su erección en junio de 1587 (3). Tuvo parte también en la composición del epitafio, el cual alaba a San Pío V, porque a imitación de los antiguos Papas santos había propagado la fe católica y restablecido la disciplina eclesiástica, hasta que después de un reinado glorioso, ideando aún mayores cosas, había sido arrebatado por la muerte en el 68.º año de su edad con dolor de toda la cristiandad (4).

Debajo de la estatua del Papa está colocado con adornos de bronce dorado el sarcófago de Verde Antiguo como sepulcro en forma de consola entre los pedestales de las dos magníficas columnas de en medio. El relieve que está a la derecha de la estatua de San Pío V, muestra la entrega de la bandera de la cruz a Marco Antonio Colonna, destinado para general del ejército pontificio en la liga contra los turcos. En el del otro lado Pío V da el bastón de mando al conde de Santa Flora, enviado para ayudar a los católicos franceses contra los turcos. A estos relieves ejecutados por el flamenco Hans van den Vliete (5), cuya pintura cautiva por la combinación de luz y sombra, corresponden dos menores en el piso superior, mientras en el centro está representada la coronación de Pío V (6). El remate del frontis está coronado por el escudo de este Papa.

En los nichos que hay a los lados del sepulcro, Sixto V con alusión a la Orden a que había pertenecido Pío V, hizo colocar a la izquierda la estatua de mármol de Santo Domingo, de Juan Bautista della Porta, y a la derecha la de San Pedro Mártir, de Juan Antonio

(1) V. Baglione, 86. Un buen diseño en el *Annuaire Pontif.*, 1915, 173.

(2) V. el *Avviso de 1.º de octubre de 1586, Urb., 1054, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. el Avviso en Orbaan, Roma, 297. Cf. Gualterio, *Ephemerides, *Biblioteca Víctor Manuel de Roma*.

(4) V. Fontana. I. 58.

(5) Baglione (65) le llama Egidio della Riviera. Cf. Orbaan, *Sixtine Rome*, 49; *Repertorio para la ciencia del arte*, XXXVII, 28, nota 36; la revista *Roma*, I (1923), 168. ;

(6) Cf. Brinckmann, *Escultura barroca*, II, 215 s. La preferencia de sucesos bélicos en los relieves tiene su origen sin duda en Catena, el cual puso también semejantes representaciones en la portada de su *Vita di Pio V*, publicada en 1586.

de Valsoldo (1). Él mismo eligió igualmente para el nicho de cada uno de los lados de su sepulcro santos de la Orden de que procedía: a la derecha San Francisco de Asís (2), y a la izquierda San Antonio de Padua.

Qué importancia dió Sixto V al sepulcro de San Pío V se ve claramente por sus consultas con el cardenal Santori (3), así como por las solemnidades que se celebraron con motivo del traslado del cadáver del gran Papa desde San Pedro a Santa María la Mayor, efectuada el 8 de enero de 1588 (4). El 11 del mismo mes asistió el Papa con 44 cardenales a una misa de difuntos, en la que él mismo dió la absolución. El discurso que entonces pronunció el secretario de breves Boccapaduli, excitó general admiración (5).

Cuando Sixto V asistió a misa en Santa María la Mayor el 30 de julio de 1589, descubrióse su estatua sepulcral todavía no enteramente terminada, trabajo de ninguna manera eminente de Valsoldo; representa al Papa en oración, arrodillado y mirando al tabernáculo (6). El ver el propio sepulcro con su estatua apenas sin duda produjo especial excitación a un hombre como Sixto V, pues desde su elevación a la suprema dignidad contaba con un breve pontificado; de ahí también la prisa febril con que activaba la ejecución de sus empresas artísticas (7).

Además de la gran construcción de carácter religioso en Santa

(1) V. Baglione, 70, 75.

(2) De Flaminio Vacca; v. *ibid.*, 67.

(3) V. Santori, Autobiografía, XIII, 177, 181. Cf. también *Audientiae card. S. Severinae al 18 y 25 de febrero de 1587, *Archivo secreto pontificio*, LII, 19.

(4) V. el *Avviso de 9 de enero de 1588, Urb., 1056, p. 12, *Bibl. Vaticana*, y el *Diarium P. Alaleonis, *ibid.* Cf. el fresco publicado por Pastor, Sisto V, tav. 25. Una poesía impresa a la traslación de Pío V en el Ottob. 2445, p. 108, *Bibl. Vaticana* Cf. Galesinus, De translatione Pii V, Romae, 1588; Gulik-Eubel, III, 54; Taccone-Gallucci, S. Maria Maggiore, 119 s. El 27 de enero de 1588 Sixto V hizo trasladar también el cadáver de F. Peretti de Santa María de los Ángeles a su capilla, y el 30 de enero de 1588 el cadáver de la madre del cardenal Montalto a la capilla del pesebre; v. los *Avvisi de 27 y 30 de enero de 1588, Urb., 1056, p. 36, 45, *Biblioteca Vaticana*.

(5) V. el *Diarium P. Alaleonis, *Biblioteca Vaticana*. Cf. el *Avviso de 13 de enero de 1588, Urb., 1056, p. 15, *ibid.*

(6) El tabernáculo llegó a colocarse por Navidad del mismo año; v. los Avvisi en Orbaan, Avvisi, 310 s. Un diseño en Pastor, Sisto V, tav. 24. Cf. R. Cecchetelli Ippoliti, La tomba di Sisto V nella Basilica Liberiana, Roma, 1923.

(7) V. Orbaan, Sixtine Rome, 44.

María la Mayor (1), no olvidó Sixto V las necesidades que tenía Roma en el aspecto profano. Ya se ha hecho mención de los grandes méritos que el Papa cuidadoso también por otra parte de la salud de los romanos (2) adquirió con sus acueductos y con la apertura de calles y plazas. Añádense aún a esto buen número de otras construcciones de utilidad, con las cuales se aseguró Sixto V una memoria agradecida en la Ciudad Eterna. A este lugar pertenece la asignación de un nuevo edificio para el monte de piedad en la Vía dei Coronari (3) y la gran casa de trabajo, edificada en 1587 junto al Puente Sixto para la supresión de la mendicidad, y dotada con 15 000 escudos de renta, en la cual podían ser ocupados 2 000 hombres y mujeres (4). No contento con esto, concibió el Papa todavía otros planes, como la erección de un nuevo mercado (5), la colocación de relojes de sol en los obeliscos (6) y la terminación del grandioso palacio comenzado en tiempo de Julio II por Bramante en la Vía Julia, en el cual debía acuñarse la moneda (7). También se restauraron los muros de la ciudad (8) y la villa Magliana (9).

Servieron para los intereses científicos la terminación de la uni-

(1) Sobre otros planes para esta basílica v. el *Avviso de 14 de junio de 1589 (*Biblioteca Vaticana*) en el núm. 34 del apéndice.

(2) Cf. Pinto, Sixto V e l'igiene di Roma, 14 s.

(3) V. el *Avviso de 1.º de enero de 1586, Urb., 1054, p. 1, *Biblioteca Vaticana*, Cf. Le Bret, Estadística, 274; Forcella, XIII, 175; Tamilia, Monte di pietà, 103.

(4) V. Vat., 9003, *Bibl. Vaticana*; Fontana, I, 70^b s., con copia de la portada y de la inscripción allí colocada. Diseño del edificio en J. Fr. Bordinus, Carmina, I, 1, 39 y Pastor, Sixto V, tav. 26. Cf. Orbaan, Conti di Fontana, VIII, 63, 68; Bonanni, I, 391; Hübner, II, 496; Lanciani, IV, 74; Arch. d. Soc. Rom., II, 227, XXIV, 52 s.; Pinto, loco cit., 19. El Papa inspeccionó por sí mismo esta primera casa de trabajo moderna; v. el Aviso de 27 de mayo de 1589 en Orbaan, Avvisi, 296. Sobre la plaga de mendigos cf. Rassegna ital., 1882, II, 197 s.

(5) V. en el núm. 21 del apéndice el *Avviso de 26 de septiembre de 1587, *Biblioteca Vaticana*.

(6) V. el Aviso en Orbaan, Avvisi, 308; cf. Sixtine Rome, 71.

(7) V. la *relación de Malegnani de 22 de abril de 1587, *Archivio Gonzaga de Mantua*, el Aviso de 24 de junio de 1587 en Orbaan, Roma, 297 y en los núms. 24 y 35 del apéndice los *Avvisi de 18 de junio de 1588 y de 1.º de julio de 1589, *Biblioteca Vaticana*.

(8) V. Nibby, Le mura di Roma, Roma, 1820, 342; Borgatti, Mura di Roma, Roma, 1890, 368; Inventario, I, 345. Cf. Arch. d. Soc. Rom., XXX, 339.

(9) V. Arch. d. Soc. Rom., XXII, 486. Una restauración del edificio de la Inquisición indica la inscripción que allí hay en el ángulo que mira al Campo Santo, la cual por desgracia no indica fecha alguna, sino sólo el nombre Sixtus V P. M. Un aumento al Palazzo del S. Offizio notabilísimo menciona Fr. Tromba en su *carta al cardenal Rusticucci de 17 de diciembre de 1588, Misc., XV, 37, *Archivio segreto pontificio*.

versidad romana (1) y sobre todo la erección de la Biblioteca Vaticana. Los locales que Sixto IV había asignado en otro tiempo a esta dependencia en el Vaticano no lejos de la Capilla Sixtina (2), se hallaban en el piso bajo y por eso padecieron mucho a causa de la humedad del suelo romano. Por eso ya Gregorio XIII concibió el plan de una traslación de la biblioteca (3). Sixto V poco después de su ascensión al trono pensó para ello en la galería del Belvedere (4), como esto había sido ya propuesto a su predecesor (5); pero después de larga deliberación resolvió en su manera grandiosa proveer a la preciosa colección de una estancia magnífica, más espaciosa y más clara, por medio de una construcción enteramente nueva.

La biblioteca de los Papas había de ser colocada en el Palacio Vaticano. Para ello se dió en la desgraciada idea de ponerla como edificio transversal en el patio gigantesco de Bramante (6), cuya grandiosa impresión quedó con esto destruída. Sixto V aprobó este plan sin duda también porque con ello quería hacer imposible de una vez para siempre la celebración de torneos, de los cuales se había celebrado uno en este patio todavía en tiempo de Pío IV (7). A semejantes diversiones mundanas en el palacio del jerarca supremo de la Iglesia era tan contrario como San Pío V.

Cuando en mayo de 1587 se comenzó por el derribo de la poderosa gradería doble por la que Bramante había unido las dos partes del patio del Belvedere, fué general el sentimiento en Roma (8). Pero pronto se avinieron a ello. Cuanto más se acercaba a su término la grandiosa nueva construcción ejecutada por Fontana, tanto mayor admiración causaba; se la alababa ahora como una de las

(1) V. en el núm. 28 del apéndice el *Avviso de 19 de octubre de 1588, *Biblioteca Vaticana*. Cf. Renazzi, III, 4; Escher, 15, nota.

(2) Cf. nuestros datos del vol. IV.

(3) V. Nollac en los *Studi e docum.*, 1884, 267.

(4) V. el *Avviso* en Orbaan, *Avvisi*, 285.

(5) V. la *memoria que hay en el *Archivio Boncompagni de Roma*, D 5, núm. 20.

(6) V. nuestros datos del vol. VI.

(7) V. vol. XVI.

(8) En el *Avviso* de 13 de mayo de 1587 publicado por Orbaan, *Avvisi*, 296, sólo está mencionado el derribo. Existe además todavía un **Avviso* de 22 de mayo de 1587, en el cual se dice: Quanto dispiace a tutta Roma la ruina del *theatro*, fusse pur bono quel loco per la *libreria* manco mal seria (las palabras de cursiva están en cifra). Urb., 1055, p. 176^b, *Biblioteca Vaticana*. Cf. también en el núm. 15 del apéndice la *relación de Malegnani de 30 de mayo de 1587, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

obras más excelentes del Papa (1), el cual había visitado los trabajos en febrero y luego otra vez en mayo del sobredicho año (2).

Fontana en la construcción de la nueva biblioteca cubrió la gran distancia entre las dos partes del patio del Belvedere, dando a su edificio transversal un piso más por el lado sur situado más bajo que por el lado norte. Los catorce aposentos del segundo piso se destinaron para los doctos, y los ocho aposentos del tercero para los conservadores o custodios. Contigua a ellos estaba la gran sala de la biblioteca, a la que una vez terminada se trasladaron los manuscritos y las obras impresas consideradas entonces casi como de igual calidad. Como se vió que la sala a pesar de su grandeza era demasiado pequeña, todavía en tiempo de Sixto V una parte de los tesoros de libros se colocó en la galería contigua por el este. La Biblioteca Vaticana, que muy frecuentemente se aumentó por la munificencia de los Papas, se ha extendido luego en toda su longitud hacia la izquierda y la derecha, hasta que, no teniendo bastante ni aun con esto, hubo de buscar aún otras salas más apartadas.

Sobre la portada de entrada de la biblioteca, en la Galería Lapidaria, se lee el nombre de su fundador. Dos inscripciones de mármol en la entrada atraen al punto la atención hacia sí. La una cuenta brevemente la historia de la biblioteca y su nueva construcción terminada en 1588, y la otra conmina con la pena de excomunión reservada al Papa el llevarse y robar manuscritos y libros (3).

(1) V. el *Avviso de 8 de febrero de 1589, Urb., 1057, *Bibl. Vaticana*. En Stevenson, 7 s. hay noticias tomadas de las cuentas del Archivo secreto pontificio sobre la construcción de la Biblioteca Vaticana.

(2) V. los Avvisi en Baumgarten, *Vulgata Sixtina*, 13.

(3) Fontana, I, 72^b s. Aquí están también reunidas con una breve descripción todas las inscripciones de los frescos. Cf. además Cicarella, *Vita Sixti V*; Bonanni, I, 428 s.; Pansa, *Della libreria Vatic.*, Roma, 1590, 34 s.; Rocca, *Bibl. Vatic.*, Romae, 1591, 3 s.; Dumesnil, *Hist. de Sixte-Quint*, Paris, 1869, 392 s. En Stevenson, *Topografía*, están copiadas de frescos: tav. 1, la coronación con la fachada del antiguo San Pedro y el Vaticano; tav. 3, el transporte del Obelisco Vaticano, la Plaza Colonna con la columna de Marco Aurelio; tav. 4, la iglesia y el palacio de Letrán antes de Sixto V y el plano de Roma, en el que se hacen resaltar las calles abiertas por Sixto V. Orbaan da en *Sixtine Rome* excelentes copias del traslado del cadáver de San Pío V (p. 43), de la toma de posesión de Sixto V (p. 91), de la galera pontificia (p. 95) y de la Plaza Colonna (p. 109). En el *Anuario de la colección prusiana de arte*, XXXVIII están diseñadas p. 197, la coronación de Sixto V, de A. Tempesta; p. 199, la vista de perfil del antiguo San Pedro y la plaza de San Pedro con el obelisco recién erigido. El ábside y la fachada de Santa Maria la Mayor en los *Mél. d'archéol.*, XXXV (1915), Pl. 1 y 2.

La gran sala de la biblioteca (Salone Sistino), que ocupa casi todo el piso más alto, ofrece una vista admirable (1). El local lleno de claridad a causa de la luz que recibe de tres lados por grandes ventanas, mide 70 metros de largo, 15 de ancho y 9 de alto. Seis poderosos pilares lo dividen en dos hermosas salas, que están cubiertas por bóvedas de crucería. Asombrado se pregunta el visitante: ¿dónde están los libros y manuscritos? Conforme a un parecer (2) de Vitruvio, que se propuso ya en tiempo de Gregorio XIII para la seguridad de estos tesoros, se los ha escondido en 46 armarios pequeños cerrados (3), los cuales, siguiendo el orden arquitectónico, han sido colocados junto a las paredes y alrededor de los pilares, y las superficies de pared que han quedado libres, están adornadas con pinturas. Éstas costaron, según demuestran las cuentas, 4 582 escudos, y todo el edificio 42 077 escudos (4). El plan trazólo el conservador de la biblioteca, Federico Rainaldi, y determinó el orden Silvio Antoniano, el cual, ayudado por Pedro Galesini, compuso también las inscripciones (5). Las pinturas las trazaron y dirigieron César Nebbia, de Orvieto y Juan Guerra, de Módena (6); para la ejecución individual admitieron gran número de colaboradores, entre ellos a Paris Nogari, Antonio Tempesta, Andrés Lilio y Buenaventura Salimbeni (7).

No solamente las superficies de las paredes, sino también todas

Recientes diseños de los frescos en Muñoz, Roma barroca, 2 s., II, 17, 23 y en Pastor, Sisto V, tav. 4, 5, 8, 9, 11, 12, 13, 15, 16, 17, 20, 25, 26, 29. No se ha advertido hasta ahora que algunos frescos han sido retocados; así se ve en la Puerta del Pueblo el escudo de Alejandro VII.

(1) V. Pastor, Sisto V, tav. 28.

(2) V. la *memoria dirigida a Gregorio XIII en el *Archivio Boncompagni de Roma*, D. 5, núm. 20.

(3) Porque los armarios de los manuscritos se prolongan mucho y sus pocas hileras están separadas entre sí por grandes espacios, nunca puede en un punto producirse un grande incendio. Por eso «sobrepuja la Vaticana, juzga Ehrle (Gaceta popular de Colonia, 1903, núm. 953), en aislamiento y seguridad de sus tesoros a todas las demás bibliotecas romanas y en general a la mayor parte de las bibliotecas que conozco».

(4) V. Lanciani, IV, 163.

(5) V. Rocca, Bibl. Vatic., 272; Mercati, Bibl. Ap. 70.

(6) Cf. Baglione, 83, 110, 151. V. también Orbaan, Conti di Fontana, VIII, 67 s.

(7) Sobre los frescos de A. Lilio y Salimbeni cf. Voss, II, 504, 518. V. también Voss, Historia de la pintura barroca, Berlín, 1925, 458, 466. El fresco del palacio de Letrán que representa el Salone Sistino durante la ejecución de las pinturas, puede verse en Pastor, Sisto V, tav. 27.

las otras partes de la sala, los pilares y la bóveda, se cubrieron con pinturas, que ilustraban dísticos latinos. El riquísimo adorno de frescos, heterogéneo tocante a su cualidad, y la clara luz dan a la célebre sala de biblioteca de Sixto V un aspecto magnífico, pero intranquilo y demasiado abigarrado. Todo el ornato es característico de la precipitada pintura de decoración que era usual bajo el pontificado de Sixto, que quería rápida ejecución de los trabajos. ¡Qué gran diferencia en comparación de las creaciones de la primera época del Renacimiento! «Al principio que presidió a la decoración del techo sixtino o de la sala de Constantino, ha sustituido un abigarrado sistema de pinturas y grutescos, que cubre de ornamentaciones las paredes y la bóveda, pero ya no se subordina rigurosamente como en tiempo de Rafael a la arquitectura, sino al contrario sirve para borrar las funciones de los miembros arquitectónicos y poner en todas las superficies un gran movimiento de líneas y colores» (1). Siendo artísticamente muy desiguales y en gran parte de poca importancia, son con todo los frescos cuanto al contenido muy interesantes. Parécense a un libro abierto de imágenes, que traslada al espectador inmediatamente al tiempo de Sixto V y le facilita una viva representación del gusto y conocimientos de aquella época. Refiérense casi todas al fin del local y a su fundador. Pocas obras de artes plásticas habrá en que los libros representan tan gran papel como en esta decoración.

Los nueve frescos de la pared de la izquierda representan las más célebres bibliotecas de todos los tiempos y países. Se ve entre otras la biblioteca de los Pisistrátidas de Atenas, la magnífica creación del primer Tolomeo: el *Museion* de Alejandría, la biblioteca de Augusto en el Palatino, las bibliotecas antiguas cristianas de Jerusalén y Cesarea, finalmente las librerías de los Papas romanos.

En la pared de la derecha dieciocho frescos ensalzan los concilios ecuménicos, comenzando por el de Nicea, y concluyendo por el de Trento. Están omitidos el segundo y tercer concilio de Letrán, y,

(1) V. Posse en el Anuario de la colección prusiana de arte, XL, (1919), 130. Cf. también Bergner, La Roma barroca, 113, el cual compara algunas representaciones con las acuarelas modernas, «un manuscrito magistralmente ligero, enteramente poco romano». Bergner cree que F. Barocci «tuvo parte de alguna manera» en el adorno pictórico de la biblioteca. V. también Friedländer, Casino de Pío IV, 103 y Muñoz, Roma barroca, 20.

lo que es ya comprensible, el sínodo de Basilea. En algunos de estos frescos se han añadido todavía escenas relativas a los respectivos concilios. Así en el Niceno la quema de libros arrianos por el emperador Constantino. En el cuarto concilio lateranense está representada la cruzada contra los albigenses emprendida por el conde Simón de Montfort a impulso de Santo Domingo, y el sueño de Inocencio III, a quien se manifiesta San Francisco de Asís como puntal de la Iglesia que bambolea, en el segundo concilio de Lyon la unión de los griegos con la Iglesia romana y el bautismo del rey de los Tártaros. En la pintura dedicada al quinto sínodo de Letrán se ve al emperador Maximiliano y al rey Francisco I de Francia (1).

En los pilares están glorificados, comenzando por Adán, los supuestos inventores de las letras y lenguas: a Abraham se atribuye la invención del caldeo, a Moisés y Esdras la invención del hebreo, y a la «reina Isis» la invención de los caracteres egipcios. A San Crisóstomo se le supone inventor del armenio, y a San Jerónimo y San Cirilo fundadores de la escritura ilírica. En el último pilar se ve a Cristo nuestro Señor, que tiene en las manos un libro abierto con el alfa y omega; la hermosa inscripción le designa como el supremo maestro y el autor de la doctrina divina. A su derecha están representados un Papa como Vicario de Cristo y un emperador como defensor de la Iglesia de Cristo.

Mucho más interesantes que esta crónica viva de la Iglesia y de las ciencias, ilustrada en todas partes con inscripciones, son los frescos que se refieren al pontificado de Sixto V. Hállanse sobre las puertas de entrada y sobre las ventanas en las lunetas de la sala principal y de las dos estancias contiguas. Todo el pontificado del constructor de la biblioteca pasa aquí ante los ojos del visitante (2). Vese la coronación de Sixto V, la toma de posesión de Letrán, el llamado *Possesso*, la procesión del jubileo desde Araceli a Santa María la Mayor en la inauguración de su reinado y la traslación del cadáver de San Pío V. Una alegoría del castigo de los bandoleros, así como la gran galera construída para la seguridad de las costas no faltan naturalmente. Es de especial interés la pintura de la toma de posesión, que muestra al Papa sobre la blanca hacanea, seguido de

(1) V. Fr. Pistolesi, *I concili ecumenici illustrati, con riproduzione degli affreschi della Biblioteca Vatic. e prefazione di L. de Pastor*, Montalto Marche, 1925.

(2) Cf. arriba, pág. 244, nota 3.

los dos príncipes japoneses; se ve aquí el estado de entonces del Capitolio y el de Letrán antes de las grandes reconstrucciones de Sixto V. De muy gran valor es también la pintura de la coronación para el conocimiento de la nueva construcción de San Pedro, la cual entonces ya predominaba a la antigua basílica, aunque la cúpula no estaba sino medio terminada. Dos frescos enaltecen la solicitud del Papa por abastecer a Roma de víveres y el restablecimiento de la moralidad en la Ciudad Eterna. Extraordinariamente preciosas son las representaciones de las empresas arquitectónicas del gran Papa. En ellas aparecen muchos monumentos y partes de la ciudad en su forma anterior, tan extraordinariamente pintoresca, animadas por escenas del tráfico de las calles. Así se ve en los frescos dedicados a los obeliscos el estado antiguo de las plazas de San Pedro, de Santa María la Mayor, Santa María del Pueblo y San Juan de Letrán. En el fondo de la pintura que representa la Plaza Colonna (1), aparece una parte considerable de la ciudad de entonces. Siguen después las columnas de Trajano y Marco Aurelio adornadas con las estatuas de los príncipes de los apóstoles con sus alrededores de entonces, el hospicio de los pobres, la fuente Félix y la capilla del pesebre. Un pintoresco plano de la Roma de Sixto V ofrece una clara vista de las calles nuevamente abiertas. Son también interesantes para la topografía de Roma las representaciones de San Jerónimo y de la Escala Santa, de la casa de los pobres, de los colosos del Quirinal y de la fuente del Capitolio. Otros frescos se refieren a la ornamentación de Loreto y Montalto, al nuevo acueducto de junto a Civitavecchia, a la desecación de las Lagunas Pontinas y al tesoro del castillo de San Ángel. Una especial representación con inscripción característica (2), está dedicada al transporte del obelisco. Otra, puesta enfrente directamente de ésta, muestra la basílica de San Pedro en su terminación según el plano de Miguel Ángel (3). Dos frescos

(1) V. Pastor, *Roma a fines del Renacimiento*, lámina 82.

(2) *Saxa agit Amphion, Thebana ut Moenia condit,
Sixtus et immensae pondera molis agit.
Saxa trahunt ambo longe diversa sed arte,
Haec trahit Amphion, Sixtus et arte trahit.
At tantum exsuperat Dircaeum Amphiona Sixtus,
Quantum hic exsuperat caetera saxa lapis.*

En Fontana, I, 83.

(3) V. Pastor, *Sisto V*, tav. 29. Sobre la representación de San Pedro en la medalla para la erección del Obelisco Vaticano v. Frey, *Estudios de Miguel Ángel*, Viena, 1920, 119.

recuerdan la canonización de San Diego de Alcalá y la elevación de San Buenaventura a doctor de la Iglesia. Los demás Padres y doctores de la Iglesia están figurados en pilares. Como había mucho lugar y ningún sitio debía quedar sin ser pintado, colocáronse también todavía otras numerosas representaciones. Así la retórica se sensibiliza por Cicerón, la historia por Livio, la aritmética por Pitágoras, la geometría por Euclides, la física por Aristóteles, la política por Justiniano, la economía por Jenofonte, la astronomía por Tolomeo, la lógica por Zenón, la gramática por Donato, la poesía por Virgilio, la música por Boecio, la ética por Platón y la teología por el maestro de las sentencias, Pedro Lombardo.

También el techo está riquísimamente adornado con oro, estuco, grutescos y otras pinturas, entre las cuales también hay paisajes y las iglesias en que se celebraba estación. Aquí como en otras partes se han colocado numerosas alusiones a Sixto V: muy frecuentemente se ven el león y los demás emblemas heráldicos así como la divisa del fundador. Vigorosas son las figuras de algunos ángeles, que miran desde arriba, teniendo libros abiertos en las manos.

Fuera de estos frescos contiene también la biblioteca junto a la salida un cuadro al óleo, que pertenece al número de los mejores retratos de Sixto V. El Papa, rodeado de sus nepotes Miguel Peretti y el cardenal Montalto, así como del cardenal bibliotecario Antonio Carafa y algunos empleados de la biblioteca, entre ellos Federico Rainaldi, está sentado en un sitial, mientras Fontana le presenta el plano de la biblioteca (1).

Siempre será un especial título de gloria de Sixto V el haber procurado los más brillantes locales de biblioteca que el mundo conoce, para la más preciosa de todas las colecciones de manuscritos (2).

Los pintores ocupados en la decoración de la Biblioteca Vaticana fueron empleados también muchas veces para la ornamentación

(1) Es copia excelente la portada de la *Sistine Rome* de Orbaan (89). Éste atribuye el cuadro, designado antes las más de las veces como trabajo de Escipión Pulzone, así como Bessoni-Aureli (*Dizion. de' pittori ital.*, Città di Castello, 1915, 248) y Muñoz (Roma, 20) a Pedro Facchetti, a quien mencionan las antiguas guías de Roma. Sobre Facchetti cf. el artículo sobre Elsheimer en la *Crónica de arte*, 1910, núm. 32. V. también el *Anuario de la colección prusiana de arte*, XLIV, 118.

(2) Juicio de Durm, *Manual de arquitectura*, 347, quien hace notar todavía que la Vaticana no es sobrepujada en belleza y valor artístico sino por la biblio-

del Palacio Vaticano (1). Tomás Laureti, maestro de perspectiva en la Academia de San Lucas, que ahora desplegaba su verdadera vida (2), terminó allí los frescos del cielorraso de la sala de Constantino, comenzados con nuevo gusto en tiempo de Gregorio XIII (3). El cuadro principal, el destronamiento de los dioses gentílicos por el emperador Constantino, característico del concepto que tenían entonces de la antigüedad, ya satisfizo poco a los contemporáneos: se ve el interior de una iglesia con un ídolo que yace hecho pedazos ante un crucifijo. El conjunto se asemeja demasiado a una ilustración para un manual de perspectiva (4). En los ángulos hizo el Papa pintar cuatro empresas, un león, tres montes con la estrella, San Francisco de Asís y la navicilla de Pedro con Cristo nuestro Señor junto al timón (5).

Fontana construyó también una nueva escalera grande decorada con frescos, la cual conducía del Vaticano a San Pedro, y efectuó en el Vaticano diversas restauraciones (6).

En la primavera de 1589 resolvió el Papa, como ya lo había proyectado en 1586 (7), a hacer edificar por Fontana frente al antiguo Palacio Vaticano al lado este del patio de San Dámaso una nueva residencia según el gusto y las necesidades de aquella época. En esta

teca de la catedral de Sena, construida por encargo del cardenal Piccolomini, posteriormente Papa Pío III (cf. nuestros datos del vol. VIII). Con verdad dice Orbaan (*Sistine Rome*, 78) de la Vaticana de Sixto V: It is one of the monuments of Sistine Rome, which bear the characteristics of this Pope's taste in its most appealing form. Blume (*Iter ital.*, III, Halle, 1830, 80) hace observar que la Vaticana en gran parte no tiene «que agradecer los espléndidos donativos voluntarios del siglo XVI sino a los magníficos locales que hizo construir Sixto V, los cuales dan fianzas de orden y seguridad».

(1) Cf. Lanciani, IV, 163.

(2) Cf. Missirini, *Mem. d. Rom. Accad. di S. Luca*, Roma, 1823, 23 s.; Hoogewerff, *Bescheiden en Italie*, Haag, 1913, 6. V. también Schlosser, *Materiales para el conocimiento de las fuentes de la historia del arte*, VI, Viena, 1919, 54.

(3) Cf. Barbier de Montault, II, 55.

(4) V. Baglione, 68 s.; Posse en el *Anuario de la Colección prusiana de arte*, XI, (1919), 132 s. Cf. Voss, II, 572.

(5) V. el *Avviso* en Orbaan, *Avvisi*, 284.

(6) V. Fontana, I, 5, 88, 89^b; Orbaan, Roma, 290 y Conti di Fontana, VII, 422 s., 424, VIII, 59. El nombre de Sixto V está también sobre la pequeña puerta de la Estancia de Eliodoro.

(7) *Si dice che S. B. voglia in ogni modo abbellire il Vaticano et rimediare con abbassare il colle et riempire il piano accio non vi sia piu quell'aria cattiva et stendersi con la fabrica delli corritori verso la piazza sui fondamenti di Nicola. V. *Avviso* de 1.º de noviembre de 1586, Urb., 1054, *Biblioteca Vaticana*.

grandiosa construcción erigida sobre un terreno escarpado y difícil eran motivos determinantes no solamente el deseo de gozar desde sus ventanas de la vista completa de la ciudad y la plaza de San Pedro adornada con el obelisco, sino más todavía respetos higiénicos: se había demostrado que los aposentos del antiguo Vaticano situados al norte eran insalubres, los nuevos al contrario daban completo acceso a la luz solar tan importante en Roma para la salud, y eran también mucho más sanos por su elevada situación (1). La construcción comenzada al punto en grandiosa medida forma un rectángulo algo prolongado, que incluye un patio y se apoya en la torre maciza de Nicolás V. La fachada dirigida hacia el sur muestra casi exactamente el esquema del palacio de Letrán. El nuevo Vaticano, cuyo carácter serio se aumenta por el empleo de ladrillos sin revoque en las superficies de las paredes (2), adelantaba a la verdad muy activamente, pero con todo no llegó a terminarse en vida del Papa (3).

Así sucedió que Sixto V pasó sus últimos días en el Quirinal. El palacio comenzado allí por Gregorio XIII hizolo terminar el cardenal Este (4). Sixto consideraba al cardenal como a poseedor (5), tanto más cuanto éste era arrendatario de la finca, que pertenecía aún a los Carafas. En julio de 1586 aceptó la invitación que le hizo el cardenal, de cambiar el Vaticano situado en paraje insalubre y caluroso por las oreadas alturas del Quirinal (6). Cuando murió el cardenal Este en 30 de diciembre de 1586, en seguida nació en Sixto V la idea de adquirir la hacienda del Quirinal (7). Después que se hubo efectuado la venta en la primavera de 1587 (8), comenzó al punto una viva actividad en la nueva quinta ensanchada por medio de com-

(1) Cf. la inscripción en Taja, Descriz. del Palazzo Apost. Vaticano, Roma, 1750, 492; Fontana, I, 5; Maffei Hist., 3; Orbaan, Sixtine Rome, 102, 202 s.; Ehrle, La grande veduta Maggi-Mascardi del tempio e palazzo Vatic., 112. V. también la *carta de Sixto V al gran duque de Toscana de 16 de noviembre de 1586, en la que dice el Papa: Questa indispositione crediamo che habbiamo fatta dall'aere temperato di Montecavallo a questa di S. Pietro ch'è humido *Archivio pubblico de Firenze*, Medic. 3715.

(2) Cf. Fontana, II, 11 s.; Gurlitt, Estilo barroco, 216; Letarouilly, Vaticana, II, láminas 28 y 29.

(3) Cf. el *Avviso de 23 de junio de 1590, Urb., 1058, *Biblioteca Vaticana*.

(4) Cf. el Avviso en Orbaan, *Avvisi*, 284.

(5) V. el *Avviso de 8 de mayo de 1585, Urb., 1053, p. 199^b, *Biblioteca Vaticana*.

(6) V. el *Avviso de 9 de julio de 1586, Urb., 1054, p. 273^b, *ibid*.

(7) V. el *Avviso de 7 de enero de 1587, Urb., 1055, p. 4, *ibid*.

(8) V. Lanciani, IV, 97 s. Cf. Arch. Rom., II, 227; Orbaan, *Avvisi*, 294.

pras. Terminóse la parte del edificio que hay junto a la Via Pía, la plaza del Quirinal se ensanchó y adornó con la colocación de las colosales estatuas de los Domadores de caballos y proyectóse la erección de un surtidor (1). Director de los trabajos fué también aquí Fontana (2).

Cuando Sixto V habitó en junio de 1587 el palacio del Quirinal, sus locales eran todavía tan reducidos, que en un consistorio allí celebrado algunos cardenales hubieron de estar en pie (3). Aunque los trabajos se continuaron con gran ardor, con todo no llegaron a concluirse. Pero se aceleraron hasta tal punto, que el Papa en junio de 1590 pudo ofrecer allí morada a los cardenales que le rodeaban más de cerca (4). Como en el año precedente, así también a principios de mayo de 1590 se trasladó al palacio del Quirinal (5), donde el 27 de agosto le alcanzó la muerte.

Se ha calificado con verdad de prodigiosa y gigantesca la actividad arquitectónica que Sixto V desplegó en Roma con poderosa energía durante sus solos cinco años de reinado (6). Muy comprensible se hace esta labor, si se la relaciona con la restauración católica. Las ideas de esta época, el notabilísimo impulso que dió entonces la política de la Santa Sede a todo lo grande, se refleja en las monumentales creaciones de Sixto V, cuyo protectorado de las artes recuerda el genio grandioso de Julio II (7). Como Róvere, así también Sixto raras veces permanecía en la línea media. Sólo trabajos extraordinarios le complacían. Como fácilmente se dejaba llevar de ímpetus, quería ver sus ideas convertidas inmediatamente en obras. Sus arquitectos siempre trabajaban para él demasiado despacio (8). A pesar

(1) Cf. Fontana, I, 87^b, 100; Pastor, Sixto V, tav. 10; Rodocanachi, *Antichità di Roma*, París, 1912, 37; Gurliitt, *Estilo barroco*, 216. V. además las *relaciones de Malegnani de 29 de abril, 20, 24 y 27 de junio de 1587, *Archivio Gonzaga de Mantua*, el *Avviso de 10 de junio de 1587, Urb., 1055, p. 208^b, *Biblioteca Vaticana*, en el núm. 20 del apéndice el *Aviso de 19 de septiembre de 1587, *ibid.*, y el Avviso de 16 de abril de 1588 en Orbaan, *Avvisi*, 304; cf. Sixtine Rome, 256 s.

(2) Cf. M. de Benedetti, *Palazzi e ville reali d'Italia*, I, Firenze, 1911, 16 s.

(3) V. la *relación de Malegnani de 10 de junio de 1587, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(4) *Acta consist. de 18 de junio 1590, *Biblioteca Vaticana*.

(5) V. los *Avvisi de 3 de junio de 1589 y 22 de abril de 1590, Urb., 1057, p. 322 y 1058, p. 197. *Biblioteca Vaticana*

(6) V. Hübnér, II, 124. Cf. Lanciani, II, 236 y N. Toscanelli en la N. Antología, CLIV (1911), 276.

(7) V. Tietze en el Anuario de la Colección prusiana de arte de la casa imperial de Austria, XXVI, 51.

(8) V. el *Avviso de 24 de febrero de 1590, Urb., 1058, *Biblioteca Vaticana*.

de importantes rebajas que hacía en las cuentas (1), las sumas empleadas subieron hasta fines de 1589 a un millón de escudos (2), sin incluirse los gastos para San Pedro.

Según el respecto artístico la actividad febril que Sixto exigía como mecenas, ofrece ciertamente motivo a una justa crítica (3); a pesar de lo cual le queda el mérito de que, aunque faltaban grandes maestros, continuando con energía de antiguo romano las tradiciones gloriosas del protectorado pontificio tocante a las artes, introdujo el movimiento artístico del barroco para Roma y señaló como modelo esta dirección a sus sucesores. A él debe la Ciudad Eterna aquel sello de seria y monumental grandeza y majestad, que, perfeccionado por los grandes Papas del siglo XVII, en unión con el marcado realce del carácter espiritual dió por tres siglos a la residencia de los sucesores de San Pedro aquella cualidad especial, que la hizo campear sobre todas las otras capitales del mundo (4). A esta exterior transformación correspondía la interior, que había obrado la restauración católica (5).

(1) Cf. los datos de los libros de cuentas de Fontana respecto a la restauración de la columna de Trajano en el *Bullett. d. Commiss. Archeol. Comun.*, 1896-1897. V. también Bertolotti, *Art. Lomb.*, I, 220.

(2) Exactamente: 1 002 245 Scudi, 15 $\frac{1}{2}$ Bol.; v. Bertolotti, *Art. Suizzeri*, 13 s. y *Art. Lomb.*, I, 75 s. Cf. Gritti en Hübner, II, 497; Stevenson, 6 s., 26. Müntz (III, 244) calculó que esta suma correspondía en 1895 a unos cinco millones de francos. El dato de Paruta de más de cuatro millones de escudos (en Albèri, II, 4, 410) es una exageración. Datos particulares de los Libri I-XI de los Conti del cavalier Domenico Fontana, architetto di N. S., conservados antes en el Archivo público de Roma, y ahora en el *Archivio segreto pontificio*, los cuales comienzan por el 24 de agosto de 1585, dió Orbaan en el *Bollett. d'arte*, VII, 422 ss., VIII, 59 ss.; cf. *Sistine Rome*, 171 s. Según ellos costaron el Agua Félix 255 341 escudos, la capilla del pesebre en Santa María la Mayor casi 90 000, la erección del obelisco vaticano 37 000, la Biblioteca Vaticana 38 000, la erección del obelisco de Letrán 24 611, la erección del obelisco en la Plaza del Pueblo 10 337, la erección del obelisco de Santa María la Mayor 3 000, el hospicio de los mendigos y el palacio del Quirinal 31 500 cada uno, la logia lateranense de la bendición 11 000, el palacio de Letrán más de 30 000, la restauración de Santa Sabina 717, la escalera del Vaticano a San Pedro más de 600, la villa Montalto 30 000. Para diversas calles están sentados en cuenta 12 000 escudos.

(3) V. Kallab en el Anuario de la colección de arte de la casa imperial de Austria, XXVI, 276 y Voss, I, 6, II, 431.

(4) V. Lanciani, *Sulle vicende edilizie di Roma*, Roma, 1878, 41. Cf. Müntz, III, 243 s.; Escher, 12; Orbaan, *Sistine Rome*, 173 s.; D. Angeli en la N. Antología, CXX (1905), 21. El ejemplo de Sixto V influyó también en los planes de Enrique IV respecto de París; v. Lavissee, VI, 2, 479.

(5) Cf. las *Raggioni per i collegii, p. 28, *Archivio de la Propaganda de Roma*.

Los contemporáneos cerraban los ojos al bajo nivel del arte de aquella época de transición (1); en sus relaciones resuena sólo la voz de incondicional admiración de la nueva Roma creada por Sixto V (2). «Roma felix, ¡oh Roma afortunada!», exclama Catervo Foglietta al final de su descripción de las obras de Sixto V (3). Dice el embajador veneciano Paruta, que el que ve las muchas y extraordinarias obras de Sixto V: los largos acueductos y fuentes públicas, las calles, palacios e iglesias, apenas podrá creer, que todo esto se ha hecho en tan poco tiempo (4). Nada menos que Tasso alabó los méritos del «gran Sixto» en inspirados versos (5), los cuales no parecen redundantes, si se considera que desde el tiempo de los emperadores romanos no se habían efectuado en la Ciudad Eterna transformaciones tan extraordinarias y radicales. Por manera ingeniosa expresó sus sentimientos el abad benedictino Ángel Grillo, escribiendo a Alejandro Spínola poco después del fallecimiento de Sixto V: «Estoy en Roma y apenas puedo creerlo; tantas cosas nuevas hallo en edificios, calles, plazas, fuentes, acueductos, obeliscos y tantas otras maravillas con que Sixto V de gloriosa memoria ha embellecido la antigua y ruinosa ciudad. De la Roma anterior que dejé hace diez años, apenas hallo vestigio, y así juzgaría también usted, si viese la ciudad en su nuevo ropaje. Si yo fuera poeta, diría que los miembros enterrados y esparcidos en la campaña, excitados por el son

(1) En este respecto hace observar muy bien D. Angeli: Quel periodo fu, più d'ogni altro, un periodo di transizione. Posto fra gli ultimi aneliti del Rinascimento e i primi vagiti del grande secolo barocco, non sentiva più la grandezza del Buonarroti, nè aveva ancora l'impeto e la passione di Gian Lorenzo Bernini. I suoi artisti — pittori e scultori soprattutto — parteciparono di quella incertezza e di quella stanchezza, producendo un arte corretta, ma freddissima, abile, ma senza sentimento (L'Istituto Massimo, Roma, 1904, 10). Cf. también la severa crítica de Muñoz (Roma barroca, 10 s., 18 s.), el cual con todo pone el arte de aquel tiempo en una relación con la contrarreforma, que no me parece justificada.

(2) V. el *epigrama de Julio Roscio De nova Rom. urbe sub Xysto V P. M., Vat. 5531, *Bibl. Vaticana*; Paruta, *Relazione*, 410; *carta de Fr. Tromba al cardenal Rusticucci, fechada di casa 19 Dicembre 1588, *Miscell., Arm., XV*, 37, *Archivio segreto pontificio*.

(3) *Lettera de 10 de mayo de 1587, en el *Ottob.* 568, *Biblioteca Vaticana*.

(4) Paruta, *Relazione*, 410. Cf. también Andreae Baccii Elpidiani, *civis Romani*, apud Sixtum V P. M. medici De Thermis libri septem, Romae, 1622, 373.

(5) Quante le stelle in ciel, in mar l'arene

Tanti sono del gran Sisto i meriti e i pregi.

Tasso, *Opere*, II, 560.

de trompeta del gran pontífice, obedeciendo a su voz, se han despertado del sueño de mil años, y cual nueva fénix por la virtud de esta salamandra se ha levantado como de sus cenizas una nueva Roma» (1).

A esta nueva Roma dió también Sixto V su nueva marca con la terminación de la gigantesca cúpula de San Pedro.

Por más que Sixto V muchas veces se había apartado en otras cosas de las disposiciones de su predecesor, en la nueva construcción de San Pedro no hizo ninguna mudanza: la dirección permaneció en las acreditadas manos de Jacobo della Porta (2). Ante todo ocupó a éste el apartamiento del coro provisorio de Bramante y la construcción de la tribuna del nuevo (3). Qué aspecto ofrecían al principio del reinado de Sixto V la antigua y la nueva basílica, que todavía estaban una al lado de la otra, muéstralo el fresco de la gran sala de la Biblioteca Vaticana. Los monumentos de los tiempos pasados tampoco ahora hallaron ningún respeto; en 1586 fué destruído el sepulcro de Calixto III (4).

En el verano de 1586 la adquisición de los fondos necesarios originó dificultades; pero Sixto V supo vencerlas (5). Ya entonces instó la terminación de la cúpula de Miguel Ángel (6), la cual hasta ahora no se habían atrevido a acometer a causa de las dificultades anejas a la ejecución de semejante obra gigantesca; pues la abertura en el cilindro sube a 42 metros. Generalmente se juzgaba en Roma, que para la ejecución se requerían por lo menos diez años y un millón

(1) V. Lettera dell'abate Angiolo Brillo pubbl. p. Pietro Petracchi, Venezia, 1608, 379.

(2) *Giacomo della Porta hora tiene il primo luogo poiche ha la cura della fabrica di S. Pietro e quella delle fabriche del popolo Romano, notifica C. Capilupi en 6 de septiembre de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Cf. los documentos editados por O. Pollak en el Anuario de la Colección prusiana de arte, XXXVI, 69 s. y Frey, Planta de San Pedro por Bramante, Viena, 1915, 69. Un diseño de San Pedro de 1585 con el coro provisorio de Bramante en el Arch. d'arte, VI (1893), 125.

(4) Cf. Lanciani, IV, 160 s. Ibid., 162 sobre la nueva ornamentación de la Capilla Gregoriana por Sixto V. Cómo los antiguos monumentos de San Pedro andaban rodando sin ningún cuidado, describelo A. Buchelio en su relación de viaje publicada en el Arch. Rom., XXIII, 56. Cf. también Grisar, I, 432 y el Avviso en Orbaan, Avvisi, 296. El descubrimiento del sepulcro de Cendwalla describelo una relación de 1588, en De Rossi, Inscript., II, 288.

(5) Cf. en el núm. 7 del apéndice el *Avviso de 30 de julio de 1586, *Biblioteca Vaticana*.

(6) V. el *Avviso de 23 de agosto de 1586, Urb., 1054, *Biblioteca Vaticana*

de ducados (1), y que semejante empresa no podía terminarse durante *un solo* pontificado. Pero Sixto V no se acobardó más por la magnitud de esta obra que en la construcción del acueducto con que da comienzo a su reinado. Como en la erección del obelisco vaticano las dificultades no hicieron sino espolearlo todavía más. En otoño pudo notificar el embajador veneciano, que se había tomado la resolución de llevar a efecto el cubrir con bóveda la cúpula (2). Ya en enero de 1587 deliberaba el Papa con mucho ardor con los ingenieros y arquitectos (3). Con todo, un año más tarde no se había decidido nada todavía; pero se decía que el Papa quería que los trabajos comenzasen a principios de febrero (4). Sin embargo fué a mediados de julio de 1588, cuando se empezó a poner mano a la grande obra, veinticuatro años después de la muerte de Miguel Ángel (5). Preparáronse ahora los fondos; en adelante el Papa se hacía dar cuenta diariamente de la grande empresa (6).

La opinión de que Jacobo della Porta no siguió enteramente el plano de Miguel Ángel en la disposición de la línea exterior de la cúpula, ha sido impugnada (7), pero sin razón. Sobre la base de la minuciosa descripción de Vasari, de los grabados de Du Pérac y de las medallas contemporáneas de Papas se pueden establecer las mudanzas introducidas por Porta. Refiérense al peralte de la cúpula, a las lucarnas y a la linterna (8).

(1) V. Bonanni, *Numismata*, 76.

(2) V. la *carta de Gritti de 25 de octubre de 1586, *Archivio público de Venecia*.

(3) V. el *Avviso* de 21 de enero de 1587 en Orbaan, *Avvisi*, 291.

(4) V. el **Avviso* de 23 de enero de 1588 (Sixto V quiere que a principios de febrero con ogni sollecitudine si attenda alla perfettione della cuppola della chiesa Vaticana), Urb., 1056, p. 30, *Biblioteca Vaticana*.

(5) Cf. las cuentas que comienzan por el 21 de julio de 1588, las cuales Orbaan ha publicado en el *Anuario de la Colección prusiana de arte*, XXXVIII, cuaderno suplementario (1917), 189 ss., tomándolas del Archivo de la Fábrica de San Pedro, y completado con ilustraciones y dibujos contemporáneos, que hacen ver la gradual elevación de la obra. Aquí, p. 207, se ha utilizado también el pasaje de Grimaldi, según el cual la construcción se comenzó el 15 de julio de 1588.

(6) V. la carta publicada por Orbaan en los *Mél. d'archéol. et d'hist.*, XLII (1925), 111 s. Cf. además Bonanni, *Numismata*, 76; el **Avviso* de 20 de julio de 1588 (*Biblioteca Vaticana*) en el núm. 25 del apéndice; Rocca, *App. Bibl. Vat.*, 418.

(7) Cf. Geymüller, *Diseños originales*, 244; Durm, *La cúpula de la catedral de Florencia y la cúpula de la iglesia de San Pedro de Roma*, Berlín, 1887 (de la *Revista de arquitectura*); Mackowsky, *Miguel Ángel*, 339.

(8) Más pormenores dará Dagoberto Frey, cuyas bondadosas indicaciones sigo aquí.

Como en todas sus empresas arquitectónicas Sixto V instó también la acelerada ejecución de la obra de cubrir con bóveda la cúpula. Fundamentó esto en agosto de 1588 con las palabras características de que se habían de terminar aún otras grandes obras (1). En 22 de diciembre de 1588 se dió comienzo a este trabajo descomunal (2). Jacobo della Porta, ayudado por Fontana (3), hizo todos los esfuerzos posibles para satisfacer los anhelos del Papa. Desde marzo de 1589 800 obreros (4) estuvieron trabajando día y noche, aun en los días de fiesta, exceptuados sólo los domingos. Parecía como si el Papa hubiera tenido un presentimiento de su cercano fin. Pero esperaba ver aún la conclusión. Los progresos que hacía la obra, eran asombrosos y tan grandes, que se contaba con la terminación para Navidad de 1590 (5). Sixto mismo juzgaba aún con más vivo optimismo: en noviembre de 1589 expresó la esperanza de poder decir la primera misa debajo de la nueva cúpula dentro de algunos meses (6). Si hubiera tenido más larga vida, el enérgico Papa habría ejecutado su intento de erigir también la nueva fachada de San Pedro (7).

El 12 de mayo de 1590 pudo notificarse desde Roma: «Nuestro señor el Papa Sixto V para gloria suya imperecedera y para confusión de sus predecesores ha terminado la gran obra de embovedar la cúpula de San Pedro». El 14 de mayo de 1590, espléndido día primaveral, después de una misa solemne de acción de gracias en San Pedro se puso en la cúpula la última piedra, a la que se dió el nombre de Sixto V y que fué antes bendecida de intento (8). Fué un día glorioso para el anciano Jacobo della Porta; sólo un romano, así se juzgaba, ha podido ejecutar semejante obra, que ha oscurecido hasta las hazañas de los antiguos (9). En una glorificación poé-

(1) *Il Papa sollecita la fabrica di S. Pietro dicendo che restano altre grande opere da farsi ancora. Avviso de 24 de agosto de 1588, Urb., 1056, p. 367, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. Grimaldi publicado por Orbaan en el Annario de la Colección prusiana de arte, XXXVIII, 207. Cf. Stevenson, 17.

(3) V. Fontana, I, 5, 88.

(4) V. Rocca, 417.

(5) V. en los núms. 22 del apéndice del vol. XXI y 33 de este volumen los *Avvisi de 15 de marzo y 26 de abril de 1589, *Biblioteca Vaticana*.

(6) V. el Avviso de 1.º de noviembre de 1589 en Orbaan, Avvisi, 310.

(7) Cf. Stevenson, 22.

(8) V. los Avvisi de 12 y 19 de mayo de 1590 en Orbaan, Avvisi, 311 s.; cf. Sixtine Rome, donde con todo la fecha (19 de mayo) es falsa. V. también Bonanni, Numismata, 77.

(9) V. Baglione, 76.

tica de los hechos de Sixto V publicada entonces Vicente Robardo dedicó inspirados versos a la cúpula (1). Ángel Rocca la alabó como única en el mundo en su obra sobre la Biblioteca Vaticana (2). A pesar del calor del verano continuóse trabajando. Así pudo Sixto todavía antes de su fallecimiento admirar desde el palacio del Quirinal la más hermosa y soberbia línea de perfil que jamás ha llegado a ejecutarse en arquitectura. Faltaba sólo entonces el revestimiento de plomo, el mosaico interior y la linterna (3).

En la historia de la basílica de San Pedro se reflejan también las vicisitudes del Papado en los tiempos modernos. Comenzada la víspera de la gran escisión que separó extensos territorios de Europa del centro de la unidad, paralizáronse los trabajos de construcción a consecuencia de la borrascosa situación de los tiempos, para volverse a avivar vigorosamente desde que se entabló la reforma interior de la Iglesia en tiempo de Paulo III. Mientras el concilio de Trento volvía a afianzar y unificar y purificar la Iglesia hondamente sacudida, también la nueva basílica de San Pedro se levantaba cada vez más poderosamente bajo la sacrificada dirección de Miguel Ángel. Después que se salió al cabo con la reforma eclesiástica en el sur de Europa y también en la otra parte de los Alpes quedó de nuevo asegurada la subsistencia de la antigua fe en Alemania, los Países Bajos y Francia, la victoria de la Iglesia halló también su expresión en el arte. La maravilla de la arquitectura llegó a su término ideal con el Panteón elevado a los aires. Al más enérgico de los Papas de la restauración católica fuéle dado satisfacer los anhelos de los artistas del Renacimiento y terminar la obra mayor y más importante de Miguel Ángel (4). Libre y ligera como un globo celeste se levanta la cúpula colosal con la solemne majestad de una dominadora del mundo en el radiante azul del cielo meridional. No hay palabras que puedan describir la nobleza, la armonía y el poderoso esfuerzo de ascensión de esta construcción quizá la más atrevida de todos los siglos. En cada tiempo del año y del día presenta la cúpula de San Pedro nuevas bellezas: ya la alumbra la primera luz de la mañana o la ardorosa luz del mediodía, ya el sol poniente al traspasar el hori-

(1) *Tollitur aetherias tholus admirandus in auras, etc.*

V. Robardi Sixti V gesta quinquennalia, Romae, 1590. Cf. también la poesía de Silvio Antoniano en Tempesti, II, 25.

(2) Rocca, 417.

(3) Cf. Orbaan, Avvisi, 312.

(4) V. Durm, *Arquitectura del Renacimiento*, 496.

zonte ilumine las ventanas de su tambor, o ya la sombreen negras nubes de lluvia o tempestad. Aun entonces encanta de un modo peculiar, cuando el cielo plumizo del siroco se extiende sobre la Ciudad Eterna. Muéstrase sin duda con la mayor hermosura, cuando en la primavera después de un día de lluvia el aire se ha esclarecido, el sol que tramonta detrás del Janículo, tiñe de rojo sanguíneo el firmamento, hasta que las casas y las iglesias se van hundiendo lentamente en la oscuridad, brillan las primeras luces y la potente masa resalta clara y distintamente sobre el cielo sembrado de estrellas centelleantes.

Como la cúpula de San Pedro es la obra más hermosa, así es también la mayor que presenta la Roma Eterna. Desde cualquier punto de vista produce una impresión grandiosa, así desde el Pincio y el Janículo como desde los palacios de los Césares. Contemplada desde las alturas de los collados albanos, sobresale entre todos los edificios de Roma, dominándolos ella sola. Dondequiera que se more en la inmensa campaña melancólica, desde todas partes se ve la cúpula de San Pedro. Cuando todos los palacios e iglesias, torres y colinas han desaparecido, se ve flotar en los aires siempre todavía grande y alta esta obra portentosa.

Al ser la cúpula de San Pedro una señal regia de la ciudad de las siete colinas que lleva al viajero el primero y el último saludo de la residencia de los Papas, es a la vez un símbolo de la Iglesia universal y de su centro el papado. Con su círculo de columnas que majestuosamente la rodean, adorna como con una gran corona el sepulcro del pescador de Galilea. La palabra del divino fundador de la Iglesia dirigida al príncipe de los apóstoles, el primer Papa, ha destronado al Júpiter del Capitolio y a los emperadores del Palatino, y ha elevado a los poseedores de la Silla de San Pedro a gobernadores de un Imperio universal espiritual que siempre se renueva, al cual está asegurada una existencia sin ocaso. Poderosamente siente esto el peregrino de Roma, cuando arrodillado junto a la augusta tumba, levanta su mirada a la cúpula bañada de torrentes de luz. Sobre la intersección de la nave está en mosaico de oro el título de la fundación del papado: Tu es Petrus, y en lo alto de la linterna brillan, igualmente en mosaico de oro, estas palabras: Sancti Petri Gloriam Sixtus Pontifex Maximus V Anno 1590.

La más hermosa de todas las cúpulas que ha creado la mano del hombre siendo artísticamente un monumento del primer tiempo

del Renacimiento, que llegó a su término en medio de la restauración católica por el renovado entusiasmo religioso de la misma, ha sido para todos los tiempos un símbolo incomparable de la antigua Iglesia rejuvenecida después de la tormenta de la escisión de la fe, y de su incesante solicitud por la propagación del reino de Cristo entre todos los pueblos de la tierra.

LIBRO SEGUNDO

Urbano VII, Gregorio XIV e Inocencio IX

(1590-1591)

del Renacimiento, que llegó a su término en medio de la restauración católica por el renovado entusiasmo religioso de la misma, ha sido para todos los tiempos un símbolo incomparable de la antigua Iglesia rejuvenecida después de la tormenta de la escisión de la fe, y de su incesante solicitud por la propagación del reino de Cristo entre todos los pueblos de la tierra.

LIBRO SEGUNDO

Urbano VII, Gregorio XIV e Inocencio IX

(1590-1591)



I. Las elecciones pontificias del año 1590. Urbano VII y Gregorio XIV

I

Con férrea severidad había cuidado Sixto V en su país de la tranquilidad y el orden; cuando murió, hiciéronse sentir al punto de nuevo los malos elementos. Aunque gracias a la precaución de los cardenales el tiempo de la sede vacante no fué tan malo como se temió al principio, con todo no faltaron graves excesos. La gran multitud de gente forastera que se hallaba en Roma, originó además notable falta de víveres (1).

Luego en la primera congregación los cardenales confirmaron al resobriño del Papa difunto, Miguel Peretti, como general de las tropas del Estado de la Iglesia, pero a propuesta del cardenal Montalto se le puso al lado al duque Honorato Caetani, como lugarteniente general, y se encargó a éste reclutar al punto 2 000 infantes para la defensa de Roma. Entretanto los romanos hacían el servicio de guardia. Con los dineros de Sixto V procedió el colegio cardenalicio muy generosamente. La cantidad de 1 150 000 escudos no asegurada por Sixto V se empleó casi enteramente en diversas necesidades: diéronse 400 000 escudos a la ciudad de Roma para la compra de trigo, y medio millón a las demás ciudades de los Estados ponti-

(1) Cf. los *Avvisi de 1.º y 5 de septiembre de 1590, Urb., 1058, p. 441^b, 449^b, *Bibl. Vaticana*, y la *relación de Sporenó, embajador del archiduque del Tirol, Fernando (cf. nuestros datos del vol. XX), de 8 de septiembre de 1590, *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*, Fol. 96, núm. 83, cuaderno 3. V. también *Memorie d'alcuni fatti accaduti durante il conclave di Urbano VII essendo generale di S. Chiesa Onorato Caetani, *Archivo Caetani de Roma*, 79, núm. 25.

ficios; con el resto de 250 000 escudos debían sufragarse los gastos del conclave (1).

Los asuntos de Francia ocuparon inmediatamente a los cardenales. Respecto a la cuestión sobre si el cardenal legado Caetani debía ser llamado a Roma o permanecer en París, se resolvió unánimemente dejar la decisión de ello al mismo legado. En cambio se mostró gran diversidad de pareceres respecto de la cuestión sobre si se debía comunicar a todos los cardenales franceses la muerte de Sixto V y exhortarlos a tener parte en el conclave. Bonelli defendió con gran energía la opinión de que no había de efectuarse esto, porque los cardenales que estaban adheridos a Navarra, por esto mismo eran cismáticos. Sin embargo la mayoría no aprobó este dictamen; con la oposición de Bonelli resolvió que debía dirigirse a todos los cardenales franceses la exhortación a tener parte en el conclave. Lo que determinó a ello fué sobre todo el temor de que en caso contrario se podrían poner reparos acerca de la validez de la nueva elección. Por eso aun tan declarados afectos a España como Deza dieron su voto en el sentido indicado (2).

Como «papabili», esto es, como sujetos que tenían probabilidades de ser elegidos, citábanse públicamente los más diversos nombres luego en los primeros días después de la muerte de Sixto V. Como el candidato en que más se ponían los ojos, era tenido ya el 5 de septiembre de 1590 el romano Juan Bautista Castaña (3), a quien sólo perjudicaba el gran número de sus parientes y el ser favorecido abiertamente por los españoles (4). Algunos días más tarde se apostaba en los bancos con 22 % en favor de sus probabilidades. Estaba más próximo a él el anciano Juan Serbelloni con 15 %; seguían después Sfondrato con 11, Colonna con 10, Valiero y Laureo con 9, Galli con 8, Santori con 7, Paleotto, Albani y Montelparo con 4 % (5).

Aunque el reinado de Sixto V sólo duró cinco años, en este breve

(1) V. la relación de A. Badoer de 1.º de septiembre de 1590 en Hübner, II, 379. Cf. el *Avviso de 29 de agosto de 1590, Urb., 1058, p. 437^b, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. la relación de Niccolini en Desjardins, V, 149 s.

(3) *Avviso de 5 de septiembre de 1590, Urb., 1058, p. 449, *Biblioteca Vaticana*. Cf. la *relación de Brumani de 7 de septiembre de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) V. el *Avviso de 1.º de septiembre de 1590, Urb., 1058, p. 441, *Biblioteca Vaticana*. Cf. la relación de Vinta en Petrucci, II, 283.

(5) *Avviso de 8 de septiembre de 1590, Urb., 1058, p. 454, *Biblioteca Vaticana*.

tiempo el Sacro Colegio había mudado enteramente de aspecto. No menos de 24 cardenales habían muerto (1), entre ellos varios que, como Sirleto, Cesi y Farnesio, habían estado en primer término en las elecciones pontificias anteriores. De grandísima importancia fué principalmente la muerte del nepote de Paulo III, acaecida en 1589; pues el «gran cardenal», como se llamaba a Alejandro Farnesio, por largos años había determinado la agrupación de partidos en el Sacro Colegio (2). Desde el fallecimiento de este muy importante varón efectuóse de nuevo aquella división de los cardenales de antiguo usada, que consistía en que se agrupaban los nombrados por el mismo Papa. Claramente se deja notar esto en el conclave que comenzó el 7 de septiembre de 1590. En él tuvieron parte 54 de los 67 miembros del Sacro Colegio (3). Entre los electores los extranjeros estaban sólo representados por seis cardenales: dos alemanes (Altemps y Madruzzo), dos españoles (Deza y Mendoza), un francés (Pellevé) y un inglés (Allen).

Eran tres los partidos principales en que se dividía el colegio electoral: el español, el gregoriano y el sixtino. El número de los cardenales que debían su nombramiento a Sixto V, subía a 25: Juan Bautista Castrucci, Federico Cornaro, Domingo Pinelli, Hipólito de Rossi, Hipólito Aldobrandini, Jerónimo della Róvere, Jerónimo Bernieri, Antonio María Galli, Constancio Sarnano, Guillermo Allen, Escipión Gonzaga, Antonio Sauli, Juan Evangelista Pallotta, Juan de Mendoza, Juan Francisco Morosini, Mariano Pierbenedetti, Gregorio Petrochino Montelparo, Alejandro Peretti-Montalto, Jerónimo Mattei, Benito Giustiniani, Ascanio Colonna, Federico Borromeo, Agustín Cusano, Francisco María del Monte y Guido Pepoli (4).

(1) Nicolás Caetani, Guido Ferreri, Alberto Bolognetti, Jorge d'Armagnac, Alejandro Riario, Guillermo Sirleto, Mateo Contarelli, Miguel de la Torre, Felipe Boncompagni, Antonio Granvela, Pedro Donato Cesi, Luis de Este, Jorge Draskovich, Carlos d'Angennes, Juan Francisco Gambara, Felipe Guastavillani, Decio Azzolini, Carlos de Lorena, Jacobo Savelli, Luis de Lorena, Esteban Bonucci, Alejandro Farnesio, Próspero Santa Croce y Carlos Borbón; v. Ciaconio, IV, 200 s.

(2) V. Herre, 395, 415. Cf. Navenne, Palais Farnese, 673 ss.

(3) V. Gulik-Eubel, III, 59. De los ausentes ocho (Gaspar de Quiroga, Alberto de Austria, Rodrigo de Castro, Francisco Joyeuse, Jorge Radziwill, Carlos Borbón, Andrés de Austria y Andrés Batori) pertenecían al número de los cardenales de Gregorio XIII, cinco (Enrique Caetani, Felipe de Lenoncourt, Pedro Gondi, Hugo de Loubens y Carlos de Lorena) al número de los cardenales de Sixto V. El número total sesenta y siete está indicado exactamente en Petramellarius, 340; en Ciaconio, IV, 203 s. falta A. Carafa.

(4) V. Ciaconio, IV, 203. Herre (415, nota 2) ha indicado tres escritos

De los cardenales sixtinos sólo dos eran considerados «papabili»: Hipólito Aldobrandini y Jerónimo della Róvere. Aldobrandini había atraído la atención sobre sí principalmente desde su afortunada legación en Polonia; pero de suyo era muy poco probable que se eligiese a uno de los cardenales de Sixto V. Róvere como valido del duque de Saboya tenía contra sí a todos los amigos del gran duque de Toscana; tampoco los españoles le eran favorables por sus relaciones con Francia (1).

El verdadero candidato de Montalto, adalid de los cardenales sixtinos, era Marco Antonio Colonna, aunque por su vida mundana no parecía enteramente apropiado para la suprema dignidad eclesiástica (2); también tenía numerosos adversarios entre los cardenales sixtinos. A pesar de esto el joven nepote del difunto Papa estaba resuelto a intervenir con todo su poder en favor de este pariente suyo. Cuando Montalto el 3 de septiembre hizo la promesa a Vinta, representante del gran duque de Toscana, que andaba en busca de votos para Castaña, de cooperar a la elevación de este candidato, persistió con todo en hacer una tentativa primero con Colonna (3).

Fuera de éste, los ocho cardenales de Pío IV tenían todavía otros cuatro «papabili» en sus filas: Serbelloni, Galli, Gesualdo y Ludovico Madruzzo, todos los cuales habían de contar ciertamente con poderosos adversarios. De los seis cardenales de San Pío V (Bonelli, Pellevé, Rusticucci, Albani, Carafa y Santori) sólo se pensaba seria-

que orientan sobre cada uno de los cardenales y sus probabilidades: 1. *Memoria de los cardenales que en esta sede vacante de Sixto quinto se hallan en Roma y cuya hechura y criatura sea cada uno dellos y lo que se debe advertir sobre la elección del sumo pontífice [14 de septiembre de 1590] (además de la copia del *Archivo de Simancas*, que Herre utilizó, vi yo también otra en el *Archivo de la embajada española de Roma*); 2. *Relación del Dr. Tirante Bongiovanni a Rodolfo II de 27 de julio de 1591, *Archivo público de Viena*, Rom. 42; 3. *Discurso per la sede vacante di Gregorio XIV del mese d'Ottobre 1590. Fuera de la copia utilizada por Herre, que está en el Cód. Milich. 389, p. 39-42 de la *Biblioteca de Gorlitz*, se halla también este Discurso, en el cual muchos datos necesitan de un nuevo examen crítico, en el Cód. 6322, p. 126-145 de la *Biblioteca pública de Viena* y en el Cód. 112 de la *Biblioteca Capilupi de Mantua*.

(1) V. Herre, 418.

(2) El dato de Vinta de que Colonna tenía hijos ilegítimos (Petrucelli, II, 284), es confirmado por una *relación sin fecha de Brumano existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*, pero que seguramente pertenece al principio de septiembre de 1590.

(3) V. Herre, 428 s., 436.

mente en Santori; sin embargo dado el gran número de sus adversarios no era probable que lograra ser elegido (1).

De los catorce cardenales de Gregorio XIII (Deza, Facchinetti, Castaña, Alejandro Médicis, Canani, Sfondrato, Salviati, Valiero, Laureo, Spínola, Tagliavía de Aragón, Lancellotti, Vicente Gonzaga y Francisco Sforza) muchos se inclinaban grandemente a los españoles; parecían tanto más haber de desempeñar un papel decisivo, cuanto estaban muy concordes entre sí. La dirección de los gregorianos estaba en manos del joven y enérgico cardenal Sforza, con el cual estaban íntimamente unidos especialmente Laureo, Salviati, Valiero y Médicis. Sforza seguía una dirección muy mundana; poseía un fogoso espíritu de extraordinaria habilidad en el negociar y una intrépida osadía (2). Mostróse resuelto a hacer todos los esfuerzos posibles para que un gregoriano alcanzase la tiara. Esto hubiera correspondido a aquella tradición según la cual las hechuras del penúltimo Papa difunto tenían la primera opción a la suprema dignidad. «Papabile» de los gregorianos era en primer término Juan Bautista Castaña, candidato declarado del gran duque Fernando de Toscana y juntamente muy acepto a los españoles (3); después Facchinetti y Sfondrato, pero éstos tenían que contar con más adversarios que Castaña; con todo eran notables sus probabilidades. Mucho menores eran las de Lancellotti enemigo de los españoles y de Laureo, cuya candidatura era combatida sobre todo por el duque de Saboya (4).

El partido español constaba de 22 cardenales; eran: los dos Colonnas, Galli, Madruzzo, Pellevé, Santori, Rusticucci, Deza, Sfondrato, Spínola, Paleotto, Tagliavía de Aragón, Simoncelli, Facchinetti, Carafa, Allen, Mendoza, Andrés de Austria, Cusano, los dos Gonzagas y Caetani (5). Pero a pesar de su gran número el partido español en tanto era débil, en cuanto que le faltaba la firme cohesión, de suerte que, como también lo reconoció al punto el representante de Felipe II, Olivares, de ninguna manera podía decidir la elección. Incondicionalmente adictos al rey de España sólo eran Deza, Men-

(1) V. *ibid.*, 419, 430.

(2) V. el juicio de Marette en Herre, 429, nota 2.

(3) V. *ibid.*, 416, 420 s. Cf. Fusai B. Vinta, 44 s.

(4) V. Herre, 416 s.

(5) V. la *lista enviada por Cattaneo en 10 de noviembre de 1590 en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

doza, Tagliavía de Aragón, Spínola y Madruzzo (1). Éste, generalmente apreciado, debía tomar sobre sí la dirección del partido español, pues de su prudencia y experiencia en cosas de conclave reinaba la mejor opinión (2). Olivares, embajador de Felipe II, anhelaba tanto más la llegada del cardenal de Trento, cuanto que a pesar de sus ruegos no se le habían comunicado desde Madrid nuevas instrucciones. Había de atenerse todavía a las prescripciones que había recibido el año 1585. En éstas se recusan todos los pretendientes amigos de los franceses. Como los más apropiados para que se les apoyase, mencionábanse en primer término Madruzzo y Santori, luego también Castaña, a cuyo celo religioso y rica experiencia se tributaba un elogio. Designábanse también como aceptables Facchinetti, della Torre y Sfondrato. Olivares mostraba desconfianza respecto a la candidatura de Marco Antonio Colonna a pesar de su pertenencia al partido español (3). Su concepto del riesgo que corría la elección de este cardenal compartíanlo enteramente el duque de Sesa y Madruzzo. Los tres representantes de don Felipe decidieron al fin a hacer una especie de inclusión: Madruzzo recibió el encargo de dar a conocer no solamente a los miembros del partido español, sino también a todo el Sacro Colegio, que los cardenales Paleotto, Santori, Galli, Facchinetti y Castaña eran los candidatos deseados por Felipe II (4). Hízose esto, aunque cierto número de cardenales mostraron justificado descontento por el predominante influjo ejercido hasta entonces por España en las elecciones pontificias (5).

El embajador del archiduque Fernando del Tirol juzgaba que sin el partido español o el partido del cardenal Montalto no podía elegirse Papa; que ciertamente ninguno de estos partidos por sí solo estaba en disposición de conseguir la necesaria mayoría de las dos

(1) V. *Conclave di Gregorio XIV composto da Lelio Maretti gentilhuomo Sanese, *Biblioteca de los servitas de Innsbruck*.

(2) *Cardinale accettissimo al Re per l'affetto havuto sempre alla casa d'Austria, per la gravità de'costumi et per l'opinione che havevano li Spagnuoli della sua prudenza in questi maneggi particolarmente dove egli era con sua molta lode intervenuto più volte, dice Maretti, loco cit.

(3) V. Herre, 323 s., 423 s. Denota bien la situación la noticia del *Avviso de 1.º de septiembre, de que antes de la llegada de Madruzzo y Vinta, el hombre de confianza del gran duque de Toscana, nada se podía decir. Urb., 1058, p. 441, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. Herre, 441 s.

(5) V. la *relación de Sporeno de 15 de septiembre de 1590, *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*.

terceras partes. Que por eso la decisión estribaba en los gregorianos o en los cardenales de Sixto V (1).

Mientras los jesuitas celebraban en su iglesia la función de las Cuarenta horas por una buena elección pontificia (2), en la mañana del 8 de septiembre de 1590 declase en San Pedro la misa del Espíritu Santo, después de la cual Antonio Boccapaduli pronunció el usual discurso a los cardenales. Describió en él la importancia del cargo pontificio, cuyas incumbencias todavía se aumentaban por efecto de las pérdidas que había padecido la Iglesia, y de la dificultad del estado del mundo. Especialmente indicó que uno de los más eminentes miembros de la Iglesia, Francia, estaba llena de turbulencias bélicas. Pero que también fuera de esto casi en todas partes habían de curarse heridas. Que de ahí se seguía la sagrada obligación de hacer una buena elección de Papa sin procurar intereses particulares (3).

Después del discurso de Boccapaduli los cardenales se trasladaron al conclave, que se había dispuesto en el Vaticano. Antes que se cerrase, presentáronse de nuevo los diplomáticos. Muy vivamente diligenciaron el logro de sus pretensiones los españoles, a quienes importaba en gran manera el resultado de la elección pontificia a causa de las revueltas de Francia; permanecieron hasta el fin a la ventana, que era todavía el único medio de comunicación con el mundo exterior (4). El adalid del partido español, Madruzzo, hasta la tarde del día siguiente no fué al conclave, donde por la mañana se había efectuado una votación sin resultado. A la pregunta de sus partidarios sobre cómo debían proceder respecto de la candidatura de Colonna, el cardenal de Trento dejóse enteramente libre. Cuán grande era el influjo de Felipe II, mostróse muy claramente en esta ocasión. De la declaración de Madruzzo hecha con prudente comedimiento se deducía que el rey de España no vería con buenos ojos la elección de Colonna, y esto bastó para desbaratar sus esperanzas (5).

(1) V. *ibid.*

(2) V. el *Avviso de 8 de septiembre de 1590, Urb., 1058, p. 455, *Biblioteca Vaticana*.

(3) El discurso, que fué muy alabado (*Avviso de 8 de septiembre de 1590, Urb., 1058, p. 454, *Bibl. Vaticana*), se halla en los *Diaria caerem., *Archivo secreto pontificio* y Cod. 12547 de la *Biblioteca Nacional de París*. Está asimismo en el Cód. F. 39 del *Archivo Boncompagni de Roma*.

(4) V. Vinta en Petrucci, II, 291; Herre, 445.

(5) Cf. la memoria en forma de diario compuesta por un conclavista del cardenal Colonna en los Conclavi (1667), 213-224 (en latín en *Tria conclavia*, Francoforti, 1617), cuya gran seguridad hace notar Herre (445) con razón. La

No mejor le sucedió a Galli propuesto por Bonelli, en favor del cual no quiso empeñarse Madruzzo en vista de la oposición de Montalto y Monte. Cuando Bonelli propuso después a Aldobrandini, Madruzzo recusó a éste redondamente. Al principio del conclave había presentes 51 cardenales, a los que se juntaron aún 3 en los días siguientes, de manera que el número de los electores subió a 54.

Los días desde el 9 hasta el 13 de septiembre estuvieron llenos de los más ardorosos afanes de los amigos de Colonna por conseguir su elevación (1). Ésta encontró las mayores dificultades. Inútilmente se procuró ganar a Madruzzo para Colonna. Todos los gregorianos unidos le hicieron la oposición (2). Pero tampoco las tentativas de procurar la tiara a dos de los candidatos nombrados por Felipe II, Facchinetti y Santori, tuvieron buen éxito. En favor de Santori no solamente intervinieron todos los españoles; también la mayor parte de los cardenales sixtinos, sin cuidarse de Montalto, parecía inclinada a dar sus votos a este cardenal. Las probabilidades de Santori subieron tanto, que el partido florentino y Montalto se hubieron de decidir a su expresa exclusión; con la misma dureza se declararon contra Facchinetti (3). Montalto persistió con gran tenacidad en sus afanes por Colonna. Llenábase de dolor e indignación, cuanto más observaba que no solamente se oponía a esta candidatura la tibieza del partido español, sino también que tampoco podía contar con sus propios partidarios por efecto de la incesante actividad oculta de

exposición de Herre es entre todas las modernas la mejor y más circunstanciada; además de las relaciones de embajada utilizadas por Petrucelli, se ha aprovechado también el primero de las *Relaciones de Dörnberg a Rodolfo II (*Archivo público de Viena*, Rom., 42), así como de las *relaciones de Olivares (*Archivo de Simancas*). La exposición sobre el conclave de Urbano VII por Ranke y Gindely la combate Wahrmund (101 s.), quien con todo indica falsamente haber sido sólo siete las hechuras de Gregorio XIII. Respecto de Gindely v. también Herre, 458, nota 2. Un *Sonetto sul conclave después de la muerte de Sixto V puede verse en el Cód. 21, 382 del *Museo Británico de Londres*.

(1) El dato de Dörnberg, de que numerosos hombres armados con la insignia de los Colonnas permanecían en la ciudad (Herre, 446), para dar fuerza a las pretensiones de Colonna, es confirmado por el *Avviso de 12 de septiembre de 1590. Adalid de dichos grupos era, según esta relación, Marcio Colonna. En el Avviso se cita el siguiente *Motto gustoso: Colonna per pratiche, S. Quattro [Facchinetti] per ragione di canoni, Como [Galli] per ragione di stato, Mondovi [Laureo] per Spirito Santo et Albano per modum provisionis. Urb., 1058, p. 461, *Biblioteca Vaticana*.

(2) Cf. la *relación de Fed. Cattaneo de 15 de septiembre de 1590, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(3) V. Herre, 448 s.

los florentinos. Montalto resistía con tanto ímpetu, que ya se temía un largo conclave (1). Sólo entonces desamparó a Colonna, cuando Madruzzo le comunicó que no podía apoyar a éste con su voto, mientras al mismo tiempo Federico Borromeo declaraba que su conciencia le prohibía votar en favor de Colonna. A todo esto se añadía aún la oposición del cardenal Sforza, adalid de los cardenales de Gregorio XIII. Colonna al fin fué tan prudente que renunció él mismo.

En este momento ocupó el primer lugar aquel cardenal «el único en el cual los intereses de los partidos decisivos no se tocaban hostilmente» (2): Juan Bautista Castaña. Ya en la votación de la mañana del 14 de septiembre reunió 20 votos (3). Como los españoles y florentinos intervinieron en su favor, así también Sforza con los suyos y al fin también los cardenales genoveses de Sixto V. Pero Montalto siguió todavía oponiéndose. Si al fin depuso su resistencia, debióse esto no solamente al apremio de los florentinos, sino también a la circunstancia de que Sforza, Altemps, los dos Gonzagas y los dos Colonnas se obligaron a votar en el conclave siguiente por uno de los cardenales de Sixto V (4).

Fué en la víspera del 14 de septiembre cuando se efectuó la decisión. Al día siguiente fué Castaña elegido por Papa unánimemente. Preguntado por el maestro de ceremonias Francisco Mucancio qué nombre quería tomar, respondió que como quería llevar un nombre de un Papa antiguo, se llamaba Urbano VII (5).

(1) Vuole star duro in una sua creatura et crepare in conclave, dice el *Avviso de 8 de septiembre de 1590, Urb., 1058, p. 455, *Bibl. Vaticana*. El embajador del duque de Urbino anotó al *Avviso de 15 de septiembre de 1590 (loco cit., 463), que en el conclave había habido tantos scartafacci et scritte, che si prevede con grande scompiglio per questa elettione. Cf. también Mucancio, *Diaria caerem., *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. Herre, 451.

(3) Según Fed. Cattaneo en su *relación de 15 de septiembre de 1590, sólo dieciocho. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) En este concepto puede decir el *Discorso del cardinali de 1621 existente en el *Archivo Boncompagni de Roma*, que Montalto había en cierto modo procurado la tiara a Urbano VII. Cf. Maretti, *Conclave (arriba, pág. 268, nota 1), *Biblioteca de los servitas de Innsbruck*; Herre, 452. De la participación de los dos Gonzagas da cuenta la *carta del cardenal Escipión Gonzaga de 15 de septiembre de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) *A Francisco fratre seniore ex magistris caeremoniarum interrogatus quo nomine vellet nuncupari, respondit renovanda esse nomina antiquorum s. pontificum, et sic elegit sibi nomen Urbanum VII, quod nomen cum ipsius pontificis benignitate et natura maxime conveniebat, nam et urbanus erat et de urbe ac urbanitatis plenus. Ioh. Paulus Mucantius, *Diaria caerem., *Archivo secreto pontificio*.

El nuevo Papa (1) tenía una presencia atractiva, era de mediana altura y de rostro lleno de majestad (2). Descendía de una antigua familia de nobles genoveses que se había trasladado a la Ciudad Eterna (3). Allí había visto la luz del día el 4 de agosto de 1521. Por su madre Constancia estaba emparentado con las nobles familias romanas de los Ricci y Jacobazzi. Juan Bautista Castaña tenía un carácter tranquilo y serio; como era mesurado, prudente y perspicaz, estaba como hecho para el estudio de la jurisprudencia, a la que se dedicó con grandísimo ardor primero en Perusa y Padua. Después que hubo alcanzado la borla de doctor en Bolonia, volvióse a Roma, donde su tío, el cardenal Jerónimo Verallo, le admitió a su servicio y en su casa. Con él en 1550 tuvo parte en el conclave del que salió Julio III (4). Cuando en el otoño del año siguiente el cardenal Verallo fué enviado como legado al rey de Francia, Enrique II (5), acompañóle Castaña como auditor. Pudo conocer ahora los negocios diplomáticos y juntamente las costumbres y modo de ser de un país no italiano.

Castaña durante su vida permaneció con fiel gratitud muy adicto a su tío, que puso el fundamento de su brillante carrera diplomática. Igualmente cuando más tarde ascendió a la dignidad de cardenal, hizo erigir su propio sepulcro en Roma en San Agustín junto al de su tío (6). Vuelto de Francia a Roma, recibió Castaña por Julio III el cargo de referendario de la signatura de Justicia y en 1553 el arzobispado de Rossano en Calabria (7). Sólo ahora

(1) V. Cicarella, *De vita Urbani VII*, en las posteriores ediciones de Platina. Esta biografía es tan poco suficiente como la de Lorenzo Arrighi: *Urbani VII P. M. Vita*, Bononiae, 1614. Cf. además Ciaconio, IV, 70 s., 201 s.; Novaes, VIII, 229 s.; Moroni, LXXXVI, 36 s.; Hansen, *Relaciones de nunciatura de Alemania*, II, 198 s.; *Studi stor.*, IX, 229 s.; Serrano, *Corresp. dipl.*, I, xxii s., XLVIII s. Un trabajo especial sobre Urbano VII publicará B. Ricci en los *Atti d. Società scientif. e lett.* del Frignano.

(2) V. el grabado de Geille; cf. *Portrait Index*, ed. by William Coolidge Lane and Nina E. Browne, Washington, 1906, 1472.

(3) La antigua opinión de que la familia de Urbano VII procedía de Génova, es exacta, como lo demuestra contra Vegezzi A. Neri en el *Boll. stor. d. Suizz. ital.*, XXVII, 130 s. Cf. también v. Liebenau en las *Hojas católicas suizas*, nueva serie, III, 270, el cual rechaza la opinión de Vegezzi de que Urbano VII era suizo de Lugano, y sólo le concede que la familia del Papa estaba relacionada con los Castañas de Lugano. V. también Pasini-Frassoni, *Armorial*, 40.

(4) Castaña con todo no asistió a todo el conclave; v. *Concil. Trid.*, II, 124.

(5) Cf. nuestros datos del vol. XI.

(6) V. Ciaconio, IV, 210. Cf. Moroni, LXXXVI, 38; Forcella, V, 99.

(7) V. Ugghelli, IX², 309 s.

recibió la ordenación sacerdotal, cuando ya tenía treinta y dos años (1). Después que en tiempo de Paulo IV hubo sido por breve tiempo gobernador de Fano, se encaminó a su diócesis. Con su grave conducta y el celo con que se dedicó al ejercicio de la predicación, mostró allí que pertenecía al número de los representantes de la reforma católica (2).

Los Papas reclamaban frecuentemente los servicios del insigne arzobispo. En marzo de 1559 Paulo IV le envió como gobernador a Perusa, donde Castaña mostró grande energía en situación difícil (3). Pío IV le encargó que compusiese las contiendas por causa de límites entre Terni y Espoleto. Después que hubo desempeñado este cometido, la nueva apertura del concilio llamóle a Trento, adonde llegó el 14 de noviembre de 1561 (4). Permaneció allí hasta el fin de esta asamblea eclesiástica, en cuyas deliberaciones tuvo parte con tanto ardor como buen éxito. Con Hugo Boncompagni, el futuro Gregorio XIII, fué miembro de una comisión para la reforma eclesiástica (5). En los debates sobre el matrimonio sobresalió tanto como en los relativos al decreto de residencia y a la administración del cáliz a los legos. Causó grande admiración el ver cómo en 6 de junio de 1562 el hombre siempre tranquilo y moderado se declaró con desacostumbrada vehemencia contra la concesión del cáliz a los legos. Sus explicaciones sobre esto fueron claras y sólidas (6).

Terminado el concilio, Castaña, que allí había estado también en próximo contacto con San Carlos Borromeo (7), volvióse a su diócesis de Rossano. Aquí sin embargo no le fué concedida una larga permanencia, pues Pío IV en 1564 le destinó para acompañante del cardenal Boncompagni en su legación a España y para nuncio en Madrid (8). En tiempo de San Pío V se mostró que para este puesto había sido elegido el hombre adecuado. Por más difícil que fuese este cargo, Castaña lo ejerció con la más completa satisfacción del

(1) V. Ciaconio, IV, 71; Moroni, LXXXVI, 37.

(2) V. Serrano, Corresp. dipl., I, XLVIII.

(3) V. nuestros datos del vol. XIV. Cf. Fumi en el Boll. stor. d. Umbria, XIII (1907), 81 s.

(4) V. Concil. Trid., II, 360.

(5) V. Pallavicini, 22, 4, 10.

(6) V. Concil. Trid., II, 479, 481 s., 782, 825 ss.; Pallavicini, 17, 1, 3; 18, 4; Studi stor., IX, 229 s. Cf. nuestros datos del vol. XV.

(7) V. Grisar, Jacobi Lainez disput. Trid., I, 409, 448.

(8) V. nuestros datos del vol. XVI.

Papa y del rey de España, hasta junio de 1572. En el tiempo de la administración de su empleo cae el ajustamiento de la Liga Santa contra los turcos, que condujo a la victoria de Lepanto (1). Muy de mala gana vió partir Felipe II al prudente y moderado nuncio, cuya tranquila gravedad le era especialmente simpática, cuando Gregorio XIII poco después de su elección hizo una nueva provisión de nunciaturas.

Gregorio XIII de buen grado hubiera enviado a Castaña a Bolonia. Por más honroso que fuese este llamamiento al gobierno de la más importante provincia del Estado de la Iglesia, con todo Castaña rehusó el cargo, porque temía que en atención a los numerosos parientes del Papa en Bolonia no podría proceder con aquella severa imparcialidad que tenía por deber suyo emplear en todas las circunstancias (2). Castaña dió una prueba de su desinterés cuando, en 1573, renunció a su arzobispado, sin reservarse una pensión. Gregorio XIII quiso ahora ocuparle como visitador del patrimonio, pero luego mudó su resolución y en junio de 1573 a fin de que activase la guerra contra los turcos le envió como nuncio a Venecia, donde Castaña fué testigo del brillante recibimiento hecho a Enrique III (3). Cuando se declaró la peste en Venecia, Castaña se trasladó a Bolonia, donde ahora con todo hubo de tomar sobre sí el cargo de gobernador (4). En el año 1578 confióle el Papa la difícil representación de la Santa Sede en la asamblea flamenca de pacificación, que debía celebrarse en Colonia. Su nombramiento efectuóse a fines de agosto después de una deliberación con el embajador español Zúñiga (5). Castaña salió de Roma el 9 de septiembre, pero, cuando a fines de octubre visitó en Praga al emperador para tomar más exacta información, hubo de experimentar que su misión era recibida con desagrado por Rodolfo II, porque éste temía nuevas

(1) V. nuestros datos de los vols. XVII y XVIII. Una carta de pésame de Castaña a Vespasiano Gonzaga, fechada en Madrid a 24 de junio de 1570 y firmada: L'arcivescovo di Rossano, se halla en Campori, CIII lettere ined., 26 s

(2) V. Cicarella, loco cit. (arriba, pág. 272, nota 1).

(3) Cf. nuestros datos del vol. XIX. El *breve de nombramiento para él como nuncio de Venecia, fechado a 15 de junio de 1573, en el Arm. 44, t. 22; la *instrucción, fechada a 17 de junio de 1573, en las Varia polit., 117, p. 152 s.; las *relaciones de Castaña en Nunziat. di Venezia, V, VI, *Archivio segreto pontificio*.

(4) V. Cicarella, loco cit.

(5) V. Hansen, Relaciones de nunciatura, II, 223. Ibid., 218 s. la instrucción para Castaña de 29 de agosto de 1578.

dificultades de los Estados generales a causa de las buenas relaciones de Castaña con Felipe II (1). El 28 de febrero de 1579 Castaña salió de Praga para encaminarse por Munich a Colonia. A principios de abril llegó allá y se alojó en el monasterio de los cartujos (2). Hasta principios de diciembre de 1579 permaneció Castaña en la metrópoli renana, donde conforme a sus instrucciones se allegó muy estrechamente al plenipotenciario español (3). Después del mal éxito de las negociaciones de Colonia, a principios de 1580 volvióse a Roma, donde fué consultor de la Inquisición y de la Congregación para los negocios del Estado de la Iglesia. Como recompensa por su incansable actividad en interés de la Santa Sede Gregorio XIII en 12 de diciembre de 1583 le otorgó la sagrada púrpura (4).

El nuevo cardenal, que recibió como iglesia tutelar la de San Marcelo junto al Corso, fué llamado a la Inquisición romana (5) y más tarde enviado como legado a Bolonia, donde permaneció hasta la muerte de Gregorio XIII.

Por efecto de su larga experiencia, su gran prudencia y severa religiosidad muy pronto ocupó Castaña en el Sacro Colegio una muy autorizada posición. Estas cualidades como las antiguas excelentes relaciones con Felipe II hicieron que ya en 1585 fuese considerado como «papabile». Contábase que poco después de la admisión de Castaña en el Sacro Colegio había dicho el rey de España, que sería más fácil para él conseguir la tiara, que había costado trabajo alcanzarle el capelo (6). En efecto en el conclave de 1585 se pensó en elevar a Papa a Castaña, pues era el candidato del partido de los nepotes de Gregorio XIII (7). Aunque al principio no había estado por la elección de Sixto V, mostrósele éste con todo muy favorable. Confirmóle en el cargo de legado de Bolonia, donde Castaña cumplió con su oficio excelentemente (8), y le empleó en las Congregaciones

(1) V. *ibid.*, LII.

(2) V. *ibid.*, 200, 274.

(3) V. *ibid.*, LII s. Cf. *ibid.*, 274-370 las relaciones de Castaña enviadas desde Colonia y la carta de Galli para él.

(4) Cf. nuestros datos del vol. XIX.

(5) V. v. Pastor, *Decretos*, 47, al 21 de febrero de 1591.

(6) V. la relación de los enviados de Luca, editada por Pellegrini, en los *Studi e docum.*, XXII, 192. Musotti en sus **Memorias* (v. nuestros datos de vol. XX) llama a Castaña *sogetto di tanto valore quanto tutto il mondo sa*. *Archivio Boncompagni de Roma*.

(7) Cf. el vol. XXI, p. 16.

(8) V. Reichenberger, *Relaciones de nunciatura*, I, 226.

de la Inquisición, de los obispos y de los negocios del Estado de la Iglesia. En Roma se ponían en la boca de Sixto V dichos anecdóticos, según los cuales veía en Castaña su sucesor (1).

La elección de Urbano VII, como se deja entender, llenó al gran duque de Toscana de suma satisfacción. También Felipe II se alegró mucho de ella; hizo celebrar de un modo desusado la elevación del antiguo amigo de la monarquía española (2). En Roma, donde el pueblo al principio no había quedado contento del éxito del conclave (3), logró el nuevo Papa en breve tiempo ganarse los corazones de todos. La mansedumbre y bondad de su modo de ser, así como la dignidad de su porte hacían profunda impresión en todo el que le veía. Muy pronto llegó a abrirse camino la persuasión de que podían prometerse las mejores cosas de un varón tan esclarecido, no menos prudente que piadoso (4).

Refería Federico Cattaneo el 19 de septiembre de 1590, que el nuevo Papa era un hombre grave, enemigo de novedades y de todo lo frívolo, que por eso se podían esperar de él cosas grandes; que quitaría sin estrépito los abusos y atendería también a abastecer a Roma de víveres. Además alaba Cattaneo lo moderado que era el Papa Urbano en sus planes y acciones (5).

El primer cuidado de Urbano VII se dirigió al socorro de los pobres de Roma (6). Luego después de su elección de sus propios medios dió abundantes limosnas para todos los necesitados del Borgo. Indicóse a los párrocos de la ciudad, que formasen listas de los pobres, e hicieron donativos en abundancia a los establecimientos de beneficencia. Para proveer a Roma de pan bueno y barato declaró el Papa no querer perdonar a gastos algunos, pues los tesoros de la Iglesia debían emplearse en los pobres.

(1) V. Cicarella, loco cit. Refiere un *Avviso de 12 de noviembre de 1586, que si Sixto V muriese, sería Papa Castaña. Urb., 1054, p. 486, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. Herre, 453. Cf. Contarini en Albéri, I, 5, 438.

(3) V. Herre, 453.

(4) V. la *relación de Sporeno de 15 de septiembre de 1590, *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*, y la *carta de Badoer de 22 de septiembre de 1590. *Archivo público de Venecia*.

(5) V. en el núm. 41 del apéndice la *relación de Cattaneo de 19 de septiembre de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(6) Para lo que sigue cf. Mucancio, *Diaria caerem., *Archivo secreto pontificio*; *Avvisi de 19 y 22 de septiembre de 1590, Urb., 1058, p. 474, 479, *Biblioteca Vaticana*; Cicarella, loco cit.; Conclavi, 222 s. V. también en el núm. 41 del apéndice la *relación de Cattaneo de 19 de septiembre de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

Luego en el día de la elección había Urbano enviado sumas de dinero a los cardenales Pellevé y Allen. Habló también de suprimir los tributos opresivos introducidos por Sixto V. Encargóse la reforma de la Dataría a los cardenales Paleotto, Facchinetti, Lancelotti y Aldobrandini. Al frente de la Congregación para el Estado de la Iglesia puso Urbano VII el 20 de septiembre de 1590 en vez de Montalto al cardenal Pinelli (1). La moderación que mostró el nuevo Papa respecto de sus numerosos parientes, probó cuán infundados habían sido los temores de que faltase por nepotismo. Dijo que en primer lugar había de cuidar de los pobres, después de sus servidores, que por lo demás no debían desplegar ningún lujo, y últimamente de sus parientes. Durante el conclave el cardenal Bonelli se había expresado repetidas veces con vehemencia contra el cardenal Castaña; el Papa Urbano confundió a su adversario, asignándole aposentos en el Vaticano y concediéndole todas las gracias suplicadas (2). Denota también los nobles sentimientos de Urbano VII el haber mandado a Fontana, que al terminar los palacios del Vaticano y del Quirinal no colocase allí su escudo, sino el de Sixto V. Pero en la parte más antigua del Quirinal debían ser repuestos los escudos de Gregorio XIII quitados por Sixto V. Por lo demás declaró Urbano VII, que no quería meterse en otras empresas arquitectónicas — exceptuada naturalmente la terminación de la cúpula de San Pedro —, pues su intención se dirigía a edificar sobre la roca de Pedro (3). De esta manera los representantes de la reforma católica podían mirar a lo por venir con gozosas esperanzas, y esto tanto más, cuanto el Papa, aunque estaba en el 69.º año de su vida, gozaba de muy buena salud. Esto lo debió a su templanza y a su robusta naturaleza, de la que podía gloriarse, por no haber tenido que tomar nunca una medicina hasta el 40.º año de su vida (4).

Mientras se esperaba generalmente un largo pontificado, las peli-

(1) Bull., IX, 382. Es ésta la única constitución de Urbano VII que contiene el bulario de Turín.

(2) *Avviso de 19 de septiembre de 1590, Urb., 1038, p. 437, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. en el núm. 40 del apéndice el *Avviso de 19 de septiembre de 1590, *Bibl. Vaticana*. Cf. allí también en el núm. 41 la *relación de Cattaneo del mismo día, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Respecto de San Pedro v. el discurso de P. Ugonio en Ciaconio, IV, 209.

(4) V. Cicarella, loco cit. Con razón combate Herre (459, nota 2) la opinión de Gindely de que Urbano VII había sido elegido porque era un hombre enfermizo.

grosas calenturas de Roma habían asaltado ya al nuevo Papa. En el mes de septiembre suele esta enfermedad presentarse muy frecuentemente en Roma; mas el paraje del Vaticano está muy particularmente expuesto a la malaria. Se sabe actualmente, que se transmite por los mosquitos. En este aspecto es de particular interés la noticia que trae el maestro de ceremonias Mucancio, de que Urbano VII había pasado muy intranquila la primera noche después de su elección, porque había sido muy molestado por los mosquitos (1). Por eso quiso Urbano ya el día después de su elección trasladarse al Quirinal, pero se le representó que era contrario a la costumbre establecida el que el Papa antes de su coronación saliese del Vaticano y se dejase ver en la ciudad. Con su bondad cedió Urbano a estas representaciones (2); a pesar del gran calor que reinaba, permaneció en el Vaticano y otorgó numerosas audiencias, que le fatigaron mucho. Presto se mostraron las consecuencias. Ya tres días después de su elección fué acometido el Papa de la fiebre de que por el mismo tiempo padecían también muchos otros en Roma (3). Los médicos persistieron en que Urbano se acostase, y procuraron aliviar con una sangría al enfermo, que también padecía letargo. El Papa estaba en pleno conocimiento; seguía exactamente todos los consejos de sus médicos y mostraba gran resignación en su dolencia. Diariamente se hacía decir la santa misa en su aposento y recibía cada día los sacramentos de la penitencia y del altar (4).

En Roma la noticia de la enfermedad de Urbano VII excitó tanto más general consternación y sincero dolor, cuanto el Papa se había hecho al punto benemérito con sus copiosas limosnas, con la supresión de algunos impuestos gravativos y con su cuidado de remediar la falta de trigo (5). Para alcanzar el restablecimiento del

(1) J. P. Mucancio (*Diaria caerem., *Archivo secreto pontificio*) escribe: Ajunt Stem Suam primam noctem sui pontificatus insomnem fere totam pertransivisse et molestas sibi fuisse musculus nonnullas, quas zampanas vocant, et quia adhuc apud Vaticanum aer salubris non erat die sequente... (lo que sigue en Gatticus, 452). Sobre la enfermedad mortal de Urbano VII cf. ahora Celli, loco cit., 335.

(2) V. J. P. Mucancio en Gatticus, 452.

(3) V. los *Avvisi de 22 y 26 de septiembre de 1590, Urb., 1058, p. 480^b, 490, *Bibl. Vaticana*, la *carta de Cattaneo de 22 de septiembre de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*, y las *relaciones de Badoer de 22 y 23 de septiembre de 1590, *Archivo público de Venecia*.

(4) V. P. Ugonio en Ciaconio, IV, 209.

(5) V. la *relación de Sporeno de 26 de septiembre de 1590, *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*.

Papa se celebró la función de las Cuarenta horas y una procesión en la que tuvieron parte 30 000 personas (1). Refiérese que hasta los judíos ayunaron e hicieron oración (2).

A pesar de todos los remedios la calentura no dejó más al Papa, y fué consumiendo rápidamente sus fuerzas. Ya el 24 de septiembre se dijo que había muerto. Pero se mostró que la noticia era falsa. Urbano VII vivió todavía hasta el 27 de septiembre. Cuando en este día se despertó, quedó asombrado al ver tanta gente alrededor de su lecho. El enfermo se quejó de dolores de estómago. Se le dió un remedio enviado por la duquesa de Olivares, el cual trajo algún alivio. Como ordinariamente en su enfermedad de nueve días, así quiso Urbano también en aquel 27 de septiembre que se dijese la santa misa en su aposento. A la consagración el que estaba luchando con la muerte, se incorporó cuanto le fué posible. Después volvió a tenderse, cruzó los brazos y se hizo administrar los últimos sacramentos. Al fin del santo sacrificio el Papa exhaló su espíritu. Las últimas palabras del moribundo a los circunstantes habían contenido la súplica de que se acordasen de él en sus oraciones (3).

Al abrirse el testamento se halló que Urbano VII había legado toda su hacienda paterna, 30 000 escudos, a la hermandad de la Anunciación de la Santísima Virgen para dotar doncellas menesterosas, que estaba fundada en Santa María de la Minerva. En agradecida memoria de ello erigióle esta asociación en su capilla un sepulcro, cuya hermosa estatua labró Ambrosio Buonvicino (4). Allí se trasladaron también en 21 de septiembre de 1606 los restos mor-

(1) V. el *Avviso de 26 de septiembre de 1590, loco cit., Mucancio en Gatticus, 452 y la *carta del cardenal Escipión Gonzaga de 26 de septiembre de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) V. el *Avviso de 26 de septiembre de 1590, loco cit.

(3) Además de los *Avvisi de 26 y 29 de septiembre de 1590 (Urb., 1058, p. 490 s., 496 s., *Bibl. Vaticana*), cf. el *despacho de Badoer de 27 de septiembre de 1590, *Archivo público de Venecia*, las *relaciones de Sporenno de 26 y 29 de septiembre de 1590, *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*, la *carta de Brumano de 29 de septiembre de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*, y la relación de Juan Pedro Rossi S. J., penitenciario en San Pedro: *Relatione della morte di Urbano VII*, que se halla manuscrita en el Cód. E. IV, 9 de la *Biblioteca de la universidad de Génova*, impresa en Roma, 1590, y traducida al alemán en Munich, 1591.

(4) V. Moroni, LXXXVI, 40; Forcella, XII, 483. También el senado había decretado la erección de una estatua de honor en el Capitolio; v. Martinori, 59 s. Ibid. sobre monedas y medallas de Urbano VII. Cf. además Ciaconio, IV, 210; Armand, I, 294, III, 301; Serafini, I, 99 s. Sobre el sepulcro v. todavía Berthier, 106 s. Cf. también su grabado en el *Annuaire Pontif.*, 1915, 182.

tales del Papa sepultados al principio en San Pedro (1). La alabanza que tributaron a Urbano VII los embajadores en sus relaciones (2) y el célebre Pompeyo Ugonio en su oración fúnebre pronunciada el 6 de octubre de 1590 en San Pedro (3), estaba bien merecida. Aunque el Papa poseyó la silla de San Pedro sólo trece días, y de éstos sólo el primero estando sano (4), su memoria sigue siendo bendecida.

II

Ya durante la enfermedad de Urbano VII habían tenido comienzo las negociaciones sobre la elección de un sucesor. Como «papabili» mencionábanse al principio los mismos nombres que antes del último conclave: Serbelloni, Colonna, Galli, Paleotto, Madruzzo, Santori, Facchinetti, Sfondrato, Valiero, Laureo y Róvere (5). Expresamente se notifica, que Sfondrato poseía mayores probabilidades que todos, porque tenía menos adversarios, que era desinteresado y no de gran talento; que sólo le perjudicaba la circunstancia de que era de todo en todo afecto a España y no contaba más que 53 años de edad; que sin embargo su estado de salud dejaba mucho que desear (6). Si Montalto, así refería el embajador mantuario en 29 de septiembre, no puede llevar adelante a Colonna, se decidirá por Sfondrato, que es acepto a los españoles y a los gregorianos,

(1) V. la relación de Pablo Alaleone en Gatticus, 483. Cf. Cancellieri en las *Effemeridi lett. di Roma*, XII (1823), 79 s. El discurso *De laudibus Urbani VII P. M.* pronunciado entonces por Valerio de Molara se imprimió en 1614 en Roma.

(2) V. las dos *cartas de Brumano de 29 de septiembre de 1590, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(3) *Impresa en Ciaconio*, IV, 206 s.

(4) V. la relación estense en Ricci, Silingardi, II (1907), 28.

(5) Así el *Avviso de 29 de septiembre de 1590, Urb., 1058, p. 496^b, *Biblioteca Vaticana*. Cf. la *relación de Sporeno de 29 de septiembre de 1590, *Archivio del Gobierno provincial de Innsbruck*, y la *carta de Brumano de 29 de septiembre de 1590, el cual hace resaltar: Niuno vuole Como [Galli] da Sappgia in poi, se bene sono che dubitano che realmente non lo vogliono perché l'hanno per troppo potente di volontà del Granduca. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(6) *Cremona si mantiene più alto di tutti come quello che patisce manco difficoltà degli altri; è di poco spirito, buono gentilhuomo et non sanguigno; quello gli nuoce è l'essere giovane de 53 anni et tutto Spagnuolo, ma pero male affatto et che ogni poco che va in cocchio urina sangue. *Avviso* de 3 de octubre de 1590, Urb., 1058, p. 506, *Biblioteca Vaticana*. Cf. también Maretti en Herre, 417, nota 1.

de suerte que, caso que se le juntasen también los florentinos, podría ser Papa sin dificultad (1).

La ciudad de Roma permaneció al principio libre de grandes excesos; con todo, sus habitantes fueron repetidas veces espantados e inquietados por la presencia de bandidos, que infestaban los alrededores (2). Los cardenales habían resuelto reclutar mil soldados (3) y ordenado que se tapiasen todas las puertas excepto tres (4); también procuraron remediar en lo posible la falta de víveres (5).

En atención a que se congregaron para el conclave casi los mismos cardenales (6) que antes de la elevación de Urbano VII, muchos creían que la elección pontificia se efectuaría rápida y fácilmente. Ocurrió lo contrario. Las negociaciones fueron largas y borascosas. El conclavista del cardenal Sforza, Lelio Maretti, que compuso una historia muy circunstanciada del conclave (7), atribuye la culpa de ello principalmente a los representantes de Felipe II, Olivares y

(1) V. la *relación de Brumano de 29 de septiembre de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) V. los *Avvisi de 3 y 6 de octubre de 1590, Urb., 1058, p. 507, 510, *Bibl. Vaticana*. La ciudad está tranquila, *escribe Sporeno en 29 de septiembre de 1590, *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*.

(3) V. J. P. Mucancio en Gatticus, 453.

(4) V. la relación de Badoer de 29 de septiembre de 1590, *Archivo público de Venecia*. Cf. Facini, 7.

(5) V. el *Avviso de 3 de octubre de 1590, Urb., 1058, p. 507, *Biblioteca Vaticana*.

(6) Sólo el cardenal Cornaro había muerto el 5 de octubre de 1590; v. Petramellarius, 344.

(7) El *Conclave di Gregorio XIV composto da Lelio Maretti gentilhuomo Sanese se apoya en las mejores informaciones de un testigo ocular que no niega sus sentimientos antiespañoles; este escrito junto con la relación asimismo generalmente muy segura de otro testigo ocular no nombrado es la fuente principal de los Conclavi impresos en 1667 (225-280, en latín: *Tria conclavia*, Francofurti, 1617). El trabajo de Maretti, que fué conclavista de Sforza, halló amplia difusión por medio de manuscritos, porque enseña muy bien la prudentia conclavium. Yo utilizo la copia que hay en el Cód. I, b. 55 de la *Biblioteca del convento de los servitas de Innsbruck*, Herre la existente en la *Biblioteca de Górlitz*, Cód. Milich. 389, p. 113-133. Otras copias vi en el *Archivo secreto pontificio*, en la *Biblioteca Altieri de Roma*, en Borghese, I, 279, *Archivo secreto pontificio*, en el Vat. 9486, *Biblioteca Vaticana*, en el Cód. 1150 de la *Biblioteca Trivulsi de Milán* y en el Cód. 178 de la *Biblioteca Fabroniana de Pistoia*. Sobre Maretti v. ahora también Singer, *La c. Quia frequenter*, un decreto sobre la elección pontificia nunca puesto en vigor de Inocencio IV, tirada aparte de un artículo de la Revista de la fundación Savigny para la historia del Derecho, XXXVII, sección de Derecho canónico, VI, p. 102, nota 2. La *Instruttione al card. Medici del modo come si deve governare nella città di Roma compuesta por L. Maretti, se halla en el Cód. Ottob. 2689, p. 142 s. de la *Bibl. Vaticana* y en el Cód. 38, A. 22 de la *Biblioteca Cor-*

Sesa (1). Éstos hicieron al punto y continuamente los más extraordinarios esfuerzos para asegurar en todo caso a la elección pontificia un éxito favorable para los intereses de su rey. Especialmente el apasionado Olivares desplegó en esto un ardor y una falta de miramiento que sobrepujaba a todo lo hecho hasta entonces. Estaba resuelto a restablecer a toda costa las probabilidades rápidamente desbaratadas por la muerte inesperadamente acelerada de Urbano VII, de que el poseedor de la Santa Sede observaría un proceder acepto a Felipe II respecto a las revueltas de Francia. Inmediatamente después del fallecimiento de Urbano Olivares y Sesa nombraron siete cardenales: Santori, Paleotto, Madruzzo, Galli, Colonna, Facchinetti y Sfondrato, como a candidatos del rey católico. De éstos sin embargo Colonna y Galli de ninguna manera eran realmente deseados (2).

Lo que más hubieran querido ver los españoles, era la elevación de Madruzzo o Santori. Por Santori se afanaba Olivares de una manera apasionada. Parecía esto tanto más extraño, cuanto el cardinal Santori se contaba entre los afectos a Paulo IV, a quien parecía muy afín por su origen napolitano y su carácter. Como este Papa, así también Santori estaba lleno de las ideas más severas, era celoso promovedor de la Inquisición y fogoso defensor de los derechos y libertades de la Santa Sede. Resueltamente había condenado repetidas veces las pretensiones españolas respecto de la *Monarchia Sicula* y del exequátur en Nápoles (3). Aunque Santori en la cuestión de Francia había compartido el modo de ver español, sin embargo el cerrar los ojos a su resistencia contra los conatos regalistas de Felipe II parecía tan extraño, que se sospechaba que Olivares se dejaba guiar por motivos personales. Se indicaba al efecto no solamente su antigua amistad con Santori, sino también un influjo de su esposa, de la que se decía que de esta manera quería procurar la púrpura a su hermano Baltasar (4). De la elevación de

sino de Roma. La más circunstanciada exposición moderna del conclave la han ofrecido Herre (460-532) y Facini (4-37). El artículo de Bruzzoni en la *Stampa*, 1900, núm. 95 contiene sólo una perifrasis de la relación de los **Diaria caerem*.

(1) V. en el n.º 42 del apéndice (Maretti).

(2) V. la carta del cardinal Monte al gran duque Fernando de Toscana de 28 de septiembre de 1590, en Petrucelli, II, 302; Herre, 468.

(3) V. *Conclavi*, 229.

(4) V. Maretti, **Conclave di Gregorio XIV*, *Biblioteca de los servitas de Innsbruck*.

Santori esperaba también ventajas el cardenal Monte, que al declararse abiertamente partidario suyo hizo que al candidato de España se le considerase a la vez como al pretendiente especialmente favorecido por Toscana (1). Fuera de Monte todavía muchos otros cardenales sistinos mostraban también gran inclinación a la elección de Santori, a quien con todo el embajador veneciano y todavía más los romanos temían mucho, recordando el difícil tiempo de Paulo IV (2).

Todavía mayores probabilidades que Santori parecía tener Marco Antonio Colonna. Hizo todos los esfuerzos posibles para alcanzar esta vez la tiara, de la que tan cerca había estado ya en el conclave de Urbano VII. Entonces su candidatura había tenido mal éxito por la oposición de los españoles; Olivares se había declarado tan vehementemente contra él, que había corrido peligro de que la poderosa familia Colonna se pasase al partido de los adversarios de los Habsburgos. Para impedirlo, Olivares se había ahora resuelto a admitir el nombre de Marco Antonio Colonna entre los pretendientes, deseados por Felipe II. En vista de los muchos adversarios de Colonna, parecía no ofrecer esto peligro alguno. Pero en realidad este paso provocó la mayor confusión. El partido español se quejó con palabras vehementes de dicha imprudente disposición, que ponía a todos en una mala situación y les quitaba la confianza de una buena defensa de los intereses reales por parte de los embajadores. Sforza, el antiguo adversario de Colonna, envió su confidente Lelio Maretti a ambos embajadores e hizo ponerles ante los ojos enérgicamente a qué peligro exponían la causa de Felipe II. Colonna logró ganar al cardenal Vicente Gonzaga y con él también a Esci-

(1) *Maretti, *ibid.*; Herre, 462 s.

(2) *Roma abhorrentissima del suo nome, dice Maretti, loco cit., 8, riconoscendolo dipendente da Paolo IV Napolitano della medesima inquietudine e stravaganza di cervello ne viveva piena di ansietà et mestitia dubitando sotto il suo pontificato di haver a sentire di quelli danni ch'ella pati nel pontificato di Paolo, la memoria del quale per questa cagione era gravissima alla maggior parte di questa città. Per questo timore alcuni de principali Romani si raccomandorno supplichevolmente pregandoli che non volessero l'ultima ruina della patria loro conferendo il pontificato a S. Severina, inimico a lei così implacabile et acerbo. Oltre i Romani vivevano in gran gelosia di questa prattica l'orator Venetiano Badoero, il card. Morosini et Verona, nobili di quella republica, se bene Morosini, o persuaso da Monte o dal Granduca o mosso da altri rispetti, con la lunghezza del conclave si mutò di parere procurando di tirare Verona ancora nella medesima sentenza. *Biblioteca de los servitas de Innsbruck.*

pión Gonzaga, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles cerca de Sforza (1).

Fué de gran ventaja para Colonna el que a los numerosos adversarios de su rival Santori: Bonelli, Altemps y Sforza, se juntase también Montalto. Por razón de la obligación contraída por Sforza con Montalto en el conclave de Urbano VII, de votar en el conclave siguiente por uno de los sixtinos (2), se avinieron las dos cabezas de los cardenales más nuevos a ir juntos con el mutuo apoyo de sus partidarios e intervenir lo más posible sólo en favor de un pretendiente no nombrado por España. En oposición a esto Olivares tanto más ásperamente indicó los siete cardenales nombrados por él; más aún, llegó hasta decir que sólo éstos eran aceptos a su rey, y que todos los otros miembros del Sacro Colegio estaban excluidos (3).

Un verdadero celo de fuego mostró Olivares en combatir al candidato a que se habían inclinado Montalto y Sforza. Era éste el cardenal Laureo. Olivares odiaba a este príncipe de la Iglesia con todo el ardor de su temperamento, aunque personas muy bien informadas le tenían por enteramente apropiado para alcanzar la suprema dignidad (4). No se cuidaba Olivares de que con su inmoderada agitación ofendía a enemigos y amigos. Sintióse confirmado todavía más en su conducta, cuando poco antes del comienzo del conclave llegaron las instrucciones de Felipe II largo tiempo esperadas, fechadas a 14 de septiembre. En éstas habían sido excluidos no sólo los cardenales sixtinos, sino también todos los demás que eran tenidos por amigos de los franceses, y al número de ellos pertenecía también Laureo. En lo demás el rey hizo quedar en pie sus anteriores instrucciones, conforme a las cuales se había de favorecer a Madruzzo y Santori, y entre los gregorianos se habían de preferir Facchinetti y Sfondrato (5). Las probabilidades de Sfondrato, todavía importantes,

(1) V. *Maretti, loco cit.; Herre, 464.

(2) Cf. arriba, pág. 271.

(3) V. Herre, 470.

(4) Maretti dice sobre Laureo (loco cit.): *Cardinale Regnicola, nato in Torpia della provincia di Calabria, che di medico ch'era et di basso nascimento si era tirato col valor suo et con la servitù fatta alla Sede Ap^{ca} alla dignità del cardinalato datogli da Gregorio XIII. Questo cardinale per la vecchiezza, per la grandezza dell'anima, per le lettere et per l'esperienza grandissima che haveva delle cose del mondo era giudicato da chi lo conosceva accommodatissimo allo stato presente dell'Italia et al bisogno della Sede Apost^a et pero in predicamento ragionevole di Papa. *Biblioteca de los servitas de Innsbruck.*

(5) V. Herre, 479 ss.

se habían hundido, porque el cardenal de Cremona, como se llamaba Sfondrato, fué calificado por muchos de inepto por su temperamento flemático y su poco conocimiento de los negocios (1). Abiertamente trabajaban contra él Monte como representante del gran duque de Toscana y los dos Gonzagas. Muchos creían también, que los españoles le habían puesto en la lista sólo por apariencia (2).

Al anochecer del 6 de octubre de 1590 efectuóse el encerramiento del conclave, en el cual tuvieron parte 52 cardenales (3). Antes se presentó Olivares para trabajar de nuevo contra Laureo y recomendar a los candidatos nombrados por su rey. A Madruzzo y a sus partidarios prohibióse expresamente dar el voto a ningún otro (4). Esta desusada prohibición, así como el gran número de los cardenales excluidos por los españoles hubieron de causar extrañeza y enojo en el Sacro Colegio. Anteriormente habían sido excluidos uno o dos o ninguno, ¡esta vez treinta! (5).

El primer suceso importante del conclave fué la tentativa de Montalto, de procurar la triple corona al cardenal Aldobrandini. El nepote de Sixto V se lisonjeaba ya de haber ganado la necesaria mayoría de dos tercios (36 votos), pero hubo luego de reconocer que Madruzzo, de quien Aldobrandini de ninguna manera era deseado por su actitud respecto de los negocios de Francia, trabajaba contra él con tanta habilidad como buen éxito (6). Después que se hubo frustrado la candidatura de Aldobrandini, reinó tranquilidad durante algunos días; se hablaba de Róvere, a quien sin embargo combatían decididamente los españoles asimismo por su actitud respecto de los negocios de Francia (7). Demás de esto hacían oposición también a Laureo y otros dos cardenales, que por sus cualidades parecían especialmente dignos de la tiara: Salviati y Valiero (8).

(1) Así lo refiere Sporeno el 6 de octubre de 1590, *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*.

(2) V. Marette, *Conclave, 279, loco cit.

(3) Primeramente cincuenta. Luego se añadieron aún Andrés de Austria y Caetani; v. Gulik-Eubel, III, 59; Facini, 4, 14, 22. Según la *relación de Sporeno de 12 de octubre de 1590 (*Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*) el cardenal Andrés de Austria llegó a Roma el 11 de octubre de 1590, Urb., 1058, p. 521, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. Conclavi, 237

(5) V. Ibid.

(6) V. Marette, *Conclave di Gregorio XIV, *Biblioteca de los servitas de Innsbruck*; Conclavi, 238 s.; Herre, 485 s.; Facini, 14.

(7) V. Marette, *Conclave, 45, loco cit.

(8) Sobre Salviati y Valiero cf. nuestros datos del vol. XIX. Marette hace

No es maravilla que se quejasen con creciente vehemencia de la presunción española, que quería dar leyes al colegio cardenalicio, y prescribirle el número de aquellos de entre los cuales se había de elegir el Papa, e intentaba excluir como a indignos a numerosos cardenales insignes. Decían que si en este conclave se habían nombrado siete cardenales como candidatos del rey de España, en otro podría disminuirse aún este número, de suerte que con el tiempo el rey de España únicamente nombraría y elegiría al Papa. Abiertamente declararon muchos cardenales, que esto era una tiranía, que todo amigo de la libertad eclesiástica, de la grandeza de la Iglesia y de la conservación de la dignidad cardenalicia de ninguna manera podía soportar. Que al contrario semejante proceder había de combatirse con decisión, pues no se podía tolerar que el colegio cardenalicio se dejase imponer un yugo tan pesado. Era un débil consuelo el que se supusiera que las disposiciones tan nuevas como insoportables procedían más bien de los embajadores que del rey, a quien por sus piadosos sentimientos sólo de mala gana se creía capaz de tan malos medios. Indicábase también, que en los anteriores conclaves de Julio III, Marcelo II y Paulo IV no solamente habían quedado desatendidas tales nominaciones, sino también sido la causa principal de que alcanzasen la tiara precisamente aquellos a quienes se había excluido (1).

Al anochecer del 12 de octubre corrió la voz en Roma de que la elección del antiguo cardenal Marco Antonio Colonna era cierta.

observar (loco cit.): *Fra le sette [candidatos de España] hebbe sempre buon numero Paleotto et fra le cinque [candidatos de Montalto] Verona et Salviati. In questi tre si conosceva veramente l'inclinatione universale de cardinali et in Verona in particolare havendo in tutto il tempo, che durò il conclave, avanzato di voti nello scrutinio ciascun cardinale. Faceva desiderabile Paleotto et Verona al collegio la bontà della vita, l'umanità della natura, l'eruditione delle lettere, ch'era in ciascun di loro, se bene di diverso genere, et Salviati oltre alla vita lodevole, ch'egli haveva sempre vissuta, la stima più che ordinario del valor dell'huomo, l'opinione certa, che haveva ciascuno ch'egli havesse l'animo sgombrato da ogni passione et affetto verso li congiunti suoi, qualità sommamente desiderabili in persona, che aspiri alla grandezza del pontificato. *Biblioteca de los servitas de Innsbruck*. Sobre la candidatura de Valiero cf. también *Carte Stroz.*, I, 269 s.

(1) V. Conclavi, 243 s. y Marette en Herre, 492. Por lo demás uno de los pasajes aquí comunicados, ya antes había sido publicado por Sägmüller, Bulas sobre la elección pontificia, 252, nota 3, sino que éste no sabía que procedía de Marette. Sobre el descontento general del proceder de los españoles cf. también la *relación de Julio Marette al duque de Ferrara, fechada a 3 de octubre de 1590, *Archivo público de Módena*.

Ya en muchos parajes de la ciudad colocóse el escudo de esta familia con la triple corona y las llaves, ya los Colonnas recibieron las enhorabuenas de sus partidarios (1). Tanto mayor fué el desengaño, cuanto los adversarios de Colonna, a cuyo frente volvía a estar Sforza, lograron hacer fracasar las muy adelantadas negociaciones (2).

Después que los ánimos de los electores se hubieron rehecho de la excitación que ocasionó la candidatura de Colonna, y hubieron tenido mal éxito los afanes de Montalto y Sforza por sacar a flote a Laureo (3), los españoles el 15 de octubre hicieron una tentativa para procurar la tiara a su adalid Madruzzo. Aunque el prelado de Trento parecía apropiado para la suprema dignidad por sus muchos méritos innegables, tuvo sin embargo que contar con tan numerosos adversarios, que también su candidatura quedó sin probabilidad ninguna. Muy especialmente trabajaron contra él los dos cardenales venecianos Valiero y Morosini, los cuales tanto por los litigios de su república con Austria, como por los sentimientos españoles de Madruzzo temían las cosas peores para Italia como para Francia, si este cardenal fuese Papa. Sforza y Aragón hicieron valer el interés nacional, diciendo que el papado no debía quitarse de las manos de los italianos. Que como Madruzzo no tenía más que 54 años de edad y siendo Papa llenaría el Sacro Colegio de partidarios del emperador y Felipe II, había la probabilidad de que se le diese por sucesor un miembro de su familia. Se indicaba también, que Madruzzo por su mal de gota no podría ejecutar las ceremonias que incumben a un Papa, y que tenía muchísimos parientes. Con especial

(1) *Alle 4 hore di notte erano usciti avvisi di conclave dalli Colonnesei et da altri cardinali et conclavisti della certezza, che si haveva del pontificato del card. Marcantonio. Per Roma s'attaccorno delle arme Colonnesei con il Regno et con le chiavi sopra. La sig^{ra} Felice, madre del card. Ascanio, riceveva le congratulationi, diede grosse mance a chi gli portò il primo avviso di tanta felicità. Il sig. Martio, nipote di Colonna, haveva la casa piena de amici et di servitori che con parole gravi contra Sforza godevano come certa tanta grandezza. Il card. Ascanio fece intendere al sig. Martio esser bene che invitasse per la mattina seguente più numero de baroni, che fosse possibile, accioche portassero sopra le spalle il nuovo Pontefice in S. Pietro non convenendo che un Papa Colonnese fosse portato sopra le spalle di villi palafrenieri. Maretti, Conclave, p. 56, *Biblioteca de los servitas de Innsbruck*.

(2) Sobre los adversarios de Colonna informa *Maretti con más exactitud que la relación de los Conclavi impresos, 241; v. el pasaje en el núm. 42 del apéndice, *Biblioteca de los servitas de Innsbruck*. Cf. también Pacini, 15 s. y la *relación de Julio Maretti, de 10 de octubre de 1590, *Archivo público de Módena*.

(3) V. Conclavi, 241 s.; Herre, 489 s.; Pacini, 19 s.

empeño trabajaba Mendoza por Madruzzo. Pero el cardenal Pierbenedetti le resistió con violencia, lanzando invectivas contra la insolencia de los españoles, que querían tiranizar el conclave y excluir a todo aquel, aun el mejor, que no fuese un débil instrumento de Felipe II en los negocios de Francia. A los partidarios de Madruzzo no les faltó, según Maretti, la necesaria decisión. Dió el golpe definitivo el que al fin tampoco Montalto pudiera resolverse por Madruzzo (1).

Mientras todos los intentos de Madruzzo por ganar a su adversario Montalto para alguno de los siete cardenales de la lista española, quedaron sin resultado (2), el nepote de Sixto V por su parte presentó una lista opuesta de cinco cardenales: Aldobrandini, Laureo, Valiero, Salviati y Médicis; pero ninguno de éstos consiguió la aceptación de Madruzzo, el cual mantuvo sus candidatos de un modo inconvencible (3).

Montalto, todavía especialmente irritado por un escrito injurioso contra Sixto V, difundido por los de la liga (4), declaró que antes quería morir en el conclave, que ceder (5).

Se conoció claramente, que los españoles recusaban a los cinco candidatos presentados por Montalto sólo porque los tenían por amigos de Francia, que deseaban la conservación de la independencia de este reino. Por efecto de esto a muchos cardenales se les abrieron

(1) Sobre esto cf. la relación de Maretti, *Conclave, Biblioteca de los servitas de Innsbruck. Respecto de las quejas de Pierbenedetti hace observar Lector (Le conclave, París, 1894, 536) con verdad, que eran la más clara demostración de que los españoles en el conclave sólo tenían en su favor el derecho del más fuerte.

(2) Cf. la *relación de Julio Maretti de 20 de octubre de 1590, Archivo público de Módena.

(3) Cf. las *relaciones de Sporeno de 20 y 27 de octubre, 3, 9, 17 y 24 de noviembre de 1590, Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck. V. también la *carta de Cattaneo de 18 de octubre de 1590, Archivo Gonzaga de Mantua.

(4) *In questo tempo venne in conclave una lettera scritta da Parigi al cav. Diu, ambasciatore per la lega, dentro alla quale era un'istruzione molto injuriosa contra Papa Sisto zio di Montalto. La lettera et l'istruzione dal Diu fu mandata in conclavi et letta in cappella alla presenza di tutti i cardinali offese notabilmente Montalto di maniera che vedendo il poco rispetto che per ordinario havevano li Spagnuoli a lui et il disprezzo che mostravano verso la memoria del zio, lo rese più implacabile contra Spagna. Maretti, *Conclave, p. 91, Biblioteca de los servitas de Innsbruck.

(5) V. la *relación de J. Maretti, de 24 de octubre de 1590, Archivo público de Módena, y el *Avviso de 31 de octubre de 1590, Urb., 1058, p. 559, Biblioteca Vaticana.

los ojos, y cuanto más el conclave se prolongaba indebidamente por la obstinación de los españoles, formábase una opinión hostil para Felipe II. Originóse, como dice Lelio Maretti, entre los cardenales italianos un partido francés, del cual al principio del conclave no había existido todavía huella alguna (1). Montalto hízose adalid de los cardenales antiespañoles, ciertamente más por motivos personales que por reales. También en otros cardenales eran preferentemente semejantes respetos la causa determinante, y en algunos hasta su interés en las apuestas hechas sobre el éxito de la elección pontificia (2), de suerte que originóse una confusión y desunión cual no se había visto desde dos generaciones (3).

Con el ardor de las pasiones se habían desatendido desde el principio las severas prescripciones que prohibían toda comunicación con el mundo exterior. Las disposiciones contra esto quedaron sin resultado; lo mismo que antes se tenía en la ciudad exacta noticia de los sucesos del conclave (4).

Mientras en éste reinaba un completo caos y laberinto (5), Roma estaba amenazada por falta de trigo y por los bandidos que hacían estragos en las cercanías. A todo esto se añadía aún el peli-

(1) *Appariva ogni di più l'errore fatto da Spagna con la nominatione di sette et esclusione degl'altri non solo per la divisione, che partori nel conclave et per l'ostinatione così gagliarda che ci introdusse, ma per haver suscitata una scola de cardinali Francesi negl'Italiani senza che all'entrar del conclave ve ne fosse pensiero o almeno fondato disegno conoscendosi chiaro che l'esclusione di Salviati et Mondovi, Firenze, Verona et Aldobrandino non haveva altra ricoperta che l'esser giudicati questi cardinali amici di quel regno et desiderosi, che si riunisse in un capo, in modo che li Spagnoli con questa scoperta unirno alli cinque molti deboli, vi fecero dichiarar molti dubii et apersero gl'occhi di molti cardinali a questo interesse, che senza questa occasione pocchi ve ne sarebbono stati che ne havessero tenuto conto et in vero era cosa meravigliosa vedere in conclave il card. di Sans [Pellevé] solo Francese tutto di Spagna et tanti cardinali Italiani affettionati a Franza senza capo e senza Rè. Maretti, Conclave. p. 91, *Biblioteca de los servitas de Innsbruck*. Cf. *ibid.*, 118.

(2) V. *ibid.*, 101; Herre, 512.

(3) V. la *relación de Brumano de 10 de noviembre de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. también la carta de F. Orsidi en Nolhac, *Bibliothèque*, 445 s. y la relación estense en Ricci, II, 32.

(4) V. el *Avviso de 17 de octubre de 1590, Urb., 1058, p. 531, *Biblioteca Vaticana*. Intentóse introducir en el conclave una noticia en la cabeza de un pescado; v. Maretti, *Conclave, p. 284, *Biblioteca de los servitas de Innsbruck*. Cf. también J. P. Mucancio en Gatticus, 340 s.; *Maretti, loco cit., 102; Hirn, II, 408; Herre, 494, 499.

(5) V. el *Avviso de 27 de octubre de 1590, Urb., 1058, p. 550, *Biblioteca Vaticana*.

gro de una inundación del Tíber por efecto de las continuas lluvias (1). Hacia mediados de noviembre, como no había aún probabilidad de una avenencia de los electores, se temía que estallasen tumultos (2). A pesar de esto la desunión entre los cardenales iba todavía en aumento (3). Un cambio parecía poder esperarse solamente, si dentro de uno de los dos partidos que estaban en oposición, se producía un aflojamiento. Esto sucedió primeramente en la parcialidad hostil a España. El mismo Montalto comenzó a ver la imposibilidad de llegar al término sin los españoles. Declaróse dispuesto a cooperar a la elección de Santori, de lo cual Sforza procuró desviarle por todas maneras. Sin embargo de eso mostróse al fin que la candidatura de Santori estaba tan desahuciada como los afanes de los adversarios de España por Laureo y Valiero (4).

Además de Santori los españoles se habían afanado repetidas veces por Paleotto, como lo habían hecho por Madruzzo, pues esperaban poder dominarle enteramente cuando fuese Papa (5). Entre todos los cardenales de Felipe II a ninguno tenía Montalto tanta aver-

(1) Cf. la *relación alemana enviada desde Roma a 27 de octubre de 1590, en la cual se nombran como cabecillas de los bandidos Marcos Sciarra, el conde della Corgna y Bastiletto, *Archivo de Wittingau*, Hist., núm. 5505. Sobre los bandidos cf. también Fusai, B. Vinta, 49. La falta de trigo reinaba entonces en todo el Estado de la Iglesia; v. *Diarium P. Alaleonis al 19 de noviembre de 1590, Barb. 2815, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. los *Avvisi de 24 de octubre, 3, 10, 14, 17 y 21 de noviembre de 1590 (Si dubita grandemente di tumulto, se si tarda a fare il Papa, perchè ci è pochissimo grano e quel che ci è, è in mano de potenti). Urb., 1058, p. 545 s., 561, 575, 584, 588, 602, *Bibl. Vaticana*. Los bandidos parecen haber sido apoyados por los Colonnas (v. Mutinelli, I, 191); lo mismo se sospechaba de parte del embajador español, pero sin razón (v. Herre, 505).

(3) V. el *Avviso de 28 de noviembre de 1590, Urb., 1058, p. 614, *Biblioteca Vaticana*. *Io no parlo del conelave, escribía Brumano en 24 de noviembre de 1590, perchè le cose sono hormai tanto desperate; los españoles y Montalto tutti stanno sul duro et duro. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) V. Herre, 508 s. 511 s.; Facini, 27 s.

(5) *Era Paleotto cardinale nato in Bologna da famiglia nobile et da Pio IV era stato levato dalla Rota, dove era stato molt'anni auditore et tirato al cardinalato ancorche nella gioventù havesse dato qualche volta segno di non haver il cervello interamente sano e perseverato qualche tempo in quella dispositione. Era tenuto da chi lo conosceva huomo di costumi buoni, di volontà retta, zelante della religione et dell'honor di Dio, ma di spiriti bassi, d'intelletto debole e di valor non accomodato a tanto peso et per questo creduto, che fosse entrato nella nomina di sette et desiderato da Spagnuoli per Papa pensando per via della coscienza et della debolezza di tirarlo in tutti i fini et desiderii loro. Maretti, Conclave, p. 239, *Biblioteca de los servitas de Innsbruck*. Cf. además el juicio de Tirante Bongiovanni en Herre, 419, nota 1.

sión como a Paleotto. Una nueva tentativa para procurar a éste la tiara, pareció conducir al término el 4 de diciembre. Paleotto obtuvo 33 votos; por tanto, sólo le faltaban todavía tres para la mayoría de dos tercios. Éstos ciertamente no se pudieron alcanzar en seguida. A pesar de esto Montalto tenía todos los motivos para estar sumamente temeroso. Los venecianos Morosini y Valiero mostraron inclinación a pasarse al bando de los amigos de Paleotto. Con esto amenazó también Sforza, si Montalto no se resolvía finalmente a votar por uno de los dos candidatos nombrados por Olivares, que hasta entonces habían estado muy en segundo término, y en quienes las oposiciones menos chocaban entre sí. Eran éstos Facchinetti y Sfondrato. Montalto se resistió mucho tiempo a abandonar a sus antiguos aliados Florencia y Mantua; sólo cuando Madruzzo hizo nuevamente todos los preparativos para la elevación de Paleotto, cedió en la noche del 4 al 5 de diciembre y en una conferencia con Sforza se obligó a cooperar a la elección de Facchinetti o Sfondrato (1). Por cuál de ambos debía decidirse, apenas podía serle dudoso. Aunque Aragón, Salviati, Laureo y Caetani intercedieron con ardor por Facchinetti, el nepote de Sixto V creyó haber de temer menos del blando, condescendiente y pacífico Sfondrato que de Facchinetti. Montalto temía principalmente, que éste le guardase rencor por haber resistido a su elevación únicamente por respeto a Florencia (2).

Madruzzo desconfió de la súbita condescendencia de Montalto y por eso no mostró ningún especial apresuramiento (3). Tanto más diligentes fueron Montalto, Aragón, Altemps y Sforza. En breve tiempo lograron asegurar todo lo esencial (4), de suerte que al fin

(1) V. *Maretti, loco cit., 262 ss., 268 s., el *Avviso de 5 de Diciembre de 1590, Urb., 1058, p. 264, *Bibl. Vaticana*, y la *relación de Cattaneo de 5 de Diciembre de 1590, *Archivio Gonzaga de Mantua*. Cf. también la *relación de Carlos Grotti al duque de Ferrara, fechada en Roma a 8 de diciembre de 1590, *Archivio público de Modena*; Herre, 526 s.; Ricci, II, 32; Facini, 33 s.

(2) Además de la relación de los Conclavi, 276, cf. también Maretti, *Conclave, p. 268 s., *Biblioteca de los servitas de Innsbruck*.

(3) El autor de la relación de los Conclavi así como Maretti ven en la reserva de Madruzzo la secreta esperanza de que él mismo podría ser todavía Papa; con todo esta suposición es falsa; v. Herre, 529.

(4) *Cominciata la prattica di Cremona intorno al far del giorno fu condotta con tanta velocità et così felicemente che in spatio d'un hora e mezza fu conclusa la sua grandezza e ritirato nel letto quasi dalla più parte de cardinali intorno alle 13 hore fu condotto nella cappella Paolina, dove fu eletto a viva voce (Maretti, *Conclave, p. 276, *Biblioteca de los servitas de Innsbruck*). En el *Diarium P. Alaleonis está anotado al 5 de diciembre de 1590 lo siguiente: Summo mane, practica praecedente secrete facta a Dominis de factionibus, cardinales

tuvo término la orfandad de la Iglesia, lamentada nada menos que por Torcuato Tasso en un soneto (1). En la madrugada del 5 de diciembre Sfondrato fué elegido Papa por unanimidad. En agradecida memoria de Gregorio XIII, que le había llamado al Sacro Colegio, llamóse Gregorio XIV (2).

Si los romanos se llenaron de júbilo (3) y Torcuato Tasso dedicó al nuevo Papa una de sus más hermosas poesías (4), estas manifestaciones en tanto estaban justificadas, en cuanto que Gregorio XIV era personalmente un varón tan noble como piadoso. En oposición a muchos de sus colegas Sfondrato durante todo el conclave, que duró 57 días, no había pretendido en lo más mínimo la tiara, que ahora le había cabido en suerte, pero precisamente por esto se había granjeado muchos amigos (5). Cuando Montalto fué a la celda de Sfondrato para notificarle que la mayoría se había puesto de acuerdo sobre él y se le quería elegir, hallóle orando de rodillas ante el crucifijo (6).

Durante el largo conclave habían aparecido las más diversas candidaturas. Los partidarios del cardenal Simoncelli de Orvieto (7)

unanimis duxerunt Sfondratum... valetudinarium, quem e lecto surgere fecerunt et festinant vestire, ad Capellam Paulinam indutum rochetto absque mozzetta, quae pro celeritate non fuit inventa, et pro nimio gaudio suorum conclavistarum, et propter diligentiam, quam cardinales faciebant in conducendo ipsum, ut in S. P. eligerent et adorarent, et sic istam electionem per adorationem fecerunt (Barb. 2815, p. 127^b, *Bibl. Vaticana*). Brumano refiere al 5 de diciembre de 1590: *A Dio che fa gli pontefiel è piaccinto che sia fatto questa volta il s^r cardle di Cremona che si dichiara Gregorio XIV et è stato tanto all'improvviso che poche hore vi sono interposte et in tempo che pochi cresero fosse possibile et il tutto è concluso da Montalto per fugire S^{ta} Severina et Palleoto, come del tutto a pieno V. A. intenderà da mons^{re} Cattaneo. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(1) V. Solerti, *Vita di T. Tasso*, I, Roma, 1895, 665.

(2) En su *breve a Jacobo Boncompagni, duque de Sora, fechado a 29 de diciembre de 1590, dice Gregorio XIV: Beneficiorum honorumque in nos a fel. rec. Gregorio P. P. XIII praedecessore nostro, cuius nomen ea causa libenter sumpsimus, collatorum recordatio nunquam ex nostro animo delebitur (Arm. 44, t. 35, *Archivo secreto pontificio*). La *Relazione del conclave di Gregorio XIV, que se halla en el Cód. 58 de la *Biblioteca comunale de Viterbo*, refiere que Sfondrato rehusó el nombre de Alejandro VII propuesto por Montalto.

(3) V. Silv. Carrari, *Trionfo di Roma nella creazione del beat. N. S. Gregorio XIV*, Trevigi, 1591.

(4) La canción: Da gran lode immortale del re superno, imprimióse en Roma ya en 1591; v. Solerti, *Rime di T. Tasso*, Bologna, 1898, 253; cf. *Opere min.*, IV, núm. 81.

(5) V. Marette, *Conclave, p. 145, loco cit.

(6) V. Conclavi, 276.

(7) Sobre este príncipe de la Iglesia cf. *Concl. Trid.*, II, 502, nota 2.

procuraron trabajar en su favor con la difusión de la conocida profecía sobre los Papas, atribuida a San Malaquías, arzobispo de Armagh en Irlanda († 1148). Contiene ésta 111 breves sentencias que dan los rasgos distintivos de los Papas desde Celestino II (1143) hasta el fin del mundo, las cuales se publicaron por primera vez en 1595 por el benedictino Arnaldo Wion sin indicación de fuentes (1). Las dudas sobre su autenticidad, que pronto se suscitaron, están enteramente justificadas. Aunque algunos de los rasgos característicos de los Papas que se sucedieron desde aquel tiempo hasta 1590, son verdaderos, otros con todo tienen gran falta de precisión; varios son lisa y llanamente disparatados y no se pueden poner en consonancia con la historia real sino con violencia. La seria investigación no puede dar a esta obra más importancia que a otras profecías sobre los Papas que a fines del siglo XVI se difundieron por la imprenta y fueron creídas por muchos (2). La Iglesia de Cristo no necesita de semejantes profecías inventadas; bástale la promesa de Cristo, de que contra su Iglesia, edificada sobre la roca, Pedro, nada pueden las puertas del infierno.

(1) V. *Lignum vitae*, Venetiis, 1595, 307 s. Posteriormente se han hecho numerosas impresiones (v. Moroni, LV, 288 s.) y recientemente la ha editado también Gfrörer, *Prophet. vet. pseud.* (1840), 433 s.

(2) A los antiguos combatidores de la autenticidad, entre los cuales sobresale principalmente el jesuita francés Menestrier († 1705), se ha juntado casi unánimemente la moderna investigación. El único defensor moderno, J. Maitre (*La Prophétie des Papes attribuée à S. Malachie*, Beaune, 1901), a pesar del gran lujo de erudición empleado en favor de la autenticidad del escrito no ha podido alegar ni una sola razón sólida. Cf. Paulo en *El católico*, 1901, II, 577 ss.; *Anal. Boll.*, XXII (1903), 98; Schmidlin en el presente literario para H. Finke (1904), 1-40. V. también Bute en la *Dublin Review*, XCVII (1885), 369-386 y Vacandard, *Études de critique et d'hist. relig.*, 4.^a serie, París, 1923. Según Premoli, probablemente Alfonso Ceccarelli es el autor de la falsificación; v. *Arcadia. Atti*, 1917, I, 247 y *Rassegna nas.*, XLI (1919).

II. Gregorio XIV (5 de dic. de 1590 hasta 16 de oct. de 1591)

I

Nicolás Sfondrato, que con el nombre de Gregorio XIV fué el sucesor de Urbano VII, descendía de una antigua familia noble, domiciliada primitivamente en Cremona (1), y luego trasladada a Milán (2). Su padre Francisco, senador de Milán, gozaba de grande crédito con Carlos V y prestó al emperador importantes servicios. Después de la muerte de su esposa Ana Visconti había entrado en el estado eclesiástico, sido encargado por Paulo III de importantes comisiones y en 1544 nombrado cardenal, y en el conclave de 1550 se había hallado entre aquellos que tenían probabilidad de ser Papa (3).

El hijo de Francisco, Nicolás, había venido al mundo el 11 de febrero de 1535, dos meses antes de tiempo (4). De ahí le quedó

(1) V. Vairani, *Cremon. Monum.*, II, Romae, 1778, 80 s. Cf. Bresciani, *I dottori del collegio di-Cremona*, Cremona, 1652, 18 s.

(2) Cf. P. Morigia, *Illustre raccolta nella quale si descrive sommariamente la progenie del S. P. Gregorio XIV di casa Sfondrata*, nob. Milanese, Milano, 1591.

(3) Cf. nuestros datos de los vols. XII y XIII y bibliografía especial allí citada.

(4) De los contemporáneos cf. Ant. Cicarella, *Vita Gregorii XIV* (en las posteriores ediciones de Platina) y Greg. Polidori, *Gregorianum, in quo de XIV Gregoriis Rom. Pont. vitae, mores et gesta pertractantur*, Florentiae, 1598. V. además Ciaconio, IV, 78 s., 214 s.; Moroni, XXXII, 304 s.; *Famiglie nobili Milan.*, VIII, Milano, 1879. La obra anunciada por D. Bergamaschi: *Vita e pontificato di Gregorio XIV* (v. *Arte e storia*, XXV, Firenze, 1906, núm. 19-20) no se ha publicado. La monografía de María Facini: *Il pontificato di Gregorio XIV* (Roma, 1911), valiosa por utilizarse numerosas fuentes inéditas, trata sólo de la actividad política en sus puntos principales (v. Spezi en la *Riv. stor.*, 1913, 189 s.); el juicio total no es acertado, porque no se aprecia la importante actividad eclesiástica.

una constante debilidad de cuerpo. Estudió en Perugia y Padua entrambos derechos (1) y luego se resolvió a entrar en el estado eclesiástico. Fué decisiva para la dirección de su vida su admisión entre los familiares de San Carlos Borromeo. Pronto se despertó también el interés de Pío IV por el sacerdote ejemplar; nombróle en 12 de marzo de 1560 obispo de Cremona. Como tal Sfondrato el 31 de marzo de 1561 fué al concilio de Trento, donde principalmente a su impulso se dió el decreto contra la acumulación de beneficios (2). Vuelto a su diócesis después de la terminación de la asamblea eclesiástica, por efecto de la falta de sacerdotes (3) halló allí circunstancias difíciles. El celoso obispo procuró poner remedio con la introducción de los teatinos y barnabitas (4) y con la visita pastoral de su diócesis (5). En 1580 tuvo un sínodo, que tomó saludables resoluciones de reforma. Sumamente grande era la caridad de Sfondrato, la cual manifestó principalmente en el año jubilar de 1575 con los peregrinos que fueron a Roma. Gregorio XIII en 12 de diciembre de 1583 concedió la sagrada púrpura a este insigne prelado (6). El nuevo cardenal no hallaba ningún gusto en los negocios de la curia. Tan pronto como le fué posible, volvióse a su obispado, donde trabajó promoviendo reformas (7); sólo en ocasiones extraordinarias se presentaba en Roma.

El cardenal Sfondrato, que era también muy apreciado por San Felipe Neri (8), en todo estaba lleno de las severas ideas de la reforma católica. Las relaciones auténticas entre las virtudes del Papa hacen resaltar sobre todo su pureza angelical, por la que recordaba a su contemporáneo San Luis Gonzaga (9). A pesar de su cons-

(1) Este tiempo de sus estudios lo recuerda Gregorio XIV en su **breve al dux*, fechado a 26 de diciembre de 1590, Arm. 44, t. 35, *Archivio segreto pontificio*, su original en el *Archivio pubblico di Venezia*, Bolle.

(2) **Cartas de Sfondrato desde Trento a su hermano en el Cód. 1608 de la Biblioteca Trivulsi de Milán.*

(3) Cf. una carta de Sfondrato en Campori, *CIII lettere ined.*, 35 s. *Ibid.*, 37 hay una carta de Sfondrato, de 25 de octubre de 1585 sobre una visita de conventos que le encargó Sixto V.

(4) Cf. M. Testi, *I Barnabiti a Cremona sotto il generalato di s. A. Sauli e fglì auspici di N. Sfondrati vescovo*, Milano, 1908.

(5) Las **actas de visita de 1576 se hallan en el Archivio episcopale di Cremona.*

(6) Cf. nuestros datos del vol. XIX.

(7) Cf. *Bibl. pontificia a Lud. Iacobo a S. Carolo, Lugduni*, 1643, 100.

(8) Cf. Bacc., *Vita di S. Fil. Neri*, Milano, 1888, 64.

(9) Cf. abajo, pág. 296, nota 3, el **Avviso de 5 de diciembre de 1590, Biblioteca Vaticana.*

tante flaqueza y falta de salud ayunaba Sfondrato todos los viernes y todos los miércoles se abstenía también de comer carne. Daba principio a sus ocupaciones diarias con el rezo de los siete salmos penitenciales y una hora de oración mental. El breviario y el Oficio Parvo de la Santísima Virgen, que reclaman hora y media, siempre los rezaba de rodillas. Su autor predilecto era San Bernardo, de cuyas obras hizo extractos con mucha diligencia. Desde su ordenación sacerdotal Sfondrato se había puesto por regla confesarse diariamente y ofrecer cada día el santo sacrificio, si la enfermedad no se lo impedía. En este caso se hacía dar la sagrada comunión por un sacerdote. Como era extremadamente templado en el comer y beber, nunca había gustado vino hasta los 18 años. Los médicos creían que el mal de piedra del Papa procedía de que casi sólo había bebido agua (1). Aunque afligido frecuentemente con dolores, siempre se veía en su semblante una modesta sonrisa (2).

Como antes estuvo unido Sfondrato con San Carlos Borromeo por una íntima amistad, así más tarde con San Felipe Neri. Al igual que éste vivía retirado y era humilde y piadoso. Conforme al modelo de estos santos confundía a sus adversarios personales con el especial amor que les mostraba. Durante el conclave, fuera del cardenal Monte, que defendía los intereses del gran duque de Florencia, especialmente los dos cardenales Gonzagas habían trabajado contra la elección de Sfondrato. Cuando éstos se acercaron al nuevo Papa, causó general admiración el que abrazase a los dos, no una vez, como era costumbre, sino tres veces (3). El nuevo Papa

(1) V. Cicarella, loco cit. Cf. L. Gualino, *La litiasi di Pio V*, Roma, 1925, 3. Sobre las ideas severas del cardenal Sfondrato cf. también su carta de 1584 en *Miscell. di Studi e docum. d. Soc. Lomb.*, 1903, 134.

(2) V. el *Avviso de 5 de diciembre de 1590, en la nota que sigue. Al embajador de Luca dijo el mismo Papa, que no podía esperar verse nunca libre de sus padecimientos; v. *Studi e docum.*, XXII, 196. El exterior de Gregorio XIV lo reproducen muy bien los bustos de bronce de Sebastián Torrigiani, de los cuales se hallan ejemplares en el castillo de Friedrichskron, en poder de Pierpont Morgan y en el Conservatorio de las artes y oficios de Reichenberg; cf. *Museo real de Berlín, Descripción de las esculturas de épocas cristianas*³, Berlín, 1914, II: Los bronceos italianos, por F. Goldschmidt, I, 2. Retratos de Gregorio XIV, grabados por F. van Hülzen y Nicolás van Aelst; medallas v. Armand, *Les médailleurs ital.* des 15^e et 16^e siècles, I, París, 1879, 170.

(3) *Si dice, léese en el Aviso de 5 de diciembre de 1590, que S.^{ta} sia vergine a nativitate et secondo sin qui si è visto di spirito poco, mal sano, urinando sangue ogni poco che fa esercizio violento o si sbatte in cocchio. Ha del continuo un riso modesto in bocca. Ha tenuto sempre buona casa sebene con poca entrata e con debiti. Et quando i cardinali Gonzaga, che l'hanno attra-

es un varón santo, juzgaba el embajador romano del duque de Parma; es muy piadoso y tan gran amigo del rey de España y del duque de Saboya como enemigo declarado de los herejes (1).

A pesar de todas las excelentes cualidades Gregorio XIV no solamente por su constante falta de salud, sino también por su condición mansa, apacible y demasiado condescendiente y su completa inexperiencia política, no era adecuado a la grave incumbencia que había recaído sobre él como Papa (2). Tenía las mejores intenciones, pero su natural blando no era apropiado para el gobierno, lo cual ya se había mostrado durante el desempeño de su cargo de obispo (3). Para cosas prácticas, para las cuestiones políticas en que ahora se había de ocupar, su alma inocente, ingenua y poco conocedora del mundo no tenía ningún sentido. Habiendo nacido súbdito del monarca español, que había cooperado de un modo decisivo a su elevación a la silla de San Pedro, érale tanto más adicto, cuanto veía en la conservación y aumento de la monarquía española un porvenir feliz para la Iglesia católica. Así tenía Oliva-

versato a più potere per ordine del duca di Mantova, gli sono andati a baciare i piedi, sono stati abbracciati tre volte da S. B^{ne} quasi in segno di mortificatione et in somma è amatore della povertà non meno che della religione et giustitia. Urb., 1058, p. 624, *Biblioteca Vaticana*.

(1) *Carta de Lauro Dubliul a monseñor Froissart de Bruselas, fechada en Roma a 24 de diciembre de 1590, *Négociat. de Rome*, I, *Archivo público de Bruselas*. Cf. también el juicio que hay en Schweizer, II, 254, nota 2.

(2) El juicio que se formó sobre el nuevo Papa luego después de la elección, descríbelo Maretti del modo que sigue, enlazándolo con el hecho de que se llamase según Gregorio XIII: *Fu grato questo nome a chi si ricordava del giusto et caritevol governo di Gregorio XIII sperando che questo Papa fosse per imitarlo nella vita et nell'amministrazione del pontificato come haveva voluto imitarlo col nome. Ma non già si promettevano tanto di lui quelli che conoscevano la debolezza et la poca abilità sua al governo delli stati temendo molto che trovandosi lo stato della chiesa così afflitto dalle gravetze, dalla fame et da banditi et la Francia in tanto pericolo di perdere la religione et di rimanere senza capo, che il pontificato suo non dovesse essere di quell'utilità che si sarebbe desiderato dal mondo. Conclave, p. 277, *Biblioteca de los servitas de Innsbruck*. Cf. también arriba, pág. 280, nota 6, el juicio del *Avviso de 3 de octubre de 1590. Sporeno hizo observar entonces acerca de Gregorio XIV: qui licet sit bonae et sanctae vitae, sed quoniam est nimis flegmaticae et frigidae naturae et in rebus gerendis non multum versatus, parece el menos apropiado para Papa (*carta de 6 de octubre de 1590, *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*). El estado enfermizo de Gregorio XIV mostrábase claramente en sus facciones de hombre rendido, las que Sebastián Torrigiani ha reproducido muy bien; cf. Sobotka en el Anuario de las colecciones prusianas de arte, XXXIII, 262 s.

(3) Cf. Santori, Autobiografía, XIII, 200.

res todas las razones para estar lleno de júbilo por la elección de Gregorio XIV (1).

También en la corte de Madrid estaban muy contentos de la elección de Gregorio XIV, pues el nuevo Papa procedía de una casa que siempre se había mantenido fiel a España; el hermano de Gregorio, Hércules, había militado mucho tiempo por sí mismo en los ejércitos españoles. A esto se añadía el natural blando y tranquilo de Gregorio y su inexperiencia en los negocios políticos de importancia (2). Para comunicar su elección Gregorio XIV dirigió a Felipe II, además del breve oficial de 5 de diciembre de 1590 (3), dos días más tarde todavía una carta autógrafa, en la que reiteraba las gracias por el apoyo prestado a su elección y hacía notar que creía satisfacer de la mejor manera a su majestad, no teniendo ante los ojos ninguna otra cosa que el servicio de Dios, la salud de los pueblos, la extirpación de las herejías, la conversión de los infieles, la reforma de la Iglesia y la paz de la cristiandad (4). El nuevo Papa dió una gran prueba de su benevolencia con el monarca español, concediéndole ya el 23 de enero de 1591 no solamente la recaudación del llamado *Excusado* y del *Subsidio* por cinco años, sino también la recaudación de la Cruzada por otros seis años, con lo cual afluyeron al tesoro del rey dos millones de ducados (5).

II

Las tristes palabras que se leen en el sepulcro de Adriano VI: «¡Oh! cuánto importa en qué tiempo cae la labor aun del hombre más excelente», pueden aplicarse también a Gregorio XIV. La situa-

(1) V. Herre, 351 s., 544. Cf. Facini, 37, 41. José Campori notificó al duque de Ferrara que la elección piace et sodisfa tanto a questi ministri di Spagna che non si può esprimere. Que asimismo era grande el dolor de los embajadores de Médicis. *Carta de 5 de diciembre de 1590, *Archivio público de Módena*.

(2) V. T. Contarini en Albèri, I, 5, 438.

(3) *Arm. 44, t. 35 del *Archivio segreto pontificio*. Las *Epistolae Gregorii XIV ad principes et alios* están compuestas por Marcelo Vestrio Barbiano secretario (cf. Bonamicus, *De claris pontif. epist. scriptoribus, Romae*, 1753, 314). Una copia hecha manifestamente por Raynaldo se halla en el Cód. I-58 de la *Biblioteca Vallicelliana de Roma*.

(4) V. **Lettere di proprio pugno*, Arm. 45, t. 41, p. 7, *Archivio segreto pontificio*.

(5) V. **Indice de las concesiones que han hecho los Papas de la Cruzada, Subsidio y Excusado*, *Archivo de la embajada española de Roma*.

ción general del mundo así como la del Estado de la Iglesia eran tales, que se había de mostrar que no eran suficientes las fuerzas de este varón blando y enfermizo (1). Luego después de la elección se sintió tan enfermo, que hasta el 7 de diciembre no pudo dar principio a las audiencias de los cardenales y embajadores (2). Conoció al punto, que en atención a su corporal estado de salud necesitaba un apoyo. Creyó que éste lo hallaría mejor que en ninguna otra parte en aquellos hombres que se conformaban del todo con su dirección estrictamente eclesiástica. Por esto llamó al punto a Roma al teatino Jerónimo Feri de Bari, al franciscano Panigarola, célebre como predicador, y a varios parientes, entre los cuales a Pablo Emilio Sfondrato, hijo de su hermano (3). Feri y Panigarola tenían sentimientos rigurosamente eclesiásticos, pero les faltaba experiencia política.

El papel principal se destinó de antemano para Pablo Emilio Sfondrato, el cual desde su juventud estaba en las más estrechas relaciones con San Felipe Neri. Como con este santo, así también con sus discípulos Francisco María Tarugi y Baronio le ligaba la más íntima amistad (4). Lejos del ruido de la curia Pablo Emilio Sfondrato durante su permanencia en Roma casi como un religioso había tratado sólo con los oratorianos (5) y de éstos había tomado las ideas de la reforma católica. Por eso Gregorio XIV veía en él el hombre a propósito para la dirección de la secretaría de Estado, en lo cual ciertamente no advirtió que su sobrino, que sin duda admi-

(1) Gregorio XIV sintió esto mismo: cf. el breve a la reina viuda de Polonia en Theiner, Mon. Pol., III, 196. Según el *Avviso de 12 de diciembre de 1590, dijo el Papa con lágrimas en los ojos, che non credeva mai di possere resistere con le sue forze deboli alle fatiche (Urb., 1058, p. 637, *Bibl. Vaticana*). La coronación de Gregorio XIV efectuóse el 8 de diciembre de 1590, y su toma de posesión el 13; v. Gatticus, 396 s.; Cancellieri, Possessi, 128 s.; Facini, 44 s.

(2) V. Cicarella, Vita Gregorii XIV. Cf. el *Avviso de 8 de diciembre de 1590, Urb., 1058, p. 627, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. el *Avviso de 12 de diciembre de 1590, Urb., 1058, p. 637^b, *Biblioteca Vatic.* Pablo Emilio Sfondrato fué a Roma inmediatamente después de su nombramiento para cardenal (19 de diciembre de 1590), y el marqués de Este se presentó allí el 8 de enero de 1591; v. el *Avviso de 9 de enero de 1591, Urb., 1058, I, 17^b, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. Bentivoglio, Memorie, 79.

(5) Frequentava semplicemente la Vallicella, dice Bentivoglio, loco cit. Con esto se significa el convento romano de los oratorianos Santa María de Vallicella, pero de ningún modo, como indica Herre (545), «los tranquilos conventos de la Valtelina».

nistraba bien su abadía (1), y estaba lleno de gusto por las artes (2), no poseía aquel conocimiento y formación política que requería su nueva posición. Por esto fué un yerro fatal el haber Gregorio XIV nombrado cardenal a su sobrino el 19 de diciembre de 1590 y púes-tole al frente de la secretaría de Estado (3). Así se dió la incongruencia de que tanto el Papa mismo como su primer ministro desconocían los negocios políticos temporales (4).

El nuevo secretario de Estado, nacido en 1561, estaba en todo el vigor de la edad viril. Procedió desde el principio con tanta seguridad que todos se maravillaban (5). Como estaba seguro de la confianza del Papa, se dedicaba con ardor a los negocios (6), en lo cual le ayudaba con muy buen éxito el secretario particular de Gregorio, Juan Andrés Caligari, obispo de Bertinoro, ya muy acreditado bajo el reinado de tres Papas (7). Sfondrato tenía que llevar la dirección tanto de los negocios espirituales como de los temporales (8).

El Estado de la Iglesia era entonces castigado, como otros países, por tres plagas: los bandidos, la carestía y falta de trigo y las enfermedades contagiosas. Desde agosto de 1590 había invadido a Roma una epidemia que se manifestaba en los inficionados por ella en calenturas e intensos dolores de cabeza y con frecuencia dentro de ocho o diez días acarrearba la muerte. Los médicos atribuyeron la

(1) V. el *Avviso de 12 de diciembre de 1590, Urb., 1058, p. 637^b, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. Revista de arte plástico, 1870, 49 s.

(3) V. *Acta consist. en el *Archivio consistorial del Vaticano*; *Avviso de 19 de diciembre de 1590, Urb., 1058, p. 654, *Bibl. Vaticana*. Cf. Ciaconio, IV, 224.

(4) Cf. en el núm. 46 de! apéndice el *Avviso de 16 de octubre de 1591, *Biblioteca Vaticana*.

(5) *É vero, anotó el embajador de Urbino al Avviso de 26 de diciembre de 1590, ch'l novello cardinale fa tanto sicuramente tutte le sue attioni ch'è una meraviglia (Urb., 1058, p. 669, *Bibl. Vaticana*). Cartas del secretario de Sfondrato, Vannozzi, en Ciampi, III, 106. Comunicaciones del *Registrum litterarum ad Nuntios sub Gregorio XIV (Lett. d. princ., 150, del *Archivio segreto pontificio*) tocante a la conversión del margrave de Baden, Jacobo III, en la Revista para la historia del Rin superior, nueva serie, XII, 268 s. El marqués Alejandro Albicini de Forlì posee un retrato de Sfondrato atribuido a Guido Reni.

(6) *Il card. Sfondrato, che fa riuscita ogni dì migliore, abbraccia i negotii et spesso è all'orecchio del Pontefice. Avviso de 2 de enero de 1591, Urb., 1058, I, 2, *Biblioteca Vaticana*.

(7) V. Hinojosa, 345.

(8) Ha in mano il governo di tutte le cose, se dice en la relación de los enviados de Luca; v Studi e docum., XXII, 196.

enfermedad, que acometía principalmente a los varones de treinta a cincuenta años, en parte a la anormalidad del tiempo, a la mudanza de copiosas lluvias en grandes calores y a la mala calidad de los alimentos. En Umbría muchas localidades quedaron privadas de casi todos sus habitantes. También en Roma reinaba gran mortandad; con todo es seguramente exagerado el dato de que allí desde agosto de 1590 hasta agosto de 1591 fueron arrebatados por la muerte 60 000 habitantes, por tanto más de la mitad de toda la población (1). Hasta septiembre de 1591 no se extinguió la epidemia, la cual había invadido también la Italia septentrional (2).

Gregorio XIV procuró desde el principio socorrer a sus afligidos súbditos con abundantes limosnas y otras obras de caridad. Muchos cardenales, prelados, nobles y entre las Órdenes religiosas especialmente los oratorianos (3) y los jesuitas imitaron su ejemplo. Señalóse sobre todo San Camilo de Lellis, el cual con cuatro hermanos de su congregación cuidaba incansablemente a los enfermos e iba de puerta en puerta para distribuir medicinas y alimentos. También durante la peste y hambre que pronto se presentaron, San Camilo y los suyos ejercieron su actividad como ángeles de la misericordia (4). Más de un religioso sucumbió entonces víctima de su magnánima caridad. Entre estas víctimas se halló también un hijo de príncipes muy favorecido de Dios, que en el año 1585, teniendo sólo 17 años, había entrado en la Compañía de Jesús: San Luis Gonzaga. En el servicio de los enfermos contrajo el magnánimo joven la dolencia que le llevó al sepulcro y el 21 de junio de 1591 exhaló su alma pura (5).

(1) Según la **Descrittione di tutte le infrascritte bocche fatta ultimamente in Roma questo mese di Febraio 1591* subía ella a 116 698 almas. Ottob. 2334, p. 856 s., *Bibl. Vaticana*. Según Celli (loco cit., 331) en el año 1590 reinó mucha malaria.

(2) V. Cicarella, loco cit. El número de los muertos como en Cicarella, así también es exagerado en el **Avviso de 11 de mayo de 1591*, según el cual en dos meses habían muerto cuarenta mil personas. Urb., 1060, II, 258, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Pompeyo Pateri, **Memorie*, Manosc. Carpegna, 62, p. 57 s., *Archivo segreto pontificio*.

(4) Cf. Bäumer, San Camilo de Lellis y su Orden, Francfort, 1887, 43 s. V. también el escrito de circunstancias: San Camilo de Lellis y su Orden, Friburgo, 1914.

(5) V. Meschler, Vida de San Luis Gonzaga², Friburgo, 1891, 217 s., 230 s. V. también Cepari-Schröder, San Luis, Einsiedeln, 1891. El relieve que representa a San Luis llevando un enfermo sobre sus hombros al hospital de la Consolación, en 1911 fué sacado del hospital y trasladado al museo del castillo

En una carta conmovedora se había despedido de su madre (1). Ya en el año 1621 declaróle beato Gregorio XV. Benedicto XIII en 1726 le puso en el catálogo de los santos (2). Su cuerpo, sepultado primeramente en la cripta de la iglesita del Colegio Romano, dedicada a la Anunciación de la Santísima Virgen, fué más tarde trasladado a la magnífica iglesia de San Ignacio.

A pesar de los afanes de Gregorio XIV por remediar la indigencia en Roma, acontecía, como refiere Cicarella, que la gente se moría de hambre (3). El mismo dato se halla en una carta autógrafa de Gregorio XIV a Felipe II de 9 de diciembre de 1590, en la cual ruega a éste, que permita la exportación de trigo a Roma (4). Muchos a quienes perdonaba el hambre, perecían por la peste o el frío del invierno. Los establecimientos para curar a los enfermos no eran suficientes, de suerte que se hubo de erigir un nuevo hospital junto a San Sixto. El Papa estaba fuera de sí. En enero de 1591 se notifica, que no podía dormir de dolor (5). De nada sirvieron los edictos que entonces se dieron para atajar el hambre (6). Durante las dos sedes vacantes comerciantes sin conciencia habían sacado de Roma grandes cantidades de trigo (7), y ahora los municipios circunvecinos se resistían por la fuerza a exportar granos a Roma (8). Como en otras partes de Italia, así también entonces en Roma se procuró hacer venir socorro de trigo de los puertos de Danzig y Lübeck (9). Por

de San Ángel. Instó a que se volviese este monumento a su lugar primitivo A. Canazza en un artículo: L. Gonzaga e l'ospedale della Consolazione. Il danneggiamento d'un opera Berniniana, publicado en el Corriere d'Italia de 25 de junio de 1922.

(1) V. Reumont, Cartas de santos italianos, Friburgo, 1877, 271 s.

(2) Ya en 1605 había sido adjudicado a San Luis el honor de los altares; v. Meschler, loco cit., 259 s. Una buena descripción del aposento donde murió San Luis, todavía conservado, da también S. Brunner, Italia, II, 30 s.

(3) V. Cicarella, loco cit. Cf. la Istoria di Chiusi en Tartinio, I, 1110 s. V. también Prinziavalli, Tasso a Roma, R. 1895, 37, nota 2 y sobre el hambre en el Estado de la Iglesia la revista Le Marché, II, Fano, 1902, 201 ss.

(4) V. *Lettere di proprio pugno, Arm. 45, t. 41, p. 11^b, *Archivio segreto pontificio*.

(5) V. el *Avviso de 5 de enero de 1591, Urb., 1058, I, 8, *Bibl. Vaticana*.

(6) V. el *Avviso de 23 de enero de 1591, *ibid.*, 35.

(7) V. *ibid.*

(8) V. el *Avviso de 30 de enero de 1591, *ibid.*, 49.

(9) Cf. T. Hirsch, Sobre el comercio de Danzig con los Estados italianos a fines del siglo XVI, en las Nuevas hojas prusianas provinciales de Hagen, IV, Königsberg, 1847, 97 s., 217 s. Clemente VIII demostró su gratitud, apoyando a Danzig contra Segismundo de Polonia; cf. Reumont, *Bibliografia d. lav. publ. in Germania sulla storia d'Italia*, Berlín, 1863, 116.

eso el Papa se resolvió a otorgar salvoconductos hasta para los herejes que quisiesen introducir trigo en Roma (1).

A principios de febrero de 1591 manifestó el Papa a Ciaconio, que quería poner todos los negocios temporales en manos de Sfondrato y limitarse enteramente al terreno espiritual (2). Semejante paso era muy deseado del cardenal secretario de Estado, pues se había efectuado en él un notable cambio interior. Al principio mostraba grande afabilidad y modestia (3), pero pronto la rápida elevación al primer puesto después del Papa perturbó su cabeza e hizo que vacilasen sus anteriores principios. Ya no se reconocía al antiguo discípulo de San Felipe Neri. Cuanto más había de contar Sfondrato con un pontificado muy corto dado el estado enfermizo de su tío, tanto más codicioso se mostraba de atraer a sí todo el poder y asegurar lo más posible su autocracia de breve duración (4). Manifiestamente para este fin movió a su débil tío a llamar también a otros parientes a Roma (5). De éstos Hércules Sfondrato fué nombrado general de la Iglesia (6). El otro sobrino seglar del Papa, Francisco Sfondrato, fué primeramente gobernador del castillo de San Ángel y general de las galeras pontificias, y más tarde marqués de Montafia (7).

(1) V. el *Avviso de 30 de enero de 1591, loco cit.

(2) Dijose esta expresión (che era risoluto di ponere tutti gli affari temporali del Papato in mano del card. Sfondrato), cuando Gregorio XIV manifestó a Ciaconio su intento de darle colocación en la Biblioteca Vaticana; v. el Avviso de 2 de febrero de 1591 (Urb., 1058, I, 52, *Bibl. Vaticana*), en parte impreso en la Revista trimestral romana, XXIV, 93.

(3) V. Lettere di S. Andrea Avellino, II, Napoli, 1732, 18.

(4) V. Bentivoglio, Memorie, 79. Cf. Santori, Autobiografía, XIII, 197 y la relación de los enviados de Luca en los Studi e docum., XXII, 196.

(5) Ya en 26 de diciembre de 1590 corría la voz de que los dos hermanos de Sfondrato habían sido llamados a Roma; v. el *Avviso de 26 de diciembre de 1590, Urb., 1058, p. 667^b, *Biblioteca Vaticana*.

(6) El 28 de enero de 1591 *Papa recepit iuramentum ab Herc. Sfondrato nepote generali eccl. pro guberno Burgi etc. (Diarium P. Alaleonis, Barb. 2815, p. 153, *Bibl. Vaticana*). En mayo de 1591 el nepote se casó con Lucrecia Cibo, hija del príncipe de Massa; v. Studi e docum., XXII, 187 s. Cf. Facini, 193.

(7) El *Diarium P. Alaleonis (loco cit.) anota al 10 de marzo de 1591: Franc. Sfondratus nepos Papae praestitit iuramentum pro castellanatu. El nombramiento para general de las galeras lo notifica el *Avviso de 27 de marzo de 1591, Urb., 1058, I, 182, *Bibl. Vaticana*. La investidura de Montafia, fechada a 1.º de octubre de 1591, está en el Bull. IX, 501 s. Ambos nepotes obtuvieron los privilegios de la nobleza veneciana; v. el breve de acción de gracias de Gregorio XIV al dux, fechado a 29 de junio de 1591, *Archivio público de Venecia*, Bolle.

El intento de Gregorio XIV de limitarse enteramente al terreno espiritual, halló su expresión en la cesión enteramente extraordinaria al cardenal Sfondrato, de la firma de las súplicas con las palabras reservadas únicamente al Papa: *Fiat ut petitur*. Sin embargo, en el Sacro Colegio pusieron inmediatamente los más graves reparos de carácter personal y objetivo a la plenitud de poder del secretario de Estado, tan extraordinariamente ampliada. Se representó a Gregorio XIV, que sus predecesores no habían hecho dejación de la firma «*Fiat ut petitur*» sino en caso de enfermedad gravísima, a menos que hubieran preferido renunciar en general a firmar las súplicas. El Papa reconoció que había ido demasiado lejos, y volvió a sustraer al cardenal aquel permiso (1). Pero en lo demás dado el estado achacoso de Gregorio XIV quedóle al cardenal Sfondrato la dirección de la mayor parte de los negocios de gobierno. Como no podía remediar la necesidad del pueblo romano, de la que tanto se afligía el Papa, procuraba el cardenal ocultarle en lo posible la verdadera situación. Cuando a principios de febrero el pueblo tomó por asalto los graneros que había junto al Panteón, en la Plaza Judía y en el Campo de las Flores, Gregorio XIV nada supo de ello (2). Sin embargo sólo poco tiempo pudo quedarle oculta la situación de indigencia de los romanos. Cuando el 11 de febrero de 1591 se hizo llevar en una litera a Santa María la Mayor, vió claramente señales de descontento en el pueblo (3). Lo que el secretario de Estado dejó de hacer, efectuó un simple párroco de Roma, pintando al Papa con libertad de ánimo la necesidad de sus súbditos (4). Procuróse remediar la falta de víveres con la introducción de granos y reses y con la distribución de bonos para adquirir pan. Los bonos con todo no dieron buen resultado, y la importación de fuera fué impedida por las tem-

(1) V. el artículo de P. M. Baumgarten en la Revista trimestral romana, XXIV, 91 s. Cf. además todavía la relación estense en Ricci, II, 71.

(2) V. el *Avviso de 6 de febrero de 1591, Urb., 1058, I, 64^b, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. el *Avviso de 13 de febrero de 1591, *ibid.*, 77. Cf. Martinori, 72.

(4) V. *Caelii Spetii parochi S. Mariae in Publicolis de Urbe oratio ad Gregorium XIV P. M. de veritate dicenda, Vat. 5514, p. 44-51^b. *Populus Romanus*, se dice aquí, *panis ac frugum precio in dies magis crescenti rerum penuria mendicare cogitur. Hic est Urbis status*. Añádese que en las provincias andaban las cosas todavía peor, lo cual explica el autor con el ejemplo de Umbria. La causa era también aquí la anormalidad del tiempo: *Nive caeloque dilapsa geluque in arbores confirmato vites omnes, olivae omnes interiire*. Añadíase aún a esto el impedirse la introducción de géneros extranjeros con nuevos impuestos. *Biblioteca Vaticana*.

pestades del mar (1). El Papa en la cuaresma suprimió el precepto de la abstinencia, para que la población pudiese nutrirse abundantemente de carne (2). A pesar de las grandes sumas que gastó en la compra de trigo — sacáronse 100 000 escudos del tesoro del castillo de San Ángel (3) —, no pudo socorrerse suficientemente esta necesidad pública. Cuando el Papa a fines de marzo cayó enfermo, se decía que su mal principal era el dolor por la carestía que reinaba en Roma (4), a lo que se añadían aún las tropelías de los bandidos en muchas partes del Estado de la Iglesia (5).

Los médicos procuraron inútilmente hacer desaparecer el grave mal de piedra del Papa (6). Mientras Gregorio XIV era de él atormentado en marzo y abril, el cardenal Sfondrato dirigía con entera independencia todos los negocios (7). Procuraba lo mismo que antes ocultar lo más posible al Papa lo que acontecía en Roma. Cuando el 14 de abril al venderse el pan en el distrito del Puente se dió muerte a un soldado, se juntaron trescientas personas, las cuales quejándose del mal gobierno se dirigieron al Vaticano y exigieron hablar al Papa. Sólo con dificultad pudieron los suizos contener a la irritada muchedumbre. Al Papa, que oyó el ruido, engañáronle sus parientes diciendo que en palacio se había descubierto un ladrón. La relación que esto notifica, añade que el cardenal Sfondrato quería saber en toda audiencia lo que en ella se hablaba. Que en Roma reinaba una disposición de ánimo tumultuosa, y sólo faltaba uno que se pusiese al frente. Que se echaban pestes contra Sfondrato, de manera que éste había convocado a toda prisa una congregación de la Abundancia, donde se había resuelto introducir de nuevo los bonos para adquirir

(1) V. los *Avvisi de 27 de febrero, 2 y 13 de marzo de 1591, Urb., 1058, I, 109, 114, 149. Cf. *ibid.*, 214 el *Avviso de 13 de abril de 1591: Ayer cesaron los bonos para adquirir pan (*bollettini*) (sobre ellos cf. también Cicarella, *Vita Gregorii XIV*), los cuales se ordenaron sin duda para que quedase asegurado el pan hasta la nueva cosecha. *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. Cicarella, *loco cit.*

(3) V. *Studi e docum.*, XIII, 307.

(4) V. el *Avviso de 23 de marzo de 1591, Urb., 1058, p. 72, *Biblioteca Vaticana*.

(5) Los bandidos mantienen en inquietud casi a toda la Marca y Romaña, refiere un *Avviso de 20 de febrero de 1591, Urb., 1058, I, 91, *Bibl. Vaticana*. Cf. *ibid.*, 135 el *Avviso de 9 de marzo de 1591. V. también la relación de los enviados de Luca en los *Studi e docum.*, XXII, 196 s.

(6) V. los *Avvisi de 23, 27 y 30 de marzo, 6, 10 y 13 de abril de 1591, Urb., 1058, I, 174, 183 s., 185^b, 195 s., 200, 204, 207, 213, *Biblioteca Vaticana*.

(7) V. el *Avviso de 30 de marzo de 1591, *ibid.*, 185^b.

pan (1). Cuando en la última semana de abril se puso el Papa mejor, se presentó ante él una diputación del senado romano y se quejó de los edictos publicados contra los panaderos, por efecto de los cuales eran de temer tumultos en la ciudad (2). Esta exposición era con todo exagerada. Según la relación ingenua de los enviados de Luca, a principios de mayo de 1591 el abastecimiento de víveres estaba en Roma regulado hasta tal punto, que se podía hablar ciertamente de carestía, pero ya no de hambre. En vista de la falta de trigo reinante en todas partes y con relación al estado anterior este resultado pareció a los enviados satisfactorio (3).

Apenas se hubo atajado una calamidad, cuando sobrevino otra y ocasionó graves cuidados al Papa. Era la mencionada epidemia, que desde mayo de 1591 hacía estragos entre las clases más pobres de la población. Las quejas acerca de la falta de pan y la mala calidad del que había, no cesaron enteramente sino con la nueva cosecha. Pero continuaban las tropelías de los bandidos, que afligían en extremo el ánimo del Papa (4).

Gregorio XIV se había tenido que ocupar desde el principio en esta plaga del país. Ya durante la sede vacante amenazó gran peligro de parte de Alfonso Piccolomini, duque de Montemarciano, vuelto a su tierra y a sus antiguos latrocinios, pero que felizmente fué vencido el 6 de diciembre de 1590 por Virginio Orsini junto a Monterosi, y preso el 2 de enero de 1591 en el territorio de Cesena por las tropas toscanas que le perseguían. La extradición demandada por las autoridades pontificias fué denegada. El gran duque ejerció por sí mismo la justicia: el 16 de marzo Piccolomini terminó su vida en el patíbulo en Florencia, condenado a muerte por sus numerosas maldades (5).

(1) V. el *Avviso de 17 de abril de 1591, Urb., 1058, I, 222, *Biblioteca Vaticana*, y Cicarella, loco cit. Cf. también Benigni, 43 s. El 13 de mayo de 1591 efectuóse una *Processio propter penuriam a regularibus et clero desde la iglesia de la Minerva a San Pedro*, para la cual concedió el Papa una indulgencia plenaria. **Diarium P. Alaleonis*, Barb. 2815, p. 165, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. el *Avviso de 24 de abril de 1591, Urb., 1058, I, 239, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. *Studi e docum.*, XXII, 196.

(4) V. la relación, *ibid.*, 197.

(5) V. Reumont, *Toscana*, I, 334 s.; Grottanelli, A. Piccolomini, 157 s.; Facini, 160 s., 165 s., 173. Un *Bando contra A. Piccolomini e suoi seguaci et altri fautori había sido ya publicado el 3 de diciembre de 1590 (v. el *Avviso de 8 de diciembre de 1590, Urb., 1058, p. 628, *Bibl. Vaticana*). El texto de este documento se halla en los Editti, V, 57, p. 62, *Archivio segreto pontificio*.

Mientras Toscana tenía ahora tranquilidad, la Romaña y el territorio colindante con Nápoles seguían siendo como antes castigados por los bandidos (1). A principios de abril monseñor Grimaldi venció a 800 bandidos en las cercanías de Áscoli y los persiguió hasta la frontera napolitana (2). A pesar de esto el territorio no pudo ser tranquilizado enteramente. En cambio el cardenal Sforza en la primera semana de mayo logró combatir con buen éxito a los bandidos en la Romaña (3). Algunas semanas más tarde volvieron a aparecer estos hombres odiosos en la Sabina (4); impedían el transporte de víveres a Roma y robaban a los peregrinos que allá se encaminaban (5). Hubieron de enviarse tropas contra ellos, las cuales alcanzaron algunos buenos sucesos (6). En julio el cardenal Sforza reprimió a los bandidos en la Romaña (7). También Roma permaneció ahora sin ser molestada; sólo durante la enfermedad mortal del Papa en octubre mostróse de nuevo el antiguo mal (8).

III

La cuestión más importante en el campo de la política exterior que tenía que resolver Gregorio XIV, era la posición que había de tomar respecto a las guerras civiles de Francia. Los de la liga, indicando el resultado nulo de la intervención diplomática de Sixto V,

Ibid. 63: *Bando delle nominationi e taglie contra banditi et facinorosi, fechado a 30 de diciembre de 1590.

(1) V. los *Avvisi de 20 de febrero, 6 y 9 de marzo de 1591, Urb., 1058, I, 91, 126^b, 135, *Bibl. Vaticana*. Cf. Studi e docum., XXII, 197 y Facini, 174 s.

(2) V. los *Avvisi de 6 y 10 de abril de 1591, Urb., 1058, I, 195^b, 204, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. el *Avviso de 11 de mayo de 1591, Urb., 1060, II, 255, *Biblioteca Vaticana*. Cf. Studi e docum., XXII, 197 y el escrito ya raro *Relatione sopra la destruttione delli banditi fatta dal card. Sforza, Pavia, 1591* (hay un ejemplar en la biblioteca de J. v. Görres).

(4) V. el *Avviso de 22 de mayo de 1591, Urb., 1060, II, 272, *Biblioteca Vaticana*.

(5) V. la viva descripción en la *Oratio Caelii Spetii, p. 46 s., citada arriba pág. 304, nota 4, *Biblioteca Vaticana*.

(6) V. la *relación del Dr. Tirante Bongiovanni a Rodolfo II, de 18 de mayo de 1591, *Archivo público de Viena*. Cf. el *Avviso de 29 de mayo de 1591, Urb., 1060, II, 285, *Biblioteca Vaticana*.

(7) V. el *Avviso de 13 de julio de 1591, *ibid.*, 370, y la *Relatione* citada en la nota 3.

(8) V. los *Avvisi de 9 y 12 de octubre de 1591, Urb., 1060, II, 543^b, 549, *Biblioteca Vaticana*.

instaban al nuevo Papa en interés de la conservación de la religión católica a que cambiase la política que hasta entonces había seguido la Santa Sede. Pudieron indicar que ahora habían pasado ya quince meses, sin que Enrique de Navarra hubiese cumplido su promesa de volver a la Iglesia, y que a pesar de esta conducta muchos católicos, entre ellos también altos príncipes de la Iglesia, seguían como antes poniéndose de su parte, de lo cual se originaban los mayores peligros para la religión católica en Francia. Representaciones de este género, que también se hacían en hojas volantes (1), habían de hacer profunda impresión en un Papa de estrecha y recta conciencia como Gregorio XIV. Añadíase a esto, que siempre había visto en Felipe II al competente y acreditado protector de la causa católica (2). Como Gregorio XIV solía proceder en todas las cosas muy prudentemente y despacio (3), pasó más de un mes hasta que se decidió en el negocio de Francia (4). Si el Papa se resolvió a hacer suya la causa de los de la liga, contribuyeron a ello no poco los sentimientos del cardenal Sfondrato, el cual tenía aún mayores simpatías por los españoles que su tío y pronto vino a estar en gran dependencia de la embajada española de Roma (5). De esta parte se hacían incansablemente representaciones y conjuros. Si el Papa, así hacían valer los españoles, interviniese con toda su autoridad en favor de los de la liga, la nobleza católica abandonaría a Navarra y con esto habría la posibilidad de dar a Francia un rey católico.

Esperanzas de este género fueron la causa determinante de la mudanza que se ejecutó en Roma. Lo que las instancias y amenazas

(1) V. L'Epinois, 445, 464, 660.

(2) A este lugar pertenece Fr. Ant. Gar epistola ad rev. episcop. Cassanae D. Andoemum Ludovicum Anglum intercepta et impressa, in qua Galliae regni praesens status et miseriae recensentur, impresa en 1591. Es la carta de un religioso católico, fechada Parisiis XIV Cal. Nov. 1590, que se vuelve con vehemencia contra los Pseudocatholici in Gallia. Hi politici, dice, labiis fidem catholicam honorant, cor autem eorum omnino est cum haereticis.

(3) *Huc usque S. S^{tas} nihil de iis quae ad authoritatem et officium pontificis spectant, disposuit neque enim vacantes episcopatus contulit neque, uti moris est, officiales mutavit; adeo sensate et mature incedit, ut de tarditate ipsius in expediendis negotiis conqueratur... De rebus vero Gallicis tractandis nec verbum usque modo factum est. Sporeno en 29 de diciembre de 1590, *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*.

(4) Sporeno *notifica en 5 de enero de 1591, que todavía no se había decidido nada sobre Francia (loco cit.). Cf. también Pacini, 53 s.

(5) V. el juicio del cardenal Monte en Desjardins, V, 154, con el cual concuerda Santori, Autobiografía, XIII, 198. Cf. también Hinojosa, 344 s.

de Felipe II no habían conseguido de Sixto V: la intervención del poder moral y militar de la Santa Sede en la lucha contra Navarra, debía concedérsele ahora casi sin trabajo al rey de España, mas a la verdad demasiado tarde, pues había pasado el momento favorable de llevar a la victoria sus ambiciosos planes (1).

Cuán seriamente se ocupaba Gregorio XIV ya a fines de diciembre de 1590 en empeñar todos sus auxilios en la lucha contra Navarra, se ve claro por el hecho de que entonces hizo examinar por un canónista la cuestión sobre si podía con buena conciencia echar mano del tesoro de millones del castillo de San Ángel para apoyar la causa católica (2).

La política enteramente cambiada respecto de Francia que siguió el nuevo Papa, halló su primera expresión en el nombramiento de los cardenales Madruzzo, Caetani, Santori y Facchinetti notoriamente afectos a España para miembros de la congregación francesa (3) y en un breve de 19 de enero de 1591 a Felipe II. Decíase en él que la ciudad de París era el firme alcázar de la fe católica en Francia y el corazón de este reino. Que después que no hacía mucho tiempo había escapado del peligro de la conquista especialmente con la ayuda del rey de España, se dirigía de nuevo contra ella el impío asalto de los sitiadores. Que por esto se había el Papa resuelto a otorgar a los parisienses hasta que otra cosa le pareciere conveniente, un auxilio mensual de 15000 escudos de oro (4).

(1) V. Segesser, IV, 2, 80.

(2) *Il dottor Briscia studia tuttavia de ordine del Papa, se egli può con buona coscienza assolvere se stesso del giuramento fatto nella bolla delli millioni, che fece Sisto V per il disegno, che S. B. ha d'aiutare con essi la causa de cattolici et per altre opere pie et gloriose. Avviso de 29 de diciembre de 1590, Urb., 1058, p. 671, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Facini, 55 s.

(4) *Cum itaque ad nobilissimum Franciae regnum, quod magna cum haeresum perfidia factionumque pertinacia ad communem fere internecionem exardet, statim animam mentemque converterimus et in eo civitatem Parisiorum, arcem et catholicae fidei ibidem domicilium, in novissima obsidione, a qua singulari Dei sedisque Apostolicae beneficio et praecipua M^{ts} Tuae ope praeteritis his mensibus liberata fuit, summis commeatus et auxilii difficultatibus laborasse adversantiumque potentia atque opum vi maxima oppressam fuisse nuper experti fuimus, eiusdem regni causa graviter dolentes ipsius civitatis periculum pro totius regni discrimine iure optimo habuimus... Est ea civitas, ut optime omnium novit M^{tas} Tua, totius illius regni quasi cor, circa quod nunc maxime agere non desinant impii oppugnantium conatus... Nos autem eam civitatem ab ingruentibus incursibus salvam et incolumem adhuc tueri cupientes idque ad celerem fidei catholicae restitutionem et ad publicam regni tranquilli-

El breve de 19 de enero de 1591 hace también referencia a las cartas pontificias que se enviaron entonces a los adalides de la Unión en París y a otras ciudades beneméritas de la causa católica de Francia, así como también a los grandes del reino francés que eran del partido de Navarra. Contenían la exhortación a que se uniesen con los demás católicos para la elevación de un rey verdaderamente católico. En una carta enviada poco después al nuncio francés Segá hacía observar el Papa, que nada tenía tanto en el corazón como aniquilar la herejía, robustecer la religión católica y restablecer la paz en aquel noble reino, lo cual sólo era posible por la elección de un rey sinceramente católico (1).

Después que la congregación francesa hubo resuelto ya a fines de enero de 1591 el envío a Francia del milanés Marsilio Landriano, que estaba enteramente de parte de los españoles, decidióse por una intervención militar del Papa en Francia y a fines de febrero determinó los importantes documentos que Landriano debía llevar consigo en su misión (2). Uno de estos documentos iba enderezado contra Navarra, por cuanto reiteraba todos los decretos dirigidos anteriormente contra el bearnés, y le declaraba de nuevo como hereje relapso privado de todos sus derechos, reinos y señoríos, especialmente de la sucesión en el trono de Francia. Formaban el complemento de estos dos monitorios, de los cuales el uno iba dirigido al clero, y el otro a las clases laicales de Francia. Ambos contenían un encendido llamamiento a separarse del hereje Navarra, y en caso contrario deberían imponerse las más severas penas.

El monitorio dirigido al clero (3) hace hincapié primeramente

tatem pertinere sentientes, ut domesticas ipsius angustias immensosque sumptus, quibus novissime quasi absumptam fuisse accepimus, aliquo pacto levemus et ut ipsorum militum copiae hoc tempore ad defensionem dictae civitatis collectae solutis eis debitis stipendiis commodius retineri possint, summam aureorum quindecim millium quolibet mense, donec id expediens esse nobis videbitur, ex apostolico nostro aerario subministrandam duximus. Arm. 44, t. 35, *Archivo secreto pontificio*.

(1) *Breve a Segá, fechado a 27 de enero de 1591, Arm. 44, t. 35, *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. las relaciones del cardenal Monte en Desjardins, V, 151 ss.; la de 31 de marzo de 1591 (p. 155) menciona la publicación del monitorio. Sobre los documentos v. también Journal de Henri IV par de l'Estoile, 52.

(3) Este *documento, que empieza con las palabras Beatissimi Apostolorum principis Petri cathedrae, se conserva en la colección de breves de Gregorio XIV, que se halla en el *Archivo secreto pontificio* (Arm. 44, t. 35), y está fechado: Cal. Martii (1.º de marzo) de 1591.

en el cuidado que tenía el Papa de Francia, la cual era uno de los miembros más principales de la cristiandad, y especialmente querida y apreciada de la Santa Sede por sus muchos y preclaros merecimientos. Seguíase a esto la amarga queja de que los miembros del estado eclesiástico de Francia se hubiesen hasta tal punto olvidado de su obligación, que no combatiesen ni siquiera de palabra a los adversarios de la religión católica y perturbadores de la paz, y hasta, como decía la fama, se hubiesen hecho sus compañeros y auxiliares. Para que nadie pueda disculparse alegando que no sabía a quién apoyaba, expónese luego por menudo, cómo Enrique de Navarra era hereje relapso, y cómo por eso Sixto V había impuesto con razón las más severas penas a este acerbísimo enemigo de la religión católica, a este caudillo de los herejes. Añádese que de ahí se seguía la responsabilidad de los prelados que no tenían esto presente y con ello extraviaban a su grey. Con más libertad de ánimo que prudente indulgencia con la vanidad nacional francesa pasa Gregorio XIV a examinar la causa de todos los males que padece ahora Francia; dice que es la falsa política de los monarcas franceses, que, impelidos por el deseo de dominar, habían concertado alianzas con los infieles y herejes. Que prescindiendo de otros crímenes, esto preferentemente había conjurado la ira de Dios sobre la familia real y el pueblo francés, que ahora era destrozado por la herejía y la guerra civil. Que como el daño había venido de la cabeza, no podía esperarse ninguna otra salvación sino por el hecho de que Dios volviese a enviar a Francia un rey bueno y piadoso, que fuese rey cristianísimo por el nombre y las obras. Que reuniendo después el clero todas sus fuerzas, él solo podía cuidar de la defensa de la religión católica, de la conservación de sus iglesias y del restablecimiento de la paz en el reino. Que el Papa estaba resuelto a otorgar para el mismo fin apoyo espiritual y temporal, y aun auxilios militares. Que los que en esto le ayudasen, merecerían su alabanza, pero los que todavía siguiesen a Navarra, las más graves penas: la excomunión mayor y entredicho. Que los eclesiásticos que no se apartasen de Navarra dentro de quince días, quedaban excomulgados; que transcurridos otros quince días, debían perder también sus beneficios.

Cuando Gregorio XIV a fines de febrero de 1591 dió parte al embajador veneciano de su resolución de intervenir con las armas en Francia, díjole que consideraba obligación suya hacer todo lo que estuviese en su poder, contra los hugonotes; que en caso necesario

hasta se aliaría con los turcos contra los herejes de Francia. Que más quisiera ejecutar solo esta empresa; pero que como las cosas estaban, había de admitir cualquier auxilio que se le ofreciese. Que si ahora unía sus tropas con las de los de la liga y de los españoles, esto se hacía sólo para librar a Francia de los herejes, pero no para apoyar los fines particulares de otros; que respecto de la conservación de Francia bajo el gobierno de un rey católico cumpliría su obligación de padre universal de la cristiandad (1).

Después de compuestos los monitorios que Landriano debía publicar en Francia, Gregorio XIV propuso en un consistorio de 13 de marzo de 1591 el sacar del tesoro del castillo de San Ángel medio millón de escudos, el cual debía emplearse para la causa católica en Francia y para el remedio del hambre en Roma. Los cardenales Colonna, Galli, Paleotto, Pellevé, Santori, Facchinetti, Aldobrandini, Sauli y Mattei se opusieron a la propuesta. Al fin se les concedió veinticuatro horas para pensarlo mejor. Al día siguiente los más de los que hacían oposición, cedieron en una congregación general; sin embargo concediéronse sólo 400 000 escudos, de ellos 300 000 para Francia, y lo restante para el remedio de la falta de trigo (2).

El 28 de marzo se mandó a los cardenales Borbón (3), Lenoncourt y Gondi bajo pena de suspensión y de pérdida de todas las dignidades separarse inmediatamente de Enrique de Navarra, no reconocerle más como a rey ni prestarle ninguna clase de ayuda. Los cardenales fueron obligados a demostrar auténticamente dentro de cuarenta días después de recibido el breve, que habían obedecido, y en caso contrario serían citados y condenados como fautores de herejes (4). El 5 de abril dirigióse el Papa a los católicos realistas de Francia que se habían puesto de parte de Navarra; conjurólos a separarse de los que hubiesen negado la fe, y anunció a la vez el envío de un delegado especial, Marsilio Landriano (5).

(1) V. la relación de Badoer de 23 de febrero de 1591 en Brosch, I, 300, nota 1.

(2) V. *Acta consist. al 13 y 14 de marzo de 1591, Cód. Barb., XXXVI, 5, III, *Biblioteca Vaticana*. Cf. L'Epinois, 467 s. V. todavía más pormenores en Facini, 107 s.

(3) Propiamente cardinal Vendôme, el cual después de la muerte de su tío se llamaba cardinal Borbón.

(4) V. el texto del breve (Arm. 44, t. 35, *Archivo secreto pontificio*) en el núm. 44 del apéndice.

(5) *Dilectis filiis nobilibus viris, principibus, ducibus et baronibus atque catholicis regni Franciae haereticorum partibus in eodem regno adhaerentibus,

Por el mismo tiempo dió el Papa pasos enérgicos para levantar un ejército pontificio, que debía apoyar en Francia la religión católica, y llevar allí al cabo la elección de un rey católico. Confiáronse los preparativos militares en el Estado de la Iglesia al sobrino de Gregorio Hércules Sfondrato (1), y el reclutamiento de 6 000 suizos al nuncio de Lucerna, Octavio Paravicini, que fué elevado a cardenal el 6 de marzo, dejándosele interinamente en su puesto. Paravicini, muy familiarizado con el estado de cosas de Suiza, siguió las negociaciones con gran habilidad (2). El embajador del de Navarra, Sillery, trabajó contra él, pero sin resultado. A principios de junio estaban dispuestas 15 compañías, en total unos 4 000 hombres, que por el San Gotardo, el Augstal y el pequeño San Bernardo emprendieron su marcha a Saboya, donde hallaron el acompañamiento que se les había asegurado por tratado, de 100 caballos y 2 000 arcabuceros italianos. A principios de julio se reunieron con el ejército pontificio (3). El mando supremo de éste lo había confiado Gregorio XIV en 9 de mayo a Hércules Sfondrato, elevado a duque de Montemarciano (4). El 12 de mayo en Santa María la Mayor prestó el nepote el juramento al Papa, después de lo cual éste le entregó el bastón de general y dos banderas. Éstas fueron bendecidas por el Papa. En la una se veía el Crucificado entre los príncipes de los apóstoles, y debajo el escudo de la Iglesia romana, las llaves, con la inscripción: Ésta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe (*Haec est victoria quae vicit mundum, fides nostra*); en la otra estaba representado el escudo de Gregorio XIV con la inscripción: La diestra del Señor me ha exaltado (*Dextera Domini exaltavit me*). Después de la solemnidad partió Hércules Sfondrato (5).

Arm. 44, t. 35, *Archivo secreto pontificio*. Traducción francesa de la carta en L'E-pinois, 468 s.

(1) V. los *breves a Hércules Sfondrato de 6 de abril de 1591, Arm. 44, tomo 35, p. 166 s., *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. Segesser, IV, 156 s. Cf. Wirz, Bulas, 437 s.; Facini, 110 s.

(3) V. Segesser, IV, 171, 174.

(4) V. el *breve para Herculi Sfondrato nostro sec. carnem nepoti, militiae S. R. E. capitaneo generali nec non ecclesiastici exercitus nostri in regnum Franciae deducendi duci item et praefecto generali, fechado Romae in monte Quirinali 9 Maii 1591, Arm. 44, t. 35, *Archivo secreto pontificio*.

(5) V. la circunstanciada descripción en el *Diarium P. Alaleonis, Barb. 2815, p. 178^b, *Bibl. Vaticana*. Cf. el *Avviso de 11 de mayo de 1591, Urb., 1060, II, 254, *ibid.* El breve por el cual el arzobispo de Ragusa, Matteucci (sobre él cf. Rev. d'hist. ecclés., VII, 806 s.) es nombrado comisario general del ejército pontificio enviado a Francia, está fechado a 24 de abril. Arm. 44, t. 35,

El 20 de mayo salió también Landriano de Roma (1). El Papa había anunciado ya el envío de los dos el 19 de abril a Montmorency (2) y el 1.º de mayo a los parisienses. En la carta dirigida a los habitantes de la capital de Francia expresaba su gozo de que hubiesen resistido felizmente al sitio de su ciudad, y los exhortaba a ulterior constancia hasta que se hubiese conseguido el fin. Añadía que lleno de solicitud por su suerte había resuelto venir en su auxilio, primero con un socorro de dinero, y a la verdad superior a sus fuerzas, luego por cartas y monitorios y un nuncio especial, Marsilio Landriano, que debía unir a todos los católicos de Francia, y finalmente por un envío de tropas bajo el mando supremo de su sobrino Hércules Sfondrato. El breve termina exhortando a renunciar a cualesquiera contiendas privadas y dirigir todos los esfuerzos solamente a un fin, la elección de un rey cristianísimo y verdaderamente católico (3).

La instrucción para Landriano la había extendido el cardenal Caetani, lo cual es muy significativo. Su contenido se puede resumir en estas palabras: La conservación de la religión católica en Francia y el aniquilamiento de los hugonotes sólo son posibles mediante el desbaratamiento de la candidatura de Navarra. Para esto hay que intentar primero los medios pacíficos, es a saber, la separación de la nobleza francesa de Navarra, y después los católicos unidos deben elegir un rey verdaderamente católico. Indicábase a Landriano, que se mantuviese alejado de toda parcialidad y solamente tuviese ante los ojos el interés de la religión católica (4).

p. 217. Ibid., p. 223 está el *breve para Petro Caetano: nombramiento para prefecto de la caballería del ejército pontificio, fechado a 3 de mayo de 1591, y p. 224^b para Appio de comitibus: nombramiento para magister campi generalis, asimismo de 3 de mayo de 1591, *Archivo secreto pontificio*. El original del *breve para P. Caetani se halla en el *Archivo Caetani de Roma*, 9, núm. 112. Una *Relatione dell'attioni di Msgr. arcivescovo Matteucci, commiss. apost. destinato da Gregorio XIV sopra esercito mandato in Francia, fatta da G. B. Rosa Bolognese ministro suo está en el Ottob. 3211, p. 33 s., *Biblioteca Vaticana*.

(1) La *instrucción para Landriano, redactada por el cardenal Caetani, está en Nunz. di Francia, XXXI, *Archivo secreto pontificio*. Cf. Martín en la *Rev. des sciences relig.*, I (1921), 343.

(2) *Arm. 44, t. 35, p. 192, *Archivo secreto pontificio*.

(3) El texto original del *breve a los sexdecim civitatis Parisiensis se halla en el Arm. 44, t. 35 del *Archivo secreto pontificio*, y la traducción francesa en Cayet, *Chronologie novenaire. Mémoires. Collect. univ.*, LVII, 62. En la *carta de acción de gracias por la gratulación de la Sorbona, fechada en el Quirinal a 5 de junio de 1591, Gregorio XIV anuncia asimismo que socorrerá a París con dinero y enviará tropas. El original está en el *Archivo nacional de París*, L. 357.

(4) Cf. L'Epinois, 480 s., que trata extensamente sobre el envío de Lan-

Pero ¿cómo era posible semejante neutralidad en un país en que todo eran bandos y partidos? Y además: ¿quién podía esperar que bastase el monitorio pontificio para separar a los realistas católicos de Navarra? (1). Suposiciones de este género representaban un error fatal, de cuyo origen y continuada duración tenían la culpa los de la liga y los españoles, que habían hecho todo lo posible para engañar a Gregorio XIV sobre la verdadera situación. Desde el principio de su reinado no se cansaron de asegurarle, que si se izaba en Francia la bandera pontificia, todo el mundo desampararía a Navarra (2). Sobrevino precisamente lo contrario.

Los miembros galicanos del Parlamento de París el 10 de junio de 1591 desde Chalons declararon nulos y de ningún valor los monitorios pontificios, ordenaron su quema, declararon inválida la elección de Gregorio XIV, apelaron a un concilio futuro y citaron a Landriano como a reo de alta traición. Enrique de Navarra, que hasta entonces se había contenido prudentemente, dió las gracias por este proceder, exhortó a los miembros del Parlamento que se hallaban en Tours, a que procediesen de un modo semejante y por una declaración de su Consejo de Estado confirmó todo lo que se resolviese en este sentido. «El Papa, se decía aquí, ha sido juguete de los que bajo pretexto de religión procuran arruinar el reino y la corona. Pues ¿qué tiene que ver la religión con su resistencia, después que yo más de una vez he prometido tan solemnemente en nada y en ninguna parte combatir la existencia de la Iglesia católica, apostólica y romana, y desde entonces he cumplido inviolablemente esta promesa en todas las circunstancias? Pero ahora estos hombres sin conciencia persuaden al Papa, que yo rechacé sin más toda instrucción y toda enseñanza e intenté introducir novedades cada vez mayores y más peligrosas en la Iglesia cristiana. Ellos saben que con esto mienten. Pues yo aseguro aquí de nuevo ante Dios, que nada deseo tanto como la convocación de un concilio libre y santo o de alguna otra asamblea que sea capaz de componer la gran discordia que hay entre las religiones. Estoy dispuesto a dejarme instruir e ilustrar; mi mayor ambición es poder conocer la verdad y ver que todos mis

driano según los documentos del Archivo secreto pontificio. Cf. además también la *instrucción para Darío Boccarino, enviado a Madrid el 9 de abril de 1591, en las Lett. d. princ., 46, p. 209 s., *Archivo secreto pontificio*. V. también Hinojosa, 340 s. y ahora todavía Pacini, 90 s.

(1) V. L'Epinois, 484 s.

(2) V. la relación de Niccolini en Desjardins, V, 153.

súbditos sirven unánimemente a la misma». Sobre la base de esta aseveración Enrique privó de todo valor a los breves pontificios y los remitió a sus tribunales ordinarios, para proceder con ellos conforme a las leyes del Estado (1).

Todo esto no eran en modo alguno vanas amenazas. Los representantes de la Santa Sede estaban en una situación sumamente peligrosa. Landriano se vió imposibilitado de entregar el breve pontificio al cardenal Lenoncourt; Mayenne, a quien se dirigió el nuncio, declaró que el mensajero que tal intentase, se exponía al peligro de la vida. El cardenal Borbón se negó a precibir el breve a él dirigido o a darle contestación! (2). Los miembros del Parlamento que estaban en Tours, declararon el 5 de agosto la nulidad de los breves pontificios y calificaron al Papa de cismático, hereje, enemigo de la paz, de la Iglesia católica, del rey y del Estado, que conspiraba con los españoles. «La palabra cismático, refería Landriano, procede de los herejes e inclinados a la herejía, los cuales no quieren tener al Papa por legítimo, porque había sido elegido a gusto del rey de España, no de los cardenales» (3). El 21 de septiembre de 1591 desde Chartres el cardenal Borbón, el arzobispo de Bourges Renaud de Beaune, los obispos de Le Mans, Angers, Chartres, Nantes, Beauvais y Bayeux declararon nulo el monitorio del «Papa mal informado», exhortando a la vez a los «verdaderos y buenos franceses» a orar para que Navarra volviese a la Iglesia. En esto veían el único medio de oponerse por una parte a la dominación española, y por otra a la herejía (4).

Landriano había puesto desde el principio grandes esperanzas en el ejército pontificio. Su larga tardanza (5) le ponía en desesperación. Cuando al fin se presentaron en Lorena las tropas pontificias en la primera semana de septiembre, mostróse que por las fatigas y privaciones de la larga marcha habían quedado muy disminuidas en número. Además habían tenido desertiones y se alojaron en seguida en los alrededores de Verdún para descansar. Hércules Sfondrato y

(1) V. Thuanus, l. 101; Mém. de la Ligue, IV, 267 s.; Stähelin, 275 s.

(2) V. L'Epinois, 488, 492.

(3) Ibid., 487 s.

(4) V. ibid., 508 s. Cf. también el escrito ya muy raro de Mateo Zampini: Ad calumnias, et imposturas, a pseudo-parlamentis, Cathalaunensi, et Turonensi, ac Carnotensi conventiculo, ad catholicae religionis perniciem, populi que deceptionem, impie confictas in Gregorium XIV illiusque monitionis literas, ad clementes principes, nobiles, et populos Franciae responsio, Lugd., 1592.

(5) Sobre cuán lentamente se anticiparon los preparativos bélicos, cf. la relación de los enviados de Luca, de mayo de 1591, en los Studi e docum., XXII, 197.

el duque de Lorena establecieron su morada en la sobredicha fortaleza. Allí esperaban con grandes ansias la llegada de Alejandro Farnesio (1). «Si éste, refiere Landriano el 29 de octubre, no viene y nos sucede una desgracia, Francia se sublevará, pues las ciudades están llenas de polítrcos y enemigos de España. Si se muestra que Felipe II sólo obra por su interés, los partidarios del duque de Mayenne se unirán al partido contrario. La única salvación, así continúa Landriano, consistiría en la separación de la nobleza del de Navarra. Pero el que conoce el carácter francés, está persuadido de que esto sólo puede conseguirse por negociaciones pacíficas, no por la fuerza» (2).

Cuando se dió este juicio sobre la falta de probabilidad de buen éxito de la política seguida por Gregorio XIV, el Papa ya no moraba entre los vivos. A principios de abril habla enfermado de cistipatía (3), y un mes más tarde fué a habitar su residencia de verano en el Quirinal para restablecerse. Allí enfermó nuevamente el 5 de julio. Se le instó ahora no solamente a nombrar nuevos cardenales, sino también a confiar a algunos de los antiguos el despacho de los negocios, pues Sfondrato no podía con todo (4). Después que en la tercera semana de julio hubo mejorado el estado de salud del Papa y se aumentó el calor, Gregorio XIV conforme al deseo de los que le rodeaban, se trasladó al palacio de San Marcos. Allí recibió el 10 de agosto al duque Alfonso II de Ferrara (5), el cual con su gran séquito de 700 personas y 400 caballos fué alojado cómodamente en los espaciosos locales del palacio. El duque se aposentó en las estancias del poseedor del título de San Marcos. Hizose esto, para que pudiese

(1) V. Segesser, IV, 2, 175, 181. Cf. Facini, 143 s., 149 s.

(2) V. L'Epinois, 506, 510, quien fué el primero en utilizar esta carta de Landriano conservada en el Archivo secreto pontificio (*Lettere del Nunzio*, XXVIII, 823); Facini la ha publicado ahora (p. 152 s.).

(3) **Sms* dixit se fuisse visitatum a Domino in praesenti infirmitate sua se excusans. Acta consist. al 5 de abril de 1591, Cód. Barb. XXXVI, 5, III, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. los **Avvisi* de 10 y 13 de julio de 1591, Urb., 1060, II, 366, 369, *Bibl. Vaticana*. Rodolfo II ya en enero de 1591 había instado al nombramiento de Anibal de Capua, arzobispo de Nápoles; v. Rudolphi II Epist., 298, 312 s. En marzo se afaná el emperador por el obispo de Alba, Alberto Cauriano (v. *ibid.*, 333 s.), en abril por los arzobispos de Nápoles y Bari (*ibid.*, 342, 345 s.) y el 10 de mayo otra vez por el arzobispo de Nápoles (*ibid.*, 357 s.).

(5) V. J. P. Mucancil **Diaria caerem.*, *Archivo secreto pontificio*. Cf. **Relatione dell'arrivo in Roma del Duca di Ferrara* en el Cód. Capponi, 63, p. 195 s. *Biblioteca Vaticana*.

tratar con el Papa tranquilamente y sin ser visto (1). El objeto de las negociaciones era la regulación de la sucesión en el trono en Ferrara (2). Como el duque no tenía descendencia, parecía que el gobierno debía recaer en su primo César de Este, cuñado del gran duque de Toscana. Pero había aún otra rama de la línea colateral de los Estes, la de los marqueses de San Martín, la cual estaba emparentada con los Sfondratos y era adicta a los intereses de España. De esta parte fué representado al duque de Ferrara, que fácilmente podría obtener de la Santa Sede la nueva investidura necesaria para ordenar la sucesión en el trono, si prefería el marqués de San Martín, Felipe de Este, a César de Este. Alfonso II accedió a ello. No amaba a César, y su hermana, la duquesa de Urbina, hasta le odiaba de muerte. Se convino en que Alfonso demandase la investidura de Ferrara para sus parientes según el orden que establecería a su muerte.

Ya creían Alfonso, los nepotes pontificios y los españoles que intervenían en las negociaciones, tener ganada la partida. Sin embargo, cuando Gregorio XIV el 19 de agosto propuso el negocio en el consistorio, opusieronle la conocida bula de Pío V, renovada por él mismo, la cual prohibía toda enajenación de feudos de la Iglesia. En vista de ello el Papa instituyó una congregación de trece cardenales (Gesualdo, Paleotto, Bonelli, Madruzzo, Facchinetti, Valiero, Salviati, Laureo, Lancellotti, Aldobrandini, Mattei, Ascanio Colonna y Piatti), la cual debía examinar si aquella bula se refería también al caso presente (3). Mostróse pronto, que la mayor parte de los cardenales estaba contra la aprobación de la investidura, deseada por Alfonso (4).

Las tendencias antiespañolas y la agitación del gran duque de Toscana habían trabajado con buen éxito. La excitación de los españoles era grande. Contábase en Roma, que habían aconsejado al Papa, que pusiese fin a la oposición del Sacro Colegio con un copioso nombramiento de nuevos cardenales (5).

(1) V. Dengel, Palacio de San Marcos, 111 s.

(2) Para lo que sigue cf. Muratori, *Antichità Estensi*, II; Le Bret, *Historia universal*, XLVI, 2, 386 s.; Galuzzi, IV, 294 s.; Facini, 183 s.; Cottafavi, Filippo d'Este e l'investitura di Ferrara nel 1591, Reggio, 1889.

(3) V. *Acta consist. en el Barb. XXXVI, 5, III, *Bibl. Vaticana*; Ciaconio, IV, 233; Facini, 185 s. Cf. el *Avviso de 21 de agosto de 1591, Urb., 1060, II, 441 (ibid., 445 hay un dictamen del embajador de Urbino sobre cada uno de los miembros de la congregación), *Biblioteca Vaticana*.

(4) Según el *Avviso de 24 de agosto de 1591 sólo hablaron en favor del duque Valiero, Piatti y Lancellotti. Urb., 1060, II, 447, *Biblioteca Vaticana*.

(5) V. el *Avviso de 31 de agosto de 1591, ibid., 460.

Con todo, Gregorio XIV nada quería saber de semejante paso. Hizo examinar más el negocio y oyó a los amigos y adversarios de la petición del duque de Ferrara. El más acérrimo adversario de una condescendencia con el duque fué el cardenal Aldobrandini (1). Cuando el cardenal Aragón aconsejó al Papa, que no se metiese en el asunto, agradecióselo éste. El célebre jesuita Toledo dijo a Gregorio XIV, que el caso controvertido no estaba previsto en la bula de Pío V, pero que el Papa no podía satisfacer la demanda del duque sin asentimiento de los cardenales (2). Pero éste no era posible alcanzarlo. Los consejeros de Alfonso negociaron con los cardenales y se afanaron por demostrar que la bula de San Pío V se refería solamente a feudos ya caducados, pero no a aquellos en los cuales ocurriese este caso. Sin embargo la mayor parte de la congregación cardenalicia no dió valor a sus instancias.

El apasionamiento con que se trató la cuestión, la división del colegio cardenalicio y la inevitable pesadumbre de Alfonso II afligieron mucho al Papa. Aunque a principios de septiembre tuvo dos accesos de fiebre, no hizo suspender las deliberaciones (3).

Como el duque de Ferrara ofreció un aumento de su censo (4), se esperaba hallar una salida, haciendo valer en primer término esta circunstancia. En 7 de septiembre propúsose a la congregación de cardenales y a los auditores de la Rota la cuestión sobre si la bula de Pío V se dirigía contra una ordenación pontificia sobre un feudo todavía no caducado, cuando de ella resultaba una manifiesta utilidad para la Iglesia. Pero sólo los cardenales Lancellotti y Piatti, afirmaron incondicionalmente, que en este caso nada se hacía contra la bula de Pío V; Madruzzo, Laureo y Valiero opinaron que primero se había de demostrar la manifiesta utilidad. Salviati y Mattei se expresaron de un modo absolutamente negativo, diciendo que el Papa según la bula no podía dar tal disposición. Otro tanto hicieron los otros miembros, los cuales hicieron resaltar que no bastaba la

(1) Cf. Bentivoglio, *Memorie*, 202.

(2) V. el *Avviso de 24 de agosto de 1591, loco cit.

(3) V. el *Avviso de 4 de septiembre de 1591, Urb., 1060, II, 471 s., *Biblioteca Vaticana*.

(4) Los ofrecimientos de Alfonso fueron muy exagerados por la fama; según un *Avviso de 15 de septiembre de 1591 debió de haber ofrecido un millón en oro, un aumento del censo en dos tercios y la renuncia de todas las bonificaciones (doce millones). Sin embargo esto lo pone en duda expresamente el embajador de Urbino. Urb., 1060, II, 502 s., *Biblioteca Vaticana*.

utilidad ordinaria. Muy extensamente habló sobre ello Ascanio Colonna. Los miembros de la Rota, a excepción de Serafino y Bianchetti, se expresaron en el mismo sentido (1).

Sin embargo declaró Gregorio XIV en un consistorio de 13 de septiembre de 1591, que la bula de Pío V no prohibía volver a otorgar un feudo todavía no caducado, si lo exigía la necesidad y la manifiesta y verdadera utilidad de la Iglesia (2). Sin dejar votar de nuevo a los cardenales, extendióse sobre esto un decreto consistorial. Cuando el cardenal Mattei impugnó la necesidad incondicional, Gregorio XIV le replicó irritado, que había declarado expresamente no querer poner a votación el asunto (3).

Como no se podía alcanzar la aquiescencia de los cardenales (4), se acudió al expediente de conceder la investidura por breve o motu proprio, para el cual no era necesario el asentimiento del consistorio (5). Semejante documento se extendió en efecto, pero se dejó de expedir, en atención a la creciente oposición del colegio cardenalicio, en la cual se señalaron especialmente los cardenales Pierbenedetti y Santori (6). Con esto se atrajeron la acerba enemistad del cardenal Sfondrato. Cuando el nepote se atrevió a poner sospecha en la fidelidad eclesiástica de estos varones, principalmente Santori quedó poseído de justificada indignación. Para su defensa compuso un escrito sobre las obligaciones de los cardenales (7). También con el Papa había Santori tenido un choque en este negocio en el consistorio. Gregorio XIV había sido tan impetuoso en el mismo, que más tarde pidió con lágrimas perdón al cardenal. Alabó ahora la libertad de ánimo de Santori e hizo observar expresamente, que se arrepentía de haber hecho extender un breve que perjudicaba a la bula de Pío V (8). Era claro que no debía tomarse una decisión.

(1) Lo del texto según los datos de los *Avvisi de 11 y 14 de septiembre de 1591, confirmados por el embajador de Urbino, Urb., 1060, II, 484, 489, *Biblioteca Vaticana*.

(2) Cf. sobre esto Bull., IX, 521. V. también las Acta consist. en Gullik-Eubel, III, 60; Facini, 188; Ricci, II, 57.

(3) V. el *Avviso de 14 de septiembre de 1591, loco cit.

(4) Cf. Ricci, II, 59.

(5) V. el *Avviso de 21 de septiembre de 1591, Urb., 1060, II, 500, según el cual Alfonso recusó semejante documento, porque cualquier Papa podía revocarlo. *Biblioteca Vaticana*.

(6) V. los *Avvisi de 18 y 21 de septiembre de 1591, Urb. 1060, II, 496, 500, *Biblioteca Vaticana*.

(7) V. Santori, Autobiografía, XIII, 199.

(8) V. ibid., 200.

La continua excitación que ocasionó el negocio ferrariense, hubo de influir desfavorablemente en la salud del débil y enfermizo Papa. Aunque en mayo había mejorado su estado, notificó esto con todo un embajador con la añadidura de que temía que con la caída de las hojas caería también el «árbol Sfondrato» (1). Así fué en efecto. El 22 de septiembre Gregorio XIV había tenido de nuevo una larga conferencia sobre la penosa cuestión ferrariense, después de la cual enfermó gravemente por efecto de su mal de piedra. La calentura subió tanto en los días siguientes, que el Papa se hizo dar el santo viático el 25 de septiembre (2). Por la tarde de este día se decía en Roma, que Gregorio XIV había muerto (3). Algunos mensajeros lo anunciaron ya fuera de la ciudad. El enfermo vivía todavía en realidad, pero estaba desahuciado (4). La residencia del palacio de San Marcos parecía una prisión al moribundo, que suspiraba por el verdor y la altura oreada del Quirinal (5). Sin embargo ya no se podía pensar en un traslado. Para el 2 de octubre dispúsose una procesión de rogativas desde Santa María de Vallicella a la iglesia del Jesús (6).

El 4 de octubre llamó el Papa a los cardenales a su lecho de muerte. En lengua italiana les dirigió una alocución conmovedora. Dijo que estando cercano a la muerte, había mandado venir a los cardenales como a sus hermanos e hijos, para aseverarles solemnemente, cómo siempre había tenido la mejor voluntad de cumplir con amor las obligaciones de su cargo, del cual había ahora de dar cuenta ante Dios. Que las faltas que había cometido, no se habían de atribuir a mala voluntad, sino a la debilidad y fragilidad humana. Que los cardenales rogasen por él y le perdonasen, si los había ofendido. Que les encarecía mucho una buena y rápida nueva elección, y les recomendaba la causa de la liga y la elección de un rey católico

(1) V. la relación estense en Ricci, II, 63 s.

(2) V. el *Avviso de 25 de septiembre de 1591, Urb., 1060, II, 510 s., *Biblioteca Vaticana*. Según la relación de embajada publicada por Raumer, Cartas de París, I, Leipzig, 1831, 362, Gregorio XIV padecía también del hígado. Sobre el mal de piedra y los medios para combatirlo v. L. Gualino, La litiasi di Pio V, Roma, 1925, 3 s.

(3) *Questa sera sul tardi si fa gran rumore tra gli Hebrei che sgombrano in fretta dicendo la morte del Papa. Urb., 1060, II, 512, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. el *Avviso de 2 de octubre de 1591. Según él el enfermo estaba spesso agghiacciato dalle coscie in giù. Urb., 1060, II, 529, *Bibl. Vaticana*.

(5) V. la relación del embajador veneciano Moro en Dengel, Palacio de San Marcos, 112.

(6) V. el *Avviso del 2 de octubre de 1591, loco cit.

en Francia, así como a sus nepotes. El Papa terminó con las palabras de que quería morir en la verdadera fe de la Iglesia católica, apóstolica, romana. Mientras se pronunciaban estas palabras, no hubo ojos que no se cubriesen de lágrimas. Los cardenales Gesualdo, Altemps, Pellevé, Radziwill y Aldobrandini estaban especialmente conmovidos. Gesualdo respondió como decano a las paternales palabras de exhortación, diciendo que el Sacro Colegio las conservaría en la memoria, después de lo cual todos los cardenales besaron la mano temblorosa del Papa y se partieron con su bendición (1).

Ya el 4 de octubre se publicó una constitución pontificia que confirmó la bula de Pío V contra la enajenación de los bienes eclesiásticos (2). El duque de Ferrara ya tres días después de la enfermedad del Papa, se había trasladado de Roma al palacio de Caprarola, donde permaneció aún algún tiempo, para volverse luego a Ferrara (3).

El Papa, así se notificó el 9 de octubre desde Roma, fluctúa entre la vida y la muerte (4). Por horas se esperaba su fallecimiento. Con temor veía el cardenal Sfondrato desaparecer el poder que su tío le había otorgado demasiado largamente. Disputó con los médicos y les echó en cara el que no conociesen la enfermedad del Papa, diciendo que éste podía vivir aún muchos meses (5). Pero juntamente no dejaba el nepote de enriquecer aún lo más posible a sí y a los suyos (6). Sus tentativas de mover al Papa gravemente enfermo a nombrar cardenales, no dieron sin embargo ningún resultado (7).

(1) V. el *Avviso de 5 de octubre de 1591, Urb., 1060, II, 536^b, *Biblioteca Vaticana*. Cf. las Acta consist. en Lämmer, Para la historia eclesiástica, 136 s. y Cicarella, Vita Gregorii XIV. El cardenal Valiero escribió un tratado De postremo sermone Gregorii XIV P. M. ad cardinales habito; v. Ciaconio, IV, 87. Cf. Cód. Barb., XLII, 61, p. 95 s., *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. el *Avviso de 9 de octubre de 1591, Urb., 1060, II, 543, *Biblioteca Vaticana*. Cf. Cicarella, loco cit.

(3) V. Cicarella, loco cit.

(4) *II Papa vivendo more et morendo vive perche sta a similitudine di notomia con flusso, febre, continuo brugiore di orina. Los médicos se maravillan de que el enfermo, que a veces delira, viva todavía (Avviso de 9 de octubre de 1591, Urb., 1060, II, 543, *Bibl. Vaticana*). En 5 de octubre de 1591 había escrito el cardenal Sfondrato al patriarca Caetano, nuncio en la corte del emperador: *N. S^{re} sta tanto aggravato che si puo dubitar che sia per esser molto presto sede vacante. *Archivio Gaetani de Roma*, 53, núm. 17.

(5) V. el *Avviso de 9 de octubre de 1591, loco cit.

(6) V. los *Avvisi de 9 y 16 de octubre de 1591, Urb., 1060, II, 544, 559, *Biblioteca Vaticana*.

(7) V. los *Avvisi de 2, 5 y 16 de octubre de 1591, *ibid.*, 531, 536, 559.

Gregorio desde el principio de su enfermedad sólo se había querido ocupar en la preparación para una buena muerte (1). En la noche del 15 al 16 de octubre fué librado de sus terribles padecimientos (2). Murió, así lo refiere un contemporáneo, después de recibidos varias veces los santos sacramentos, cristiana y santamente, como había vivido siempre. Junto a su lecho de muerte estuvieron constantemente capuchinos, jesuitas y camilos (3).

El pontificado de Gregorio XIV había durado sólo diez meses y diez días. Durante este tiempo se acreditó, como juzgó con acierto el cardenal Santori, de monarca piadoso y bondadoso, que estaba lleno de la mejor voluntad y de la mayor bondad, pero era débil y no apropiado para los negocios de gobierno (4). Esto fué tanto más fatal, cuanto que también su secretario de Estado, el cardenal Sfondrato, que todo lo atrajo a sí, no se mostró adecuado a los grandes cometidos que le incumbían (5). En vez de formar un contrapeso a la inclinación demasiado grande que tenía su tío a España y a la liga, le confirmó en su participación en la guerra contra Enrique de Navarra, la cual no trajo a la Santa Sede ninguna utilidad, sino antes bien gran perjuicio, especialmente en la parte económica (6). Por

(1) Cf. la relación estense en Ricci, II, 64.

(2) V. los *Avvisi de 12 y 16 de octubre de 1591, *Bibl. Vaticana* (cf. el núm. 46 del apéndice), así como las *cartas de Cattaneo de 16 y de Brumano de 19 de octubre de 1591, *Archivio Gonzaga de Mantua*. Cf. también las relaciones que hay en Ciampi, III, 106, Dengel, loco cit., 113 y Laemmer, Melet., 234; además Herre, 551. Gregorio XIV fué sepultado en San Pedro en la Capilla Gregoriana. En 1854 recibió un nuevo sepulcro con su estatua de mármol, que le representa sentado, obra de Amici. Sobre el sepulcro anterior v. Moroni, XXXII, 307 s. Cf. también *Annuaire Pontif.*, 1915, 183.

(3) V. en el núm. 46 del apéndice el *Avviso de 16 de octubre de 1591, *Bibl. Vaticana*, e I. P. Mucantius, *Diaria caerem., donde también está el resultado de la sección: en la vejiga había una gran piedra, también el pulmón estaba dañado. Según Mucancio los nepotes desampararon al muerto sinc ulla caritate et pietate. *Archivio secreto pontificio*.

(4) V. Santori, Autobiografía, XIII, 200.

(5) V. ibid., 197 s., además en el núm. 46 del apéndice el *Avviso de 16 de octubre de 1591, *Bibl. Vaticana*. También Facini (loco cit.) juzga de un modo muy desfavorable sobre la falta de habilidad política y diplomática que mostró Sfondrato en la cuestión francesa y en la ferrariense.

(6) *Gregorio XIV é visso in pontificato mesi 10, giorni 10 nel qual tempo si fa conto che habbia speso circa tre milioni d'oro della Sede Ap^{ca}, delle cui entrate in questo tempo non si è visto pur un soldo ne in Castello sono rimasti fuori delle dui milioni et $\frac{1}{2}$ d'oro obligati più di 60 000 scudi, de quali giovedì furono cavati 30 000 per principio delle spese di sede vacante che importano più di 80 000 senza veruno assegnamento, se dice con exageración en el Aviso

este vaciamiento de la caja pontificia sintió Felipe II un gozo no menos grande que por el apoyo prestado a la liga en Francia, pues el rey de España había temido mucho el tesoro de Sixto V como un elemento independiente de él del poder de Italia (1).

A pesar de los muchos favores que Gregorio XIV había hecho al rey de España (2), hubo de dolerle especialmente al Papa el que se hubiesen puesto dificultades a la publicación de dos de sus bulas en España (3) y se hubiera impreso en Madrid una obra que bajo pretexto de defender a los españoles de la opresión de jueces eclesiásticos, combatía la libertad e inmunidad de la Iglesia. Cuán poco comprendió el Papa desconocedor del mundo la tenacidad con que Felipe II mantenía sus tendencias regalistas, se ve claro por el hecho de que se dirigió a éste en una carta autógrafa y le conjuró a proceder contra un escrito que podía hacer más daño que el ejército de los herejes (4). Gregorio XIV no reinó el tiempo suficiente para reconocer cuánto se engañaba con la esperanza expresada en aquella carta, de que el rey de España «como un nuevo Constantino» saldría en defensa de la libertad eclesiástica, que era incompatible con su absolutismo político. En cambio no le fué ahorrado a Gregorio XIV sentir en una solemne ocasión, cómo el intento de los españoles se dirigía a reducir a la cabeza suprema de la Iglesia a capellán del rey católico. Cuando en la fiesta de San Pedro y San Pablo debía efectuarse la acostumbrada entrega del canon o pensión por el feudo de Nápoles, el embajador español ¡de intento hizo que el Papa estuviese aguardando su presencia! El maestro de ceremonias, Juan Pablo Mucancio, que esto refiere, añade que el bondadoso Gregorio XIV había llevado esto en silencio (5).

de 19 de octubre de 1591, Urb., 1060, II, 562, *Bibl. Vaticana*. Según la relación del cardenal Montes de 15 de abril de 1592 (en Desjardins V, 157), dijo Clemente VIII: Para Francia Gregorio XIV ha speso più di settecento mila scudi e ha lasciato si esausta le Sede Ap. che il depositario è creditore più di ducento mila scudi. Según el registro exacto que hay en el Cód. Vat. 5474 sacáronse del tesoro de San Ángel cuatrocientos mil escudos de oro para Francia; v. Studi e docum., XIII, 316. Sobre las monedas de Gregorio XIV v. Serafini, I, 103 s.

(1) V. T. Contarini en Alberti, I, 5, 438; Revista Hist., XXXIX, 446.

(2) Sobre las concesiones de la bula de la cruzada para Portugal v. Schäfer, V, 95.

(3) V. Hinojosa, 339.

(4) La carta, fechada a 30 de mayo de 1591, se halla en las Lett. di proprio pugno, Arm. 45, t. 41 p. 12 del *Archivio segreto pontificio*.

(5) *Diaria caerem. *Archivio segreto pontificio*.

IV

El pontificado de Gregorio XIV a pesar de su brevedad y a pesar de la constante falta de salud del Papa no fué sin importancia para el desenvolvimiento interior de la Iglesia (1). Éste en un hombre como Gregorio XIV no podía moverse sino en los rieles de la reforma católica. Ya poco después de su elección se oye decir que el Papa se ocupaba en la reforma de la Dataría (2) y en inculcar la obligación de residencia (3) e intentaba también una visita general de los monasterios (4). Los esfuerzos del cardenal Carlos de Lorena por reformar los monasterios de los benedictinos y agustinos del distrito de su legación, fueron apoyados ardorosamente por el Papa (5).

El 15 de mayo de 1591 publicóse una constitución sumamente importante, la cual para poner en ejecución el decreto de la sesión 22 del concilio de Trento regulaba uniformemente el examen que se había de hacer sobre si eran dignos e idóneos los candidatos a la dignidad episcopal. Gregorio XIV recordaba que él en otro tiempo había tenido parte en el concilio como obispo de Cremona. Entonces no había una forma determinada para el examen de los obispos, sino que esto se había dejado al sínodo provincial, cuya norma debía ser confirmada por el Papa. Penetrado de la importancia de la elección de buenos obispos, Gregorio XIV tomó este negocio en sus manos. Determinó con toda precisión quién había de efectuar el examen de los obispos y en qué forma éste se había de hacer, qué cualidades tenían que poseer los candidatos, qué testigos se habían de oír, y que después de esto el candidato había de pronunciar la «Professio

(1) La afirmación contraria de Hasemann en la Enciclop. de Ersch-Gruber 1.^a sección, LXXXIX, 274, es falsa. Notable es también la nueva provisión de casi todas las nunciaturas; v. Biaudet, 59.

(2) Gregorio XIV instituyó para esto una congregación especial; v. la *carta de L. Dubliul a monseñor Froissart, fechada en Roma a 24 de diciembre de 1590, *Archivo público de Bruselas*, loco cit. (arriba, pág. 297, nota 1).

(3) V. los *Avvisi de 26 de diciembre de 1590 y 23 de febrero de 1591, Urb., 1058, p. 666 y 1058, I, 77, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. el *Avviso de 23 de enero de 1591, Urb., 1058, I, 36, *Biblioteca Vaticana*.

(5) Cf. Haudiquier, *Hist. du vén. Dom Didier de la Cour*, París, 1772, 4, 98 s. También merece mención la carta de Gregorio XIV dirigida el 5 de abril de 1591 a Vicente I Gonzaga, en la cual le exhorta seriamente a dejar su vida inmoral; v. Luzio, *Antonio Gonzaga*, II, 176.

Como Gregorio XIV cuando obispo había favorecido especialmente a los teatinos, así cuando Papa se interesó de un modo relevante por los jesuitas. No le podía faltar ocasión de manifestar sus sentimientos favorables. Las intrigas de algunos jesuitas españoles, que pretendían cambiar las constituciones de su Orden, habían recibido nuevo pábulo, cuando Sixto V, como pronto se hizo público, pensó intervenir asimismo en la organización interior de la Compañía de Jesús. En un punto importante las había ya transformado: ciertas ordenaciones pontificias para la admisión de novicios quitaron también a los superiores de los jesuitas su derecho de decisión sobre esto; desde 1588 no pertenecía éste a la verdad, como en otras Órdenes, a la congregación general y provincial, pero en cada Provincia de la Orden habían de designarse tres casas, cuyos superiores en común con el Provincial admitiesen o rechazasen a los novicios por mayoría de votos (1). Para la Compañía de Jesús era peligrosa esta innovación, porque con ella se quebrantaba el principio que San Ignacio de Loyola había asentado para la administración de su Orden, es a saber, que todo el gobierno debía estar en manos del superior. El partido de los descontentos podía alegrarse de que el Papa mismo pareciese inclinarse a su lado.

Por eso Aquaviva dirigió a Gregorio XIV la súplica de que confirmase la admisión de los novicios así como la manera de gobernar de su Orden. El Papa otorgó la petición por un breve de 2 de mayo de 1591 (2); en él prohibíanse asimismo todas las impugnaciones a los puntos esenciales de las constituciones de la Compañía de Jesús.

Ya antes Gregorio XIV había tomado su resolución respecto a las contiendas interiores de la Orden de los jesuitas: a ruegos de Aquaviva el cardenal Sfondrato hubo de quejarse al rey de España, al cardenal Quiroga y a los inquisidores de que los descontentos pudiesen ampararse con el favor de la Inquisición, y significarles que la decisión sobre las Órdenes religiosas pertenece al Papa (3). El nuevo breve pontificio de 2 de mayo hubo de causar por tanto mucha excitación en los amigos de las innovaciones. El embajador español en Roma, Guzmán de Olivares, hizo al Papa representaciones sobre su breve; díjole que Aquaviva con su modo particular de go-

(1) Sacchini, P. V, l. 8, n. 1-4, p. 364 s.

(2) Bull., IX, 414.

(3) 20 de febrero de 1591, en Astráin, III, 488.

bierno todo lo desconcertaba y quería hacer a los jesuitas independientes de la Inquisición; que las constituciones de la Orden de Loyola necesitaban no de confirmación, sino de reforma en varios puntos, lo cual había opinado también Sixto V. Estas razones no dejaron de producir su efecto; el breve de confirmación, que ya se había entregado al general, fué mandado devolver (1).

Pero la victoria de Olivares fué de corta duración. Aquaviva se quejó al cardenal Sfondrato de que los embajadores seculares se pudieran atrever a oponerse por razones políticas a la promulgación de documentos pontificios y a ingerirse en asuntos puramente espirituales (2). Gregorio XIV se dejó convencer, y así el 28 de junio en vez del breve muy sencillo e incompleto expidióse una bula (3) con la más circunstanciada confirmación de todo el instituto de la Compañía que ha emanado nunca de Papa alguno. Dícese en ella, que la tranquilidad y firmeza de las Órdenes religiosas no pueden darse sin que estén firmemente aseguradas las constituciones de los fundadores de aquéllas, y que por eso quería ratificar de nuevo lo que había sido ordenado por San Ignacio y confirmado por la Sede pontificia. Que cerca de Sixto V se había hecho la tentativa de rebajar y calumniar estas ordenaciones. Luego se enumeran los puntos a que se referían las impugnaciones, son confirmados expresamente uno tras otro y prohibidas todas las impugnaciones y atentados a los mismos, en lo cual también Felipe II y su inquisición reciben una no oscura advertencia (4). La bula había sido preparada con todo secreto, de suerte que en España era ya conocida antes que Olivares supiese nada de ella en Roma (5).

Forma un complemento de esta solemne bula un documento que anula por entero expresamente las ordenaciones de Sixto V sobre la admisión de novicios para la Orden de los jesuitas (6).

Los documentos eventuales que confiasen a los de fuera la visita de las casas de los jesuitas, Gregorio ya antes los había declarado

(1) Astráin, III, 489.

(2) Ibid., 489 s.

(3) Bull., IX, 436-442.

(4) Ibid., 440, § 20.

(5) Juvencius, P. V, t. 2, l. 11, n. 13, p. 5. La bula no se promulgó solemnemente por medio de un cartel hasta el 28 de julio; v. su impresión en el Institutum Soc. Jesu, I, Florentiae, 1892, 125.

(6) Bull., IX, 466. Por lo demás Gregorio XIV había moderado ya en general los dos decretos de 16 de noviembre de 1587 y 21 de octubre de 1588. Astráin, III, 392.

inválidos de palabra (1), aun cuando hubiesen sido alcanzados a ruegos del rey de España. Los seminarios de Gregorio XIII no los había favorecido mucho su sucesor, de modo que algunos padecían grandes dificultades. Por mediación del cardenal Galli alcanzó Aquaviva, que Gregorio XIV los socorriese de nuevo con subvenciones anuales (2).

El favor que el segundo sucesor de Sixto V otorgó a los jesuitas, muy pronto alivió de un modo nada despreciable su situación al otro lado de los Pirineos. La Inquisición española, que no hacía aún mucho había protegido de un modo increíble al jesuita revolucionario Carrillo contra sus superiores (3), fué con todo algo más cauta, después que la carta del cardenal Sfondrato, de 20 de febrero de 1591, había prohibido tales ingerencias en los asuntos interiores de una Orden (4). Cuando desde 1589 las intrigas de los descontentos limitadas hasta entonces a España se extendieron también a Portugal y el cardenal Alberto dió señales en 1591 de querer decidir el negocio (5), fué contenido de dar ulteriores pasos por la prohibición pontificia de que visitasen la Orden personas de fuera y todavía más por la solemne confirmación de Gregorio XIV de las constituciones de los jesuitas (6). Aquaviva sobre la base de la nueva bula ahogó en los primeros principios la difusión de los memoriales portugueses por España (7).

La predilección que tenía Gregorio XIV a los jesuitas, no pudo sino aumentarse con las noticias que recibía de su fructífera labor en las misiones ultramarinas (8). También en Polonia y en Alemania los miembros de la Compañía de Jesús dieron pruebas de ser como siempre los firmes apoyos de la Iglesia.

Para asegurar el catolicismo en el reino de Polonia Gregorio XIV, como ya antes Sixto V, procuró por sus nuncios inducir al rey Segis-

(1) En 22 de agosto de 1591; v. Astráin, III, 473 (cf. 513).

(2) Sacchini, loco cit., n. 67. En Roma Gregorio XIV confió a los jesuitas la dirección del Colegio Griego; v. Meester en *La Semaine de Rome*, 1909, 302 ss.

(3) Astráin, III, 521-526.

(4) Ibid., 526.

(5) Ibid., 527-532.

(6) Ibid., 529 s.

(7) Ibid., 532.

(8) V. Alonso Sánchez S. J., **Relazione sullo stato del christianesimo nelle isole Filippine scritta a P. Gregorio XIV*, Cód. H. 179, núm. 15 de la *Biblioteca Ambrosiana de Milán*. Cf. Cód. ital. 189, p. 677 s. de la *Biblioteca pública de Munich*.

mundo a elegir una esposa católica. Para esto pensó el Papa en una princesa de la línea estiria de los Habsburgos. El 20 de julio de 1591 se dirigió al rey Segismundo como al emperador, para instarles muy de veras a que se efectuase el proyectado enlace, alabándolo y recomendándolo. En contestación a una carta del rey al Papa transmitida por el cardenal Radziwill expidieronse el 2 de agosto nuevos breves en este sentido (1).

Como la grave crisis de Francia reclamó la principal atención de Sixto V, los asuntos de Alemania habían pasado algo a segundo término. Un plan extenso para volverlos a promover al modo grandioso de Gregorio XIII, trázase en una memoria que a principios de 1591 presentó al Papa el cardenal Federico Borromeo (2). El autor es probablemente el incansable Possevino, que desde 1587 trabajaba en la universidad de Padua. En la introducción apláudese el intento del nuevo Papa de continuar dando subvenciones para los colegios de jesuitas de Fulda y Braunsberg, las cuales estaban suspendidas desde principios de 1590. Dícese que como los demás establecimientos de educación, así también los sobredichos eran de la mayor importancia para la conservación y propagación del catolicismo: Fulda para Sajonia, y Braunsberg para Prusia, pues por causa de su excelencia muchos nobles protestantes hacían estudiar allí a sus hijos.

Sobre todo recomienda el autor de la memoria, que se vuelvan a proveer las nunciaturas de la Alemania Superior y de Suiza. Como el nuncio en la corte imperial está ligado de un modo estable a su puesto y no puede como los demás nuncios recorrer las diversas partes de su distrito según las necesidades de cada una de ellas, se impulsa a agregarle para este fin un personaje apropiado. Como los nuncios habían de presentarse de un modo correspondiente a la dignidad de la Santa Sede, encárase también la necesidad o de enviar sólo prelados ricos o de aumentar los salarios que hasta ahora se les ha asignado. Después los nuncios podrían asimismo visitar a todos los príncipes católicos eclesiásticos y seculares y enterarse personalmente del estado de cada una de las partes del Imperio, en lo cual podrían los jesuitas prestar importantes servicios.

En segundo lugar se encarece la necesidad de volver a establecer la Congregación Alemana, a la que se recomienda no llamar a dema-

(1) V. Theiner, *Mon. Pol.*, III, 200 s., 202 s.; Schweizer, III, CXXV, CXXVII.

(2) V. el *texto en el núm. 43 del apéndice, *Biblioteca Ambrosiana de Milán*.

siados cardenales y entre los prelados a aquéllos que conociesen a Alemania por su presencia personal.

Una propuesta de la memoria muy digna de agradecerse, se refiere al cuidado pastoral de los alemanes de la diáspora, el cual sería mejor confiar no a un nuncio, sino a un personaje de menos alta posición, que sin ruido pudiese atender a las necesidades espirituales de los católicos desamparados en medio de una sociedad enteramente protestante. Dícese en este documento, que en muchos sitios habían aún permanecido fieles a su fe católicos que ahora no tenían ninguna posibilidad o a lo menos tenían las mayores dificultades de oír un sermón y recibir los santos sacramentos. Que en Ulm había unos doscientos católicos de este género desamparados, y que también en Nuremberg y en Würtemberg existían aún católicos a quienes nadie «partía el pan».

Que con este cuidado pastoral de la diáspora podía unirse una visita de aquellos monasterios de mujeres que se habían conservado todavía en comarcas y ciudades caídas enteramente en la herejía protestante. Que monasterios de este género los había en Ulm, Estrasburgo, Neuburgo, en Sajonia, Brunswik, y hasta en Holstein. Que dichas religiosas eran en su mayor parte nobles; que esta circunstancia las había preservado de la ruina; que ciertamente no habían faltado vejaciones a las desamparadas casi del todo de consuelo espiritual. Que tanto más altamente era de apreciar su constancia con que habían permanecido fieles a la fe de sus padres, por cuanto que, obligadas a asistir a sermones protestantes, se metían cera en los oídos y de noche tenían sus ejercicios espirituales.

Para procurar consuelo espiritual a los que habían permanecido fieles en las partes del país donde estaba prohibido el ejercicio de su culto a los partidarios de la antigua fe, se hace además la propuesta de servirse de las residencias de las Órdenes militares, de los sanjuanistas y caballeros teutónicos, a los cuales por efecto de sus privilegios no podía vedárseles el culto católico.

De las otras propuestas hay dos todavía dignas de atención: el frecuente envío de cartas pontificias exhortatorias y consolatorias a los obispos y príncipes alemanes y la ejecución del deber de ir «ad limina Apostolorum». Es muy interesante el celo con que el autor se empeña por una mayor representación de Alemania en el Sacro Colegio. Dice que el grande Imperio sólo tiene cuatro cardenales: Marcos Sittich, Madruzzo, Andrés de Austria y el duque Alberto;

que los dos últimos están comúnmente ausentes de Roma, Marcos Sittich casi constantemente enfermo, y Madruzzo igualmente enfermizo y sobrecargado de trabajo. ~~Qu~~ ¿a quién en Roma debían dirigirse ahora los alemanes? Que por lo demás no faltan ahora, gracias a Dios, en el episcopado alemán candidatos dignos para la sagrada púrpura.

Al fin el autor de la memoria dirige la atención del Papa a la parte que tiene la decadencia de la disciplina en las Órdenes mendicantes en la difusión del protestantismo en Alemania. Indica que los generales de las Órdenes habían dejado de hacer las reformas necesarias; que muchas veces hasta algunos miembros indignos habían sido por ellos mandados de Italia a Alemania. Que los escándalos habían sido la consecuencia de ello, y de éstos se habían servido los predicantes herejes más que de todos los otros argumentos para combatir a la Iglesia. Que por eso el Papa habría de intervenir con los correspondientes mandatos a los generales de las Órdenes.

En una adición se recuerda todavía entre otras cosas con qué ardor se trataban en Alemania los puntos controvertidos de teología: que por eso o los nuncios enviados allá tenían que estar ellos mismos bien instruidos en tales cuestiones, o habían de serles agregados teólogos versados en ellas.

Desgraciadamente el pontificado de Gregorio XIV fué muy breve para haberse podido ejecutar tan extensos proyectos. Siempre, con todo, el Papa durante el tiempo de su labor demasiado medido para él hizo lo que estaba en su poder, especialmente por su nuncio en la corte imperial. En Praga cerca de Rodolfo II permaneció hasta el verano de 1591 Alfonso Visconti, poseedor de la nunciatura. Después de su traslado a Madrid sucedióle en el cargo el 20 de junio de 1591 Camilo Caetani (1). En su tiempo a los antiguos cuidados de la curia respecto de la provisión del importante arzobispado de Praga y de los obispados vacantes de Hungría, así como de la conservación del catolicismo en Estiria, Juliers-Cléveris, Aquisgrán y Estrasburgo añadiéronse dos nuevos: la elección de un protestante para obispo de Osnabrück y la violenta introducción de la nueva doctrina en Halberstadt por el duque Enrique Julio de Brunswik. En todos estos negocios se hizo lo que era posi-

(1) V. Schweizer, III, **XXIII** s., 320, 388 s. Los *Ricordi di Camillo Caetani scritti al oblatto Antonio Caetani suo nipote nell'occasione che egli partì nunzio per la Germania están en el *Archivio Caetani de Roma*, 101, núm. 29.

ble, para precaver un ulterior perjuicio de los intereses católicos (1).

La intervención en los asuntos de Francia así como el remedio de la carestía de Roma obligaron a Gregorio XIV a expender muy grandes sumas. Tanto es más digno de reconocimiento el que sin embargo de esto no descuidase la continuación del protectorado pontificio en el terreno del arte. Ya después de terminado el primer mes de su pontificado se tuvo conocimiento de que había dado orden de concluir la cúpula de San Pedro y las construcciones de Sixto V en el Vaticano y el Quirinal (2). En marzo de 1591 hizo trazar un dibujo para una capilla en Santa María la Mayor, que debía formar correspondencia con la capilla de Sixto V y recibir su sepulcro (3). Por el mismo tiempo se unió el palacio de Letrán con la residencia del arcipreste de esta basílica (4). La permanencia en el Palacio de San Marcos dió ocasión para la reconstrucción del corredor que conduce a Santa María de Araceli (5). Fué una obra de piedad el sepulcro que Gregorio XIV hizo erigir a su antiguo amigo, el cardenal Federico Cornaro, muerto en octubre de 1590, en San Silvestre de Monte Cavallo (6). A César Baronio concedió Gregorio XIV el permiso

(1) V. Schweizer, III, xxv s., 267, 277, 298, 300, 322, 332 s., 335 s., 340 s., 345 s., 374 s., 377 s., 383 s., 391 s.

(2) *N. S^{re} ha ordinato che si finisca la cuppola di S. Pietro sicome fa delle fabriche del Vaticano et di Montecavallo cominciate da Sisto et si dice voglia fare ridurre a perfettione la cappella incontro alla Gregoriana et a similitudine di quella (Avviso de 9 de enero de 1591, Urb., 1058, I, 18, *Bibl. Vaticana*). Sobre la concesión temporaria del palacio de Letrán al cardenal Ascanio Colonna v. en el núm. 45 del apéndice el *breve de 4 de mayo de 1591, *Archivo Colonna de Roma*. Recuerdan los trabajos en el palacio del Vaticano en el primer piso de las logias, por donde se va a la Sala de las Congregaciones, estas inscripciones que hay sobre dos puertas: Gregorius XIII.

(3) *N. S^{re} lunedì disegnò una cappella in S. Maria Maggiore incontro et a similitudine di quella di Sisto per sua sepultura. Avviso de 2 de marzo de 1591, Urb., 1058, I, 116^b, *Biblioteca Vaticana*.

(4) El Papa unió el palacio de Letrán construido por Sixto V, que costó más de 200 000 escudos, con la residencia del arcipreste, notifica el *Avviso de 27 de marzo de 1591, Urb., 1058, I, 182^b, *Biblioteca Vaticana*.

(5) *Di ordine di N. S^{re} si refabrica il corritore che fece rompere Sisto V, il quale andava da S. Marco in Araceli (Avviso de 6 de julio de 1591). El mismo Aviso notifica respecto del cardenal Montalto: É in capriccio di statue et ha comprate quelle di Camillo Crescentio ricercate dal card. Ascanio (Urb., 1060, II, 355^b s., *Bibl. Vaticana*). Cf. Dengel, Palacio de San Marcos, 112. Junto a la gradería que conduce a la catedral de Todi está el escudo de Gregorio XIV con la fecha del año 1590.

(6) *N. S^{re} ha risoluto per l'amicitia che haveva già col cardinale Cornaro, di farli una sepoltura nobile in S. Silvestro a spese di S. B^{ne} (Avviso de 29 de diciembre de 1590, Urb., 1058, p. 671, *Bibl. Vaticana*). Cf. Ciaconio, IV, 154.

extraordinario de que pudiese tomar prestado para dos meses un precioso manuscrito griego de la Biblioteca Vaticana (1). Que también otros eruditos pudieron esperar ser favorecidos por el Papa, se ve claro por los escritos a él dedicados (2).

Aunque no fué dado a Gregorio XIV unir su nombre con una grande obra de arte, sin embargo pudo hacer recaer su favor en el más genial compositor católico de todos los tiempos. Antiguas relaciones le ligaban desde hacía años con Pedro Luis Palestrina. Éste dedicó a Gregorio XIV una colección de motetes, entre ellos un notable Magnificat y un Stabat mater profundamente conmovedor. El Papa recompensó con un aumento de sueldo al maestro de capilla de San Pedro, a quien ya sus contemporáneos alabaron como a príncipe de la música (3).

(1) V. Calenzio, Baronio, 266. Una prohibición de Gregorio XIV, de utilizar documentos de las colecciones pontificias sin su permiso, se halla en Baumgarten, Nueva noticia, 110 s.

(2) Sobre las obras impresas, entre las cuales se hallan la *Relatione del assedio di Parigi* de F. Pigafetta (Bologna, 1592), la obra de Rocca sobre la Biblioteca Vaticana (v. arriba, pág. 244, nota 3) y la «Nueva Filosofía» del platónico Franc. Patrizi (v. Tiraboschi, VII, 1, 362), cf. Ciaconio, IV, 87, 223 s.; Vairani, Mon. Cremon., II, 85 s.; P. Cavalieri, *Degli uomini illustri d. congregaz. del S. Salvatore Lateranesi*, Velletri, 1836, 123. A este lugar pertenecen también los siguientes escritos inéditos: Vat. 5483: *Horatii Massarii Castperiensis Sabiniadon libri 4 cum epistola ad Gregorium XIV; Vat. 5504: Iulii Caravatii Brixiani *Brevissimus sacramentorum tractatus ad Gregorium XIV; Vat. 5510: Alex. Fusconii Ravennatis *Liber de miraculis Eucharistiae c. epist. ad Gregorium XIV; Vat. 5515, p. 21-44: Alph. Ciaconius, *Tredecim Gregoriorum Rom. Pontif. gloriosa et praeclara gesta ad S. D. N. Gregorium XIV; Vat. 5543: *Epigrammata de Gregorio XIV... ad eundem pontif. Ascanii Grimaldi. El Cód. Barb., XXX, 45 contiene un *discurso de Julio Roscio Hortino a Gregorio XIV, *Biblioteca Vaticana*. En el Cód. ital. 56, p. 274 s. de la *Biblioteca pública de Munch*: *Discurso sopra il regno d'Irlanda et delle gente che vi bisogneria per conquistarlo fatto a P. Gregorio XIV.

(3) V. Baini, Mem. di P. L. da Palestrina, Roma, 1838, 226.

III. Inocencio IX

(29 de oct. a 30 de dic. de 1591)

I

Durante la enfermedad mortal de Gregorio XIV los partidos se preparaban muy descubiertamente para la lucha por la nueva elección. En ésta habían de tener parte casi los mismos cardenales que diez meses antes, de modo que las circunstancias en general eran iguales que antes de la elección de Gregorio XIV (1). De nuevo dependía la decisión de los españoles y de Montalto.

Seguía reinando como antes en muchos miembros del Sacro Colegio gran disgusto y desazón por la presión ejercida por los españoles en las elecciones pontificias (2). Entre esta clase de descontentos las pensiones otorgadas en grande por el rey de España a los cardenales se calificaban lisa y llanamente de simonía (3). El número de los descontentos habría sido aún mayor, si hubiese habido probabilidad de sublevarse con buen éxito contra esta dictadura (4). Como esto no era posible según las experiencias del último conclave, hubo de diferirse la lucha decisiva para un tiempo posterior. «Resolviéronse

(1) Durante el pontificado de Gregorio XIV habían muerto cuatro cardenales (Carafa, Serbelloni, Albani e Hipólito de' Rossi) (v. Ciaconio, IV, 234) y sido nombrados cinco nuevos (v. arriba, pág. 331 s.).

(2) V. los *Avvisi de 19 y 23 de octubre de 1591, Urb., 1059, II, 563, 571, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. la nota del embajador de Urbino al *Avviso de 12 de octubre de 1591, Urb., 1059, II, 551, *Biblioteca Vaticana*. Una lista de los españoles pensionados del verano de 1591 se halla en Hinojosa, 334, nota 2.

(4) *La fattione et classe pero de malcontenti si aiuta in contrario et si conclude, che tutto il collegio da due cardinali in poi sarebbero con detta classe per fare un Papa contra Spagna quando credessero, che havesse da riuscire per reacquistare l'antica libertà del collegio. Avviso de 30 de octubre de 1591, Urb., 1059, II, *Biblioteca Vaticana*.

a disimular el odio conservado enteramente vivo contra la dominación extranjera y seguir soportando desde luego con el puño oculta-mente cerrado al insoportable opresor» (1).

En este estado de cosas el cardenal Juan Antonio Facchinetti, que ya en el conclave precedente había estado muy cerca de la tiara, tuvo desde el principio las mayores probabilidades. Poseía casi todas las cualidades necesarias; era insigne por su grande erudición, circunstanciado conocimiento de la curia romana y aptitud política; sin embargo el desfavorable estado de salud del anciano de setenta y dos años hacía prever un corto reinado. Facchinetti era acepto a los españoles, a Sforza y a muchos cardenales sixtinos, y aun el gran duque de Florencia, que hasta entonces le había excluido, intervino ahora en su favor. No tenía decididos adversarios, pero Montalto, que ordinariamente solía andar acorde con el gran duque florentino, no vela con buenos ojos su elevación (2).

Merece especial atención la posición de los españoles respecto a la nueva elección. Dado el apasionado temperamento del conde de Olivares, que, destinado para virrey de Nápoles, dilató su partida y estuvo al lado del duque de Sesá nombrado embajador ordinario, muchos pudieron creer que los electores habrían de sufrir la misma presión falta de miramientos que en el último conclave. Esto habría también indudablemente sucedido, si una orden de Felipe II, de 5 de diciembre de 1590, no hubiera prohibido una repetición de este procedimiento (3). Por efecto de esta decisión del rey de España, que había sido conocida en Roma a principios de 1591, pudo el conclave después de la muerte de Gregorio XIV transcurrir tranquila y rápidamente (4). Por lo demás los mismos representantes de Felipe II conocieron que una repetición de la abierta nominación o inclusión no se recomendaba por ser políticamente demasiado perjudicial. Pero no por eso renunciaron en manera alguna a apoyar calurosamente a ciertos cardenales, así como a excluir a otros (5).

(1) Herre, 590.

(2) V. Herre, 558 s., 579; Fusai, B. Vinta, 51. A las fuentes aquí indicadas añádense todavía las relaciones estenses publicadas por Ricci, II, 79 s. y una *relación contemporánea sin fecha (nov. de 1591) que se halla en el Cód. CCCXXI de la *Biblioteca de Santa Cruz de Jerusalén de Roma*.

(3) V. Herre, 535 s., 538, donde este importante documento se ha utilizado por primera vez.

(4) Se creía al principio, que el conclave duraría de nuevo mucho tiempo; v. el *Avviso de 19 de octubre de 1591, Urb., 1059, II, 563, *Biblioteca Vaticana*.

(5) V. Herre, 565 s.

Esto se ve claramente por la memoria que Olivares y Sesa entregaron el 27 de octubre de 1591 al cardenal Mendoza (1), a quien en lugar de Madruzzo estaba confiada esta vez la dirección del partido en el conclave. Es verdad que en este documento se lee: «Conforme a nuestras órdenes de no efectuar ninguna nominación y solamente trabajar para que salga un buen Papa a satisfacción del Sacro Colegio, a excepción de aquellos que se excluyen por respetos generales, parece conveniente, que vuestra señoría no proponga a nadie y evite con esto dar pesadumbre a otros pretendientes, sino antes bien aguarde a que se den pasos por otros». Pero esta concesión se limita por este aditamento: «Sin embargo para el caso de que se recomiende proponer a alguno para apartar a otro no apropiado, no debe atenderse a esta regla; tampoco para el caso de que se prolongue mucho el conclave». La exclusión de Laureo, Valiero y Salviati se mantiene en la memoria. Al mismo tiempo se dan instrucciones sobre la forma en que han de combatirse las candidaturas de Médicis, Pierbenedetti, Morosini y Aragón. Como los más aceptos al rey de España designa el documento a Madruzzo (2), luego a Santori, Paleotto, Facchinetti, Aldobrandini y en último lugar a Galli y Colonna. Respecto de los cardenales sixtinos se dice: «Su majestad de ninguna manera los rechaza ni los tiene por indignos de confianza, pero paréceme justo que aquéllos sean preferidos a otros. Sólo podría hacerlos indignos de confianza la circunstancia de que Montalto se declarase contra los intereses de su majestad». Indícase que en este caso se los había de excluir a todos. Conforme a esto Mendoza es instruido respecto a Aldobrandini en el sentido de que, caso que Montalto se mostrase resuelto a mantener a este su candidato predilecto, y también en otros partidos se manifestase inclinación a él, después de previa deliberación con los cardenales españoles podía votarle.

En la memoria se tienen presentes todavía las más diversas posibilidades y se dan para ellas reglas de conducta, las cuales se

(1) *Memoria de lo que se ofrece acordar al señor cad. de Mendoza en las materias del conclave a 27 de octubre 1591. A Herre pertenece el mérito de haber sido el primero en llamar la atención sobre este importante documento; comunica también algunos pasajes del mismo. Herre utiliza una copia del *Archivo de Simancas*. El original lo hallé yo en el *Archivo de la embajada española de Roma*, III, 4; está en varias partes deteriorado. En diversos pasajes Mendoza escribió al margen: «Io» o «nota».

(2) De las *prattiche* de Spagnoli per Madruzzo al pontificado *da cuenta Badoer ya en 9 de febrero de 1591, *Archivo público de Venecia*.

hubo de mostrar que no eran necesarias. Después que en 27 de octubre el obispo de Bérgamo, Jerónimo Ragazzoni, hubo pronunciado el acostumbrado discurso al Sacro Colegio (1), los 56 cardenales presentes en Roma (2) pasaron a ocupar el conclave en el Vaticano. Ya dos días después pudo ser proclamado el nuevo Papa. Fué el cardenal Sfondrato en quien se verificó esta vez el proverbio: Quien entra en el conclave Papa, sale de él cardenal.

Según todas las relaciones el cardenal Facchinetti ya en la primera votación, que se efectuó el 28 de octubre en la Capilla Paulina, había obtenido 23 votos, mientras reunieron para sí Galli 10, Paleotto 12, Salviati 12, Santori 14, Aldobrandini y Madruzzo sólo 8 (3). Se promovió una rápida decisión por dos circunstancias: primeramente porque los españoles apremiaron a un conclave corto (4), y luego por la renuncia de Madruzzo a su propia candidatura; expresó sobre esto resueltamente tanto hablando con el embajador español como conversando con sus amigos, que en balde intentaron disuadirle de ello. Madruzzo dijo a Facchinetti que empeñaría todo su influjo en favor de él (5). Sobre los ulteriores sucesos informa auténticamente una relación del cardenal Mendoza a Felipe II. Mendoza cuenta aquí, cómo se afanó al principio por ganar a Mon-

(1) El discurso se conserva en I. P. Mucantii *Diaria caerem. El orador describió las grandes incumbencias que aguardaban al nuevo Papa: la continuación de la reforma católica (la ejecución de los decretos tridentinos, especialmente el cumplimiento de la obligación de residencia; Roma debería dar ejemplo de ello), el rechazamiento de la herejía, que continúa haciendo progresos en Francia y el remedio de la falta de víveres en toda Italia. *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. los nombres en Ciaconio, IV, 236 s. Estaban ausentes Gondi, Lenoncourt y Borbón en Francia, Quiroga, Alberto de Austria y R. de Castro en España, Batori en Polonia el gran maestre Hugo de Loubens en Malta y Carlos de Lorena.

(3) V. Conclavi, 285. Mucho mejor que la relación del conclave aquí impresa es otra que procede de un conclavista del cardenal F. Borromeo, y que junto con las relaciones florentinas utilizó Herre (580 s.) según una copia de la *Biblioteca de Dresde* (Cód. F. 131, p. 302-308). Las relaciones españolas no las pudo hallar Herre en el *Archivo de Simancas*. Llena con todo este vacío la importante *relación del cardenal Mendoza a Felipe II, fechada en Roma a 8 de noviembre de 1591, que yo he descubierto en el *Archivo de la embajada española de Roma*. Según indicación del embajador de Urbino Santori tuvo en el primer escrutinio doce votos, en el segundo sólo uno, Salviati en el primero catorce, Aldobrandini ocho, en el segundo uno, Róvere en el primero cinco, en el segundo dos. Urb., 1059, II, 587, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. la *relación de M. Minucci al duque de Módena, fechada a 30 de octubre de 1591, *Archivo público de Módena*.

(5) V. la *relación del cardenal Este al duque de Módena, fechada a 2 de noviembre de 1591, *ibid*.

talto para Madruzzo. El nepote no se adhirió a este plan, pero en vista de las representaciones de Mendoza, se declaró dispuesto a votar en favor de un candidato acepto a Felipe II, aunque sin designarle más en particular. El fin de la larga conferencia fué que Montalto prometió manifestar al día siguiente su decisión definitiva. Todavía en el mismo día Mendoza informó al cardenal Andrés de Austria acerca de la imposibilidad de sacar a flote a Madruzzo, pues hasta muchos españoles se oponían a éste (1) y Montalto había declarado expresamente no poder elegir al cardenal de Trento; pero que Montalto había dado a conocer su prontitud de voluntad para dar su voto a uno de los cardenales aceptos al rey de España.

En la madrugada del día siguiente (29 de octubre) el cardenal enfermo Marco Antonio Colonna se hizo llevar a la celda de Mendoza, lo cual produjo grande admiración. Ambos conferenciaron sobre la situación. Ésta se aclaró en el escrutinio efectuado en este día, en el cual el número de los votos dados para Facchinetti subió a 28. Exactamente la mitad de todos los cardenales presentes habían votado por él, caso que hasta entonces no había sucedido (2). Pero faltaba siempre todavía el asentimiento de Montalto. Mendoza rogó a éste que saliese de su irresolución y diese finalmente la respuesta prometida. Ambos cardenales se retiraron a la Sixtina para una larga deliberación, cuyo éxito esperaban ansiosamente cuarenta cardenales en la Sala Regia. Montalto intervino de nuevo en favor de Santori; dijo que si éste no podía sacarse a flote, estaba dispuesto a votar por Facchinetti, pero en ningún caso por Galli o Paleotto. Mendoza quedó contento de esto. Ambos cardenales concertaron no comunicar aún a sus partidarios cosa alguna en particular, sino sólo participarles en general, que se habían puesto de acuerdo (3).

Mendoza negoció ahora con sus partidarios, y en ello encareció con energía, que Felipe II no quería limitar la libertad electoral del Sacro Colegio, lo cual produjo buena impresión. Las opiniones estaban muy divididas. Algunos deseaban la elección de Galli, otros la elección de Paleotto, y otros a su vez, aunque sólo pocos, la elección

(1) Los italianos no querían a Madruzzo, per non vedere un Papa TheDESCO; v. el *Avviso de 2 de noviembre de 1591, Urb., 1059, II, 590, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. la carta del cardenal Sfondrato al marqués de Este de 1.º de noviembre de 1591, en *Miscell. di studi e docum. d. Soc. Stor. Lombarda*, 1903, 136.

(3) *Relación de Mendoza de 8 de noviembre de 1591, *Archivo de la embajada española de Roma*.

de Colonna. Muchos se declararon de una manera determinada así en pro como en contra de Santori (1). Numerosos votos se mostraron favorables a la elevación de Facchinetti, ninguno contrario.

Aunque Montalto mantenía aún a Santori, con todo había de ver cuán difícil sería alcanzar la tiara a este cardenal, a cuyos antiguos adversarios se había juntado también Sfondrato con los cuatro cardenales de Gregorio XIV. Como por otra parte todos los cardenales estaban por Facchinetti, resolvió Mendoza obrar. Se dirigió a Madruzzo, que le dió su asentimiento, e informó también de ello a sus demás partidarios; después fué a ver a Montalto, que por sus dolores de estómago se hallaba en su celda (2). Pintóle la situación: díjole que sólo Facchinetti era posible, y que se habían puesto de acuerdo sobre él. Montalto puso también ahora dificultades. Habiéndose resuelto en breves momentos, Mendoza interrumpió la conversación, tomando a Montalto por el brazo y diciéndole: «Si V. no viene conmigo a la elección, ésta se hará sin V.» (3). Ahora cedió Montalto (4). Ambos cardenales se trasladaron a la celda de Facchinetti y le anunciaron su inminente elevación a Papa. Después acompañaron al anciano cardenal a la Capilla Paulina, donde efectuóse su elección.

El nuevo Papa, que tomó el nombre de Inocencio IX, reconoció los desvelos de Felipe II y Mendoza; a este último dijo: *Opera manuum tuarum* (5). Era ya de noche cuando se abrió el conclave y la nueva cabeza de la Iglesia fué llevado a la luz de la luna por la Sala Regia a San Pedro (6).

(1) Según una carta del cardenal Monte a Vinta el cardenal Ascanio Colonna deshizo las grandes probabilidades de Santori; v. Fusai, B. Vinta, 110.

(2) Acerca de que Montalto se había escondido debajo de su cama, como Herre (584) cuenta según la relación de Niccolini, nada hay en la *relación de Mendoza; éste dice solamente: A las cinco oras de la tarde fui con esta resolución al card. Montalto en su aposento quejandose de dolor de estómago. *Archivo de la embajada española de Roma*.

(3) *Diziéndole que viniese por que si no venia se haria la eleccion sin el. Relación de Mendoza, loco cit.

(4) Según la *relación de Tulio Carretti de 30 de octubre de 1591 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), también Escipión Gonzaga influyó mucho en Montalto.

(5) Esto lo refiere Mendoza mismo en su *carta a Felipe II de 8 de noviembre de 1591 (loco cit.), añadiendo que después de la elección Inocencio IX había repetido aún este dicho.

(6) V. Paulus Alaleone en Gatticus, 342. Cf. Conclavi, 288. Según Herre (585) se ha de suponer, a lo que él cree, que todavía esta tarde se llevó a término la solemne coronación. De esto naturalmente no puede hablarse. La coronación de Inocencio IX efectuóse el 3 de noviembre, y su toma de posesión el 8;

El cardenal de los Santos Cuatro, como se llamaba Facchinetti por su iglesia titular, nació el 20 de julio de 1519 en Bolonia, adonde hablan inmigrado sus padres desde Nogara junto a Verona (1). Estudió jurisprudencia en su ciudad natal, adquirió allí a los 25 años la borla de doctor, y luego fué a Roma, donde entró al servicio del cardenal Alejandro Farnesio. Cuatro años fué representante suyo en Aviñón; sobresalió allí grandemente tanto como más tarde siendo gobernador de Parma en muy difíciles circunstancias. Paulo IV nombró al prelado docto y de puras costumbres referendario de la Signatura de Justicia y Gracia, y Pío IV le confirió en 1560 el obispado de Nicastro en Calabria. Facchinetti fundó allí un seminario y levantó una iglesia al santo de su ciudad natal, San Petronio. Como obispo de Nicastro tuvo parte en tiempo de Pío IV en las deliberaciones del concilio de Trento; conforme a las determinaciones allí tomadas sometió su diócesis a una visita (2).

Pío V en 1566 envió a Facchinetti como nuncio a Venecia. En este puesto, que desempeñó también por algún tiempo bajo el pontificado de Gregorio XIII, prestó importantes servicios al ajustamiento de la Liga Santa contra los turcos (3). Después que en 1575 hubo renunciado a su obispado por motivos de salud, Gregorio XIII le confirió al año siguiente el título de patriarca de Jerusalén. El Papa se sirvió del excelente prelado en la Consulta, en la Inquisición y en la Signatura y en 12 de diciembre de 1583 le nombró cardenal (4).

Facchinetti, de natural melancólico (5), vivió muy retirado y

v. Gatticus, 402; Cancellieri, 149 s. Cf. Además Hirn, El archiduque Fernando II, 408.

(1) De los contemporáneos cf. Cicarella, Vita Innocentii IX (en las ediciones posteriores de Platina) y Possevino en Zacharia, *Iter litt.*, 300 s.; de los posteriores v. Ciaconio, IV, 69 s., 235 s.; Moroni, XXXVI, 10 s.; Litta fasc. 29; Valensise, Il vescovo di Nicastro poi Papa Innocenzo IX e la lega contro il Turco, Nicastro, 1898. Sobre el origen de la familia v. D. Bergamaschi, Nella patria e del pontificato d'Innocenzo IX, en *Arte e storia*, XXV, Firenze, 1906, núm. 19-20. Cf. también N. Bazzetta, Innocenzo IX, en la revista *Serapione*, 1909, n. 30-31, y *Storia di Domodossola*, ibid., 1911, 342 s.

(2) Las cartas de visita mencionadas por Ughelli y Giuliani (*Mem. stor. d. città di Nicastro*, 129) ya no existen en el *Archivio episcopale di Nicastro*. Esto se relaciona con las destrucciones del terremoto de 1638; v. Valensise, loco cit., 21.

(3) V. nuestros datos del vol. XVIII.

(4) V. nuestros datos del vol. XIX. La *carta de acción de gracias por la gratulación de Aldo Manucio, fechada V Cal. Febr. 1583, se halla en el ms. 272 de la *Biblioteca de Montpellier*.

(5) V. el juicio de Marette en Herre, 416, nota 5.

con riguroso ascetismo sólo para las obligaciones de su cargo y los estudios. Era tenido por notable conocedor de Platón y Aristóteles. Sobre la «Política» del Estagirita compuso el cardenal un trabajo particular; fuera de eso escribió tratados filosóficomorales y un Anti-maquiavelo (1). Como era en todo lento y remirado, no llegó Facchinetti a enviar estos trabajos a la imprenta. No solamente por su gran erudición y conocimiento de los negocios era apreciado generalmente el cardenal (2), sino también por su piedad y pureza de costumbres (3). Repetidas veces había estado próximo a alcanzar la tiara (4); cuando ésta recayó en él después de la muerte de Gregorio XIV, que le había nombrado representante suyo en la Signatura, las fuerzas del hombre siempre enfermizo estaban agotadas. Tanto mas rápidamente se consumieron, cuanto con más ardor se dedicó Inocencio IX a las obligaciones de su alto cargo.

La coronación del nuevo Papa (3 de noviembre de 1591) efectuóla al igual que en sus dos predecesores como más moderno de los cardenales diáconos Andrés de Austria. Después de esta solemnidad Inocencio IX saludó con ánimo muy gozoso al cardenal Habsburgo con estas palabras: ¡Ojalá sucediese que Nos vice versa pudiésemos coronar emperador romano a un vástago de tu ilustre casa! (5).

II

Las alegres esperanzas con que los romanos saludaron la elevación de Inocencio IX (6), aumentáronse todavía, cuando el Papa

(1) V. Ciaconio, IV, 245, donde también están anotadas las obras dedicadas a Inocencio IX. La más importante es la colección de las cartas y decretales pontificios en tres tomos dedicada al Papa por Ant. de Aquino, que se imprimió en Roma en 1591; v. Baumgarten, Nueva Noticia, 240. En noviembre de 1591 Inocencio IX hizo a Baronio un donativo de trescientos escudos; v. *ibid.*, 126, 291. Cf. también Zacharia, *Iter litt.*, 301. Frati ha publicado en el *Arch. stor. ital.*, 5.^a serie, XXXV, 450 s. *Ricordi d'Innocenzo IX*. Según Karttunen, Possevino, 234, Inocencio IX encargó a este célebre jesuita una refutación de Maquiavelo.

(2) V. Conclavi, 277. Cf. la *carta del cardenal Gonzaga en el núm. 44 del apéndice, nota, *Archivo público de Viena*.

(3) V. la *relación del cardenal Este al duque de Módena, fechada a 26 de octubre de 1591, *Archivo público de Módena*.

(4) Cf. arriba, págs. 270, 291 s.

(5) V. *Acta consist., Cód. Barb., XXXVI, 5, III, *Bibl. Vaticana*; Hirn, El archiduque Fernando II, 408. Cf. Gatticus, 402 y la *carta del cardenal Madruzzo en el núm. 47 del apéndice, *Archivo público de Viena*.

(6) *Si crede quod lux Orbi restituta sit, essendo questo soggetto gran

hizo al punto ordenaciones para remediar la falta de trigo y reprimir los excesos de los bandoleros (1). Todos los cardenales fuera de Montalto, que perdió todo crédito (2), mostraron gran contento, especialmente cuando el Papa a pesar de su notable conocimiento de los negocios los exhortó expresamente a apoyarle, pues, como dijo, sin su ayuda no podía llevar la carga del pontificado (3).

Aunque Inocencio IX estaba en el 73.º año de su edad y tenía muy flaca salud — era sólo piel y huesos, dice un contemporáneo (4), mientras otro le califica de sombra de hombre (5) —, se consagró con juvenil ardor a los negocios de su cargo. Sólo para éstos era todo el día, pues el Papa, que siempre había sido muy templado en el comer y beber, tomaba por la mañana sólo una sopa de pan de cebada y luego permanecía sin comer otra cosa hasta la cena (6).

registra et che è pervenuto a questo luogo graduatim, cortegiano vecchio, gran praticone in tutte le cose et in tutti i carichi et congregazioni, sodo nelle deliberationi, conscienza, religione, bontà sodo et stimato non secondo tra li bravi del collegio d'ogni tempo, se bene in alcune cose si è mostrato di prima impressione, ma questo si attribuisce al suo sapere et valore (Avviso de 30 de octubre de 1591, Urb., 1059, II, 584, *Bibl. Vaticana*). Según un *Avviso de 9 de noviembre de 1591 se colocó la siguiente inscripción: Innocentio Nono Pontifici patrique optimo optatissimoque Urbis, ecclesiae terrarumque omnium spei, a Deo in haec tempora difficillima misso ob iustitiam severitatemque in Urbem repectas (ibid., 604^b). Sporenò tributa a Inocencio repetidas veces grandes elogios. *Vir probus, doctus, pius, prudens et inclitae Austriacae domui benevolus et adictus, debilis complexionis... multum desideratus a populo Romano, así lo caracteriza en su *carta de 29 de octubre de 1591. En 19 de noviembre repite: *Prudens, doctus et pius pastor est et in gubernandis humanis rebus imprimis idoneus, non admodum sanus. *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*.

(1) V. los *Avvisi de 30 de octubre, 2 y 9 de noviembre de 1591, Urb., 1059, II, 584^b, 588, 604^b, *Biblioteca Vaticana*.

(2) *Il card. Montalto per la creatione di questo Papa è rovinato affatto, notifica un Avviso de 9 de noviembre de 1591, al cual el embajador de Urbino pone esta anotación: *Si tiene per certissimo (Urb., 1059, II, 605, *Bibl. Vaticana*). Cf. también los datos de Herre, p. 585. En el *breve al dux, fechado a 9 de noviembre de 1591, dice Inocencio IX que lo bueno que había en él lo debía únicamente a Dios; nostra imbecillitas est pertimescenda, que por eso el dux rogase por él. *Archivo público de Venecia*, Bolle.

(3) V. el *Avviso de 2 de noviembre de 1591, Urb., 1059, II, 588, *Biblioteca Vaticana*.

(4) El embajador de Urbino en su anotación al *Avviso de 6 de noviembre de 1591, ibid., 600.

(5) Cicarella, Vita Innocentii IX, loco cit. Grabado de su retrato por Vandersyperm: v. Portrait Index, ed. by William Coolidge Lane and Nina E. Brown, Washington, 1906, 742.

(6) Cf. en el núm. 48 del apéndice el *Avviso de 13 de noviembre de 1591, *Biblioteca Vaticana*.

Después descansaba un poco y se recreaba con la música (1); pero muchas veces daba también ahora numerosas audiencias (2). Prescindiendo de un paseo por el Belvedere o por los jardines del Vaticano, de los que gustaba mucho Inocencio como amigo de la naturaleza (3), utilizaba el tiempo del día hasta el extremo. Admirábanse cuán hábilmente, bien y puntualmente lo despachaba todo (4). Cada martes eran recibidos los obispos, los viernes y sábados los embajadores y enviados, y en los demás días los prelados y funcionarios (5). En la concesión de audiencias el nuevo Papa era sumamente generoso. Deseaba que también la gente de las clases inferiores fuese admitida a su presencia (6). En las audiencias no se mostraba amigo de muchas palabras, pero sabía tratar a cada uno con tanta prudencia, que todos se separaban de él muy satisfechos (7).

Como gobernante demostró el Papa tanta habilidad como si ya hubiera gobernado mucho tiempo (8). Desplegó desde el principio una actividad asombrosa. Ocupábanle los más diversos negocios: el proveer a sus súbditos de víveres (9), el castigo de los bandidos (10), la represión de la inmoralidad en Roma (11), la regulación del Tíber (12),

(1) *Avviso de 9 de noviembre de 1591, loco cit.

(2) V. en el núm. 48 del apéndice el *Avviso de 13 de noviembre de 1591, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Cicarella, loco cit. Según el *Avviso de 30 de noviembre de 1591 el Papa compró el «Casaletto» de Pio V (cf. nuestros datos del vol. XVII) presso la porta di S. Pancrazio et lo fa abbellire per sua recreatione. El embajador de Urbino anotó a esto que el Papa iba allí muchas veces paseando. Urb., 1059, II, 653^b, 655, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. en el núm. 48 del apéndice el *Avviso de 13 de noviembre de 1591, *Biblioteca Vaticana*.

(5) V. Cicarella, loco cit.

(6) V. el *Avviso de 20 de noviembre de 1591, Urb., 1059, II, 630, *Biblioteca Vaticana*. Cf. la hoja volante ya muy rara Il successo del conclave passato tenuto in Roma per la morte di Gregorio XIV et per l'elezione d'Innocentio IX con l'avviso delle prime attioni di Sua Beat^{te}, Torino, 1591.

(7) V. los *Avvisi de 2 de noviembre y 11 de diciembre de 1591 (è cosa incredibile la sodisfattione che dà N. S. a tutti che trattano seco), Urb., 1059, II, 588^b, 678, *Biblioteca Vaticana*.

(8) *Avviso de 6 de noviembre de 1591, *ibid.*, 597.

(9) Cf. la hoja volante citada arriba en la nota 6 y la Istoria di Chiusi en Tartinio, I, 1111. V. también Benigni, 43.

(10) Cf. la hoja volante citada arriba en la nota 6. V. también *Barb. 3376, p. 90, *Biblioteca Vaticana*.

(11) V. los *Avvisi de 23 de noviembre y 28 de diciembre de 1591, Urb., 1059, II, 634, 714^b, *Biblioteca Vaticana*.

(12) V. en el núm. 49 del apéndice el *Avviso de 27 de noviembre de 1591, *Biblioteca Vaticana*.

el saneamiento del Borgo (1), la restauración del puerto de Ancona (2), y la terminación de la cúpula de San Pedro (3). En el terreno espiritual demandaron su atención la reforma del clero (4) y de las elecciones pontificias (5). La bula de Pío V que prohibía la enajenación de las posesiones eclesiásticas y la nueva concesión de feudos pontificios caducados, ya en 4 de noviembre de 1591 fué confirmada y agravada por Inocencio IX (6).

Sumamente importante fué la mudanza que efectuó Inocencio IX luego al principio de su pontificado en la secretaría de Estado. Ésta había sido administrada hasta entonces por *un solo* hombre, el cual, como es comprensible, no podía atender a todos los negocios. Inocencio IX dividió la secretaría de Estado en tres secciones: una para Francia y Polonia, una segunda para Italia y España, y una tercera para Alemania. La dirección de la primera sección recibíola el excelente Juan Andrés Caligari, la segunda el anterior secretario de Inocencio IX, monseñor Zagordi, y la tercera Minucio Minucci, exacto conocedor de las cosas de Alemania (7). Como secretario de la Consulta fué confirmado Anibal Ricci, como secretario de las cartas latinas y de los breves a los príncipes el célebre latinista Antonio Boccaduli (8).

A los negocios de Alemania en tanto dedicó el Papa también su cuidado especial, en cuanto que erigió de nuevo la Congregación Germánica. Debía tener una sesión semanal bajo la presidencia de Madruzzo, a quien se agregaron los cardenales Laureo, Spínola, Gon-

(1) V. en el núm. 49 del apéndice el *Avviso de 27 de noviembre de 1591, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. Cicarella, loco cit. Cf. *Barb. 3376, p. 91, *Biblioteca Vaticana*.

(3) *Ha N. S.^{te} ordinato che si finisca la cuppola di S. Pietro (Avviso de 9 de noviembre de 1591, Urb., 1059, II, 604, *Bibl. Vaticana*). Por efecto de los trabajos al punto comenzados, por Navidad de 1591 los actos del culto hubieron de celebrarse en la Capilla Sixtina en lugar de hacerlo en San Pedro; v. *Diarium P. Alaleonis, en el Barb., 2815, p. 218^b, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. los *Avvisi de 6 y 23 de noviembre de 1591 (respecto de la obligación de residencia y traje del clero), Urb., 1059, II, 597, *Bibl. Vaticana*. Cf. Possevinus en Zacharia, *Iter litt.*, 301 s.

(5) V. en el núm. 50 del apéndice el *Avviso de 7 de diciembre de 1591, *Bibl. Vaticana*. Cf. también Marette en Sägmüller, *Bulas sobre la elección pontificia*, 256 y Archivo de Derecho canónico, LXXII (1894), 203 s.

(6) Bull., IX, 505 s. Cf. Ricci, II, 71 s.

(7) V. la carta de Minucci al nuncio de Colonia de 1.º de noviembre de 1591 en F. Altan de'conti di Salvarola, *Memorie intorno alla vita di M. Minucci*, Venezia, 1757, 19. Cf. también Stieve, IV, 126, nota y Schweizer, III, 407.

(8) V. la hoja volante citada arriba, pág. 351, nota 6.

zaga, Paravicini y Borromeo (1). Cuando el Papa rebajó notablemente las tasas de la Dataría para los «ultramontanos», fué también causa determinante de ello la consideración a las circunstancias de Alemania (2).

Respecto a la hacienda pública Inocencio IX pareció querer continuar el sistema económico de Sixto V. En su primer consistorio declaró que para el caso de necesidad y para ciertos acontecimientos habían de estar siempre preparados en el castillo de San Ángel caudales suficientes (3). En todas partes instó el Papa a una ordenada administración y a la mayor limitación posible de los gastos (4).

La economía de Inocencio IX mostróse también en la posición que tomó al principio respecto de los asuntos de Francia. Repetidas veces expresó en los primeros días de su pontificado, que la Santa Sede se arruinaría económicamente, si continuaban los enormes gastos de su predecesor para el ejército pontificio de Francia (5). Semejantes expresiones hubieron de disminuir notablemente las alegres esperanzas que los españoles habían puesto en su victoria alcanzada en el conclave (6). Las tropas pontificias dejáronse a la verdad en Francia, pero rebajóse la subvención destinada para ellas. La congregación francesa había propuesto para la misma 68 000 escudos mensuales, y el Papa sólo concedió 50 000 (7).

(1) V. el *Avviso de 6 de noviembre de 1591, Urb., 1059, II, 597^b, *Biblioteca Vaticana*, y Minucci en Altan, loco cit.

(2) V. el *Avviso de 21 de diciembre de 1591, Urb., 1059, II, 703, *Biblioteca Vaticana*. Sobre la solicitud de Inocencio IX por la conservación del catolicismo en Juliers-Cléveris v. Schweizer, III, 414 s.

(3) V. Cicarella, loco cit.

(4) V. los *Avvisi de 9 de noviembre y 4 de diciembre de 1591 (examen de las cuentas desde Sixto V), Urb., 1059, II, 602^b, *Biblioteca Vaticana*.

(5) Esta importante noticia, que confirma la opinión de Herre (592), halléla en el *Avviso de 2 de noviembre de 1591, Urb., 1059, II, 590, *Biblioteca Vaticana*.

(6) Mendoza concluye su *relación a Felipe II de 8 de noviembre de 1591 con estas palabras: Todo esto resulta en autoridad i reputacion de V. M. i de que todo el mundo entienda el santissimo zelo con que trata este negocio porque conocen mui bien que todo quanto en el a sucedido a sido orden de V. M. i hasta aora a sido lo que avemos jugado por mas conveniente al servicio de Dios i de V. M. segun que avemos podido alcançar i descubrir, seremos servido que lo mismo succeda en el discurso del Pontificado con mucho aumento i prosperidad de la Iglesia i gusto de V. M. i paz de sus estados, a quien N^{ro} Señor conserve mui largos años con mucho aumento dellos i prosperos sucessos. *Archivo de la embajada española de Roma*. Cf. también en el núm. 47 del apéndice la *carta de L. Madruzzo de 29 de octubre de 1591, *Archivo público de Viena*.

(7) V. L'Epinois, La Ligue, 514 s.; Herre, 592. La suposición que aquí

Con recelo miraban los españoles la ulterior actitud del Papa respecto de las revueltas de Francia. Dijo Santori al cardenal Monte, que tomaría sus resoluciones con toda independencia tan secretamente como despacio (1). Existen todavía varios dictámenes sobre la situación de Francia que se propusieron a Inocencio IX. En uno de ellos se explica, que Navarra en tanto tenía razón, en cuanto era legítimo heredero del trono, pero no la tenía, porque profesaba el calvinismo. Que una cosa semejante se había de decir también de la liga, la cual de suyo no podía combatir al rey legítimo, pero tampoco debía dejar subir a un hereje al trono de Francia. En otro dictamen se hace notar que la Santa Sede había de usar con prudente cautela de sus armas espirituales y temporales. Que ya que la fuerza de las armas no había conducido a nada, era inevitable entablar negociaciones, pero que no se debía dejar al punto la guerra, sino sólo poco a poco, rebajando la subvención mensual a 10 000 escudos. Que luego se había de concertar un armisticio, para ver si era posible que Navarra se reconciliase con la Iglesia. Que si mostraba buena voluntad, el Papa había de apoyarle, y en caso contrario tomar las armas y ayudar a los de la Liga (2).

Mientras se deliberaba de uno y otro lado, Caligari exigió al comisario general del ejército pontificio, monseñor Matteucci, una relación sobre la situación de los partidos y proyectos sobre lo que se había de hacer respecto a ellos (3). La respuesta a esto ya no alcanzó en vida a Inocencio IX. Por lo demás sus últimos hechos mostraron que era infundado el temor de los españoles de que seguiría los caminos de Sixto V. El 11 de diciembre de 1591 pudo Monte referir al gran duque de Toscana cuán descontento estaba el Papa de los partidarios católicos de Navarra. Había expresado que éstos no se cuidaban de Roma; que no había ningún otro defensor y protector de la religión más que el rey de España (4). Conforme a esto exhortó a Alejandro Farnesio a acelerar sus preparativos, penetrar de nuevo en Francia y socorrer a Ruán (5). Para que las tropas pontificias

se halla, del llamamiento a Roma de Landriano, es falsa; éste no se hizo sino por Clemente VIII; v. Blandet, 271.

(1) V. Desjardins, V, 156. Cf. Herre, 593.

(2) V. Desjardins, V, 659 s.

(3) V. L'Epinois, 523.

(4) V. Desjardins, V, 660. Cf. Herre, 594.

(5) V. Cayet, Chronologie, en Mém. coll. univ., LVII, 356; Ranke, II, 150.

puadiesen apoyarle, concediéronse 36 000 ducados conforme a los ruegos del cardenal de I.orena (1).

Una vuelta a los caminos de Gregorio XIV significó también la admisión de Segá en el colegio cardenalicio. Efectuóse el 18 de diciembre de 1591. Al mismo tiempo recibió la sagrada púrpura el resobriño del Papa, Antonio Facchinetti (2). Su nombramiento correspondió al uso de que siempre al principio del reinado un nepote recibiese el capelo y, como también en este caso, la iglesia titular del Papa. Pero Antonio Facchinetti heredó también a la vez las virtudes de su tío y fué más tarde ornamento del Sacro Colegio (3).

Tres días después de este nombramiento Inocencio IX, cuyo estado de salud había dado ocasión a temores repetidas veces en noviembre (4), maravilló a los que le rodeaban con la declaración de que quería hacer la visita a las siete iglesias. Esto era un riesgo tanto mayor, cuanto el Papa siempre había sido muy débil y muy

(1) V. Petrucelli, III, 363; Herre, 594.

(2) V. Ciaconio, IV, 245 s.; Gullik-Eubel, III, 61. Cf. L'Épinois, 522; Reichenberger, I, xxxvii. J. P. Mucancio (**Diaria caerem.*) escribe: Ant. Facchinettus, praeclaræ indolis et optimæ spei adulescens, qui licet in urbe praesens esset, tamen in consistorio ad birettum rubrum accipiendum tunc non comparuit. Non enim decere S^{ti} Suae visum est, novos cardinales vix creatos statim in consistorium comparere sicut Sixtus V facere consueverat, sed antiquum morem, qui regulis caeremon. magis conformatur, a Paulo III et aliis successoribus suis usque ad Sixtum V observatum renovare voluit. En 19 de diciembre: Entrega del capelo y juramento. Voluit autem S. D. Innocentius videre prius formam huius iuramenti et cum Franciscus frater S. S^{tis} antiquam et novam formam ostendisset, magis placuit S^{ti} Suae antiqua quam nova forma a Sixto V introducta. Sigue el juramento, que correspondía a la antigua forma y sólo contenía algunas adiciones. *Archivo secreto pontificio*. Ibid., Arm. 44, t. 35 está el *breve a Segá, fechado a 19 de diciembre de 1591 (Jerónimo Agucchia le llevará el birrete rojo). El Papa se había negado a nombrar cardenales por ruegos de los príncipes; v. la *relación de G. Campori, fechada en Roma a 7 de diciembre de 1591, *Archivo público de Módena*.

(3) Cf. Bentivoglio, *Memorie*, 90 s.; Herre, 595. El **Diarium P. Alaleonis* anota al 7 de diciembre de 1591: Romam venerunt duo pronepotes Papae: Iohannes et Iohannes Antonius Facchinetti Bononia, iuvenes imberbes et bonae indolis; al 8 de diciembre: Papa fecit protonotarium et referendarium signaturae Ant. Facchinettum pronepotem; al 14 de diciembre: Signatura coram S^{mo}; el Papa mandó al pronepos, ut proponeret commissiones, et ita fecit, et omnes suae commissiones signatae fuerunt et non reiectae; al 22 de diciembre: Venit Romam secrete Caesar Facchinettus nepos Papae, pater cardinalis et castellani. Barb. 2815, *Biblioteca Vaticana*.

(4) *Al Papa da hieri si son cominciate ad enfiare le gambe. Avviso de 6 de noviembre de 1591, Urb., 1059, II, 599, *Bibl. Vaticana*. Cf. ibid., 630 el *Avviso de 20 de noviembre de 1591: El Papa, como muchas veces, sta in letto a causa de su debilidad, pero a pesar de esto despacha los negocios.

sensible al frío (1). Efectuó de hecho la visita (2), pero en ella contrajo un enfriamiento. Los médicos ordenaron que se acostase; aunque el Papa no tenía calentura, estaban con cuidado por causa de su edad y de su endeble constitución. Una mejoría en la salud de Inocencio IX que sobrevino el 25 de diciembre, no continuó. Aunque su estado era de peligro el 29 de diciembre, tomó todavía a su sobrino César Facchinetti el juramento de general de la Iglesia y de almirante. Cuando el Papa conoció que se acercaba su fin, pidió él mismo la sagrada comunión y la extremaunción (3).

La muerte del Papa acaecida en la madrugada del 30 de diciembre (4) llenó a toda Roma de sincero dolor. Se reconocía generalmente la pureza de vida y de sentimientos, la acreditada prudencia, el sentido de justicia y la dignidad del finado, con la que éste había unido por rara manera un modo de ser afable y bondadoso (5). La pérdida de un hombre de quien se esperaba un excelente gobierno, pareció como si fuese señal de la ira divina (6). Los restos mortales

(1) Cf. el *Aviso de 28 de diciembre de 1591, Urb., 1059, II, 715, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. el *Aviso de 21 de diciembre de 1591, Urb., 1059, II, 703, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. I. P. Mucantii *Diaria caerem., *Archivo secreto pontificio*; *Diarium P. Alaleonis en el Barb. 2815, *Bibl. Vaticana*; los *Avvisi de 28 de diciembre de 1591 y 1.º de enero de 1592, Urb., 1059, II, 712, 715 s., 717^b, 1060, I, 1, *Biblioteca Vaticana*; la carta de Canani en Ricci, II, 82; Memoria en Laemmer, Melet., 236. Cf. también Grottanelli, Claudia de Médicis, 27 ss.

(4) Además de la *relación de Sesa de 30 de diciembre de 1591 (*Archivo de Simancas*), citada por Herre (595, nota 3), v. también la *carta del colegio cardenalicio al duque Vicente de Mantua, fechada a 30 de diciembre de 1591: El Papa ha muerto hodierno die mane paulo ante lucem. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) V. I. P. Mucantii *Diaria caerem., *Archivo secreto pontificio*.

(6) V. la *Memoria en Laemmer, loco cit. Cf. el elogio de Inocencio IX en la *relación de T. Carretti de 2 de enero de 1592, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Como Inocencio IX sólo reinó dos meses y un día, sus monedas y medallas son muy raras; v. Armand, I, 289, 302; Bonanni, I, 449; Serafini, I, 105; Martini, 75 s. Especialmente se ha de decir esto de la moneda de oro de Inocencio IX que se acuñó en Bolonia. Tiene el tamaño de una pieza de diez céntimos, lleva en el anverso el escudo pontificio con la leyenda: Innocentius IX Pont. Max., y en el reverso bajo la protección de la cruz la señal heráldica de Bolonia así como la del cardenal legado Sfondrato, que entonces gobernaba la ciudad en nombre del Papa. La leyenda dice: Bologna docet. Esta moneda de oro perteneció al monetario pontificio como ejemplar único hasta el fin del siglo XVIII, luego se perdió en el saqueo de los franceses. Sólo en 1892 se halló un segundo ejemplar al abrir las zanjias de una iglesia cerca de Acqui junto con otras 155 monedas de oro. Inútilmente se afanaron el príncipe de Nápoles, futuro rey de Italia Víctor Manuel III, que, como es sabido, es un celoso coleccionador de mone-

de Inocencio IX se expusieron en San Pedro; el pueblo acudió presuroso en grandísimo número para tocar rosarios al cadáver, lo cual ordinariamente sólo se hace con los santos (1).

das, y el alcalde de Bolonia por adquirir esta moneda que es única en su especie: El tribunal la adjudicó a José Gualandi de quien la adquirió el obispo de Acqui, Disma Marchese, el cual en 1908 la regaló a Pío X en su jubileo sacerdotal. El Papa mandó ponerla en el monetario vaticano. Cf. Riv. ital. Numism., XXI, 4 (1908) y Bollett. ital. di Numism., 1910, Nov. V. también Sighinolfi, Una rariss. moneta d'Innocenzo IX, en la Illustraz. Ossolana, III (1912), y Serafini, I, 14.

(1) Cf. en el núm. 51 del apéndice el *Avviso de 1.º de enero de 1592, *Biblioteca Vaticana*. La oración fúnebre pronunciada por B. Justiniano S. J. se halla en Ciaconio, IV, 240 s. Los restos mortales de Inocencio IX descansan en la cripta de San Pedro, en un sarcófago de mármol compuesto de varias piezas, cuya sencillez está en conmovedora oposición con los otros lujosos sepulcros que allí se hallan; v. El católico, 1901, II, 544 y Annuaire Pontif., 1915, 184. La inscripción de la tumba de Inocencio IX está en Forcella, VI, 133.



APÉNDICE

Documentos inéditos y noticias de los archivos

Los documentos aquí reunidos se ordenan a confirmar y completar el texto de mi libro; pues no fué mi intento el ofrecer propiamente una colección de documentos. El lugar donde se halla cada uno de los que siguen, se ha indicado en cada número con la mayor precisión posible. Por no aumentar el volumen, he tenido que ser muy parco en notas aclaratorias. Por lo que al mismo texto se refiere, he conservado también ordinariamente la manera de escribir de los documentos y cartas, en su mayor parte originales; las variaciones hechas respecto a las letras mayúsculas y a la puntuación, no necesitan justificarse. Donde he intentado enmiendas, lo hago notar siempre; en cambio corrijo sin especial advertencia las pequeñas equivocaciones y evidentes errores de escritura. Las cosas que he añadido, están señaladas con corchetes [], y los pasajes dudosos e ininteligibles, con un signo de interrogación o «sic». Los pasajes que al copiar estos documentos, o al prepararlos más tarde para la imprenta, se han omitido de intento, por no ser esenciales o necesarios para mi fin, van indicados con puntos suspensivos (...).

1. Avviso di Roma de 8 de junio de 1585 (1)

...Il Papa ha fatto dar principio ad un palazzo nuovo vicino a S. Giov. Laterano per commodità de Papi, incominciando dalla parte, ove si facevano i Concilii Lateranensi, et per questa struttura S. S. ha fatto chiamare l'architetto del Granduca, et per far condur l'acqua de Pantan de Griffi 12 miglia di qua a Montecavallo et alla sua vigna contribuendo 36^m sc. alla spesa, che fa il popolo Romano di detta acqua comprata per 25^m sc. dal card. Colonna.

Orig. Urb. 1053. p. 243. *Biblioteca Vaticana*.

(1) Cf. arriba, p. 227.

2. Camilo Capilupi al duque de Mantua (1)

Roma, 28 de septiembre de 1585.

...Credo certissimo di mandar la settimana che viene il Trabaltese architetto, essendomi deliberato in lui, si per essere di età più fresca che lo Scalci et si perchè sarà più pronto a partir subito, essendo l'altro impedito per alcuni di come ho scritto, oltre che il s^r card. de Medici me l'ha lodato per un valent'huomo et m'ha detto che il modello che egli haveva fatto per trasportar la guglia di S. Pietro, è stato il più bello che si sia visto, benchè S. S^{ia} habbia voluto dargli carico ad un suo maestro che l'ha servito altre volte (2), et mi dice S. S. ill^{ma} ch'egli fece anchor il disegno della scala da farsi al Monte della Trinità, che fu stimato ingegnossissimo et di bellissima architettura....

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

3. Avviso di Roma de 1.º de marzo de 1586 (3)

Perchè N. S. perdura gran tempo in signatura di gratia, per non essere così capace della professione legale come della teologale, ha ordinato, que en vez de 3 referendarios sólo 2 propongan los asuntos. Dicesi, che N. S. per tirare a perfettione la fabrica incominciata a S. Giov. Laterano, disegna pigliare quella parte tutta detta Sancta Sanctorum et trasportare il Salvatore con le altre reliquie più oltre della Scala santa in luogo più decente et forse dar nuovo letto alla detta Scala, contri-buendo S. B. per la spesa 2^m sc. et 6^m il capitolo di S. Giovanni.

Orig. Urb. 1054, p. 78. *Biblioteca Vaticana*.

4. Avviso di Roma de 15 de marzo de 1586 (4)

...N. S. è tuttavia intento a fare stendere quelle strade nuove per retta linea et a far finire la fabrica di S. Giov. Laterano, dovendo (secondo il disegno moderno) restare la cappella del Salvatore, cioè Sancta Sanctorum in isola, et che la Scala santa, che va mossa vada a riferire a detta cappella, la quale (secondo la mente del Papa) sarebbe ancor lei stata trasportata, ma qualche pio avertimento l'ha levato di questo pensiero.

Orig. Urb. 1054, p. 93. *Biblioteca Vaticana*.

(1) Cf. arriba, p. 190, 209.

(2) Fontana.

(3) Cf. arriba, p. 232.

(4) Cf. arriba, p. 232.

5. Avviso di Roma de 29 de marzo de 1586 (1)

Si tratta di aprire una strada da porta Salara alle Terme Diocetiane et d'allargare quella piazza per farvi la fiera solita farsi alla badia di Farfa.

Orig. Urb. 1054, p. 112^b. *Biblioteca Vaticana*.

6. Avviso di Roma de 4 de junio de 1586 (2)

N. S. disegna di far tirare una strada nuova dalla chiesa di S. Andrea delle fratte, luogo posto in cima della piazza della Trinità fin'alla Scrofa, et ch'el habbia pensiero di buttare a terra tutte le case, che fanno isola per mezzo Borgo da Ponte fino alla piazza di S. Pietro, che vengano ad essere le case del Priorato, dell'Acquila con la chiesa di S. Jacomo Scossia Cavalli et le prigioni di Borgo con tutte l'altre case a queste annesse acciò in arrivando allo sboccare di Castello si vegga quella bella prospettiva della guglia, posta che sia nella piazza di S. Pietro, il che sarà presto, lavorandosi hora con diligenza.

Orig. Urb. 1054, p. 202^b. *Biblioteca Vaticana*.

7. Avviso di Roma de 30 de julio de 1586 (3)

El Papa ha destinado los 12 000 escudos del convenio con los Cafarelli para la Scala della Trinità, y asimismo los dineros de los espolios de España para la construcción de San Pedro, con pensiero, finite che siano le fabriche di S. Giov. Laterano et di S. Maria Maggiore, di voltare quelle spese et quelle maestranze a questa struttura, che con l'aggiunta di 20^m sc. l'anno, che pagaranno i Spagnoli di più dell'ordinario per la confirmatione, che ha loro fatta il Papa di cruciate, sussidii et escusadi potressimo vedere il tempio di S. Pietro tutto ornato et finito.

Orig. Urb. 1054, p. 313^b. *Biblioteca Vaticana*.

8. Avviso di Roma de 1.º de octubre de 1586 (4)

El domingo determinó el Papa, che la strada aperta da S. Maria Maggiore fin la Trinità seguitasse ancora a drittura fin al Popolo et che s'incominciassero le scale scritte tante volte per salire più commodamente a quella chiesa.

Orig. Urb. 1054, p. 436. *Biblioteca Vaticana*.

(1) Cf. arriba, p. 189, 195.

(2) Cf. arriba, p. 192, 219.

(3) Cf. arriba, p. 190, 193, 255.

(4) Cf. arriba, p. 190.

9. Avviso di Roma de 22 de noviembre de 1586 (1)

D'ordine di N. S. riducendosi a dui piani il pavimento di S. Paolo fuori della mura, nello scavare il terreno sotto l'altare del sacramento contiguo alla cappelletta, di dove furono levati li corpi delli innocenti, sono state trovate 2 casse, in una delle quali stanno i corpi di S. Timoteo et di S. Celso et nell'altra di S. Basilissa et di S. Martianilla.

Orig. Urb. 1054, p. 496. *Biblioteca Vaticana*.

10. Avvisi di Roma de 14 y 17 de enero de 1587

a) 14 de enero de 1587 (2).

S'apre una strada, che saglie per retta linea da Cerchio a S. Sabina, acciò che a tempo della statione di quella chiesa non siano quelle pressure pericolose tra le genti degli altri anni, et si accomoda detta chiesa come l'altre basiliche per la cappella Papale, che in essa si farà la matina delle ceneri.

Orig. Urb. 1055, p. 12^b. *Biblioteca Vaticana*.

b) 17 de enero de 1587 (3).

El Papa dió a la Trinidad 7000 escudos, para que dentro de ocho días a lo más estén internados todos los mendigos; además dió al hospicio 6000 escudos de renta. Gastará también algunos miles de escudos en la Chiesa di S. Apostoli iam collabentem.

Orig. Urb. 1055, p. 18. *Biblioteca Vaticana*.

11. Atilio Malegnani al duque de Mantua (4)

Roma, 15 de abril de 1587.

...Il Papa fa cavar tutte le colone o mezzc colone che sono sui cantoni delle strade et case et vole anco tutte le conche di marmo che sono su le piazze per servirsene per l'acqua Felice alla sua vigna...

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(1) Cf. arriba, p. 233.

(2) Cf. arriba, p. 192.

(3) Cf. arriba, p. 233.

(4) Cf. arriba, p. 196.

12. Attilio Malegnani al duque de Mantua (1)

Roma, 29 de abril de 1587.

...Andarà il Papa a Zagarolo la settimana che viene per veder quell' aqua che designa di comperare, havendo pagata quella Felice al s^r Martio Colonna per 25^m ducati, che già tre giorni gli furono sborsati, et vi starà otto giorni e poi andarà a stare a Montecavallo. Dicesi che il Papa compra il palazzo del marchese di Masserano a Montecavallo per fabbricarvi apresso per l'habitatione delli cavalli leggieri et tedeschi, havendo disegno di starsene a Montecavallo. Si fabbrica alla gagliarda dietro le strade nove fatte dal Papa verso Montecavallo et la Trinità et non passerà 3 anni che tutto quel paese sarà habitato....

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.**13. Avviso di Roma de 9 de mayo de 1587 (2)**

Fin'adesso non si sà, che il capitolo di S. Giov. Laterano habbia rimosso il Papa dall'ordine dato da S. B., che si spianino quelle capelle antiche et moderne di tanta divotione, che sono congiunte con S. Giov. in Fonte, alias il bagno di Costantino per metterla in isola, et questo perchè forsi impedirebbe la risposta della strada da aprirsi fra S. Paolo et S. Giov. Laterano, volendo anco il Pontefice, che si gettino a terra tutte l'hosterie, che sono là in filo per allargare quella piazza et erigervi l'obelisco in modo, che sia a vista di S. Maria maggiore.

Orig. Urb. 1055, p. 160. *Biblioteca Vaticana*.**14. Avviso di Roma de 13 de mayo de 1587 (3)**

...Gli operarii della fabrica di S. Giov. Laterano sono stati di commissione del Papa radoppiati, volendo S. B., che alla seguente festa di quella chiesa siano alzati a pelo della terra i fondamenti del nuovo palazzo, che vi fa costruire, et sono stati i mastri di strada per ordine di S. S. a mettere i biffi col cavaliere Fontana et con gli architetti per aprire nuove strade di Campidoglio a S. Giovanni oltre alle scritte di S. Croce et di S. Paolo, che hanno da rispondere a drittura all'obelisco, che si erigerà su quella piazza.

Orig. Urb. 1055, p. 165^b. *Biblioteca Vaticana*.

(1) Cf. arriba, p. 190.

(2) Cf. arriba, p. 227.

(3) Cf. ibid.

15. Atilio Malegnani al duque de Mantua (1)

Roma, 30 de mayo de 1587.

...S.^{ta} ha fatto disfare la scalinata di Belvedere verso il giardino che fece fare Pio IV et vi vol fabbricare un loco, dove vuole che si stampino tutti i libri ecclesiastici, che si chiamerà la stampa apostolica, volendo prohibire che in altro luogo non se ne stampino. Veramente l'haver guasto questo theatro fatto con tanta spesa è spiacciuto a tutta la corte, massime perchè si rovina quella bella vista et quel bel cortile, et in particolare spiace alle creature di Pio quarto...

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.**16. Avviso di Roma de 4 de julio de 1587 (2)**

L'ill^{mo} Dezza conforme all'ordine che hebbe dal Papa ha mostrato a S. B. il modello d'una bella chiesa, che vorrebbe fare in quella istessa di S. Geronimo a Ripetta delli Schiavoni per memoria di essere stato titolo della S. Sua, et Farnese, che ha la protectione di quella natione et di quel luogo, ha ricordato a S. S., che gettandosi a terra le case di quel contorno per piantarvi una nuova fabrica, questa natione sentiria un danno di più di 500 sc. a l'anno, che sene cava di pigione, et provisto che si sia d'un ristoro a questo, s'attenderà alla detta struttura con pensiero di piantare un ponte, che passi il Tevere, et su quell'altra ripa fare una piazza per il mercato della legna, che hora si vendono inanzi a questo sito, che ha da essere fabricato.

Orig. Urb. 1055 p. 243. *Biblioteca Vaticana*.**17. Atilio Malegnani al duque de Mantua (3)**

Roma, 8 de julio de 1587.

...El Papa quiere hacer edificar una nueva escalinata para la iglesia de la Trinidad de los Montes, non vi piacendo quella che a pena è finita.

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.**18. Atilio Malegnani al duque de Mantua (4)**

Roma, 22 de julio de 1587.

...Il papa ha fatto chiamare l'abbate di S. Paolo et gli ha detto che vuole che si ponga una guglia nanti le basiliche patriarchali et che

(1) Cf. arriba, p. 243.

(2) Cf. arriba, p. 235.

(3) Cf. arriba, p. 190.

(4) Cf. arriba, p. 219, 223.

perciò ha provisto a S. Pietro, a S. Giovanni Laterano et a S. Maria Maggiore et bisognandovene una per S. Paolo, che gli donava una di quelle due picciole di Cerchio massimo, cioè quella da cavare et che dovesse farla cavare et condurla quanto prima al luogo destinato et farla drizzare, di modo che il povero abbate è restato molto di malavoglia per la spesa, oltre che bisognano anco quei padri far il soffittato alla detta chiesa, havendo di già cominciato a farlo dal capo dell'altare maggiore....

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

19. Avviso di Roma de 2 de septiembre de 1587 (1)

V. Orbaan, Avvisi, 300. Después sigue todavía: Fa il Papa sollecitare i frati di S. Paolo, perchè finischino il Tassello (2) a quella loro così gran basilica et che anco all'advento futuro sia eretta la guglia.

Orig. Urb. 1055, p. 340^b. *Biblioteca Vaticana*.

20. Avviso di Roma de 19 de septiembre de 1587 (3)

...S'è risoluto alla partita del Papa di Montecavallo ad ogni santi di spianare il palazzo dell'inverno per dar piazza al principale quando la corte per atti publici si riduce là et che la stanza di quelli che sono necessari al servizio del Papa sia quella de frati di S. Paola che hanno di là da uscire per questo et si parla d'aprire una strada da Montecavallo a Giov. Laterano et quella fra detta chiesa et S. Maria Maggiore chiuderla per un'altra, che si fa più a proposito per la postura della guglia da erigersi su quella piazza et con qualche pentimento di haver principiato quella gran fabrica di detto S. Giov., si ha parimente da dare un gran taglio per allargare dirittura la salita di Montecavallo del corso fin'la su. Et perchè la vista del palazzo del Papa non sia tanto offuscata, si habbiano da levare quelle tante cerchiate et cupole del giardino Estense.

Orig. Urb. 1055, p. 360. *Biblioteca Vaticana*.

21. Avviso di Roma de 26 de septiembre de 1587 (4)

...S. B. ha ordinato, che in Banchi si faccia una gran loggia, acciò nei cattivi tempi li mercanti et negotiatori vi si possano ridurre et attendere ai negotii.

Orig. Urb. 1055, p. 371. *Biblioteca Vaticana*.

(1) Cf. arriba, p. 233.

(2) Taracca.

(3) Cf. arriba, p. 221, 252.

(4) Cf. arriba, p. 242.

22. Avviso di Roma de 30 de enero de 1588 (1)

Di ordine di N. S. si sono posti i biffi per dare un taglio da porta Settignana in Transtevere fino a Ripa grande et farvi una bellissima strada, che vada a rispondere verso S. Paolo, per il che vanno a buttare a terra molte case.

Orig. Urb. 1056, p. 44. *Biblioteca Vaticana*.

23. Avviso di Roma de 2 de marzo de 1588 (2)

El Papa fué a ver la nuova strada aperta a drittura dal Coliseo a S. Giov. Laterano, facendo tal volta essercitio di due miglia sempre a piedi, et salendo et girando per la nuova fabrica di quella basilica a vedere minutamente ogni cosa con molta robustezza (Dio laudato) et senz'appoggio.

Orig. Urb. 1056, p. 85. *Biblioteca Vaticana*.

24. Avviso di Roma de 18 de junio de 1588 (3)

Hoy visitó el Papa en Letrán toda la construcción. Si dice, che N. S. voglia fare una nuova zecca in strada Giulia nel palazzo cominciato da Giulio II (4), et che si fondino monete di uno scudo l'uno con l'impronta da una parte di S. S. et dall'altra di S. Francesco.

Orig. Urb. 1056, p. 244^b. *Biblioteca Vaticana*.

[25. Avviso di Roma de 20 de julio de 1588 (5)]

...Et ha di più N. S. ordinato, che si attenda con molta diligenza et prestezza a finire la cuppula della medesima basilica di S. Pietro et assegnato per tal fabrica oltre a 1500 sc. la settimana il prezzo del chiericato di Camera vacato per morte del Quistello, che sono 40^m sc.

Orig. Urb. 1056, p. 297. *Biblioteca Vaticana*.

El principio del Avviso está en Orbaan, Avvisi, 304.

[26. Avviso di Roma de 27 de julio de 1588 (6)]

El Papa dió el lunes órdenes respecto a Santa María de los Ángeles, entre otras cosas: che la porta della chiesa, che risponde hora nel

(1) Cf. arriba, p. 192.

(2) Cf. arriba, p. 191.

(3) Cf. arriba, p. 228, 242.

(4) Cf. nuestras indicaciones del vol. VIII.

(5) Cf. arriba, p. 234, 256.

(6) Cf. arriba, p. 198.

mezzo della detta piazza, si faccia all'incontro del giardino di S. R., mutandosi per questo la nave di essa chiesa. Ha di più S. B. ordinata un'altra strada a S. Silvestro et che quella principiata a S. Marco si tiri più avanti, che vada a rispondere al giardino del Florenzo, che però andará quasi tutto a terra.

Orig. Urb. 1055, p. 307. *Biblioteca Vaticana*.

27. Avviso di Roma de 12 de octubre de 1588 (1)

Dicese que el Papa ha trazado en San Pedro Montorio el plano de una calle que ha de ir directamente desde allí al Puente Sixto.

El Papa vió hoy la nuova fabrica, che si fa della chiesa de Schiavoni, con il disegno del ponte a Ripetta et strada, che di là andará a rispondere a Belvedere, volendo alcuni, che debba in quel mezzo fabricare borghi per stanza degli hebrei, riducendoli fuori dell'habitato, sicome il medesimo pensiero hebbe Pio V. Ha visto parimente il sito, ove si ha da piantare la guglia nella piazza del Popolo, che vuole faccia mostra a vista di quella di S. Pietro.

Orig. Urb. 1056, p. 468. *Biblioteca Vaticana*.

28. Avviso di Roma de 19 de octubre de 1588 (2)

El domingo estuvo el Papa en Santiago de los Españoles, donde se dió fin a las funciones de las Cuarenta Horas por la armada; visitó la nuova fabrica. che va crescendo tuttavia, en la universidad.

Orig. Urb. 1056, p. 475. *Biblioteca Vaticana*.

29. Avviso di Roma de 26 de octubre de 1588 (3)

El domingo estuvo el Papa en San Luis y visitó en Letrán la Escala Santa transportata all'incontro della cappella detta Sancta Sanctorum...

Orig. Urb. 1056, p. 488. *Biblioteca Vaticana*.

30. Diarium P. Alaleonis al 30 de octubre de 1588 (4)

Dum Pontifex stetit in Monte Quirin., fere singulis diebus de mane exiit per Urbem, nunc audiendo missam in una ecclesia et nunc in alia, et nimis copia sui visendi fuit, et dum per Urbem ibat deliberabat ali-

(1) Cf. arriba, p. 193, 235.

(2) Cf. arriba, p. 243.

(3) Cf. arriba, p. 232.

(4) Cf. arriba, p. 192.

quas vias construere et aliquas domos destruere, et quando ibat ad aedificia, quae ipse Pontifex construenda curat, instabat, ut finis ipsis quam primum daretur, et his superioribus diebus fecit mutare Scalas sanctas, id est amovere eas a priori loco et ponere eas contra S^{mm} Salvatorem, quem locum Pontifex construendum curavit ac picturis ornavit, et hinc inde ad Scalas sanctas curavit construere duas alias scalas pro commoditate populi ascendendi et descendendi non volentes Scalas sanctas genibus flexis ascendere, et antiquum aedificium S. Ioannis Laterani destruere fecit et aliud aedificium novum perpulcrum construere curavit et in platea S. Ioannis unum obeliscum erigere etiam fecit et multa alia de novo fecit, facit et faciet, si vivet, quae videbuntur et omnibus manifesta erunt quia dicitur: hoc aedificium construendum curavit Sixtus V et hanc viam construendam curavit idem Sixtus V, et hanc aquam conduxit Sixtus V.

Barb. 2814, p. 411. *Biblioteca Vaticana*.

31. Avviso di Roma de 18 de febrero de 1589 (1)

N. S. ha ordinato una nuova strada dalle Terme alla chiesa di S. Vitale nella valle di Quirino.

Orig. Urb. 1057, p. 88^b. *Biblioteca Vaticana*.

32. Avviso di Roma de 22 de marzo de 1589 (2)

...El sábado proyectó el Papa por el camino alcune strade et strutture verso Montecavallo...

Orig. Urb. 1057, p. 144. *Biblioteca Vaticana*.

33. Avviso di Roma de 26 de abril de 1589 (3)

Domenica nel ritorno di N. S^{re} al Vaticano S. B. fece la strada della piazza del Popolo et di Ripetta, per vedere l'obelisco del tutto accomodato et risarcito, et la nuova fabrica della chiesa de Schiavoni, la quale si farà collegiata d'ordine del Pontefice, essendo quella fabrica ridotta a buon termine. Volse vedere parimente la mole Antoniana in piazza Colonna risarcita mirabilmente et con celerità, sicome avviene in tutte le fabriche, che si fanno d'ordine di S. B. et in specie della cupola di S. Pietro, che camina a perfettione con certezza, che fra un'anno sarà finita a confusione de'tanti suoi predecessori, che in tanto tempo

(1) Cf. arriba, p. 193.

(2) Cf. arriba, p. 192.

(3) Cf. arriba, p. 222, 235, 257.

non hanno saputo adempire quello, che per tutto Natale prossimo è per ultimare la B^{ae} Sua.

Orig. Urb. 1057, p. 229. *Biblioteca Vaticana*.

34. Avviso di Roma de 14 de junio de 1589 (1)

...El Papa mandó que en el Esquilino si faccia un'ampliosa scala a cordoni con una bella facciata a la basilica di S. Maria Maggiore dalla parte della guglia, et una loggia, dalla quale S. S. possi dare la beneditione in certe solennità, se gliene verrà pensiero con altre fabriche et abbassamenti di strade nel medesimo monte Esquilino.

Si dice in oltre, che N. S. voglia erigere in collegiata la chiesa Illiricorum a Ripetta, applicandovi canonicati et altre dignità da smembrarsi di ciascuna collegiata di Roma una et in perpetuo. Era suo titolo.

Orig. Urb. 1057, p. 349, 351. *Biblioteca Vaticana*.

35. Avviso di Roma de 1.º de julio de 1589 (2)

N. S. si lascia intendere di volere finire la fabrica in strada Giulia incominciata già da Giulio II per habitatione perpetua et commoda di tutti li tribunali di Roma.

Orig. Urb. 1057, p. 385. *Biblioteca Vaticana*.

36. Avviso di Roma de 26 de julio de 1589 (3)

El domingo visitó el Papa en Letrán muy por menudo il nuovo et maraviglioso palazzo attaccato alla chiesa et ridotto hormai a perfectione.

Orig. Urb. 1057, p. 446. *Biblioteca Vaticana*.

37. Avviso di Roma de 29 de julio de 1589 (4)

Essendo ridotta a perfectione la chiesa de Schiavoni a Ripetta, mandó el Papa al datario que proveyese la colegiata...

Orig. Urb. 1057, p. 453^b. *Biblioteca Vaticana*.

(1) Cf. arriba, p. 242.

(2) Cf. arriba, p. 242.

(3) Cf. arriba, p. 228.

(4) Cf. arriba, p. 235.

38. Avviso di Roma de 30 de septiembre de 1589 (1)

El Papa hizo medir el palacio del cardenal Deza, pues quería unirlo con el hospital y la iglesia de los Esclavones y trasladar allí el Colegio Ilírico de Loreto. Hoy asistió en la iglesia a la fiesta de San Jerónimo...

Orig. Urb. 1057, p. 591 s. *Biblioteca Vaticana*.

39. Avviso di Roma de 7 de octubre de 1589 (2)

Dícese que el Papa quiere erigir en el palacio del cardenal Deza no solamente el colegio esclavón, sino también el polaco, porque ambas naciones son semejantes; a la iglesia de San Jerónimo ha hecho donativos por valor de 2200 escudos.

Orig. Urb. 1057, p. 602^b. *Biblioteca Vaticana*.

40. Avviso di Roma de 19 de septiembre de 1590 (3)

...El Papa mandó, che si finischino le fabbriche del Vaticano et di Montecavallo sotto il medesimo architetto, che le ha principiata, che è il cavaliere della Guglia, a cui ha fatto pagare 15^m sc. d'avanzi et vuole che nelle dette fabbriche si pongano le armi di Sisto, dicendo S. B. che non è suo pensiero di fabbricare et che le sudette fabbriche incominciate le fa ridurre a perfettione per necessità, volendo nel resto fabbricare supra firmam petram.

Orig. Urb. 1058, p. 475. *Biblioteca Vaticana*.

41. Federico Cattaneo al duque de Mantua (4)

Roma, 19 de septiembre de 1590.

...Il Papa è uomo grave, nemico di novità et di vanità, per il che non s'aspettano gran cose, ma che sia per tener una via piana, levando senza strepito gli abusi, come di già sopra la Dataria ha ordinato una congregatione di quattro cardinali con due theologi che rivedino quelle cose. Ha cominciato a far fare di molte elemosine et vuole in ogni modo vedere di provedere di vivere per lo stato ecclesiastico col mandar a pigliar grani in Sicilia et dove se ne potrà havere. Farà seguitar le fabbriche di S. Pietro, della nova fabrica di Palazzo et di Montecavallo, lasciando che vi si mettino le armi di Sisto, non curando di lasciar

(1) Cf. arriba, p. 235.

(2) Cf. arriba, p. 235.

(3) Cf. arriba, p. 277.

(4) Cf. arriba, p. 276, 277.

questo honore ad altri. Egli è moderato ne' pensieri et nelle ationi, non è amico del denaro, ma ne anco lo buttarà. Si sta attendendo quello che potranno i successi di Francia, ne intanto si parla come N. S. si sia per governare, se non che senza dubbio non vorrà parte con heretici....

Orig. Archivo Gonzaga de Mantua.

42. Lello Maretti, Conclave de Gregorio XIV (1)

1. Ancorchè la brevità della vita di Urbano VII, che non fu più lunga di dodeci giorni, facesse credere a molti, che il conclave, dove fu creato Gregorio XIV, per esser quasi una continuatione di quel medesimo dovesse riuscir facile et senza difficoltà, poichè essendo in essere li medesimi cardinali, così perchè le pratiche, così conosciuti gli humori et così digeste le materie, pareva verisimile, che tosto e senza molto travaglio si dovesse venire alla creatione del nuovo pontefice; ma l'esperienza mostrò il fatto sta altrimenti et essersi di gran lunga ingannati coloro, che pensorno in tanta varietà di voleri et di fini et dove non si scopriva cardinale accomodato all'interesse di ciascuno, com'era stato Urbano, che'l tutto fosse per spedirsi con brevità et senza contrasto, anzi dalle persone di giuditio fu conosciuto sin dal principio della sede vacante, che'l conclave di Gregorio sarebbe pur di difficoltà et che la creatione del Papa non sarebbe stata così presta come richiedeva il bisogno dello stato della Chiesa et del christianesimo. Ne pareva a chi giudicava senza passione lo stato delle cose, che le difficoltà che si scoprirono sino all'entrar del conclave, havessero altra speranza di presta resolutione che la giovannezza et la poca esperienza del card. Montalto delli negotii grandi argomentandosi da questa et da quella ch'egli non fosse per esser costante nelle difficoltà et che con facilità dovesse esser aggirato dalle sue creature et credendo con poco contrasto alle voglie degli Spagnuoli et di Madruzzo havesse in pochi giorni a risolversi di far il papa secondo la lor volontà. Ma essendo egli riuscito parte per la sua natura melenconica et alta alla fermezza et parte per il buon consiglio degli amiel, che egli apparve più accomodato a questo maneggio di quello che fu creduto potè dar luogo et occasione a tutti gli accidenti che nacquerò et che da molti furono prevedute le cagioni principali della lunghezza et ostinatione del conclave, furono come quasi sempre gli interessi et le passioni degli cardinali papabili; ma se più adentro si riguarda questa volta hebbero origine dalli ministri del Re di Spagna, i quali o per haver havuto ordine da quella Maestà come havessero a procedere nel nuovo conclave per la subita morte d'Urbano o per fini ambiziosi, come si scoperse dipoi, presero partiti tali da loro medesimi con i quali offendendo alcuni cardinali principali del collegio et altri dichiarandone così poco confidenti et amici del Re che disperati dell'aiuto suo al pontificato poterno poi tutti insieme dar occasione a peri-

(1) Cf. arriba, p. 281-292.

culose divisioni et accidenti poco accommodati agli interessi di quella corona; ma le più gravi et le più pericolose furono le due risoluzioni che presero il conte d'Olivares, ambasciatore residente in Roma et il duca di Sessa, venuto a Sisto V per negotio particolare di quella Maestà et di un volere istesso col conte nella pratica del conclave, l'uno di trattar con modo diverso il negotio del cardinal Colonna da quello che fecero nel conclave d'Urbano et l'altra con la nominatione fatta di sette cardinali, acciò che di quelli uno ne conseguisse il pontificato, per la quale tacitamente si comprendeva ch'ogni altro cardinale fosse o non così voluto o manifestamente escluso da loro. Il Gran Duca di Toscana ancora per escluder molti cardinali di merito per le spese sue variationi et per portar con troppa volontà et forse con poco avvedimento il cardinal Santa Severina alla scoperta et Paleotto segretamente aggiuntavi ancora la dimostratione che fece il duca di Mantova contra il cardinal di Cremona, nata però dalla mala volontà che haveva l'uno et l'altro di loro al duca di Savoia, del quale giudicavano che questo cardinale fosse particolarmente amico et la poca prudenza del cardinal Gonzaga mal sodisfatto di Cremona furono cagioni assai sostanziali della lunghezza del conclave, forse il più travagliato et il più pieno d'accidenti gravi et pericolosi di quanti sieno stati già gran tempo. . .

2. Quindici furono li cardinali, che si trovorno in camera di Sforza per l'esclusione di Colonna, due di Pio V: Carafa et Sans [Pellevé], tre di Pio IV: Altemps, Aragona, Paleotto, cinque Gregoriani: Santiquattro [Facchinetti], Verona [Valiero], Cremona [Sfondrato], Mondovi [Laureo] et Sforza, cinque delle creature di Montalto: Morosini, Rovere, Cusano, Alano et Borromeo. Carafa vi s'indusse per l'odio, che mostrò gravissimo di questa famiglia alla casa Colonna Paolo IV, et Sans per la coscienza, com'egli diceva, giudicandolo indegno del pontificato et anco per piacere a Carafa et Borromeo amicissimi suoi, Altemps per il sospetto stillatogli nell'orechio, che il s. Giulio Colonna da Palestrina, amatissimo dal card. Marcantonio con il suo Papato potesse levargli due castelli Soriano et Galesse, nelli quali il s. Giulio haveva probatissime pretensioni ne potè l'industria del card. Colonna liberar Altemps da questo timore ne assicurarlo, che in alcun tempo havrebbe ricercato il s. Giulio il fatto delli castelli mostrandogli un foglio sigillato sottoscritto da lui, nel quale havrebbe potuto Altemps distendere tutta quella sicurezza che havebbe potuto desiderare. Haveva veduto Colonna nel conclave di Urbano l'incontro così gagliardo di Sforza che per guadagnar Altemps et scemarsi inimici procurò dal sig. Giulio il foglio sottoscritto a aquesto effetto. Dubitava ancora Altemps che il Contestabile, figliuolo già di Fabritio Colonna, volesse con il favor del suo pontificato ricomprar quasi per forza il monte di computo comprato da lui dal sig. M. Antonio suo avo, hoggi di prezzo di X^m più di quello che lo comprò Altemps. Aragona si opponeva a questo Pontificato per le inimicizie antiche della casa d'Avalos et Colonnese, Paleotto vi fu spinto dalle preghiere d'Altemps obligatogli come creatura di Pio IV et parte dalla speranza che haveva non riuscendo Papa Colonna di poter egli ascender a quel grado,

Santiquattro per interesse della casa Farnese per sodisfare a Sforza et per evitar le speranze che haveva di se medesimo. Per queste due cagioni ancora vi si indussero Verona, Mondovì et Cremona. Morosini non giudicando Colonna in coscienza sua accommodato al bisogno della Sede Apost^{ca} et per il timor che haveva, che fatto Papa non turbasse Italia et mettesse in travaglio la republica Veneta et forse per compiacere al Gran Duca, al quale interamente era molestissima l'essaltatione di Colonna ancorchè in apparenza mostrasse di desiderarla. Per coscienza pura si indussero a questa resolutione Cusano et Alano se bene l'uno e l'altro cordialissimi amici al card. Borromeo. Rovere per la speranza et per il desiderio che haveva immerito del pontificato di se facilmente si tirava nell'esclusione di ciascuno che potesse esser Papa. Sforza fu spinto a mostrarsi avverso a Colonna solo dall'ambitione et grandezza dell'animo non potendo sopportare ancorchè fuori di questi interessi facesse professione di esser amico et servitore a quel cardinale, che in Roma, dove la casa Sforzesca era grande di nome, salisse la colonnese ad altezza tale che la sua n'havesse a rimanere o depressa o grandemente oscurata. Parevagli ancora che il card. Ascanio emulo suo nella corte di Roma fosse per crescer troppo immodicamente con un Papa di quella famiglia giudicando ancora che l'alterezza della sig^{ra} Felice sua madre benchè cugina sua fosse per esser troppo grave alla casa Sforza, non gli parendo che per il passato di lui e della contessa sua madre havebbe tenuto quel conto che meritava il parentado et le qualità loro.

Copia. Cód. I, p. 55 de la *Biblioteca de los sermitas de Innsbruck*.

43. Memoria para el Papa Gregorio XIV sobre la restauración católica en Alemania, 1591 (1)

Considerationi date all'ill^{mo} sr card^{le} Borromeo per proporre alla santa memoria di Gregorio XIV nel principio dell'anno 1591 per aiutare la Germania.

E stato sempre in questa S. Sede il nome di Gregorio così felice alla natione tedesca che tutti i buoni si sono eretti a speranza di qualche gran bene in questo felicissimo pontificato di Gregorio XIV o che con la divina gratia si corrisponderà pienamente mediante l'zelo et prudenza di S. St^a et mediante i consigli retti che saranno dati da huomini pratici tra quali ardisco io con humiltà et con un vero desiderio del divino servitio di suggerire li sequenti capi.

1. Primo che si habbia cura alla conservatione et instauratione de collegii così de quelli di Roma come de quelli dell'Alemagna tra quali erano già caduti per la detrattione di stipendii quel di Fulda et quel di Brunsberga, che se si remetteranno in piede come s'intende essere la determinatione di S. St^a, ne ridonderà notabil servitio alla religione

(1) Cf. arriba, p. 337 s.

catholica, perchè l'uno è nella frontiera di Sassonia, l'altro nella Prussia et in ambe due si sogliono allevare anco de nobili delle vicine provincie heretiche, nelle quali appena riman più alcun vestigio di catolicismo, ne ricsano molti padri heretici senza riguardo alcuno di religione, acio li figli imparino le buone lettere senza loro spesa di lasciarli anco ammaestrare nella fede catholica o sperando che siano poi per abandonarla o pur non curandosi in qual fede essi siano per vivere, perchè sono anco molti heretici, li quali vogliono in ogni modo che i figli s'allevino catolicamente per causa che saria longo narrare.

2. La s. mem. di Papa Gregorio XIII soleva tenere nella Germania quatro noncii, uno in corte Cesarea, uno su'l Rheno, uno nella Germania superiore et uno nei Suizzeri (1); hora ne sono tre soli, et quello della Germania superiore è levato, il qual si doveria rimandare, se pur non si volesse anco aggiungere qualch'altro di più, ma tutti con ordini et commissioni conformi al bisogno delle provincie, per le quali hanno da girare come si mostrerà in particolare scritto quando sarà tempo, et da quello della corte Cesarea in poi, il qual ha sempre da risedere, ove sta l'Imperatore, gl'altri haveriano a stare in perpetuo moto senza fermarsi in luoco alcuno più di quello che portasse la necessità di provvedere a qualche disordine, di levare gl'abusi, di dare qualche consolatione a i buoni et di mostrare la cura paterna di N. S^{re} verso l'gregge suo anco lontano, et quello di corte Cesarea non potendo far questo per se stesso doveria tenere presso di se un prelado o altro personaggio ben qualificato per adoperarlo in simili affari. Et perchè importa molto alla dignità di questa S. Sede che i ministri suoi vivano con molto splendore et quello tende anche al servizio di Dio, perchè si guadagna più credito con la gente et si pratica con più persone, dalle quale tutte si cava qualche lume per ben governarsi nelle attioni della religione, saria bene o mandare noncii ricchi o accrescere almeno al noncio di corte Cesarea la provisione che hora è solo di 200 il mese, et chi non volesse accrescerla a gl'altri doveria tenerli con solo titolo di commissarii dandoli pero le facultà necessarie o mandare come s'è detto huomini ricchi et honorati che potessero et volessero sostenere la dignità col suo proprio.

3. Con tal occasione (massime se si mutassero i presenti noncii) s'haveriano a far visitare in nome di N. S^{re} parte dall'uno parte dall'altro seguendo l'ordine del viaggio tutti li principi catholici ecclesiastici et secolari di Germania informandosi prima di quel buono che si potesse fare in ciascuno loco, di che a suo tempo si daria anco nota particolare et si doveria in tanto ordinare al generale della compagnia di Giesù che facesse venire segretissimamente de suoi provinciali una informatione de tutte quelle cose che di luoco in luoco si potessero tentare con fruto per maturarle poi qui et pigliarne quella resolutione che paresse meglio ad honor di Dio benedetto.

4. Per queste occorrenze et per altre saria molto a proposito a rimettere in piedi la congregatione Germanica che fu instituta a tempi

(1) Al margen, hora non c'è nontio a Suizzeri.

di Papa Gregorio XIII, ma gioveria più se fosse de pochi cardinali de i più pratici et de qualche prelato che vi fosse stato in nonciatura o altri carichi, perchè importa molto la notitia del paese et de gli humori per intendere la diversità con che si hanno a regere et condurre soavemente alla via della salute.

5. Oltre li noncii gran carità et gran cura mostreria S. S.^{ta} se da qualche persona minore che non portasse seco apparenza di dignità facesse visitare alcune poche reliquie disperse di catholici che vivono in varii lochi in mezzo a gl'heretici et vi si conservano miracolosamente senza havere qui frangat panem, alli quali luochi non saria così sicuro ad un noncio d'andare o di fermarsi più di quello portasse la necessità del viaggio. In Ulma si truovano fin'a 200 catholici constanti senza alcuna comodità di prediche o sacramenti se non li vanno cercando fuori della città. In Norimberga medesimamente alcuni, così in diverse terri-ciuole et villaggi del ducato di Wirtemberg et in altri molti luochi de quali si daria più piena notitia, parlando hora de quelli a quali è tolta ogni comodità presente d'essere pascutati di cibo spirituale, se non lo mendicano di fuori con pericolo et con fatica, che negl'altri luoghi come Augusta, Ratisbona, Spira, Francfort, Aquisgrano et simili, se ben maggior senza paragone è il numero degl'heretici, i catholici godino nondimeno la sua libertà et hanno Dio gracia le chiese loro aperte, ma presso a gl'altri che mancano d'ogni consolatione non si potria dire quanto gran fruto si faria con una visita paterna che si conoscesse uscire dal proprio cuore et dalla propria carità di N. S. mostrando cura particolare d'intendere lo stato loro, i bisogni et li aiuti che se li potessero dare et portandoli corone benedette con indulgenze proporzionate alle necessità loro, come saria che recitando un rosario havessero tanto merito quanto se udissero la messa....

6. Sotto questo medesimo capo va una simile visita ben circospetta che si haveria da fare in alcuni monasterii di donne che nel mezzo degli heretici si sono conservate catholiche... Di questi monasterii se ne trovano in Ulma, in Argentina, in Neoburg, nel ducato di Sassonia, in quel di Brunsvich, di Brandeburg e fin in Hoisatia molti et ben numerosi, il mantenimento di quali si deve attribuire in parte alcuna a ragione humana, ma diversa da questo ch'essendo tali monasterii per il più di donne nobili, hanno rispetto i principi o le comunità a supprimerli per non offendere la nobiltà la quale s'allegria d'havere quei luochi ove locare le figliuole senza provisione di donne. — Magníficos ejemplos de la constancia de estas monjas. Algunas en los sermones de los herejes a que son forzadas a asistir, se ponen cera en los oídos, otras ocultan el Santísimo Sacramento, se juntan de noche y lo adoran continuamente. — Alcune non potendo pur haver copia dell'acqua benedetta hanno usato di farlasi portare in un fiasco mostrando che fosse vino per ingannare la guardia posta dagl'heretici a fine di farle mancare d'ogni consolatione spirituale. Altre desiderose di confessarsi s'hanno ingegnato di far un sacerdote in forma di gentiluomo laico et passeggiando per un chiostro in vista de medesimi guardiani si sono confes-

sate. — Se debe tomar a un hombre experimentado para la visita de estos monasterios, y lo mejor sería escoger un jesuita para ello: perchè essi hanno hormai domesticato il paese ne ricevono oltraggio alcuno anco se sieno veduti nelle più corrotte parti dell'Alemagna, ma lo riceveranno bene.

7. Gregorio XIII erigió en Bolonia un seminario de jurisconsultos y canonistas, pero el Papa murió poco después de fundado. Sixto V lo ha empleado para otros fines. El Papa podría volver a erigir este seminario; quizá Ingolstadio sería el sitio más apropiado para el mismo.

8. Sono tali in ogni parte dell'Alemagna i privilegi et l'immunità de cavallieri Hierosolomitani tanto de quei di Malta quanto degl'altri che chiamano Teutonici, che in qualunque loco essi tengono comenda, non c'è principe o comunità che ardisca privarli della libertà loro, ne intro-mettersi in quel che si faccia nelle loro case o chiese, et perciò in quella città ove è sbandito ogn'essercitio di religione catholica non si proibisce però loro l'essercitarela, il che se fosse stato considerato da principio con maggiore zelo, haveria bastato questo rimedio solo a fomentare in molti luoghi le scintelle della fede catholica che non s'estinguesero affatti. Ma è stata tal negligenza che molte delle commende così dell'uno come dell'altro ordine poste in luoghi tanti importanti sono cadute in man' de cavallieri o heretici o che niun pensiero pigliavano del divino culto, il qual male si va di maniera invecchiando che l'rimedio si farà ogn'ora più difficile, ma non ancora però impossibile. — Por eso deben darse pasos con el cardenal gran maestre y con el archiduque Maximiliano, gran maestre de la Orden teutónica.

9. El Papa habría de escribir de cuando en cuando a los príncipes y obispos o cabildos alemanes para exhortarlos y consolarlos.

10. Alejamiento de los alemanes de Roma. A pesar del mandato de Sixto V los obispos alemanes no han ido ad limina Apostolorum. Hay demasiado pocos cardenales alemanes; el gran Imperio alemán sólo tiene cuatro cardenales: Altaemps, Maddrucci, Austria et Arciduca, questi due sempre lontani, il primo quasi sempre infermo, l'altro con minore sanità et con più occupationi di quel che ricercaria il bisogno dei Tedeschi, i quali non hanno però altro refugio in questa corte, et quando per assenza o per infermità mancano, di questo maggiormente si truovano desolati et quei pochi che vengono parteno spesso mal contenti. Et pure ardisco di dire che la Germania a questi tempi per gracia de Dio fiorisca de vescovi così eminenti in ogni virtù che non cede ad alcun altra provincia del christianesimo.

11. Ha anco havuto la poca disciplina de religiosi mendicanti non picciola colpa nella dilatione dell'heresie in Alemagna si come da loro stessi hebbe l'origine ne si può se non accusare la negligenza de generali che quanto più sono accresciuti i mali in quella provincia, tanto meno hanno curato di mandarvi buoni medici, anzi quando s'è trovato un frate per qualunque vicio insopportabile in Italia l'hanno subito mandato in Alemagna et bene spesso con carico, onde ne sono seguiti tanti mali esempi et tanti scandali che oltre poi l'essere stati cacciati da

molti luochi i frati et occupati i monasterii, et qualche volta venduti anco da i medesimi religiosi s'è messa nota damnosissima al catholicismo valendosi i predicanti heretici de mali essempli et mala vita de religiosi più che di qualonque testo della sacra scrittura, a che s'haveria a rimediare per l'avenire mediante l'commandamento di N. S^{re} a generali delli ordini etc.

Adición del año 1592

Dopo queste considerationi è successo in Halberstadio la mutatione della religione ..., il Duca Henrico Giulio di Brunsvich v'ha introdotto il lutheranismo più con l'autorità et con la forza che con le persuasioni. — Los católicos han hecho heroica resistencia en Halberstadt.

Per le pretensioni de Suizzeri con la Camera Apost. s'è anco interrotta qu'la nonciatura con gran danno della religione catholica in quelle parti, ne pare che sia difficile o finire il negocio o assicurare il noncio ancho che non si finisca.

In Alemagna s'attende per ordinario molto alle dispute et si parla in ogni congresso et nelle tavole di materie di religione, però è necessario che i noncii che vi si mandino habbino per le mani le controversie de nostri tempi o almeno conducano seco huomini che le intendano et ne sieno versatissimi perchè occorre il disputare anco in presenza de principi.

Alcuni credono che nella confusione nella quale si truovono al di d'hoggi gl'heretici si potria sperare qualche gran bene da un concilio nationale nel qual i contrasti che di sicuro nasceriano tra Lutherani et Calvinisti et l'haver già conosciuto molti principi i mali che porta seco l'heresia et le fallacie sue con gl'inganni de predicanti di quelle sette potriano causare qualche gran bene per la gloria di Dio benedetto massime a questi tempi che la parte catholica abbondaria d'huomini dottissimi et pieni di spirito ove gl'heretici mancano già di dottrina et di quell'ardore, con che da principio s'infiammavano a diffendere gl'errori proprii. — Quiere dejarlo esto a la sabiduría del Papa.

Cód. H. 179, n.º 19, p. 120 s. y n.º 20, p. 126 ss. de la *Biblioteca Ambrosiana de Milán*.

44. El Papa Gregorio XIV al cardenal Lenoncourt (1)

Roma, 28 de marzo de 1591.

Dilecto filio nostro Philippo tit. S. Honophrii presbytero cardinali de Lenoncourt nuncupato.

Dilecte fili noster, salutem et apostolicam benedictionem. Quantum

(1) Cf. arriba, p. 312.

istius nobilissimi regni Franciae cura inter caeteras pastoralis muneris sollicitudines nobis cordi sit, testis est Deus, qui nostras cogitationes cognitae habet et testis est quilibet, qui consilia et actiones nostras diligenter observat, finis enim ad quem studia et actus nostri tendunt, is demum est qui ad fidei catholicae et publicae tranquillitatis in isto regno restitutionem maxime dirigitur. Iam vero si haec eadem ratio, quae in nobis praecipua esse debet, a quolibet pie sentiente sive principe sive privato homine minime est aliena, quanto magis a te retinenda est, qui sanctae Romanae Ecclesiae cardinalis existis quique ad sanguinem usque ipsius catholicae veritatis defensionem et haeresum extirpationem procurare teneris? Cum itaque ex multorum literis et relatione accepimus multa facta fuisse, et hoc tempore fieri, quibus Henrici Borbonii olim Navarrae regis et eius fautorum et illi adhaerentium conatus non modicum incrementum sumpsisse dignoscuntur, te ab eiusdem Henrici eiusque fautorum et adhaerentium coniunctione, sincero corde recedere ac omni dissimulatione remota prorsus disiungi oportere duximus, ac propterea ne errores quibus non resistimus approbare videamur, auctoritate apostolica tenore praesentium tibi in virtute obedientiae iniungimus ac sub suspensionis a divinis et ab ingressu ecclesiae aliisque sententiis et censuris ecclesiasticis nec non privationis omnium ecclesiarum, monasteriorum, dignitatum, officiorum ac beneficiorum quorumcumque, cuiuscumque ordinis, praeeminentiae et qualitatis existunt ac caeteris contra fautores et defensores haereticorum atque eis adhaerentes a sacris canonibus et apostolicis constitutionibus statutis spiritualibus et temporalibus et praeterea aliis etiam gravioribus ipso facto incurrendis atque arbitrio nostro imponendis et infligendis poenis districte praecipiendo mandamus, ut nulla interposita mora ab ipso Henrico eiusque fautoribus omnino recedas teque penitus seiungas et separe neque illum unquam ut regem agnoscas, tractes vel habeas atque ab omni publica vel secreta eius vel ei faventium et adhaerentium familiaritate, consuetudine et commercio seu quavis alia communicatione etiam per literas abstineas nullumque ei vel eius fautoribus et adhaerentibus praedictis consilium, auxilium, opem vel favorem praestes vel impendas, atque ut intra quadraginta dies a die quo praesentes nostrae literae ad te pervenerint numerandos te his nostris monitis paruisse nos per specialem nuntium vel literas tua manu subscriptas tuoque sigillo obsignatas seu per publicum et authenticum instrumentum ad nos et Sedem Apost. transmittendum doceas seu certiores reddas. De lo contrario te citamos y condenamos como a fautor de la herejía. Dat. XXVIII Martii 1591, An. I.

Breves parecidos se expidieron al card. Borbón y al card. Gondi, fechados ut supra.

Arm. 44, t. 35. *Archivo secreto pontificio* (1).

(1) Cf. todavía un segundo *breve al card. Borbón, fechado a 28 de mayo de 1591, que lo debía llevar M. Landriano.

45. El Papa Gregorio XIV al cardenal Ascanio Colonna (1)

Roma, 4 de mayo de 1591.

Dilecte fili etc. Cupientes apostolicum palatium quod fel. rec. Sixtus papa V praedecessor noster prope basilicam Lateranensem magno sumptu et labore extrui mandavit, sartum tectumque conservari et diligenter custodiri, tibi eiusdem basilicae Lateran. archipresbytero ob singularem quo personam tuam prosequimur amoris affectum, praedicti palatii usum et habitationem quamdiu nobis et successoribus nostris Rom. Pontificibus ibidem moram trahere vel ad illud divertere non placuerit ac alias ad nostrum et Sedis Apost. beneplacitum concedimus et assignamus. Non obstantibus etc. Dat. Romae in monte Quirinali sub ann. pisc. die quarta Maii 1591 P. n. aº primo.

Orig. *Archivo Colonna de Roma.*

46. Avviso di Roma de 16 de octubre de 1591 (2)

Questa notte su le 8 hore et $\frac{1}{4}$ N. S. † in vero da christiano et santamente della maniera, che è visso sempre, havendo al lato, da che è stato con la morte alla bocca, del continuo Padri Scappuccini, Jesuiti et altri Religiosi, oltre a Verona et altri cardinali et parenti chiamati di ordine di S. B., la quale più volte ha preso i viatici estremi, confessandosi ogni matina, et dalla sua bocca si è sempre inteso scaturire parole di molta santità. Una piedra de tres onzas como un huevo en la vejiga perjudicó los miembros vecinos, el hígado, los riñones; era una fiebre hética y pútrida; los gastos por objetos de oro y perlas molidos entre otras cosas llegaron a la suma de 15 000 escudos, lo cual le sostuvo por tanto tiempo; los pulmones y riñones estaban llenos de pus y sangre; todos los médicos se maravillan de que viviese tanto tiempo.

Lascia nome di ottimo Religioso, ma vile et da poco in superlativo grado, essendosi sempre conformato all'oracolo del card. Sfondrato et de parenti non meno di lui fa niente et di nissuna esperienza et pratica. Il che si è conosciuto nell'occasione del fare li cardinali, essendo rimasto il nepote a guisa di pavone senza coda solo nel procurarsi in questo ultimo danari, officii, benefittii, spogli, et quanto haveva la Sede Apost. et hanno havuto in ciò tanto ingegno, che per le spese del conclave et de soldati da farsi contra i banditi è bisogno di pigliare danari ad interesse o poner mano alli milioni obligati. Il che hanno fatto così scovertamente che non ci è memoria simile. Il card. Sfondrato voleva maneggiare ogni cosa et non sapeva nulla, essendo solo obedito nell'interesse appartenente a S. S. ill^{ma}, ma nel resto del governo si lavorava al peggio, et nel tempo della malatia del Papa non si conosceva per la

(1) Cf. arriba, p. 340.

(2) Cf. arriba, p. 300, 322, 323.

imbecillità de ministri, se fosse sede vacante o piena, per il che era da tutti desiderata la morte di S. B.

Esperamos, che debbiamo essere meglio governati in questo tempo di sede vacante che nella piena, perchè Sfondrato non permetteva si dicessero al Papa le stravaganze della carestia et de banditi, havendo ultimamente il detto Sfondrato fatto sapere al Papa, che questo stato era netto de banditi, et che'l grano non si vendeva che a 7 sc. il rubbio, et dicendo ciò S. B. al conte di Olivares un pezzo fa nel volere S. Ecc. rispondere il contrario, Sfondrato gli accennò, che tacesse, onde il conte rispose solo, che sene rallegrava.

Non ci è memoria simile a questa, che in un'anno la Sede apost. habbia havuto 4 Papi.

Orig. Urb. 1060, II, p. 559-561. *Biblioteca Vaticana.*

47. El cardenal Ludovico Madruzzo a Jacobo Kurz (1)

Roma, 29 de octubre de 1591.

...La elettion sua [de Inocencio IX] è stata favorita a tutto poter dalla nostra banda. Onde possiamo et dovemo sperare che sarà il padre amorevole della ser^{ma} casa d'Austria. Egli l'altra volta nel conclave passato fu uno de nominati. Dice el que escribe la carta que él mismo no había tenido mejor amigo que él desde hacía casi veinte años en la Congregación del Santo Oficio... Essendo sugetto di singular prudenza, dottrina, in buon spero che sarà bon papa et bon pastor del grege di Christo (2).

Original autógrafo. *Archivo público de Viena*, Correspondencia palatina, 9.

48. Avviso di Roma de 13 de noviembre de 1591 (3)

N. S. riesce ogni di più singolare et ottimo pastore, et perchè la matina non si ciba si non di una semplice orzata mangiando poi la sera convenientemente con bere poco et temperatissimo, di qui è che tutto il giorno intiero attende a speditioni, et pur l'altra sera erano intimate 27 audienze a prelati et signori, con spedir presto et bene ogni persona, come quello, che è versatissimo in tutti li nogotii. Risolve senza fatica,

(1) Cf. arriba, p. 349, 353.

(2) Cf. arriba, p. 349. En 22 de noviembre de 1591 refiere el cardenal Gonzaga al emperador: *Credo che N. S^f Dio n'havrà fatta in ciò la gratia desiderata [es a saber, por el emperador], havendoci dato un papa conforme alle necessità presenti et di quelle rare parti di valore, bontà et religione delle quali si è conosciuto in ogni tempo essere stata la persona del sig cardinale Santi Quattro hora Innocencio Nono. *Archivo público de Viena*, Corresp. palatina, 9.

(3) Cf. arriba, p. 350, 351.

et si è lasciato intendere con Sfondrato, che supplicava di essere rimosso dalla consulta, ma in vano, perchè S. B. non vuole adoprare li suoi nipoti nelli maneggi della Sede Apost., per non essere idonei, ma servirsi in ciò de sogetti buoni et praticchi, et di non voler dare a suoi servitori pezze da 200 sc....

Orig. Urb. 1059, II, p. 613. *Biblioteca Vaticana*.

49. Avviso di Roma de 27 de novembre de 1591 (1)

...El Papa notò molto bene il letto, che ha animo di fare per la valle del'Inferno, per dare un ramo al Tevere dietro al Vaticano, in tempo di crescenza del fiume, et si scorge, che S. B. ha gran pensieri, tutti di servitio alla Sede Apost. et christianità.

El Papa quiere habitar en el palacio el verano siguiente; procura di fare seccare tutte le acque de prati et altre intorno al Vaticano, per render tanto migliore l'aier.

Orig. Urb. 1059, II, p. 648^b. *Biblioteca Vaticana*.

50. Avviso di Roma de 7 de diciembre de 1591 (2)

Dicono, che'l Papa prema fuori di modo et si fatichi la memoria in trovare remedio, che nelli conclavi i principi laici non habbiano quella parte, che hanno havuta fin qui, et particolarmente in provvedere al regresso continuato de Spagnoli nella elettione de Pontefici...

Orig. Urb. 1059, II, p. 668^b. *Biblioteca Vaticana*.

51. Avviso di Roma de 1.º de enero de 1592 (3)

...Domenica la notte il Papa cominciò a peggiorare in maniera, che su le 12 hore et $\frac{3}{4}$ rese l'anima a Dio santamente, sicome è visso sempre, in tanto che posto il suo cadavero in S. Pietro al solito in vista a tutti, è andato di continuo il popolo con gran calca a baciarle il piede e a farle toccare le corone come a Santo. Ne si trova, che mai habbia havuto nievo o macola veruna in tutta la sua vita, venendo pianto questo buon Principe da tutta Roma per le rare qualità sue. Amava S. B. et abbracciava generalmente tutti et massime la povertà, la religione et la nobiltà. Teneva a cuore il servitio della Sede Apost. Haveva gran politica, termini di vecchio cortegiano et rispettava i cardinali. Ascoltava tuti, et più li poveri che li ricchi. Ringratiava chi li dava avvertimenti de disordini, angarie et cose mal fatte, era flemmatico in

(1) Cf. arriba, p. 351.

(2) Cf. arriba, p. 352.

(3) Cf. arriba, p. 356.

tutte le cose, circonspetto, prudente, savio, grandissimo, intelligente in tutti gli affari, conservatore de thesori spirituali et temporali della Sede Apost., et finalmente tanto parco nel dare alli suoi parenti, che da che si ammalò, non ha mai voluto segnare speditione veruna, et pur domenica notte havendo i parenti spinto fin un padre Jesuita a supplicarlo, che almeno donasse alli nipoti 25^m sc. contanti, et altritanti d'offitii, che erano in thesoreria et Dataria, i quali con sicurissima coscienza posseva donare, anzi era obligato, rispose, che se i parenti suoi fossero stati da bene, Iddio li havrebbe provisti del modo che haveva fatto S. S. Ma che dirò io dopo preso il ss. sacramento per viatico, ch'essendoli stata portata da segnare la supplica del priorato di Barletta in persona del cardinale suo nipote, S. B. con honesta ira la ributtò, dicendo che haveva accommandato l'anima sua con Dio, et che però non le trattassero se non di cose spirituali, si come fu fatto specialmente dalli cardinali Borromeo et Sfondrato fino all'ultimo suspiro, che fu apunto nel fare della eclisse, salendo al cielo...

Orig. Urb. 1060, I, p. 1^b. *Biblioteca Vaticana.*

ÍNDICE DE LAS PERSONAS CITADAS

en el presente volumen

- Adolfo** (duque de Holstein), 70.
Adorno, Juan Agustín (fundador), 332.
Adriano I (papa), 227.
Adriano VI (papa), 89, 298.
Agelio (teatino), 327.
Agripina, 170.
Albani (cardenal), 264, 266.
Alberto de Austria (cardenal), 58, 105, 336, 338.
Alberto (duque de Baviera), 88.
Aldobrandini, Cincio (sobrino del cardenal Aldobrandini), 146.
Aldobrandini, Hipólito (cardenal-legado), 142, 143, 144, 146, 147, 265, 266, 270, 277, 285, 288, 312, 318, 319, 322, 344, 345.
Aldred, Salomón (espía de Walsingham), 5, 7.
Alejandro III (papa), 233.
Alejandro VI (papa), 89, 186.
Alfonso II (duque de Ferrara), 137, 317, 318, 319, 322.
Alonso de Orozco, San (agustino), 48.
Altemps (cardenal), 100, 110, 113, 265, 271, 284, 291, 322.
Allen, Guillermo (cardenal), 6, 7, 11, 16, 22, 34, 35, 45, 46, 47, 89, 265, 267, 277, 327, 328.
Ambrosio (San), 169.
Amiano, Marcelino (historiador), 207, 221.
Ammanati, Bartolomé, 209.
Ana Jaguelona (reina viuda de Polonia), 137, 138.
Andrés de Austria (obispo de Constanza, cardenal), 105, 113, 267, 338, 346, 349.
Aníbal de Capua (arzobispo de Nápoles; nuncio en Polonia), 133, 134, 139, 140, 142, 144.
Antichi, Próspero (escultor), 180.
Antoniano, Silvio (poeta), 154, 245.
Antonio, Don (portugués pretendiente a la corona), 50, 58.
Antonio de Padua (San), 155.
Aquaviva, Claudio (general de los jesuitas), 334, 335, 336.
Aquaviva, Octavio (arzobispo de Nápoles, cardenal), 331, 332.
Aragón, Tagliavia de (cardenal), 267, 268, 287, 291, 310, 344.
Arnolfo di Cambio (escultor), 236.
Asís, San Francisco de, 155.
Augusto (elector de Sajonia), 64.
Augusto (emperador romano), 170, 174, 178, 220, 221, 222.
Avicena, 150.
Azzolini, Decio (cardenal, secretario de Estado), 73, 132, 139, 177, 234.
Babington, Antonio (conspirador), 10, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 33.
Bacci, Andrés (médico de Sixto V), 160.
Badoer, Alberto (embajador de Venecia), 130.
Baglione, Juan (pintor), 180.
Ballard, Juan (capitán Foscue, misionero y conspirador), 10, 11, 12, 13, 14, 16, 18, 19, 21, 22.
Bárbaro, Marco Antonio (embajador veneciano), 125.
Bargeo, Pedro Ángel (poeta), 162, 163, 165, 216.
Baronio, César (historiador eclesiástico), 115, 160, 161, 299, 332, 340.
Basa, Domingo (impresor), 167.
Bastone, Monseñor (datario), 143.
Batori, Andrés (cardenal), 132, 137.

tutte le cose, circonspetto, prudente, savio, grandissimo, intelligente in tutti gli affari, conservatore de thesori spirituali et temporali della Sede Apost., et finalmente tanto parco nel dare alli suoi parenti, che da che si ammalò, non ha mai voluto segnare speditione veruna, et pur domenica notte havendo i parenti spinto fin un padre Jesuita a supplicarlo, che almeno donasse alli nipoti 25^m sc. contanti, et altritanti d'offitii, che erano in thesoreria et Dataria, i quali con sicurissima coscienza posseva donare, anzi era obligato, rispose, che se i parenti suoi fossero stati da bene, Iddio li havrebbe provisti del modo che haveva fatto S. S. Ma che dirò io dopo preso il ss. sacramento per viatico, ch'essendoli stata portata da segnare la supplica del priorato di Barletta in persona del cardinale suo nipote, S. B. con honesta ira la ributtò, dicendo che haveva accommandato l'anima sua con Dio, et che però non le trattassero se non di cose spirituali, si come fu fatto specialmente dalli cardinali Borromeo et Sfondrato fino all'ultimo suspiro, che fu apunto nel fare della eclisse, salendo al cielo...

Orig. Urb. 1060, I, p. 1^b. *Biblioteca Vaticana.*

ÍNDICE DE LAS PERSONAS CITADAS

en el presente volumen

- Adolfo** (duque de Holstein), 70.
Adorno, Juan Agustín (fundador), 332.
Adriano I (papa), 227.
Adriano VI (papa), 89, 298.
Agelio (teatino), 327.
Agripina, 170.
Albani (cardenal), 264, 266.
Alberto de Austria (cardenal), 58, 105, 336, 338.
Alberto (duque de Baviera), 88.
Aldobrandini, Cincio (sobrino del cardenal Aldobrandini), 146.
Aldobrandini, Hipólito (cardenal-legado), 142, 143, 144, 146, 147, 265, 266, 270, 277, 285, 288, 312, 318, 319, 322, 344, 345.
Aldred, Salomón (espía de Walsingham), 5, 7.
Alejandro III (papa), 233.
Alejandro VI (papa), 89, 186.
Alfonso II (duque de Ferrara), 137, 317, 318, 319, 322.
Alonso de Orozco, San (agustino), 48.
Altemps (cardenal), 100, 110, 113, 265, 271, 284, 291, 322.
Allen, Guillermo (cardenal), 6, 7, 11, 16, 22, 34, 35, 45, 46, 47, 89, 265, 267, 277, 327, 328.
Ambrosio (San), 169.
Amiano, Marcelino (historiador), 207, 221.
Ammanati, Bartolomé, 209.
Ana Jaguelona (reina viuda de Polonia), 137, 138.
Andrés de Austria (obispo de Constanza, cardenal), 105, 113, 267, 338, 346, 349.
Aníbal de Capua (arzobispo de Nápoles; nuncio en Polonia), 133, 134, 139, 140, 142, 144.
Antichi, Próspero (escultor), 180.
Antoniano, Silvio (poeta), 154, 245.
Antonio, Don (portugués pretendiente a la corona), 50, 58.
Antonio de Padua (San), 155.
Aquaviva, Claudio (general de los jesuitas), 334, 335, 336.
Aquaviva, Octavio (arzobispo de Nápoles, cardenal), 331, 332.
Aragón, Tagliavia de (cardenal), 267, 268, 287, 291, 310, 344.
Arnolfo di Cambio (escultor), 236.
Asís, San Francisco de, 155.
Augusto (elector de Sajonia), 64.
Augusto (emperador romano), 170, 174, 178, 220, 221, 222.
Avicena, 150.
Azzolini, Decio (cardenal, secretario de Estado), 73, 132, 139, 177, 234.
Babington, Antonio (conspirador), 10, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 33.
Bacci, Andrés (médico de Sixto V), 160.
Badoer, Alberto (embajador de Venecia), 130.
Baglione, Juan (pintor), 180.
Ballard, Juan (capitán Foscue, misionero y conspirador), 10, 11, 12, 13, 14, 16, 18, 19, 21, 22.
Bárbaro, Marco Antonio (embajador veneciano), 125.
Bargeo, Pedro Ángel (poeta), 162, 163, 165, 216.
Baronio, César (historiador eclesiástico), 115, 160, 161, 299, 332, 340.
Basa, Domingo (impresor), 167.
Bastone, Monseñor (datario), 143.
Batori, Andrés (cardenal), 132, 137.

- Batori, Esteban (rey de Polonia), 130, 132, 133, 134, 137, 138.
- Belarmino, Roberto (jesuita, teólogo, luego cardenal), 327, 328, 329, 331.
- Benedicto XIII (papa), 302.
- Berlaymont, Luis de (arzobispo de Cambrai), 82.
- Bernieri, Jerónimo (cardenal), 265.
- Bertolini da Castello, Mateo, 175.
- Bianco, Guillermo (poeta), 173.
- Bianchetti, Lorenzo (auditor de la Rota), 143, 320.
- Blarer de Wartensee, Cristóbal (obispo de Basilea), 101, 114, 120.
- Boari, Horacio, 199.
- Boccapaduli, Antonio (latinista), 241, 269, 352.
- Bolognetti, Alberto (cardenal, nuncio en Polonia), 130.
- Boncompagni, Hugo (cardenal); véase Gregorio XIII, 273.
- Bonelli, Miguel (cardenal), 264, 266, 270, 277, 284, 318, 326.
- Bonhómini, Juan Francisco (cardenal, nuncio en Colonia), 66, 67, 68, 69, 70, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 91, 111.
- Bonifacio VIII (papa), 205, 218, 225.
- Borbón, Carlos (arzobispo de Ruán, cardenal legado), 312, 316.
- Bordini, Juan Francisco (oratoriano, poeta), 162, 164, 189.
- Borromeo, Federico (cardenal, arzobispo de Milán), 265, 271, 327, 337, 353.
- Borromeo, San Carlos, 80, 83, 110, 111, 273, 295, 296, 332.
- Bosio, Tomás (oratoriano, poeta), 164.
- Bovio, Jerónimo (nuncio en Polonia), 139.
- Bramante (arquitecto), 197, 199, 242, 243, 255.
- Braun, Jorge, 84.
- Brenner, Martín (obispo de Seckau), 77.
- Bresciano, Próspero (escultor), 239.
- Bril, Pablo (pintor), 229, 231.
- Brillmacher (rector de los jesuitas); véase Michael, Pedro, 67.
- Bromley, 25.
- Brumani, Mateo (embajador mantuano), 52, 136.
- Buenaventura (San), 168.
- Buonvicino, Ambrosio (escultor), 279.
- Burghley, Guillermo Cecilio (lord), 22, 25, 26, 57.
- Caetani, Camilo (patriarca de Alejandria, nuncio en Praga), 201, 339.
- Caetani, Enrique (cardenal legado en Francia), 116, 142, 165, 264, 267, 291, 309, 314.
- Caetani, Honorato (duque), 263.
- Caligari, Juan Andrés (obispo de Bertinoro, nuncio en Graz), 61, 77, 78, 79, 300, 352, 354.
- Calígula (emperador romano), 206, 217, 218.
- Calixto III (papa), 255.
- Camilo de Lelis (San), 301, 333.
- Canani, Julio (cardenal), 267.
- Caracciolo, Fabricio (fundador), 332.
- Caracciolo, San Francisco (fundador), 332.
- Carafa, Antonio (cardenal), 45, 46, 102, 160, 167, 234, 249, 266, 267.
- Carlomagno (emperador), 218.
- Carlos (archiduque de Estiria), 77, 78, 98.
- Carlos V (rey de España y emperador de Alemania), 42, 187, 294.
- Carlos Borromeo (San), 80, 83, 110, 111, 273, 295, 296, 332.
- Carlos Manuel (duque de Saboya), 127.
- Carlos de Lorena (obispo de Metz, cardenal), 325.
- Carrillo (jesuita), 336.
- Casimiro, Juan (conde palatino), 64, 92.
- Castaña, Juan Bautista (cardenal, luego Urbano VII), 264, 266, 267, 268, 271, 272, 273, 274, 275, 276.
- Castrucci, Juan Bautista (cardenal), 265.
- Cataneo, Baldo (orador), 153.
- Catena, Jerónimo, 236.
- Cati, Pascual (pintor), 234.
- Cattaneo, Federico (embajador), 276.
- Cavalli, Marino (embajador veneciano en París), 58.
- Cavendish, Tomás (marino inglés), 36.
- Cayetano de Tiene (San), 236.
- Celestino II (papa), 293.
- César de Este (primo de Alfonso II), 318.
- Cesi, Pedro Donato (cardenal), 208, 265.

- Ciaconio; véase Chacón, Pedro.
 Cicarella, Antonio (biógrafo), 302.
 Cioli, Alejandro, 235.
 Clemente VIII (papa), 157, 187.
 Colonna, familia, 174, 283, 287.
 Colonna, Ascanio (cardenal), 265, 267, 271, 318, 320, 327, 328.
 Colonna, Marcio (hermano del cardenal), 174, 176.
 Colonna, Marco Antonio (cardenal), 198, 240, 264, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 280, 282, 283, 284, 286, 312, 344, 346.
 Colonna, Marco Antonio (gran condestable de Nápoles), 153.
 Colonna Sciarra, 205.
 Constanca (madre de Urbano VII), 272.
 Constancio (emperador romano), 207, 220, 221.
 Constantino el Grande (emperador romano), 136, 218, 221, 324.
 Coret, Nicolás de (obispo de Trieste), 99.
 Cornaro, Federico (cardenal), 265, 340.
 Cosme de Florencia (duque), 223.
 Costa, César (arzobispo de Capua), 124.
 Crescenci, Virgilio, 131.
 Cristián I (elector de Sajonia), 64.
 Curl (secretario de María Estuardo), 23, 24.
 Cusano, Agustín (cardenal), 265, 267.
 Cysat, Renward (escribano), 118.
- Chacón** (Ciaconio), Pedro (literato), 165, 303.
 Cherelles, 278.
- Dalberg** Wolfgang de (arzobispo de Maguncia), 80, 83, 101.
 Deza, Pedro (cardenal), 264, 265, 267.
 Diego de Alcalá (San), 154, 219.
 Dietrich de Raitenau, Wolf (metropolitano de Salzburgo), 99, 100.
 Diocleciano (emperador romano), 172, 173, 174.
 Diotalevi (procurador de los obispos húngaros), 101.
 Dolfín, Juan (embajador veneciano), 331.
 Donato, Leonardo (embajador veneciano), 125.
 Dornberg, Vito de (embajador alemán en Roma), 97.
- Drake, Juan (almirante inglés), 36, 38, 39, 40, 42, 58.
 Draskovich, Jorge (cardenal, arzobispo de Kalocsa), 94.
 Du Perac-Lafrery, 170, 256.
 Duca, Luis del, 238.
- Echter**, Julio (obispo de Wurzburg), 62, 74, 101, 103, 108.
 Englefield, Francisco, 58.
 Enrique (duque de Sajonia-Lauenburgo; arzobispo de Bremea), 66, 67, 70.
 Enrique II (rey de Francia), 272.
 Enrique III (rey de Francia), 4, 7, 26, 30, 32, 43, 137, 274.
 Enrique IV (Enrique de Navarra, rey de Francia), 30, 72, 121, 157, 308, 309, 310, 311, 312, 314, 315, 316, 317, 323, 354.
 Enrique Julio de Brunswick (duque), 76, 339.
 Ernesto (archiduque de Austria), 64, 73, 76, 96, 97, 137, 140, 144, 146.
 Ernesto de Baviera (elector y arzobispo de Colonia), 66, 67, 83, 85, 86, 89, 101.
 Ernesto Federico (margrave de Baden-Hochberg), 121.
 Erstenberger, Andrés (secretario del Consejo Áulico del Imperio), 92, 100.
 Este, Luis de (cardenal), 251.
 Eugenio II (papa), 233.
 Eyzinger, Miguel (historiador), 84.
- Facchinetti**, Antonio (cardenal, sobrino de Inocencio IX), 355.
 Facchinetti, César (sobrino de Inocencio, almirante y general de la Iglesia), 356.
 Facchinetti, Juan Antonio (cardenal, luego Inocencio IX), 267, 268, 270, 277, 280, 282, 284, 291, 309, 312, 318, 343, 344, 345, 346, 347, 348, 349.
 Farnesio, Alejandro (cardenal), 86, 90, 139, 142, 234, 265, 317, 331, 348, 354.
 Farnesio, Alejandro (duque de Parma; embajador español en los Países Bajos), 8, 13, 33, 34, 41, 66, 80.
 Farnesio, Odoardo, 331.
 Felipe II (rey de España), 26, 32, 33, 35, 38, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 53, 54, 55.

- 59, 62, 63, 131, 135, 136, 137, 140, 142, 268, 269, 270, 274, 275, 276, 282, 283, 284, 288, 289, 298, 302, 308, 309, 317, 324, 335, 343, 345, 346, 347.
- Felipe Neri (San), 160, 183, 295, 296, 299, 332, 333.
- Felipe de Este (marqués de San Martín), 318.
- Fenzoni Ferraú (pintor), 231.
- Feri Jerónimo, de Bari (teatino), 299.
- Fernando (archiduque del Tirol), 64, 65, 73, 110, 137, 144, 267, 268.
- Fernando I (emperador alemán), 63.
- Ferratini (obispo), 216.
- Flamini (escultor), 205.
- Fleckenstein (alcalde de Lucerna), 115.
- Foglietta, Catervo, 254.
- Fontana, Domingo (arquitecto de Sixto V), 162, 169, 170, 172, 175, 179, 180, 184, 189, 191, 196, 197, 198, 199, 200, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 220, 221, 222, 223, 224, 226, 231, 237, 243, 244, 249, 250, 252, 257, 277.
- Fontana, Juan (hermano de Domingo), 175, 209, 215.
- Foscarini, Jacobo (embajador veneciano), 125.
- Foscue (capitán); véase Ballard, Juan.
- Francisco Caracciolo (San), 332.
- Francisco (gran duque de Toscana), 135.
- Francisco I (rey de Francia), 155.
- Francisco de Asís (San), 155.
- Frangipani, Octavio Mirto (obispo de Cajazzo), 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91.
- Frobisher (almirante inglés), 36.
- Fugger, Marcos de, 161.
- Fürstenberg, Dietrich de (obispo de Paderborn), 68, 69.
- Galeno**, 150.
- Galesini, Pedro (benedictino), 245.
- Galli, Antonio María (cardenal), 264, 265, 266, 267, 268, 270, 280, 282, 312, 336, 344, 345, 346.
- Garnet (jesuita), 20.
- Gerstmann, Martín de (obispo de Breslau), 70.
- Gesualdo (cardenal), 266, 318, 322.
- Gifford, Gilberto (conspirador), 7, 8, 9, 10, 12, 14, 15, 16, 19, 33.
- Gifford, Guillermo (profesor de teología, obispo de Reims), 8.
- Giotto (pintor), 225, 228.
- Giustiniani, Benito (cardenal, tesorero mayor), 208, 265.
- Gondi, Pedro (obispo de París, cardenal), 312.
- Gonzaga, Escipión (cardenal; patriarca de Jerusalén), 142, 163, 201, 265, 267, 271, 284, 285, 296, 352.
- Gonzaga, San Luis, 295, 301.
- Gonzaga, Vicente (cardenal), 267, 271, 283, 285, 296.
- Grandi, Andrés de, 143.
- Graziani, Antonio María (obispo de Amelia), 139.
- Gregorio VII (San), 218, 236.
- Gregorio XI (papa), 225.
- Gregorio XIII (papa), 5, 11, 13, 34, 43, 61, 62, 72, 89, 99, 108, 110, 125, 128, 130, 132, 169, 172, 174, 188, 189, 204, 207, 220, 243, 245, 250, 251, 267, 273, 274, 277, 295, 337, 348.
- Gregorio XIV (papa); véase Sfondrato, Nicolás, 90, 342, 343, 349, 355 y además todo el capítulo II del libro segundo.
- Gregorio el Magno (San), 168, 169.
- Grillo, Angel (abad benedictino), 254.
- Grimaldi (monseñor), 307.
- Grimani (patriarca de Aquilea), 101.
- Grimani, Mariano (embajador de Venecia), 125.
- Gritti, Andrés (dux de Venecia), 129.
- Gritti, Juan (embajador de Venecia), 49, 129, 132, 134, 135.
- Guastavillani, Felipe (cardenal), 208.
- Guerra, Juan (pintor, de Módena), 173, 229, 235, 245.
- Guillermo (landgrave de Hesse), 104.
- Guillermo IV (duque de Juliers-Cléveris); véase Juliers-Cléveris, duques de, 88.
- Guillermo V (duque de Baviera), 65, 70, 73, 95, 96, 121, 137.
- Guillermo de Orange, 4, 37.
- Guisa, Enrique (duque de), 13, 32, 33, 54, 137.
- Guiscardo, Roberto, 188.
- Habsburgo** (cardenal); véase Andrés de Austria.

Hamilton, Claudio (partidario de María Estuardo), 11.
 Hans van den Vliete; véase Riviera, Egidio della.
 Hattou, 23.
 Hawkins (almirante inglés), 36.
 Heemskerck, Marten van (pintor flamenco), 148.
 Hilario, San (papa), 227.
 Hipócrates, 150.
 Holle, Everardo de (obispo de Lübeck), 76.
 Hosio (cardenal), 142, 161.
 Ignacio de Loyola (San), 334, 335.
 Inocencio III (papa), 84.
 Inocencio IX (papa); véase Facchinetti, Juan Antonio; además: todo el capítulo III del libro segundo.
 Irwing Washington, 27.
 Isabel (reina de Inglaterra), 3, 4, 7, 8, 10, 11, 13, 14, 15, 18, 22, 23, 26, 27, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 40, 41, 43, 44, 47, 48, 49, 50, 51, 56, 57, 58, 59, 60, 92, 136.
 Isabel Clara Eugenia (hija de Felipe II), 43.
 Isselt, Miguel ab (historiador), 84.
 Iván IV (zar de Rusia), 130.
 Jacoba de Baden (duquesa de Juliers-Cléveris), 88.
 Jacobazzi, familia, 272.
 Jacobo I, 27.
 Jacobo III (margrave de Baden-Hochberg), 121, 122, 150.
 Jacobo VI (rey de Escocia), 14, 34, 43, 51.
 Jerin, Andrés de (obispo de Breslau), 70, 101.
 Jorge Federico (margrave de Brandeburgo), 137.
 Joyeuse, Francisco (cardenal), 52, 234.
 Juan VII de Schöenberg (arzobispo de Tréveris), 90.
 Juan Adolfo (duque de Holstein-Gottorp; arzobispo), 70.
 Juan Guillermo (hijo de Guillermo IV duque de Juliers-Cléveris), 88.
 Juana (papisa), 205.
 Juliers-Cléveris (duques de; padre e hijo); véase Guillermo IV, duque de Juliers-Cléveris, 81.
 Julio II (papa), 186, 188, 219, 226, 242, 252.

Julio III (papa), 42, 165, 272, 286.
 Julio de Brunswick (duque; protestante), 97.

Karnkowski, Estanislao (arzobispo primado de Gnienzo), 140.
 Kent (conde de), 25.
 Klesl (vicario general del obispo de Passau), 64, 96, 98.
 Knox, Juan (puritano), 3.

La Rue; véase Samerie, Enrique (jesuita), 25.
 Lancellotti, Escipión (cardenal), 165, 267, 277, 318.
 Landi (conde), 75.
 Landini, Tadeo (escultor), 152.
 Landriano, Marsilio (legado), 310, 312, 314, 315, 316, 317.
 Laureo, Vicente (cardenal), 264, 267, 280, 284, 285, 287, 288, 290, 291, 318, 319, 344, 352.
 Laureti, Tomás (pintor), 250.
 Leicester, 3, 38.
 Leiva, Alonso de, 48.
 Lelis, San Camilo de, 301, 333.
 Lenoncourt, Felipe de (cardenal), 312, 316.
 León III (papa), 226, 231.
 León X (papa), 89, 187, 226.
 León XIII (papa), 153.
 Lilio, Andrés (pintor), 238, 245.
 Lindano, Guillermo (obispo de Gante), 89.
 Lorena, Carlos de (obispo de Metz, cardenal), 325, 355.
 Loyola, San Ignacio de, 334, 335.
 Luis Felipe de Neuburg (conde Palatino), 104.
 Luis Gonzaga (San), 295, 301.
 Luis, Padre (capuchino), 114, 121.
 Luis de Sajonia (capuchino), 120.
 Lunghi, Martín, el viejo (arquitecto), 234, 235.
 Lussi, Melchor, de Stans, 116, 119.
 Luxemburgo, Francisco de (duque de Piney; embajador de Francia), 30, 213.
 Maciejowski, Bernardo (embajador polaco en Roma), 148.
 Madruzzo, Luis (obispo de Trento; cardenal), 101, 139, 140, 141, 143, 144, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 280, 282, 284, 285, 287, 288, 290, 291, 309, 318, 319, 338, 339, 344, 345, 346, 347, 352.
 Maggi, Juan Pablo (arquitecto), 189.

- Malaquías (San), 293.
 Malaspina, Germánico (nuncio de Praga), 61, 63, 66, 67, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 77, 93.
 Manderscheid, Juan de (conde; obispo de Estrasburgo), 101.
 Manetti, Latino Juvenal de (consejero), 187.
 Manucio, Aldo, el viejo (impresor), 105.
 Manucio, Pablo (impresor), 165.
 Maquiavelo, 44.
 Marcelo II (papa), 286.
 Maret, Lelio (conclavista), 281, 283, 288, 289.
 María Estuardo (reina de Escocia), 3, 4, 5, 6, 7, 9, 10, 11, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 23, 24, 26, 27, 33, 34, 35.
 María Tudor (reina de Inglaterra), 35.
 Marliano, 205.
 Marquard de Berg (obispo de Augsburgo), 101.
 Massimo, Victorio Camilo (príncipe), 171.
 Matías (archiduque de Austria), 137, 144.
 Mattei, Jerónimo (cardenal), 45, 142, 265, 312, 318, 319, 320.
 Matteucci, Jerónimo (arzobispo de Ragusa), 130, 354.
 Mawde, Bernardo (espía), 12, 14, 20, 21.
 Maximiliano (archiduque de Austria), 137, 139, 140, 141, 142, 144, 145, 146, 147.
 Maximiliano (emperador), 247.
 Mayenne, Carlos de (duque), 13, 316, 317.
 Medek, Martín (obispo de Praga), 77, 95, 98, 101.
 Medicis (papas), 154.
 Médicis, Alejandro (cardenal), 174, 176, 177, 208, 267, 288, 344.
 Médicis, Fernando (gran duque de Toscana), 131, 139, 140.
 Medina Sidonia (duque de) 50.
 Mendoza, Bernardino de (embajador español), 12, 13, 16, 19, 24, 32, 33, 38.
 Mendoza, Juan de (cardenal), 265, 267, 288, 344, 345, 346, 347.
 Mengersdorf, Ernesto (obispo de Bamberg) 101.
 Michael, Pedro ap. Brillmacher (rector de los jesuitas), 67, 68.
 Miguel Ángel, 155, 187, 188, 207, 239, 255, 256, 258.
 Miller, Jacobo (visitador), 96.
 Minucci, Minucio, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 352.
 Miranda, Bartolomé de (dominico), 165.
 Mocenigo (embajador veneciano), 49.
 Montague (vizconde), 57.
 Montalto, Alejandro Peretti (cardenal; resobrin de Sixto V), 150, 151, 153, 154, 161, 165, 172, 211, 249, 263, 265, 266, 268, 270, 271, 277, 280, 284, 285, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 343, 344, 345, 346, 350.
 Monte, Francisco María del (cardenal), 265, 270, 283, 285, 296, 354.
 Montelparo, Gregorio Petrochino (cardenal), 264, 265.
 Montfort, Simón de, 247.
 Montmorency, 314.
 Morgan, Tomás (agente de María Estuardo), 4, 5, 6, 7, 9, 10, 11, 12, 14, 15, 18.
 Morosini, Juan Francisco (cardenal), 51, 265, 287, 291, 344.
 Mucancio, Francisco—Juan Pablo—(maestro de ceremonias), 271, 278, 324.
 Muret (humanista), 165.
 Nas, Juan (franciscano), 65.
 Nau (secretario de María Estuardo), 17, 23, 24.
 Nebbia, César (pintor), 173, 229, 231, 245.
 Negroni (cardenal), 171.
 Neri, San Felipe, 160, 183, 295, 296, 299, 332, 333.
 Nerón (emperador romano), 206, 218.
 Neuenahr (conde de), 66.
 Nicolás IV (papa), 161, 235, 236.
 Nicolás V (papa), 186, 207, 219.
 Nogari, Paris (escultor), 238, 245.
 Nopel, Juan, 84.
 Octaviano de Rávena (franciscano), 165.
 Olivares (duquesa de), 279.
 Olivares, Guzmán (duque de; embajador de España), 44, 45, 53, 130, 148, 152, 267, 268, 281, 282, 283, 284, 285, 291, 297, 328, 334, 335, 343, 344.

- Oliveri, Pedro Pablo (escultor), 155, 206.
 Orsini, Fulvio (literato), 165, 205, 228.
 Orsini, Lelio (camarero de Rodolfo II), 140.
 Orsini, Virginio (duque de Bracciano), 306.
 Orso, Aurelio (poeta romano), 164.
 Owen, Lewis, 11.

Padua, San Antonio de, 155.
 Paget, Carlos (agente de María Estuardo), 12, 16, 19, 33.
 Paleotto, Gabriel (cardenal), 160, 264, 267, 268, 277, 280, 282, 290, 291, 312, 344, 345, 346.
 Palestrina, Pedro Luis (músico), 341.
 Pallotta, Juan Evangelista (datario, cardenal), 265.
 Panigarola, Francisco (franciscano, obispo de Asti), 161, 196, 299.
 Panvinio, Onofre (agustino), 169, 226.
 Paraca, Juan Antonio (escultor); véase Valsoldo.
 Paravicini, Octavio (obispo de Alejandría, nuncio en Suiza), 115, 116, 117, 118, 119, 120, 313, 331, 332, 353.
 Parma (duque de), 8, 13, 75, 137.
 Parry, Guillermo (espía inglés), 4, 5, 6.
 Paruta, Pablo (embajador veneciano), 254.
 Pasquino, 212.
 Paulina, Lolia, 170.
 Paulo II (papa), 207.
 Paulo III (papa), 42, 187, 207, 258, 294.
 Paulo IV (papa), 42, 89, 273, 282, 283, 286, 329, 348.
 Pawlowski, Estanislao (obispo de Olmütz), 101, 140.
 Pellegrini, Lelio, 155.
 Pellevé, Nicolás (cardenal), 265, 266, 267, 277, 312, 322.
 Pepoli, Guido (cardenal), 265.
 Peretti, familia, 171, 172.
 Peretti, Alejandro (cardenal Montalto; resobrino de Sixto V); véase Montalto, Alejandro Peretti.
 Peretti, Camila (hermana de Sixto V), 166, 173, 211, 234.
 Peretti, Félix (cardenal, luego Sixto V), 170, 171, 172, 174.
 Peretti, Miguel (resobrino de Sixto V; gobernador del Borgo), 211, 235, 249, 263.
 Persons, Roberto (jesuita), 12.
 Peruzzi, Baltasar (arquitecto), 185.
 Pflyffer, Luis (alcalde de Lucerna), 113, 115, 116, 117.
 Phelippes, Tomás, 7, 9, 12, 18, 20, 23.
 Piatti, Flaminio (auditor de la Rota; cardenal), 318, 331, 332.
 Piccolomini, Alfonso (bandido), 306.
 Pierbenedetti, Mariano (gobernador general de Roma; cardenal), 265, 288, 320, 344.
 Pigafetta, Felipe, 125.
 Pinelli, Domingo (cardenal), 142, 265, 277.
 Piney (duque de); véase Luxemburgo, Francisco de.
 Pío II (papa), 123, 198.
 Pío IV (papa), 169, 188, 205, 225, 243, 266, 273, 295, 348.
 Pío V, San (papa), 32, 42, 154, 156, 161, 212, 239, 240, 266, 273, 318, 319, 333, 348.
 Pío X (papa), 158.
 Pippi, Nicolás (escultor), 154.
 Pisany (embajador francés), 30, 47, 49.
 Pistorio, Juan, 121.
 Plantin (editor), 161.
 Plinio, 207, 215.
 Podlodowski (caballerizo del rey de Polonia), 130.
 Poley, Roberto (agente de Walsingham), 15, 20, 21.
 Porta, Jacobo della (arquitecto), 255, 256, 257.
 Porta, Juan Bautista (escultor), 180, 240.
 Porta, Tomás della (escultor), 200.
 Possevino, Antonio (jesuita), 132, 133, 134, 140, 337.
 Poulet, Amias (carcelero de María Estuardo), 6, 9.
 Priuli, Lorenzo (embajador de Venecia), 124, 128, 129, 130.
 Púteo, Antonio (obispo de Bari), 91, 92, 93, 94, 95, 96, 140.

Quarenghi, Antonio (poeta), 164.
 Quiroga, Gaspar de (inquisidor mayor, cardenal), 334.

Radziwill, Jorge (cardenal), 132, 130, 322, 337.

- Ragazzoni, Jerónimo (obispo de Bérghamo), 345.
- Rainaldo, Federico (conservador de la Biblioteca Vaticana), 245, 249.
- Rangoni, familia, 170.
- Rantzau, Enrique (conde de Holstein), 104.
- Rascher, Pedro (obispo de Coira), 110.
- Renaud de Beaume (arzobispo de Bourges), 316.
- Reszka, Estanislao (enviado de Segismundo de Polonia), 142, 143, 161.
- Ricci, familia, 272.
- Ricci, Anibal (secretario de la consulta), 352.
- Riviera, Egidio della (Hans van den Vlietee; scultor), 154, 240.
- Robardo, Vicente (poeta), 258.
- Rocca, Ángel (agustino), 258, 327.
- Rodolfo II (emperador de Alemania), 62, 65, 72, 73, 74, 97, 137, 140, 145, 147, 274, 339.
- Rosenberg-Orsini, Guillermo de (piastra polaco), 137.
- Rossi, Hipólito de (cardenal), 265.
- Róvere, Jerónimo della (cardenal), 265, 266, 280, 285.
- Róvere, Juliano della (papa); véase Julio II.
- Rusticucci, Jerónimo (cardenal), 132, 266, 267.
- Salimbeni**, Buenaventura (pintor), 245.
- Salviati, Antonio María (cardenal), 165, 173, 267, 285, 288, 291, 318, 319, 344, 345.
- Samerie, Enrique (La Rue; jesuita), 25.
- San Martín (marqueses de), 318.
- Sangalletto (camarero del Papa), 151.
- Sangallo, Antonio de (arquitecto), 207.
- Santa Croce, Próspero (cardenal), 165.
- Santa Cruz (almirante español), 41, 42, 50.
- Santa Flora (conde de), 240.
- Santarelli, César (pintor), 229.
- Santoni, Juan Bautista (nuncio en Suiza), 111, 112, 113, 114, 115, 119.
- Santorì, Julio Antonio (cardenal), 198, 241, 264, 266, 267, 268, 270, 280, 282, 283, 284, 290, 309, 312, 320, 323, 344, 345, 346, 347, 354.
- Sarnano, Constancio (cardenal), 169, 265.
- Sarzana, Leonardo de; véase Sormani Leonardo.
- Sauli, Antonio María (arzobispo de Génova; cardenal), 265, 312, 333.
- Savage, Juan (conspirador), 8, 9, 10, 12, 13, 14, 16, 18.
- Savelli, familia, 171.
- Schaumberg, Martín de (obispo de Eichstätt), 101.
- Schaumburg, Antonio (conde de; obispo de Minden), 76.
- Schenk, Martín de Niedeggen (coronel), 66, 86.
- Schenking, Guillermo de (obispo de Osnabrück), 69.
- Scherer, Guillermo (jesuita), 64.
- Schönenberg, Jorge (obispo de Worms), 101.
- Schönenberg, Juan VII de (arzobispo y elector de Tréveris), 74, 82, 101.
- Schulting-Steinweg, Cornelio, 84.
- Sega, Felipe (obispo de Placencia; cardenal; nuncio), 33, 73, 74, 76, 77, 79, 91, 92, 93, 137.
- Segismundo (príncipe de Suecia; rey de Polonia), 137, 138, 139, 140, 141, 142, 144, 146, 147, 148, 154, 336, 337.
- Segismundo (voivoda de Pensilvania), 137.
- Septimino Severo (emperador romano), 199.
- Serafino, Olivario (auditor de la Rota), 320.
- Serbelloni, Juan (cardenal), 264, 266, 280.
- Servi, Constantino de (escultor), 200.
- Sesa (duque de; embajador de Felipe II), 152, 268, 282, 343, 344.
- Severo, Alejandro (emperador romano), 174.
- Sfondrato, Francisco (marqués de Montafia; sobrino de Gregorio XIV), 303.
- Sfondrato, Francisco (senador; cardenal; padre de Gregorio XIV), 294.
- Sfondrato, Hércules (duque de Montemarciano; sobrino de Gregorio XIV), 303, 313, 314, 316.
- Sfondrato, Hércules (hermano de Gregorio XIV), 298.

- Sfondrato, Nicolás (cardenal; luego Gregorio XIV), 264, 267, 268, 280, 282, 284, 291, 292, 294, 295, 296, 334, 335, 336.
- Sfondrato, Pablo Emilio (sobrino de Gregorio XIV; cardenal), 299, 304, 305, 317, 320, 322, 323, 331, 345, 347.
- Sforza (conde de Santa Flora), 240.
- Sforza, Francisco (cardenal), 208, 267, 271, 281, 283, 284, 287, 290, 291, 307, 343.
- Sforza, Mario, 153.
- Shrewsbury, 10.
- Silvestre, San (papa), 227.
- Silvio, Antoniano (cardenal), 160.
- Sillery (embajador de Enrique de Navarra), 313.
- Simoncelli, Jerónimo (cardenal), 267, 292.
- Sirleto, Guillermo (humanista; cardenal), 167, 265.
- Sittich, Marcos (cardenal), 234, 338, 339.
- Sixto III, San (papa), 233, 236.
- Sixto IV (papa), 186, 188, 226, 243.
- Sixto V (papa), todo el libro primero y además: 263, 264, 269, 271, 275, 276, 277, 288, 307, 311, 326, 327, 329, 332, 334, 335, 337, 353, 354.
- Skarga, Pedro (jesuita), 148.
- Solikowski (arzobispo de Lemberg), 132.
- Sormani, Leonardo, de Sarzana (escultor), 200, 206, 235, 240.
- Southwell (jesuita), 20.
- Spannocchi, Horacio (secretario del cardenal Bolognetti), 137.
- Spaur, Cristóbal Andrés (obispo de Gurk), 99.
- Spaur, Juan Tomás de (obispo de Brixen), 95.
- Spinola, Alejandro, 254.
- Spinola, Felipe (cardenal), 267, 268, 352.
- Staderini, José (comerciante toscano), 171.
- Stella, Juan Bautista (poeta), 164.
- Stoboe, Jorge (obispo de Lavant), 77.
- Suffrido, Pedro (literato), 84.
- Tarugi, Francisco María (discípulo de San Felipe Neri), 299.
- Tasso, Torcuato (poeta), 123, 163, 178, 200, 203, 215, 254, 292.
- Tautscher, Juan (obispo de Lai-bach), 78, 101.
- Tempesta, Antonio (pintor), 245.
- Teodoro (gran príncipe ruso), 137.
- Teodoro I (papa), 227.
- Throne (conde de), 60.
- Toledo (jesuita), 319, 327.
- Tolesani (abreviador), 143, 145.
- Tomás de Aquino (Santo), 168.
- Torre, Miguel de la (cardenal), 268.
- Torrencio, Levino (vicario general de Lieja; obispo de Amberes), 80, 82, 89, 90.
- Torrigiani, Sebastián (escultor), 238.
- Tossignano, Pedro de, 168.
- Trennbach, Urbano de (obispo de Passau), 96.
- Tribaldesi, Francisco (arquitecto), 208.
- Truchsess Gebardo (arzobispo apóstata), 62, 66, 67, 73, 84, 85, 86, 92, 95.
- Tunneken (apóstata), 69.
- Turn, Ambrosio de (conde), 78.
- Tutmosis III, 221.
- Tutmosis IV, 221.
- Tyrell, Antonio, 10, 11, 12, 22.
- Ugolini, Bartolomé (poeta), 164.
- Ugonio, Pompeyo (profesor; orador), 166, 216, 233, 280.
- Ulenberg, Gaspar, 84.
- Urbano VII (papa); véase Castaña, Juan Bautista, además: todo el capítulo I del libro segundo.
- Vacca, Flaminio (escultor), 155, 180, 206.
- Valiero, Agustín (obispo de Verona; cardenal), 264, 267, 280, 285, 287, 288, 290, 291, 318, 319, 327, 344.
- Valsoldo; Juan Antonio Paraca (escultor), 154, 241.
- Valverde, Bartolomé (consultor), 327.
- Vasari, Jorge (pintor), 256.
- Vendeville, Juan (obispo de Tournai), 82, 89.
- Verallo, Jerónimo (cardenal, legado), 272.
- Vestrio, Marcelo (secretario), 148.
- Vieheuser (vicecanciller imperial), 63, 65, 74.
- Vinta, Belisario (representante del gran duque de Toscana), 156, 266.
- Visconti, Alfonso (nuncio), 94, 96, 97, 98, 339.

- Visconti, Ana (madre de Gregorio XIV), 294.
 Vitiges (ostrogodo), 174.
 Vitruvio, 245.
 Vivonne, Juan de, señor de Saint Gouard (embajador de Enrique III de Francia), 213.
 Vliete, Hans van den (Egidio della Riviera; escultor), 154, 240.
- Waldeck** Bernardo (conde de; obispo de Osn' brück), 69.
 Walsingham (secretario de Estado de Isabel de Inglaterra), 3, 4, 5, 6, 7, 8, 11, 12, 14, 15, 18, 19, 20, 21, 23.
- Welser, Filipina (madre del cardenal Andrés de Austria), 105.
 Wiön, Arnaldo (benedictino), 293.
 Wittelsbach, Ernesto (príncipe elector y arzobispo de Baviera); véase Ernesto de Baviera.
- Zagordi** (monseñor, secretario de Estado), 352.
 Zamoiski, Juan (gran canceller de Polonia), 138, 140, 141, 144.
 Zauchi, Lelio, de Verona (poeta), 164.
 Zborowski, familia, 138, 140.
 Zúñiga, Juan de (embajador español), 274.
-

ÍNDICE ANALÍTICO

LIBRO PRIMERO

(Continuación)

Sixto V (1585-1590)

CAPÍTULO V. EJECUCIÓN DE MARÍA ESTUARDO. PÉRDIDA DE LA ARMADA ESPAÑOLA

Intrigas de Walsingham contra María Estuardo y los católicos ingleses (3-6).

María Estuardo precipitada a su ruina por sus partidarios (6-7).
Gilberto Gifford instrumento principal de su perdición (7-10).

Juan Ballard partidario de María (10-12).

Origen de la conspiración contra Isabel (12-15).

María implicada en la conspiración (15-19).

Atolondramiento de los conjurados (19-20).

Consecuencias del descubrimiento de la conspiración para los católicos ingleses (21-22).

Preparación del proceso contra María (23).

Condenación y ejecución de María (23-27).

La política de Isabel (27).

Planes para socorrer a María frustrados por la irresolución de Felipe II (28-29).

Actitud de Sixto V respecto a Isabel (29-33).

Felipe II proyecta una irrupción en Inglaterra (33-35).

Origen de la marina inglesa (35-38). Drake «señor del mar» (38-41).

Descontento del Papa por la tardanza de Felipe II (41-43).

Oposición entre los fines del Papa y los de Felipe II (43-44). El convenio del Papa con don Felipe (44-45).

Elevación de Allen a cardenal de Inglaterra (46-47).

En España se hace oración por la victoria de la Armada (47-48).

Dudas acerca del buen éxito de las armas españolas (48-49). Razones para temer por el buen éxito de la Armada (49).

Sixto V desconfía del éxito de la campaña (50-53).

Derrota de España, de la que no alcanza al Papa ninguna responsabilidad (53-54).

Felipe II en la pérdida de la Armada (55).

Leyenda sobre la «Armada Invencible» (55-56).

Repercusión de la campaña en la persecución levantada contra los católicos en Inglaterra (56-58).

La estrella de la reina Isabel palidece (59).

Importancia política de la derrota española (59-60).

Visconti, Ana (madre de Gregorio XIV), 294.

Vitiges (ostrogodo), 174.

Vitruvio, 245.

Vivonne, Juan de, señor de Saint Gouard (embajador de Enrique III de Francia), 213.

Vliete, Hans van den (Egidio della Riviera; escultor), 154, 240.

Waldeck Bernardo (conde de; obispo de Osn' brück), 69.

Walsingham (secretario de Estado de Isabel de Inglaterra), 3, 4, 5, 6, 7, 8, 11, 12, 14, 15, 18, 19, 20, 21, 23.

Welser, Filipina (madre del cardenal Andrés de Austria), 105.

Wiön, Arnaldo (benedictino), 293.

Wittelsbach, Ernesto (príncipe elector y arzobispo de Baviera); véase Ernesto de Baviera.

Zagordi (monseñor, secretario de Estado), 352.

Zamoiski, Juan (gran canceller de Polonia), 138, 140, 141, 144.

Zauchi, Lelio, de Verona (poeta), 164.

Zborowski, familia, 138, 140.

Zúñiga, Juan de (embajador español), 274.

ÍNDICE ANALÍTICO

LIBRO PRIMERO

(Continuación)

Sixto V (1585-1590)

CAPÍTULO V. EJECUCIÓN DE MARÍA ESTUARDO. PÉRDIDA DE LA ARMADA ESPAÑOLA

Intrigas de Walsingham contra María Estuardo y los católicos ingleses (3-6).

María Estuardo precipitada a su ruina por sus partidarios (6-7).
Gilberto Gifford instrumento principal de su perdición (7-10).

Juan Ballard partidario de María (10-12).

Origen de la conspiración contra Isabel (12-15).

María implicada en la conspiración (15-19).

Atolondramiento de los conjurados (19-20).

Consecuencias del descubrimiento de la conspiración para los católicos ingleses (21-22).

Preparación del proceso contra María (23).

Condenación y ejecución de María (23-27).

La política de Isabel (27).

Planes para socorrer a María frustrados por la irresolución de Felipe II (28-29).

Actitud de Sixto V respecto a Isabel (29-33).

Felipe II proyecta una irrupción en Inglaterra (33-35).

Origen de la marina inglesa (35-38). Drake «señor del mar» (38-41).

Descontento del Papa por la tardanza de Felipe II (41-43).

Oposición entre los fines del Papa y los de Felipe II (43-44). El convenio del Papa con don Felipe (44-45).

Elevación de Allen a cardenal de Inglaterra (46-47).

En España se hace oración por la victoria de la Armada (47-48).

Dudas acerca del buen éxito de las armas españolas (48-49). Razones para temer por el buen éxito de la Armada (49).

Sixto V desconfía del éxito de la campaña (50-53).

Derrota de España, de la que no alcanza al Papa ninguna responsabilidad (53-54).

Felipe II en la pérdida de la Armada (55).

Leyenda sobre la «Armada Invencible» (55-56).

Repercusión de la campaña en la persecución levantada contra los católicos en Inglaterra (56-58).

La estrella de la reina Isabel palidece (59).

Importancia política de la derrota española (59-60).

CAPÍTULO VI. CONATOS DE REFORMA Y RESTAURACIÓN CATÓLICA EN EL IMPERIO ALEMÁN, EN LOS PAÍSES BAJOS Y EN SUIZA

- I. Las nunciaturas de Alemania al tiempo de la elevación de Sixto V (61).
 - Las perspectivas para el renacimiento católico (61-63).
 - Impresiones desfavorables del nuncio Malaspina (63-64).
 - Conatos de reforma de los archiduques Ernesto y Fernando (64-67).
 - El elector de Colonia Ernesto obtiene el obispado de Münster (67).
 - Erección de un colegio de jesuitas en Münster (67-68).
 - Abusos eclesiásticos en el obispado de Paderborn hasta la elección de Dietrich de Fürstenberg (68-69).
 - Bernardo de Waldeck, obispo de Osnabrück (69).
 - Infructuosos afanes acerca de la restauración católica en Brema (70).
 - La actividad de restauración del obispo de Breslau, Andrés de Jerin (70-71).
 - Conatos de restauración del nuncio Malaspina hasta su llamamiento a Roma (71-72).
 - El nombramiento de Segá para nuncio en Praga (73).
 - Dificultades de la actividad de Segá en la corte imperial (74-76).
 - Esfuerzos de restauración de Segá (76-77).
 - Actividad reformatoria del nuncio de Graz Caligari; erección de la universidad de Graz (77-79).
 - Llamamiento a Roma de los nuncios Caligari y Segá (79).
- II. Actividad reformatoria del nuncio Bonhomini en los Países Bajos (80-83).
 - III. Conatos de reforma del nuncio de Colonia Frangipani (83-87).
 - Conatos de reforma de Frangipani en el Rin inferior y en los Países Bajos (88-91).
 - IV. Instrucciones de Segá para el nuncio de Praga Antonio Púteo (1587) (91-92).
 - La provisión de los obispados vacantes de Hungría un gran éxito de Sixto V (93-94).
 - Causas de los exiguos éxitos de Púteo en Bohemia y Austria (94-96).
 - Actividad reformatoria del nuncio de Praga Alfonso Visconti (96-98).
 - V. Viajes a Roma de los obispos alemanes y de sus representantes; Wolf Dietrich de Salzburgo (98-101).
 - La Congregación del concilio y los obispos alemanes (102-103).
 - Memorias de Minucio Minucci sobre la situación eclesiástica de Alemania; sus proyectos de reforma (103-110).
 - VI. Nombramiento de Santoni para nuncio de Suiza (110-111).
 - Santoni y la Alianza Áurea (1586) (111-112).
 - La Alianza Áurea y la liga defensiva con España obra de Luis Pfyffer (113).
 - Actividad reformatoria de Santoni (113-115). Su llamamiento a Roma (115).
 - El nuncio Paravicini y Luis Pfyffer (115-116).
 - Buenos éxitos de la actividad reformatoria de Paravicini (117-121).
 - La conversión de Jacobo III de Baden-Hochberg (121-122).

CAPÍTULO VII. PLANES DE CRUZADA DE SIXTO V. SUS RELACIONES CON VENECIA Y CON ESTEBAN BATORI. MUERTE DEL PAPA

- I. El celo de la cruzada del Papa (123-124).
- Alocución del nuncio Costa al dux (124).
- Sixto V sobre el peligro de los turcos (125-126).

Buenos éxitos de la embajada veneciana de obediencia en Roma (126-127).

Relaciones con Venecia durante el tiempo que ejercieron su cargo los embajadores Priuli y Gritti (128-131).

La avenencia del Papa con Batori sobre una liga contra los turcos fué un feliz éxito de Possevino (131-134).

Sixto sobre la muerte de Batori (134).

Plan de una campaña contra el norte de África; Sixto sobre el Santo Sepulcro (135).

Los planes de cruzada del Papa frustrados (136-137).

II. Supuestos y reales pretendientes a la corona de Polonia (137-138).

El Papa, al principio neutral, favorece a los Habsburgos (138-141).

Actitud del Papa respecto a la doble elección polaca (141-142).

Aldobrandini legado en Polonia (142-145). Su mediación de paz entre los Habsburgos y Segismundo de Polonia (145-148).

III. Enfermedad y muerte del Papa (148-151).

Explosiones de odio y calumnias contra el Papa difunto (152-153).

El sepulcro de Sixto V (153-155).

Juicio sobre Sixto V (155-158).

CAPÍTULO VIII. FOMENTO DE LA CIENCIA Y EL ARTE. ACTIVIDAD ARQUITECTÓNICA EN ROMA; TRANSFORMACIÓN Y EMBELLECIMIENTO DE LA CIUDAD ETERNA

Obras científicas dedicadas a Sixto V; los Anales de Baronio (159-161).

Poesías dedicadas a Sixto V. Torcuato Tasso (162-165).

Fomento de la ciencia (165-166).

La Biblioteca e Imprenta Vaticana (166-169).

Méritos del Papa en pro de la transformación arquitectónica de Roma; la Villa Montalto (169-173).

El Agua Félix (174-180).

La fuente de Moisés (180-181).

La bula sobre el Agua Félix (181-182).

Sixto en la regulación de la ciudad es guiado por motivos religiosos (182-184).

La estructura de Roma en el siglo XVI (184-186).

Los Papas y la transformación arquitectónica de Roma (186-188).

Las calles abiertas por Sixto V (188-194).

Embelllecimiento de Roma por la apertura de plazas (194-195).

Planes de construcciones hidráulicas del Papa (195-196).

Reforma de las vías de comunicación de Roma (196-197).

El procedimiento, sin respeto alguno por los monumentos antiguos, fundado en las ideas de aquel tiempo (197).

Sixto V y los monumentos antiguos (197-199).

Las columnas de Trajano y Marco Aurelio consagradas a los príncipes de los Apóstoles (199-200).

Cristianización de los monumentos paganos (200-205).

Cuidado de las obras de arte antiguas (205-206).

La traslación del obelisco vaticano a la plaza de San Pedro (206-214). Fontana el hombre del día (214-215). Contemporáneos sobre la traslación (215-216). El Papa bendice el obelisco (216-217). La intención del Papa se refleja en las inscripciones (217-218). El obelisco vaticano en la historia; confianza de Sixto V en la inmortalidad de la Iglesia (218-219).

Las plazas situadas ante las iglesias principales de Roma adornadas con obeliscos (219-224).

Impulso que recibe la arquitectura urbana de Roma (224-226).

El palacio lateranense de Sixto V (226-231).

- La nueva construcción para la Escala Santa (231-232).
- Transformaciones de antiguas iglesias sin miramiento alguno (232-233).
- Restauraciones de iglesias (233-235).
- La Capilla Sixtina en Santa María la Mayor (235-239).
- El Sepulcro de San Pío V (239-241).
- El sepulcro de Sixto V (241).
- La erección de la Biblioteca Vaticana (242-244). El Salón Sixtino y sus frescos (245-247). Los frescos reflejan el pontificado de Sixto V (247-250).
- La reconstrucción del palacio Vaticano (250-251).
- Sixto adquiere el palacio del Quirinal (251-252).
- El protectorado artístico de Sixto V (252-255).
- La terminación de la cúpula de San Pedro (255-259).
- La cúpula de San Pedro símbolo de la Iglesia universal (259-260).

LIBRO SEGUNDO

Urbano VII, Gregorio XIV e Inocencio IX (1590-1591)

CAPÍTULO I. LAS ELECCIONES PONTIFICIAS DEL AÑO 1590. URBANO VII Y GREGORIO XIV

- I. Precauciones para mantener la tranquilidad y el orden durante la sede vacante (263).
- Los cardenales franceses son invitados al conclave a pesar de la oposición de Bonelli (264).
- Apuestas sobre la elección pontificia (264).
- El colegio electoral dividido en tres partidos principales (265-269).
- Grande influencia de Felipe II al comienzo del conclave (269-270).
- Infructuosos esfuerzos en favor de Colonna (270-271).
- Elección de Castaña, que se llama Urbano VII (271).
- Vida anterior de Urbano VII (272-276).
- Contento general de la elección (276).
- Piedad y magnanimidad de Urbano (276-277).
- Enfermedad y muerte de Urbano (277-280).
- II. Santori candidato de Olivares (280-281).
- Grande influencia de los españoles en la elección (281-283).
- Las posibilidades de Santori sobrepujadas por Colonna (283-284).
- Olivares combate a Laurco (284).
- El descontento del conclave por la tiranía española llega a lo sumo (285).
- Las candidaturas de Colonna y Madruzzo desposeídas de probabilidades (285).
- Creciente confusión y división en el conclave (286-291).
- La elección de Sfondrato, que se llama Gregorio XIV (292).
- Origen y crítica de la profecía de San Malaquías sobre los Papas (293).

CAPÍTULO II. GREGORIO XIV (5 DE DICIEMBRE DE 1590 HASTA 16 DE OCTUBRE DE 1591)

- I. Vida anterior y rasgos distintivos de Gregorio XIV (294-298). Contento en España de la elección (298).
- II. Nombramiento de Pablo Emilio Sfondrato para secretario de Estado (298-300).

Infortunios de Roma, que provocan una extraordinaria actividad en obras de misericordia (300-301). Esfuerzos de Gregorio por remediar la necesidad (301-303).

El secretario de Estado Sfondrato y la situación menesterosa de Roma (303-306).

Reaparición del bandolerismo (306-307).

III. Gregorio XIV se decide en favor de la Liga (307-310). Los monitorios de Landriano (310-311).

El Papa se resuelve por una intervención militar en Francia (311-315).

El nuncio Landriano en Francia (315-316).

La política francesa del Papa destituida de toda esperanza de buen éxito (316-317).

Gregorio XIV y la cuestión de la sucesión en el trono de Ferrara (317-320).

Enfermedad y muerte del Papa (321-323).

Mirada retrospectiva al pontificado de Gregorio XIV (323-324).

IV. Esfuerzos de Gregorio XIV por el desenvolvimiento interior de la Iglesia (325-326).

La nueva edición de la Vulgata sixtina (327-330).

La bula respecto al derecho de asilo (330-331).

Nombramientos de cardenales de Gregorio XIV (331-332).

Relaciones de Gregorio con las Órdenes religiosas (332-333).

Actitud de Gregorio respecto a las contiendas interiores de la Orden de los jesuitas (334-336).

Memoria sobre la continuación de la restauración católica en Alemania, presentada al Papa por Federico Borromeo (337-339).

Esfuerzos de Gregorio por defender los intereses católicos en Alemania (339).

Gregorio XIV y el protectorado pontificio de las artes (340-341).

CAPÍTULO III. INOCENCIO IX (29 DE OCTUBRE HASTA 30 DE DICIEMBRE DE 1591)

I. Descontento en el conclave por la dictadura española (342-343).

La posición de los españoles y la memoria de los embajadores españoles (344-345).

Las probabilidades de Facchinetti (345-347).

La elección de Facchinetti, que se llama Inocencio IX (347). Vida anterior y rasgos distintivos de Inocencio IX (348-349).

II. Modo de vida de Inocencio IX (349-351).

Inocencio IX como gobernante (351-352).

Inocencio divide la secretaría de Estado en tres secciones (352-353).

Economía del Papa (353).

Actitud del Papa respecto a la guerra civil de Francia (354).

Sega y Antonio Facchinetti son nombrados cardenales (355).

Enfermedad y muerte del Papa (356-357).

APÉNDICE

Documentos inéditos y noticias de los archivos

	<u>Páginas</u>
Observación preliminar	359
1. Avviso di Roma de 8 de junio de 1585	359
2. Camilo Capilupi al duque de Mantua. Roma, 28 de septiembre de 1585	360
3. Avviso di Roma de 1.º de marzo de 1586	360
4. Avviso di Roma de 15 de marzo de 1586	360
5. Avviso di Roma de 29 de marzo de 1586	361
6. Avviso di Roma de 4 de junio de 1586	361
7. Avviso di Roma de 30 de julio de 1586	361
8. Avviso di Roma de 1.º de octubre de 1586	361
9. Avviso di Roma de 22 de noviembre de 1586	362
10. Avvisi di Roma de 14 y 17 de enero de 1587	362
11. Atilio Malegnani al duque de Mantua. Roma, 15 de abril de 1587	362
12. Atilio Malegnani al duque de Mantua. Roma, 29 de abril de 1587	363
13. Avviso di Roma de 9 de mayo de 1587	363
14. Avviso di Roma de 13 de mayo de 1587	363
15. Atilio Malegnani al duque de Mantua. Roma, 30 de mayo de 1587	364
16. Avviso di Roma de 4 de julio de 1587	364
17. Atilio Malegnani al duque de Mantua. Roma, 8 de julio de 1587	364
18. Atilio Malegnani al duque de Mantua. Roma, 22 de julio de 1587	364
19. Avviso di Roma de 2 de septiembre de 1587	365
20. Avviso di Roma de 19 de septiembre de 1587	365
21. Avviso di Roma de 26 de septiembre de 1587	365
22. Avviso di Roma de 30 de enero de 1588	366
23. Avviso di Roma de 2 de marzo de 1588	366
24. Avviso di Roma de 18 de junio de 1588	366
25. Avviso di Roma de 20 de julio de 1588	366
26. Avviso di Roma de 27 de julio de 1588	366
27. Avviso di Roma de 12 de octubre de 1588	367
28. Avviso di Roma de 19 de octubre de 1588	367
29. Avviso di Roma de 26 de octubre de 1588	367
30. Diarium P. Alaleonis al 30 de octubre de 1588	367
31. Avviso di Roma de 18 de febrero de 1589	368
32. Avviso di Roma de 22 de marzo de 1589	368
33. Avviso di Roma de 26 de abril de 1589	368
34. Avviso di Roma de 14 de junio de 1589	369
35. Avviso di Roma de 1.º de julio de 1589	369
36. Avviso di Roma de 26 de julio de 1589	369
37. Avviso di Roma de 29 de julio de 1589	369
38. Avviso di Roma de 30 de septiembre de 1589	370
39. Avviso di Roma de 7 de octubre de 1589	370
40. Avviso di Roma de 19 de septiembre de 1590	370
41. Federico Cattaneo al duque de Mantua. Roma, 19 de septiembre de 1590	370
42. Lelio Maretti, Conclave de Gregorio XIV	371

43.	Memoria para el Papa Gregorio XIV sobre la restauración católica en Alemania, 1591	373
	Adición del año 1592	377
44.	El Papa Gregorio XIV al cardenal Lenoncourt. Roma, 28 de marzo de 1591	377
45.	El Papa Gregorio XIV al cardenal Ascanio Colonna. Roma, 4 de mayo de 1591.	379
46.	Avviso di Roma de 16 de octubre de 1591	379
47.	El cardenal Ludovico Madruzzo a Jacobo Kurz. Roma, 29 de octubre de 1591	380
48.	Avviso di Roma de 13 de noviembre de 1591.	380
49.	Avviso di Roma de 27 de noviembre de 1591.	381
50.	Avviso di Roma de 7 de diciembre de 1591.	381
51.	Avviso di Roma de 1.º de enero de 1592.	381

